CICLO DE NOVELAS

HISTORIA INMORTAL

EL AÑO 1932

PYONGYANG, COREA

1978

En homenaje al 60 cumpleaños del estimado y querido Líder, compañero Kim Il Sung

CICLO DE NOVELAS

HISTORIA INMORTAL

EL AÑO 1932

Grupo de Creación Literaria "15 de Abril"
del Comité Central de la Unión
de Escritores de Corea

Ediciones en Lenguas Extranjeras
Pyongyang, Corea
1978

1

Sonó un disparo.

Chotse estiró el cuello y miró con ojos de asombro hacia el lado de la carretera general. Volvió a sonar otro disparo y su eco se difundió por el barranco.

—¿No serán los japoneses, muchachos?

Tres chiquillos de unos diez años cada uno, que estaban jugando a la tala, treparon a lo alto de un chopo que crecía en el patio del bodegón. Más alto que los demás se subió Chotse.

—¡Mira, Chol Nam, vienen por la carretera!

Chotse de miedo saltó del árbol, cogió los zapatos de goma que se le habían salido y echó a correr por la callejuela. Detrás de él corrieron también los otros dos muchachos.

Volvió a oírse otra ráfaga de fusilería que dejó acribillada la techumbre de hojalata del bodegón y arrancó de la pared nubes de polvo.

En un instante el pueblecito de montaña Dagou, con más de trescientas casitas, quedó sumido en el caos.

—¡Auxilio, auxilio! —se oían gritos desgarradores por todas partes.

Chotse, un chiquillo con la frente ligeramente combada y de unos grandes ojos, corrió a toda prisa con las manos crispadas en dirección al dique. Pero, acordándose que su padre estaba trabajando en el campo, se paró de repente. Quedóse un poco desconcertado, y después dio la vuelta a la esquina de la fragua y corrió por el lindero del dique.

—¡Que vienen las fuerzas punitivas japonesas, escapa! —le gritó con voz ahogada, pero con toda fuerza, una persona que corría en dirección contraria.

Era Ri Kwang, el hermano mayor de Chol Nam que hacía un rato estaba jugando con Chotse.

—¡A las montañas de prisa, Chotse! —le dijo señalándole con la mano los montes, mientras corría a la aldea veloz como el viento.

—¡Pero los japoneses van a la aldea!

Ri Kwang, haya oído o no lo que le había gritado Chotse, no hizo más que agitar una mano, desapareciendo a la vuelta de una esquina.

Chotse se disponía a pasar la carretera pero vio de pronto un bulto grande y gris. Era un camión, que iba abarrotado de japoneses de un destacamento punitivo. Desde el camión tableteaba una ametralladora. Seguían detrás más camiones, eran muchos, y la cola de la columna se perdía al otro lado del paso de montaña.

El chiquillo decidió ir por otro camino, echando a correr pegado a una cerca. A su encuentro iba de prisa el hermano de Chol Nam, sosteniendo del brazo a una mujer que derramaba sangre del pecho. Viendo en cada calle grupos de personas les gritaba que marcharan pronto a las montañas.

Tras unos instantes de vacilación por la confusión, la gente también corrió en dirección al río, para subir a las montañas.

Pero también hacia aquí habrían de llegar pronto los disparos.

Viendo que el camino estaba cortado Chotse fue por el otro lado del pueblo, a la calle de las tiendas, donde había un vistoso anuncio de desodorante de menta “Indan”. En la carretera los camiones se pararon en fila. Los japoneses saltaron a tierra con los fusiles en mano, formándose con ruido en pequeños grupos de unos cuantos hombres que se esparcieron por las calles.

Chotse atravesó de un salto la carretera, se metió debajo del puente, se abrazó a un pilón, mirando alrededor con ojos de espanto, adonde escapar.

El pueblecito quedó envuelto en una nube de fuego. De la calle en la

que no hacía tanto estaba él jugando con Chol Nam y Chang Sun se elevaba al cielo una humareda negra. Las cubiertas de paja, secadas ya por el viento primaveral, crepitaban en las llamas.

Por entre las casas y calles ardiendo iban de un lado a otro como fieras hambrientas, unas figuras con uniformes amarillos que llevaban latas de petróleo y antorchas.

El fuego fue apoderándose poco a poco del pueblo.

Chotse, que apenas había cumplido los nueve años, no podía comprender el porqué de tan tremenda tragedia. Era la primera vez que veía a japoneses. La hermana y el hermano de Chol Nam y el maestro Min solían decir, en el Cuerpo Infantil que en el mundo no había demonios más terribles que los japoneses. ¿Pero por qué habían irrumpido aquí, prendiendo fuego a todo y matando a la gente?

Apoyadas las mejillas en las manos, con el espanto reflejado en los ojos desconcertados, Chotse estaba mirando cómo ardía el pueblo. Cuando paseó la mirada por el centro del pueblecito se acordó de su hermanita, que estaría en casa. Pensó que debía ir a buscarla. Quiso salir de debajo del puente, pero se paró de repente, se hizo atrás y se tendió boca abajo en el suelo mojado. Se acercaban los oficiales japoneses montados a caballo. Las patadas de los caballos sacudían el barro del puente, que le caía a Chotse encima y hasta se le metía por detrás del cuello. Cuando los japoneses, con ruido de sables, pasaron, el muchacho salió al camino en dirección contraria a la corriente del río.

Estaba ya cerca de la escuela particular cuando tuvo que esconderse otra vez, en una hondonada. Del pueblo se llevaban a mucha gente, a primera vista no menos de unas cuantas decenas de personas.

—¡Ay! Chol Nam…

Cogido de la mano de la madre, con la cara amoratada, Chol Nam caminaba llorando.

—Tú no vayas, mamaíta, no vayas.

Un cachigordo soldado japonés, que enseñaba un colmillo grande y torcido, dio una cruel patada con su bota herrada a Chol Nam.

—¡Ay!

Chotse se estremeció y oprimió las manos crispadas contra el pecho. La patada le había derribado a tierra, pero él se levantó otra vez, aunque con dificultad, y agarrándose a la falda de la madre caminó a pasitrote.

—¡Chol Nam! —gritó Chotse. Quiso aconsejarle que le arrojase al samurai una piedra, pero se le atragantaron las palabras.

A la gente la condujeron a la plazoleta de la escuela. Un japonés, de nariz aguileña con el fusil terciado formó a la gente en fila.

—¡Los comunistas, un paso adelante! —ordenó.

Nadie se movió del sitio.

—¡Venga, de prisa, adelante!

Unos cuantos samurais se acercaron a la fila y sacaron de ella a empujones a unos diez jóvenes aldeanos. Entre líos había cuatro o cinco muchachas.

Chotse sintió una punzada en el corazón: ¿No estaría entre ellas su hermana? No, su hermana allí no estaba.

Retumbaron unos disparos y la gente caía al suelo.

—¡Monstruos, malditos!

—¡Sí que son unos demonios!

—¡Muerte a los samurais!

La madre de Chol Nam agitaba los puños y maldecía a los japoneses.

En esto un joven salió de la fila y gritó en voz alta:

—¡Ánimo, paisanos! Estos monstruos japoneses se enfurecen porque tienen miedo. El mes pasado se formó en Antu la Guerrilla Antijaponesa que derrotará al imperialismo japonés y liberará a nuestro pueblo.

¡Ánimo! Se les acerca el día de la derrota. El General Kim Il Sung liberará la Patria y tomará venganza.

Fueron las últimas palabras, pronunciadas en voz alta, del maestro Min, del Cuerpo Infantil del pueblo. Retumbaron dos disparos y cogiéndose al pecho cayó despacio a tierra y no se levantó más.

La muchedumbre prorrumpió en un murmullo de indignación.

—¡A ellos, a los monstruos japoneses!

—¡Muerte al enemigo!

Apareció un jinete. Se apeó del caballo de un salto sosteniendo el sable, y caminó con crujido de botas marrones hacia la muchedumbre. Se quitó el sable de la correa, puso la punta del mismo sobre el suelo, se apoyó en la empuñadura y echó una mirada a uno y otro lado, frunciendo el ceño.

Tenía delante a unos coreanos indoblegables, porque no se doblegan, que miran a la muerte valientemente a la cara. Qué ridículos y qué torpes parecían al lado de éstos sus matones. Le hirió tanto esto su espíritu de samurai, que los labios apretados y morados, empezaron a temblar.

—¡A matarlos a todos como uno! —gritó con una voz que acabó quebrándosele en chillido.

Su propia voz le puso furioso, le temblaron los hombros y miró a los lados.

Unos soldados, apremiados por los gritos del jefe, se lanzaron a cumplir la orden. Parecía una manada de cerdos espantados.

Chotse no quitaba los ojos del oficial japonés.

—¡Fuego a todos!

Las llamas no tardaron en apoderarse del pueblo, hundiéndolo en un mar de fuego. De la escuela, que estaba situada junto a la palizada, salió disparada al cielo una llamarada.

Echado en una cuneta y frotándose los ojos irritados por el humo, Chotse miraba cómo ardía la escuela.

La escuela había sido construida aquella misma primavera, por todos los vecinos del pueblo, y trabajaron también el hermano de Chol Nam y el maestro Min. Chotse iba también con Chol Nam a las montañas por troncos para hacer traviesas y tablas.

El chiquillo se acurrucó como sí sintiera físicamente en su propio cuerpo el fuego, temblándole las manos crispadas.

Se oyeron nuevas ráfagas. Las personas que habían salido milagrosamente del pueblo envuelto en llamas y corrían en dirección al río caían sobre la arena, segadas como la hierba.

—¡Maldita canalla! Ya podía llevárselos el diablo. Basura.

Las maldiciones salían de la muchedumbre que estaba en la plazoleta de la escuela, cercada por los soldados de la expedición punitiva japonesa armados con fusiles con la bayoneta calada. Las había dicho la madre de Chol Nam.

El oficial, que todavía estaba apoyado en la empuñadura del sable, hizo una señal y dos soldados fueron a sacar a la mujer de entre la gente. Ella oponía resistencia, y los paisanos que tenía alrededor la defendían también.

—¡Perros, miserables! ¿Con quién os metéis, villanos?

La madre de Chol Nam empujó hacia atrás de un puñetazo en el pecho al soldado que la agarraba. Sobre ella se lanzaron cuatro o cinco soldados más. La gente los rodeó y ellos abrieron fuego. Al suelo caían dos personas más.

—Dejadme que vaya yo misma. No van a morir los jóvenes por una vieja. —Y salió de entre la muchedumbre caminando valientemente hacia adelante. A Chol Nam entre la gente no se le veía.

—¿Adónde huyó tu hijo? —le preguntó un tipo con lentes y chaleco. Por lo visto un lacayo de los japoneses.

—No sé.

—¿Tu hijo no es comunista?

Ella, apretando con fuerza los dientes, dirigió una mirada de odio a aquel tipo impertinente.

—Tendrás que morir, por haber parido a un comunista.

—Yo me alegro de haber parido a un comunista y no a un perro como tú —contestó, indignada, pero con orgullo ella.

El oficial del sable volvió la cabeza y dio un alarido. Se acercaron corriendo dos soldados, le retorcieron las manos a la mujer y la arrastraron a una casa que estaba ardiendo.

—¡Soltadme, asesinos! ¡Que yo no tengo la culpa de nada!

Unos jóvenes del pueblo se arrojaron sobre los soldados, para arrancar a la mujer de las manos de los samurais.

En ese mismo tiempo, abriéndose paso entre la gente, corrió a juntarse con su madre Chol Nam.

—¡Mamá!

"¡Chol Nam!", por poco se le escapa a Chotse, que seguía tumbado en la tierra observando.

Apenas Chol Nam había cogido la mano de la madre cuando retumbó un disparo. El chico se agarró al pecho y cayó al suelo.

Chotse exhaló una queja, tapándose con las manos la cara, cerrando bien los ojos. Volvió a abrirlos al oír los gritos desgarradores de la gente y frecuentes detonaciones, y vio que los campesinos, encolerizados y agitando los puños, se precipitaban adelante. Los japoneses volvieron a abrir fuego.

La madre de Chol Nam, que ahora había quedado en el medio de la muchedumbre, salió a la vista de todos llevando en brazos al hijo muerto.

—Dejadme, buena gente. Vosotros tenéis que vivir y tomar venganza en el enemigo. No olvidéis a mi Chol Nam. —Fueron sus últimas

palabras. Con el hijo en brazos, empujada por los asesinos, iba adonde más tumulto había.

—¡Chol Nam, Chol Nam! —se le escapó a Chotse poniéndose de pie de un salto. Se oyó un estrépito, la escuela se había venido abajo, arrojando al cielo llamaradas y nubes de humo.

Este espectáculo dejó al muchacho helado de espanto. En ese minuto le iluminó la idea de que habría que contarle a alguien lo que allí estaba sucediendo. Miró alrededor y se dirigió por la cuneta a la parte de atrás del pueblecito.

Delante de la casa de Kum Suk también había gente detenida por los samurais. El muchacho se paró y miró asustado a aquellas personas. Entre ellas vio a su hermana Jong Ok. Chotse quiso adelantarse y llamar a la hermana, pero se contuvo. Se arrimó a la esquina de una valla. De repente unas manos le cogían de las solapas, lo levantaron y lo arrojaron. Chotse rodó por tierra.

—¿Te querías escapar, mocoso?

Enseñando los dientes en repugnante sonrisa, el samurai le hizo rodar dándole patadas en la cabeza, en el pecho y en el vientre.

El chiquillo, aterrado hasta no más, cogiéndose de dolor el vientre, se revolcaba en el suelo. Cuando volvió en sí vio a japoneses disparando con una ametralladora desde un carro. Las ráfagas seguían una a otra, segando a la gente que fue conducida al lindero entre los sembrados. Detrás del lindero, en el foso había un montón de cadáveres.

En el lindero vio Chotse aparecer a su hermana llevando de la mano a Kum Suk. Le pareció que le había visto, pero que fingió no advertirle.

—¡Hermana! —gritó dando patadas en la tierra.

Pero, ella permanecía tranquila, no decía nada, miraba a lo lejos. No se sabía si había visto o no a su hermanito.

El japonés achaparrado de rostro moreno, que estaba a la

ametralladora apretó la gacheta, retumbó una descarga y la chica, abrazando a Kum Suk, se desplomó de espalda. La ametralladora seguía vomitando plomo y segando a la gente que estaba en el terraplén.

—¡Hermana, hermanita! —gritó enloquecido Chotse, cayendo en el acto boca abajo. O alguien le había empujado por detrás o las balas le alcanzaron.

Poco después oyó confusión de voces japonesas. Permaneció tumbado con los ojos cerrados y esperó un poco. Un instante después entreabrió los ojos. Hacia un lado, muy cerquita, vio unas botas brillantes color marrón, tras de las que de vez en cuando se dejaba ver un sable que tocaba con la punta el tacón. Era, probablemente, la misma figura que había visto en la plazoleta de la escuela.

El chico cerró los ojos, se echó de costado y contuvo la respiración, fingiéndose muerto. El japonés del sable ceceó unas palabras y el ruido de las pisadas se alejó.

Cinco o seis soldados andaban por entre los cadáveres dándoles la vuelta con las bayonetas para comprobar si había vivos. Si veían que en alguno latía un poco de vida, le soltaban una bala o lo remataban con las bayonetas.

Chotse tenía encima de su espalda una mano extraña y tocándole la cabeza una pierna del padre de Chang Sun. Echado a un lado yacía el cadáver de la madre de Kum Suk. El muchacho se puso a recordar cómo había pasado todo aquello, si: el padre de Chang Sun le tiró a tierra o la madre de Kum Suk le empujo cuando ella se desplomaba.

Volvió a entreabrir los ojos. “Miraran unos cuantos cadáveres más, el del padre de Chang Sun también y después tocará la vez a mí”, pensó.

Los japoneses seguían mirando cadáveres de fusilados, hasta que, por fin, uno de ellos dijo:

—Oye, así no acabaremos en toda la noche. Podemos simplificar el

procedimiento, les tocas con el pie y sigues adelante.

—Sí, éstos ya han subido al cielo…

—¿Puede que paremos de hurgar de esta manera?

—Puede que lo note Araki y nos castigue.

—Es curioso, ¿habrá encontrado el teniente coronel a un solo guerrillero? Que se los lleve el diablo, mejor que fumemos un poco.

Los japoneses se sentaron en un almirez dado vuelta a fumar. Uno de ellos era pequeño y gordo y el otro usaba lentes.

—Lo sabrán probablemente por los informes. Pero por el tono de esos informes parece que los asuntos del imperio andan mal.

—Dicen que los comunistas tienen un ejército armado.

—No cabe duda, el teniente coronel dijo que la Guerrilla Antijaponesa había declarado la guerra al gran Imperio nipón. Es una fuerza “especial”, como dice el teniente coronel.

—Para él todo es “especial” ahora: operación punitiva “especial”, contra los “especiales” coreanos, y hasta las condecoraciones son “especiales”.

—Parece que la lucha con la Guerrilla Antijaponesa de Corea nos va a dificultar la campaña en el continente.

—Si sólo fuera dificultar, no pienso que andaríamos así sudando, como enfermos de malaria.

—¡Guerrilla Antijaponesa! Un nombre nada bueno.

—Oí decir que hace unos días al general de ejército Sirakawa lo despachó una bomba en Shanghai. Y que era trabajo de los coreanos. Qué raza tan tozuda. Te acecha el peligro a cada paso.

—Déjate de tonterías. Eso no es nada al lado de la guerrilla.

—El teniente coronel ya habrá remojado bien el gaznate.

—Una buena costumbre.

—Bueno, vamos a seguir.

Los japoneses tiraron las colillas, las pisaron, escupieron con regusto y continuaron su trabajo. El gafoso arrastró el cadáver del padre de Chang Sun.

El ruido de pasos que se había alejado volvió a acercarse y Chotse sintió en el rostro el airecillo levantado por el soldado al pasar, pero siguió echado sin moverse, contenida la respiración.

—¿Comunista este mocoso?

—Ahora da igual.

Dos empujones fuertes en las nalgas y después dos manos levantaron al chico por los tobillos. Chotse fue despedido por los aires y cayó pesadamente a tierra. Parecíale que del golpe se le había roto el entrecejo, pero aguantó, sin emitir ni un solo quejido. Los japoneses arrastraron y echaron a su lado el cadáver de la madre de Kum Suk, de modo que las piernas quedaran sobre las espaldas del muchacho.

Pronto se ocultó el sol y en la plazoleta se restablecía el silencio. Del lado del bodegón se oían los bocinazos de los camiones y en las calles ruido de carros. Los japoneses, hablando en voz alta se marchaban a otra parte.

Chotse no podía comprender si estaba vivo o muerto. Si es en el momento en que la bala te da cuando mueres o cuando se te corta la respiración. No acababa de entenderlo. Cuando todo alrededor estaba ya sumido en la calma probó a mover los dedos de las manos, que las tenía oprimidas debajo del vientre, y los dedos se movieron. Intentó lo mismo con los dedos de los pies y también se movían. Levantó la cabeza, se incorporó y miró alrededor.

Japoneses ya no se veían. Se puso en cuclillas y después se arrastró por el lindero, buscando a la hermana, pero entre los muertos no la vio. Pasó un riachuelo y se dirigió a la montaña, a juntarse con los vecinos del pueblo que se habían salvado. En ese mismo momento oyó una voz

que le llamaba desde la otra ladera del monte. Volvió la mirada bruscamente y se quedó pasmado: ¡la hermana! Ella corría hacia abajo al encuentro del hermano, cogiéndose de vez en cuando a las ramas de los árboles.

—¡Hermanita! —Poco después ella abrazaba al hermano, a la entrada del valle.

—Mi hermanito está vivo —repitió ella varias veces, pasándole la mano por la espalda. Chotse oprimió la cabeza contra el pecho de la hermana y se deshizo en un mar de lágrimas. Sollozando amargamente empezó su relato.

—Mataron a Chol Nam, hermanita. Y también a la madre. Esos perros los quemaron.

—Todo lo vi. —dijo ella con tranquilidad, en voz baja. Ella dejó de repente de acariciar al hermano. Chotse paró de llorar y levantó la cabeza, mirando perplejo a la hermana, que se había callado. Ella miraba hacia el lado de la carretera, por donde se habían marchado los japoneses. Era una mirada de odio y de desprecio.

Chotse aguzó el sentido.

—Hermana —dijo sacudiéndola, y con tono caprichoso añadió:

—Pensé que te había dado una bala.

—Me arañó un poco la mano, pero me puse una venda y ahora ya está bien. Y yo creí que te habías perdido, no sabes cuántas lágrimas eché.

Hablaba cariñosamente, como siempre, y le limpiaba al hermanito el barro de la cara y la sangre de las manos. Después lo cogió de la mano y lo llevó adonde se encontraban los vecinos del pueblo. El sol se iba ocultando despacio detrás de la montaña de enfrente. Sobre el pueblo flotaba un humo espeso y olía a tufo picante. En la carretera que conducía a la ciudad serpeaba, alejándose, la columna de camiones de samurais. Camiones, y carros tirados por caballos, se alejaban con los

soldados cargados hasta más no poder. Por todas partes se oían exclamaciones como rugidos. En la euforia del reparto de los bienes y valores robados a los coreanos los soldados no hacían caso de las órdenes de mando de los oficiales. Entre risas y vocerío, con la miopía propia de los japoneses, enseñando torcidos colmillos, se movían despacio hacia la ciudad.

*   *   *

Habían subido por fin al paso de montaña. Delante se abría un vasto espacio. Hasta donde alcanzaba la vista se elevaban en suaves ondulaciones las cumbres de una cadena montañosa En montes y valles se veía la llegada de la primavera. Los alerces se habían puesto su ropaje verde amarillo y en el desfiladero susurraba alegremente el agua.

El compañero Kim Il Sung, con traje gris de trabajo, se paró a preguntar, limpiándose el sudor de la frente.

—¿Qué les parece, cruzaremos el paso Kadukryong antes de la puesta del sol?

Jon Kwang Sik, que estaba un poco más atrás al oír, la sonora voz del compañero Kim Il Sung se acercó de prisa.

—Hasta Kadukryong hay que andar todavía treinta *ríes.*

—¿Treinta *ríes*? Entonces hay que apurarse. —El compañero Kim Il Sung miró al sol, como calculando cuánto le quedaría para ocultarse, y después preguntó.

—¿Avisó al compañero Han Hung Gwon que viniera con el compañero Ri Hyok?

—Como ha sido mandado.

—¿Y no tardará el compañero Han?

—Al marcharse dijo que volvería sin falta en el tiempo indicado.

—Sí, él todavía no ha tardado ni una sola vez.

El compañero Kim Il Sung, con una sonrisa en el rostro, se puso a contemplar el camino por el que tenían que ir. Jon Kwang Sik se retiró hacia atrás, para no estorbarle. El compañero Kim Il Sung empezó a descender del paso de montaña. Un poco más adelante iba su ordenanza. Jon Kwang Sik, que protegía al compañero Kim Il Sung, tenía que mantenerse a cierta distancia de él, pero ahora le seguía de cerca porque le hacía frecuentemente preguntas para informarse de la situación.

Jon Kwang Sik era un muchacho de mediana estatura, fuerte y de buena textura, en general parecía un campesino. Su rostro, tostado por el sol, brillaba. Tenía la frente alta, que una usada gorra de visera bien calada ocultaba, subrayando aún más una nariz grande. Hacía ya unos veinte días que venía protegiendo al compañero Comandante en jefe, que estaba inspeccionando la zona situada en el curso medio del río Tuman.

El día veinticinco del mes pasado, hacía unos veinte días, en Antu se había constituido la Guerrilla Antijaponesa. Poco después de formarse esta guerrilla el compañero Kim Il Sung destinó a las localidades a enviados clandestinos, dirigiéndose él mismo a la región de Yanji, Helong, situada en el curso medio del río Tuman, pasando las ciudades de Yanji y Helong, siguiendo la corriente del río, y visitando algunos lugares de Wangqing. Ahora estaba de vuelta camino de Liangjiang, en las proximidades de Antu.

La situación revolucionaria había cambiado bruscamente. Las operaciones punitivas de los imperialistas japoneses, llevadas a cabo con una barbarie sin precedentes, llegaron a abarcar todo el territorio por donde corría el río Tuman.

Mucho tuvo que andar estos días pasados el compañero Kim Il Sung. Su ruta atravesaba llanuras y montañas. Días sin dormir, noches en vela sumido en la meditación. Tres días atrás había mandado enlaces a

distintos distritos con la misión de reunir a los enviados clandestinos y los viajeros secretos en Liangjiangkou.

Jon Kwang Sik, que seguía al compañero Kim Il Sung ya desde el período de su actividad en Jilin, sentía intuitivamente que en el cerebro del compañero Comandante en jefe había madurado, por fin, la idea de cómo salir de tan difícil situación, y él, suspirando con alivio, reunió pronto a los enlaces y los mandó a cumplir la misión.

El compañero Kim Il Sung, pues, estaba de vuelta. Hoy se levantó a primera luz para continuar la marcha. En un recorrido de más de setenta *ríes* no dejó de enterarse de la situación local, y fue dos veces a hablar con los lugareños, para informarse con exactitud.

—¿Qué piensan ustedes? —preguntó volviendo la cabeza el compañero Kim Il Sung cuando descendía del paso de montaña—. ¿Habrá recibido Ri Kwang el comunicado en Dagou?

—Con toda seguridad. Si las cosas marcharon bien, ayer…

—De todos los lugares que recorrí ese pueblo es el que más me preocupa. Puede esperarse una concentración en la zona de Wangqing y Yanji del grueso de las fuerzas enemigas del llamado “Cuerpo expedicionario de Jiandao”.

Jon Kwang Sik escuchó la voz apagada del compañero Comandante en jefe y se quedó indeciso un momento, y poco después dijo:

—Seguro que él se las arreglará.

El compañero Comandante en jefe descendía calladamente. Andado ya el caminito por el que bajaba, tenían delante un valle y contorneando una colina vieron un ancho río.

—¿Qué gente es aquélla? —El compañero Kim Il Sung se paró y se puso la mano en la frente a guisa de visera. A la orilla del río había una multitud de figuras blancas. Jon Kwang Sik ya las había visto al pasar la curva de la carretera pero no les prestó mucha atención porque pensó que

estarían esperando el pontón para pasar el río.

Al compañero Kim Il Sung se le transfiguró el semblante. Su rostro enrojecido por el penoso caminar se volvió sombrío, inquieta la mirada.

Jon Kwang Sik y el ordenanza bajaron a la orilla. El compañero Kim Il Sung bajó también, y dándose cuenta de lo que pasaba camino a paso apresurado al terraplén, que estaba cubierto de mimbreras. Se acercó a un altillo en el que crecía un sauce solitario y se paró. Jon Kwang Sik se acercó para informar que aquella gente había huido de la matanza cometida hacia unos días por los japoneses.

—¿Una matanza?

—Sí.

—De una matanza, es decir, que se salvaron de un mar de fuego…

Él había previsto que podía ocurrir algo parecido, pero ante aquella realidad no pudo contener la excitación. En la orilla del río habían acampado unas cuantas decenas de refugiados, la mayoría ancianos, mujeres y niños.

El tiempo era templado, muy propicio para los caminantes detenerse a descansar.

Los refugiados heridos estaban sentados al sol, quitándose las vendas para ver las heridas. Las mujeres y los niños acarreaban agua en acetres o preparaban la comida. De las fogarines, que habían hecho con piedras, se elevaban humecillos de gris azulado. La hora no era ni de la comida ni de la cena.

Jon Kwang Sik se metió entre los refugiados para hacerles preguntas, y muchas personas le recibían con recelo, probablemente preguntándose qué pájaro sería. Pero el recelo pronto desapareció y dejaron de prestarle atención.

El compañero Kim Il Sung se dirigió apresuradamente a la misma orilla del río, donde había tres pequeñuelos, de tres o cuatro años, de

entre la hierba arrancando flores. A un niño, de carita rechoncha, al estirar la mano para arrancar un diente de león, se le vio la manga agujereada por el fuego. Cerca de él se movía en cuclillas una niña con el brazo izquierdo vendado, y con sólo un zapatito de goma. El otro pequeño se hallaba sentado en la hierba. Tenía el pelo chamuscado.

El compañero Kim Il Sung los miró atentamente y su rostro se puso más severo aún. Los pequeños, que habían visto a un papá desconocido acercarse, recogían sus flores y sonreían ingenuamente.

A unos cinco pasos, donde empezaba la bajada al río, una mujer de mediana edad, puesta en cuclillas, manchada de ceniza, estaba avivando el fuego sobre el que había una cacerola, cubierta con una espesa capa de hollín. Los ojos de la mujer, enrojecidos, derramaban lágrimas.

Un grupo de personas se había refugiado en una hondonada para protegerse del viento. Una chica de unos dieciséis años, con la mano vendada, le cosía a una niña probablemente hermanita suya, una manga rota. No le salía bien, porque la nena no se estaba quieta, y la muchacha se ruborizaba ya que es observaba un hombre desconocido. Allí cerca un chiquillo, alto y de ojos grandes, incómodamente sentado, estaba cortando algo con una navajita, y le salían gotitas de sudor en la nariz.

—¿Y tú, qué estás haciendo? —le preguntó el compañero Kim Il Sung, inclinándose hacia él para acariciarle en la cabeza.

—Un tiragomas —contestó con vivacidad el chiquillo, levantando la cabeza para mirar al desconocido.

—¿Un tiragomas? Magnífico. ¿Y qué vas a hacer con él, bueno mozo?

El compañero Kim Il Sung se sentó en la hierba al lado del muchacho.

—Disparar contra los japoneses.

—¿A los japoneses? A ver, enséñame tu arma.

También él, de niño, había hecho tiragomas. Allá en su tierra había en las márgenes del río Sunhwa, entre la maleza de mimbreras muchas ramas que servían para hacer tiragomas. Una vez disparó con tiragomas contra un policía japonés que se había presentado en su casa a efectuar un registro.

—¿Y con este artificio quieres combatir a los japoneses?

—Sí, ellos a mi papá y a mi mamá… —no dijo más porque se le cortó la voz y sus gruesos labios empezaron a temblar levemente.

—Dices bien. Harás el tiragomas y dispararás con él contra los enemigos. ¿Y ésta quién es?

—Kum Suk. También mataron a su papá y a su mamá.

—¿Y este otro?

Era un chiquillo de unos cinco o seis años, que le miraba obstruido.

—También huérfano.

—¿Cómo te llamas?

—Chotse. ¿No tenía yo otro nombre, hermana?

La chica dejó de coser, levantó la cabeza para decirle algo al hermano, pero se calló y volvió a su labor. Terminada la costura rompió el cabo sobrante, la pequeña se puso de pie de un salto y se acercó a Chotse.

El compañero Kim Il Sung pudo observar que allí no se habían agrupado más que niños.

—¿Cuida usted de todos ellos? —le preguntó a la chica.

—Sí.

—¿Es usted miembro del Cuerpo Infantil?

—Mi hermana es jefe de sección —contestó Chotse con orgullo poniendo ojos de plato, de largas pestañas, y mirando a la hermana.

—¡Vaya! ¿Y de qué pueblo sois? ¿Cuándo aparecieron allí los japoneses?

El compañero Kim Il Sung se había dirigido a Jong Ok, la hermana de Chotse. Ella, confundida, bajó la cabeza y mordió un labio, pero, recobrando el ánimo respondió con voz un poco temblorosa:

—Somos de Wangqing, del pueblo de Dagou.

—¿De Dagou? —se levantó asombrado el compañero Kim Il Sung.

—Estuvo anteayer allí un destacamento punitivo japonés. —A la chica se le asomaron las lágrimas a los ojos, y sin poder terminar la frase, bajó otra vez la cabeza.

—¡Hum! Cómo están las cosas… —se le escapó penosamente al compañero Kim Il Sung, mirando al cielo. Después volvió la vista a Jong Ok y empezó a preguntar detalles del asalto de los japoneses.

Jong Ok, una muchacha carirredonda con largas pestañas, ese mismo año iba ya para los quince, pero su semblante tenía rasgos de niña. Sus palabras se entrecortaban por la emoción, se mordía los labios sollozando, y le temblaban los hombros. Con palabras sueltas y fragmentos de frases pintó el pavoroso cuadro que había visto con sus propios ojos: el fusilamiento de la gente joven del pueblo en la plazoleta y cómo quemaron a niños vivos.

Escuchando el relato de la chica, al compañero Kim Il Sung le parecía que se le partía el corazón. Le tembló la mano que tenía acariciando a Kum Suk.

Jong Ok limpió las lágrimas y siguió contando. Se les acercó despacio un hombre de mediana edad, que había estado sentado en el césped, un poco retirado a un lado, fumando pipa. Era un campesino de Dagou que se llamaba So Kuk Bo.

La muchacha no pudo terminar el relato de la espantosa matanza que los japoneses habían cometido en aquel pueblecito, porque no pudo aguantar más y rompió a llorar tapándose la cara con las manos. Continuó el relato So Kuk Bo, poniendo una mano en el pecho. El

agravio que hervía en su pecho reventaba por saltar afuera, y el hombre buscaba una persona a quién pudiera contárselo. So Kuk Bo, un hombre con mucho temperamento y elevado tono en el hablar, ayudándose con la gesticulación reprodujo pintorescamente el espeluznante cuadro, pegándose unas veces con su enorme puño en el pecho, profiriendo exclamaciones de cólera o rasgando el suelo con las manos como rastrillos. Contó que él también había perdido a su mujer y a dos niños pequeños.

—A pesar de tanta desgracia, yo sigo viviendo. Sólo ahora comprendí que, aunque el hombre se deja sentir, las penas pasan. ¡Por qué no me moriré!

Viendo a So Kuk Bo tan excitado el compañero Kim Il Sung dijo despacio:

—Tranquilícese. Hay que saber conservar la razón también en estos tiempos turbulentos. No para salvar el propio pellejo… Los que quedan con vida tienen que vengar a los caídos, —y se calló por un segundo, mirando hacia el lado del río, donde estaban, harapientos los niños, y continuó— tienen que vivir a despecho de las adversidades y luchar por el porvenir de aquellos niños huérfanos.

—Bien dicho. Ri Kwang, de nuestra aldea, dijo también lo mismo. Según él, el General Kim Il Sung había organizado un destacamento de guerrilleros y pronto nos vengará. Nos mandó por ahora ocultarnos junto con los vecinos del pueblo por eso nos pusimos en camino…

—¿No se encuentra entre ustedes el compañero Ri Kwang?

So Kuk Bo miró perplejo al interlocutor. Era Jong Ok que había calmado un poco y estaba mirando con atención al compañero Kim Il Sung, que contestó:

—El compañero Ri Kwang se marchó a las montañas de Mabansan llevándose consigo a los habitantes del pueblo. A nosotros nos aconsejó

marchar con los niños y los ancianos, que no pueden andar mucho, a Hualin, buscar allí a la organización clandestina y pedirle protección. Nos enseñó el camino y dijo que en cuanto se instalen en el nuevo lugar nos recogería.

—¿Y qué ha sido de su familia? Creo que tenía madre y un hermanito…

A esta repentina pregunta no contestaron ni Jong Ok ni Kuk Bo. Embargado por un grave presentimiento, el compañero Kim Il Sung miró a los lados. Alrededor había sentados muchos refugiados, que él no sabía cuándo habían llegado. Un hombre de mediana edad, que hacia un minuto estaba al otro lado del altillo haciéndole la trenza a una niña, probablemente hija suya, se hallaba ahora al lado de So Kuk Bo, echando humo por la pipa. Su hija, con una chaquetita amarilla, se había ido al río a lavar una cacerola.

—A Chol Nam lo mataron los samurais y a su madre la quemaron viva —dijo Chotse poniéndose en pie de un salto y sujetando el pantalón por la cintura. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¿Eso es verdad? —el compañero Kim Il Sung puso la mano sobre el hombro del muchacho, mirando a Kuk Bo y a Jong Ok. Estos bajaron la cabeza. Chotse asentía con la cabeza frotándose con los puños los ojos llorosos.

—Por desgracia, es verdad —se oyó la voz sorda del hombre de mediana edad que había estado arreglándole la trenza a la pequeña—. No cabe en la cabeza tan tremenda verdad.

El compañero Kim Il Sung, desabrochándose la chaqueta, se volvió al desconocido.

—Me llamo An Tong Hak. Perdone usted, pero yo no puedo callarme. ¿Dónde se ha visto matar a gente inocente? Un crimen monstruoso, inaudito. El corazón estalla de cólera. Yo no soy de Dagou,

iba a Dunhua y me paré allí en una fonda. Aquella niña es mi hija. Estábamos en el bodegón cuando sonaron los disparos. Yo salí corriendo al patio. En un instante las calles quedaron regadas de sangre. Cadáveres en las calles y caminos, niños entre las llamas. ¡Ay! ¿Será el fin de Corea?

An Tong Hak temblaba. Había encontrado, por fin, la posibilidad de contar las atrocidades de que fue testigo. No importaba a quién. Sentía una necesidad irrefrenable de desahogarse y compartir lo que había visto, con cualquier compatriota capaz de compadecerse. Demasiado grandes eran la pena y la ira para sufrirlo solo. Había salido de Seúl dos meses atrás y en Dagou se paró a pasar unos cuantos días, donde tuvo que vivir junto con sus habitantes aquellos trágicos sucesos. No se sabe por qué, pero le costaba separarse de estos infelices y hacía ya unos cuantos días que andaba errando con ellos.

La intuición, un agudo sentido de observación de intelectual le sugerían que el joven que tenía delante sentado no era un simple viajero. La apariencia, que inspiraba confianza, la mirada inteligente, que penetraba directamente en el alma del interlocutor, una voz agradable, pero de tono enérgico, eran cualidades que despertaron en Dong Hak la simpatía hacia el compañero Kim Il Sung. Había deseos de aconsejarse con este hombre, confiarle los propios pensamientos, decirle las quejas.

An Tong Hak hablaba en voz tan alta, tan acalorada, que él mismo se asombraba.

—¿Sabe qué gritaban los viejos y las mujeres en aquel infierno de llamas? A mí todavía me suenan en los oídos las últimas palabras que pronunciaron, clamando venganza. ¿Cómo puede ser el hombre tan cruel con sus semejantes? Aunque sea un imperialista. Una vergüenza, una ignominia para la humanidad. Por desgracia, así es. Sin embargo, es absurdo esperar condescendencia y humanismo del enemigo. La pena es

que yo no pude corresponder con nada a los gritos del alma de unos compatriotas que se estaban muriendo —de la emoción An Tong Hak empezó a toser y se agarró del pecho.

El compañero Kim Il Sung escuchaba atento al desconocido. Por todos los indicios tenía delante a un intelectual, con su propio punto de vista sobre las cosas y sus firmes convicciones. De haber sido otros tiempos y otro el lugar, hubiera encontrado tiempo y un método práctico para entablar una conversación detallada con aquel hombre. Pero en aquellos momentos tiempo no tenía.

A An Tong Hak se le acercó su hija llevando en las manos.

—¿Lo has lavado todo, Suk I?

—Sí —dijo la pequeña enseñando la escudilla, que todavía goteaba, y metiéndola después en una bolsita.

—Vámonos pronto, papá.

—Sí, hija, vamos. —An Tong Hak rellenó otra vez la pipa y la encendió, y después, ajustándose las correas de la mochila miró al sol.

Recorriendo la orilla del río el compañero Kim Il Sung fue al terraplén, cubierto de mimbreras. Los pies se hundían en la tierra enfangada. El ramaje de las mimbreras, que estaban ya coloreándose de verde, acariciaba los tobillos.

En la cabeza, pensamientos tristes. Las manos echadas atrás, se habían cubierto de sudor. Y cuanto más pensaba más se le partía el corazón. Le parecía ver en esta orilla del río la Patria en miniatura, toda ella renegrida por las botas de los japoneses.

La manita rechoncha del niño que se extendía para arrancar las flores, asomando de una manga agujereada por el fuego; la niña que no tenía en los pies más que un zapatito de goma; el rapazuelo con el pelo chamuscado… Unos niños que pese a todo sonreían ingenuamente, ¿no será esto un grito del alma humana clamando liquidar a los imperialistas?

Y aquella madre que empujaban al fuego los soldados con el hijo muerto en brazos, ¿no era su grito una angustiosa llamada a los vivos a darle la batalla a muerte al imperialismo? Todavía hay muchos países que gimen bajo el yugo de los imperialistas, pero quizás no haya otro enemigo más rabioso y más cruel, capaz de tan monstruosos crímenes.

El padre del compañero Kim Il Sung había sido víctima de las atrocidades de los imperialistas japoneses, y dos tíos suyos estaban en las mazmorras del enemigo. A él también le tocó pasar por las duras pruebas y sufrimientos, que la cruel represión del enemigo había acarreado. Pero luchó estoicamente, enfrentándose con audacia a todas las pruebas y todas las privaciones. Ahora, sin embargo, se trataba de la desgracia que estaba viviendo el pueblo. Eran niños coreanos que llevaban en sus cuerpos las huellas del fuego, unos niños que también clamaban con sus todavía ingenuas sonrisas infantiles: "¡Salvadnos, somos niños de Corea torturados por tanta desgracia!"

El compañero Kim Il Sung, apretando los dientes, caminaba despacio por el terraplén a lo largo de la orilla del río. En su pecho repercutía, igual que golpes de martillo, el lamento de los niños clamando salvación. Aquello se hizo insufrible. Levantó la cabeza. Por los bordes de la enorme cúpula azul flotaban plácidamente blancas nubes. Parecíale que tomaban unas la imagen del semblante de aquella mujer, manchado de ceniza, que había dejado de avivar la llama del fogarín para mirarle a él, con los ojos húmedos por las lágrimas; o la figura del hombre bañando a la criatura que se había quedado sin madre, o la del niño que estaba haciendo el tiragomas con el ardiente deseo de vengarse en el enemigo.

El compañero Kim Il Sung no podía evitar de ver este cuadro de sufrimientos del pueblo, pues por todas partes se dejaba ver la tragedia de su querida Patria.

Bajo un solitario chopo purpureaba un charco, como cubierto por una

delgada capa de cobre. ¿De dónde ese brillo sanguíneo? Miró alrededor. Con las mimbreras, sumida en un extraño silencio, como afligida por un gran dolor, el agua misma del río que hacía poco le había acariciado el oído con susurro, ahora la veía del mismo color púrpura del charco.

Todo parecía teñido de sangre. La Patria entera bañada en un mar de sangre. El aire, la tierra, todo empapado de amargas lágrimas derramadas por sus compatriotas. Ensangrentadas las nubes y el charco.

Era como una apasionada llamada del pueblo a salvar de un enemigo codicioso la Patria, el severo veredicto de la historia, que manda barrer de una vez para siempre al imperialismo de la faz de la tierra.

El compañero Kim Il Sung seguía adelante, percibiendo muy claro la poderosa exigencia de los tiempos, que le conmovía el corazón, igual que un torbellino de fuego. Iba caminando por el mismo charco, sin darse cuenta de que se estaban mojando los pies. Miraba a lo lejos y sus ojos echaban llamas.

Acudió corriendo Jon Kwang Sik, que había recibido un parte del ordenanza. El compañero Kim Il Sung le cogió de la mano, se paró y se sentaron en un montículo.

—Duras pruebas le ha tocado vivir a nuestro pueblo, compañero Jon. La Patria está bañada en un mar de sangre.

Qué podía contestar Jon Kwang Sik a estas ardientes palabras del compañero Comandante en jefe. Se le atravesó un nudo en la garganta y agachó la cabeza.

—Nuestro pueblo se está desangrando. Pero pronto verá usted, compañero Jon, lo que va a ocurrir en esta tierra. Lo verá todo el mundo. El pueblo se levantará, derrocará a los agresores imperialistas y conquistará la libertad y la liberación.

El compañero Kim Il Sung apretó con más fuerza aún la mano de Jon Kwang Sik.

—Nadie podrá someternos —continuó—. El pueblo oprimido que se alza en lucha por la salvación de la Patria ensangrentada se liberará de la esclavitud no importa de qué agresores.

El compañero Kim Il Sung levantó la cabeza, mirando al azul claro del cielo. Jon Kwang Sik, que había estado pendiente de las emocionantes palabras del compañero Comandante en jefe, crispó las manos y miró también a la lejanía azul.

Era tanto lo que el compañero Kim Il Sung tenía dentro, que hubiese necesitado varios días para exteriorizarlo, pero él callaba, y su silencio no era menos significativo.

Jon Kwang Sik hacía mucho tiempo que seguía al compañero Kim Il Sung, pero nunca le había oído hablar de manera tan rotunda, con tanta determinación.

El compañero Kim Il Sung le preguntó, en breves palabras, a Jon Kwang Sik qué había visto y oído y agregó despacio:

—Compañero Jon, tendremos que apartarnos del plan, aunque se retrase unos cuantos días nuestra llegada a Liangjiangkou.

—¿Sí?… —Jon Kwang Sik miró con perplejidad al compañero Comandante en jefe sin comprender qué quería decir, de qué hablaba.

—Hay que llevar a esta gente a la localidad más próxima, a Kajaegol. Hasta donde les aconsejaba ir el compañero Ri Kwang quedan todavía dos días de camino. ¿Podrán andar tanto los niños? Hay que buscarles albergue pronto donde pasar la noche, vestirlos y calzarlos. Es difícil que me marche sin proceder así…

—Comprendido, compañero Comandante en jefe —respondió Jon Kwang Sik, percibiendo con todo su ser el exceso de cálidos sentimientos que el compañero Kim Il Sung no había podido exteriorizar del todo con palabras.

El compañero Kim Il Sung se acercó a los niños, que estaban allí

cerca jugando en la hierba. Cogió en brazos a un pequeño de unos tres o cuatro años y llamó a los demás con voz cariñosa:

—Venga, niños, venid conmigo a un sitio donde os darán de comer y os vestirán.

Los niños le rodearon gozosos y fueron con él por la cuesta abajo. Jon Kwang Sik contempló un instante emocionado esta escena, luego les siguió apresuradamente.

*　　　*　　　*

An Tong Hak, con la mochila colgando de los hombros, se despidió de la gente de Dagou y marchó hacia Dunhua, por el camino que conducía al noroeste. Arrastraba con dificultad los pies, llevando de la mano a la hija. En Dunhua vivía un primo hermano suyo. Padre e hija esperaban encontrar allí albergue y alimentos.

En 1925 An Tong Hak había participado en la fundación del Partido Comunista de Corea. Aunque le tocó vivir algunos altibajos se consideraba a sí mismo como un hombre que permaneció en las filas del movimiento revolucionario con fe firme hasta el año1928, cuando dejó de existir el “partido”. A últimos de diciembre de aquel mismo año, en la víspera de Año Nuevo, en una noche de nieve, llegó a tener noticias de las Tesis de diciembre del Comintern. Desde entonces su vida cambió bruscamente, vacilaron los mismos cimientos de sus convicciones. Pero no quería creer ni siquiera en sueños que el movimiento comunista en Corea cayera en tan deplorable situación. Y vivió unos cuantos años más en Seúl, demostrando una perseverancia increíble. La realidad de la vida no tardó en desilusionarle implacablemente, haciéndole ver los errores y los engaños en que estaba. Y rotundamente se decidió, cosa asombrosa hasta para él mismo, que era muy tenaz, a trasladarse a Jiandao, donde,

según se hablaba, se desplegaba una “campaña por la restauración del partido”. Pensaba, pues, que allí podría resolverlo todo. Animado por esta ilusoria esperanza consiguió, no sin dificultad, dinero para el viaje, y a finales del pasado invierno, un día de febrero, se puso en camino.

No sólo sus ideas, su vida personal amenazaba ruina también. Uno detrás de otro se le echaban encima infortunios y golpes, iba de mal en peor. La mujer, que había estado muchos años padeciendo de una enfermedad del estómago, contrajo un mal del hígado y a los seis meses de sufrirlo murió. El padre de él, que vivía en la aldea natal, le había enviado hasta cinco años atrás dinero con el que vivía modestamente pero ahora él mismo estaba endeudado, deudas que le llevaron al juzgado y le arruinaron.

An Tong Hak, aunque este año no había cumplido más que treinta y seis, tenía media cabellera cubierta de canas. Para burlar la vigilancia de la policía se disfrazaba como de viejo de unos cincuenta años con un sobretodo usado y zapatos de goma.

Fumaba pipa, hecha de raíz de azalea. Solía preguntarse si tenía motivos para hacerse pasar por un andrajoso, pero no encontraba una respuesta convincente.

En Jiandao la desesperación era aún mayor. Contrariamente a los rumores, la “campaña por la restauración del partido” había resultado ser un juego inútil y execrable. De sus personales convicciones, formadas cuando iba, a través de Chongjin y Nanyang, hasta las mismas márgenes del río Hailanjiang, llegó a la clara conclusión de que debía ver primero cuan profundamente había caído él mismo en el anacronismo, que achacarlo todo a otros.

Todo era muy ilusorio y vacío. En los días que pasó en Dagou, echado boca arriba en el suelo frío de la fonda, con la cabeza apoyada sobre los brazos y mirando al techo, del que colgaban telarañas,

recordaba en todos los detalles los años perdidos estúpidamente. Y hay que decir que en su tiempo tuvo también agradables sueños y elevados propósitos.

Añoraba sus años de estudiante, que fue cuando llegó a tener por primera vez conocimiento de los ideales comunistas. Iban transcurriendo, ante sus ojos, los tiempos de su vida en Seúl, donde pasaba las noches enteras atareado en fundar, no sin alboroto, el partido.

Y así, sin haber llegado a una conclusión fija, optó por marcharse a Dunhua, a casa de su hermano como lo había pensado él para el peor de los casos. Había desaparecido todo el romanticismo sin dejar huella, como se disipa un sueño. El objetivo era inalcanzable como nubes en el lejano horizonte, y la realidad se mostraba cruel e implacable con él.

—Vamos, vamos, que ya se va a ponerse el sol —apuró mirando con pena a la hija, que se había sentado en la hierba.

—No puedo, me duelen los pies.

—Resiste, hijita. Es preferible a la muerte. Levántate. Crucemos por lo menos el paso de montaña, que al otro lado encontraremos donde pasar la noche.

An Tong Hak mandó a la hija caminar delante, ajustó la mochila subiéndola un poco más a los hombros, mirando triste a la ladera norteña de la montaña, invadida cada vez más por la oscuridad, y siguió andando.

* * *

Andando unos quince *ríes* de Liangjiangkou montaña arriba se va a pasar a un lugar llamado Jagundegi.

Al pie de un alto cubierto de arbustos hay una casita de troncos de madera. No se sabe de fijo quien la construyó ni cuándo. Tal vez fuese

de algún campesino dedicado al cultivo de patatas, o quizá un albergue de cazadores. La chabola, instalada al buen tuntún, recibía hoy a huéspedes queridos. Pak Hung Dok, un mozo robusto y serio, respondía por este punto de enlace clandestino, era su “dueño”. Vestido con modesta ropa campesina, estaba ahora metido en una profunda grieta de una roca, vigilando fusil en la mano.

Por detrás de la chabola había una maleza de actinidias, y, por parte delante había, en la ensillada de la ladera, un huerto en el que se veían gérmenes de patata. Un poco a la izquierda se elevaba la creta aguda de una montaña desde la que podía verse como en la palma de la mano la comarca circundante.

Los últimos días Pak Hung Dok había recibido a no menos de diez compañeros. Ninguno de ellos dijo quién era, pero él adivinaba en ellos hombres de la clandestinidad, trabajadores políticos llegados de distintos lugares.

Las tareas que tenía que ver con la reunión las dirigía Cha Kwang Su, un joven de cara delgada, ágil en los movimientos. Decían que era un colaborador inmediato del compañero Kim Il Sung, todavía desde los tiempos de la Unión para Derrotar al Imperialismo. Hacía tan sólo unos cuantos días que se encontraba aquí. El y Pak Hung Dok taparon las grietas de la habitación con arcilla, después le dijo a éste la contraseña y le instruyó sobre cómo había que montar la guardia.

Todo el invierno lo había pasado Pak Hung Dok solo, cumpliendo el trabajo de este punto de enlace clandestino. Pronto iba a hacer tres años que participaba en la lucha revolucionaria. Su actividad revolucionaria la había empezado bajo la influencia de un joven comunista de Dunhua que había sido enviado por el compañero Kim Il Sung. Al principio hacía de enlace, pero pronto había de operar por propia cuenta.

Desde que en noviembre del pasado año el compañero Kim Il Sung

proclamó en una reunión en Mingyuegou la orientación de crear una Guerrilla Antijaponesa, Pak Hung Dok se mostró más activo en la lucha revolucionaria. La nueva orientación, cuyo sentido podía expresarse con esta frase: “¡Todos a las armas para combatir al imperialismo japonés!”, le había infundido ánimo, de modo que ahora él cumplía cualquier misión con mayor energía. Lo único que le atormentaba era la falta de conocimientos, pues no había podido estudiar. Esta falta no le dejaba cumplir las tareas tan bien como quisiera.

Muy dado a la conversación, los últimos días se las había arreglado para acabar con el aburrimiento que durante el invierno le tuvo dominado.

Después de haber estado hablando día y noche Cha Kwang Su sintió un desahogo del espíritu que le había puesto ahora de un humor magnífico.

Cha Kwang Su dijo que el compañero Comandante en jefe tenía que haber llegado en la víspera, pero que probablemente se detuvo por alguna razón, y esto le preocupaba mucho.

Pak Hung Dok, pues, se hallaba ahora arrimado a la roca, en espera atenta, al calor del sol primaveral, mirando al sendero del bosque que serpenteaba al pie de la montaña.

En la casita se había reunido no gente ordinaria. Aunque la mayoría de aquellos hombres tenía unos veinte años, sus nombres eran ya muy conocidos. Casi todos ellos eran jóvenes comunistas que habían empezado la lucha bajo la dirección del compañero Kim Il Sung ya en los tiempos de la Unión para Derrotar al Imperialismo o en Jilin, Kalun, Wujiazi. Pak Hung Dok había oído todavía en Dunhua que entre ellos se encontraba Jin Il Man, un teórico que sabía de memoria tomos enteros de Marx y Lenin. Él se lo había figurado como a un viejo de, a lo sumo, unos veinte años. Hay que decir que el mismo Song Dok Hyong y Han

Hung Gwon, que habían estado aquí una o dos veces ya, estaban también fuertes en teoría. Había aquí también hombres de la clandestinidad con experiencia, como Choe Jin Dong, Ri Kwang y otros compañeros. Si añadimos también los nombres de Cha Kwang Su y Jon Kwang Sik, que pronto tendría que llegar junto con el compañero Comandante en jefe, sí que se reunía una fuerza impresionante. ¡Cómo no! Precisamente en ellos se apoyaba el compañero Kim Il Sung cuando formaba la Guerrilla Antijaponesa. Estos hombres tenían que llevar a vías de hecho el grandioso proyecto del compañero Kim Il Sung, asumiendo para sí cada uno determinados sectores de la lucha.

Eran sus fieles compañeros de lucha. Bajo la dirección del compañero Kim Il Sung habían andado un largo camino de combate desde la misma Huadian con sus ventarrones, a través de las calles de Jilin, en las que retumbaban enérgicas consignas, cruzando luego las estepas del Sur y del Norte de Manchuria, entre tormentas de nieve, y en donde había que exponer la vida a cada paso, para llegar a estas montañas.

Se distinguían sólo Ri Hyok y Pak Ki Nam. Los dos iban ya para los treinta años. Habían estado mucho tiempo en la cárcel, y sus nombres solían aparecer en las páginas de los periódicos desde el “caso del Partido Comunista en Jiandao”.

Bastante buen conocedor de la teoría y orador, Pak Ki Nam había estado tres años en la cárcel Sodaemun en Seúl. Salió de ella el invierno pasado, después de haber cumplido la pena. Si bien parecía que la vida carcelaria le había desanimado un poco, tenía todavía bastante pasión.

Después de la cárcel consiguió burlar la vigilancia de la policía. Estuvo tres meses buscando contacto con la organización clandestina, sin dejar de seguir curándose. Las anteriores organizaciones de Jiandao se habían desarticulado todas después de varios “incidentes”. Cambiaron también los hombres que en ellas militaban, desapareciendo sin dejar

huellas unos, retirándose de la lucha otros o capitulando ante el imperialismo nipón para emprender el camino de la traición.

Pak Ki Nam, acostado en un cuarto vacío, tomando un vaso tras otro de cocción de perejil contra una hinchazón, juraba como un carretero contra degenerados y traidores con abundancia de mordaces palabras. Para él eran “pseudocomunistas”, “marxistas de moda”, “fariseos” o “judas”.

En esto brilló un rayo de esperanza. Con ayuda de mi antiguo conocido se entrevistó con Ri Kwang, enviado del compañero Kim Il Sung al trabajo clandestino en el distrito de Wangqing. Aquél le acogió atento y le dio ánimos. Con cuantos habría de verse después de esto resultaron ser hombres francos y honrados y con firme voluntad para luchar. Era la nueva generación de jóvenes libres de toda la basura de los tiempos pasados, de los grupos “Seúl”, “Shanghai”, “Irkutsk” y otros por el estilo.

Atraído por esta nueva generación no quiso esperar a sanar y reanudó su actividad revolucionaria.

Pak Hung Dok, sentado abrazando al fusil, miraba al patio de la casita, que lo veía como en la palma de la mano, “Cuantas cosas no estarán hablando aquellos hombres en la casita después de haber estado tanto tiempo sin verse, y tan amigos como eran”, se decía mirando de vez en cuando hacia el patio aguzando el oído, sin que oyera nada.

*　　　*　　　*

En la casita reinaba una atmósfera tirante, mucho más que sería de lo que Pak Hung Dok se lo había figurado. Se discutía fervorosamente al pie de la cerca, en la terraza bajo sotechado, y en el cuarto, que tenía las puertas abiertas de par en par. El único que no intervenía en la discusión era Ri Kwang que estaba en un rincón del patio con la cabeza agachada,

sentado en un tajo de madera. Había venido aquí en azul chaqueta de trabajo con huellas de haber sido alcanzada por las llamas, cuando el asalto de los japoneses, por lo que él mismo parecía un tronco ennegrecido por el fuego. El hombro levantaba de vez en cuando la cabeza, denotando su mirada tanta ira que nadie se decidía a acercarse a él. El tema central de la discusión tanto de Choe Jin Dong y Cha Kwang Su, sentados los dos al pie de la cerca, como de Jin Il Man, Han Hung Gwon y Song Dok Hyong, que en el ardor de la disputa golpeaban el piso de la terraza, así como los que estaban sentados formando corro en el cuarto gritando hasta enronquecer, era la matanza perpetrada por la expedición punitiva japonesa en Dagou. Por eso muchos de los polemistas fijaban la atención en Ri Kwang.

La disputa había empezado, como de costumbre, poniendo en claro cuestiones inaclaradas durante el trabajo individual. Tenían sobre todo mucho que aclarar Jin Il Man y Song Dok Hyong que llevaban el trabajo político en las localidades, y habían estado mucho tiempo desligados del Cuartel General.

En el momento en que se estaba discutiendo cómo las fuerzas revolucionarias tenían que contrarrestar las operaciones punitivas de los imperialistas japoneses, llegó Ri Kwang, que había vivido la matanza de Dagou. Fue entonces cuando la discusión tomó un carácter más agudo.

Las operaciones punitivas de los imperialistas japoneses en Dagou y en otras regiones situadas en la cuenca del río Tuman no tenían precedentes por la crueldad y las proporciones. El acantonamiento de las fuerzas del enemigo daba testimonio de que en adelante estas operaciones iban a intensificarse y extenderse aún más. De ahí que los reunidos discutiesen seriamente los problemas que habían surgido ante tan brusco cambio de la situación.

Cuando el compañero Comandante en jefe llegase, todo se colocaría

en su sitio, pero como estaba ausente ellos intentaban buscar la solución con los esfuerzos comunes.

El día de la proclamación de la Guerrilla Antijaponesa, el 25 de abril, el compañero Kim Il Sung había hecho en su discurso un resumen de la primera etapa de trabajo que se realizaba para llevar a vías de hecho la orientación planteada en la reunión en Mingyuegou, y después planteado otras tareas concretas. ¿Cómo fortalecer los destacamentos guerrilleros y cómo crear y consolidar las bases de apoyo? ¿Cómo resolver el problema de un frente unido nacional antijaponés? Como la situación había cambiado bruscamente por las acciones de los imperialistas japoneses había que dar con soluciones nuevas para todos estos problemas.

La conducta de los enemigos mostraba que en cuanto se enterasen de la localización de los destacamentos guerrilleros iban a lanzar enseguida fuerzas armadas muy superiores para aniquilarlos. Si los enemigos se enteraran de que tal o cual aldea era base de apoyo de la guerrilla, la reducirían a cenizas.

Una parte de los presentes decía que como el ejército guerrillero había sido creado teniendo en cuenta el desarrollo de los acontecimientos en esta dilección, era necesario reunir en un todo a las fuerzas armadas disponibles y lanzarse a la lucha general contra el enemigo.

Otros se oponían a este plan, por considerarlo como pura aventura.

¿Cómo actuar en estas condiciones, qué medidas pueden tomarse generalmente en estas circunstancias para hacer fracasar las operaciones punitivas, defender a la población y al mismo tiempo fortalecer y desarrollar la Guerrilla Antijaponesa y abrir el camino hacia la victoria final de la revolución?

—La primera acción revolucionaria de la humanidad —dijo agitando la mano Jin Il Man, un joven carilargo con lentes— se produjo cuando los hombres comprendieron lo absurdo que era aguantar la opresión.

Figurémonos esto, compañeros. A una madre coreana que lleva en brazos al hijo que le han asesinado los enemigos la empujan a las llamas, ella clama a gritos venganza. ¿Qué no es posible aguantar, si se puede aguantar cosa semejante? ¿Para qué hemos empuñado las armas, si permanecemos escondidos entre la maleza por razones de precaución? No. Por algo Engels usó de la palabra "precaución" cuando caracterizaba a los fabianos. Claro, hay que tomar el máximo de precauciones, pero lo principal está en enfocar esta cosa con espíritu revolucionario. Compañero Ri Kwang, ¿por qué te callas? ¿Qué opinas tú?

Ri Kwang miró ceñudamente a Jin Il Man, que estaba muy excitado por la discusión. Parecía que iba a echar llamas por la boca, pero no, su semblante quedó inmóvil, tal vez como un volcán antes de la erupción. Y no despegó sus gruesos labios.

—Permítame a mí decir dos palabras —dijo despacio Pak Ki Nam asomando medio cuerpo del cuarto a la terraza, quien no paraba de fumar y sacudía la ceniza en un cenicero improvisado de un aislador eléctrico que Pak Hung Dok había encontrado—. Pido excusas por adelantado. Porque en general yo estoy flojillo de teoría. Además en los años que estuve detrás de las rejas me quedé un poco atrasado. No me juzguen con demasiado rigor si cometo algunos errores. De hacer caso de Jin Il Man resulta que Han Hung Gwon predica la precaución, yo quiero decir que en general no recuerdo nada parecido. Así que a mí me parece que nosotros probablemente lo reduciremos pronto a un mismo criterio. Lenin señalaba que la revolución nunca caía del cielo, como un producto ya acabado. Es lógico, claro está, que empecemos a actuar sólo después de aclarar del todo las perspectivas de esta confrontación. Pero, ¿sucede así en la vida? Además, ¿qué podrían significar estas perspectivas? Si analizas los puntos de vista de los compañeros que hablaron aquí antes de mí, parece que la cosa se reduce en fin de cuentas, a la comparación

de fuerzas armadas. Siendo esto así, hay una pregunta. ¿Está bien en general sacar conclusiones con el método de la comparación aritmética del número de divisiones y cuerpos? La cosa está, según yo creo, en el carácter justo de nuestra lucha y posición, y no en el número de las tropas del enemigo.

—Yo sigo en contra de los llamamientos a concentrar los destacamentos guerrilleros de nueva formación que tendrían que enfrentarse al adversario —dijo rotundamente Han Hung Gwon levantando su rostro carirredondo. A Pak Ki Nam, que acababa de ponerse de su lado, se le pusieron inesperadamente los ojos como platos.

Al llegar aquí se levantó despacio Song Dok Hyong, un hombre de fuerte complexión, vestido con traje de trabajo. En su mofletudo rostro, de frente no muy alta, brillaban unos ojos grandes.

—El compañero Han Hung Gwon está no en contra de la resistencia abierta sino contra acciones activas respecto a las operaciones punitivas de los imperialistas japoneses, que es en lo que insistimos el compañero Jin Il Man y yo. Está en contra de nuestro punto de vista sobre la fase histórica actual de la lucha de liberación nacional del pueblo coreano como una fase completamente nueva, diferente radicalmente de la anterior. ¿En que se basa nuestro criterio y en qué el de Han Hung Gwon? Todavía en la reunión de Kalun había trazado el compañero Kim Il Sung una línea completamente nueva e independiente para realizar la revolución coreana, creando de acuerdo con esta línea la Guerrilla Antijaponesa. Por otro lado el imperialismo japonés, el enemigo principal de la revolución coreana, se ha enfurecido todavía más y desechó todas las falsas consignas sobre "administración cultural" para llevar a cabo una política de feroces y fascistas represiones. Un ejemplo típico de ello es la operación de castigo en la cuenca del río Tuman. Y también la del pueblecito de Dagou. Pero además de estas

represiones, como producto de su política, se intensificarán, tomando un carácter más siniestro aún. Contra esta fiera, que ha perdido toda la razón, tenemos que pasar a una contraofensiva de la revolución armada. Estos son los rasgos característicos importantes del día de hoy. Y que servirán de base sólida para estudiar nuestro plan de lucha. ¿En qué se basa la afirmación del compañero Han Hung Gwon? Aunque con ciertas reservas, pero al parecer, en que las operaciones punitivas contra el pueblo coreano han empezado, claro, no el día de hoy; que no hay que considerar nuestras fuerzas lo bastante preparadas para echar abajo al imperialismo japonés. Y qué va a pasar, dice, si de repente el enemigo emprende una contraofensiva…

—Mi afirmación la explicaré yo mismo —dijo interrumpiendo al orador Han Hung Gwon, levantando bruscamente la cabeza. Le interrumpió como sin quererlo, pero sin apresurarse a hablar, porque el que corre mucho pronto para.

Han Hung Gwon permanecía callado, y Ri Kwang miró con el rabillo del ojo a Hung Gwon y las miradas de los dos se encontraron. Se veía que estaban apesadumbrados los dos. Ri Kwang volvió la cabeza, y Han Hung Gwon empezó a hablar, sin darse prisa como era habitual en él.

—La Guerrilla Antijaponesa nació para luchar a mano armada contra los invasores japoneses. Con las armas en la mano nosotros venceremos al imperialismo japonés. El compañero Comandante en jefe dijo que nuestra lucha armada tiene que ser una guerra de guerrillas, para lo que formó precisamente no un ejército regular sino la guerrilla. Y por eso precisamente yo insistía en que estas cuestiones había que resolverlas sin excesiva pasión. Hoy todos estamos conmovidos por los detalles de la matanza en Dagou. Pero no deberíamos determinar la dirección subsiguiente de la lucha revolucionaria bajo la influencia de las emociones.

—Así, pues, ¿en qué tenemos que guiarnos al determinar el trayecto a seguir por la lucha revolucionaria? —volvió a acalorarse Jin Il Man—. Compañero Han Hung Gwon, al fin y al cabo, todos participamos en la lucha revolucionaria porque queremos a la Patria y al pueblo y odiamos a los enemigos de clase. Si las penas y los sufrimientos del pueblo no nos importan nada, entonces dime, por favor, ¿de dónde, en general nace la pasión revolucionaria? Recordemos estas palabras de Jorge Sand: "Luchar o morir; luchar a brazo partido o no existir. Así de inexorable es el dilema".

—Y aun con todo ello yo no puedo conformarme con tus argumentos —dijo Han Hung Gwon, y se sentó, restableciéndose el silencio. La inflamada discusión habíase interrumpido de golpe, de la misma manera que se rompe la tirante cuerda de un arco. Llegó a oírse en el matorral de detrás de la casa el chirrido de los saltamontes.

Del cuarto se propagaba el humo del tabaco, arremolinándose en nubecillas.

Cha Kwang Su levantó despacio y se puso a andar por el patio. En medio de aquel silencio que se había impuesto repentinamente el nudo de sus pasos acompasados retomaba en los corazones de los compañeros, como volviendo a subrayar lo grave de la situación. Él hubiera planteado su opinión hace tiempo, de no haber sido tan seria la cuestión. Como profesional que había empezado su actividad ya en los tiempos de la Unión para Derrotar al Imperialismo bajo la dirección del compañero Kim Il Sung con una preparación eficiente en materia de organización y de teoría y con un prestigio merecido entre los compañeros, Cha Kwang Su tenía que comprender bien el fondo del problema y sacar la conclusión adecuada. Pero él callaba, como si se hubiese cosido la boca, paseándose por el patio.

Choe Jin Dong que estaba sentado enfrente de Cha Kwang Su, se

levantó de un salto. Aunque no había cruzado palabras, por la expresión que veía en el semblante de Cha Kwang Su cuando los demás decían su opinión, adivinaba él en rasgos generales lo que pensaba, pero interiormente no lo aprobaba. Además, en medio de aquel silencio sepulcral, los pasos inquietos de Cha Kwang Su irritaban a Choe Jin Dong.

—Yo soy un hombre sin formación y en teoría no estoy tan fuerte como el compañero Jon, pero tengo un argumento…

Las miradas de los compañeros se dirigieron a Choe Jin Dong que estaba excitado. Llevando la mano a un costado abrió la pistolera de madera y sacó una brillante pistola.

—¿Qué es esto? ¡Compañeros! —De emoción se le dificultaba la respiración.

—Decidme, ¿qué es esto?

El cañón de pulido acero inoxidable destellaba al sol. Jin Dong puso la pistola en la palma de la mano y la fue enseñando ora a un compañero ora a otro.

—Responded. ¿No es esto un arma? ¿Para qué sirve? ¿Por qué yo no puedo disparar de ella cuando los japoneses ametrallan, acuchillan y queman a nuestra gente? ¿Vosotros tampoco podéis poner en juego las armas? ¿Qué lógica estúpida es ésta?

Ri Kwang, que estaba trepidando de emoción, se levantó de un salto. Se veía cómo le temblaban las manos crispadas. En sus grandes ojos, cruzados por finas venillas sanguinolentas, asomaron lágrimas de ira.

—Compañero Choe —exclamó con voz dolorida, como si le hubieran retorcido el cuello—. Tú piensas cómo hemos preparado esta revolución.

—¿Qué? Ay, granuja…

Choe Jin Dong apretó la pistola en la mano y se volvió de repente.

—¡Compañero Choe Jin Dong! —Cha Kwang Su gritó con voz aguda

y se paró como clavado en medio del patio, chispeantes ojos. Esto le ocurría rara vez, hombre de alta frente, apacible y sensato.

—Permítame dos palabras. Esta cuestión tiene relación directa con la suerte de la Guerrilla Antijaponesa, nacida en el curso de la lucha sangrienta de nuestro pueblo. El compañero Jin Il Man se burlaba de la opinión de los compañeros que insistían en la precaución apoyándose en los clásicos. Aconsejo no hacer esto en adelante. Y por cierto que no importa qué dicen los clásicos, nosotros tenemos que buscar muy seriamente una resolución al problema, ya que con él está relacionada la suerte de nuestra revolución. Siempre y en todas partes tenemos que mantenernos firmemente en las posiciones ideológicas planteadas por el compañero Comandante en jefe. No olvidéis que por la revolución coreana respondemos nosotros, los comunistas coreanos; por lo tanto no tenemos que andar por las nubes, desligados de esta posición, sólo porque estemos demasiado emocionados o porque no sé quién dijo no sé qué.

Después de una pausa, con un tono ya del todo apacible, continuó:

—Yo me abstuve intencionadamente de decir algo relativo a la súplica de Ri Kwang, aunque ha sido su madre precisamente a quien en Dagou arrojaron los japoneses al fuego con el hijo muerto en brazos.

Las palabras de Cha Kwang Su tuvieron un efecto que ponían en razón, como un golpe.

La atmósfera cambió de repente.

Ri Kwang, echando una mirada suplicante con aire de ofendido a Cha Kwang Su, volvió a agachar la cabeza y a sentarse en el tajo. Se notaba en el semblante ansias de tomar inmediatamente venganza en los samurais. Pero se callaba obstinadamente, pese al insoportable dolor de un corazón cubierto de heridas como lo tenía él.

Con un ligero tambaleo se acercó a él Jin Il Man, le cogió las manos y

las apretó fuerte entre las suyas. Luego, a través de las lágrimas que se le asomaron a los ojos miró a Cha Kwang Su, que se hallaba vuelto de cara a la cerca.

—Compañero jefe de compañía, me había acalorado un poco, pero pido excusas. Pero aun así, a mí me parece que no hay otro camino más que el de una contraofensiva general.

Las inflamadas discusiones, que había durado todo el día, cesaban sin haber dado casi ningún resultado.

Uno tras otro, encendiendo cigarrillos fueron a pasear al lindero del campo de patatas.

Corría el año 1932.

¿Dónde está aquel rumbo salvador que tenía que tomar el nuevo barco envuelto por un enfurecido temporal, y que había zarpado de la bahía y llevaba por nombre la Guerrilla Antijaponesa?

Con el alma dolorida Cha Kwang Su observaba las figuras de los compañeros, que andaban de un lado a otro por el patio en silencio.

2

Ri Hyok, apoyándose con la espalda en el tocón, estaba observando cuanto sucedía en el patio de la casita de troncos. Cerca de la puerta de la cocina estaba partiendo leña Ri Kwang, desnudo hasta la cintura. El hacha se elevaba sobre la cabeza y caía con fuerza en el tronco, partiéndolo con chasquidos en leños.

Pak Hung Dok, el generoso "dueño de la casita", en sus quehaceres salía a menudo al patio y volvió a entrar en la cocina.

Por el sendero del bosque que bajaba al barranco situado delante del patio subía Choe Jin Dong. Fortachón, con uniforme militar, llevaba sobre los hombros un balancín con dos cubos de agua. Los cubos bamboleábanse ligeramente, como si estuvieran vacíos.

Ri Hyok era alto, cuellilargo y con manos gruesas, todo un campesino. Sencillote a primera vista, pero unos ojos que fulguraban inteligencia, ligeramente bezudo y un prominente montón denotaban en él un carácter modesto y firme.

Ri Hyok había salido de la cárcel Sodaemun de Seúl el pasado otoño. Nació y se crió en una localidad apartada en las montañas, a treinta *ríes* de Songjin. Estudió, pero trabajando a diario para pagar los estudios, estuvo en Seúl y Pyongyang, hasta que, por último, llegó a Jiandao, donde no tardarían en arrestarle apenas haberse incorporado al movimiento comunista.

De la cárcel salió muy decaído, y se dirigió inmediatamente a Jiandao, sin hacer una breve visita siquiera a su tierra natal. Al cabo de algunos meses logró, por fin, despistar a los esbirros, y ocultando su nombre viajó por Jilin, Haerbín y Senyang. Tal vez no hubiera tenido la

necesidad de dar tantas vueltas si pretendiera únicamente restablecer sus anteriores relaciones con las organizaciones clandestinas, pero como había decidido romper para siempre con el pasado y unirse a quienes hacia unos años habían participado en la lucha contra el tendido de la vía férrea Jilin-Hoeryong, no dejó de buscarlos.

Todavía cuando estaba en la cárcel había oído de esta lucha, como también del movimiento para boicotear las mercancías japonesas, sucesos que se desarrollaron el año 1928.

Casi cuatro meses después se encontró en Jiaohe con un joven comunista que le puso en contacto con Han Hung Gwon. Había llegado, por fin, un día feliz en su vida.

Ahora aquí todo era para él nuevo y grato. Hasta esta escena del patio, para los otros no más que un episodio de la vida de cada día, le suscitaba particulares emociones. Todo estaba bien, todo era hermoso. Todos los compañeros estaban llenos de energías, inspiraban confianza y hasta gustaban, sencillamente. También él tenía su propia opinión sobre lo que se estaba discutiendo, pero no quisiera ponerse del lado de una u otra parte de polemistas. Le había dominado no tanto el mismo contenido de la polémica como la sana atmósfera, impregnada de fervor y espíritu revolucionario que reinaba en esta colectividad, el hermoso mundo espiritual de ésta.

En esta efervescencia de pasiones nadie interponía su "yo", no se sentía más que un gran entusiasmo revolucionario: apoyar de todo corazón la línea revolucionaria del compañero Kim Il Sung, para salvar de la ruina a la Patria y al pueblo.

Aunque era el primer día que Ri Hyok estaba aquí, ya se había penetrado de un profundo respeto hacia el compañero Kim Il Sung, el hombre que había forjado esta colectividad, esta generación de firmes jóvenes comunistas, aunque todavía no había tenido ocasión de ver al

mismo compañero Kim Il Sung. Y como su admiración, aumentaban también los deseos de verle.

—Ah, está usted aquí, —dijo una voz que interrumpió la meditación de Ri Hyok. Tenía delante, sonriendo, a Cha Kwang Su. Ri Hyok se puso presto de pie.

—Estará cansado del camino, claro, y encima ha pasado todo el día ahí sentado. ¿Por qué no va al cuarto? Así descansaría.

—Cansado no estoy, al contrario, me parece que mis fuerzas se multiplican por horas en estos momentos.

Se sentaron los dos en el tocón del que Ri Hyok se había levantado.

—¿Cómo se siente? No tiene usted buen aspecto —Cha Kwang Su miró preocupado a Ri Hyok.

—Al contrario. El encuentro con ustedes me ha infundido nuevas fuerzas. Yo diría que he rejuvenecido diez años —dijo sonriendo.

Cha Kwang Su también sonrió.

—El compañero Kim Il Sung —dijo Cha Kwang Su—, pregunta mucho por la salud de usted. Dio indicaciones por mediación del enlace de que por ahora no le hiciesen trabajar excesivamente, ni participar en esta conferencia, si se sentía mal. En el tiempo más próximo quiere hablarle personalmente.

—Ya estoy enterado. La verdad es que no sé cómo expresar mi agradecimiento por esta atención con un hombre sencillo.

Estaban conversando animadamente cuando se les acercó el “dueño de la casita”, Pak Hung Dok. Su semblante, sencillo y moreno, boca grande, predisponía siempre en su favor.

Pararon de hablar para mirarle a él.

—Perdonen que les interrumpa. Compañero jefe de compañía, quería preguntarle una cosa… —Pak Hung Dok cortó la conversación, mirando con el rabillo del ojo a Ri Hyok.

—Hable usted.

—Quería preguntarle si es verdad que al compañero Comandante en jefe le gustan los tallarines.

—¿A qué viene eso ahora? —preguntó sorprendido Cha Kwang Su.

—Algo de eso me pareció oír a un compañero que pasó aquí la noche una vez. Y hoy quisiera prepararle tallarines al compañero Comandante en jefe para la cena.

—¿Tallarines, dice?… ¿Y harina de patata, tiene usted?

—De patata, no, pero sí que hay algo de alforfón.

—Magnífico. ¿Y de dónde la tiene?

—De las reservas que quedaron —no sin titubear un poco contestó Pak Hung Dok.

—Estupendo, porque a él le gustan mucho los tallarines. ¡Y yo tan preocupado porque no sabía qué podía ofrecerle para comer! Muy oportuno.

Cha Kwang Su, serio y moderado de ordinario, se puso contento como un chiquillo.

—Si es verdad que le gustan hay que darse prisa —y volvió pronto a la casita satisfecho.

Seguro de que un día visitaría su casita el Comandante en jefe, Pak Hung Dok había sembrado el año pasado alforfón, del que recogió una pequeña cosecha que guardó como la niña de los ojos.

—Un buen compañero.

—Eso sí, todos estos hombres me parecen buenos compañeros.

Cha Kwang Su y Ri Hyok acompañaron sonrientes con la vista a Pak Hung Dok, que entraba en la cocina con una brazada de leña.

—¿Aquel hombre no es el ordenanza?

De lado del barranco subía a paso rápido por el sendero del bosque un guerrillero con el fusil a la espalda. Cha Kwang Su se levantó de prisa y fue en seguida a la quebrada.

—Compañero jefe de compañía, viene el Comandante en jefe —informó el joven ordenanza, parándose delante de Cha Kwang Su y acentuando cada palabra. En el acto los rodearon los compañeros que estaban en el patio.

El compañero Kim Il Sung venía por el sendero. Cha Kwang Su reconoció a Jon Kwang Sik, que iba detrás. Todos corrieron al encuentro. Ri Hyok y Pak Ki Nam también, aunque un poco rezagados de los demás.

—Por lo que veo todos están aquí ya.

El compañero Kim Il Sung, con una sonrisa bonachona caminaba también al encuentro con los brazos bien abiertos, como si quisiera estrechar a todos los compañeros en un abrazo.

Jin Il Man, Han Hung Gwon, Song Dok Hyong, Choe Jin Dong, Cha Kwang Su… A todos les estrechaba la mano, preguntándole a cada uno por la salud, si estaban sanos y salvos en su puesto y cómo tenían la salud los familiares.

Su cariñosa mirada, cada palabra suya, cordial y atenta, daban fe de que conocía las dificultades y privaciones que les había tocado vivir a sus compañeros de lucha.

Cogió la mano de Ri Kwang y permaneció un poco tiempo callado. Su afable rostro lo ensombreció tenuemente la tristeza. Puso una mano en el hombro de Ri Kwang, que de emoción no pudo decir una palabra, poniéndosele un nudo en la garganta y una cálida niebla en los ojos.

Tenía deseos de echarse en los brazos del compañero Kim Il Sung y apretar la cabeza contra su ancho pecho, pero pudo contenerse. Ya cuando se había puesto en camino se dijo para sí que no iba a importunar al compañero Kim Il Sung contándole las desgracias.

—Hay que mantenerse, fuerte… —dijo el compañero Kim Il Sung despacio, tras unos instantes de espera.

Ri Kwang pudo contenerse, se volvió a un lado y en sus ojos asomaron lágrimas. “¿Es que ya está enterado de todo?”, esta inquietante idea le latía débilmente en el alma. “Eso no podía ser, no. Se tratará simplemente de la matanza en Dagou…” Ri Kwang permaneció callado.

Por último Cha Kwang Su hizo al compañero Kim Il Sung la presentación de Ri Hyok y Pak Ki Nam, que estaban un poco a un lado.

—Ah, muy bien, me alegro de verles a los dos aquí —el compañero Kim Il Sung se acercó presuroso a ellos para saludarles, les preguntó por la salud, si había tenido mucho que aguantar en la cárcel y dónde y cómo se recuperaron cuando salieron de ella. La emoción que estas atenciones del compañero Comandante en jefe había suscitado en ellos no les dejaba contestar más que con monosílabos, lacónicamente.

Después todos se dirigieron a la casita, el compañero Kim Il Sung delante.

—Buen sitio para punto de enlace, además no está mal cuidado. Tengo entendido que responde por él el compañero Pak Hung Dok, ¿no es así? —preguntó el compañero Kim Il Sung, no sin advertir lo cuidada que estaba la casita.

Cha Kwang Su contestó afirmativamente. La puerta de la cocina se abrió de par en par y de una nube de vapor emergió un hombre con delantal y un perol en la mano. En el patio se paró como clavado, poniendo de asombro ojos como platos.

—El compañero de que hablamos —observó al instante Cha Kwang Su.

—¿Cómo está, compañero Pak?

El compañero Kim Il Sung se acercó a él y le saludó cálidamente. Pak Hung Dok quedó confuso del todo, pues había adivinado quién era la persona que tenía delante, y se apresuró a bajarse las mangas, que las tenía remangadas. Ni siquiera le había dado tiempo a secarse las manos

cuando el compañero Kim Il Sung se las estaba estrechando.

—Hace tiempo que tenía pensado venir aquí, hoy por fin he llegado. Todos cuantos pasan por aquí no dejan de hablar de la hospitalidad de usted.

—A decir verdad yo… —Pak Hung Dok titubeaba, él, un hombre que siempre tiene la respuesta a punto.

El compañero Kim Il Sung le preguntó por la familia, que había quedado en Dunhua, instante precisamente en que Pak Hung Dok se dio cuenta de que debía invitar al compañero Comandante en jefe a entrar en el cuarto.

—Pase usted, por favor. Ya ve, de madera y pequeña pero…

—No está mal la habitación, no; hay mucha luz y es acogedora y cómoda —dijo el compañero Kim Il Sung, y después subió a la terraza.

En un rincón del patio estaba encendida una hoguera.

En torno del compañero Kim Il Sung se sentaron unos diez hombres, compañeros de lucha suyos. Era ya bastante tarde.

—No estaría mal descansar como es debido esta noche, pero ahora no estamos para ello, porque el enemigo anda por ahí que se lo llevan los demonios. Por cierto que nuestro adversario no es de los tímidos, así que pueda que tengamos que andar toda la vida con prisas. ¿No le parece, compañero Ri Hyok?

El compañero Kim Il Sung abarcó con la mirada a todos y la paró en Ri Hyok, el cual, sin alterar el curso natural de la conversación contestó con un sencillo “sí”.

—Vamos a ver primero, cómo está la situación en los distintos sectores —propuso el compañero Kim Il Sung mirando a Ri Kwang y a Jin Il Man, sentados a su derecha.

Por el aspecto serio que adoptaron los compañeros, Ri Hyok comprendió que estas escuetas palabras del Comandante en jefe eran un

síntoma de que iba a empezar una conferencia importante.

La conferencia que por fin les daría a ellos respuesta a cuestiones interesantes de la actualidad de la lucha revolucionaria.

Sobre el particular intervinieron con informes Han Hung Gwon, Jin Il Man, Song Dok Hyong, Ri Kwang y otros hombres.

El compañero Kim Il Sung tenía la mirada fija en la hoguera unas veces, otras miraba atento con los ojos entornados ligeramente al informante. Cuando veía que éste tocaba una determinada cuestión nada más que de pasada, o dejaba algo sin decir, le hacía una breve observación, pidiéndole más detalles sobre el asunto.

A Ri Hyok no dejaba de admirarle cómo los informantes pintaban literalmente con unas cuantas palabras un cuadro exacto de la situación en el sector correspondiente, situación, por lo demás, complicadísima.

Escuchando lo que decían, él había podido representarse un cuadro bastante claro de la revolución coreana. Los puntos rojos, significados con estrellitas densamente salpicadas por un extenso territorio adyacente al río Tuman, representaban a los distintos grupos de destacamentos guerrilleros, las organizaciones de masas: la Unión de la Juventud Comunista, la Unión Antiimperialista, las asociaciones de campesinos y de mujeres, el Cuerpo Infantil, y las localidades arrastradas por la revolución. Era todo como un mar envuelto en una tormenta de fuego. Parecía como si todas estas estrellitas, envueltas por escamar de fuego dispuesto a devorarlas, dirigían esta noche las miradas impacientes y llenas de esperanza a este bosque, a esta hoguera encendida en tierras de Antu.

—¿Todos dijeron su opinión? Por lo que entendí han desencadenado ustedes aquí, compañeros, una acalorada controversia sobre la situación actual —la voz potente del Comandante en jefe Kim Il Sung sacó a Ri Hyok de sus sueños, y éste le miró.

Todos callaban. El crepitar de los tizones en la hoguera era lo único que alteraba al silencio.

—Bueno, pues yo ocuparé la atención de ustedes. En todo este período ustedes han hecho una buena labor. En condiciones harto difíciles lucharon con espíritu de sacrificio y con inteligencia y han dado un gran paso en la realización de la orientación trazada en la conferencia de Mingyuegou.

Ri Hyok aguzó el oído. Había llegado, probablemente, el momento cuando iba a resolverse el problema sobre el que hacía ya dos días se estaba discutiendo.

—En la reunión de hoy —continuó el compañero Kim Il Sung sin apurarse—yo tenía pensado examinar nada más que algunas cuestiones relacionadas con las medidas prácticas, pero después de haberles escuchado a ustedes hoy, sabiendo además el curso de la controversia que han tenido y apoyándome en mis observaciones en las regiones situadas en el curso medio del río Tuman, saqué la conclusión de que sería conveniente exponerles algunas consideraciones sobre el análisis y la apreciación de la situación actual y sobre nuestra estrategia y táctica.

El compañero Kim Il Sung pasó la mirada por los reunidos, como comprobando las reacciones a lo que había dicho. Sus ojos, centelleantes, denotaban en él una sutil inteligencia, un pensamiento profundo.

—Como ya decían ustedes, compañeros, se creó una situación tirante y grave. Las atrocidades, los asesinatos que contra los coreanos perpetran los imperialistas japoneses adquieren proporciones que no tienen precedentes. Nuestra Patria está literalmente anegada en un mar de sangre. ¿Quiere decir esto que tengamos que ver esta situación únicamente mala para nosotros? “¿Y nos dejemos llevar por el pánico? De ninguna manera. Porque la rabia del imperialismo japonés no es

síntoma de fuerza en éste, sino al contrario, revela que está agonizando y que su situación no tiene salida. Como ustedes saben bien, hoy día en el globo terrestre han aparecido dos fuerzas siniestras que pueden acarrear a la humanidad tremendas desgracias. La primera es Alemania, en el Occidente, la segunda es el militarismo japonés, que le tenemos cara a cara, frente a nosotros. La embriaguez militarista de estas dos fuerzas se vuelve más peligrosa cada vez, extienden los tentáculos de la agresión a cada vez más territorios que no les pertenecen. Japón y Alemania, arrastrados por la vorágine de la crisis general del capitalismo, son dos focos que pueden en cualquier momento encender una conflagración mundial. Con la ocupación de Manchuria el año pasado Japón mostró al mundo su verdadera faz. Los agresores japoneses están penetrando más y más, cada día y cada hora, en el territorio de China.

¿Qué importancia tiene Corea para el imperialismo japonés, que la ha convertido en colonia? Quiere que Corea le sirva de retaguardia segura, de una buena cabeza de puente para lanzarse a la agresión al continente. Con ese fin el imperialismo japonés intenta ahogarla en un mar de sangre. Para llevar a la práctica su brutal política de represiones contra las fuerzas que se le oponen no desprecia ningún método, ningún medio.

Ejemplo elocuente de esto es la matanza en Dagou, que según tengo entendido ha sido el tema central de la discusión habida aquí.

Nuestra lucha armada por la salvación de la Patria y la liberación del pueblo es justa, es nuestra aportación a la seguridad de los pueblos de Asia y de todo el mundo.

Como los últimos tiempos está sintiendo que en Corea tiembla la tierra bajo sus pies, el imperialismo japonés se propuso acabar en primer lugar con las fuerzas armadas antijaponesas, aunque tenga que retrasar temporalmente su ofensiva en el continente.

Con la escusa del llamado “incidente de Shanghai”, que no paran de

propalar con atronante trompeteo, los imperialistas japoneses aceleran una nueva dislocación de sus fuerzas en Corea. Una unidad de la 19 división de infantería, de Ranam se trasladó ya al otro lado del río Tuman, mientras que otra unidad, de esta misma división, se situó a lo largo de la margen del río formando en una longitud de cientos de *ríes* un cordón infranqueable. De otro lado, el mando japonés del Ejército de Kwantung, que ya tiene ocupada a toda Manchuria, dejando aquí pequeños contingentes de tropas y llevando a cabo operaciones de guerra de poca importancia contra las tropas de Zhang Sie Liang, está desplazando también importantes fuerzas a la cuenca del río Tuman. Alegóricamente hablando, el chacal imperialista nipón dio un salto adelante con un cuchillo en los dientes, pero por detrás le echaron un lazo que le inmoviliza, y hace ahora esfuerzos para quitárselo de encima.

Igual que un experto cirujano, que se da buena mano para rajar y extirpar un tumor, así el compañero Kim Il Sung hizo una exposición exacta sin muchas palabras del fondo de la complicada situación interior y exterior del país. Todos respiraron con alivio y pusieron más atención.

—Aunque sin conocer los pormenores de vuestros debates, pienso que el tema central era el de cómo actuar ante tan brusco cambio de las circunstancias, o, para ser más exacto, cómo oponer resistencia a las operaciones punitivas y fortalecer al propio tiempo las fuerzas revolucionarias. ¿No es así, compañero Song?

El compañero Kim Il Sung había hablado con entusiasmo, los ojos le brillaban.

—¡Exactamente, compañero Comandante en jefe! —contestó con viveza poniéndose presto de pie Song Dok Hyong.

El compañero Kim Il Sung asintió con la cabeza y sonrió.

—Siendo esto así —continuó— veamos ahora otra cuestión. —Todos se transfiguraron en el acto. Denotaban un interés particular los

semblantes de Jin Il Man, Choe Jin Dong y otros más que insistían en que a las fuerzas punitivas de los imperialistas japoneses había que darles la batalla en abiertos choques armados.

—Para darle una solución adecuada al problema merece la pena recordar una vez más la línea estudiada en la conferencia de Kalun y la orientación que sobre la base de esa línea trazó la conferencia de Mingyuegou, aspectos que ustedes conocen bien. Pues la adopción de resoluciones sobre los problemas que examinamos no habrá que considerarla sino como un proceso de realización de esa línea, de esa orientación. En la conferencia de Kalun fueron adoptadas, como ustedes las llaman abreviadamente, cuatro orientaciones estratégicas principales. Una de ellas define la revolución que tenemos que realizar ahora como revolución democrática antiimperialista y antifeudal. Otra orientación nos encaminaba a llevar a cabo despegando luchas organizadas y permanentes una lucha armada antijaponesa. Fue adoptada por unanimidad una resolución sobre la creación de un frente unido nacional antijaponés basado en la alianza de obreros y campesinos. Y en lo sucesivo, a crear un partido marxista-leninista de nuevo tipo, cuando para ello se haya llevado a cabo la correspondiente preparación ideológica y orgánica. En la conferencia de Mingyuegou, hemos concretado este rumbo en función de la nueva situación y nos planteamos la tarea de crear cuanto antes la Guerrilla Antijaponesa. El día veinticinco de abril la guerrilla era por fin una realidad. Entre otros problemas yo quisiera detenerme especialmente, compañeros, en el problema de cómo afianzar y llevar adelante la Lucha Armada Antijaponesa. Sobre este particular una orientación principal ya la habíamos adoptado en la conferencia de Mingyuegou. A esclarecer esta cuestión se reduce a fin de cuentas esta interrogante: ¿”Choque frontal” u otro camino? La Lucha Armada Antijaponesa, que de hecho sólo

acabamos de iniciar, ha dado ya un primer paso y tiene una específica extraordinaria. En otros países de ordinario se creaba primero un partido, que estudiaba su estrategia de lucha revolucionaria y las orientaciones que a la estrategia correspondían: lucha violenta, es decir, la insurrección de todo el pueblo, o la conquista del poder por vía de guerra revolucionaria, etcétera. Pero como Corea es una colonia ocupada por las fuerzas armadas agresoras del imperialismo japonés, y como tampoco hay un partido marxista-leninista, lo de la lucha armada no se nos plantea como uno de los métodos sino como un problema absoluto, cardinal, como problema de estrategia revolucionaria en su totalidad. Dicho de otro modo, sólo por vía de la lucha armada podremos nosotros crear el partido y el frente patriótico unido contra el imperialismo japonés. Y por consiguiente, hemos de aplicar paso a paso la estrategia revolucionaria que hemos estudiado. Así lo exige nuestra realidad y nuestro pueblo, éste es el camino de nuestra revolución. Por eso el tema tocado en la polémica aquí habida concierne a la revolución coreana en su conjunto, es una cuestión que ejercerá influencia en todo el curso de la Lucha Armada Antijaponesa. Como ya les dije, la fundación de la Guerrilla Antijaponesa es un gran acontecimiento que produjo grandes cambios en nuestra revolución. Andando el tiempo se verá más clara su importancia y mucha más gente será la que habrá llegado a comprenderlo. Pues supone un viraje radical en la historia del movimiento de liberación nacional del pueblo coreano. De ahí, pues, esa rabia del imperialismo japonés, como ya he dicho, en sus intentos de ahogar para siempre la Guerrilla Antijaponesa en su germen. A la luz de estas circunstancias tendremos que dar respuesta a una pregunta muy dura: ¿caminar hacia la victoria final, frustrando la estrategia contrarrevolucionaria del imperialismo japonés, basándonos en la orientación revolucionaria que nos hemos propuesto, o estar parados en el sitio? ¿Qué hacer primero?

Aplicar consecuentemente la orientación de la conferencia de Mingyuegou. Nuestro lema es invariable: armamento, armamento y más armamento. De acuerdo con este lema hay que ampliar y fortalecer incansablemente los destacamentos guerrilleros. Concentrar en esta dirección principal todos los esfuerzos. Al propio tiempo, para extender y fortalecer la lucha guerrillera hace falta crear bases revolucionarias que deberán ser bastiones y puntos de apoyo de las fuerzas revolucionarias, focos de la revolución; formar un frente común antimperialista con los pueblos de los países vecinos, agredidos también por el imperialismo nipón, a fin de aislar al máximo al enemigo. No tenemos derecho a desviarnos de este rumbo. Hablemos ahora, compañeros, del choque militar frontal, en el que, al parecer, insistía aquí no sé quién de ustedes. Se comprende esa explosión de ira que las increíbles atrocidades del enemigo provocaron en algunos compañeros. Pero ir por ese camino, influenciados por las emociones, no se puede. Ese paso no es válido para la actividad práctica, sería un riesgo que no tiene justificación.

Los compañeros que están por el ataque frontal hacen referencias a la línea de Kalun y a la orientación adoptada en Mingyuegou. Pero no podrán justificar con ellas sus erróneos puntos de vista. La conferencia de Kalun adoptó la lucha armada y en Mingyuegou se decidió crear el ejército guerrillero y desplegar una guerra revolucionaria en forma de guerrillas. Siendo esto así, pasemos, pues, a otra etapa: a fortalecer el ejército guerrillero ya creado. Un proceso necesario, una firme posición independiente que hemos adoptado y de la que apartarnos no debemos. Tampoco puede ser modificada en función de cambios temporales en la situación o porque al imperialismo japonés se le antoje.

Si nos apartamos de esta línea o de este proceso y aceptamos el “choque frontal”, sería renunciar de hecho a lo decidido en Kalun y en Mingyuegou, para ir por una vía que al fin y al cabo llevaría la

revolución a la derrota. ¿Quién está ahora por el “choque frontal”? El imperialismo japonés.

No tenemos que dejarnos engañar por los ardides de los imperialistas japoneses. Con sus feroces operaciones de castigo persiguen ellos dos objetivos: primero, quebrantar el espíritu antijaponés del pueblo coreano y después atraer con engaños a la Guerrilla Antijaponesa, que acaba de dar sus primeros pasos para aniquilarla en sus gérmenes. A nosotros no nos engatusan, que no somos tan ingenuos. ¿Pero querrá decir esto que no tengamos que hacer otra cosa más que deliberar, aguantar y ver cómo se derrama sangre? No, y otra vez no. Porque, en primer lugar, esto no concuerda con los objetivos que nos movieron a empuñar las armas, y en segundo lugar, porque significaría una toma de posición antipopular, desentendernos de la responsabilidad por la suerte de nuestro pueblo.

Cuando veníamos hacia aquí, el compañero Jon Kwang Sik y yo nos hemos encontrado con los habitantes del distrito de Wangqing, víctimas de la operación punitiva. Aquella gente decía que… ellos…

El discurso claro y tranquilo del compañero Kim Il Sung se cortó de repente. Puso un semblante sombrío, apretó fuerte los labios, como para emitir algún sonido brusco. Volvió a recordar al niño, que tenía una manga agujereada por las llamas, a la mujer con lágrimas en los ojos y manchado de ceniza el cabello, a la aldea en llamas, de donde los desgarradores gritos de la gente pidiendo salvación llegaban a oírse en el desfiladero.

El compañero Kim Il Sung reanudó despacio su discurso, dirigiendo a lo lejos una mirada de ira.

—Así, pues, ¿cómo actuar? La respuesta es clara. Ampliando y fortaleciendo sin descanso la Guerrilla Antijaponesa. Diga lo que diga quien quiera, sean cuales sean los cambios de la situación, tenemos que

mantenernos firmes en esta posición. ¿Cómo aumentar nuestras fuerzas? En lucha continua contra el imperialismo japonés. Crecimiento y lucha, lucha y crecimiento. ¿Cómo combatir las operaciones de castigo? Creando puntos de apoyo y defendiéndolos bien. Tiene muchísima importancia como vamos a actuar este año. Hay que conseguir cuanto antes que cada región tenga su compañía o su batallón. Allí donde haya una posibilidad, por pequeña que sea, crear destacamentos de guerrilleros. Poniendo al propio tiempo de acuerdo con el plan los cimientos de las bases de apoyo en un extenso territorio pegado al río Tuman, que abarquen cuanto más a la zona. Según sea el grado de preparación pueden ser bases de apoyo de región liberada o bases de apoyo de región semiliberada. Para lo cual habrá que continuar los trabajos preparatorios que ustedes venían realizando hasta hoy. Pero para resolver estos problemas no bastan estas medidas. ¿Qué más hace falta? Nos proponemos enviar un destacamento expedicionario fuerte que despliegue actividades en un territorio de varios miles de *ríes* del sur al norte. Inmediatamente después de esta reunión el destacamento emprenderá enseguida la marcha hacia la cuenca del río Amnok. ¿Qué objetivo persigue esta expedición?

En primer lugar inducir al enemigo a error infundiéndole pánico en cuanto a nuestros propósitos, en cuanto al emplazamiento de las zonas y la dirección de nuestras maniobras, y en particular distraerle y dispersarle las fuerzas que tiene concentradas en la cuenca del río Tuman a fin de salvar de las atrocidades de los imperialistas japoneses a la población y a las organizaciones revolucionarias de la región y abrir una coyuntura favorable a la revolución.

Después, propagar allí de antemano las semillas de la revolución, ya que la zona en que la expedición tiene que desenvolverse está pegada a la cuenca del río Tuman, tendrá que convertirse en base de apoyo de

nuestra revolución, y que algún día será escenario de extensas operaciones de nuestras fuerzas.

Las acciones militares en esta región ejercerán influencia en los restos del Ejército de la Independencia y en el Ejército chino antijaponés de salvación nacional, lo cual llevará a acelerar la formación de un frente unido antijaponés con ellos.

Es difícil decir cuánto durará la expedición, si hasta últimos de este medio año o durará más. Sea como sea, es éste el camino de la victoria en la lucha a muerte en aras de la revolución. Dicho destacamento expedicionario, cuyo núcleo lo formarán unidades de la región de Antu, estará bajo mi mando personal.

Acabo de exponer en grandes líneas, compañeros, los caminos a seguir para superar las dificultades del momento y llevar adelante la Lucha Armada Antijaponesa.

¿Qué les parece, compañeros? Tenemos que hacer por marcar este año 1932 con grandes victorias en nuestro largo camino de difíciles luchas. De tal modo que al cabo de diez o veinte años, mirando hacia atrás al camino andado, podamos decir con orgullo lo que fue un año duro, sí, pero de glorias victorias en nuestros combates por un futuro luminoso. La semilla arrojada a tierra se despejó de la cáscara, atravesó la corteza de tierra abriéndose camino hacia arriba y dio jóvenes brotes. Ayudémosla a extender las ramas y a echar hojas y este año duro anotemos su primer anillo de su primer año. Demás estará decir cuánto valor tendrá para nosotros ese anillo de la médula misma del árbol, cuya marca va a ser no un círculo sino simplemente un punto insignificante del joven árbol, pero que andando los años llegará a ser un gigante…

El compañero Kim Il Sung interrumpió su discurso y miró a los que le escuchaban. Todos habían estado atentos, con la respiración contenida…

—Digan ustedes sus consideraciones, por favor —dijo con una sonrisa amplia, y abarcando con la mirada a los compañeros se levantó.

Ri Hyok sintió mucha más admiración por el Comandante en jefe, al que había estado escuchando sin apartar la vista. Song Dok Hyong, que estaba sentado al lado, sacó el pañuelo, se limpió los ojos y respiró profundamente.

—Está claro, está claro. El primer anillo del primer año del árbol que será un gigante… Cómo no —exclamó uno de los presentes.

El compañero Kim Il Sung daba vueltas despacio en torno de la hoguera, las manos a la espalda, no sin seguir aclarando detalles sobre cómo fortalecer los destacamentos de guerrilleros y cómo crear las bases de apoyo. Veíase claramente recortada su silueta al fondo del cielo de la noche, salpicado de estrellas.

Jin Il Man, mirando fijamente al compañero Kim Il Sung, se quitó los lentes para limpiarse las lágrimas de los ojos.

Parecíale haberse evadido de una fortaleza de hierro; todo su ser se hallaba invadido por un sentimiento de orgullo y de gozo. Ya se veía él marchando raudo por el camino de la revolución, que se le aparecía delante abierto y ancho.

Ri Hyok estaba sentado, la cabeza levantada, contenida la respiración. Algo oprimía su corazón, se le reavivaron amargos recuerdos de tiempos pasados, cuando se pasó casi diez años andando de un lado a otro, en un círculo vicioso. Le había iluminado ahora la fe de que el pueblo coreano ya tenía a su gran Líder, pensamiento que le hizo desechar los tristes recuerdos que le habían embargado. Ri Hyok con el semblante en tensión, levantó la cabeza para mirar al cielo. Brillaban las estrellas con ciertos reflejos azules.

“Ahora ya no estás sola, Patria mía. Tienes un gran Líder, un Líder inteligente” —se dijo.

*   *   *

La reunión terminó muy de noche.

El compañero Kim Il Sung aplazó para la siguiente mañana la discusión de las medidas operativas. Conversando en voz alta, los participantes en la reunión se dirigieron hacia la choza de troncos que les habían designado para pasar la noche. La reunión había terminado, no obstante, parecía que los debates estallaban con nuevo vigor y que durarían toda la noche. La línea expuesta por el compañero Kim Il Sung les había abierto los ojos al mundo, y en sus cerebros apareció todo un tropel de sugerencias en torno a las futuras acciones, como si se hubiera roto el dique que las contenía. Todos andaban fuertemente agitados.

El compañero Kim Il Sung continuaba de pie junto a la hoguera. Contemplaba pensativo a los compañeros que se iban.

Se extendía la luz opaca de la luna.

—¡Compañero Comandante en jefe! —dijo en voz baja Cha Kwang Su que se hallaba cerca—. Ya es demasiado tarde, debería irse a descansar. Han preparado para usted una cabaña en el barranco.

—Gracias. ¿Y los compañeros ya tienen todos donde pernoctar?

—¡Sí! De ello se ocupó el compañero Pak Hung Dok.

—¿Y tienen con qué taparse?

—Agenciaron algunas mantas.

—Bien. De todos modos vaya a comprobarlo. La noche está avanzada, y el suelo ha podido enfriarse.

—Ahora lo compruebo —Cha Kwang Su se volvió de espaldas dispuesto a irse pero el compañero Kim Il Sung le detuvo.

—Usted, compañero Cha, ¿no sabe qué ocurrió con la familia del compañero Ri Kwang?

Cha Kwang Su se sintió confuso, sin saber responder. El propio Ri Kwang había pedido tantas veces que de la desgracia ocurrida a su familia no le hablaran nada al compañero Comandante en jefe.

Por lo visto, el compañero Comandante en jefe lo sabía todo.

—Sí, en términos generales… —dijo balbuciente.

El compañero Kim Il Sung no le hizo más preguntas, pidió invitara a Ri Kwang y a Ri Hyok para que le hicieran compañía.

—Pasaré la noche con ellos. Pero con esto no se consolarán —su voz sonó grave.

Cha Kwang Su se apartó a varios pasos y descendió veloz por la pendiente.

Alumbraba la luna.

A los tibios soplos del viento temblaban las tierras hojas redondas de los álamos y las gruesas y tupidas hojas de groselleros tornasolándose con el fulgor de la luna.

Ri Kwang y Ri Hyok, que habían subido a un montículo en pos de Cha Kwang Su, vieron por entre las breñas al compañero Kim Il Sung, que se paseaba por una trocha del bosque. Arrancaba hojas de los árboles contemplando la luz de la luna que se filtraba entre las ramas.

Al acercarse a él, Ri Kwang sintió intuitivamente en qué pensaba el compañero Comandante en jefe que caminaba tan ensimismado.

El compañero Kim Il Sung no dijo ni palabra hasta que hubieron doblado el saledizo del monte. Allí aflojó el paso y tendió el brazo sobre los hombros de Ri Kwang.

—Compañero Ri Kwang! ¿Qué ha sembrado usted en aquel huerto?

—¿En qué huerto? —volvió a preguntar Ri Kwang involuntariamente pensando que el compañero Kim Il Sung se refería a su huerto de Dagou.

—Allí, donde había una caseta cuando pasé por lugar.

—Ah bueno. También este año lo hemos sembrado de maíz.

—¿Sí?

El compañero Kim Il Sung asintió con la cabeza, pareció que iba a hablar al fin, pero continuó en silencio

Si recuerda aquel campo de maíz, probablemente recordará aquel verano del año antepasado.

También entonces era de noche. Al suave soplo del vientecillo susurraban los tallos de maíz con sus primeros brotes de bigotillos y se percibía el olor acre de las hierbas de verano.

Después de visitar los distritos de Yanji y Helong, el compañero Kim Il Sung se acercó, de paso, a Dagou. En aquel tiempo, Ri Kwang se entrevistaba con los militantes clandestinos en la caseta de su pequeño melonar. Era difícil encontrar un lugar más apartado y llevó a su querido huésped a aquella caseta.

El compañero Kim Il Sung se pasó hasta la noche cerrada examinando la situación de las organizaciones clandestinas, indicando de qué modo debían armarse.

Apenas pasada la una de la noche, se oyó el susurrar de la limpieza de las mazorcas de maíz. Ri Kwang salió de la caseta. Tras él apareció en el lindero el compañero Kim Il Sung. La madre de Ri Kwang, que aquella noche estaba de guardia, aderezaba una hoguera de ramas.

—¿Qué hace usted aquí, madre? —le preguntó el compañero Kim Il Sung, sentándose en el lindero cubierto de césped.

—Nada de particular. La noche es demasiado oscura.

—¡Ah, pero si esto es maíz! —se alegró el compañero Kim Il Sung como si hubiera descubierto algo extraordinario.

—Sí, pero aún no ha madurado del todo.

Sonrió la madre y en su rostro se tornó más pronunciado el tejido de las arrugas.

En las brasas de la hoguera se asaban dos mazorcas. Los granos crujían al reventar, levantando cenicientas fuentecillas. Los áureos granos tostados despedían delicioso aroma.

La madre, varita en mano, separó del fuego una mazorca hecha.

—Coma, que ya tendrá usted hambre —agasajó al huésped la anciana.

—Está bien tostada, madre.

—Se ha quemado un poco. Había demasiado fuego.

—Es un gran placer tostar maíz tierno en el lindero.

De súbito, el rostro de la anciana se alumbró de alegría; había temido que el querido huésped despreciara su convite.

Tomando una mazorca en las manos, el compañero Kim Il Sung dirigió una mirada hacia la madre de Ri Kwang. Vestía blusa de lienzo. El pañuelo que ataba a la cabeza estaba húmedo de rocío.

Sentados los tres junto a la hoguera comían maíz. Ri Kwang y su madre escuchaban atentos al compañero Kim Il Sung.

—Está riquísimo: comiendo maíz tierno me acuerdo, al momento, de mi hogar paterno— les habló de sus abuelos, evocó con nostalgia la lejana patria chica.

La larga cola de la Osa Mayor se escondía tras la cresta del Mabansan. El compañero Kim Il Sung tomó de la mano a la anciana y dijo con voz baja:

—Ahora ustedes, las madres, sufren en tierra extraña, a miles de *ríes* de la Patria, pero nosotros liberaremos nuestra Patria, cueste lo que cueste, y ustedes volverán a la vida feliz en la tierra amada; entonces ustedes contarán sus penas de hoy como si fuera un cuento. Le deseo a usted, madre, la más completa salud.

Ahora él recordaba que a la madre le saltaron las lágrimas, bajo la luz de la luna…

—No estaría mal, si se presenta la ocasión, tostar un poco de maíz tierno.

Embargado en sus pensamientos, Ri Kwang caminaba silencioso.

—Ah, ¿pero nos saldrá a nosotros tan sabroso? —añadió en voz queda el compañero Kim Il Sung. Estas palabras atormentaron el corazón de Ri Kwang. Se detuvo y se quedó gimoteando.

También se detuvo el compañero Comandante en jefe.

—¡Compañero Ri Kwang! —dijo con voz apagada.

A Ri Kwang no le dio tiempo a levantar la cabeza, cuando el compañero Kim Il Sung le abarcó los hombros con su brazo:

—Comprendo lo difícil que es para usted. Pero hay que animarse y vencer todas las pruebas.

El cuerpo de Ri Kwang, igual que un tronco talado, se abalanzó adelante, hacia el compañero Kim Il Sung.

—¡Compañero Comandante en jefe! —su grito mezclado con lágrimas rompió el silencio del bosque.

—Aunque ha de llegar la liberación, su madre ya no volverá a la Patria. Qué le vamos a hacer. Hay que hacer un esfuerzo.

Abarcando fuertemente los estremecidos hombros de Ri Kwang, lanzó una larga mirada al cielo parpadeante de estrellas, y permaneció largo rato sin poder moverse del sitio. Se sentaron juntos en un canto rodado.

Había avanzado la noche. Nadie pensaba en el sueño. Pasó largo tiempo. El compañero Kim Il Sung levantó la mano mojada de rocío, tomó del brazo a Ri Kwang se levantó.

Detrás de ellos caminaba Cha Kwang Su y Ri Hyok lentamente, contemplando la figura del compañero Comandante en jefe que se iba alejando.

*　　　*　　　*

Al día siguiente por la mañana, después del desayuno, se reanudó la reunión en la choza de troncos.

El compañero Kim Il Sung extendió el mapa y expuso ante los reunidos las medidas concretas de organización de destacamentos de guerrilleros por sectores, y de creación de zonas liberadas.

A un lado de la casa, cerca del barranco, montaba la guardia Pak Hung Dok. Abrazado al fusil, modelo del año 38, se había apostado cómodamente en la hendidura de una roca. Sus tenaces ojos escrutaban la comarca.

Hacia él se encaminó un joven de vestimenta nacional, con la toalla ceñida en la cabeza, morral en la espalda y cayado en las manos.

Salvando la pendiente densamente poblada de arces y fresnos, el desconocido bordeó la peña, cruzando el sendero.

Pak Hung Dok quiso detenerle, mas desistió: que siga, después ya veremos.

Pero el joven debió localizar a Pak Hung Dok, pues a menudo se detenía y miraba fijamente hacia donde éste se encontraba. A Pak Hung Dok parecióle, incluso, que el muchacho sonreía.

Pak Hung Dok salió de su cobertizo y gritó a media voz: “¿Quién va?”

—Soy yo.

—¿Quién “yo”?

—Un caminante.

—¿Qué camino hay aquí?

Pak Hung Dok puso el fusil delante de si y gritó al muchacho que se largara, ya que no había camino.

—No. Tengo un asunto con usted.

—Atrás, o disparo.

—Escúcheme. ¿Es usted guerrillero?

—¿Qué guerrillero?

A Pak Hung Dok, la pregunta del joven, le dejó pasmado. En cambio una sonrisa alumbró su rostro. Resulta que un mimito atrás, acomodado en la peña, él mismo se rompía los cascos pensando cómo pasar de la actividad clandestina a la agrupación de guerrilleros. El trabajo clandestino estaba bien, pero de combatir, cara a cara, al enemigo le seducía más. Ahora seguía cavilando cómo dirigirse con esta solicitud directamente al compañero Comandante en jefe.

—¿Entonces, parezco un guerrillero?

—Pues claro. Yo desde allí lo adiviné, en seguida.

—Bueno, ¿y qué si soy guerrillero?

—Quiero pedirle una cosa.

Pak Hung Dok se apaciguó, el muchacho no se parecía en nada a un chivato. Tenía acusados rasgos de campesinos que había emprendido un largo camino.

Mientras cambiaban frases, el muchacho fue subiendo poco a poco y se acercó a Pak Hung Dok. Se quitó el morral y lo puso en la peña. Por el rostro del joven se desbordó una sonrisa, como si le hubieran sacado de una preocupación.

—¿Qué petición traes? —Pak Hung Dok se hallaba frente al muchacho, enroscaba en el puño la correa del fusil.

—Sabe usted, yo quisiera ser guerrillero. Dígame dónde se puede incorporar uno al destacamento de guerrilleros.

—¡Qué cosas tienes! —a Pak Hung Dok le asaltó la risa y le dio al joven una palmadita en el hombro—. Ya veo, amiguito, lo imprudente que eres. Venir aquí a alistarse a la guerrilla. A decir verdad, yo mismo no lo soy.

—No ande con bromas. Se ve a la legua quién es usted.

—¡Mira si es caprichoso! —Pak Hung Dok mandó al muchacho que se sentara en el canto rodado—. Quédate aquí, y no te muevas.

Apartándose del joven, Pak Hung Dok se echó el fusil a la espalda, y subió a la peña. Siguiendo las normas de precaución, recorrió con la vista el sector circundante, y volvió atrás.

Sentado ya frente al joven, Pak Hung Dok reanudó el coloquio.

Tenía el muchacho los pómulos salientes y vivaces los ojos, aparentaba los veinte y pico, y se le notaba en seguida: un mozalbete lugareño, sencillo y bueno.

Choe Chil Song, así se llamaba el muchacho, era de Soksegol, pueblecito situado a más de cien *ríes* de estos lugares: era ya el décimo día que andaba buscando el destacamento de guerrilleros. Hoy, camino de Liangjiangkou, vio casualmente al hombre del fusil y subió hasta aquí.

Pak Hung Dok se sintió, en cierto modo, incómodo e incluso avergonzado por el hecho de que él mismo no era guerrillero, pero como Choe Chil Song no lo creía y estaba convencido de que Pak Hung Dok era un guerrillero de verdad, decidió no negarlo más.

Tranquilizado ya, Choe Chil Song se quitó la toalla de la cabeza y, al limpiarse con ella el sudor de la frente, contempló con envidia a Pak Hung Dok: su vestido gris y sus borceguíes.

Aunque el joven desconocido no infundía serias sospechas, no era tiempo para entregarse a bonitas conversaciones.

—¡Oye, amigo! Yo no tengo tiempo para seguir pegando la hebra contigo, ¿no has descansado ya? pues vete.

Pak Hung Dok se levantó y escrutó atentamente el lugar circundante.

—Por favor. Usted no sabe cuánto anduve buscando la agrupación guerrillera. Si lo supiera no me echaría usted. Voy a entrar en la guerrilla

a todo trance. De mi pueblo ya se fueron tres con los guerrilleros, antes que yo. Yo, idiota de mí, como si fuera adrede, me fui por sal a Hoeryong. ¡Ay de mí! Si hubiera estado en casa ya me habría largado con mis compañeros. Aquí tiene mi morral, lo preparé hace un mes.

—¡Oye, niño! ¿Piensas que en el destacamento de guerrilleros cogen a cualquiera pelagato? —le retrucó el pícaro Pak Hung Dok, fingiéndose el serio y Choe Chil Song se asustó en seguida.

Pak Hung Dok trataba de desanimar al muchacho; que él mismo se largara.

—¿Cree usted que no pueda servir para guerrillero? Aunque no lo parezca puedo arar fácilmente dos normas al día. —Con su manaza igual que una horquilla, Chil Song se acariciaba lentamente la mejilla curtida y reluciente a fuerza de soles. Era difícil entender si estaba rogando o cogiendo al toro por los cuernos. Que conste que para él, el propio hecho revestíale de extraordinaria audacia. Desde que vino al mundo, y, hasta hoy día, solamente había escuchado a los demás, acostumbrándose a la más rigurosa obediencia.

—¿Te crees, amigo, que los guerrilleros están para plantar nabos? La unidad de guerrilleros lucha con las armas en la mano contra los japoneses, por el renacimiento de la Patria. Destacamento armado. Colectivo revolucionario. ¿Entendido?

—Eso quiero yo: participar en la revolución.

—¿Quieres hacer la revolución? ¡He, he!, vaya pelma. También se puede hacer la revolución aparte de las agrupaciones guerrilleras. En la Juventud Comunista, por ejemplo y en la Unión Antiimperialista.

De pronto, Pak Hung Dok sintió que le ardía la cara. Tal vez aquellas mismas palabras que se le habían escapado de la lengua, tendría que escuchar él mismo, de los labios de Cha Kwang Su o del compañero Comandante en jefe, cuando solicite el ingreso en el destacamento.

Choe Chil Song hacía tales muecas que parecía que tenía la boca llena de posea. En esta actitud enroscaba y desenroscaba en la mano los tirantes del morral. Por fin se atrevió:

—Usted es militar y lo sabe mejor que yo: dicen, pues, que el General Kim Il Sung habló en Mingyuegou.

—¿Sobre qué? —le interrumpió Pak Hung Dok.

—De que toda la juventud coreana se alce con las armas en la mano a la lucha contra los japoneses.

—¿Bueno, y qué?

—Que también yo soy un joven coreano. ¡Cómo puedo estar al margen de la lucha!

Hacía tiempo que Choe Chil Song había oído en Soksegol rumores acerca de la reunión de Mingyuegou. No estaba al curso de todos los detalles, pero sabía que llamaban a la juventud a engrosar las filas de la guerrilla; que pronto tendría que estallar la batalla decisiva contra el imperialismo japonés. Ahora se lamentaba de no haber sabido hablar concretamente para convencer a su interlocutor.

—Llevas la razón, muchacho. Pero te equivocas si piensas que admiten al primero que llega.

Ya se ha roto el hielo, decidió el joven para sí, aunque le faltaba la completa seguridad: quién sabe a qué se agarrará de nuevo ese inflexible interlocutor.

—Veamos si estás preparado para guerrillero.

Pak Hung Dok pensó qué podría preguntar al joven para examinarlo. No se le ocurría nada y se vio en un aprieto. Parecióle que no era él quien examinaba al muchacho, sino el meticuloso Cha Kwang Su quien le examinaba a él.

—¿Estudios terminados?

—Ninguno que pueda lucirme.

—Te haces el modesto. En vano. Bien, dime qué sabes del “Manifiesto Comunista”.

—¿De qué?

—¿Por qué vuelves a preguntar, es que para ti eso no es nada? No creas que es tan fácil.

El muchacho se puso colorado, El propio Pak Hung Dok se sintió compungido. Verdad es que el invierno pasado había leído unas dos veces aquel folleto que le prestara un enlace, mas no lo recordaba bien para poder explicar su contenido. Pero ya que se refirió al folleto, tenía que aprovecharse esta ocasión para alejar al muchacho.

—Venga, dale.

—…

—No está bien. Hay que conocer este texto, al menos, para luego decir: quiero hacer la revolución, quiero ser guerrillero.

—Para ser sincero, yo no tuve la oportunidad de estudiar.

—¿Conque eres ignorante? ¿No fuiste a la escuela nocturna al menos? Supongo que en vuestro pueblo existirá la organización de la Unión Antiimperialista.

—Sí la hay, pero yo no podía ir allí.

—¿Por qué?

—El viejo dueño no me permitía ni acercarme al patio de la escuela nocturna. Me decía que allí yo atraparía la peste comunista.

—¿Quién es tu viejo dueño?

—Un terrateniente del cual fui criado.

—¿Criado, dices?

—Sí.

—De modo que eres un hermano nuestro. Bracero es el proletario del campo. Así que debes saber mejor que nadie el “Manifiesto Comunista”. Eso es la antorcha que alumbra al proletariado el camino hacia adelante.

Bueno, entonces, cuéntame todo lo que sepas del imperialismo.

—¿El imperialismo?

Esta palabra la conocía bien. Pero no sabía por dónde y cómo empezar. Y si callara, resultaría que no sabía ni lo uno, ni lo otro. Parecióle que en aquel instante se jugaba el destino: al fin logrará ingresar en la unidad de guerrilleros, o todo se irá al traste. Cobró ánimo y abrió la boca con dificultad:

—Imperialismo son los japoneses que entraron en nuestro país.

—Bien, ¿y qué más?

—Ellos martirizan a nuestros obreros y campesinos, obligan a trabajar bajo el látigo. Son unos verdaderos bandidos. Nos quitan los bienes amenazándonos con el fuego y a espada. Provocan la guerra. Nosotros tenemos que barrer al imperialismo a la fuerza. Por eso mismo yo quiero a rabiar, unirme a los guerrilleros —terminada la frase, Choe Chi Song escrutó la actitud de Pak Hung Dok, que contemplaba el pie de la montaña. Parecía que la respuesta no le había convencido. El joven se amilanó de repente. Cabizbajo, seguía de pie, rozando con la punta de la alpargata el canto rodado.

Pak Hung Dok se sentía más incómodo. Hubiera preferido no extenderse. Por haber preguntado sin necesidad una u otra cosa ahora había caído en el cepo. Y le dijo al muchacho que, aunque sus respuestas habían sido correctas, aún era temprano para hacerse guerrillero. Aquel aspecto del joven, abatido y alicaído, le llegó al corazón. Mas, no sabía cómo ayudarle. Tal vez debía dirigirse a Cha Kwang Su e informarle de lo sucedido, pero también esto le pareció poco esperanzador.

Choe Chil Song tomó el morral que yacía en el canto rodado, lo puso en las rodillas y soltó el cordón. De un envoltorio de papel sacó una brizna de tabaco, cortó, con sus ásperas y encalladas manos, una tirilla de periódico y le invitó a fumar. Pak Hung Dok lio un cigarro. Choe Chil

Song se puso a fumar en silencio. De sus anchas fosas nasales salió el humo como de una chimenea.

Pak Hung Dok sintió deseos de levantarse, abrazar al muchacho y decir: "¡Vámonos juntos, amigo!", pero tampoco podía hacerlo. Le saltaron las lágrimas a los ojos.

Sí, había llegado la hora de que se levantaran los braceros. La hora de sacudirse el maldito pasado.

Pak Hung Dok fumó el cigarro y fue a informar a Cha Kwang Su, que dispuso que Choe Chil Song fuera a Liangjiangkou y esperara allí.

—Ya está hecho, amigo, ya está. Casi completa conformidad —se alegraba Pak Hung Dok como si aquella dicha le hubiera tocado a él. Y al tiempo que le daba a Choe Chil Song palmadas en los hombros, mostrábale el camino de Liangjiangkou.

A propósito, de Liangjiangkou había llegado un enlace.

En la choza tocaba a su fin la reunión.

Terminada la intervención de clausura, dedicada a la más rápida creación de bases de apoyo, la formación de un grupo expedicionario, la agregación de enlaces circunscripcionales y otras cuestiones relacionadas con el curso previamente señalado, el compañero Kim Il Sung ordenó a Ri Hyok dirigirse a la comarca septentrional, a Pak Ki Nam que acompañara a Ri Kwang como ayudante, y cerró la reunión.

* * *

El compañero Kim Il Sung desenvolvió la nota que contenía información procedente de Liangjiangkou.

Decía la nota que un convoy del ejército japonés se dirigía hacia el norte de la parte de Jongsong, a través de este lugar. Señalaba que en el transcurso de dos días, aquello se había repetido tres veces.

Después de la reunión, el compañero Kim Il Sung salió al patio y se puso a pasear pensativo.

—¿Qué objeto tiene ese pequeño desplazamiento del enemigo? ¿Será un paso provisional o es que prepara una nueva vía de comunicación?

Últimamente el mando del Ejército de Kwantung, con el fin de intimidar a la población, recurría con frecuencia a los traslados ostentativos de sus unidades, obligándolas a desplazamientos sin sentido. Semejantes maniobras se realizaban, como regla general, en torno a los puntos poblados, desde las primeras tinieblas hasta el amanecer. En ellas participaba la caballería y la infantería, a veces, sumábanse a ellas varios convoyes y alguna columna de camiones. En pequeños contingentes éstos desfilaban por las calles céntricas de las ciudades; se iban, doblaban el cerro y de nuevo aparecían en las calles. Bastaba con un batallón para crear la impresión de que el despliegue de tropas duraba toda la noche. Los japoneses fingían prohibir que se observara los desplazamientos de las tropas, pero en realidad hacían la vista gorda. Con semejante farsa, puesta en juego en diversos lugares trataba de mantener bajo control inmensos territorios con pequeños contingentes de tropas.

El compañero Kim Il Sung se preguntó si el convoy enemigo que se dirigía hacia el norte no sería una escena de aquella farsa. Pensó también en la posibilidad de que el astuto enemigo podía jugar, valiéndose de este truco, una mala pasada, acercándose cautelosamente a una nueva golosina.

Provocando el "incidente del 18 de septiembre", los imperialistas japoneses se apoderaron en unos meses del enorme territorio de Manchuria. Solamente con la ayuda de unas pocas decenas de miles de bayonetas trataban de mantener bajo su control tan vasto territorio. Por este motivo, a la par del inusitado terror, se veían obligados a recurrir a

pérfidos manejos, empleando toda clase de medios. El intento de agredir al continente asiático, incluidas Manchuria y Mongolia, abrigado desde hace tiempo por el imperialismo japonés, cobró su plena expresión en el decantado “informe omnisúbdito”, preparado hacía cuatro o cinco años por el primer ministro nipón Tanaka. Los imperialistas japoneses, cuyos ávidos apetitos superaban la capacidad digestiva de sus estómagos, ocuparon súbitamente el territorio de Manchuria, de esa como ellos llamaban “ubre abundante de Asia”, sin estar preparados del todo para ello.

Sabiendo que la combatividad del ejército, amén de otros factores, depende en sumo grado de la capacidad de abastecimiento, el enemigo trazó tres principales vías de comunicación.

Una, atravesando el Mar Oeste, pasaba por el puerto Arthur y llegaba a Senyang; formando como un trampolín para la agresión, ya había jugado su papel casi por completo. Otra, la central, cruzaba el Estrecho de Corea comunicando Pusan con Sinuiju; por ella el traslado ocupaba demasiado tiempo, y, por su importancia, apenas se diferenciaba de la primera. La tercera línea transcurría por Chongjin y Hoeryong hacia Jilin o Mudanjiang. Fue trazada algo más tarde, pero bien podía reemplazar a las dos primeras juntas.

He aquí el motivo de la premura de los imperialistas japoneses para construir el ferrocarril Jilin-Hoeryong, así como de la lucha que se desencadenó en 1928 contra las obras, y que terminaría asestando al enemigo un golpe demoledor.

¿A qué obedecen, pues, los desplazamientos por caminos naturales habiendo un ferrocarril? El enemigo no pudo aún poner bajo pleno control ni las principales ciudades; no puede dislocar sus tropas en todo el territorio hasta los recónditos lugares montañosos. Está claro, como dos y dos son cuatro si las tropas japonesas se precipitan a estas

soledades, seguro que vienen a desplegar una operación punitiva contra los guerrilleros.

El compañero Kim Il Sung anduvo largo rato por el patio con las manos atrás; por fin, tomó la decisión definitiva de dar el primer combate al enemigo.

Hace falta que el pueblo sepa que la Guerrilla Antijaponesa ha iniciado sus actuaciones. No importa que se trate de una acción armada de poco alcance, lo importante es que despertará la fe en el pueblo, y que para el enemigo será un fuerte golpe.

El compañero Comandante en jefe ordenó que se acercaran al patio los participantes de la reunión, y expuso el plan estratégico para aniquilar el convoy enemigo.

Su rostro había cobrado mayor gravedad. Todo en él acusaba firme decisión.

Apartándose a unos pasos, volvía de nuevo fijando su mirada en los rostros de los compañeros.

—Vamos a dar el primer combate al enemigo —tajó bruscamente el aire con la mano y continuó—: Advertiremos resueltamente al enemigo del comienzo de las actividades de la Guerrilla Antijaponesa. Vengaremos con ello a los vecinos de Dagou. Que sepan que a partir de 1932, a los imperialistas japoneses les espera, a cada paso en nuestra tierra, un castigo implacable. Daremos, sin vacilar, los primeros pasos. Siéntense. Compañero Cha Kwang Su, tráigame el mapa.

Cha Kwang Su extendió el mapa que trajo sobre el césped, colocando piedras sobre sus ángulos.

Escuchadas las aclaraciones del compañero Comandante en jefe, acudieron todos a cumplir sus tareas.

Han Hung Gwon y Song Dok Hyong salieron a explorar en dirección a Jongsong; Cha Kwang Su y Ri Kwang tomaron camino hacia la

quebrada de Angaegol, donde se esperaba la aparición del enemigo; Choe Jin Dong y algunos compañeros más se fueron a llamar a los combatientes que debían reunirse en Liangjiangkou.

Ri Hyok y Pak Ki Nam pidieron permiso para participar en el combate, pero el compañero Kim Il Sung les rogó que se quedaran ya que aún no se habían repuesto del todo.

* * *

A través de los tallos del ajenjo de antaño que aún guardaban algunas hojas mustias, se vislumbraba un poste telegráfico que parecía diminuto. A lo largo de un pequeño río serpenteaba un camino. Allá a la otra orilla del río se extendía un prado en declive. Tras el prado, las escarpadas crestas de los montes.

Cha Kwang Su yacía boca abajo con el pecho aferrado a la tierra aún húmeda y fría. Le sudaban las manos de puro nerviosismo. No acababa de frotárselas, cuando de nuevo, se le pegaban la pistola.

En cuanto asome el enemigo, disparará contra él. Entonces se entablará el tiroteo.

Cha Kwang Su se imaginaba el cuadro del combate. Por el cielo pasan velozmente los bombarderos; por tierra se arrastran los tanques. Rugen con pesadez los cañones de largo alcance, todo en derredor está densamente cubierto de humo, la tierra tiembla de tantas explosiones. Se cruzan los chorros de fuego semejantes a alambres incandescentes, saltan las chispas. Estalla el combate a cuerpo. Con la bayoneta calada se lanzan al encuentro del enemigo. Vuelven a alzarse, saltan al aire pedazos de tierra. Se oye el estruendoso “hurra”, ondean las banderas.

Su fantasía era verdaderamente enorme.

A Ri Kwang, que estaba apostado en la hendidura de una roca, le

corría el sudor a chorros. En sus ojos, ardientes de venganza, chispeaba un fulgor azul. De tanta tensión, se le había entumecido el dedo que tenía en el gatillo. Ante sus ojos aparecían los rostros de la madre y el hermanito. Observando el camino, por el que tenía que aparecer el enemigo, se mordía los labios.

Al cabo de un rato, Ri Kwang se volvió de espaldas y miró hacia el promontorio donde se encontraba el compañero Comandante en jefe. El compañero Kim Il Sung continuaba sentado al amparo del canto rodado, observando la llanura.

Un poco más abajo de Ri Kwang, estaba sentado en un hoyo, encorvado, Pak Hung Dok abrazado al fusil. Parecía que de sus ojos iba a verterse el fuego.

El compañero Kim Il Sung notó que el ordenanza Pyon In Chol estaba amoratado y le preguntó si se había congelado. Al oír la respuesta negativa, el compañero Comandante en jefe volvióle a preguntar por qué tenía la cara amoratada. Al fin Pyon In Chol reconoció que sí, que el frío le había penetrado un poco, pero que era aguantable.

El compañero Kim Il Sung abotonó la chaqueta al muchacho y le animó diciéndole que ya no le quedaba mucho tiempo para pasar frío, pues pronto iba a tener que sudar.

Dentro de cinco minutos o de diez, a lo sumo, tiene que aparecer el enemigo. Conociendo la velocidad de desplazamiento y la ruta, el compañero Comandante en jefe había escogido el lugar y el tiempo para el combate. Caía el crepúsculo. Aunque todos los combatientes sabían sus tareas, dado el nerviosismo podían confundir cualquier cosa. El compañero Kim Il Sung envió a Pyon In Chol a recordarles las tareas para el combate.

Se levantó un vientecillo, susurró el bosque a los pies de la montaña y en las mejillas se sintió un tibio hálito de primavera.

Ri Kwang notó la humedad en el pecho y se puso de costado. La tensión en su cuerpo llegaba a tal punto que le dolían las muelas. Volvió ante sus ojos el cuadro de aquella masacre que le tocó tan de cerca. Veía las llamas, en sus oídos resonaba el grito desesperado de mujer. Se estremeció, se mordió el labio.

—¡Esperad, canallas!

Alargando una mano inclinó hacia la tierra algunos tallecitos de ajenjo. Así se veía mejor. La intuición le dictó que el enemigo iba a aparecer de un momento a otro. Sintió rabiosos latidos en el pecho y golpes en la sien. Para dominar la tensión aspiró profundamente. No le hizo efecto, tragó la saliva profundamente y cambió de posición. Se preparó para el lance, apoyando el pie a una piedra.

Al cabo de un minuto ya había cobrado la tranquilidad. Parecíale que todo en su derredor, y hasta él mismo, había enmudecido. No se movía ni un tallo.

A unos ciento cincuenta metros, detrás de la curva del camino, igual que una luciérnaga, dibujando un circuito parpadeó una luz. Era la señal de que el enemigo ya había aparecido. Pasaron dos o tres minutos y se oyó el tacataca de las pezuñas. Al pie del monte, que oscurecía allá abajo en la lontananza, aparecieron, una tras otra, negras manchas.

Pasaron unos minutos, cuando el convoy de veintiún carros entró en la zona de la emboscada, sonó un disparo de fusil.

Era la señal del compañero Comandante en jefe.

De las tres partes primera, central y última de la posición empezaron a rodar piedras con estrépito. Eran los miembros de la Unión Antiimperialista de Liangjiangkou que Choe Jin Dong había conducido allí, y que ahora, lanzando fuertes gritos, comenzaban a soltar las piedras sobre el enemigo.

Se rompían los cajones, saltaban partidas las tablas. En cada carro iba

el cochero y uno o dos guardianes. Soñolientos, con las piernas colgando y abrazados a los fusiles, no esperaban el ataque. Les cayó encima igual que un trueno en un día de sol.

Tomados por sorpresa los enemigos, a gritos desesperados, trataron de escurrirse en desbandada. Este como un loco se arrastra por el barranco y, al caer bajo las piedras, recula hacia atrás; aquél se zambulle en el río y se revuelca en el agua.

Sin embargo, al cabo de unos minutos, el enemigo se recobró y pasó a la resistencia. Después, aun raro grito, los japoneses se echaron cuerpo a tierra formando una hilera, protegidos por la cuneta del camino. Se entabló el tiroteo. Sobre el despeñadero se encendían pequeños fuegos, sonaban las descargas de los fusiles cuyo eco se esparcía por el barranco.

La emboscada de los guerrilleros, entre los cuales estaba Ri Kwang, se ocultaba detrás de las mismas espaldas del enemigo. Entre la emboscada y el enemigo había unos diez metros. Los guerrilleros esperaban la señal para lanzarse sobre el enemigo.

Ri Kwang se creyó a alucinado, y se incorporó y se puso de rodillas; no veía a nadie. Pensó: ¿No habré tardado? Se levantó y corrió hacia delante. En aquel momento sonó la señal.

Al oír las inesperadas descargas por la espalda, el enemigo, de nuevo se ajetreó en el pánico.

Ri Kwang disparaba con mucha seguridad de sí mismo. Tumbando del primer disparo al enemigo que estaba más cerca, se precipitó hacia adelante y, del segundo disparo, mató a otro. Después saltó a una zanja, tropezó con un bulto y estuvo a punto de caer. Era un japonés, lo agarró y lo derribó a tierra.

Pak Hung Dok corrió al combate, segundos después de la señal. Era siempre lento y además, como había permanecido en cuclillas, no pudo levantarse pronto.

Disparó dos veces y abatió a un enemigo. Después paró de tirar y se lanzó con el fusil en las manos al centro de la refriega.

—¡Tomad, canallas! —gritaba enfurecido como un tigre, repartiendo culatazos a diestro y siniestro. A los guerrilleros se les podía distinguir fácilmente. Todos ellos llevaban brazaletes blancos.

—¡Duro con ellos! ¡Machacadlos! —sonaba el su grito arengador.

Ri Kwang derribó a un japonés que se le echaba encima, y montó sobre él. Le machacó la cara con unos puños como martillos. Tras una breve resistencia el japonés enmudeció. Ri Kwang se levantó, asió el cadáver por los pies y lo tiró al río. Volvióse de espaldas y vio a su lado dos figuras liadas en la pelea. Cogiendo al japonés por el cuello, Ri Kwang lo tiró al suelo, y le dio una patada en el pecho. Después levantó una piedra que había allí cerca, grande como un jarro. La alzó sobre su cabeza y la dejó caer. "¡Ahí tienes tu fin, cabrón!". Escupió y se fue hacia atrás.

Miró alrededor. Todo estaba en silencio. Pero él todavía no se sentía vengado. Miró a los lados y vio a un japonés levantarse y tirarse al agua. Se había hecho el muerto.

—¡No escaparás muy lejos, miserable!

Ri Kwang con ojos que reflejaban rabia se arrojó al agua tras el japonés. Continuaron un minuto la pelea, chapoteando en el agua, Ri Kwang salió a la orilla arrastrando al japonés, un individuo chaparrete, de corto pescuezo. Calado hasta los huesos, temblaba de espanto y pedía clemencia.

—Canalla, ¿pensabas largar el trapo? Seáis cuantos seáis, todo el que pise nuestra tierra, no quedará con vida —Ri Kwang sintió que le ahogaba la furia. Arremetió contra el prisionero; lo derribó, lo agarró por las piernas, lo zarandeó en el aire, y como si fuera una cadena, molió con él el borde del barranco.

—¡Aquí tenéis, perros! ¡Os voy a aplastar a todos!

En sus ojos resplandecía el odio. Anduvo buscando si había quedado algún enemigo vivo. No había nadie en su alrededor. Sólo entonces se frotó la frente con la mano y respiró a pleno pulmón. Se sentía aliviado por la idea de haberse vengado en el enemigo. Despacio, escupiendo la arena que tenía en la boca, el muchacho se encaminó hacia el promontorio, sobre el que yacían los cadáveres del enemigo.

A los tres japoneses que se habían entregado prisioneros, Cha Kwang Su y Ri Kwang los ataron con cuerdas. Después, con antorchas en las manos, recorrieron el lugar del combate.

El compañero Kim Il Sung metió la pistola en la funda y se puso en jarras.

A lo largo de la orilla del río, débilmente alumbrado por la luna, yacía en desorden todo lo que había quedado del convoy, carros sin ruedas, cajones deshechos, cadáveres del enemigo.

El compañero Kim Il Sung echó a andar despacio. A dos pasos había un caballo temblando convulsivamente en la agonía.

Llegó a un lugar donde vio esparcidas por el suelo balas de fusil. Tirado en la hierba vio un cajón del cual habían volado la tapa. Lo sacudió. Sonó a seco por lo visto, había perdido muchas balas. Muy cerca descubrió una larga caja despedazada por un lado. El compañero Kim Il Sung levantó la tapa y vio que la caja estaba llena de fusiles relucientes, nuevecitos.

Cha Kwang Su se acercó corriendo.

—Aquí hay fusiles.

—¿Sí?

Cha Kwang Su sacó de la caja un arma y lanzó un grito que se oyó en todo el barranco:

—¡Fusiles!

Acudieron los guerrilleros. Agitados de alegría todos cogieron rápidamente fusiles.

—¡Armas!

—¡Ah, fusiles!

Ri Kwang chasqueó varias veces el cerrojo, le entraron ganas de disparar.

El compañero Comandante en jefe asintió con la cabeza sin decir palabra. Sonriente, Ri Kwang apuntó al cielo con el cañón del fusil, y apretó el gatillo.

El disparo resultó tan ensordecedor que su eco sonoro retumbó en el cielo nocturno.

—Dispare otra vez.

—"¡Pum!"

—Otra.

—"¡Pum!"

—Otra.

—"¡Pum!"

—Excelente regalo —exclamó el Comandante en jefe rompiendo en carcajadas.

Pasaron a examinar los trofeos. En dos cajas descubrieron veinticuatro fusiles. Tres de ellos tenían las culatas partidas y doblados los cañones. En el campo del combate recogieron otros catorce. Los carros estaban cargados de vestuario, conservas y demás provisiones.

Dejando en el lugar del combate a Pak Hung Dok y Choe Jin Dong para arreglarlo todo, el compañero Kim Il Sung, acompañado de Cha Kwang Su y Ri Kwang, tomó el camino de regreso.

Cha Kwang Su iba delante, conduciendo a los tres prisioneros japoneses.

Cuando torcieron a un sendero, el compañero Kim Il Sung miró a su alrededor y dijo:

—Descansemos un poco. El compañero Ri Kwang podrá secar su ropa…

Encendieron una hoguera debajo de un alto y frondoso nogal. Cha Kwang Su y Ri Kwang se sentaron a ambos lados del compañero Kim Il Sung. Pyon In Chol vigilaba a los presos.

Crecieron rápidamente las llamas de la hoguera, y de las ropas de Ri Kwang comenzó a salir un espeso vaho.

—¡Compañero Ri Kwang! ¿Qué tal van esos ánimos? —preguntó, como de paso, el compañero Kim Il Sung, mas aquellas palabras tenían un significativo matiz.

Ri Kwang no podía encontrar las palabras precisas para responder al compañero Comandante en jefe. Sin embargo, sintió por dentro que algo le estimulaba. El amor y el odio, estos dos sentidos, diametralmente opuestos, se fusionaron igual que un lingote de hierro, se agitaban en su pecho tirándole del corazón. De carácter bondadoso y sencillo, Ri Kwang, durante estos pocos días había cambiado tanto que él mismo se extrañaba. Volviéndose hacia el compañero Comandante en jefe, procuró responder respetuoso, pero no dijo ni una sola palabra. De súbito sintió oprimírsele la garganta; le pestañearon los ojos y se mordió el labio.

Le temblaban las espesas cejas y los gruesos labios. De firme voluntad, no lloró ni aun cuando estaba sacando de entre los escombros los cadáveres de la madre y del hermano, mas ahora no pudo contener las lágrimas, le corrían a chorro por las mejillas.

Por fin se había vengado del enemigo, por la muerte de la madre y del hermano, por la muerte de los vecinos de su aldea. Hoy había saciado un poco la sed de venganza que tanto le martirizaba después del pogromo, privándole todas las noches del sueño. Así debe vengarse del enemigo cada coreano. Los hijos huérfanos, las mujeres que perdieron a sus maridos, las madres que perdieron a sus queridos hijos, todos

deben vengarse del enemigo por tanto agravio.

Y esta venganza debe ser cruel. De esta manera, los agresores comprendan que van a morder el polvo si se atreven a irrumpir en nuestra tierra y tiemblen de miedo ante los coreanos.

Esta lucha despiadada contra el enemigo es el camino de la venganza y el camino dirigido a liberar la Patria rechazando a los invasores.

Hoy el compañero Comandante en jefe enseñó como se debe actuar. Hemos de avanzar lo minino que hoy. Por su señal nos arrojaremos sobre los enemigos.

—¡Compañero Comandante en jefe! —Ri Kwang se dirigió, pero no pudo decir más. De emoción él estremecía los hombros. Por fin dijo con lágrimas.

—Siempre voy a combatir como en esta tarde.

Ganaron la primera batalla y esta victoria le hizo más firmes a Ri Kwang la entereza y el espíritu de combate de que marcharía hacia adelante, hasta lograr la victoria final sobre los odiosos enemigos. Sin embargo, él no pudo encontrar palabras adecuadas para expresar su emoción. El compañero Kim Il Sung dijo tranquilamente como si llegase al fondo de su pensamiento:

—Sí. Apenas hemos emprendido hoy la marcha, pero este primer paso es, para nosotros, decisivo en el aniquilamiento de los agresores. Hoy hemos aplastado sólo a unos cuantos soldados japoneses y destruido algunos equipajes militares del enemigo. Mas esto es el primer golpe armado, asestado por los comunistas coreanos al imperialismo nipón. Desde ahora lo combatiremos más fuerte, más frecuente y más resueltamente. Le golpearemos hasta cuando la ciudadela del imperialismo se desmorone como del terremoto.

Ri Kwang escuchaba con atención sin desviar su mirada del seguro semblante del compañero Comandante en jefe.

*   *   *

Mientras tanto Cha Kwang Su en un correcto japonés comenzó a interrogar a los tres presos.

El primero, la cabeza descubierta, inclinado hasta casi tocar las rodillas, con una manga suelta, ofrecía un aspecto deplorable. Corpulento, los ojos hundidos, temblaba como una hoja, a pesar de que estaba sentado junto a la hoguera y hasta la ropa le olía a chamuscado.

—¿A dónde tenían orden de dirigirse?

—A Jilin.

—¿Con qué objetivo?

—Palabra de honor, que no lo sé.

—¿Y tú también? —gritó bruscamente Cha Kwang Su al segundo japonés achaparrado.

—¡Sí, sí! —gruñó el japonés.

Cha Kwang Su se enojó por no haber podido comprender que éste afirmaba o negaba a su pregunta.

—¿Por qué vas sin uniforme, en ropa interior? ¿Convertiste el carro en dormitorio?

—¡Sí, señor! Yo quería… Yo quería mostrar, es decir no tengo intención de hacer resistencia…

Al descubrir la astucia del japonzuelo, que intentó disimularse, quedándose en ropa interior, Cha Kwang Su le clavó una mirada despectiva e insistió:

—¿Qué grado tienes?

En lugar de responder el japonés agachó la cabeza, lisa como una calabaza, hasta las mismas rodillas.

—¡Bueno, pronto! —gritó con severidad Cha Kwang Su.

El japonés de las gafas que estaba sentado al lado, dijo que iba a hacer una franca confesión.

—Este —dijo, mostrando al japonés sin uniforme—, es teniente. Jefe del convoy. Se apellida Okamoto. Y este otro es oficial, practicante, es un bonachón. Es procedente de la isla de Kagosima, fue dos veces degradado por sus borracheras sempiternas. Se lo digo todo como en la confesión.

—¿Y tú, quién eres? —preguntó Cha Kwang Su al japonés de las gafas a través de las cuales se le veían unos ojos desagradablemente impacientes.

—Yo no soy militar. Ve usted, uso la cazadora más en moda en Tokio. Soy periodista. No tengo ninguna relación con el ejército. Nunca líe cogido un fusil en la mano. En cuanto comenzó el combate de repente levanté las manos.

—¿De veras?

El japonés recobró el ánimo.

—De veras. Aquí tiene mis documentos —el gafoso sacó del bolsillo su librito de notas y le tendió su cartilla de identidad.

—Mi apellido es Hara. Compruébelo, ahí está mi fotografía.

Cha Kwang Su, sonriéndose con sorna, puso sobre una piedra cartilla sin mirarla siquiera. Hara era un típico intelectual japonés, en el que encarnó el carácter salvaje tradicional de los isleños. Sus ojos vivos e inquietos, revelaban ingeniosidad. Tales tipos encuentran pronto salida de cualquier situación difícil se dejan llevar por el miedo. No es fácil adivinar hasta punto es sincera su confesión, pero es bien probable que la expresión tranquila de su cara no fuera más que una astucia sicológica.

Cha Kwang Su, irritado, decidió no entrar en detalles y continuó rápido el interrogatorio:

—¿Cómo llegaste aquí?

—¡Sí, sí! Les diré toda la verdad —el japonés, recobrando la tranquilidad, calculaba para sí a quién de los tres guerrilleros adaptarse.

—Iba a recibir a la misión de Liton, enviada aquí por la Liga de las Naciones, para investigar los sucesos en Manchuria. Debía alcanzarla en febrero en Senyang, pero no me dio tiempo. En la redacción me ordenaron hacer una interviú. Por eso regresé al puerto de Chongjin, y de allí me dirigí a Jilin.

—¡Mientes! —dijo severo Cha Kwang Su, dando un golpe con el pie.

Hara se estremeció del susto y se calló la boca por un momento. Puso las dos manos en el pecho y concentró toda su voluntad. Había comprendido que su destino estaba en una balanza.

—Palabra de honor, que digo la verdad.

—¿Por qué no fuiste en tren? ¡No serás tan pobre como para ir dando saltos en este carro! Seguramente eres un agente secreto.

—Yo sólo soy corresponsal. Además de la interviú, quería escribir mis notas de viaje sobre la belleza de estos lugares, de la gente y sus costumbres. Pensaba este año, o el próximo, publicar un libro y comprarme una pequeña casita.

—¿Las costumbres, dices, querías conocer? ¿Y de paso ganaste algo? Resulta muy razonable. ¿Así que pensabas describir a las personas que sufren y se desangran por culpa de los imperialistas, y de ese modo enriquecerte?

—Mis informaciones siempre son objetivas. Pues, los periódicos y otros órganos informativos deben ser portadores de la opinión pública, reflejar el estado de ánimo del pueblo. La conducta del gobierno no es más que un campo de nuestra pluma, y no siempre puede coincidir con nuestra posición.

—Tú sabes demasiado bien engañar a la gente. ¿Y qué impresión tienes de las costumbres de aquí? —dijo Cha Kwang Su con un gesto de

asco. El aspecto de ese japonés le repugnaba, como si fuera un monstruo abominable.

El compañero Kim Il Sung miraba en silencio a Ri Kwang. Casi no prestaba atención a la conversación de Cha Kwang Su con los presos.

Fija la mirada en las flamantes llamaradas de fuego, sentado sin moverse, Ri Kwang semejaba una enorme roca.

El compañero Comandante en jefe sabía que Ri Kwang, sólo merced a una gran fuerza de voluntad, conservaba el dominio de sí mismo. Pues, tan sólo unas horas atrás se enfurecía como un volcán en cuanto veía a un japonés, y ahora sin embargo, estaba tranquilo, hasta parecer que le tenían sin cuidado los lamentables oficiales japoneses y el periodista implorando gracia.

Hara tardaba en contestar, rezongando algo ininteligible, y Cha Kwang Su de nuevo le conminó.

—¿Por qué callas? ¡Tú mismo has visto las costumbres que implantan aquí tus amos gobernantes del "Imperio japonés"! Nosotros, los coreanos, entre otras cosas, tenemos una buena costumbre: no dejar vivo ni a un solo agresor que haya penetrado en nuestra Patria, y darle sepultura.

—Perdóneme. Yo soy ignorante en tales cosas. Mi deseo de estudiar las costumbres populares no fue más que una intención. No he visto nada, y por lo tanto, no pude reunir información alguna.

—Bueno, entonces nosotros mismos le podemos dar a conocer nuestras costumbres —y haciendo un guiño Cha Kwang Su corrió hacia adelante la pistolera que llevaba colgada de la correa.

Muerto de miedo, Hara se estremeció. Al levantar la cabeza vio a Cha Kwang Su delante del compañero Kim Il Sung.

Cuadrado, le informaba de los resultados del interrogatorio.

—Todos al paredón y nada más —propuso él.

—¿Todos? A los que mienten, a los hipócritas se les puede fusilar. ¿Pero hay alguna necesidad de fusilar a un civil?

—Es un tipo pérfido y repugnante.

—Compruebe otra vez su identidad, y si de veras es periodista lo soltaremos.

—Si dejamos en libertad a este miserable, ¿quién sabe las calumnias que no levantará contra nosotros? —dijo con firmeza Cha Kwang Su, recordando los ojos picaros de Hara.

—Es posible lo que usted dice. De hecho se le podría fusilar en venganza por sus crímenes, pero él mismo dice que es periodista y que se entregó inmediatamente. Si en efecto es periodista, será nuestra viva propaganda, mejor que las octavillas que publicamos y difundimos. Lo soltaremos, pero bajo una condición. Le daremos la posibilidad, como corresponsal, de escribir un artículo particular. Por ejemplo: “Los comunistas coreanos liberaron su Patria con sus propias fuerzas, derrotando al imperialismo japonés”. Y en lo sucesivo, solamente así plantearemos la cuestión: “Entrégate y quedarás vivo” y basta.

El compañero Kim Il Sung echó una carcajada divertido. Apartó la vista de Hara que temblaba desesperado, dirigiéndola hacia el firmamento fulgurante de miríadas de estrellas.

Al sentir la atmósfera un tanto descargada, Hara se interesó por las personas de las que antes no se había preocupado.

Hara levantó la cabeza, miró al compañero Kim Il Sung, sentado junto a la hoguera, y de repente la volvió a bajar, sin poder resistir su burlona sonrisa.

Hara comprendió que esa sonrisa sólo era propia de un hombre firmemente convencido en su justa causa.

Hara sintió alivio, la muerte, cierto, que no lo tocará. Pero a su vez le abarcó una pesada sensación, como si se le hubiera enturbiado la razón.

Se tiró de rodillas, dejando caer la cabeza tan bajo, que el pelo rizoso casi rozaba la tierra. El cuerpo relajado, sus blancos y finos dedos tamborileaban las rodillas.

Vertiendo lágrimas, fijó su mirada en la negra tierra, que bien podría, dentro de algunos minutos cubrir para siempre su cuerpo sin dejar rastro alguno de él. Las sombras, producidas por la hoguera, balanceándose sobre la tierra, como si fueran fantasmas, lo llenaban de pavor.

—¡Compañero Cha Kwang Su! Nosotros vamos delante, y tú detrás. Compañero Ri Kwang, en marcha.

Todos se adentraron en el bosque, sólo se quedó Cha Kwang Su.

Todavía pasó algún tiempo sin que Hara pudiera ponerse de pie. El miedo le había pasado, en cambio se quedó sin fuerzas. Pero la cabeza le trabajaba con precisión. Reconcentrado, pensaba cómo debía comportarse ahora. Por fin, levantó la cabeza.

—Le agradezco la clemencia. Si es posible, dígame con quién he dado, y a quién le debo la vida.

—Bien comprendo tu interés. Fuiste detenido por los combatientes de la Guerrilla Antijaponesa, un destacamento armado de los comunistas coreanos, que luchan contra el imperialismo nipón, pero ahora ya estás en libertad.

Hara se estremeció, como si lo hubieran pinchado, y volvió a bajar inmediatamente la cabeza.

—Ahora comprendo —murmuró tan bajo, que apenas se le oía— hasta el fin de mi vida no lo olvidaré.

Sentado con un aspecto deprimido, ligeramente encorvado, con las gafas caídas sobre la nariz, parecía haber perdido el equilibrio.

Cierto que una vez llegó a la redacción donde él trabajaba un telegrama del corresponsal del diario de Senyang sobre la Guerrilla Antijaponesa e incluso pensó que quizá algún día él también tendría la

oportunidad de escribir sobre eso. Pero no se pudo imaginar ni mucho menos, que se fuera a encontrar tan de cerca. Su conmoción era demasiado fuerte. Y de nuevo comenzó a temblar, recobrando entonces la costumbre profesional.

—¿La Guerrilla Antijaponesa es un destacamento armado que persigue el objetivo de derrotar al Imperio nipón?

—¿No lo cree? Pues, así es.

—¿Debo creer que el Imperio japonés tenga que abandonar Corea?

—Cada cual es libre de creerlo o no creerlo. Claro, para eso se requiere tiempo, pero así será sin duda alguna.

Hara no podía concebir todo eso. Tal planteamiento estaba excluido para él todavía entonces, cuando él, por primera vez oyó hablar de ese destacamento guerrillero.

Bajó la cabeza y se quedó pensativo. Era incapaz de creer que todo eso le hubiera ocurrido en realidad. Bueno, es verdad que un destacamento transportador del Ejército de Kwantung fue atacado por un destacamento armado de coreanos. ¿Pero, acaso es posible creer en pronósticos tan inverosímiles, como que los comunistas coreanos vencerán al Japón no teniendo éste más remedio que retirarse de Corea?

—Mil perdones, permítame hacerle una pregunta más. Le ruego de antemano que me comprenda bien, lo hago con intenciones exclusivamente profesionales. Quisiera saber, ¿de qué modo la Guerrilla Antijaponesa piensa vencer al Imperio japonés? ¿Puede ser que dispongan de numerosas unidades, que nosotros no sepamos? De ser así, ¿cuántas divisiones preparadas pueden tener? ¿Unas diez? ¿De qué forma las van a abastecer de armamento y municiones? En una palabra, desearía saber en qué pueden contar ustedes. Y dispénseme la curiosidad.

—Justo, preguntas de periodistas. Veo que usted no llega a creerlo. Para eso debería usted librarse de prejuicios y subjetivismos, y adoptar tal

posición que le permitiera ver la realidad tal como es. ¿Puede hacerlo?

Hara de nuevo bajó los ojos, queriendo deshacerse de la mirada penetrante de Cha Kwang Su, que parecía perforar el pensamiento de su interlocutor.

—Veo que usted no es nada tonto. De modo que si toma, aunque no sea más que por un momento, una posición objetiva, supongo que no le será difícil comprender nuestros cálculos.

—Se lo puedo jurar. Los periodistas son personas honradas, y no en vano les llaman portavoz de la opinión pública.

—Usted otra vez quiere desviarme de la conversación. Bueno, a ver si puede contestar a mi pregunta. Como me decía, vino para reunir información sobre la misión de Liton, enviada por la "Liga de las Naciones", para comentar los "sucesos de Manchuria". Entonces, ¿qué hace usted aquí, si los promotores de estos sucesos están a su lado? Los que provocaron en el centro de Senyang el "incidente del 18 de septiembre", se escondieron en el Estado Mayor del Ejército de Kwantung. ¿Cierto? Hoy día, los imperialistas japoneses matan sin piedad a los coreanos. El ejemplo no está lejos. Hace unos días, cerca de aquí, un regimiento entero japonés aniquiló a miles de personas nuestras. A mi parecer éste es un hecho muchísimo más serio que cualquier bandidaje: como atracar, robar dinero y otros trastos cuchillo en mano. ¿Verdad? Y sin embargo, su periódico no se atreve a escribir nada sobre la operación punitiva, prefiere callar. Y después de todo eso usted habla de no sé qué "portavoz de la opinión pública".

—…

—Bueno, vamos, hablemos de lo que le interesa. Nosotros no tenemos ningún secreto ni ningún método particular. ¿En qué se fundan nuestros cálculos para la victoria sobre el imperialismo japonés? Nuestros cálculos son sencillos y consecuentes. En una palabra, el

imperialismo japonés es un bandido armado, y nosotros, los amos, atacados. Nosotros nos levantamos a la lucha para salvar a la Patria y al pueblo, para defender la dignidad de nuestra nación.

Cha Kwang Su hizo una pausa, y Hara levantó la cabeza.

—Por lo que tengo oído, el desenlace del conflicto militar depende de la correlación de fuerzas. Aunque los humanistas afirmen que la justicia está del lado de los pueblos de África y Asia, el continente africano está dividido entre las potencias de Europa, y en América los indios se convirtieron en criados de sus amos blancos. Sea como fuere, una parte posee muchas divisiones. Y además, dispone de una enorme cantidad de técnica militar, y de amplias posibilidades para abastecer a su ejército de todo lo necesario. En cuanto a la otra parte…

En el rostro de Cha Kwang Su, cada vez más rojo a la lumbre de la hoguera, se perfiló una sonrisa burlona. Hara se puso alerta. No quiera Dios que cambie de opinión y descargue su pistola, todo es de esperar. Observando la cara pálida de espanto del japonés con ojo avizor, Cha Kwang Su profirió:

—Continúe, continúe, no tema que cambie de opinión y le castigue por su sinceridad. Nosotros no consideramos ningún crimen revelar la verdad. Seguramente quiere decir: Ustedes, los comunistas, no tienen ni divisiones, ni cuerpo militar. Por mucho que reúnan, no reunirán gran cosa. ¿Acaso podrán ustedes con nuestras divisiones y tanques? ¿Tengo razón? A primera vista la diferencia es tan colosal, que es absurda la comparación.

En cambio nosotros tenemos un potente instrumento, del que carece el agresor, llamado ventaja moral. Tenemos decenas de millones de corazones ardientes, deseosos de acabar con los ocupantes, y librarse de ellos. ¿Comprendido? Esta fuerza es inconmensurablemente más potente que todo el armamento del agresor, pagado con dinero e hipocresía.

En lo tocante a su técnica, no hay por qué pensar que aviones, tanques y barcos sólo pueden estar al alcance del agresor. Es obvio que en cuanto nos apoderemos de todos ellos, se lancen contra los enemigos.

En cambio, de nuestro instrumento moral nadie se apoderará. Venceremos a los imperialistas no sólo por la fuerza, sino por medio de nuestra superioridad moral. Entramos en la lucha decisiva. Por eso no tenemos nada que ocultar, ni tenemos la discusión. Así están las cosas. Y ahora quiero hacerle una pregunta: ¿Cómo se desarrolló la industria japonesa en el medio siglo después de la restauración de Meiji? ¿Cuáles son sus fuerzas productivas? ¿Podría el imperialismo japonés armar, diríamos, a un ejército de un millón de hombres?

—No sólo de un millón, sino de tres.

—¿Y de cinco?

—También podríamos, si apretamos el cinturón. Ahora que tres millones no es una fuerza tan pequeña.

—¿Y si fueran diez millones?

—Eso es demasiado… Yo no sé, ¿para qué tantos?

—Es necesario, y por cierto, muy necesario, diez millones, al máximo diez millones. Y dicen que sus posibilidades de abastecimiento son enormes. ¿En qué medida?

—Eso no lo sé exactamente, pero según cálculos aproximados, los motores por su potencia superan en varias veces la fuerza muscular de toda la población apta para el trabajo del Japón —el susto poco a poco se iba disipando del rostro de Hara, y éste de nuevo comenzó a jactarse.

—De ser así, no es tanto —señaló Cha Kwang Su con un semblante decepcionado—. Nosotros pensamos armar en total a diez millones. Además, tenga en cuenta, no con fusiles de chispa, ni escopetas como esta noche. En el futuro nuestra situación cambiará una vez arreglado el abastecimiento.

Hara movió la cabeza.

—¿Qué, no lo comprende? Los imperialistas japoneses trasladan aquí montones de armamento. Pues que lo traigan pronto. Y como lo trasladan a través de Musan, Chongjin y Hungnam nosotros se lo arrebataremos. ¿Comprendido?

—…

—Nosotros no pertenecemos ni mucho menos a la categoría de gente jactanciosa. Pero sí le puedo asegurar —dijo seguro Cha Kwang Su, recordando las palabras del compañero Comandante en jefe—. Precisamente a usted le concederemos la posibilidad de escribir con su propia mano un artículo particular bajo el título de: "Los comunistas coreanos liberaron su Patria con sus propias fuerzas, derrotando al imperialismo japonés". ¿Qué, lo entiende ahora? De momento le puede parecer increíble. En cambio nosotros estamos bien convencidos.

—¿Qué garantías tienen?

—Le diré. Nos lo garantiza el gran Líder de nuestro pueblo. Nos lo ofreció.

—¡Vaya! ¿Y quién es?

—¿Desea saberlo? —Cha Kwang Su levantó de una piedra su portamapas, lo atravesó al hombro, y después de pensar un instante añadió, acentuando cada palabra—: El hombre que estaba aquí sentado. Nuestro Comandante en jefe, compañero Kim Il Sung.

—¿Qué?

—No se asombre.

—¿De modo que ése era él?

Unos minutos más tarde en el barranco se oyeron disparos, aniquilaron a los dos oficiales japoneses. Luego Cha Kwang Su y Hara se separaron, tomando cada uno su camino.

*   *   *

Cha Kwang Su caminaba por un estrecho sendero del bosque, serpenteando entre los arbustos. Los brazos y los pies se le enredaban en las ramas de los árboles. Iba de buen humor, a paso ligero, recordando lo sucedido esta tarde.

Un estruendo de piedras que caían, luego un breve tiroteo, seguido de una lucha cuerpo a cuerpo durante una inedia hora, éstas eran las etapas del combate.

No hubo ni aviación, ni tanques, ni ofensiva de la infantería en hilera o en formación en línea. No tuvo la ocasión de ver la bandera ondeante en las alturas, ni oír el redoble del tambor o el sonar de la trompeta anunciando la victoria. ¿Pues qué era eso? ¿Un combate? ¡Sí, un combate! Y no sólo combate, sino una guerra revolucionaria.

En ella se enfrentaron las clases, desplegando en miniatura la lucha decisiva entre el imperialismo japonés y el pueblo coreano. Llegaron los duros y crueles tiempos.

Desde los tiempos remotos en que un buen día nuestros aún peludos antepasados levantaron de súbito las dos manos de la tierra y cogieron un palo para lanzarlo a su víctima, la humanidad recorrió un camino multisecular de su desarrollo histórico.

Antaño, cuando el frío era el enemigo más feroz del hombre, el fuego misterioso encendido por un rayo, lo empujó por el camino del progreso impetuoso. El fuego disipó a la gente en amplios territorios de clima tanto frío como caliente. Le obligó a traspasar de la época en que todo dependía de las cualidades físicas de las personas, a la época de la razón.

La rueca de madera en la que hilaban moviendo a mano la rueda, pasó a ocupar su lugar en el museo etnográfico, el vapor fue convertido

en el “esclavo” mecánico, que hace girar las ruedas de todas las máquinas. Desde entonces, la humanidad comenzó su rápido desarrollo hacia la contemporaneidad.

Se descubrían continentes, la velocidad redujo las distancias, la segunda naturaleza hacía milagros.

El perfeccionamiento incesante de la humanidad la puso a cuatro patas: ella misma se cavó la fosa en el camino de la civilización. A diferencia de la remota antigüedad, en que el frío o una caza desafortunada podía ser la causa de una muerte de hambre, ahora la muerte provenía de la abundancia. Pero he ahí que vino a aparecer un “fantasma”, que transformándose en un coágulo de puras y sublimes ideas, sirve de, arma en manos de las masas oprimidas y explotadas en su lucha por la existencia.

Ha pasado medio siglo. Un riguroso día del temprano invierno, hacia el Palacio de Invierno del zar con sus muros de piedra, cubiertos de musgo, se lanzó el pueblo.

Al irrumpir, fusil en mano, en la sala radiante de esplendor de columnas de mármol y adornos de oro y plata, los obreros y campesinos se proclamaron dueños del palacio, de la historia y del país.

Así fue tendido el primer vado en el raudal de una vida tan complicada y diversa por el que el hombre llegó a la orilla actual de su historia.

De este mismo modo, la primera señal disparada hoy tarde en los estribos del monte Paektu, llamó al pueblo coreano a la heroica resistencia. Esta fue la señal de la gran lucha por la libertad de los continentes, donde reinaba la oscuridad, el atraso y el yugo imperialista.

Así dos enormes ruedas de la historia comenzaron a girar más de prisa.

Una de esas ruedas la mueve la clase obrera del mundo entero, la otra,

comenzaron a moverla los siervos y esclavos, los pueblos oprimidos de Asia, África y América Latina.

En un próximo futuro los niños estudiarán por nuevos mapas del mundo.

Ellos no verán aquella Corea y aquel Japón, colonia y metrópoli, hoy pintadas de un mismo color, sino países libres, desclavizados, distinguidos por sus colores nacionales, más llamativos y hermosos.

Sobre eso ha hablado hoy el compañero Comandante en jefe.

Cha Kwang Su caminaba al encuentro de la noche abismado en meditaciones sin darse cuenta de la oscuridad de la noche.

Al aparecer el arroyo Cha Kwang Su se distrajo de sus pensamientos y lo atravesó saltando de piedra en piedra.

De lejos le llegó una llamada, por lo visto oyeron sus pasos.

El corazón de Cha Kwang Su de nuevo latía alegre. Sintió un nuevo impulso de energía, y echó a correr hacia adelante sujetando con la mano la pistolera.

Al entrar en el patio de la choza de troncos distinguió la voz clara y sonora de Han Hung Gwon:

—¿Qué tal ese humor, compañero Jin Il Man?

—Magnífico —le contestó un bajo ronco—. Nosotros seguiremos actuando así, en adelante. Nuestra enérgica discusión dio magníficos resultados. A mí me parece que estos días he terminado una universidad política más.

—Acumula fuerzas y dale al enemigo, bate al enemigo, y salva al pueblo —añadió Song Dok Hyong con su voz enronquecida—. ¿No es así? Y tú, compañero Jin, no te rías. La risa no te salvará. Ya es hora de que te arrepientas de tus errores.

—Sí, no faltaba más… —y Jin Il Man se volvió a reír.

Los demás guerrilleros también se echaron a reír. El eco de las alegres risas resonó en el barranco.

Cha Kwang Su, corrientemente poco amigo de reír, se detuvo junto al campo de patatas y también soltó una carcajada.

*   *   *

Llovía a cántaros. Era la primera tormenta primaveral de este año. Gotas gordas azotaban las hojas y los troncos, derritiendo de repente los montones de nieve perdidos en el valle.

Del desfiladero y el bosque regados por la lluvia soplaba un olor fresco.

Los compañeros Kim Il Sung y Ri Hyok caminaban alegres bajo la lluvia por un sendero del bosque serpenteando el pie de la montaña.

Una espesa niebla se cernía sobre el camino, el aire estaba empapado de miríadas de gotas.

Todos los guerrilleros se habían marchado, el último Ri Hyok se dirigía hacia la región del norte. Fue el primer guerrillero, enviado a esa gran región del norte cumpliendo la tarea de llevar a la práctica la orientación trazada en la reunión de Mingyuegou.

Ri Hyok iba callado.

La tarea a cumplir era honrosa, pero le agobiaba el tener que separarse de su Comandante en jefe Kim Il Sung con quien apenas se había visto.

¿Cuándo volveré a verle? Quizá dentro de uno o dos años, quizá más tarde, en un lejano futuro, una vez cumplidas las tareas encomendadas nos lleguemos a encontrar en la tierra liberada de la Patria, bien puede ser en la ciudad, o como esta vez en el bosque inesperadamente. Tampoco está excluida otra probabilidad, que ciertas circunstancias te obliguen a recordar este día y estas horas detrás de las rejas, o en el cadalso.

El camino que te espera es duro, pero al mismo tiempo glorioso.

Y aunque sólo tienes una vida y una muerte nada te asusta si sigues el camino trazado por él.

Mi deseo sería trabajar toda la vida al lado del Comandante en jefe Kim Il Sung. Pero hay que partir.

Sin poder contener la emoción, Ri Hyok caminaba algo deprimido.

Por fin se paró y le interceptó el paso.

—¡Compañero Comandante en jefe! Ya es hora de regresar. Ya hemos andado más de diez *ríes*.

—¿De veras? Pues a mí me parece que sólo habíamos dado una vuelta. Bueno, no importa, sigamos. Me gustan estos paseos.

—Pero usted va todo mojado.

—No es nada, ya me secaré.

Cruzaron una pequeña ensillada más.

Ri Hyok se detuvo de nuevo.

—Basta. De lo contrario no ando más.

—¿Qué le pasa? ¡Me siento tan estupendamente! ¡Con el día primaveral tan fresquito que hace! ¿Usted quiere gozar solo de esta maravillosa lluvia de primavera? —el compañero Kim Il Sung le empujó por la espalda, pero Ri Hyok parecía pegado a la tierra. Mientras el tiempo pasaba.

—¡Vaya, qué se va a hacer! Pues, que le vaya bien. No deje de darme noticias suyas. Nosotros pronto nos trasladaremos a la cuenca del río Amnok.

—Le deseo, compañero Comandante en jefe, buena salud. Ese es mi único deseo.

—Gracias. Bien, ya es la hora —el compañero Kim Il Sung puso la mano en el hombro de Ri Hyok mirando su triste cara.

Las lágrimas en los ojos de Ri Hyok brillaron como la luna reflejada en la superficie del agua.

El compañero Kim Il Sung lo acercó de un tirón hacia sí y lo abrazó.

—¡Compañero Ri Hyok!

—¡Compañero Comandante en jefe!

El resplandor vivo de un rayo alumbró el oscuro firmamento, el bosque envuelto en niebla, los contornos lejanos de la cordillera y los ojos de Ri Hyok.

3

El pueblo tenía un aspecto acogedor. Se llamaba Liangjiangkou por hallarse situado en la confluencia de dos ríos. En este apartado lugar entre montañas había un valle bastante extenso.

Por un lado del pueblo crecían moreras, y pegado al riachuelo, que estaba cruzado por un tronco para pasar, se erguía alto un olmo solitario. En una de sus ramas, ataviadas de verde follaje, reposaba con aire solemne una urraca con una ramita en el pico, moviendo la cola.

Sobre el dique, que cubierto de mimbreras serpenteaba a lo largo de la margen del río, revoloteaban en el aire plumillas de sauce. En el lindero jugueteaban los chiquillos, corriendo detrás de las mariposas, y al pie de la montaña un cachorro perseguía a un verderón.

La gente se había ido a trabajar a la montaña o a las faenas del campo. La agricultura se sostiene aquí en pequeños ariales infecundos o en tierras de desmonte. Personas mayores apenas se veían. Por los patios desiertos o por los senderos, allí donde los tibios rayos del sol primaveral calentaban la tierra, paseaban piantes bandadas de polluelos de plumaje vaporoso como capullos de algodón abiertos.

El pueblo estaba en calma, como un estanque en un día plácido, sin viento. Pueblecillos como éste hay no pocos en torno al monte Paektu, enclaustrados en los pliegues de los contra fuertes de esta montaña que se extendían formando ondulaciones hasta desaparecer en el horizonte. Nadie sabe de fijo cuándo ni cómo se instalaron aquí. Los poblaron mayormente gentes que el torbellino de los acontecimientos arrojó a estos lugares; gentes llegadas de las provincias del sur y del norte de Corea. La oleada humana vino después del año “kimi” si bien todavía

vivían aquí coreanos desde cuando los japoneses anexionaron a Corea. Y aún hoy siguen llegando cada temporada a este perdido lugar familias con sus miserables bártulos, para quedarse o trasladarse a otra parte después. Aunque con su llegada no alteraban la calma de este pueblo perdido entre las montañas.

La vida transcurría aquí con monótona calma todo el año. Pero una vez se puso muy animada de repente, como en vísperas de una gran fiesta. Fue aquel día por la tarde.

Los chicos que estaban pescando en el riachuelo cogieron la traína en una brazada y fueron a todo correr al pueblo; jóvenes campesinos que trabajaban en el campo dejaron sus arados y corrieron también al pueblo, saltando surcos. Viejos y aldeanas que estaban en sus casas abrieron de par en par las puertas y también se echaron a la calle.

—¿Dónde están nuestros guerrilleros?

—En el patio del molinero.

—¿Con fusiles?

—Por supuesto.

—¡Al fin!

El espacioso patio del molinero estaba lleno de robustos muchachos. Eran guerrilleros antijaponeses. Jóvenes, con uniformes verdes, ligeras zapatillas y polainas. Llamaban la atención sobre todo cuatro o cinco guerrilleras. La gente miraba asombrada los gorros que llevaban y los fusiles, brillantes y limpios que estaban. La mitad del destacamento tenía fusiles japoneses, los demás estaban armados con los totung y yangpo, armas de fuego sencillas de fabricación casera. Algunos con escopetas.

Desconcertados al principio, los paisanos pronto se habituaron y se mezclaron entre los guerrilleros.

Hacía ya un mes que los habitantes de Liangjiangkou se enteraron por los rumores de que había sido creada la Guerrilla Antijaponesa. Cuando

en el pueblo se tuvo noticia de que en una localidad los japoneses habían perpetrado un sangriento pogromo y convertido en cenizas a otro pueblecito, un jovenzuelo que había ido a Antu volvió con la noticia de la creación de nuestro ejército. Los últimos días habían vuelto aquí más de diez muchachos que participaron en los combates del valle de Jaramogol, donde destrozaron un convoy japonés. Los campesinos de la localidad, muy emocionados por el acontecimiento, fueron al desfiladero a quince *ríes* del pueblo y trajeron en trineos una rueda rota de un carro japonés y se pasaron unos días hablando de este hecho.

Poco después, los guerrilleros se distribuyeron por alojamientos, en unas quince casas. Todos los vecinos invitaban a sus casas, incluso los llevaban a la fuerza. A los viejos les costó trabajo poner orden. Apenas habían sido recogidos los guerrilleros el bullicioso gentío se dispersó por las casas donde se alojaron los guerrilleros.

Se reunió sobre todo mucha gente, en casa de uno que era oriundo de Musan. Precisamente en su casa se habían alojado las guerrilleras. Fueron a verlas mujeres jóvenes con criaturas a la espalda, muchachas de largas trenzas y un buen número de viejos.

La casita, de tres habitaciones, se llenó hasta más no poder de gente. Ocuparon también la terraza abierta y la cocina. Las muchachas llenaron la pieza que daba a la cocina, o bien estaban sentadas o de pie junto a la casa.

—¡Qué cosas pasan en el mundo! —ceceó una vieja desdentada, palpando los hombros de las guerrilleras, en el lugar de la huella de la correa del fusil, o tocándoles las faldas. Sus ojos se llenaron de lágrimas por la emoción. Pasó la mano por la cabeza de una guerrillera llamada Myong Ok, de dieciocho años y preguntó probablemente por verle corto el pelo:

—¿Y tú, moza, no tenías trenzas?

—Sí, te tenía, abuelita —respondió por ella Yong Suk, una chica que se había incorporado al destacamento en Antu—, pero en cuanto cogió el fusil se dejó el pelo corto.

—Sabe lo que se hace, ¡qué leona! A vuestra edad nosotras ni nos atrevíamos ir a las caravas. —Guerrilleras y muchachas se echaron a reír.

Hye Yong, rodeada en la segunda habitación por una compacta masa de gente sudaba de la emoción. Le llovían preguntas de todas partes.

—¿Has hecho algún disparo?

—¿Tus padres no se opusieron a ello?

—¿Las mujeres van a luchar también?

Preguntaban de todo.

A las aldeanas las guerrilleras les parecían seres caídos del cielo. Las tocaban, las hacían hablar. Así pasó casi una hora, y las campesinas no dejaban de asombrarse, acabando por convencerse de que las guerrilleras, para ellas seres extraños poco tiempo atrás, eran tan sencillas como todas las mujeres coreanas, no se distinguían de ellas en nada.

Mientras tanto, después de reunir a los alumnos en el patio de la escuela privada, un edificio con techo de paja, situado en una solana, el director, un hombre vestido con una larga bata, subió a la cátedra. Con voz emocionada dijo que se había creado la Guerrilla Antijaponesa que iba a expulsar a los japoneses y liberar a Corea, y que hoy el General Kim Il Sung se había parado en el pueblo, con uno de sus destacamentos.

Unos cincuenta escolares salieron corriendo, aun con los manuales en las manos, a ver a los guerrilleros. Después se dispersaron por sus poblados, situados en un radio de veinte *ríes* y propagaron en el lugar la nueva.

Por la tarde el compañero Kim Il Sung pronunció un discurso en el patio de la escuela. La gente llenó la plazoleta.

El compañero Kim Il Sung habló detalladamente del carácter de la

Guerrilla Antijaponesa y la misión que estaba llamada a cumplir, y dirigió un encendido llamamiento al pueblo a prestarle sincero apoyo, ya que estaba compuesta por hijos e hijas de obreros y campesinos. Invitó a la juventud a alistarse voluntariamente en los destacamentos guerrilleros, para luchar con las armas en la mano contra los enemigos japoneses. Dijo que cada coreano tenía que hacer su contribución a la liberación de la Patria. La persona instruida, con los conocimientos; quien tuviera dinero, con dinero, y quien no tuviera ni lo uno ni lo otro, trabajando.

Terminó de hablar ya muy pasada la medianoche, cuando cantaban los primeros gallos. La concurrencia le escuchaba con la misma avidez con que la tierra seca absorbe la humedad, y cuando terminó el discurso le aplaudió hasta doler las manos, acompañando los aplausos de "¡Hurra!".

* * *

El sol se acercaba al ocaso. El intendente principal, Pak Hung Dok, iba por un callejón con excelente disposición de ánimo. Cuando se incorporó al destacamento guerrillero le encomendaron el servicio de intendencia de la compañía. Aquella noche la pasó largo rato sin poder conciliar el sueño, pues le preocupaba el cómo alimentar, vestir y calzar a tantos hombres. Ahora, sin embargo, ya tenía más seguridad en sí mismo. De él saldría, sin duda alguna, un buen intendente.

Hoy mismo, por ejemplo, el compañero Comandante en jefe le había encomendado una misión inesperada: debía conseguir cien hojas de papel blanco. De momento se desconcertó, pero después consultó a los combatientes y hacia el mediodía ya había conseguido el papel. Cuando se lo llevó al compañero Comandante en jefe éste le alabó, diciendo que se había elegido a un buen intendente.

Pak Hung Dok recorrió las secciones para comprobar cómo estaba el abastecimiento. Caminando despacio por la elevación, donde había un solitario olmo, se dirigió al pueblo vecino.

El nuevo uniforme, de tosco algodón, color avellana, le iba bien, como entallado, incluso le hacía más alto, porque era un hombre de estatura regular, si bien de buena complexión. También el gorro, aunque le quedaba pequeño, estaba en armonía con una cara simpática, con pequeñas entradas en las sienes. Le daba un buen aspecto. La naturaleza le dotó de una nariz ligeramente aguileña. Ojos no muy grandes, siempre sonrientes, y una boca bien cerrada siempre. Aun en los momentos de ira no perdía su semblante los rasgos humanos.

Cuando llegó al cercado del pueblo Pak Hung Dok vio a los combatientes de la tercera sección hablando animadamente mientras escardaban, a lo largo del surco, el maíz en la huerta próxima a la casa donde se alojaban. Un trabajo que hacían no tanto porque les habían pedido ayuda como porque no podían estar sin hacer nada. Hasta hacía poco tiempo ellos también habían sido jóvenes campesinos.

—¡Escucha, minero! —se dirigió Pak Hung Dok a un guerrillero alto, moreno, que estaba partiendo leña en el patio—. ¿Tú has creído lo que dijo ayer por la tarde aquella joven mujer?

Cha Ki Yong, que hacía tan sólo un mes era picador en una mina y estaba ahora muy atareado con la leña, se irguió para sujetar el tocón, que se tambaleaba.

—Puedes creerlo o no creerlo, pero eso es lo mismo que el canto del cuclillo en otoño.

—¿Pero tampoco se puede inventar eso? —añadió Pak Hung Dok, echando un pellizco de tabaco casero a un trozo de periódico para liar un cigarrillo.

La dueña de la casa, una mujer entrada ya en años, salió al patio, con delantal, para recoger astillas.

—Debería descansar usted, porque estará fatigado.

Cha Ki Yong echó una mirada de mal humor a Pak Hung Dok, sin duda por la majadería con que le ha venido, y volvió a descargar con fuerza el hacha, partiendo en dos leños un grueso tronco.

Entretanto la dueña de la casa había cogido una brazada, leña de abedul, interior blanco.

—Venga acá todo lo que haya que partir, abuela. De ello se encargará este viejo entibador. —A Pak Hung Dok le gustó su propia broma y soltó una carcajada. La abuela, rostro cubierto de arrugas, asintió con la cabeza.

—Ya veo qué buen mozo es. Y hay que ver qué arte se da partiendo la leña.

—Abuela, ayer por la tarde —continuó Pak Hung Dok, al que la curiosidad no dejaba tranquilo— una tía andaba con no sé qué rumores. Es una mentirosa.

—¿Te refieres a una mujer que es de Pombawigol?

—Juró haber visto a nuestro Comandante en jefe trabajando de criado.

—Ya lo sé. Siendo como es una mujer inteligente y venir aquí con esas sandeces, no se explica eso.

La vieja llevó la leña a la cocina y volvió enseguida.

—Por algo dicen que la mujer, por muy lista que sea, no vale más de medio hombre. Todo sea que ayer no estuviera en su juicio, para venir con esas estupideces. ¡Dónde se ha visto al Comandante en jefe hacer de criado! —La patrona chasqueó la lengua, con evidente muestra de desaprobación, cogió otra brazada de leña y entró con ella en la cocina.

—Seguro que sí —añadió Pak Hung Dok, y satisfecho echó con

fuerza humo de tabaco. Pensó que no estaría mal ganarse uno o dos aliados más para acabar de acorralar a los adversarios en la disputa de hoy por la mañana.

—¿Y qué dice el minero?

—…

Cha Ki Yong se hizo el desentendido, apilando la leña en un rincón del patio.

—Es absurdo eso… El compañero Comandante en jefe criado… Esa tía sí que estaba algo tocada —murmuró para sí Pak Hung Dok.

Cha Ki Yong se desencorvó y le miró fijamente.

—Un criado también es un proletario, ¿qué ves tú de malo en ello? Tú mismo, ¿no fuiste criado más de diez años?

—Yo no dije que sea mala cosa ser criado. Me refería a la joven esa.

—Pero dicen que es una mujer seria —replicó Cha Ki Yong con tranquilidad, seguro el tono.

—O sea, que según tú tenemos que creerla.

—No se trata de eso, creerla o no creerla. Se trata simplemente de que con estas cosas no se pueda andar por ahí chismorreando.

Cha Ki Yong retrajo un labio y se lo mordió, enseñando un diente roto, y continuó apilando la leña.

Pak Hung Dok, por su parte, se había acalorado. No era de los que se rendían.

—El minero siempre es minero, se sabe. Tú eres muy sincero, pero ahora no hay quién te entienda. Lo niegas todo. A fin de cuentas, ¿no es ésta la misma contradicción de que hablábamos en la última clase de los estudios?

—¿A qué viene aquí la contradicción? Se trata simplemente de que ella se había equivocado, y eso es todo —replicó Cha Ki Yong como si tal cosa. Después se dio media vuelta y echó un vistazo de buen dueño a

la leña que había apilado, y continuó colocando leños en otro sitio.

El compañero Kim Il Sung había terminado de hablar el día anterior a las dos de la mañana. Cuando la gente se disponía a retirarse ya él salió fuera del vallado para despedir a los viejos, haciendo a cada uno una reverencia. Fue entonces cuando la joven de Pombawigol había visto de cerca al Comandante en jefe. De momento no creyó en lo que estaban viendo sus ojos. No cabía duda que tenía delante al hombre que había visto en su casa de Fuerhe.

—Como hay Dios que es él… —se le escapó. La gente lo oyó. La joven, simpática ella, no sabía ocultar La verdad y contó a la gente todo lo que sabía. Dijo que cuando le llegó la hora de dar a luz se marchó a casa de sus padres, a Fuerhe, y que el compañero Kim Il Sung había quitado el hielo del caminito por el que ella iba al pozo, porque le era difícil andar por él.

A Pak Hung Dok, criado desde los diez años, este relato de la mujer le dejó asombrado. Pero al propio tiempo sintióse más íntimo del compañero Comandante en jefe como persona, por el hecho de haber sido un criado como él lo fue. Y si en el fondo de su alma dudaba de que ello fuera verdad, esta historia despertó en él curiosidad.

Tras haber comprobado cómo había sido instalada la cocina de la sección, en el camino de vuelta pasó otra vez cerca del olmo. Al pie del árbol había un grupo de unos diez muchachos conversando. Pak Hung Dok se acercó y vio entre ellos a un guerrillero, un hombre de estatura alta, en una posición que le pareció incómoda. Era Choe Chil Song. El guerrillero enrojeció y miró alrededor preocupado.

—Si es obligatorio saber esto, entonces habría que indicar dónde hallarlo.

—¿Cómo en “dónde”? Él debe tenerlo…

—¿Y además del “Manifiesto Comunista”, qué hay que saber más?

—¿Y el uniforme militar? ¿Hacerlo nosotros mismos en casa o nos lo dan en el destacamento?

—Sin prisas, amigo. Primero cásate, después prepara los pañales. El uniforme no es problema. Que te admitan en el destacamento.

—El destacamento guerrillero es el ejército. Y lo primero del ejército es el uniforme y las armas. No sabes esto y quieres ser guerrillero.

—En cuanto a las armas la cosa va mal. ¿De dónde sacarlas?

Choe Chil Song se había metido en un callejón sin salida y no sabía cómo arreglárselas. Después de haber visto a Pak Hung Dok en Jagundegi, había estado en la vecina aldea de Liangjiangkou, y hacía tres días que lo alistaron en el destacamento. Alegre como unas pascuas se paseó con el fusil al hombro por el pueblo, hasta que se encontró rodeado de muchachos.

A todo lo que le preguntaban, no respondía más que con un “no sé”. Pero los muchachos insistían porque no creían que un guerrillero ignorase tales cosas. El intentaba ingenuamente convencerles que era cierto, no sabía nada, pero el efecto era contrario, despertaba más curiosidad.

Hallándose en este aprieto, Choe Chil Song recordó lo que dijera aquel memorable día del peñasco Pak Hung Dok. Se le habían escapado, tartamudeando, las palabras “Manifiesto Comunista”, y se hizo un “consejero” para aspirantes a guerrillero… Iba descaminado, mostrando su absoluta incompetencia en la materia delante de los muchachos, curiosos como ellos solos. Choe Chil Song estaba turbado, hasta sudaba y parecía ponerse nervioso. A veces abría la boca como para decir algo, pero no decía nada. Los jóvenes, contenida la respiración, esperaban a ver.

—Para ser guerrillero —dijo por fin no sin dificultad, tragando la saliva— hay que estudiar mucho y cumplir en serio tareas revolucionarias.

Hubo animación y ruido entre los jóvenes, después de tan forzada respuesta.

—¿Qué hay que estudiar, pues? Porque yo estudio ya en una escuela nocturna —dijo uno.

—¿Y tú crees que a todos los que van a la escuela nocturna los va a alistar guerrilleros? Así todos serían guerrilleros. Tú eres muy listo.

—Tú piensas que el destacamento de guerrilleros es una universidad. En él puedes entrar aun sin tener instrucción, pero sí una voluntad firme para golpear a los japoneses. Con eso basta.

—Eres un buen guerrillero, todo lo sabes…

Todos rieran de buena gana. Eran muchachos de unos veinte años, fuertes físicamente, bronceados por el sol.

Choe Chil Song miraba alrededor, olvidándose de repente que era él la persona a quien hacían las preguntas. Hasta hubo un momento que creyó ser uno de los que también preguntaban.

En aquel instante se acercó inadvertidamente Pak Hung Dok, que preguntó con voz estertórea, que a qué obedecía tanto escándalo. Choe Chil Song se alegró mucho al ver a Pak Hung Dok, hasta pareció exhalar una exclamación de júbilo. Estaba de pie, frotándose la frente con la palma de la mano.

—Ya veo cómo sudas la gota gorda, compañero Choe.

—Yo para mí ya tengo bastante. Ahora entiéndete tú con ellos. —Choe Chil Song se echó el fusil al hombro, se puso bien el gorro y se retiró por el puentecillo más que de prisa, sin hacer caso de los chistes con que Pak Hung Dok quería pincharle.

—Pregúntenle, hermanitos, al guerrillero por qué se marcha. Compañero Choe Chil Song, ¿adónde vas tan disparado?

Choe Chil Song no estaba para bromas. Caminaba cuesta arriba por la orilla del riachuelo, con la guerrera desabrochada y dándose aire con la

mano. Se había ido de la lengua sin darse cuenta. Que si habían leído el "Manifiesto Comunista"… ¿Para qué lo preguntó? El mismo se asombró de la pregunta. Sintió como desazón o vergüenza, como si le hubieran cazado cometiendo un robo.

Se apartó y se puso a pasear por entre los surcos de los sembrados. A su encuentro caminaba una mujer joven, con blusa violeta, falda negra. Choe Chil Song se paró maravillado. Ella pasó a su lado con la cabeza agachada. Llevaba colgada de un brazo una cesta con hierba. Tuvo él una sensación como de calor, pues vio en aquella mujer un parecido sorprendente con su mujer. Con la mujer que había dejado en casa, con la que no había vivido más que un año después de la boda. Choe Chil Song, embargado por tristes recuerdos, caminaba dando patadas a las piedrecitas que encontraba en el camino, hasta que llegó a la casa donde se alojaba.

Pak Hung Dok estuvo un rato entreteniendo a los jóvenes, y después prometióles que iba a hablar para que les admitieran en el destacamento. Los mandó formar, dio la orden de "adelante, marchen", y los condujo al puesto de mando de la compañía, donde los dejó a cargo de Cha Kwang Su. Había llegado a tiempo, porque Cha Kwang Su se disponía a salir en busca de él. Los muchachos fueron encomendados al instructor político, que era Jon Kwang Sik, y Cha Kwang Su entró con el intendente en la casa.

Aquí le transmitió a Pak Hung Dok las órdenes del compañero Comandante en jefe acerca de la ruta a seguir en la expedición a las regiones del monte Paektu y del río Amnok, explicándole también los pormenores que como intendente tenía que saber para organizar el abastecimiento. Cha Kwang Su, un hombre al que le gustaba buen orden en todo, entró en detalles, pero Pak Hung Dok se estaba figurando mentalmente una trayectoria que pasase por el monte Paektu, del curso

superior del río Amnok a Tonghua, volviendo después por el norte a la base en un movimiento envolvente.

Pak Hung Dok trasladó a su habitación una mesita redonda y baja, sacó una libretita de apuntes y se puso a escribir. Se llevaba a la lengua la punta del lápiz, muy gastado ya, y trazó en el papel algunos signos incoherentes. Había empezado a estudiar a los ocho años, durante el invierno, en una escuela particular, en la que aprendió los jeroglíficos y algunos versos absurdos. Eso fue todo lo que aprendió. No tenía buena caligrafía, por añadidura, hacía tiempo que no había cogido en sus manos una pluma. Apuntó algunos signos en el papel; dibujó el monte Paektu, como un gran triángulo, y de sus flancos trazó líneas en dirección al río Amnok y al río Tuman. Los puntos principales los significó con unos círculos. Había que atravesar profundos desfiladeros del monte Paektu a la región de Junggang, para andar dos mil *ríes* por el curso del río Amnok.

Pak Hung Dok se apasionaba cada vez más. Unas veces se ponía a tabalear en la mesa, otras a murmullar para sí haciendo los cálculos sobre cómo asegurarle al destacamento el suministro por algunos meses de anticipación.

“Esto es una maravilla”, exclamó admirando los signos que había trazado en la libreta. Después salió al patio.

Despuntaba la aurora. Muy alto en el cielo planeaba describiendo círculos un halcón. Pak Hung Dok se comparó a él. ¡Qué aburrida y monótona había sido para él la vida el año pasado en el punto de enlace! Pero ahora ya pueden hacer un recorrido de miles de *ríes* y subir al monte Paektu. Esa sí que es una misión digna de hombres, por la que se puede arriesgar la vida.

Pak Hung Dok se quedó satisfecho de hallarse en el destacamento, pese a las reiteradas negativas de Cha Kwang Su de que le trasladaran aquí.

Como metafóricamente dijera el compañero Comandante en jefe, las semillas de la revolución iban a sembrarlas ahora en un vasto territorio. Montañas y campos, bosques y abruptos caminos, caras y aldeas desconocidas, ¡cómo iba a ensanchar todo esto sus horizontes! Pak Hung Dok andaba excitado por el patio, con las manos atrás. Recordando de improviso que le habían mandado preparar una bandera roja, metió la libreta en el bolsillo y se dirigió rodeando el maizal a la casa donde se había alojado Yong Suk y sus amigas.

* * *

El compañero Kim Il Sung y Cha Kwang Su iban por el camino que conducía a Xiaoshahe. El compañero Comandante en jefe había decidido, por fin, ir a Xiaoshahe a ver a la madre. Cha Kwang Su se lo había rogado muchas veces, pero él no había tenido ni un solo minuto libre. Aun después de que destinaran de Jagundegi enviados clandestinos a diferentes regiones el compañero Kim Il Sung proseguía su trabajo, quitándole horas al sueño y al descanso para estudiar lo de la seguridad de la actividad de los hombres de la clandestinidad. Había mandado a diversas regiones a guerrilleros preparados ya en Antu, porque consideraba más conveniente ampliar poco a poco en las regiones los destacamentos de guerrilleros, de los que el núcleo tendrían que formarlo los compañeros que habían recibido instrucción militar y la preparación de combate que partir de cero. Llamó de otros sectores a guerrilleros para destinarlos a las zonas del monte Paektu y río Amnok. El compañero Kim Il Sung se propuso también preparar en unos cuantos meses para la acción guerrillera a compañeros que hasta entonces no la conocían. Tomó también medidas para crear en los distritos rurales órganos directivos de organizaciones de masas como la Unión

Antiimperialista, la Asociación de Mujeres, la Asociación de Campesinos y organizaciones de la juventud y los niños. Los intereses de la causa no le permitían ausentarse ni por un solo minuto, pero Cha Kwang Su, que sabía que la madre de Kim Il Sung estaba enferma de gravedad, no dejaba de aconsejarle todos los días, una y otra vez, ir a verla.

Cha Kwang Su siempre procuró saber cómo iba el estado de salud de la madre del compañero Kim Il Sung y mandarle los medicamentos que necesitase. La mejor medicina para ella, sin embargo, sería la visita del hijo. Sobre todo sabiendo que pronto iban a abandonar este lugar para volver nadie sabía cuándo.

Cha Kwang Su insistió, a la hora de elegir el punto para el estacionamiento del destacamento expedicionario, en detenerse en Liangjiangkou, que estaba cerca de Xiaoshahe. El compañero Kim Il Sung siempre salía del paso prometiendo pensarlo, pero aquella mañana Cha Kwang Su le dijo resueltamente:

—Compañero Comandante en jefe, si usted no tiene tiempo iré yo.

—¿Qué va usted?

—En su lugar, sí.

Al compañero Kim Il Sung le aconsejaban constantemente que fuese a ver a la madre. Y se lo aconsejaba un hombre de cuya sinceridad él no dudaba.

Se quedó un rato pensativo, miró a Cha Kwang Su, que se había puesto más serio, y dijo:

—Ya que insiste la visitaré yo en persona. Y perdóneme, compañero Cha, de haberle causado tantas molestias.

El compañero Kim Il Sung hizo pronto los preparativos y se puso en camino.

Cha Kwang Su le acompañó lejos al otro lado del vallado.

—Preséntele a su madre, por favor, mis respetos. Y que me disculpe el que yo no haya podido ir a verla. Pues sé que si caigo enfermo ella iría a verme, aunque tuviera que andar miles de *ríes,* para darme medicamentos; para cuidarme como una madre. Sin embargo, yo…

Al compañero Cha Kwang Su le salieron lágrimas en los ojos y el compañero Kim Il Sung se volvió discretamente de espaldas. Después de la despedida Cha Kwang Su permaneció largo tiempo en el otero, hasta que el compañero Kim Il Sung desapareció tras la montaña.

Al comienzo de la pasada primavera el compañero Cha Kwang Su, cumpliendo un trabajo clandestino en la periferia enfermó de gripe y se dirigió, no sin haber hecho un gran esfuerzo, a Xiaoshahe, donde se encontraba la madre del compañero Kim Il Sung. De tanta fiebre que tenía no pudo ni saludarla. Estuvo tres días acostado inconsciente en el suelo calentado. Volvió en sí a la tercera noche, y cuando abrió los ojos vio sentada a su cabecera a la madre.

—¡Madre! —le cogió una mano, en la que tenía una toalla, y la apretó con fuerza contra su pecho. Se sintió muy feliz de encontrarse al lado de aquella mujer, que le cuidaba como si fuese la propia madre, la que le había engendrado y criado, y cerró los ojos, percibiendo los latidos del corazón. Parecíale hallarse acostado sobre el piso caliente de la propia casa materna de Nanyang. Ni pensaba que estaba reclinado sobre el regazo de Kang Pan Sok.

Abrió los ojos y vio a Kang Pan Sok. Ella le miraba a él, que estaba como turbado, le tomó una mano, la metió bajo la manta y le preguntó bajito si se había despertado ya.

—¡Madre! —en los ojos de Cha Kwang Su brotaron las lágrimas, y permaneció callado.

—No hay de qué preocuparse, ya has vuelto a recobrar el sentido. Aunque yo no puedo sustituir a tu propia madre, puedes contar con que

estás en tu casa… —Y suspirando con alivio volvió la cara a un lado para ocultar del enfermo unas lágrimas. Cha Kwang Su le cogió una mano, que notó endurecida, y con la voz entrecortada dijo.

—Perdóneme, madre.

—Me llamas madre y me pides también perdón, ¿por qué me pides perdón?

Ella le miró con ternura. Viéndole la cara delgada y pálida se dolía de no poder cuidarle mejor a él.

El enfermo, que sintió con todo su ser la cariñosa mirada de ella, quiso disculparse por las molestias, pero no pudo decir nada. Por sus mejillas resbalaron unas lágrimas que cayeron a la almohada.

Diez días después, restablecido ya, emprendía camino para informar cuanto antes al compañero Comandante en jefe, por entonces en Fuerhe, sobre la situación en la cuenca baja del río Tuman.

La madre había estado toda la noche lavando, planchando y arreglándole la ropa. Cha Kwang Su caminó todo el día. En la montaña se paró a descansar. Cuando desenvolvió el envoltorio que le diera la madre vio en él cuatro tortas de mijo. Las tomó en las manos y temblando de emoción exclamó con voz queda, mirando hacia Xiaoshahe: “Oh, madre”…

Cha Kwang Su se despertó de sus recuerdos. Sintió como una fuerza interna que le empujaba a ir detrás del compañero Comandante en jefe que había desaparecido ya a la vuelta de la montaña. Pudo contenerse, sin embargo, naciendo un gran esfuerzo de voluntad.

* * *

En un extremo mismo del valle de Tuqidiangu había tres casitas hechas de troncos. La pegada al pie de la montaña era la de Kim Chang

Dok. En el patio crecía solitario un álamo, que tenía en la copa un nido de urracas balanceándose al viento. Dos muchachos, calzados con alborgas de paja, estaban jugando a “cara y cruz”. Otro rapazuelo se había subido al álamo a cortar una rama, probablemente para el juego de la tala.

De la montaña bajaba de prisa en dirección a la casa una mujer, con cinturón, pañuelo blanco y en la mano una cesta con hierba.

Encaramado entre el ramaje del árbol, el chiquillo fingía interesarle el nido de las urracas; hasta imitaba el graznido de estas aves. Pero no sin echar de vez en cuando un vistazo a lo lejos.

La mujer se detuvo y se quitó el pañuelo, que metió debajo del cinturón, y se acercó al seto. Al instante se abría la puerta de la cocina y al patio salió la dueña de la casa. Era la esposa de Kim Chang Dok, una mujer de mediana edad, que salía a recibir a la visitante.

Se abrió la puerta de una habitación y apareció Kang Pan Sok, que cogió a la visitante de la mano y la condujo a la alcoba.

—Estará cansada —le dijo sentándola en el suelo. La mujer había andado un camino muy largo. Era la enlace clandestina de Kang Pan Sok en las tareas revolucionarias y cumplía distintas misiones. Ahora venía de la región de Yanji Helong, donde había estado diez días. Kang Pan Sok, poniéndose el pelo en orden y sonriendo le preguntaba cómo se encontraba y cómo marchaban las cosas.

—Has hecho una buena labor —añadió—. Y por la expresión de tu rostro veo que todo ha salido bien. Habrás sufrido mucho, claro.

Y sonrió contenta, mirando a las mujeres que estaban sentadas en el estrecho cuarto, como pidiéndoles aprobación. En ese momento todas ellas, eran veinte, que hasta entonces observaban la escena en silencio, se sintieron como más libres y obraron con naturalidad, acercándose a la recién llegada para saludarla.

—Bienvenida, Kum Ok.

—¿Y por qué has venido por el bosque? Te has ensuciado la ropa y tienes las manos llenas de arañazos.

—Es tan precavida que hasta los cangrejos cocidos coge con pinzas.

—Supongo que tendrá hambre.

Kum Ok levantó la cara, morena, curtida por el viento y volvió a bajarla azorada, conmovida por los cálidos sentimientos de aquellas mujeres.

—Ven a este cuarto vecino, a que descansen tus cansados pies. Mientras tanto, nosotras terminamos la charla. Kang Pan Sok guiñó un ojo a la dueña de la casa y empujó a Kum Ok por la espalda.

En el cuarto volvió a restablecerse el silencio.

—Vamos a seguir —dijo mirando a las reunidas, y cogió otra vez la libreta que tenía allí a un lado—. Por lo que les dije ya tendrán ustedes una idea general de la situación del movimiento femenino en la hora actual. Ahora diré en pocas palabras qué hacer en adelante.

Reinaba una atmósfera tensa. Las mujeres allí reunidas miraban con ojos brillantes, a la madre. Todas tenían en las manos, que les temblaban ligeramente de emoción, unos cuadernos. Algunas mujeres habían venido de lejos, de la región de Faisán, aunque la mayoría era de Wangqing, Hunchun, Yanji y Helong, de casi todas las localidades de las zonas pegadas al río Tuman, en las cuales ellas dirigían la labor de la Asociación de Mujeres. Eran jóvenes, entre los veinte y treinta años, y mayormente de familias campesinas. Había también mujeres que trabajaban en las minas, en la industria forestal y en la Construcción. En un rincón de la pieza de la derecha estaba sentada una muchacha, alumna de escuela, con el pelo corto.

—Hagamos lo que hagamos en adelante, nuestra primera preocupación ha de ser cómo ayudar mejor a los destacamentos de

guerrilleros. Al propio tiempo continuaremos con la escuela nocturna, la lucha contra las supersticiones, contra los casamientos prematuros y forzados por el dinero. Trabajar aún más para romper las cadenas del feudalismo. Pero lo mismo que las varillas del abanico se unen en un mismo eje, así tenemos que subordinarlo todo a esa tarea de ayudar a los guerrilleros. ¿Por dónde empezar? Primero quiero dirigirles este llamamiento: Que vayan cuanto más jóvenes nuestras a los destacamentos guerrilleros y participen en la lucha armada. Nuestro movimiento por la emancipación de la mujer es una lucha por los derechos que tenemos que conquistar como personas, como madres que somos. Y también como obreras y campesinas. Pero ahora nuestra Patria la tienen usurpada los agresores japoneses, y nos encontramos bajo la explotación y la opresión de terratenientes y capitalistas, que acaban despiadadamente con nuestros padres y nuestros hijos. Las mujeres coreanas, pues, tenemos que alzarnos unidas con los hombres a la lucha sagrada para derrocar al imperialismo japonés y liberar la Patria.

Nosotras no podemos tomar ejemplo de otros países, donde la gente sale a la calle con banderas a reclamar derechos iguales a los de los hombres, en manifestaciones que reivindican derechos electorales para la mujer, escaños en el parlamento para la mujer o exigiendo poner fin a la humillación de la mujer. Nosotras pereceremos si no vamos a librar una lucha armada contra un enemigo armado. Recuerden lo que dijo Yun Suk. En el pueblo de Dagou la tierra está empapada con la sangre de nuestras madres y nuestros hijos, con la sangre de nuestra juventud. ¿Podremos las mujeres permanecer con los brazos cruzados?

Ayer una decía que en su localidad se preguntaba si la mujer puede empuñar las armas o servir en el ejército. Nuestra obligación es explicarles esta cuestión, abrirles los ojos. En este mismo pueblecito vivía una joven llamada Yong Suk, que era niñera en la casa del

terrateniente Min. Yo oí hablar de ella cuando vine aquí, y el invierno pasado tuve ocasión de verla. Le hice recordar que su padre había muerto a manos de los japoneses durante la construcción del ferrocarril, y que su madre murió de hambre después de un parto, y le pregunté si no quería ir con los guerrilleros para vengar la muerte de sus seres más queridos. Ella no vaciló en decir que sí. La sección local de la Asociación de Mujeres presionó sobre el terrateniente para que la dejara marchar. Ayer tuve noticia de que Yong Suk progresa en el aprendizaje de la ciencia militar, y que se está preparando para ser una digna guerrillera. Como suele decirse, con una sola cucharada no llenarás el estómago. Tenemos que armarnos de paciencia. Hoy puede ser una mujer o dos, mañana diez o veinte, pasado mañana cien mil las que ocuparán un puesto en las filas de la revolución. Y nosotras tenemos que hacer de ellas revolucionarias.

Por otra parte, las mujeres estamos obligadas a ayudar a los guerrilleros, suministrarles avituallamiento y ropa. Esto no tiene menos importancia que servir en filas. Pronto van a crearse bases de apoyo a los guerrilleros.

El chiquillo encaramado en el árbol imitó un graznido. Era la señal.

—Alguien viene. Vete a ver quién es, Bok Sil.

Kang Pan Sok paró de hablar y se acercó a la puerta a observar por la mirilla del ventanillo, limpiándose el sudor de la frente con una toalla. Poco después, poniéndose en orden su lisa cabellera con raya al medio continuó hablando. Se veía que tenía prisa. Era el segundo día que estaba sin descansar, escuchando informes o interviniendo ella misma. Antes solía convocar las reuniones por los distritos, lo que la obligaba a andar largas distancias, pero esta vez los militantes de la organización le aconsejaron convocar la reunión en Xiaoshahe, que era donde ella vivía. Señalando al principio de su discurso que el movimiento femenino planteaba en el momento más exigencias que cuando no había sido

creada todavía la Guerrilla Antijaponesa, Kang Pan Sok propuso hacer una reorganización del trabajo de la Asociación de Mujeres en consonancia con la línea de Kalun y las orientaciones de Mingyuegou, y en particular con la situación creada tras la formación de la guerrilla.

La reunión tenía para ella mucha importancia. Después de fundarse la Asociación de Mujeres en la región de Baishan —la primera organización revolucionaria de mujeres coreanas— celebraron reuniones en Fusong representantes de la organización, y unos cuantos años más tarde se reunían aquí los delegados de distrito. Haciendo mención del rumbo a seguir trazado hacía tiempo, Kang Pan Sok recalcó otra vez la necesidad de conducir no un movimiento femenino de carácter general sino un movimiento de carácter netamente clasista que fuese parte integrante del movimiento revolucionario de Corea y se fundiera con la lucha contra la explotación y la opresión en todas sus formas. Por esta razón, decía ella, el movimiento femenino no puede limitarse al zigzagueo por las calles urbanas sino que debe irrumpir en fábricas y talleres, en poblaciones rurales, allí donde están las obreras y las campesinas. Subrayó especialmente, que en aras del desarrollo del movimiento de mujeres su núcleo de activistas, el núcleo del movimiento, tendría que adquirir una buena formación basada en la ideología comunista.

Kang Pan Sok prosiguió el discurso refiriéndose al plan de perspectiva, detallando cómo había que llevar adelante el movimiento en las distintas condiciones, en la base de apoyo, las regiones liberadas, en las zonas controladas por el enemigo o en ciudades como Hamhung o Chongjin, en las barriadas mineras como Aoji, en calles como la de Longjing o en las escuelas.

Se oyó llamar suavemente a la puerta y después entró en la habitación Bok Sil. Conducía tras de sí a un muchacho joven. De ojos grandes, vestido con un traje de lienzo tejido en casa, el joven entregó un papel

escrito, diciendo en voz baja que se lo había encomendado el compañero Kim Chol Ju. Kang Pan Sok se levantó de su sitio para saludarle, invitando luego al visitante a sentarse en el suelo, que estaba caliente. Después se puso a leer el papel. Se comunicaba que pronto iban a llegar de Jincang treinta trabajadores de las minas de oro para incorporarse al destacamento de la guerrilla. La nota había sido escrita hacía una semana.

—Estará usted cansado de la caminata.

—Nada de particular.

—Menos mal. Dicen que la vez pasada, en la temprana primavera fueron atrapados por el destacamento de Yu setenta jóvenes de Yanji que les tocó pasar lo suyo. ¿Ha almorzado?

—En el pueblecito del otro lado de la montaña.

—Como ustedes eran muchos no habrá sido fácil daros de comer a todos.

A Kang Pan Sok le pareció ver en aquel joven a un futuro guerrillero digno. Le preguntó si no había enfermos en el grupo, si tenían ampollas en los pies y cómo estaban calzados y si venía con ellos alguna muchacha. Después mandó a Bok Sil conducirlos al responsable del punto de enlace. Cuando salieron continuó su intervención. Media hora después aparecía en el patio la tía Pong Ae, con una escudilla de latón cubierta con una toalla.

—No te vayas a caer de ahí, Yong Ju, ten cuidado. ¿Para qué te has subido al árbol? —dijo ella mirando al árbol, que se había cubierto ya de verde follaje.

—Es que la urraca puso ya huevos —contestó el muchacho asomando por entre el ramaje su sonrosado rostro, con pequeños holluelos en las mejillas.

—Estás mintiendo, porque todavía no es el tiempo de poner los

huevos. ¿La madre está todavía en casa? —Y sin esperar la contestación entró en el patio despacito, para no derramar el medicamento, lamentándose por lo bajo de que Kang Pan Sok no se cuidara la salud, no hacía más que trabajar día y noche y nunca sanaría porque no tomaba a tiempo la medicina.

De la cocina salió la mujer de Chang Dok, llevándose el índice a los labios en actitud de mandar silencio, porque Kang Pan Sok estaba hablando en aquellos momentos.

—Pues no tendría que hablar, porque está sin fuerzas. Que tome pronto el medicamento. Yo de aquí no me iré hasta que no lo tome.

—Si nosotras no vamos a combatir con las armas en la mano —se oía a través de la puerta entreabierta— no reconquistaremos la Patria, que es como decir que tampoco conseguiremos emancipar a nuestras mujeres. Nos privaron de nuestros padres y de nuestros hermanos; nos arrebataron a nuestras hermanas y nuestros hijos. Tenemos que empuñar las armas y levantarnos a la lucha…

La tía Pong Ae, apretándose las manos sobre el pecho y mordiéndose un labio, fue acercándose despacio a la puerta de la habitación, arrastrada por lo que estaba escuchando.

Kang Pan Sok sufría mucho físicamente, pero lo disimulaba; no lo hacía notar a los demás. Llevaba hablando con fervor no una hora ni dos, varios días seguidos.

Estuvo esperando largo rato, pero la escudilla no se la devolvían. No se atrevía a abrir la puerta, para advertir otra vez lo de la medicina, porque pensó que no estaría bien. Se sentó a esperar en el suelo mismo de la cocina, sin moverse.

Después de mediodía, cuando el sol declinaba ya lejos en occidente, entraba apresuradamente en el patio una mujer. Llevaba a la espalda una criatura envuelta en una colcha. Por el rojizo barro pegado a los pies se

veía que venía de muy lejos. Preguntó por Kang Pan Sok, y sin esperar la respuesta abrió la puerta y se paró. Todas las mujeres que estaban en la pieza volvieron la mirada hacia el lado de la puerta. De repente la mujer del niño se dejó caer en el suelo y empezó a llorar a lágrima viva.

—¡Oh, madre! Los japoneses mataron a Ok Sim.

Ok Sim había sido destinada a cumplir misiones de enlace a la zona de Wangqing. Contó la recién llegada, que yendo una vez con la criatura a casa de sus padres vio en el centro de la calle el cadáver de Ok Sim colgado de un poste de telégrafos.

Kang Pan Sok oyó la terrible noticia y se quedó un largo rato mirando en silencio a través de la ventana. La mujer de la criatura, tapándose la cara con las manos, continuó sollozando. Echaron a llorar también las demás mujeres.

—Dejad de llorar —dijo al poco rato Kang Pan Sok—. Es una desgracia demasiado grande como para ahogarla en el llanto. —Estremecida por este suceso, apartó a un lado la escudilla con el medicamento y empezó a hablar otra vez, con voz trémula.

* * *

En el momento en que el compañero Kim Il Sung llegaba a la bifurcación de caminos, una de los cuales conducía a Xiaoshahe, de una casita de Tuqidiangu salía una mujer joven, vestida modestamente, cerrando tras de sí la puerta de la cocina.

—Procura tener cuidado —le dijo Kang Pan Sok.

—No se preocupe usted.

La mujer hizo una reverencia, y, echando a andar a paso ligero desapareció tras el monte. Tenía por delante una caminata de unos cuantos cientos de *ríes* abajo por la margen del río Tuman hasta

Nanyang, adonde debía entregar el material de la reunión de hoy.

La madre volvió al cuarto sólo después de que la mujer había desaparecido ya detrás de una colina. Después de cobrar un poco de aliento aproximó hacia sí del rincón el cofrecito de la costura y reanudó la labor. Puso sobre las rodillas la guerrera, hecha ya, de tejido color verde, para hacerle el tercer ojal. No quedaba más que ponerle los botones para acabar de terminarla, pero este día las cosas no le iban bien. Resulta que llevaba ya medio mes cosiendo. Dio unas cuantas puntadas más y se paró a echar una mirada a través de la opaca ventanilla. Bajo los rayos oblicuos del sol de la tarde se irisaban las esteras de abedul. Todo alrededor parecía estar sumergido en un silencio soñoliento. "¿Llegará bien?", se preguntó a sí misma.

Transmitir un recado suponía un gran riesgo porque el enemigo reforzaba día a día la vigilancia. Hasta la llegada de la primavera ella no había recurrido a la ayuda de otras personas, lo hacía ella misma, pero ahora se sentía muy mal, apenas le obedecían las piernas.

Mal del todo se sintió después de la reunión, que había durado unos cuantos días.

Para quitarse de encima los mareos, se ciñó a la cabeza una toalla y se acostó en el suelo, tibio, calentado.

Kang Pan Sok empezó a sentirse mal hacía ya unos cuantos años, pero la enfermedad fue progresando hasta hacerse crónica, tenía muy mala digestión y eructaba con mucha frecuencia.

Era la suya una vida de permanente pobreza, con preocupaciones todos los días. Cosía y lavaba para otras gentes, que era como se ganaba para la familia. Sin embargo, nunca se quejó de su infortunio, que procuraba disimular, ocultar de los familiares las penas. En la profundidad del alma hundía ella sus amarguras, para ahogarlas allí, y hacía por parecer alegre en presencia de la gente.

La madre nunca se acobardó ante las dificultades. Las afrontó siempre con valentía. Fueron muchas las veces que tuvo que atravesar pasos de montaña en medio de tormentas de nieve o andar por los caminos en la oscuridad de la noche. Andando por los caminos de los campos, sobre los que se arremolinaban al viento las hojas, o bajo el azote de la lluvia otoñal, experimentaba ella dolor por la suerte de las mujeres de este país. Hubo de tardar unos cuantos días en encontrar a una militante de la Asociación de Mujeres para despertar en ella la conciencia. Su andar pausado, su risa jovial eran conocidos en todas partes, en toda la región de Baishan, en toda la comarca de Antu.

Más de una vez se le habían echado encima las olas furiosas, pero aun en la vorágine de las adversidades supo mantenerse firme, elevada con orgullo la cabeza.

Una vez cuando vivía al pie del monte Ponghwa, un monte cubierto por las laderas de espesa vegetación de azufaifas, faltó para parársele el corazón. Había entrado en el patio inesperadamente su marido, Kim Hyong Jik, que levantó las manos para mostrar que las tenía engrilladas, y diciendo "pronto volveré" echó a andar hacia el camino.

Cuando volvió a ver a su marido en Phophyong, que guardaba cama congelado, corrieron a chorro lágrimas de sangre por sus mejillas. Unos cuantos años después el marido moría, llevándose consigo a la sepultura todo el odio y el rencor que tenía dentro. A su hermano mayor, Kang Jin Sok, lo habían llevado también a la cárcel, y luego detuvieron a Kim Hyong Gwon, hermano del marido.

Eran demasiados tormentos como para aliviarlos con lágrimas. Sin embargo, no se desanimaba, no dio ni un paso atrás.

Igual que una roca a la orilla del mar tiene que aguantar el embate de las olas, así aguantaba ella con entereza las tempestades o los infortunios de la sociedad de clases.

Tras un corto descanso reanudó la labor de costura.

El compañero Kim Il Sung volvió a pensar, mientras caminaba, en cómo había que sostener la lucha ese año. El rumbo había sido trazado netamente, pero estaba claro que en el camino iban a interponerse dificultades imprevistas. ¿Qué iba a ocurrir y cuándo? Abrirse paso a la cuenca del río Amnok era bastante difícil.

Por todas partes había acantonadas unidades del Ejército de Kwantung y en todo momento podían echarse encima los bandidos. Le preocupaba cómo iban a soportar esta larga marcha difícil los guerrilleros que todavía no habían recibido un buen temple. ¿Cómo se va a portar el pueblo, con el que tenían que encontrarse por primera vez los guerrilleros? No era fácil tampoco crear un frente unido con el Ejército de la Independencia, y además había que formar una alianza con el Ejército antijaponés chino de salvación nacional. Era difícil prever cuántas veces había que vivir momentos críticos como el del mes de abril, cuando se estaban estableciendo contacto con el destacamento que mandaba Yu.

Había que crear al mismo tiempo destacamentos guerrilleros en distintas regiones, lo que sin duda alguna exigiría más penosos sacrificios.

Por añadidura en casa las cosas iban mal.

Él sabía muy bien, que la salud de la madre empeoraba. Siempre que tenía la ocasión de venir a casa, la madre se esforzaba por disimular sus sufrimientos, pero él lo notaba y esto le inquietaba más.

Chol Ju siempre estaba ausente de casa, ocupado con el trabajo de la Unión de la Juventud Comunista y Yong Ju, lo mismo, no paraba en casa. Pero como estaban ocupados en una labor necesaria, no había que reprocharles nada.

Para quitarse de encima estos deprimentes pensamientos, el

compañero Kim Il Sung procuró recordar qué es lo que sabía él de estos lugares. No muy lejos estaba la aldehuela de Xinglongcun, y al otro lado de la montaña el pueblecito de Fachaitun.

En Xinglongcun, en un cuarto de aquella casita, de aleros muy salidos hacia abajo, estuvo escribiendo mucho, preparó abundante material sobre educación de la juventud y de los niños, llamamientos de agitación, y también material sobre la situación del momento. Cerca de aquella aldea se estaba llevando a cabo una labor de preparación para formar un destacamento de guerrilleros.

Trabajó unas cuantas noches sin descanso, sentado en una silla de montar. Allí le visitaron muchos compañeros de trabajo.

Huadian, Jilin, Kalun y después esta región de Sungziang habrían de convertirse en importantes bases de apoyo.

Invadido por los recuerdos el compañero Kim Il Sung llegó incluso a olvidarse de que caminaba.

Cruzado ya otro paso de montaña el compañero Kim Il Sung atravesó la carretera que conducía a Fuerhe y caminó bordeando la orilla de un riachuelo. A lo lejos se dejaba ver una comarca premontañosa bañada en el vivo color de la puesta del sol. Acariciaban la vista, verdes pradejones cubiertos de azucenas de rojo vivo, al fondo de oscuros robledales.

Por la orilla del arroyo había sauces llorones entrelazados en compacta corona verde, y en algunas partes se veían asomar copas de fresnos.

En una campa desde la que se divisaba la aldehuela de Tuqidiangu se agitaban al viento unas junqueras. El riachuelo se extendía, como un hilo, hasta un valle estrecho. Tenía el agua transparente como cristal de roca, podía verse cada piedrecita del fondo.

El compañero Kim Il Sung pasó por el puentecillo en dirección al vallado de la aldea, y ante su vista aparecieron las tres casitas de troncos

que ya conocía. Miró a la primera, situada a la derecha. El patio estaba vacío. De la pared de la casa colgaba una bolsa de mimbre, y junto a la puerta había una tina como las que suelen verse en los lugares apartados en las montañas. De una chimenea hecha de un árbol ahuecado salía una fina columna de humo.

¿Cómo está la enferma madre? No estaría mal que salieran aunque fueran mis hermanos, pero parece que la casa está deshabitada.

La madre terminaba ya de hacer el último ojal. El reflejo del crepúsculo vespertino en la ventana iba tomando poco a poco un tono lila.

Cosidos los botones la ropa ya estaba lista. La miró por todas partes y le quitó los cabos de hilo que quedaban.

Oyéronse unos pasitos suaves y se abrió la puerta de la cocina. El bidón de agua sonó al golpear el marco de la puerta, y el ruido de pasos se alejaba. Era probablemente Yong Ju. Dondequiera que jugara o adondequiera que fuera para cumplir un recado, a la hora de comer o de cenar el chiquillo ya estaba de vuelta en casa. Encendía el horno de la cocina y traía agua.

Comprobando cómo estaban las hebillas, la madre se sumergió en la meditación. El hijo pequeño procuraba hacer las cosas del hogar, reemplazando a los hermanos mayores, que estaban ocupados en las tareas revolucionarias fuera de casa. A la madre se le oprimía el corazón.

De nuevo se oyeron pasos en la calle. Pueda que fueran los de algún vecino, que se dirigía al pueblo de atrás.

Poco después, del lado del vallado también se oyó el ruido de unos pasos. Ella se puso a escuchar, se levantó y abrió la puerta. El oído no la había engañado. Era el hijo, que venía por la callejuela, al otro lado del pantano cubierto de ácoros.

—Ya me lo figuraba —dijo para sí. Recogió pronto la ropa, la dejó en

un rincón de la habitación y se levantó apoyándose en el marco de la puerta.

El compañero Kim Il Sung pasó enseguida el patio y se acercó a la madre.

El corazón materno es sensible. La madre siempre en las noches cerradas recibía así al hijo. Como de costumbre salía al patio a recibirle, pero esta vez no fue más allá de la terraza.

Después de saludar, el compañero Kim Il Sung cogió de la mano a la madre y la sentó en el sitio más cálido del suelo.

Se quitó la chaqueta, la colgó de la pared y examinó el cuarto. Las paredes y el techo bien enjalbegados con arcilla, las esteras de ramas, denotaba todo esmero en una labor esmerada de las manos de la madre. Sobre el anaquel había un arca empapelado, y sobre él cuidadosamente dobladas unas mantas de algodón. Todo parecía como antes, pero se sentía como un vacío. Se había puesto amarillo el papel de la puerta, en la cual había hecho Chol Ju una mirilla de cristal. La manta verde del difunto padre, la cual estaba encima del arca, se había descolorido, y era ahora de un amarillo pálido.

En un extremo del anaquel estaba el cajón de los bidones de gasolina, de la marca "El pino", y a la puertezuela abatible del cajón le había puesto unos herrajes para colgarle un candado. Probablemente, también trabajo de Chol Ju. En un rincón junto a la puerta de entrada había una mesa baja hecha de un madero, sin gavetas, cubierta con un papel blanco, y sobre ella una pila de libros.

Todo sencillo, pero cada cosa en su lugar. Se sentía en cada detalle el cuidado de la madre.

El compañero Kim Il Sung se sentó enfrente de la madre.

—¿Cómo estás de salud, mamá?

—Bien. Estos días me parece que estoy mejor —dijo con una sonrisa,

metiendo en seguida bajo la almohada la toalla que se había quitado de la cabeza.

El compañero Kim Il Sung comprendió que la madre no quería hablar de la enfermedad, y esto le preocupaba a él todavía más. Miró fijamente a la madre, que estaba vestida toda de blanco, y se asombró. Notó que había envejecido. Los ojos le sonreían, como siempre, irradiaban ternura y bondad. Pero en los ángulos estaban un poco pálidos, más aguda la nariz, y de los labios suavemente apretados partían arrugas. En el poco pelo que le quedaba por la parte de las sienes se veían canas.

El sintió el inexorable paso del tiempo, había comprendido que la salud de la madre estaba muy quebrantada y volvió la cabeza. Ella se percató en lo que estaba pensando el hijo y sonrió, alisando suavemente el cabello de las sienes.

—¿Estoy delgada de cara? Es que la noche pasada tuve mucho que hacer y dormí poco. Pero no es nada, pasará. Tú, con la cara sonrosada, con tan buen aspecto.

—Como ves, mamá, estoy sano. Pero tú pareces que no te encuentras bien. —Se acercó a la madre y se fijó bien otra vez en ella.

—Siempre que vienes estás con lo mismo. Tú sabes que mi enfermedad tiene sus altibajos, pero no es nada grave, ¿para qué preocuparte? Una enfermedad como todas, y no pienses en ella, como si no existiera. ¿Quién en la vida no enferma? Las dolencias de nadie se olvidan. La noche pasada anduve un poco y como me cansé mucho, me acosté a descansar.

El compañero Kim Il Sung no quiso molestar más a la madre, pasó a hablar de otra cosa, preguntando por Chol Ju. La madre dijo que el hermano hacía un mes que se había ido de casa. Siempre está de viaje con los asuntos de la juventud comunista.

Pensando que él iba a preocuparse otra vez por las cosas de casa la

madre empezó a alabar a Yong Ju, diciendo que al mismo tiempo que cumplía las tareas del Cuerpo Infantil la ayudaba bien en los quehaceres de la casa.

—Es un chiquillo que se esmera mucho, siempre está ocupado en algo. Cumple un encargo de enlace y aunque sea media noche vuelve a casa. Dice que no puede dormir tranquilo si sabe que yo me quedo sola. Acaba de estar en casa, cogió el balde y fue por agua.

—Yong Ju ya es muy mayor.

—Sería más fácil la cosa si fuese todavía mayor… Bien, siéntate.

Procurando ocultar su debilidad ella se levantó, apoyándose en las rodillas. Las piernas no le obedecían, pareció oírse crujido de articulaciones y dio unos cuantos pasos con gran esfuerzo. Rechinó la puerta de la cocina y alguien se movió.

—¿Yong Ju? Está aquí tu hermano.

—Le vi por el camino del pozo, quise llamarle, pero no lo llamé —se oyó la sonora voz de Yong Ju, y después el chasquido de agua que cayó al suelo cuando el balde chocó contra el marco de la puerta.

—¡Hola, hermanito!

La madre abrió de par en par la puerta de la cocina, y Yong Ju con la cabeza descubierta y con el recipiente de agua sobre el portacargas a la espalda saludó al hermano inclinando la cabeza. Los bordes delanteros de su cazadora de lienzo, remangada hasta los codos, estaban salpicados de agua.

El compañero Kim Il Sung se levantó, salió de prisa a la cocina y ayudó al hermano a bajar el balde.

—¿Qué tal? Para esto es demasiado pesado, no hay que levantar más peso que el que se pueda.

—Es poca agua, lo que pasa es que las correas de los hombros parece que se estiraron.

—Sí, también veo que las correas son largas. Este es el portacargas de Chol Ju, a ti te queda grande.

El compañero Kim Il Sung levantó el caldero, echó el agua en la tina y dio la vuelta. Yong Ju se tiró a él a abrazarle.

El compañero Kim Il Sung cogió al hermano por los hombros, lo apretó fuerte contra el pecho y empezó a acariciarle en la cabeza.

El chiquillo fue siempre tranquilo, pero en un caso así reventaban en él los sentimientos de niño.

Yong Ju se apretaba cada vez con más fuerza contra él, agarrándole con manos temblorosas por el cinturón, hundiendo su cabeza en el pecho del hermano.

Un minuto después levantó la cabeza y miró fijamente al hermano.

—¡Hermano!

En los ojos de la madre, que estaba observando este conmovedor encuentro de los hermanos, asomaron las lágrimas y se dio la vuelta.

El compañero Kim Il Sung cogió al hermano de la mano y salió con él de casa. En el patio hicieron un banco de tablas, que clavaron sobre unas estacas.

Le puso la mano en el hombro del chiquillo y los dos hermanos se sentaron juntos en el banco.

Tenían delante un pequeño parterre. Florecían hermosas azucenas. Detrás del parterre se elevaba un montículo artificial hecho de piedras porosas. Delante del montículo habían muchas azaleas. Todavía no habían empezado a florecer el balsamin, el amaranto y la verdolaga, que crecían al comienzo del parterre.

El compañero Kim Il Sung preguntaba de todo a Yong Ju, contestando también a las preguntas que éste le hacía.

—Yong Ju, ¿qué piensas, cómo está mamá de salud? —preguntó de repente.

—Madre dice que ya está sana del todo —respondió Yong Ju, mirando al hermano.

—¡¿Qué sanó?!

—Sí.

El mismo sabía cómo estaba de salud la madre, pero el hermano no quiso disgustarle.

—¿También ahora suele marchar lejos en su trabajo de la Asociación de Mujeres?

—No. Ahora vienen a ver a mamá. Hoy mismo estuvieron dos mujeres.

—¿Sí?

Había oscurecido y empezaba a soplar una brisa fresca. Se balancearon los tallos del maíz, en los que habían despuntado ya algunas hojitas. En el pantano de ácoros croaron las ranas.

Apremiado por las preguntas del hermano mayor, Yong Ju lo contó todo francamente. Dijo, llorando, que la madre le había prohibido decir cómo estaba de salud.

Se hizo un silencio deprimente.

Al compañero Kim Il Sung, aunque ya se figuraba como estaba la madre, lo que le había dicho el hermano volvió a conmoverle. Sintió que le faltaba aire. Estaba callado, mirando a las montañas envueltas ya en la oscuridad.

—Hermano, dicen que camino de Wangqing hay un pueblo que se llama Chang. ¿Conoces al maestro de la escuela privada de allí?

El chiquillo, agobiado de estar tanto tiempo callado pasó de repente a otro tema.

—¿Aldea Chang?, ¿camino de Wangqing? Pero si hay más de doscientos *ríes* de aquí allá, ¿y quién es?

—Me parece que se llama Paek Kwang Myong, ¿no le conoces?

—Pueda que sí, si le veo, ¿por qué?

—Dicen que él y Chol Ju son conocidos. Parece ser que tiene aquí parientes, y siempre que viene quiere verte. Hoy también le vi. Creo que estuvo ayer aquí.

—¿Para qué?

—Dice que hay cosas sobre las que tratar.

—¡Yong Ju! —se oyó la voz de la madre. Tráele agua a tu hermano para lavarse.

—¡Ahora!

Yong Ju trajo agua y una toalla.

—Hermano, ¿tú no tienes prisa en marcharte?

—¿Por qué preguntas? —preguntó a su vez el compañero Kim Il Sung, metiendo las manos en el agua caliente.

—Tengo que ir al pueblo de atrás a una tarea de enlace —respondió Yong Ju. Temía que el hermano se marchase de noche. El chiquillo sabía bien que solía marcharse de improviso.

—Vete tranquilo.

—Si tardo un poquito espérame sin falta.

—¿Es que se habla así a un hermano mayor? —le dijo con reproche la madre al rapazuelo, que quería que el hermano diese palabra.

Yong Ju sonrió inocentemente y echó a correr veloz por el sendero detrás de la casa.

El compañero Kim Il Sung entró en el cuarto y se sentó a la mesa. Se oía cómo en la cocina partían ramas y hervía el agua. Al instante se percibió también un agradable olor de verduras frescas cocidas.

El compañero Kim Il Sung hojeó los libros que había sobre la mesa. "La cría de gallinas", "La leyenda de Chun Hyang", Manual para trabajadores". El libro sobre gallinocultura lo había visto por primera vez. Bajo la cubierta con ese título estaba "La madre" de Gorki. No cabe

duda que lo había ideado Chol Ju. El libro estaba muy deteriorado.

Muy entrada la noche, cuando volvió Yong Ju se sentaron los tres a la mesa.

*   *   *

—Mamá, “La cría de gallinas” parece un trapo —observó el compañero Kim Il Sung después de la cena, sentado enfrente de la madre. Yong Ju que, cansado de haber andado tanto, daba cabezadas ya cuando estaba cenando en la mesa, ahora dormía en las rodillas del hermano.

—Ese libro llegó entonces por correo de Jilin, así que tiene ya unos cinco años. En todo este tiempo lo leyeron muchos. Muchas mujeres también. Anduvo de mano en mano y fue a parar a aquella aldea. Yong Ju lo trajo atrás porque quiere leerlo él también. Y las tapas me parece que las hizo Chol Ju la vez pasada —dijo la madre olvidándose del cansancio, mientras remendaba la ropa interior del hijo.

—Siempre me parece que la novela tiene un final triste. Pero es un buen libro. Cuando lo lees sientes un acceso de fuerzas, y parece que has conocido de cerca a un nuevo vecino… Sabes, yo a veces hablo mentalmente con esa mujer, que no supo ni chistar delante del borracho que era su marido. Porque si a menudo derramaba lágrimas no era por debilidad ni mucho menos.

Enrolló el cabo del hilo para enhebrarlo de nuevo y levantó con aire pensativo la cabeza. El que la madre hablara mentalmente con la heroína de la novela volvió a preocuparle al hijo.

—Ya en Fusong habías observado que el desenlace de la novela suscitaba la pena —dijo el compañero Kim Il Sung despacio, después de cruzar unas miradas cariñosas con la madre—. Eso es porque tú, mamá, quieres que la lucha continúe.

—Yo no me acuerdo de lo que pensé entonces. Y que tengo yo de particular. Es que una quiere que esa vieja no termine apocada sino que continúe la lucha.

—Eso es verdad. Parece que el autor no pudo, por distintas circunstancias, escribirlo de otra manera. Por aquel entonces la situación de las madres, y el pensamiento del mismo escritor, eran así, el autor no podía escribir de otra manera, ya ves que eso fue hace casi treinta años. Pero eso sí, qué bien hubiera sido que, como dices tú, la lucha continuara. Pero para eso el autor tendría que escribir otro libro.

—En eso sólo se puede soñar. ¿Es verdad que todavía vive el escritor?

—Tú, madre, de todo estás enterada. ¿De qué lo sabes?

—Al buen entendedor pocas palabras. Al comienzo de la primavera estuvo aquí un muchacho de Nanyang, él lo contó.

Se refería a Cha Kwang Su, que era oriundo de Nanyang. Habló también de la enfermedad de este hombre, mientras cosía la manga deshilvanada de una camiseta.

Ella siempre habló bien de Cha Kwang Su, del que decía que un hombre cortés, apuesto y sincero en desproporción con la edad. Y mientras lo decía hasta imitaba las lamentaciones que exhalaba entre sueños, llamando a la madre.

Viendo a la madre alegre, el compañero Kim Il Sung se echó a reír también.

—Todavía se me parte el alma cuando pienso en él. Me pesa mucho el haberle dejado marchar tan enfermo como estaba, sin haber sanado. Como si cometiera un pecado. Mira, Yong Ju ya está bien dormido. Anda a acostarte, que le pesas a tu hermano.

Yong Ju no había acabado de oír lo que decían los mayores, apoyó la cabeza en la rodilla del hermano y continuó durmiendo.

—Déjale que duerma, después le acostaremos —le decía a la madre el compañero Kim Il Sung, acariciando al hermano en la cabeza—. El compañero Cha Kwang Su siempre pregunta por tu salud, quería venir conmigo a verte, pero las circunstancias no lo dejaron. Me acompañó un buen trecho del camino y me mandó un saludo para ti.

—Un hombre cordial. A mediados del pasado mes me mandó un medicamento por conducto de un hombre.

—¿Un medicamento?

El compañero Kim Il Sung de esto no sabía nada.

"Qué alma más generosa. Ni quiso que yo lo supiera". El compañero Kim Il Sung estaba profundamente conmovido por las preocupaciones del compañero Cha Kwang Su.

—A propósito de las medicinas. En todo este tiempo recibí paquetes con medicinas de tres remitentes desconocidos. No comprendo quién los mandó, por eso no puedo agradecerlo.

—Tú, mamá, ni lo comprenderás. Esos no son los verdaderos nombres.

El compañero Kim Il Sung dejó de acariciar al hermano. Delante de sus ojos desfilaron los rostros de los compañeros de lucha, de los cuales se había despedido una noche en el camino, en medio de una tormenta de nieve, después de jurar promesa uno a otro. Los echó de menos, a sus antiguos compañeros de lucha, que ahora estaban actuando lejos uno de otro, pero unidos fuertemente, como hermanos, por la comunidad de ideas y la fidelidad camaraderística.

—¿No se puede conseguir unos cuantos ejemplares más del folleto que explica las cuatro líneas trazadas en la reunión de Kalun? —preguntó la madre mientras echaba gasolina a la lamparilla. Era ya noche cerrada.

—Tenemos pensado crear pronto en el destacamento de guerrilleros una imprenta.

—Eso es cosa del futuro, y a nosotros nos hace mucha falta ahora. Tendrían que leerlo siquiera sea una vez todas las mujeres que queremos admitir en la organización. Como de ese folleto no tenernos más que unos cuantos ejemplares, nuestro trabajo es más lento. Habrá que reproducir a mano siquiera unos cuantos —y cortando el hilo con los dientes cogió los botones—. Ahora hay un destacamento de guerrilleros, así que las mujeres van a tener mucho que hacer, y las cosas no van tan bien, eso me preocupa. Porque hay que hacer los uniformes y preparar la comida para los guerrilleros, y encima hacer en casa el trabajo de los maridos que se marcharon a la guerrilla. Sí, la otra vez había enviado yo a Yong Suk, ¿la has visto? Una buena muchacha, sólo que es una pena que tenga tan poca imaginación, claro, porque es analfabeta.

—Sí, Yong Suk es ahora una guerrillera digna. Y el que sea analfabeta no importa, con el tiempo ya aprenderá —sonrió el compañero Kim Il Sung recordando cómo le informaba Pak Hung Dok de que Yong Suk había conquistado los corazones de las mujeres de Liangjiangkou.

—Mira qué bien, ahora las mujeres empuñaron los fusiles, es decir, que dimos un buen paso adelante. Antes luchábamos, todo lo más, contra el analfabetismo, los matrimonios prematuros, la venta de chicas, y contra la superstición, y ahora nosotras, las mujeres, puede decirse que tomamos nuestra parte en la revolución.

Contenta, levantó la cabeza y miró a lo lejos. Ella iba firmemente por su camino espinoso, mirando siempre al futuro, con el que relaciona sus esperanzas y sus ilusiones.

El compañero Kim Il Sung miraba a la madre con un sentimiento de infinito respeto. Parecíale más joven al verle el rostro alegre y animado.

—Seguramente estás fatigado de la larga caminata. Acuesta aquí a Yong Ju y échate tú también.

La madre se volvió a un lado para coger una almohada.

—No es nada. Pero tú, que hace tiempo que estás sentada, debías acostarte.

—No. Dormí de día, además estoy todo el tiempo acostada, y cuando me siento parece que descanso. Acuesta a Yong Ju en su sitio, por lo menos.

La madre acercó la almohada. No queriendo molestarla más, el compañero Kim Il Sung había querido cogerla él, pero se paró mirando a la mano de la madre. Fue sólo, un instante. Porque la madre enseguida volvió a coger la aguja para continuar la labor de costura. El compañero Kim Il Sung no podía quitar la mirada de la mano de la madre. Unas manos huesudas, rugosas, distintas a las que había visto él cuando era niño. En la infancia, cuando solía ir con la madre a la orilla del río Taedong, donde ella lavaba la ropa, le lavaba a él la carita antes de volver a casa. Sus manos eran entonces finas y blancas, y el agua, cuando la cogía juntándolas formando un hueco, no se escapaba por entre los dedos. Tampoco eran así cuando ellos se marcharon a Fusong, pasando por Junggang, o cuando le ayudaban a él a llevar las cosas camino de Huadian. No eran huesudas y rugosas como ahora.

Empezaron a torturarle las dudas. Por qué se habían vuelto así las manos de la madre, aunque sí sabía por qué. Claro, tuvo que abrirse con ellas paso en el camino de la vida y de las luchas, andar por entre espinas en un mundo duro. Ver así las manos de la madre, le dolía. Esas manos habían trabajado toda la vida, cavando la tierra, retirando piedras del campo, arrancando hierba. Se gastaron en ellas muchas agujas, y se rompieron muchos palos de lavar la ropa. Y en los tiempos de hambre, se apretaba el cinturón, aguantaba como podía.

El compañero Kim Il Sung no podía apartar la mirada de las manos de la madre, alumbradas por la tenue luz de la lamparilla.

—Es hora que dejes de coser y que descanses —le dijo él—. Demasiado tuviste que soportar. Cuando nuestra Patria sea libre, habrá que enviar a todas las madres al descanso merecido, a la orilla del mar…

Hubiera querido decir también que entonces las manos de ella iban a volverse otra vez finas, pero no lo dijo, porque temía causarle dolor. Le salieron las lágrimas a los ojos, tal vez de la pena que tenía en el alma por este inconfesado pensamiento suyo. Ella dejó la costura y Le miró a él. Temía revelar su aflicción. Estos últimos días ella se sentía mal y no comía nada, pero ahora que había venido su hijo, después de tan larga separación, tuvo que comer un poco, para disimular, pero le sentaba mal la comida.

A ella parecióle que el hijo había sospechado algo malo. Esto la alarmó. Recogió la costura y procuró fingir alegría.

—Deja ya la enfermedad, hablemos de cosas agradables. Si el destacamento guerrillero parte ahora, ¿cuándo volverá?

—Por lo menos después de un año.

—Si ves al señor Ryang, salúdale de mi parte.

Se refería al jefe del Ejército de la Independencia, Ryang Se Bong.

—Ahora nos disponemos a entrar en negociaciones con el Ejército de la Independencia. Así que con el señor Ryang sí que me entrevistaré sin falta.

—Muy bien, si es así, no te olvides. Tu padre solía hablar del señor Ryang.

—Hemos decidido formar una alianza con el Ejército de la Independencia.

—Por cierto que en él también hay buena gente. La vez pasada fui a un sitio para un asunto, a unos cincuenta *ríes* de aquí, y oí decir que allí iba a hallar un hombre con una gran melena, y fui a escucharle. Parece que era de no sé qué “grupo de reorganización del Partido Comunista”.

Disparaba las palabras con éxtasis moviendo tan bruscamente la cabeza, que parecía quería golpear con ella a los reunidos. Agitando el puño profirió, que el Ejército de la Independencia era como un arado gastado, que habría que romperlo y mandarlo a refundición. La gente empezó a disolverse poco a poco. Pues entre ella había muchos que estaban, ellos o sus hijos, en ese mismo Ejército.

—Eso es precisamente lo que esperan los imperialistas japoneses. Que los coreanos no consigan unirse.

—Falsos comunistas, que no saben lo que es la unidad. Muy lamentable…

—Pues esos fraccionistas son los que acabaron con el movimiento comunista de Corea. Tenemos que empezar de nuevo, y esto nos exige el doble de fuerzas.

—Tienes razón.

La conversación se prolongaba, pasando de un tema a otro. Distraídos por ella, madre e hijo no se daban cuenta cómo transcurría el tiempo ni que era ya noche cerrada.

La madre recogió la labor de costura, descolgó de la pared la ropa del hijo para ver si había algo que remendar en ella y vio que un botón estaba para caerse

—Se va a caer un botón.

—Hace unos días hubo un combate. Por eso se habrán aflojado los hilos.

—¿Qué combate?

El compañero Kim Il Sung le contó a la madre cómo había sido derrotado en una emboscada un convoy de vehículos de transporte del enemigo. Ella dejó a un lado la labor y se puso a escuchar con una sonrisa de satisfacción en el rostro. La conversación no tenía fin.

Hablaron de la ampliación y consolidación de la guerrilla, de las

tareas urgentes de las mujeres revolucionarias o de cómo iba a acabar la agresión del imperialismo nipón en China. La conversación, que había empezado por un botón, pasaba a nuevos temas, refiriéndose ora a que en Europa había surgido un foco de guerra, o que en el extenso continente africano, que todavía no había despertado de su sueño, los imperialistas se dedicaban al pillaje y andaban a la pelea, pero que en un futuro no muy lejano los pueblos se levantarían encolerizados contra los agresores. También hablaban de asuntos familiares, preocupándose particularmente por el destino de la casa natal en Mangyongdae.

Recordaban unas veces los tiempos pasados, otras echaban un vistazo al futuro. La idea de un porvenir luminoso en una Patria socialista independiente animaba con agradables esperanzas. Sólo pensándolo, se alegraba el corazón, olvidábanse todas las preocupaciones e inquietudes.

No hay ni yugo ni explotación. Todos estudian y trabajan. El descanso es un derecho de cada uno. Todos cuantos lo necesiten reciben asistencia médica gratuita; los ancianos gozan de la mayor consideración y a los niños se les da todo lo mejor.

Era el sueño cíe su marido Kim Hyong Jik, cuando vivían en Mangyongdae.

La conversación de la madre y el hijo, como ligeras ondas que se extienden en círculo, se desarrollaba sin cesar tocando cosas alegres y tristes. Pero sí en ella todo tenía un lugar, madre e hijo evitaban, sin embargo, un tema: no hablaban de dos tíos del compañero Kim Il Sung, Kim Hyong Gwon y Kang Jin Sok, que estaban en las mazmorras de la cárcel de Seúl. Hubieran querido hablar de ellos, pero como temían irritarse mutuamente las heridas desistieron del tema.

El compañero Kim Il Sung no dejaba de intentar recibir noticias de sus dos tíos. Buscaba los periódicos que le pudieran decir algo de los “procesos”, o bien preguntaba sobre el particular a los testigos de vista.

Condenado a quince años de prisión, el hermano de la madre, Kang Jin Sok, estaba en la cárcel Sodaemun en Seúl, e iba ya para nueve años que seguía luchando aun detrás de las rejas. Según las últimas noticias estaba tan débil que ni levantarse podía.

El hermano del padre, Kim Hyong Gwon, junto con otros combatientes del Ejército Revolucionario que le acompañaban fueron condenados, cada uno, a quince años de cárcel.

La madre también había recibido las noticias por mediación de las personas con quienes sostenía relaciones.

Cantó el primer gallo. La madre levantó la cabeza e, iluminada por una idea preguntó:

—¿No podría ver a los guerrilleros?

—¿A los guerrilleros?

Sus miradas se cruzaron. La madre había pensado mucho esta pregunta. Estuvo mucho tiempo sin decidirse, porque sabía que el destacamento guerrillero tenía que librar próximamente un combate, y además su salud estaba muy quebrantada. El compañero Kim Il Sung comprendía bien los sufrimientos de la madre. No contestó de repente, se quedó pensativo.

—Quisiera ver a nuestro ejército aunque fuera una sola vez —insistió ella.

—Bueno, así sea —asintió con patente pena el compañero Kim Il Sung, pensando en la enfermedad de la madre.

—¿Y mañana no se puede? —dijo ella enseguida, tranquilizada por la respuesta.

—Mañana o pasado mañana, sí que se puede.

—¿Para qué aplazarlo? Mañana pues mañana.

Sus vivos ojos brillaron intensamente, más expresivos que mil palabras. El compañero Kim Il Sung comprendió por la mirada de la

madre lo que ella estaba pensando, y volvió a alegrársele el corazón.

—Sólo que habrá que esperar un poco, para mandar a un enlace —dijo el compañero Kim Il Sung, pues decidió llamar a Fengsan un pelotón de los destacamentos que tenían que reunirse en Riangziang.

—¿Y para qué un enlace? Yo misma voy y lo veo.

—Es que tengo también para él otra misión. ¿Cuándo dijo Chol Ju que volvería a casa?

—Nadie sabe por dónde anda. Y Yong Ju me dijo en secreto que Chol Ju quiere formar un destacamento guerrillero grande y presentarse con él a ti.

—Lo conseguirá sin falta. Es así el carácter de él.

—¿Has estado con los obreros de Jincang que fueron a verte?

—Sí, los alistaron a la compañía de Antu.

La madre miró al hijo, recordando los acontecimientos de días pasados, y observó despacio:

—Nuestro Chol Ju es una chispa. Su entusiasmo es desbordante.

Era noche cerrada y en el cielo titilaban débilmente las estrellas. En el parterre no paraban de chirriar los insectos.

* * *

Al otro día por la mañana el compañero Kim Il Sung mandó al enlace al pueblo de Fengsan, adonde tenía que ir el destacamento de guerrilleros, mientras que él y Yong Ju subieron a la montaña. El hermano menor estaba todavía físicamente débil, pero había adquirido destreza en la provisión de leña y lo hacía no peor que un leñador experto. Se hizo él mismo su portabultos y enrolló en él una cuerda para el haz de leña. Iba delante del hermano mayor con el machete en la mano y no parecía un rapaz de nueve años.

Yong Ju se había puesto coloreado, el chiquillo estaba en sus glorias, subía a buen paso a la colina, volviendo la cabeza a menudo hacia atrás para mirar al hermano.

Nunca habían tenido leña bastante, y este invierno pasado menos aún, pues el otro hermano, Chol Ju, estaba siempre fuera de casa.

Cada vez que Yong Ju bajaba del monte con el haz de leña la madre salía al camino a esperarle, para cogerle la carga, y le calentaba las manos con el aliento.

—Te estoy matando, y habiendo tanta leña como hay en el monte… —le decía.

—Que no tengo las manos heladas —decía él, con una voz que ya no parecía de niño—. Y tú no debías salir tan lejos de casa, puedes coger frío.

A la madre le daba mucha pena, le salían las lágrimas a los ojos y volvió el rostro a un lado.

Aquella casita, mal hecha de troncos, no guardaba mucho tiempo el calor. Se quemaban al día unos cuantos haces de leña, que el chiquillo traía sobre sus frágiles espaldas, dos veces al día. Yong Ju todos los días iba por ella, pero sin olvidar las tareas del Cuerpo Infantil.

Una vez los jóvenes del pueblo, movidos por la compasión, estuvieron unos cuantos días acarreando leña para esta casa. La madre no dejaba de decirles que no se preocuparan, porque bastante tenían que hacer en la organización.

El compañero Kim Il Sung caminaba mirando gozoso la pequeña figura del hermanito, que iba delante de él. No sabía cuántos meses o años iba a estar ausente de estos lugares. Tal vez no se presente pronto la ocasión de volver a verlos. El chiquillo tendría que continuar llevando él solo sobre sus hombros esta pesada carga. Pero tampoco a él le iba a ser fácil el proyectado viaje a la cuenca del río Amnok. Situación familiar y

lucha revolucionaria, ante todo esto se abría un abismo insondable.

Claro, entre hoy y mañana, en uno o dos días no hubiera sido posible almacenar suficiente leña para unos meses o unos años. Si sólo fuera la leña… porque también había que comer. Empezaba la temporada cálida y la leña ya no sería un gran problema, pero qué echar al perol, cómo soportar el hambre en los largos días del verano.

En la cabeza se movía todo un enjambre de pensamientos que deprimían; iba despacio reflexionando y no se dio cuenta de que estaba ya en la mitad de la ladera de la montaña, al otro lado del pueblo.

Yong Ju se quitó de los hombros el portabultos, miró alrededor y empezó a trabajar con el machete. El compañero Kim Il Sung se quitó la chaqueta, la colgó de una rama y se remangó la camisa. Empuñó también el machete y miró alrededor buscando un sitio bueno para cortar leña. Había grandes matas de abedul blanco, avellanos, lespedezas y alisos. Acababan de salirles las hojas. No podían servir más que para encender el fuego.

El chiquillo, allí a un lado cortando, había pasado tanto frío en invierno que se propuso preparar leña en abundancia, aprovechando la ocasión de que estaba su hermano ayudándole, y cortaba todo lo que veía por delante. Tan entusiasmado estaba que parecía querer cortar de un golpe todo lo que había en la ladera.

—¿Y tú crees que todo eso es bueno para quemar, Yong Ju?

—¿Por qué no? Mamá dice que la lespedeza arde bien.

—Lo dijo porque a ti te sería más fácil. Pero mejor será que cortemos hoy buenas cañas. ¿Hay árboles secos por aquí, no sabes?

Decidieron cortar serbal. El compañero Kim Il Sung dobló un serbal hacia la tierra y le dio un machetazo por abajo. El machete, de larga empuñadura hecha de alcornoque, y una hoja también bastante larga, cortaba magníficamente. Caían los arbolillos uno tras otro, bajo los

fuertes golpes oblicuos que les daba por la base, doblándolos. El ramaje de los arbustos, duros y secos, iba retrocediendo paso a paso. En los troncos cortados aparecían por algunas partes gotitas de jugo. En el espacio que quedaba libre de los arbustos y árboles cortados aparecía a la luz del sol la hierba joven, hasta entonces escondida en la sombra. Se estiraba hacia arriba abriéndose paso entre las escuras y húmedas hojas caídas. Tiernas todavía, apenas se sostenía si bien ya le habían salido algunas hojitas.

Había aquí helechos jóvenes semejantes a manitas de bebés, flor de un día, tan tierna que había deseos de arrancarla y ponerla en la boca, y "sabzu", de tallo delgado, la aralia, con gemas muy abultadas, el sencillo áster, que crece en todas partes, porque es poco exigente, el "matari", etc.

Tierra y hojas desprendían un intenso olor acre, propio del verano temprano en la montaña. Algunos arbustos de escaramujo, y las enredaderas, que trepaban por los troncos de los serbales, despedían aromas de miel. En el aire revoloteaban las abejas, que iban en busca del néctar, afelpadas, de fino talle, todas ellas manchadas de polen. Del peso que llevaban, o bien de la embriaguez melífera, algunas se caían al suelo y andaban por él.

El compañero Kim Il Sung cortó unos cuantos haces de leña. El sudor chorreaba de la frente. Se estiró, se limpió la cara con una toalla y miró al hermano. Yong Ju iba con una carga de leña a tirarla al montón. Tenía el chico las mejillas coloreadas, y trabajaba con entusiasmo. También sintió calor y se desnudó hasta la cintura. Del cinto le colgaba el machete, que se balanceaba al andar. Calzaba unas enormes esparteñas de paja. Qué vida llevaba, el hermanito no había cumplido más que nueve años y ya conocía todos los infortunios de la vida. Al compañero Kim Il Sung le daba punzadas el corazón, se le humedecían los ojos, pensando en estas tristes cosas.

—¿No hay por aquí cerca un manantial? —preguntó.

—Sí, lo hay, en aquella parte. Ahora voy por agua.

—No es necesario, vamos a beber del mismo manantial, deleitarnos en su fresquita agua.

Al otro lado de la pendiente, un poco más abajo, se elevaba una roca grande bajo la cual estaba el manantial. En su fondo tenía un agujero tan pequeño que podía taparse con un dedo. El agua que brotaba por una grieta de la roca, corría, rizándose con un leve murmullo, hacia un lado por una cuneta.

—Dicen que el manantial se alimenta del monte Paektu y que por eso nunca se seca. Y tampoco se hiela, por mucho frío que haga.

—¡¿Qué dices?!

El compañero Kim Il Sung miraba con aire pensativo al fondo del manantial, del que brotaba el chorro de agua. De repente le pareció ver sobre la superficie lisa del agua una sombra. El rostro del padre apareció y desapareció en un instante, viéndose otra vez la superficie limpia del agua. Anhelaba ver otra vez la alucinación.

Los últimos tiempos el compañero Kim Il Sung solía recordar que se aproximaba el día cinco de junio, que era cuando se cumplían seis años de la muerte del padre. Después de saciar la sed en el manantial limpió los labios con la toalla y le dijo al hermano:

—En Mangyongdae había también un manantial como éste.

—¿De verdad?

Los ojos de Yong Ju centelleaban de curiosidad.

—Pues sí, en la pendiente de la Colina Mangyong que mira hacia el río Taedong hay otro manantial como éste. Nuestro padre me llevaba allí todas las mañanas, y yo me lavaba mientras él se frotaba con el agua fría. Es una pena que no hayas podido probar el agua de aquel manantial.

Dijo esto sin sospechar que estas palabras, pronunciadas como de

paso, iban a conmover tanto el corazón del hermano.

—¡Cómo quisiera ir a Mangyongdae! —dijo triste el chiquillo abriendo y cerrando unas cuantas veces sus vivos ojos. Aunque en pocas palabras, este deseo suyo revelaba en él una gran nostalgia por la tierra natal. Había nacido en otro lugar, y nunca tuvo ocasión de ir a su pueblo. El compañero Kim Il Sung se dio cuenta de qué pensamientos inquietaban a esta criatura y observó en voz baja:

—En cuanto echemos a los japoneses volveremos a nuestra tierra, ya lo verás. Toda la familia. Entonces sí que sanará mamá.

No se sabe por qué estas palabras del hermano le dejaron más afligido pero Yong Ju se echó de repente al suela y absorbió con avidez el agua, como si quisiera secar el manantial.

—¡Qué fría está! —exclamó sonriendo, y después se limpió con el reverso de la mano las gotas que le rodaban por el mentón.

El compañero Kim Il Sung miró hacia abajo. A la vista se abría un vasto panorama de verdes montañas, que formaban inmóviles ondulaciones, con suaves pendientes y collados. Un río serpenteaba, como una cinta gris, entre ellas y contorneaba el pueblecito. En un cielo opaco flotaban unos, ligeros borreguillos. Allá en lo alto planeaba, bien extendidas las alas, un milano, evolucionando entre las nubecillas. Un abrasador sol de verano derramaba sus dorados rayos por la hierba y por el exuberante verdor de los árboles. Nada interrumpía el silencio, únicamente el estridor de los saltamontes, pero no alteraba tampoco la armonía de la naturaleza. Al contrario, la subrayaba. El compañero Kim Il Sung estaba sentado como ensimismado en la hierba del bosque, donde siempre embriaga el aire limpio y fresco. Parecióle sentirse aliviado de las preocupaciones, aunque por momentos.

Allá abajo se divisaban unas casitas esparcidas por la orilla del río. Parecían pequeñas cajas de madera.

En un patio había ropa colgada agitándose al viento, y allí mismo andaba una mujer que parecía estar esperando alguien. Podría ser la madre, esperándoles a ellos.

A eso del mediodía la tierra empezó a desprender calor. El compañero Kim Il Sung reanudó la tarea. De sus brazos, que tenían las venas hinchadas por la tensión del trabajo, caía el sudor, como gotas de rocío. Poco después dejó a un lado el machete para alar los haces de leña. Yong Ju apenas daba abasto en el acarreo de brazadas. El hermano las ataba con unía cuerda presionándolas con el pie con tanta fuerza que los dedos no pasaban por debajo de la cuerda. A veces ésta, que era de pueraria, no aguantaba y se rompía.

Hicieron quince haces de leña. En el portacargas ponían cuatro de una vez, lo que suponía mucho peso. Con esta carga a la espalda emprendió la marcha cuesta abajo por la ladera, hasta llegar a una elevación donde crecía solitario un olmo, huérfano en la alfombra verde, como si la naturaleza le hubiese reservado aquel sitio para vivir en la soledad. Un pensamiento extraño hizo pararse al compañero Kim Il Sung a contemplar un momento el árbol. Pasó por su mente como una sensación de tristeza y soledad. Pronto reanudó la marcha camino del pueblo.

El presentimiento no le había engañado. Efectivamente, aquella mujer era la madre, que les estaba esperando en el camino. Ella ayudó a Yong Ju a llevar la carga de leña.

Del lado del río caminaba al encuentro una mujer con un dornajo de ropa sobre la cabeza. Era Kim Pong Ae, que él conocía bien desde cuando vivían en Sungziang. En cuanto disponía de un minuto libre acudía a ayudarles a lavar la ropa, o hacer las cosas de la cocina, o bien a comprar medicina. Kim Pong Ae posó en el suelo la colada de ropa y saludó ceremoniosamente al compañero Kim Il Sung.

*   *   *

Al anochecer se sentaron todos juntos a cenar. Se había servido a la mesa arroz con almorejo, sopa de soja, un caldo espeso y truchas asadas del riachuelo de la montaña. Poco después de empezar a comer el compañero Kim Il Sung preguntó de dónde habían traído el pescado, pues era un plato extraordinario; pero la madre no contestó de repente.

—Nada de particular. Tú ablanda más el arroz con agua y cómete toda la escudilla —dijo ella poco después, bajando la vista—. Los niños —añadió— se preocupan tanto por ti que no sé cómo explicártelo. Los peces los capturaron en casi un mes.

—¿Todo un mes?

—Sí. Para agasajarte a ti, porque decían que vivías en campaña en duras condiciones. Fueron a pescar las truchas nada más empezar a romperse el hielo del río. Les preocupaba que no tuviéramos nada que darte de comer cuando vinieses. Traían al día uno o dos pececitos en una varilla de mimbre. Y cuando venían sin nada, se desanimaban tanto que me daba pena. Como apenas tenían tiempo, a pescar iban cada cuatro o cinco días. Habrán traído unos quince pescaditos, algunos muy pequeños que ellos pusieron a secar. Si no los comes les va a parecer mal a los niños.

La madre dijo esto como si tal cosa, pero se le notaba temblar la voz. El compañero Kim Il Sung, con la cuchara inmóvil en la mano, miró a Yong Ju. El hermano tan tranquilo, devorando con gran apetito el arroz. El hermano mayor hacía tiempo que venía sintiendo este afecto de los menores hacia él. Iba dándose cuenta cada vez con más frecuencia de detalles que le partían el corazón.

—Como os habéis esmerado tanto vamos a comerlo todos juntos. —

Y diciendo esto acercó el plato a Yong Ju, pero el chiquillo lo apartó de sí en seguida.

—Nosotros lo comimos muchas veces.

—Eso es verdad —dijo la madre para apoyar a Yong Ju, y emocionada se levantó y se retiró con la taza en la mano a la cocina.

El compañero Kim Il Sung había querido dejar la cuchara pero hizo un esfuerzo para terminar el arroz y el pescado que le quedaba.

Poco después de la cena se presentó Kim Chang Dok. Era un antiguo activista de la organización clandestina de la localidad. En su casa, como estaba apartada al pie de la montaña, solían reunirse para tratar lo de la creación del destacamento guerrillero. Servía también como punto de enlace clandestino.

El compañero Kim Il Sung le dispensó una acogida cordial, pues siempre fueron muy buenos conocidos. Kim Chang Dok tenía cumplidos ya los treinta, era un hombre tranquilo y agradable, entusiasta con elevadas aspiraciones. Se lamentó de no haber podido asistir, por estar entonces enfermo, a un acontecimiento tan esperado como había sido la proclamación de la Guerrilla Antijaponesa, en el pueblo de Fachaitun no muy lejos de esta localidad. Dijo después que había visto al compañero Kim Il Sung cómo llevaba a casa una carga de leña. Se excusó también de no haber podido prestar la ayuda necesaria a esta familia. No cabe duda que lo dijo por modestia, pues nunca había podido ayudar por hallarse siempre ocupado con las tareas revolucionarias.

Cambiaron el tema de la conversación para hablar de la manera de ayudar al destacamento guerrillero. Apenas cruzaron unas cuantas palabras se oyó ruido de pasos en el patio. Yong Ju salió a ver quién era, y volvió diciendo que se trataba del señor Paek, del cual el hermano había hablado el día anterior. Fue necesario dejar la conversación con Kim Chang Dok. Nada más éste abandonar la casa un hombre con lentes se disponía a entrar.

—¿Se puede pasar?

El compañero Kim Il Sung cogió al huésped del brazo y lo condujo a la habitación.

—Entre usted, por favor.

—Tengo el gusto de conocerle y pido excusas por esta brusca visita. —Y diciendo esto se quitó los lentes e hizo una reverencia. Después se sentó y empezó a hablar de sí mismo y de la finalidad de su visita.

Paek Kwang Myong dijo sin rodeos que era un campesino rico que poseía tierras de labranza y un huerto de árboles frutales, y que su padre era dueño de una pequeña destilería en la calle de Longjing. Gracias a las buenas condiciones económicas de la familia estudió filología en Seúl, y habiendo caído bajo la influencia de las tendencias de la época empezó a pensar en el socialismo, camino que él ahora quería seguir. Comenzó dejando la casa para vivir aparte, y abrió en una aldea una escuela privada en la que admitió a unos cuarenta muchachos. Los ratos de ocio los dedica a leer literatura marxista, para perfeccionar su concepción del mundo. Después de hablar de sí mismo en breves rasgos recordó que en la aldea de Changchon había visto en cierta ocasión al compañero Chol Ju, encuentro al que siguieron oíros cuantos en esta misma casa.

Efectivamente, después de caer bajo la influencia del compañero Chol Ju empezó a inclinarse poco a poco por la revolución. Cuando se enteró de que el hermano del compañero Chol Ju era el compañero Kim Il Sung, el hombre que había formado la Guerrilla Antijaponesa, quiso verle sin falta, siquiera una sola vez, para lo que venía a esta casa una o dos veces al mes andando cada vez un camino de doscientos *ríes.*

—¿Me permite fumar?

Había llegado el momento de hablar francamente, pero Paek Kwang Myong no podía decidirse, pausa que aprovechó para sacar del bolsillo

una cajetilla de cigarrillos “Mako”. El compañero Kim Il Sung sonrió y le acercó el cenicero.

Con lentes en montura de plata, traje blanco de lana de chaqueta abierta, cuello un poco alargado y cara delgada, Paek Kwang Myong, a primera vista una persona nerviosa, era un hombre cortés y serio. El moderado movimiento de sus expresivos ojos tras de los gruesos lentes revelaba en él un típico intelectual. Encendió el cigarro, tragó distraídamente unas cuantas bocanadas y empezó a hablar despacio.

—Si he venido tan de improviso a verle a usted como hermano mayor que es de Chol Ju —dijo—, es por una razón. Quisiera pedirle a usted ponerme a mí, situado en una encrucijada, en el camino justo. Perdone que le diga tan llanamente la intención de mi visita. Entiéndame bien, esto para mí es muy importante.

—No hay por qué pedírmelo. Si mal no entiendo, usted, señor Paek, ha elegido ahora un camino justo —observó afablemente el compañero Kim Il Sung sonriendo, comprendiendo el sentimiento del interlocutor, en cuya conducta desde el principio se sentía emoción. Le habló así para tranquilizarle un poco, porque se percataba de que algo pesaba sobre la conciencia de aquella persona.

—No. Le ruego con sinceridad —dijo Paek Kwang Myong poniéndose bien los lentes, que habían resbalado por la nariz—. Se trata de la suerte de un hombre. Yo quisiera recibir una respuesta segura, categórica, incluso dura, si usted quiere. Permítame que le hable de mí más detalladamente. Como acabo de decir, soy hijo de un campesino rico que vive explotando a otros, a expensas de la sangre y el sudor de otros hombres. Tengo instrucción superior. Quiero hacer algo de provecho para mi Patria, hoy ocupada por un enemigo, por eso reuní un grupo de chiquillos para enseñarles. Les enseño nuestro abecedario y las matemáticas. Sin embargo, yo, por desgracia, por mi condición no soy la

persona más designada, ni mucho menos, para despertar en la gente la dignidad humana, o mejor dicho, el espíritu coreano. Puede que usted quiera saber por qué, pero soy así. Entienda usted bien, por favor, mis sentimientos —Paek Kwang Myong tosió, se limpió con el pañuelo y continuó:

—También ahora cuando digo “yo” no acabo de comprender a qué “yo” me refiero, ya ve usted como soy. Esto puede parecerle un poco ridículo, pero es así. Para darle un ejemplo le hablaré de un caso reciente.

No hace mucho un destacamento punitivo japonés irrumpió en el pueblecito de Dagou y perpetró allí una matanza espantosa, asesinando a cientos de compatriotas nuestros. Vivía allí un muchacho de diez años que se llamaba Chotse y que se quedó huérfano del todo después de la matanza. El muchacho consiguió escapar del pueblo, que estaba envuelto en llamas, y se abrió paso hacia el nuestro, donde halló refugio en casa de unos parientes por parte de la madre. Este chiquillo también es alumno mío. Y sabe usted qué le digo, hace unos días le castigué duramente, pegándole con una vara. Y fue porque le dio a Sang Jun, otro alumno, un año menor que él, un puñetazo en la nariz, que le hizo sangrar. El otro le persiguió hasta el pueblo vecino de Bisokkori, chorreando sangre. En el pueblo Chotse volvió a pegarle, y se pelearon con tanta rabia que, según el alcalde, el policía Pak quería reprocharme a mí la mala conducta de mis alumnos. Esto a mí me indignó mucho. Cogí a Chotse y le pregunté por qué se había pegado. Dijo que el otro le había insultado, y que esa fue la causa de la pelea. Yo le zurré duro, hasta rompí unas cuantas varas. Para que sirviera de escarmiento. Pero Chotse como si nada ni siquiera parpadeó cuando le zurraba ni confesó su culpa. Esto a mí me irritaba y le pegaba más. “¿Sabes por qué tus padres murieron en las llamas del incendio de Dagou? ¿Quieres ser un canalla, si es que pegas a un compañero? Un salvaje…”, le decía yo mientras le

pegaba. Por fin no aguantó más, se cayó y ¿sabe qué dijo? “Usted, maestro, es un burgués. Mi papá y mi mamá fueron asesinados por los burgueses”. Y rompió a llorar y a llamar a la madre. Así dijo, sí: “Usted, maestro, es un burgués”. Fue un golpe para mí mucho más duro que los que yo le propiné a él. Yo le zurraba en la pierna con unas varas y él parece como si me hubiera dado con un mazo en la cabeza. Y después de esto, ¿sabe usted de qué me enteré yo? Entre mis alumnos hay un chiquillo que se llama Myong Ki, miembro del Cuerpo Infantil que me dijo que la Unión Antimperialista tenía que llevar un parte urgente al pueblo de Bisokkori, misión que encargaron a Chotse y a Sang Jun. Resultó que la pelea la habían liado para despistar a la policía. Yo pegándoles a los muchachos, y ellos se estaban burlando de mí…

Paek Kwang Myong se quitó los lentes y se limpió con el pañuelo el sudor frío de la frente. Latieron intensamente azuladas venas que se dejaron ver en sus sienes. Demasiado excitado estaba, como para no darse cuenta del momento y del lugar. Pero comprendía bien que iba a decidirse su suerte, y no podía ocultar la emoción, hallándose incapaz de salirse del marco de sus racionamientos subjetivos. Por lo demás, no tenía motivos para ocultar nada del compañero Kim Il Sung.

—Yo opino que el maestro es un hombre llamado a educar a la nueva generación en un buen espíritu. Y con mayor razón tratándose de nosotros, que estamos privados de Patria. El maestro incapaz para educar a sus alumnos en un buen espíritu es como una candileja sin mecha; una bala sin casquillo. A un maestro así habría que llamarlo hipócrita. Yo sentí siempre mucho la pérdida de la independencia de la Patria, prediqué el patriotismo y clamaba independencia para Corea. Pero como patriotismo, independencia y Patria desprovistos del verdadero sentido son palabras hueras, me volví loco, poseído sólo por el anacronismo, Chotse tenía razón cuando me llamó “burgués”. Soy un burgués, sí. Y un

"esclavo sin Patria", también. Burgués y esclavo sin Patria. Dos Paek Kwang Myong que están librando a diario entre sí una cruenta lucha. En este mismo momento, luchan en mi pecho a espadas dos "yo" irreconciliables. Uno es un témpano de hielo y otro una llama. Aquí los tengo, en el mismo corazón. La llama quiere derretir al hielo y el hielo apagar la llama. ¿Cómo vivir? Pensándolo bien yo llevo encima contradicciones escandalosas. Vaciedad en el alma y un temor tan grande que a veces me pone los pelos de punta.

Paek Kwang Myong perdiendo el dominio de sí mismo, echaba maldiciones, profería condenas no se sabe contra quién, o suspiraba como si una pena, o el odio le hubieran llenado el cáliz de la paciencia.

El compañero Kim Il Sung consideraba que esto no se limitaba a Paek Kwang Myong, sino a muchos intelectuales coreanos. Seria y amistosamente, empezó a explicarle:

—Señor Paek —Paek Kwang Myong dejó de fumar irguiéndose al oír la fuerte voz del compañero Kim Il Sung—. Yo le entiendo bien. Comprendo, aunque no del todo, sus complicados sentimientos. Que está usted en una encrucijada, tiene razón. Yo doy mucha importancia al hecho de que usted mismo se haya dado a sí mismo esta apreciación. Porque las contradicciones ya están claras y siente una imperiosa necesidad de resolverlas, cueste lo que cueste. No puede negarse que la resolución de las contradicciones de esta índole es un parto doloroso. Como usted mismo dijo, puede ser una lucha cruenta. Hay que resolverlas, por doloroso que sea. Es necesario tanto para usted como para nuestra revolución. Es una cuestión seria que tiene delante no sólo usted sino también muchos intelectuales coreanos. Y discutámosla franca y sustancialmente. Tranquilícese usted. El camino que usted quiere abrirse es el duro camino de la verdad. Y en él no se puede dar ni un solo paso si se deja llevar por las emociones o los caprichos. Hace falta

exigencia para consigo mismo y audacia. La exigencia y la audacia que le permitan a uno incorporarse sin vacilaciones a la lucha de clases y sajar sin contemplaciones el tumor, sí lo hay. Cambiemos ahora ideas sin reservas. Acérquese, por favor, y fume usted…

El compañero Kim Il Sung cogió la mano de Paek Kwang Myong, que notó temblorosa, y le invitó a sentarse más cerca. Viéndole el semblante, pálido y bondadoso, se imaginó a muchos hombres que se dirigían a él con inquietudes parecidas. Acercó al interlocutor el cenicero y aquél encendió otra vez maquinalmente el cigarrillo, pero sin fumar se quedó mirando atentamente al afable semblante de la persona que tenía delante.

—En Fusong vive un condiscípulo mío de la infancia que se llama Jang —continuó el compañero Kim Il Sung tranquilamente, como para calmar el corazón herido del interlocutor—. También es, como usted, hijo de un campesino acomodado, y por su mentalidad tiene mucho en común con usted. Le ha tocado pasar por muchas peripecias, pero, al fin y al cabo, se sobrepuso a sí mismo y ahora está combatiendo con denuedo al lado de la revolución. Así, pues, resulta que la cosa reside ante todo en la conciencia y en la decisión de uno mismo, y no en la apreciación que pueda dar otro. En cuanto a la situación de nuestros intelectuales coreanos, ellos, gracias a un buen vivir en sus familias han podido recibir una buena instrucción, que estaba vedada para obreros o campesinos. Pero esta intelectualidad tiene que poner sus conocimientos no al servicio de los intereses de agresores y explotadores sino a la gran causa de la revolución, a la causa de las masas trabajadoras que luchan por la liberación de la Patria. Así lo exige la revolución y éste es el único camino justo para salvarse. La nuestra, como la intelectualidad de las colonias, es parte componente de las masas oprimidas y está experimentando en sus carnes la opresión y la discriminación a la

nacionalidad. Por eso mismo llamamos a los hombres como usted, señor Paek, a ponerse al lado de la revolución. Creemos que pueden proceder así. La revolución llama a sus filas al señor Paek Kwang Myong, un esclavo sin Patria. El bienestar de la familia de usted, hecho a expensas de la sangre y del sudor de los trabajadores, justifica en todo y por todo el reproche hostil de ese muchacho que se llama Chotse, y eso le tortura a usted. Y está muy bien que quiera romper con su clase. Lo repito, usted tiene que desembarazarse con más audacia de su posición clasista y odiarla. Porque nosotros, los revolucionarios, luchamos por una Patria desalojada de los imperialistas japoneses y en la que va a establecerse un régimen socialista, y de ninguna manera consentiremos que detente el poder ningún otro opresor en lugar del imperialismo japonés. En este aspecto yo tengo fe en el patriotismo y en la honradez de nuestra intelectualidad coreana. Muchos intelectuales con quienes he tenido ocasión de hablar rompieron decididamente con su clase para pasarse al lado de la revolución. Por regla general también pasaron como usted por este doloroso proceso de búsquedas. Ahora muchos de ellos se encuentran en la primera línea de la revolución y todos luchan valientemente. Por estos ejemplos, a mí me parece que también usted, señor Paek, bien puede librarse de este lío de contradicciones para incorporarse a las filas de nuestra revolución. Sin miedo a las pruebas que haya que afrontar. Usted puede desempeñar una buena función en nuestra revolución. Lo mismo que generalmente en cualquier revolución, también hoy, y con más razón, cuando la nuestra plantea el dilema de si ser esclavo del imperialismo japonés o levantarse en lucha, cuando hay que lanzarse a una confrontación con las armas en la mano, se hace necesario preguntarle a cada uno de qué lado está. En esto se requiere una decisión inmediata y terminante.

El compañero Kim Il Sung paró de hablar y Paek Kwang Myong

levantó el rostro, en el que se reflejaba excitación, y empezó a hablar:

—Precisamente la pregunta que a mí me inquieta. Me la hago a mí mismo unas cuantas veces al día. Una pregunta que, igual que una aguja, me pincha en el alma, me despedaza el corazón. Le digo la verdad, siempre quiero contestarla de una manera digna: “Sí, estoy al lado de la revolución”. Hablando francamente, campesino rico soy sólo por el origen, pero en la realidad soy tan pobre como todos los que me rodean. Doy este paso a conciencia, pero no me abandonan los prejuicios engendrados por mi procedencia clasista. Siempre que pienso que oíros me consideran impregnado de estos detestables prejuicios me falta audacia para decir si estoy al lado de la revolución.

Paek Kwang Myong, sobresaltado, estiró los brazos hacia el compañero Kim Il Sung, como implorando auxilio. El cigarrillo lo tenía ya apagado.

—Es una cuestión particularmente importante. Es difícil hacerse un revolucionario auténtico si tiene esa mentalidad. Por lo visto a usted no le interesa mucho la riqueza material. Es un hecho el que quiera romper con su clase, lo es también el que lleve dentro algo propio de la ideología de las clases caducas, y por esa razón es justo el cuidado que tiene el pueblo con usted. Se trata de una dura lucha de clases en el terreno ideológico. Y en esta lucha el señor Paek Kwang Myong, que quiere a su Patria y a su nación y está fervorosamente resuelto a dejarlo todo en aras de la verdad, tiene que vencer de una vez a otro Paek Kwang Myong como hijo de un campesino rico. Eso se puede lograr en una difícil lucha interna, que requiere tiempo. La crítica de parte del pueblo le asistirá en ella. También nuestra organización hará todo lo posible para ayudarle. Se lo prometo. Así que usted puede sobreponerse a sí mismo, si es que decidió reeducarse. Usted habló de la matanza ocurrida en el pueblecito de Dagou. Sí, es verdad, los imperialistas japoneses han perpetrado un

crimen tan atroz, que palidecerían hasta las fieras. Ancianos, mujeres y niños fueron asesinados, quemados o fusilados. ¿Por qué vacila usted, si quiere salvar al pueblo, vengarse en el agresor y liberar a la Patria? Si usted, señor Paek, como persona que le preocupa la suerte de la Patria, se muestra en estos tiempos cobarde, esperando a ver corno vienen las cosas, cometerá un crimen imperdonable ante la Patria y ante la nación. La lucha revolucionaria para derrocar al imperialismo japonés y liberar al pueblo coreano es un objetivo de toda la nación. Sea usted, señor Paek, valiente consigo mismo. Y después ya con esa misma valentía vaya contra el enemigo. La cuestión reside en que tenga conciencia nacional y esté consciente del deber que la conciencia le dicta. En adelante tendrá que tener una fe firme en que sólo la revolución podrá salvar a la Patria; una decisión y una voluntad inconmovible. En una palabra, todo dependerá de su conciencia revolucionaria. Vuelvo a decirle que nosotros consideramos que puede ir con nosotros hasta el final, hasta la victoria definitiva de la revolución. Nosotros lo deseamos y además así lo requiere la revolución. Y no escatimaremos nada para que la intelectualidad oprimida de la Corea colonial, de la que es usted un representante, camine hasta el final al lado de nuestra revolución. ¡Así, pues, caminemos juntos, señor Paek! Va a ser difícil, pero es el único camino justo, un camino auténticamente revolucionario. —Y al llegar aquí el compañero Kim Il Sung sacudió la mano del interlocutor, en la que todavía tenía apagado el cigarrillo—. ¡Decisión, señor Paek!

—…

Paek Kwang Myong, sintiendo la cordialidad del compañero Kim Il Sung, miró pensativo a la pared de enfrente, en la que se reflejaba el resplandor de una llama. El compañero Kim Il Sung le continuó explicando detalladamente el problema del papel a desempeñar por la intelectualidad en la lucha de liberación nacional de las colonias.

La conversación se prolongó hasta la medianoche.

Sentado quieto como una estatua, con la cabeza agachada Paek Kwang Myong estuvo escuchando unas cuantas horas seguidas. El sintió cómo una llama se encendió y se avivaba cada vez más en su helado pecho. Luego parecióle que se deshacía ese hielo.

Terminada la entrevista se levantó y después hizo una reverencia. Una vez en la calle fue cuesta arriba, por la margen del riachuelo hasta un coto cubierto de césped, en el cual se sentó, con los pies colgando. Miríadas de estrellas titilaban en el cielo y se iba elevando más alta cada vez la luna. Paek Kwang Myong se acostó en “la hierba y extendió los brazos al cielo, de azul oscuro a aquella hora. “Oh, una vida nueva empezó para mí hoy”, exclamó, en voz alta, como queriendo que todo el mundo le oyera, pues había llegado a comprender el sentido de la verdadera vida. Abrió y cerró los ojos unas cuantas veces para cerciorarse de que no era aquello un sueño sino una realidad, y de que esta noche, en este minuto solemne había nacido un hombre nuevo. Se revolvió alegre por el suelo con alma infinitamente pura y cándida como cuando era niño cuando corría descalzo por el lindero entre los sembrados detrás de las mariposas.

“Caminemos juntos, señor Paek. Va a ser difícil, pero es el único camino justo, un camino auténticamente revolucionario”. En sus oídos todavía sonaban las palabras del compañero Kim Il Sung.

Volvió a sentarse en la hierba. “Sí, iré sin falta por este camino. Con la revolución. Y si caigo me levanto y sigo adelante. Justificaré La confianza, cumpliré las sabias indicaciones que me ha dado esta noche”. Por el exceso de sentimientos le salieron unas cuantas lágrimas, se agarró el pecho. El huracán de fuego que bullía en su corazón había derretido todo el hielo que tenía en el pecho.

Poco después recobraba la serenidad. Apenas se daba cuenta de sí

mismo. El murmullo del riachuelo, el incansable estridor de los saltamontes y la brisa primaveral que sopló acariciándole la mejilla pareció haberle embriagado. Estaba como hechizado.

Por fin se levantó y siguió adelante. Anduvo un poco y de improviso se puso a mirar alrededor. Aunque nada veía, la excitada imaginación le hacía ver el desfile de una larga columna de intelectuales coreanos como él.

A lo lejos cantó y agitó las alas un gallo. Iba a despuntar el alba.

* * *

La madre sacó del baúl el uniforme militar, verde, bien planchado, y lo puso en el suelo.

—Mira a ver cómo te queda…

Le pareció que le habían salido un poco mal los ojales, y volvió a desplegar el uniforme para quitarle los cabos de hilos que todavía tenía. El compañero Kim Il Sung se quedó un tanto desconcertado, pues le cogió de sorpresa.

—Hacía mucho que quería hacerte el uniforme, pero no encontraba tiempo para ello. Ya ves cómo salió, todo por la prisa, qué vas a hacer. Pero teniendo en cuenta que tú formaste un ejército para liberar el país ¿cómo yo no hubiera puesto la debida preocupación en la labor? Pero ha sido un descuido mío. Pruébatelo, anda.

Y diciendo esto cogió la ropa y se acercó al hijo. El compañero Kim Il Sung se sintió conmovido y agachó la cabeza. Se puso el uniforme, que le quedaba muy bien. Ocupadísima por un montón de cosas, la madre lo había hecho durante noches enteras sin dormir, punto por punto. Él no podía encontrar las palabras que expresasen los sentimientos de su profunda gratitud de hijo.

La madre, como de ordinario, miraba sin ninguna solemnidad cómo le sentaba al hijo el uniforme y se quedó muy contenta.

—Está como a la medida. Lástima que no tengas unas buenas botas, para completar la cosa. Cuando te veo con este vestido nuevo me da pena —dijo la madre tirándose unos pasos atrás para verle mejor.

La mayoría de las madres cosen ellas mismas la ropa para sus hijos, y cuánta alegría experimentan en este quehacer. Kang Pan Sok era la primera vez que le hacía al hijo el traje militar. Su hijo se consagraba a una gran causa, la liberación de la Patria, por lo que la madre sentía un gozo como nunca lo había sentido, si bien la expresión de su rostro era la de siempre, con una tierna sonrisa.

Ella, satisfecha, hizo un leve movimiento con la cabeza, mientras se subía el pelo caído por encima de la oreja. Después descolgó de la pared su ropa.

—Bueno, vámonos.

—Mamá —el compañero Kim Il Sung dio un paso adelante y se paró. En el pecho le latía con fuerza el corazón, la cara le ardía—. Mamá, no olvidaré tus palabras, cumpliré sin falta lo que soñaste cuando me hacías el uniforme —dijo él con la voz entrecortada. Ella echó otra mirada al uniforme del hijo. Madre e hijo comprendían los pensamientos recónditos de uno y otro.

—Siempre que te lo pongas te acordarás más de mí —dijo ella en voz baja, y salió de prisa del cuarto.

Iba a ver el destacamento de guerrilleros, como habían quedado de acuerdo. El compañero Kim Il Sung, de elegante aspecto con uniforme verde y gorro también verde, seguía a la madre a corta distancia. Ella caminaba con ojos alegres, como si estuviese sana del todo. Estaba contenta porque iba a ver a los guerrilleros, y más todavía por ir con su hijo, hablando con él y satisfecha de verle tan bizarro.

Aunque lo había engendrado y educado no lo tuvo a su lado más que unos cuantos años, porque en cuanto se hizo mayorcito tuvo que mandarlo de Badaogou a Mangyongdae y después, cuando vivían en Fusong a la Escuela Hwasong. Hay que decir que los siete años siguientes, desde cuando era alumno de la escuela media de Jilin y hasta la fecha apenas le había visto, vivieron más tiempo separados que juntos. Por eso no le había dado tiempo de echar sobre su hijo la ternura de sus sentimientos de madre. Así que en los pocos encuentros con él, que duraban tan sólo unos cuantos días, cuando no horas, procuraba recuperar el tiempo perdido. Este día sintió como nunca su devoción por él.

Tenía el presentimiento de que ahora iban a separarse por mucho tiempo sin saber cuándo iban a verse otra vez. Porque al hijo lo acechaban peligros a cada paso, ya que tenía que atravesar muy a menudo el cordón enemigo. Ella sabía que los japoneses andaban detrás de él. Eran otros tiempos.

Aparentemente tranquila miraba de vez en cuando al hijo, haciendo muchos esfuerzos para calmar el desasosiego que torturaba su corazón. Era un estado de espíritu que, si expresarlo en el lenguaje de las palabras no parecía cosa fácil, lo revelaban elocuentemente una mirada meditabunda, la bondadosa sonrisa en los labios, las manos, delgadas y nudosas, que con frecuencia se las llevaba al pecho.

Iba vestida de blanco, por el sendero que se extendía, como un hilo, por entre los sembrados. El viento agitaba los ribetes de la blusa, los tallos largos de ajenjo le azotaban ligeramente el borde de la falda. El aire rezumaba un suave aroma de llantén, diente de león y césped. Dos mariposas amarillas la acompañaron largo trecho revoloteando sobre su cabeza, como si quisieran posarse a descansar. Por fin se apartaron, volando hacia un arbusto de ajeno. Se oyó cantar una alondra en el cielo

azul. El campo de ondeante trigo parecía hecho de trenzas, y refulgía, como rociado con vaselina.

Un infinito campo verde y un cielo azul. Mírese adonde se mire, por todas partes se veía florecer alegre la primavera. Parecía como si este cálido día se lo había reservado a ellos la naturaleza, como sabiendo que iban a caminar juntos ese día.

Unos cuantos pelos que el viento agitaba le hacían cosquillas en la frente. Ella los acariciaba suavemente, parada en el camino para esperar al hijo, que se había quedado rezagado. Él la veía esperar y apretaba más el paso.

La madre estaba contenta de ver al hijo tan bizarro, y no dejaba de mirarle, como preguntándose si no le iba bien el uniforme. Y siempre quedaba satisfecha, tanto por lo bien que le quedaba como por el gozo que reflejaba el semblante del hijo, sereno como era el del padre, y el mismo animoso andar, todo era digno de confianza y de aprobación.

El compañero Kim Il Sung también miraba, no sin devoción a la madre, que caminaba delante de él.

Llegaron por fin al pueblo.

—Ahí están los guerrilleros.

En el dique, cubierto de sauces, estaban adiestrándose en la instrucción de combate los guerrilleros. En grupos de tres o cuatro hombres se entrenaban en el “cuerpo a tierra”, en la carrera y a marcar el paso. Una parte de ellos se ejercitaba en el tiro de distintas posiciones. Tenían todos uniforme verdiamarillo, en sus movimientos a todo lo largo y ancho del campo se sentía fuerza.

—Muy buenos muchachos —dijo ella llevando la mano a la frente para hacer sombra a los ojos, frunciendo las cejas miraba al campo.

—Buenos mozos. ¡Cómo se alegraría tu padre si pudiera ver este cuadro! Tantas energías como él dio para crear nuestro ejército

revolucionario… Pero de esto basta. Es ahora a vosotros a quienes os toca pelear con los japoneses.

Le había invadido un torrente de sentimientos contradictorios, de gozo y tristeza, orgullo y pesadumbre. Los hechos de tiempos pasados y la visión del futuro se entretejían en una sola madeja.

Acontecimientos de tiempos pretéritos se sucedían rápidos como en un caleidoscopio. Pero volvió a la realidad y echó una mirada alrededor. Tenía delante un campo verde, como bordado por algunas partes con los dientes de león. Suspiró profundamente. Le habían afligido los recuerdos.

—Debías volver al pueblo, mamá, a descansar.

El compañero Kim Il Sung comprendía de sobra los sentimientos de la madre. Viéndola con ese estado de ánimo la sentó cuidadosamente en el matorral.

—Mirando a este ejército no puedo dejar de echar una mirada atrás. Tu padre soñaba con un ejército así. ¡Qué bien si viviera para verlo! A mí hasta me parece que no he venido aquí sola.

Con aspecto tranquilo empezó a remover en su memoria el tiempo pasado. No era la primera vez que hablaba de esto, el hijo ya lo había oído otras veces. Pero cuando vio las fuerzas armadas del pueblo coreano, la esperanza de la revolución coreana, ella no podía no recordar a su difunto marido, que toda la vida había consagrado a crear un ejército revolucionario como éste. Los hechos inolvidables de aquellos años se renovaban en la memoria como vivos.

Ella hablaba como de costumbre, con voz tierna y queda, pero en la que se sentía arder una llama de amor y agitarse un océano de pasiones.

Empezó su narración por Mangyongdae, y habló de la comuna Ponghwa, Junggang, Linjiang, Badaogou y Fusong. Lo contaba con un lenguaje alegórico, y al compañero Kim Il Sung le pareció ver delante un cuadro vivo del tiempo pasado.

Recordó él la pequeña y vieja casita en la calle Xiaonanmen de Fusong. Era comienzos del verano, cuando las montañas y los campos se vestían de verde. El padre le llamó en cierta ocasión, y él entró en el cuarto, que tenía en el suelo esteras de juncos, y se puso de rodillas. A la cabecera del padre había frascos con medicinas y unos cuantos libros abiertos. El padre enfermo, corrió hacia atrás la almohada de funda blanca, para sentarse, reclinándose sobre la pared.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó al hijo mirándole fijamente.

—Catorce años, papá.

—Catorce, sí —se lo había preguntado no porque no lo supiera— a los catorce años un hombre sabe ya qué se hace en este mundo.

Su voz sonaba con cierto acento de solemnidad. Apartando la manta a un lado, cobrando aliento continuó:

—Diecisiete años hace ya que los japoneses ocuparon nuestro país. Lo ocuparon los monstruos japoneses todavía cuando tú no habías venido al mundo. Dicen que en diez años cambian hasta las montañas y los ríos. Veinte años hace ya que somos esclavos sin Patria. Nuestro pueblo sufrió tormentos increíbles, se derramó mucha sangre —le vino la tos y le salió un colorete enfermizo. Cansado, volvió a acostarse, poniéndose la almohada debajo. Tenía los ojos encendidos. Por debajo de la manta asomaban las manos, crispadas, temblorosas.

—Escúchame, hijo mío. La historia de Corea nos plantea el dilema de si levantarnos a la lucha o perecer en la inmovilidad. ¿Qué respondes tú?

El compañero Kim Il Sung levantó la cabeza, quiso decir algo pero no pudo pronunciar ni una palabra. Estaba demasiado emocionado para encontrar las palabras adecuadas. Continuó, sin embargo, la conversación, dura y seria, con el hijo, frunciendo unas veces las espesas cejas, otras mostrando una dulce sonrisa.

La suerte de la nación estaba comprometida, la tierra patria torturada,

pero él sintió que no le quedaba ya mucho que vivir en este mundo. Había entregado toda la vida a la lucha de liberación de la Patria. Por la Patria renunció él a sí mismo, dispuesto a sacrificar la vida. La Patria seguía amenazada por negras tormentas. Y no podía él contener sus sentimientos, sea cual fuere el grito que saliera de su corazón. Tampoco perdía la esperanza de un futuro luminoso. En ese momento le decía al hijo lo que quisiera decirles a todos los compatriotas.

—Yo no pude liberar la Patria durante la vida de una generación. Vuestra generación tiene que liberarla, conquistar la independencia. Y si algo te impide realizarlo, tendrá que hacerlo la generación de vuestros hijos. Dicen que un pueblo sin Patria es como un perro sin amo. Estoy seguro de que pensarás en esto y recuperarás el país para el pueblo.

Se veía qué tormentos espirituales afligían su corazón. La amargura de que no había podido liberar a la Patria se alternaba con la esperanza que depositaba en el hijo.

—Yo abandono la vida sin haber realizado mi sueño. Pero tengo fe en vosotros. Nunca os olvidéis que sois hijos de vuestro país y de vuestro pueblo. Que vuestros huesos se destrocen o que vuestros cuerpos se despedacen, pero la Patria hay que recuperarla sin falta. Yo quisiera ir otra vez a la tierra natal. Enterradme en las orillas del río Taedong cuando la Patria esté independizada.

Hablaba y su voz sonaba con tono grave en aquel cuarto. El hijo tenía las manos reposando sobre las rodillas y él le cogió una mano y la metió debajo de la manta. El compañero Kim Il Sung sintió el calor de la mano paterna, y hasta pareciole que habían discurrido por ella hacia él los pensamientos y los sentimientos del padre.

Estaba sentado con la cabeza agachada, mordiéndose un labio. Por la ventana entraban en el cuarto los reflejos del crepúsculo vespertino. El verde de la manta resplandecía bajo los rayos del sol poniente.

El compañero Kim Il Sung levantó la cabeza y dijo con tono resuelto, mirando al padre:

—Cumpliré sin falta tu mandato. Liberaré la Patria.

El padre no dijo nada más, sólo asintió dos veces con la cabeza y sus ojos brillaron sonrientes, como de satisfacción. Después se produjo un momento de silencio. El hijo volvió la espalda y se tapó la cara con las manos. Pareciόle que iba a hundirse la tierra y caer el cielo. Se le nublaron los ojos y creyó sumirse en un abismo insondable.

Cinco largos años transcurrieron desde entonces… Era primavera precisamente, y se encontraba sentado enfrente de la madre. Ella tenía un paquete encima de las rodillas. Empezó a desenvolverlo, y debajo del papel, manchado de grasa, apareció un periódico, que también desenvolvió para dejarse ver, a su vez, un trozo de tela roja. También desenvolvió la tela, hasta que aparecieron dos brillantes pistolas.

—Toma esto. De tu padre.

El compañero Kim Il Sung se incorporó de rodillas y estiró los brazos hacia la madre.

—Tu padre dijo que tú sabías qué hacer con ellas —añadió ella con la voz ligeramente entrecortada.

El cogió las pistolas y las apretó con fuerza contra el pecho. Se emocionó mucho y el corazón empezó a darle golpes. Sintió como si el padre le hubiera tendido otra vez la misma mano con la que entonces le había cogido la suya. “Oh, padre, recuperaré sin falta el país con estas armas”. Después cerró los ojos. La fantasía volaba en alas por el cielo azul. Miles, decenas de miles de jóvenes en formación de combate, todos con los fusiles al hombro. Filas armadas caminan estremeciendo la tierra con paso firme. Se oyen voces, una columna interminable se mueve…

—¿Por qué se precipitan montaña arriba? —preguntó la madre cogiendo de la mano al hijo.

—Tienen que aprender la táctica de la lucha de guerrillas —contestó el compañero Kim Il Sung mirando alrededor, cogido de sorpresa por esta pregunta—. Ante todo —continuó—, deberán habituarse a las condiciones de la montaña.

Ella aprobó con la cabeza. ¡Como si no lo comprendiera! El compañero Kim Il Sung mismo se había dado cuenta de que se lo preguntó para distraerle de los pensamientos que le embargaban.

Llegó la hora de comer y los guerrilleros pararon los ejercicios, formaron columna y emprendieron la marcha, firme el paso, hacia el pueblo. Una canción retumbó sobre el campo.

Después de la comida el compañero Kim Il Sung llevó a la madre al sitio donde los guerrilleros se habían estacionado a descansar.

Los guerrilleros se pusieron en seguida de pie cuando los vieron llegar. El jefe de sección se acercó al compañero Kim Il Sung y haciendo el saludo militar dio el parte. Después el compañero Kim Il Sung dio la orden de "descanso". La madre estaba en la gloria. Se acercó a los combatientes, que la recibían haciendo el saludo militar.

—Muy buenos muchachos, muy buenos —asentía con la cabeza, aproximándose a cada uno, bajándole ella misma la mano de la visera—. Hoy veo ya a nuestro país liberado. —Después de estas palabras lloró de alegría. Por sus rugosas mejillas resbalaron lágrimas, y levantó el ribete de la blusa con mano temblorosa, pero no las limpió. El compañero Kim Il Sung la cogió de la mano y la llevó al centro de la plazoleta, donde los guerrilleros estaban agrupados. Ella se alisó el cabello en las sienes y caminó adelante.

—¿Sabéis por qué lloro, buenos mozos? Estoy segura de que tenéis madres que son como yo, que viven llorando. Toda la vida entre lágrimas. Llorando al ver a los niños desnudos; llorando en la cocina porque no hay con qué alimentarlos. Como si en el llanto pudieran ellas aliviar sus penas.

Pero hoy las madres coreanas viven en continuo llanto viendo cómo los japoneses nos arrebataron el país, cómo matan y queman a nuestros hijos. Por muchas lágrimas que derramen nunca podrán desahogarse. Esta piedra seguirá oprimiendo con su peso el corazón. Yo soy una madre feliz hoy, porque lloro de alegría. Cómo no derramar unas lágrimas viendo a estos bravos muchachos con las armas en la mano dispuestos a luchar por la Patria.

¡Qué bizarros! Cuidad vuestras armas. Empuñadlas firmemente y vengaros en el enemigo por todo el escarnio que han hecho a nuestra gente. Para que las madres dejen de llorar. Las madres que han vivido toda la vida derramando lágrimas por las afrentas y las privaciones tienen que llorar un poco de alegría. Expulsad a los japoneses, recuperadnos el país, en el que Las madres puedan vivir en la alegría y la dicha. Entonces sí que todas las madres se olvidarán de las desgracias que soportaron y llorarán como yo ahora, de alegría.

Paró de hablar y se la vio emocionada, sosteniendo en las manos el ribete de su blanca blusa. Los guerrilleros estaban con las cabezas agachadas, contenida la respiración. Los rayos del sol de la tarde daban un brillo dorado al acero, caían sobre los gorros y los hombros de los combatientes, que estaban uniformados todos con nuevos trajes militares.

—¡No lloréis! Lloran sólo las madres, los jóvenes no deben llorar. —Y sonrió, poniéndose en orden el cabello en las sienes. El resplandor de la puesta del sol le iluminaba el rostro, por el que se deslizaban las lágrimas haciendo visos bajo los rayos oblicuos del sol de la tarde.

La imagen de la madre estaba cubierta de nobleza y encanto.

El compañero Kim Il Sung, para disimular la emoción, se volvió hacia un lado, mirando a un almiar de mijo que allí había.

Las madres de este país, de este desdichado país, que tenían los corazones llenos de amor por sus hijos. Sufriendo en las tenazas del yugo

y la miseria, cómo iban a transmitirles ellas este amor. Este amor que ellas habían llevado en sus corazones se ahogaba ahora en llantos, se anegaba en tantas lágrimas derramadas.

El compañero Kim Il Sung no había visto ni una sola vez; las lágrimas de la madre. Motivos tenía olla muchísimos para llorar. ¿Cómo pudo ella disimular las lágrimas después de la entrevista con el marido en la cárcel de Pyongyang, desfigurado por las torturas que había padecido? ¿Cómo pudo ella ocultar las lágrimas cuando se quedó sola en tierras extrañas, después de acompañar en el último camino a su marido, que había muerto en la flor de la vida, y en el que ella había depositado sus esperanzas como en una montaña de roca?

Pero esta madre, viendo ahora por primera vez a la juventud de su querido país con las armas en la mano no puede contener las lágrimas. ¡Qué fuerza de voluntad tiene si es que entonces pudo no derramar ni una sola!

En los días de los difuntos, en la primavera y el otoño, cuando la gente iba a recordar a sus muertos al pie de das sepulturas, ella también iba a ver la sepultura de su manido, pero sola, nunca con los hijos. Tal vez habrá sido eso lo que endureció sus manos, por esforzarse en contener con ellas las lágrimas, para no descubrir su debilidad a los hijos. Cuántas arrugas le salieron bajo los ojos por las lágrimas que tanto dolor ocasionaron.

El compañero Kim Il Sung elevó la mirada al cielo en un intento de ahogar el dolor que tenía en él corazón. Unas nubes aglomeradas sobre fe cima de la montaña refulgían bajo los rayos del sol.

Lágrimas de una madre. Una sola bastaba para conmover los corazones de los hijos. Sólo madres cariñosas como esta, que aman como nadie a la Patria y al pueblo, a los mandos y a los hijos, podían derramar tan generosamente las lágrimas, que habían llevado consigo contenidas,

por amor a la Patria, por amor a la revolución.

El compañero Kim Il Sung pasó todo aquel día en el pueblo. A la caída de la tarde fue con la madre a ver al boticario. Viejo, lentes que resbalan por la nariz, barba abundante como una escoba, el boticario dijo que se complicó la indigestión porque se la había descuidado, y recetó una medicina. El compañero Kim Il Sung cogió en la aldea un carro, porque sabía que a la madre le iba a costar regresar a casa a pie. En el carro pusieron un saco con una cantidad de mijo que él había conseguido para la casa, y delante sentó a la madre. Era una tarde, comienzos del verano. El carro rodó con estrépito por los hoyos del camino campestre. La madre iba en silencio, balanceada por los accidentes del camino.

—¿No tienes frío, mamá?

—No. Qué tiempo tan maravilloso.

Llegaron hasta el riachuelo, una bandada de patos emprendió vuelo con ruido y pasó sobre las cabezas. Volaron hasta el extremo de la montaña y se posaron otra vez en el agua. El silencio volvió a envolver a los juncos.

—Yong Ju está solo en casa —murmuró la madre.

* * *

Vino un nuevo día. Era hora de separarse.

Se presentó el dueño de la casita de atrás, Kim Chang Dok, a pedir otra vez excusas porque no pudo ayudar a la familia del compañero Kim Il Sung, pero prometió que en lo futuro lo haría.

—No se preocupe, que no les abandono. Está claro que yo no puedo sustituirle a usted, pero procuraré hacer todo lo que pueda, así que váyase usted tranquilo.

Se despidió y se alejó. Yong Ju también se marchó al pueblo después

de despedir al hermano. Para el chiquillo era costumbre, porque estaba habituado ya a separarse así del hermano, y no sabía, además, qué camino tenía éste que hacer. Amargaba el no haber podido ver a Chol Ju, pero qué se iba a hacer.

El compañero Kim Il Sung cogió el gorro y salió del cuarto. La madre quiso levantarse, pero él hizo lo posible para convencerla que se quedara en casa. Estaban de pie parados los dos mirándose mutuamente, ella sosteniéndose en el marco.

—Mamá —el compañero Kim Il Sung volvió a mirar a la madre. Ella no dejaba de mirarle, como si quisiera grabar para siempre en la memoria la imagen del hijo.

—Bien, me marcho. Procura cuidarte.

El hijo hizo una profunda reverencia.

—De mí no te preocupes, vete y procura hacer como es debido la causa de la revolución. Estoy segura de que todo te va a ir bien, y yo pienso que sanaré. Quítate de la cabeza lo de mi enfermedad.

—¡Que tengas suerte, mamá! —El compañero Kim Il Sung bajó de la terraza y volvió a subir. Temía que la madre saliera a despedirle. Había cogido la escarpia para cerrar la puerta, pero la mano no le obedecía, y se paró un poco tiempo indeciso.

—Cierra la puerta y márchate pronto, que tienes que andar… —le dijo la madre con una sonrisa, procurando demostrar que se encontraba bien.

El compañero Kim Il Sung cerró la puerta y se dio la vuelta. En el cuarto había silencio.

La madre ardía en deseos de acompañar al hijo, aunque tuviese que andar diez o veinte *ríes*. Porque a él le esperaban por delante grandes tareas. Pero hizo un esfuerzo de voluntad para contenerse y ni siquiera miró a la puerta. No quería alarmar al hijo, que se marchaba lejos al

encuentro del porvenir. Y aunque se separaba, sus corazones siempre iban a estar juntos; para la madre no era una separación. Por el hijo ella estaba dispuesta a todo, buscar una aguja en un almiar o agua en el desierto, o dormirle en brazos aun en la más cruel tormenta. Nunca se apagará su amor al hijo, pero se despide de él con sencillez y tranquilidad.

Después de cerrar la puerta el compañero Kim Il Sung estuvo un rato parado en la terraza, bajó y empezó a caminar. Pero los pies lo llevaban no hacia la parte del campo, cruzado de cunetas. Dio una vuelta despacito alrededor de la casa, sumergido en la meditación. ¿Cómo proceder mejor? ¿Marcharse hoy? ¿No sería mejor esperar unos cuantos días, para ver cómo transcurre la enfermedad de la madre? Él tenía por delante un camino extraordinario.

No era lo mismo que cuando había ido a Jilin después de su regreso de Huadian, o cuando había venido de Kalun para parcharse después a Mingyuegou. Todo lo habido hasta este día fueron distintos preludios al acontecimiento del día de hoy.

Quién sabe cuántos años o cuántos decenios pasarán hasta el día en que se ponga en este camino con el fusil en las manos. Desde esta casa, de donde da ahora el primer paso, hasta el momento en que ya estarán desalojados del todo los imperialistas japoneses y liberada la Patria se extenderá un camino largo y espinoso. Pero es el camino por el que hemos resuelto marchar y del que no nos desviaremos. El camino que acabamos de emprender, no andado por nadie todavía, desconocido, puede resultar tan difícil como nadie todavía se lo imagina. Cada paso que se dé por él va a estar bañado en sangre. Cada paso a lo largo de decenas de miles o cientos de miles de *ríes*, o quizás más; cada huella que se va a dejar en iodos los confines de este país va a estar regado por sangre joven.

Y aun en este primer año en que hemos dado nuestro primer paso podemos sufrir más bajas que en todos los años venideros. Los jóvenes gérmenes pueden ser abatidos por la tormenta, por un desplome o las heladas.

Pero nosotros tenemos que reunir fuerzas y derribar la roca, levantar las cabezas cueste lo que cueste, afrontando todos los sacrificios. Vivimos tiempos duros y habrá que derramar mucha sangre, pero aun así no podrá compararse con el martirio y las lágrimas de nuestros compatriotas, esclavos sin Patria. Derramaremos sangre, pero salvaremos a nuestro pueblo de las atrocidades de los imperialistas y haremos ver al mundo entero que el imperialismo puede ser derrocado por muy feroz que sea.

Nosotros estamos obligados, como ayer dijo la madre, a acelerar la llegada del día de la felicidad y la alegría para todas las madres de nuestro país. Y en un futuro, llevar la dicha y la alegría a muchos millones de madres de los continentes subyugados, donde sufren niños, como nuestros niños, viviendo sin derechos y entre la miseria; niños por los que otras madres derraman lágrimas.

¿Qué va a ser de la madre, que está enferma? ¿Qué hacer? Ella ya no puede más ni coser ni lavar para otros, que era como se ganaba el sustento para la familia. ¿Hasta cuándo les llegará con ese saquito de mijo? Y ¿cuánto va a sufrir ella? pensando que si la casa está caliente es porque la leña la acarrea en sus hombros una criatura como su Yong Ju.

¿Qué era lo que no le venía a la cabeza? Habíase olvidado que llevaba ya largo tiempo dando vueltas alrededor de la casa. Con la cabeza agachada estaba dando vueltas en torno del hogar materno. Crujía bajo los pies la hierba seca y rodaban las piedrecitas. Dio unas cuantas vueltas más y de repente se abrió la puerta del cuarto.

—¿Todavía estás aquí? —se oyó la voz temblorosa de la madre—.

Ya sé por qué te demoras. ¿Qué podrá hacer el hombre que decidió devolver el país al pueblo y está ahora así parado por estas cosas? Si quieres hacer la revolución olvídate de todo lo demás. Si quieres ocuparte de las cosas de casa, quédate. Decídete por una de las dos cosas.

El compañero Kim Il Sung se había parado a escuchar a la madre. No tenía necesidad de justificarse, además ni tiempo tendría para ello.

—En nuestra familia no hay ninguna tragedia —dijo la madre con voz más severa aún. Nuestra situación familiar siempre fue así. Si te preocupa la familia no harás la revolución. A un hombre con vida no le cerrarán la boca las telarañas. Un hombre que ha decidido recuperar su país no podrá hacer gran cosa si le tienen atormentado las preocupaciones familiares. Tú tienes que reunir una gran tropa y luchar. Me parece que no es una conducta buena esa…

La madre terminó de hablar. Eran las mismas palabras que le había dicho cuando él trajo la leña a casa.

—Te entiendo bien, mamá. Adiós.

El compañero Kim Il Sung se inclinó otra vez ante la madre, dio la vuelta y marchó por el lindero apretando cada vez más el paso y sin mirar atrás. Pero al llegar al pie de la montaña se detuvo y volvió la vista. La madre salió a decirle adiós con la mano, y él respondía también agitando la mano. Yong Ju subió a la colina con la intención de aventajar al hermano y le gritó desde allí unas palabras que el compañero Kim Il Sung no pudo oír. Las voces del muchacho se difundieron por los aires y a su encuentro fluía la luz de la puesta del sol, que con sus dorados rayos acariciaba el firmamento entero.

4

El bosque incluso de día estaba oscuro.

Como una muralla se alzaban hacia el cielo los alerces, pinos albares y alguno que otro arce y álamo temblón.

Había humedad, olía a moho, chapoteaba el agua, y los pies se hundían a menudo en el fango hasta las rodillas. Y sacarlos costaba un enorme esfuerzo, teniendo que agacharse casi hasta el suelo.

Rara vez a través del espeso follaje se podía ver un minúsculo pedazo de la resplandeciente infinidad celestial y los brillantes rayos del sol que penetraban.

El cielo estaba muy claro. Las copas de los árboles, como olas, se balanceaban al viento tornasoladas de nácar.

No había ningún sendero ni nada parecido, todo era bosque infranqueable alrededor.

Parecía que desde la creación del mundo el pie del hombre no hubiera penetrado en este bosque.

La columna avanzaba en línea recta.

Caminaba en marcha a través del monte Paektu una de las unidades de la Guerrilla Antijaponesa bajo el mando del compañero Kim Il Sung, salida de Liangjiangkou.

Había comenzado el raid cumpliendo una tarea concreta: abandonar sin ser vista la región del río Tuman, y llegar de súbito a las orillas del río Amnok.

La marcha fue muy dura, desde el mismo comienzo.

Tenían que abrirse paso a través de la espesura del bosque, trepar por las montañas escarpadas y hasta rodear varias veces las pendientes de

una misma montaña. Unos días cubrían una distancia de ciento y más *ríes* animosamente, y otros, después de hacer a duras penas treinta o cuarenta *ríes*, ya buscaban un lugar donde pernoctar.

En el mundo hay muchos caminos, grandes y pequeños, rectos y llanos, pero el destino de la vida llevó a esta gente por bosques y montañas intransitables, valles y desfiladeros.

No sólo la marcha era singular, sino también la composición del destacamento. Aproximadamente la mitad de los combatientes en uniformes verde-amarillos y zapatillas, iban armados con fusiles modelo 38 y los demás con fusiles de chispa y escopetas. Todos con su mochila a la espalda, pero no la tradicional de los alpinistas, sino un simple saco sujeto por los costados con cordones.

Por lo general eran muchachos y muchachas, la edad de los cuales no pasaba de los veinte años.

En lo físico todos se parecían: las caras morenas tostadas por el sol, fuertes, robustos, con voz enronquecida, dispuestos a cumplir cualquier tarea. Hacía poco labraban la tierra con azadones y batían el hierro con almádenas. Por eso cada uno de ellos conociendo mejor las penas que los estudios no sabía decir palabras bonitas y prefería más actuar que charlar.

Y a pesar de todo eran personas de una acusada personalidad, rebosantes de una vida pictórica.

Tomemos por ejemplo a Pak Hung Dok, el locuaz intendente principal, que siempre iba a la zaga de la columna. El, en su cargo de administrador del destacamento, estaba obligado a preocuparse de atender las necesidades de los combatientes. Cumplía sus tareas celosamente y con tanta escrupulosidad y calma que ya en Liangjiangkou se había ganado el sobrenombre de “tortuga”. No soportaba el menor desorden, era puntual, exigente en el cargo y en el trabajo revolucionario,

y cuando era necesario hacía uso de su ingeniosa picardía y habilidad. En todo era serio e imperturbablemente tranquilo, y no había quien lo sacara de quicio. Si le dicen que se cae el cielo encima se quedará tan campante. Caminaba con el fusil casi arrastrando, tan larga es la correa, contándoles a sus compañeros alegres historietas.

Iba al lado de su íntimo amigo, el ex-minero Cha Ki Yong, y le hacía reír, contándole cómo su padre tercamente se obstinaba en no dejarle ir a guerrilleros.

Cha Ki Yong al contrario de Pak Hung Dok era alto y ancho de espaldas y algo encorvado. Tenía un cuello largo y estirado, el rostro ceñudo, cejas negras y ojos vivos e inteligentes. Era muy inquieto, siempre andaba con prisas y se precipitaba hacia adelante como una flecha. Procedente de la provincia de Jolla, abandonó muy temprano la casa paterna y a los veintidós años ya había recorrido de punta a punta las trece provincias de Corea y trabajado en muchas minas. Y cuando llegó a la Mina de Carbón de Chongok se conoció con un revolucionario clandestino, enviado allí, y se dedicó con tanto ahínco a la lucha por la causa de la revolución, que incluso perdió su mala costumbre de emborracharse casi diariamente. Claro, su vida penosa, las infinitas calamidades dejaron sus huellas; era un tanto reservado, algo ordinario, pero al mismo tiempo bondadoso e imperturbable; nunca era el primero en decir una mala palabra. Sabía trabajar por dos: si se ponía a encender una hoguera preparaba tanta leña que bastaba para varias; si construía una choza para pasar la noche, la hacía tan grande que podían caber en ella no una sección, sino dos. La vida le enseñó a ser paciente, a saber resistir cualquier dolor físico o moral. Una vez en la mina una viga le agarró una mano y le aplastó dos dedos, pero Cha Ki Yong no gimió, ni gritó, solamente abrió la boca y se crispó de dolor. Nadie le había visto nunca llorar de dolor o quejarse de su destino. Era un hombre

experimentado, había visto de todo en el mundo.

Nadie sabía por qué dos personas de carácter tan distinto como Pak Hung Dok y Cha Ki Yong estaban tan unidas y se habían hecho tan amigos.

Allí donde estaba Cha Ki Yong siempre se oían las bromas de Pak Hung Dok.

Más adelante, separado de ellos por cuatro o cinco guerrilleros, callado y solitario, caminaba un poco encorvado Choe Chil Song. Tenía una expresión concentrada, como la de una persona ensimismada en profundos pensamientos, aunque en realidad no pensara en nada. Simplemente era su costumbre. Cuando se dirigía a sus compañeros por cualquier cosa insignificante, se enardecía como una muchacha. Era totalmente analfabeto, no sabía ni una letra. Toda su vida, desde los once años, fue bracero de un terrateniente. Tan sólo dos meses antes de incorporarse al destacamento de guerrilleros se marchó de su amo. Hablando de la parte distintiva de su vida se puede destacar a su joven esposa a la que tuvo que dejar en casa un año después de casarse. Su corazón cerrado con siete candados nunca manifestaba ni alegría ni disgusto. Hablaba quedamente, con voz insinuadora, su andar era ligero y silencioso. La expresión de su cara cambiaba sólo cuando algo le divertía mucho. Entonces meneaba la cabeza y entornaba los ojos dejando solamente unas rendijitas.

En cambio tenía unas manos de oro, todo le salía a las mil maravillas. El fusil de chispa que le habían encomendado lo limpiaba hasta dejarlo brillante como un espejo.

Corrían rumores de que Choe Chil Song llevaba en su mochila un almocafre. Pero nadie sabía de fijo si era verdad, y si lo era, para qué lo llevaba consigo.

Y ahora también camina con su paso ligero, la cabeza un poco inclinada.

Más adelante, el quinto de la columna era Jon Kwang Sik, un miembro de la Juventud Comunista de Jilin, muchacho inteligente, bien preparado teóricamente y muy consecuente en sus acciones. Tenía muchos rasgos en común con su colega, Cha Kwang Su, aunque más sencillo y rústico. Como de costumbre era poco hablador, sin dejar de ser algunas veces alegre. En él compaginan plenamente la seriedad y la alegría de la vida.

El, instructor político de la compañía, es modesto y dúctil en el trato, no quería hablar ni comportarse como un instructor que alecciona a los combatientes. Gran apasionado del libro, nunca se separa de él, aprovechando para leer cada instante libre durante los breves altos y antes de dormir. A las preguntas de los combatientes siempre responde pausada y detalladamente, y para que sus compañeros no crean que se vanagloria de sus conocimientos acostumbra comenzar la conversación con tales palabras: "en tal libro, sobre este asunto se dice lo siguiente"…, o "al respecto me han dicho".

En este momento, también sonriendo, conversa animadamente con el ordenanza Pyon In Chol.

Gozaban de la atención del destacamento entero tres guerrilleras. Siempre iban juntas, cuchicheando, riéndose y revelándose sus secretos. Eran como gemelas, se parecían de cara, en la manera de reír y en el andar, lo que dificultaba distinguirlas.

Además hasta los nombres eran parecidos, menos mal que por ahora las llaman simplemente "compañeras".

Sin embargo, poco a poco se fueron revelando sus rasgos peculiares.

Saltaba a la vista sobre todo Yong Suk de cara alargada y esbelta. Era poco locuaz. A través de sus largas pestañas los ojos le relucían como estrellas matutinas.

Decían que era cocinera en la casa de un señor. Yong Suk tenía un

aire triste, sobre todo cuando estaba soda, pero en cuanto se encontraba entre sus compañeros se transformaba por completo, era comunicativa, afectuosa y alegre. Tenía la costumbre de reírse tapándose La boca con la mano. La muchacha se destacaba por su laboriosidad, sobre ella parecía recaer todo el pesado trabajo de la cocina ambulante.

Yong Suk, procedente del pueblo Tuqidiangu, vino al destacamento, influenciada por Kang Pan Sok.

Cuando se acostaban le gustaba hablar a sus amigas de Kang Pan Sok, y, sin saber por qué siempre se le humedecían los ojos.

Las muchachas guerrilleras, sudando la gota gorda, cargaban con sus mochilas a la espalda, más repletas que las de los hombres.

—¡Oye, compañero Cha! —se dirigió Pak Hung Dok a su compañero Cha Ki Yong—. ¿Qué te parece, cuándo terminará el camino que acabamos de emprender?

La pregunta fue tan inesperada que Cha Ki Yong se paró, mirando de hito en hito a su interlocutor. Los rayos del sol penetrante, a través de las ramas de los alerces iluminaban en su frente una cicatriz azulada del tamaño de una moneda, propia de los mineros. Cha Ki Yong con sus largas piernas saltó un tronco caído y contestó perezosamente:

—Creo que esas cosas las debe saber mejor el intendente principal del destacamento, que un hombre que escarbaba como un topo las galerías de una mina.

—Hum —dijo Pak Hung Dok—. ¡Vaya, hombre! ¿Por qué hablas así?

—Bueno, al fin y al cabo, ¿para qué te hacen falta estos datos?

—¿Cómo que para qué? Pues porque como intendente principal tendré que calcular, empezando desde hoy y hasta el final de la revolución, cuántas veces dar de comer a los combatientes.

—Me parece que hemos tenido suerte con el intendente. De modo

que tú quieres contar de antemano cuántas porciones de tallarines habrá que servir en el banquete solemne con motivo de la liberación de la Patria —dijo Cha Ki Yong ruborizándose.

—¿Y qué? Pues esto tampoco está de más saberlo de antemano. ¿Qué opinas tú, en tres años lo lograremos?

Pak Hung Dok no dijo casualmente “en tres años”. Él hacía las cuentas a su manera, sobrepesaba unos y otros factores de la situación revolucionaria del último tiempo, llegando a la conclusión de que por muy prolongado que fuera el carácter de nuestra revolución ir es años serían más que suficientes para llevarla a cabo: un año piara su preparación, otro para la lucha decisiva y el tercero para asegurar la victoria definitiva. De este modo según sus cálculos para alcanzar el objetivo trazado se necesitaban tres años y aún quedaba tiempo de reserva.

—Pues yo creo que… —comenzó diciendo Cha Ki Yong muy serio, mirando a Pak Hung Dok—, para eso se necesitarán no menos de diez años…

—¿Qué dices? ¿Diez años? Exageras demasiado. ¿Sabes lo que dice el pueblo? Que en diez años cambian las montañas y los ríos. ¿No lo has oído? Y tú dices diez años. Aunque a ti se te puede Comprender, tú trabajaste en la mina y estás acostumbrado a otros ritmos. Y por eso dejas tanto en reserva. Sin embargo, yo pienso que alcanzaremos este objetivo bastante antes.

—Dios quiera que cumplamos esta tarea en diez, y ten en cuenta que todavía es poco. En la puesta en explotación de una sola mina se invierten años, y nosotros hacemos la revolución, queremos aniquilar al imperialismo y transformar el mundo injusto. ¿Acaso es posible realizar todo eso en unos años nada más? No te apresures tanto que se te van a ver tus aires pequeñoburgueses. ¡No lo olvides!

—Bueno. Basta de aleccionarme. Mejor que me demuestres por qué precisamente diez años.

—Pues porque diez años… —en realidad a Cha Ki Yong esa cifra se le escapó al recordar la intervención del compañero Kim Il Sung en Liangjiangkou en la que dijo que la revolución coreana sería larga y dura. Él no sabía explicar por qué se necesitarían precisamente diez años. Pero ya que dijo esa cifra debía justificarla. Y para salir de tal situación, Cha Ki Yong comenzó a dar explicaciones:

—¿Qué son diez años? Tres años multiplicados por tres, más uno. ¿No es así?

—Bueno, y qué más —dijo interesado Pak Hung Dok.

—Los tres primeros años se necesitan para aumentar nuestras fuerzas, explorar el terreno como lo hacen los geólogos cuando buscan carbón. Dicho de otra forma, hay que encentrar la manera de vencer a los samurais y derrotarlos lo antes posible. Los tres años siguientes les asestaremos golpes demoledores y limpiaremos nuestra tierra. Igual que en la mina cuando se extrae la hulla. Al principio se hace la perforación, después se coloca la dinamita, se explota, y luego se saca el carbón. Pero todo eso hay que hacerlo con inteligencia, sin prisas. Primeramente se pica el núcleo, luego los lados laterales. A título de comparación, el núcleo es el ejércelo y la policía japoneses; y el lecho, el suelo y las paredes son los elementos projaponeses: terratenientes, capitalistas y los traidores de la nación. Así es. ¿Qué queda para el siguiente trienio?… ¿Date, todavía, nos queda un trienio más?

—Claro, tú hablaste sólo de dos trienios.

—Sí, es verdad. Pues en el siguiente trienio construiremos el socialismo.

—Pero aún queda un año. ¿Qué hacer con él?

—Tú mismo puedes darte cuenta. Pues en cada empresa es necesario

dejar tiempo para la llamada “limpieza”. Como sacar de la galería los instrumentos, barrer el polvo, lavar las manos. ¡Ha-ha-ha! —Cha Ki Yong se reía a carcajadas, descubriendo sus relucientes dientes.

Pak Hung Dok comprendió que le habían tomado bien el pelo. Un tanto desconcertado se lamió los labios. En esto desde Las primeras filas corrió de boca en boca el aviso:

—¡Durante la marcha no hablar!

—¡Oy! —Cha Ki Yong se calló y se rascó la nuca.

* * *

Cuando oscureció los guerrilleros comenzaron a prepararse para el vivaque.

Se pusieron a hacer las chozas. Para lo que cortaron troncos no muy gruesos de alerces. Por delante ponían dos postes de una altura hasta el pecho de un hombre, sobre ellos colocaban los troncos apoyándolos contra las pendientes de las colinas. Resultaba algo parecido a un tejado en declive. Luego lo cubrían de ramas por encima y por los lados. Como de costumbre las chozas se colocaban una enfrente de otra, y en el espacio que quedaba entre el tas encendían hogueras para calentarlas. Ahora por todas partes bullía el trabajo: aquí y allá cada sección construía su choza, y un poco más lejos dos cocineros hacían sonar los cuchillos picando y cortando sobre los blancos tocones, limpios de las ramas. Otros al mismo tiempo partían leña, lavaban el grano y encendían el fuego.

Ahora Pak Hung Dok andaba en constante ajetreo. Con el rostro radiante, el pecho echado hacia adelante. Con un aire de importancia recorre las cocinas instaladas por los cuatro lados, dando órdenes acerca de la cena y el desayuno. Piara la cena es necesario preparar el mijo con

maíz molido, sopa de hierbas de las que abundan alrededor, y para el desayuno —en éste se mostró generoso— mijo glutinoso; para mañana está planeada una marcha forzada de cien *ríes*, por lo tanto a la gente hay que darle una buena comida.

Pak Hung Dok después de recorrer todos los objetivos dislocados en el bosque vino a parar cerca del Estado Mayor, donde se encontró con el compañero Kim Il Sung, sentado sobre un tronco caído cosiendo unos cuadernos de papel blanco. Pak Hung Dok no entendía para qué se esmeraba tanto en coser los pliegos bien doblados con cordones de cáñamo.

El compañero Kim Il Sung, ocupado en este trabajo desde el día anterior, le dedicaba cada minuto libre.

Pak Hung Dok le informó que los preparativos para pasar la noche y cenar marchaban bien, y sentándose a su lado le dijo:

—Permítame que le ayude. Yo sé hacer cuadernos.

—¿Sí? —el compañero Kim Il Sung cesó de doblar los pliegos de papel y le preguntó dónde había aprendido a encuadernar.

—Cuando yo tenía ocho años frecuenté durante cinco meses una escuela particular. Allí vi cómo se hacían los cuadernos.

—Entonces conoce los mil jeroglíficos —dijo el compañero Kim Il Sung, pinchando el papel con una lezna hecha de un simple alambre.

—Qué va, perdí el tiempo en vano, estaba como medio ciego, no comprendí nada, ni recuerdo nada.

—A ver, mire por favor si sirve para escribir.

Pak Hung Dok tomó en las manos el cuaderno que le alargó el compañero Kim Il Sung, pero no supo decirle nada.

—Bueno, ¿qué vale? —volvió a preguntar Kim Il Sung, y continuó—. Claro está que como en tal arte soy un profano, no resultó

tan bonito como quería, pero para escribir supongo que servirán. ¿Usted no tiene una navaja de bolsillo?

Cuadernos había unos quince. Al terminar de encuadernarlos el compañero Kim Il Sung los puso en un montón, y calculando a ojo el tamaño comenzó a recortar los bordes con la navaja que le había dado Pak Hung Dok. Ponía ciada cuaderno en el tronco, y aplicando la regla, con una destreza asombrosa les recortaba cuidadosamente los márgenes. A cada cuchillada las tiras de papel enroscadas caían a sus pies. Así iban saliendo uno tras otro magníficos cuadernos.

Pak Hung Dok, no sabiendo en qué ayudar al compañero Kim Il Sung, sólo seguía sus movimientos. Y pronto se alejó.

Yong Suk decidió abrir un pozo, despojando del musgo un hoyo. Trabajaba con tanto celo que hasta sudaba. La muchacha se enderezó y se secó el sudor de la frente con la manga arremangada.

En un claro matorral de arándanos percibió un dorado rododendro de flor delicada. Yong Suk quedó atónita, no podía imaginarse que en un lugar como éste encontraría la flor-orgullo del monte Paektu. El capullo estaba a punto de abrirse. Yong Suk cortó la flor, la olió y la prendió en el pelo, luego llenó el percuto de agua limpia, y se dirigió hacia el fogón, donde Hye Yong acababa de echar el grano en la olla y observaba el fuego, añadiéndole de vez en cuando leña. Al ver a Yong Suk no pudo apartar la vista de ella, el capullo de rododendro favorecía mucho su cara ovalada parecida a una hoja de sauce. Hye Yong se precipitó a su encuentro y con las manos húmedas estrechó su cara sonrosada.

—¡Oh, qué linda! —susurró Hye Yong como para sus adentros mirándola con los ojos brillantes.

—Si estuviéramos en nuestras casas, iríamos a recoger plantas. Ahora precisamente es la temporada…

Las pestañas largas de Hye Yong parpadearon, ella echó una mirada

hacia los montes lejanos; mientras Yong Suk se sonríe y en sus mejillas aparecen dos profundos hoyuelos.

Las chicas siempre son chicas, incluso cuando llevan el fusil al hombro.

En realidad, a pesar de la sonrisa se notaba que añoraban su tierra natal, y aquellos días en que iban a los montes cercanos al pueblo a recoger plantas. Asidas de la mano dos muchachas permanecieron largo rato admirando el lejano horizonte celestial.

—¡La sopa se escapa! —se oyó desde el bosque la voz fuerte y alarmadla de Pak Hung Dok.

Las chicas asustadlas corrieron aturdidas hacia la olla donde se estaba cociendo la sopa.

—¿En qué están ocupadas ustedes, cocineras guerrilleras? ¿Se han creído que vinieron a las montañas de excursión?

—Nos hemos distraído un momento. Dispénsenos.

—¡Vaya, qué cosas hace la primavera con la persona!

—La primavera no tiene nada que ver aquí —Hye Yong sonrió con gracia e inclinando levemente la cabeza fijó su mirada en Pak Hung Dok.

—¡Oh! ¡Ustedes mírenla! ¡Qué preciosidad! Una muchacha con fusil y lleva una flor en el pelo… —dijo severo Pak Hung Dok, aunque por dentro tenía ganas de reír.

—Por eso me disculpé.

—Mira tú, y además coqueta.

—Bueno, perdóneme —dijo Hye Yong y se rio.

Pak Hung Dok incluso pateó y de nuevo frunció el ceño.

—¿De qué se ríen? —él se volvió y una larga sonrisa descubrió sus encías.

Bajo un árbol ramoso Cha Ki Yong desnudo a medio cuerpo, corta leña enérgicamente. Sus tostados hombros cobrizos brillan de sudor.

Coloca el leño de arce en un tocón grande, da con fuerza un hachazo y de repente se oye un sonoro chirrido repetido por el eco; las astillas del tamaño de la palma de una mano vuelan por encima de sus hombros en todas direcciones. Los robustos troncos al rajarse despiden su aromático olor a resina.

Por el otro lado de la dislocación del destacamento se acerca Choe Chil Song con su fusil al hombro, viene despacio, apenas mueve los pies con la cabeza inclinada. Trae en su chaqueta una brazada de pimpinela.

Solamente de pensar que estas plantas las deberá llevar a las chicas cocineras su cara se cubría de rubor. El, sin saber por qué, temía que las chicas empezaran a tomarle el pelo y a llamarle “novio”. Y lentamente con visible desgana se acercó a ellas.

—¡Oy! ¡Miren! ¡Cuánta pimpinela nos ha traído el compañero Choe Chil Song! —Yong Suk corrió al encuentro del muchacho batiendo palmas, y Hye Yong que acababa de probar la sopa, con la cuchara en la mano, dio un salto.

—Gracias, compañero Choe. Usted es el más trabajador de nuestro destacamento —elogió Hye Yong al joven, y mirándole fijamente la mano le preguntó—. ¿Y el almocafre de dónde lo sacó?

Solamente ahora Choe Chil Song, dándose cuenta de que llevaba el almocafre en la mano, se sonrió.

—Precisamente con él sacaba las raíces de campánula de grandes flores.

—¿Campánula de grandes flores? Seguramente las desenterró todas y a nosotras no nos dejó ninguna.

Las muchachas, que hacía un momento bromeaban alegres se pusieron tristes, como niñas a quienes arrebataron los juguetes, mirándose una a la otra.

—¡Vamos nosotras también mañana!

—¡Vamos! Antes de que se nos vaya la primavera.

Llegó la hora de la cena. Los guerrilleros se sentaron por secciones en corro.

En grandes cubetas trajeron las gachas de maíz y arroz. Exhalaban un denso vapor que excitaba el apetito.

Cha Ki Yong puso en la caldereta su ración de gachas, encima echó la sopa y lo saló. El aromático olor a pimpinela le subió a la nariz. Cogió una cucharada de gachas, La sopló para enfriarla y la metió en la boca.

A Pyon In Chol, el guerrillero más joven, le daba tanto calor la comida caliente, que en la nariz le aparecieron gotitas de sudor. No se quedaba atrás Sang Son el larguirucho, de pies ligeros.

Sólo faltaban las muchachas guerrilleras que bien comían aparte a solas, en la cocina o se entretenían charlando.

Jon Kwang Sik varias veces trató de avergonzarlas, explicándoles que apartarse de los hombres era una supervivencia feudal. Pero las chicas siempre se salían con la suya, se acomodaban junto a los peroles en grupito, y bromeando decían que lo más sabroso le tocaba al que está más cerca de la cocina.

Durante la comida Pak Hung Dok solía visitar a sus subordinados, y ahora, anadeando, se acercaba sin prisa a los comensales sentados bajo un árbol.

—Buen provecho, compañeros. La comida no es muy exquisita, pero coman hasta hartarse.

—¿Y usted, intendente principal, ha cenado? —preguntó cortésmente Cha Ki Yong.

En tales casos Pak Hung Dok siempre contestaba igual “Ya comí”, y se pasaba la mano por los labios en señal de que decía la verdad.

Es más, nadie había visto nunca a Pak Hung Dok comiendo. Si le preguntaban los compañeros de la primera sección decía que había

comido en la segunda, y si le preguntaban los de la segunda contestaba que había comido en la primera. Ese era su comportamiento siempre que preveía escasez de productos. Renunciaba a la comida, para que les tocase más a los combatientes y contestaba de ese modo a las preguntas de los compañeros porque quería dar de comer más a los soldados, aunque sólo fuera una cucharada de gachas de hierbas. Cuando ya no podía aguantar más el hambre iba a donde estaban las cocineras a comer cortezas de gachas repitiendo que eso lo comía en reserva.

—Venga, vamos a ver si es verdad que nuestro intendente principal ha comido —Cha Ki Yong apartó el tazón de gachas y ágilmente se puso de pie.

Abrazó a Pak Hung Dok por la cintura, y sin darle tiempo a volver en sí, lo levantó con ligereza en vilo.

—¡Oh, qué ligero! ¡Esto no vale! Compañera Yong Suk, sirve a nuestro intendente principal doble ración de gachas.

—Vaya, hombre, sí, acabo de cenar en la tercera sección.

—Un momento. Ahora lo comprobaremos. Hoy así como así no se va.

Cha Ki Yong corrió a la tercera sección para cerciorarse de lo que decía Pak Hung Dok. Cha Ki Yong un tanto bruto a primera vista, era un muchacho de un gran corazón y con un profundo espíritu de observación. El hacía tiempo se daba cuenta de que Pak Hung Dok comía a medias.

Los combatientes sin sospechar nada creyeron que entre ellos comenzaba la broma de turno.

Cha Ki Yong, vuelto, se acercó a Pak Hung Dok y lo agarró por los hombros obligándole a sentarse. A pesar de que Pak Hung Dok no era nada débil, no tuvo más remedio que obedecer al alto y forzudo Cha Ki Yong y sentarse.

—No lo dejaré irse hasta que no coma en mi presencia las dos porciones.

—No sea importuno. Ya he dicho que acabo de cenar.

—¡Yong Suk, trae pronto las gachas! Desde hoy hay que vigilarle, de lo contrario se nos va a morir. Muchachos, por fin conseguí desenmascarar a nuestro intendente principal. ¿Saben lo que hacía? —Cha Ki Yong contó a sus compañeros las trastadas de Pak Hung Dok.

Choe Chil Song con dos ojos nublados se volvió de espaldas y dio un suspiro. A todos conmovió la atención de Pak Hung Dok de la que nadie se había dado cuenta hasta ahora. Sang Son que tomaba agua caliente después de la abundante cena, se quedó pasmado con la taza en la mano, un nudo se le formó en la garganta.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo vamos a comer tranquilos si el intendente principal se porta así? —reprendía muy serio Cha Ki Yong al intendente.

—Pues desde hoy que coma con nuestra sección.

—En castigo darle durante diez días doble ración.

Se oyó un murmullo general.

Pak Hung Dok tomó la escudilla de gachas con una sonrisa de culpabilidad, se rascó la cabeza y dijo:

—¿Y vosotros habéis creído lo que ha dicho ese embustero? No crean a Cha Ki Yong. ¿Qué interés tengo en pasar hambre? Yo como lo que quiero. Miren mis manos. ¿Acaso se parecen a las de una persona que pasa hambre? —Pak Hung Dok subió las mangas de la cazadora y les mostró los brazos.

Pero nadie le creyó.

—Sí quieren saber a mí no me hace falta comida para estar harto, me basta verles a ustedes comer con apetito. ¿Acaso nos hemos hartado alguna vez durante nuestra vida? Pasamos más días hambrientos que hartos. Diez años fui bracero y los diez pasé hambre. ¿A qué vine al

destacamento de guerrilleros? ¿A llenarme la barriga? No. Para eso bien podía trasladarme a un lugar apartado, dedicarme a plantar patatas y vivir sin preocupaciones. Juzguen ustedes mismos. Aquí nos hemos reunido personas distintas: Choe, Ri, Pak, Min, Cha y otros muchos. Y todos comemos del mismo calderón, nos emparentamos en una sola familia. Cuando los veo comer con tanto gusto, me vienen a la mente diferentes pensamientos. Creo que por muy cruel que sea nuestro mundo cada uno de ustedes si quisiera podría encontrar un rinconcito caliente y una cocinilla donde cocer unas simples sopas de sosa. En cambio nosotros hemos escogido otro camino. ¿Por qué? Pues porque queremos conseguir la independencia de Corea, convertir nuestro país en una región floreciente, construir el socialismo y el comunismo. A menudo yo sueño en el día en que nuestro país obtenga su liberación. Entonces el compañero Cha, y el compañero Ri, y el compañero Sin, todos ocuparán sus respectivos puestos. Habrá entre ustedes militares, ingenieros, científicos, obreros y campesinos. ¿Podré entonces darles de comer también de un mismo calderón? Lo dudo. Entonces seguramente todos comerán arroz con pescado y el delicioso kimchi. ¿Pero acaso se podrá comparar aquella comida con la nuestra de guerrilleros que nos hace Yong Suk? Así que no olvidemos esto, muchachos. Y tampoco olvidemos nuestra cocina guerrillera. Claro, que no podemos decir que os alimentamos bien, de eso ni hablar. Pero, sin embargo, eso no nos impide caminar doscientos *ríes* por día, dormir en la tierra húmeda y luchar a muerte contra el enemigo. ¿Es así? Cuando liberemos la Patria nos reuniremos todos los años en mi casa. Aunque para aquel entonces tendremos suficiente arroz y carne, prepararemos a la guerrillera nuestras gachas de harina de maíz y sopa de plantas, y recordaremos nuestros días pasados. ¿Vendrán? ¿De acuerdo?

Nadie contestó. Pak Hung Dok echó una mirada a los compañeros y

en sus labios regordetes apareció una sonrisa.

—¿Por qué callan? ¿No desean hablar? Como quieran. Entonces me pondré a comer. A mí me han impuesto un castigo y tengo que obedecer. A ver, Yong Suk, tráeme todo lo que tengas por ahí. Ya que se empeñan me comeré aunque sean diez porciones.

Pak Hung Dok comenzó a comer la sopa y las gachas. Al llevar la cuchara a la boca la soplaba, la sopa estaba muy caliente. Después de terminar rápido la comida y enjuagar la boca con agua preguntó por Choe Chil Song.

Choe Chil Song estaba sentado en la campa de arándanos entretenido en algo, de espaldas a sus compañeros.

—¿Chil Song, quieres venir un momento?

Desde detrás de un arce apareció Choe Chil Song.

—Gracias por la pimpinela. ¿Y qué hacías ahí?

—Nada de particular.

—Vi que estabas limpiando con hierba. ¿Qué hacías?

—Un almocafre.

—A ver, muéstramelo.

El muchacho se turbó y miró confuso a Pak Hung Dok. Hubo que repetirle la pregunta, sólo entonces se fue y trajo el almocafre.

Pak Hung Dok cogió el almocafre con el mango, de fresno y hoja muy afilada, y lo miró y remiró por todos lados con curiosidad.

—¿De dónde lo sacaste?

—Lo encontré en el borde del camino cuando pasaba cerca del barranco Hagundegi.

—¿En el camino dices? Así que cuando sacabas el tabaco de la mochila, allí cerca de la roca, ¿ya lo tenías?

—¡Exacto!

—Miren qué limpio, se puede comer con él.

El almocafre pasó de mano en mano. La gente lo miraba como si fuera algo de otro mundo.

—Este no es un almocafre corriente. No es un simple instrumento de producción, sino el símbolo de la fidelidad del hombre a su clase. Ese es su significado —dijo pausadamente Jin Bong Nam, dando a entender que no bromeaba.

—Hoy habrá que revisar todas las mochilas. Encontraré no pocas cosas curiosas.

El mismo Choe Chil Song también comprendía que en el destacamento de guerrilleros no necesitaría el almocafre. Pero no pudo separarse de él, estaba demasiado acostumbrado a su instrumento de trabajo y su presencia era tan natural como la de sus cinco dedos de la mano.

La suposición expresada por alguien de que en las mochilas habría muchos "tesoros", no se confirmó. En menos de diez días ya todos sabían lo que llevaba cada uno. Todas las mochilas eran algo así como una despensa común.

No obstante cada uno podría hablar de su mochila días enteros. La mochila era como un yacimiento donde el ayer iba aparejado con el mañana.

En el ardor de las bromas acerca del contenido de las mochilas alguien gritó de súbito.

—¡Compañeros! ¡Mirad! ¡El monte Paektu, el monte Paektu! —vociferaba como si hubiera ocurrido algo Cha Ki Yong desde lo alto de un montículo donde descansaba.

Todos se lanzaron allí. Choe Chil Song guardó el almocafre y también corrió detrás de los compañeros.

Todos se encaramaron a un enorme canto pelado al lado del cual crecía un álamo temblón.

—¡Oh! ¡El monte Paektu!

Todos puestos de puntillas, miraban la blanquecina cumbre de la montaña.

Como un océano infinito se extendía el inmenso mar boscoso. El cabrilleo azulado de los árboles se perdía en la lontananza y en el fondo del cielo despejado colindante con el horizonte, se erguía la cumbre titánica del monte Paektu, reluciendo su brillo plateado.

Jon Kwang Sik se subió al pico más alto de la roca y haciendo visera con la mano miraba hacia lo lejos.

A su lado de la misma estatura que Jon Kwang Sik estaba Cha Kwang Su. Tenía la boca abierta de asombro y a primera vista se parecía a una persona que hubiera perdido La razón.

Choe Chil Song y Pyon In Chol que habían llegado los últimos pasaban de un lado a otro buscando donde mejor acomodarse.

Los jóvenes hechizados por el cuadro tan extraordinario en solemne silencio observaban la línea donde la tierra se juntaba con el cielo. Guardaban silencio incluso los más apasionados como Pak Hung Dok y Cha Ki Yong que en tales ocasiones solían expresar sus sentimientos en voz alta, contagiando su humor a los demás.

El sol se ponía en el horizonte.

Los rayos del sol poniente disipaban el ligero humo vespertino, perfilando el majestuoso panorama de las montañas.

El cielo cambia su color, sucediéndose el azul, el lila y el rosa pálido; las copas de los árboles poco a poco se tornan azuladas. El inmenso mar boscoso al principio de un color nacarino deslumbrante más tarde se tino de verde azul, luego de celeste y por último de verde claro.

En el fondo de todo eso se alza orgullosa la cumbre plateada del monte Paektu.

—¡Compañero Jon! ¿Qué nos dices? —interrumpió el silencio Cha Kwang Su.

—Las palabras aquí están de más. Ante tanta grandeza la cabeza se inclina por sí sola.

—A mí me parece que estoy viendo al fundador de nuestro país.

—Sí. Así es. Y al mismo tiempo el santo testigo de la historia del país.

Los combatientes a media voz empezaron a intercambiar opiniones.

Hablaban de la majestuosa y solemne impresión que les produjo el monte Paektu y de que esa sensación superaba todo lo oído antes.

Cada coreano desde niño oye hablar mucho del monte Paektu y tiene su propia idea de éste aunque nunca haya visto de cerca el legendario monte.

Aun en tiempos muy remotos cuando todo lo existente en el Universo comenzó de entre el gran caos su despertar, cuando en nuestra Tierra sólo había dos o tres continentes, y por todas partes flameaban las llamas —testimonio de que otrora todo era una masa de fuego—, en un rincón de Oriente del monte Paektu ya tenía su lugar destinado. No se sabe cuántos años pasaron desde entonces, pero según cuenta la Leyenda, cuatrocientos años atrás de la tierra brotaba el fuego y como resultado apareció una de las creaciones más sublimes de la naturaleza.

De la lava y las cenizas se formó la península, surgieron las montañas y prados, ríos y lagos. No en vano dicen que las cintas acuáticas del lago celeste Chon del monte Paektu se ven desde la cima del monte Thaebaek y el lejano lago Paeknok en el monte Halla.

Las personas que nacieron y crecieron en tierra coreana crearon no pocas leyendas cantando el monte Paektu. Adoraban al monte Paektu como montaña sagrada y mirándola adivinaban los destinos humanos, determinaban cómo sería la cosecha y el tiempo. A ella se deben las leyendas sobre la creación del Estado coreano.

En el cráter de la antigua montaña, desgarrada en los siglos por las

tormentas y crudos fríos, está el hermoso lago Chon en el que nacen el majestuoso río Amnok y el caudaloso río Tuman, que como dos enormes brazos del monte Paektu se tienden muchos miles de *ríes.* Aquí termina la primavera y el verano, y aquí empieza el otoño y el invierno.

La primavera desde la costa del Mar Sur, donde florecen copiosas rosas encarnadas, avanza hacia el norte, arrastra las aguas desheladas de los pozos Sangpal en el monte Kumgang hacia la Cascada de los Nueve Dragones del pozo Kuryong.

En esa temporada florecen los muguetes y la sierra de Rangnim se envuelve en el fuego rojo del rododendro. Los abedules del cerro Chongbong, al librarse del musgo negro, se visten con su corteza blanca plateada y se cubren de hojas azuladas. Mientras en el lago Chon aún reina el invierno, los hielos al romperse crujen estrepitosamente, los fuertes vientos levantan y avenían trozos de pómez, del tamaño de un puño, hasta el cerro Paeguebong, y más lejos, hasta el pie de la cordillera Musan. Los frecuentes derrumbamientos de nieve sacuden la tierra, y entonces avalanchas de nieve, destrozando estrepitosamente las rocas en su camino, ruedan hacia las orillas del lago Chon.

Pero a pesar de todo, aquí también llega la primavera.

Bajo los hielos susurra alegre el agua, de debajo de la nieve asoman tímidamente sus cabezuelas las azaleas. La primavera en el monte Paektu es corta y con bruscos cambios de tiempo. Pero la naturaleza la dota de colores abigarrados, siendo los cambios momentáneos y deslumbrantes.

Cuando en el fondo níveo las azaleas abren sus morados pétalos, los rododendros dorados, compitiendo con ellas, abren sus flores amarrillas, balanceando al viento sus gruesas y lustrosas hojas. Este adorno lo complementan los frágiles pétalos de la amapola campestre y el arándano que no queriendo quedarse a la zaga de los demás también se estiran hacia arriba, hacia la luz y el calor. Simultáneamente reviven los

abedules del monte Paektu transformando el paisaje montañoso; los alerces, los pinos albares y los abetos con las ramas torcidas hacia un lado, como una escoba, renuevan su vestidura.

La primavera está en su apogeo y el oso en el monte Mudu continúa chupando la pata mirando la nieve y no piensa abandonar su guarida; los rebaños de ciervos bajan hacia el barranco al aguadero. Al ver caídas las vigorosas cuernas del año anterior clavadas en un montón de nieve movediza, los ciervos braman tristes, y de repente, no se sabe de dónde, se oye el rugir del tigre hambriento.

Es maravilloso el lago Chon en verano.

Allí donde se desencadenaban las ventiscas primeramente se forma un hueco del tamaño de un abalorio y en varios días se va ensanchando hasta formarse un mar azul de cuarenta *ríes* a la redonda. Precisamente entonces comprendes la hermosura de los visos del cristal del lago Samjiyon. Semejante a un recipiente de cristal multicolor, y a un espejo mágico capaz de levantar la niebla, el viento y las nubes.

El monte Paektu —progenitor de nuestro país— crió a las personas y cuidó la naturaleza. Durante siglos fue testigo de las alegrías y penas del pueblo, y compartiendo el destino de la nación, sufría calamidades; la montaña cambiaba su apariencia, adquiriendo paulatinamente su significado simbólico actual.

Llegaron los samurais y comenzaron a pisotear el país.

Desde ese día la montaña de cabeza blanca no conoció jamás la tranquilidad. Caían árboles seculares; se derrumbaban las rocas. Los bárbaros japoneses saqueaban sin piedad los bosques, la montaña gemía bajo los hachazos de los intrusos.

No obstante El monte Paektu resistió, ensanchó su pecho y empezó a esperar paciente la llegada de sus valientes hijos.

Durante más de veinte años oía el llanto dolorido del país que se

hundía, y llamaba a su pueblo consumido por la esclavitud: “¡Venid aquí, venid a mis brazos!”

No esperó en vano. Los valerosos hijos vinieron.

Y he aquí, mudo testigo de la historia de Corea, con los brazos abiertos, recibiendo afablemente al incomparable héroe de este país…

—¡Oh, qué hermosura! ¡Mirad allá! —exclamó Cha Kwang Su, indicando con La mano.

En el horizonte poco a poco se iba apagando la aurora vespertina y la oscuridad se hacía más densa.

Y en el instante que desaparece el último rayo del sol la cumbre blanca de la montaña se ilumina de rojo vivo, como una antorcha gigante encendida.

—¡Ah! ¡Cómo arde, parece una enorme antorcha! —se admiraba Cha Ki Yong.

—El día en que fue creada la guerrilla por la tarde, en el bosque de Fachaitun, pasamos delante del compañero Comandante en jefe quien tenía en la mano una antorcha como ésa —exclamó Jon Kwang Sik levantando en alto el puño.

—¡Bueno! ¡Compañeros! Ahora miren a este lado. Los bosques que por aquí se extienden somos nosotros, nuestro pueblo. Aquellas cumbres pequeñas que parecen puntos, son la personificación de nuestros destacamentos guerrilleros. Todos se reunieron en un centro único. Aquella cumbre con la antorcha en alto, es nuestro Comandante en jefe…

Los brazos se alzaron, se oyeron exclamaciones.

Los guerrilleros recordaban el inolvidable día 25 de abril.

La cumbre del monte Paektu se bañó de rojo vivo. Parecía que por la eternidad.

Al poco rato los guerrilleros bajaron al vivaque.

*   *   *

Cha Ki Yong era ya el tercer día que caminaba cojeando.

Sus pobladas cejas se erizaron, y en el entrecejo apareció una honda arruga. Caminaba respirando con dificultad. Llevaba los pies calados, chapoteando dentro del calzado mojado y Heno de fango, cada paso le producía un dolor insoportable en todo el cuerpo.

No obstante, marchaba tenazmente a la cabeza de la fila.

Las zapatillas atadas con corteza de tilo, aunque parecían macizos ya estaban rotas y los dedos le asomaban. Bajo los pesados pasos de Ki Yong crujían los tallos secos del arándano y los pies se hundían profundamente en las piedras pómez desparramadas.

Llevaba los fusiles, uno a cada hombro, una mochila encima de otra, y un fusil de más; los pantalones rotos en dos lados y él empapado de sudor. Una punta de la visera doblada hacia abajo, dos botones de la camisa desabrochados, dejando al descubierto su pecho húmedo chorreando gotas de sudor.

Pero el continúa su camino a través de espesos matorrales.

Detrás le siguen en fila india Pak Hung Dok, Bong Nam, In Chol y Sang Son el larguirucho. Las muchachas van en medio de la columna, los chicos les ayudan en los trechos más difíciles. Yong Suk llora, es duro para una chica resistir este trayecto, pero su mochila y fusil no los confía a nadie, los lleva ella misma obstinadamente.

Hye Yong y Myong Ok hacía tiempo que iban a la ligera, toda su carga la llevaban los chicos, pero de todos modos caminaban con dificultad.

Jon Kwang Sik, instructor político de la compañía, parco en palabras, cerraba la marcha. El también cargaba con otra mochila de alguien. Las

piernas le tiemblan del cansancio tan agotador, cada paso le cuesta un enorme esfuerzo. Al menor tropezón, Jon Kwang Sik cae como un saco. Pero al instante se levanta sin que los combatientes se den cuenta de su cansancio, y sigue la marcha como si nada hubiera sucedido.

El más vigoroso resultó Pak Hung Dok. No se sabe en qué medida esto es cierto, pero dicen que el propio Pak Hung Dok les había confesado que tenía las piernas tan resistentes como un burro, y que por mucho que andará nunca se salían ampollas.

Todos van callados, mirando a la tierra, soportando el cansancio y dolor de pies.

El compañero Comandante en jefe disimulando toda señal de cansancio, intercambia una que otra frase con Cha Kwang Su. Se adelanta unas veces hasta el principio de la columna, otras regresa a las filas de atrás junto a Jon Kwang Sik.

Cha Ki Yong ansiaba un alto. Pero mientras no dieran la orden habría que seguir caminando. Delante, a unos quinientos metros, se divisaba una leve cuesta, y pensó que allí harían un alto. Mordiéndose el labio inferior se precipitó derecho hacia el objetivo.

Un minuto después se desilusionó. Al aproximarse a la cuesta —lugar apropiado para descansar— no se dio ninguna orden, a pesar del camino tan largo que habían hecho. En otros tiempos, ya habrían hecho dos paradas como mínimo.

Dejando atrás la campa de arándanos caminaban por un sendero cubierto de una espesa capa de piedras pómez en las que se hundían los pies dificultando cada vez más la marcha.

La columna superando inmensos obstáculos continúa avanzando.

Cha Ki Yong movía los pies casi instintivamente, el sudor le corría por la barbilla. Un árbol caído atrancaba el camino. Cha Ki Yong sin fuerzas para atravesarlo hizo un rodeo. Los guerrilleros salieron del

monte y durante algún tiempo caminaban por un campo. El sol abrasaba, la sed era insoportable. Tenían la garganta seca y ardiendo de calor.

Por fin, a eso de Las cuatro de la tarde anunciaron el alto.

Los guerrilleros sin quitarse la mochila se tendieron en la hierba.

Les dolían tanto los pies que se creían incapaces de dar un paso más.

Unos minutos más tarde el ordenanza Pyon In Chol anunció que pernoctarían allí.

—¿De veras? ¡Estupendo! —exclamó alegre Cha Ki Yong agitando el brazo. Se tendió boca arriba bajo un alerce.

Se dejó ver la cicatriz en la frente y el diente delantero que le faltaba. Lo había rolo el año antepasado en la mina al querer cortar con los clientes un alambre de acero.

—¡Eh, compañero Bong Nam! ¿Qué te pasa, que pareces un muerto? ¿Acaso no eres ferroviario? Pues los ferroviarios bien que saben dar al pico con calor y sin él —bromeaba Pak Hung Dok volviéndose hacia Bong Nam, tumbado delante de él sin moverse.

El joven de veinte años Bong Nam, de cara alargada y hombros un poco torcidos, trabajaba en Musan en la vía férrea.

—No como nosotros, los labradores —añadió Pak Hung Dok—. Aunque Cha Ki Yong nos contó que también los mineros después de terminar la jornada apenas pueden mover las piernas. Que mientras se trabaja no se siente nada pero en cuanto suena la sirena para la comida no se sostiene de pie del hambre.

Cha Ki Yong mientras se seca con la toalla la cara contempla el cielo. Y no se nota ni oye lo que de él hablan.

—Tú, compañero Pak, como eres fuerte todavía, puedes hablar. El compañero Cha, durante la marcha sí que se portó como un bravo. Avanzaba con la cabeza baja a través del tremedal como un tanque. Eso sí que era un espectáculo.

—A propósito, a mí me cargaron con varias mochilas, pero verdad que no me pesaban mucho. Bueno, basta de esto. Compañero intendente principal, ¿ha encontrado alguna solución eficaz? —preguntó Cha Ki Yong volviendo despacio la cabeza hacia Pak Hung Dok. Hacía alusiones a la comida.

—¿No echaremos mano de la reserva intangible de harina de avena? —preguntó preocupado Bong Nam mirando al rostro sereno de Pak Hung Dok.

—¿Usted efectivamente cree que nos quedamos tan pobres que deberemos recurrir a la reserva intangible? —dijo entre dientes Pak Hung Dok.

—Eso lo sabrá mejor el intendente principal. ¿Por qué ha sido tan larga la marcha de hoy? —preguntó Bong Nam desentumeciendo una pierna y pasando la mirada de un compañero a otro.

—De todas formas es mucho mejor hacer la marcha de una vez que darle largas a la cosa.

—A ti no se te puede poner a jornal. Eres un destajero de nacimiento —advirtió Pak Hung Dok echando una migaja de tabaco en un papel de periódico y liando un cigarrillo.

Después de fumar los guerrilleros se animaron. Prepararon con agilidad el lugar donde acostarse e instalar la cocina. Cha Ki Yong tomó el hacha en las manos y se puso a cortar troncos robustos.

—Ahora sí que podríamos hacer mil *ríes* de un golpe. ¿Y a usted qué le parece, compañero Cha? —preguntó a Cha Kwang Su, que estaba a su lado, el compañero Kim Il Sung que después de haberse lavado en el arroyo se secaba la cara con una toalla.

—Solamente a los ciento veinte *ríes* hicimos un alto.

—Si contamos el tremedal y los trozos de camino cubiertos de piedras pómez eso equivale a doscientos *ríes* de camino normal —añadió

Jon Kwang Sik encendiendo un cigarrillo.

El compañero Kim Il Sung se sentó en un tronco al lado del arroyo de donde soplaba un aire fresco. Después de culminada felizmente la difícil marcha de la jornada y haberse lavado con agua fría permanecía en un excelente estado de ánimo.

—Tráigame el portamapas, por favor. Allí debo tener un plano.

Cuando se lo trajeron sacó de un libro el mapa de la región y lo despliego.

—Hoy el compañero Cha Ki Yong condujo bien al destacamento —dijo el compañero Kim Il Sung.

—Los muchachos dicen que es tenaz como un tanque —señaló Cha Kwang Su con su voz ronca inclinándose sobre el mapa extendido en un tronco.

—Mejor llamarle locomotora que tanque —advirtió Kwang Sik fumando. Como seguía teniendo calor desabotonó la camisa y se abanicaba con la mano. Cha Kwang Su con un leve ademán se negó de la bolsa para el tabaco que le ofrecía Jon Kwang Sik tratando de encontrar en el mapa el itinerario de la marcha del día.

—Cha Ki Yong es un verdadero representante de la clase obrera. Yo a veces lo admiraba cuando le veía abrirse paso por entre los matorrales. Avanzaba tan rápido que ningún camión rodando por un camino bien allanado lo hubiera alcanzado. Si estuviese presente aquel corresponsal japonés, le presentaría a Cha Ki Yong —sonrió satisfecho el compañero Kim Il Sung, echando para atrás el mechón de pelo que le caía en la frente—. Magníficos compañeros. Tanto Cha Ki Yong y Choe Chil Song, como en general todos los que se incorporaron a nuestras filas después de la conferencia de Mingyuegou, son representantes seguros de nuestra pura generación joven. Carente de toda tendencia errónea de los años veinte: sectarismo, servilismo, dogmatismo, está dotada de las

cualidades necesarias para ser el ayudante seguro del Partido de nuevo tipo que deberemos crear. Tendremos que educada con paciencia, templarla en la lucha armada. Bueno, y ahora pasemos a examinar el itinerario de nuestra futura marcha.

El compañero Kim Il Sung abrazó por los hombros a Cha Kwang Su y a Jon Kwang Sik, y los sentó a su lado.

Jon Kwang Sik, sentado en el tronco, pensaba en las palabras que acababa de decir el compañero Comandante en jefe. El compañero Kim Il Sung siempre que hablaba de la lucha armada, hacía relación a la preparación para fundar el Partido. Subrayando cada vez la importancia de la labor educativa de “la nueva generación de obreros y campesinos avanzados.

El compañero Kim Il Sung indicando en el mapa, reparó en que por lo general la primera etapa de la marcha por la región del monte Paektu estaba terminada, y que ahora la siguiente a emprender tenía como fin desplegar en esta región el trabajo político y militar entre los habitantes.

—En Antu proclamamos la creación de la Guerrilla. Inmediatamente celebramos la Manifestación del Primero de Mayo abiertamente. Luego libramos el primer combate en Liangjiang, y nos escondimos furtivamente en la zona del monte Paektu. La primera fase de la marcha culminó con relativo éxito. El enemigo enfurecido seguramente busca atolondrado por todas partes a las fuerzas guerrilleras principales. Los destacamentos guerrilleros dislocados en Antu, ahora dispersos, actúan en distintos sectores. Y nosotros, a escondidas, nos dirigimos a la región del monte Paektu. Aquí por ahora podremos actuar tranquilamente. Antes de salir de Liangjiangkou, les hablé en dos palabras del objetivo de nuestra marcha. Voy a repetirlo. Puede decirse primeramente que, tanto por composición de sus habitantes como por sus condiciones físicogeográficas, esta región es de perspectiva para nuestra lucha

guerrillera. La mayoría de la población es gente que se vio obligada a abandonar la Patria y esconderse aquí salvándose de la opresión y explotación de los imperialistas japoneses. A medida que se iba difundiendo en nuestro país el marxismo-leninismo, después de la victoria de la Revolución Socialista de Octubre en Rusia, esta región se convirtió en centro del movimiento político, cuya tarea consiste en pasar del movimiento nacional al comunista. Aquí los tupidos montes y desfiladeros inaccesibles son una especie de fortaleza natural. En el presente estamos creando puntos de apoyo en la cuenca del río Tuman, y en el futuro utilizaremos este territorio eficazmente en la lucha armada antijaponesa. Sembrar las semillas de la lucha armada en esta fértil tierra significa trabajar en aras del futuro venidero.

Ya oscurecía. Pyon In Chol iba y venía con leña para encender una hoguera y la encendió.

El compañero Kim Il Sung se levantó de su asiento, aparta de la hoguera el calzado mojado, descolgó de un ramo la chaqueta y se la puso en los hombros. Luego regresó a su sitio, y se sentó.

—A unos siete kilómetros de aquí, por camino recto, está el pueblo Chonsangdegi. Hace tiempo, cuando yo vivía en Fusong, oí contar que en el monte Paektu se encontraba el poblado más cercano al cielo, como dice el pueblo. Verdad que yo no tuve la oportunidad de visitarlo, pero me dijeron que era un lugar montañoso tan remoto, que incluso las autoridades japonesas, no se atrevían a penetrar allí. Nosotros crearemos allí nuestra base, y en primer término desplegaremos la labor política entre la población de esta región montañosa. Yo estuve más de una vez en las regiones de Fusong, Donggang y Xigang, y conozco un poco la situación local.

—¿En esos lugares entonces ya se sabía lo de “Saenal”? —preguntó Jon Kwang Sik mirando a Cha Kwang Su. Jon Kwang Sik insinuaba el

período de actividad revolucionaria del compañero Kim Il Sung, cuando dirigía la Unión de Niños “Saenal”. Cha Kwang Su que desde tiempos de la Unión para Derrotar al Imperialismo en Huadian participaba en la lucha revolucionaria bajo el mando del compañero Kim Il Sung, se turbó, al oír mencionar los acontecimientos de los años pasados, pero en vista de que la pregunta de Jon Kwang Sik no era vana, creyó que no tenía derecho a callar y contestó en pocas palabras.

—Eso ocurrió hace cinco o seis años —dijo el compañero Comandante en jefe—. No merece la pena recordarlo. Aunque, claro, dejó sus huellas. De una manera u otra, tenemos que entrar en el poblado Chonsangdegi. Es un típico rincón montañoso desde el cual nos será fácil mantener los alrededores bajo nuestro control. Escogeremos las zonas colindantes al monte, la fortaleza natural. De esta forma cobran singular importancia las noticias de que el último tiempo las unidades del Ejército de Kwantung avanzan en dirección de la cuenca del río Tuman a través de estos lugares. Por eso debemos mantenernos más cerca del bosque. Atravesaremos Laolin, y saldremos cerca de la montaña Pavisan. Allí examinaremos el problema de la creación de un frente unido con las unidades del Ejército de la Independencia, dispersas por la cuenca del río Amnok. Y con esto terminemos nuestra conversación de hoy.

Cha Kwang Su y Jon Kwang Sik cerraron su libro de apuntes, y ya querían levantarse del sitio, cuando el compañero Comandante en jefe los detuvo.

—Un momento, compañero Cha. ¿Usted ha comprobado el estado de las provisiones?

—Sí. Me han informado que junto con la reserva intangible nos alcanzarán para uno o dos días.

—Así me lo suponía yo. Este asunto también lo resolveremos en Chonsangdegi. Seguramente por esto está preocupado el intendente

principal Pak Hung Dok. Me han dicho que él muchas veces se niega a comer. Ocúpense de que no lo repita más.

—A sus órdenes, compañero Comandante en jefe —contestaron al unísono Cha Kwang Su y Jon Kwang Sik, y se sonrojaren.

Jon Kwang Sik preguntó al compañero Comandante en jefe si no le parecía mejor dar hoy a los combatientes pleno descanso, teniendo en cuenta que en el programa de estudio político no iban retrasados.

Jon Kwang Sik siempre que pedía algún permiso lo hacía sin dar una explicación detallada.

—Bien, que descansen. Después de la cena reúname por favor a los compañeros que le indiqué ayer. Los demás asuntos, del día yo mismo los arreglaré. Por hoy, no tengo más que decirles.

*   *   *

Después que se fueron los dos comandantes, el compañero Kim Il Sung, con la chaqueta en los hombros, se echó a andar lentamente por el bosque.

—Dicen que esta aldea está situada más cerca del cielo que cualquier otra; allí, donde nadie ha hincado el arado, hay que roturar la tierra y sembrarla… —murmuró inesperadamente para sí, dirigiéndose hacia un arbustillo de arándano.

Llegar a la más recóndita montaña y desplegar allí la labor política entre gentes que por ahora no tienen conciencia política, es una empresa que vale la pena y, al mismo tiempo, de gran responsabilidad. En Wujiazi y Guyushu, y últimamente en Fuerhe se había convencido, personalmente, dé que en todas partes existían condiciones específicas; gentes con distinto nivel de desarrollo, y que cada vez le exigía audacia y discreción en su proceder.

El trabajo político entre las masas, igual que la auténtica creación

artística, exige perfección y alta maestría.

¿Cómo será la psicología de la gente de esa región, que por primera vez tendrá que entrar en contacto con los guerrilleros antijaponeses? ¿Qué habrá que hacer para despertar en ella, casi aislada de la vida política, el deseo de levantarse a la lucha por el renacimiento de la Patria? ¿Qué se necesita para convertir estos lugares en una importante base secreta del destacamento de guerrilleros? ¿Qué le debemos dar a ella, y qué nos puede dar ella a nosotros?

Deambuló largo tiempo por el bosque cortando das puntas de las ramas llenas de arándanos, que después arrojaba al suelo, y arrancando hojas de alisos, respirando su penetrante aroma.

Recordó su impresionante actividad en el período “Saenal”, que había evocado Jon Kwang Sik. ¿Qué hará ahora el compañero Jang, cuyo nombre mencionó durante La conversación con Paek Kwang Myong?… Pero ahora tenía planteada otra tarea, llegar a lo más profundo posible del bosque. De pronto le llamaron:

—¡Compañero Comandante en jefe!

Se paró y se volvió de espaldas y vio a Jon Kwang Sik en la oscuridad.

—Se han reunido los compañeros con los que usted quería hablar —dijo aquél.

—¿Sí? Compañero Jon, quería aconsejarme con usted, sobre un asunto —el compañero Kim Il Sung se acercó a Jon Kwang Sik.

—¿No convendría enviar mañana mismo por La mañana, a la aldea de Chonsangdegi, a la vanguardia? ¿Qué opina usted?

—También hemos hablado de ello con Cha Kwang Su —respondió animado, y en posición de firme, Jon Kwang Sik.

—¿A quién enviar mejor?

—¿Qué le parece que vaya yo?

—¿Usted? Bien. Así lo he pensado yo. Llévese a dos ó tres combatientes consigo.

—¡Bien! Me basta con dos.

—Pues escójalos usted mismo.

Jon Kwang Sik se fue. El compañero Kim Il Sung se encaminó hacia la tienda de campaña. Al ver al compañero Comandante en jefe, que deambulaba debajo de un árbol, Choe Chil Song pensó: “¿Tal vez habré confundido algo?” Dijeron que iba a celebrarse reunión, y allí no había nadie todavía. Choe Chil Song no sabía qué hacer, pero en aquel momento le vio el compañero Kim Il Sung y le llamó. Choe Chil Song se acercó al compañero Comandante en jefe e hizo con cierta torpeza el saludo militar, poniéndose firme.

—Acérquese aquí y siéntese —le invitó el compañero Comandante en jefe señalándole un tronco serrado. Choe Chil Song se sentó y el compañero Comandante en jefe trajo de la tienda de campaña un paquete de libretas. Eran las mismas que él había confeccionado durante los altos del camino.

—Compañero Choe Chil Song, ¿usted aprendió las letras? —preguntó sonriendo el compañero Comandante en jefe y colocó las libretas junto a Chil Song.

—¡Yo! No… no pude estudiar.

—Ya. ¿No sabe ni una letra?

—¡Ni una, mi Comandante en jefe! No sé —murmuró Choe Chil Song, rascándose la nuca. De repente se puso colorado.

—Bueno, ¿sabe escribir aunque sea su nombre? —preguntó el compañero Comandante en jefe, colocando una libreta sobre el tronco, y le dio un lápiz a Choe Chil Song—. A ver, escriba aquí su nombre.

—Yo no sé escribir.

Chil Song no sabía qué hacer con el lápiz en la mano. Ora lo

levantaba, ora lo bajaba, como si tuviese en la mano algún objeto pesado. Ahora su rostro parecía más purpúreo que enrojecido y daba la impresión de que si le aplicaban un fósforo se inflamaría.

—Bueno. ¿Y por qué usted no pudo estudiar?

Bien lo sabía el compañero Comandante en jefe, mas se lo había preguntado para despertarle la conciencia y se puso tras las espaldas de Choe Chil Song.

—El viejo dueño siempre me amenazaba con el despido si yo me atrevía a ir a las clases vespertinas, y así me he quedado analfabeto.

—¿Quién era su dueño?

—Un terrateniente.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer?

—Quisiera estudiar…

—Entonces, quiere estudiar, ¿qué le molesta, pues? Usted quiere estudiar pero no hay escuela o clases vespertinas. ¿Le he entendido bien?

Empezando así, el compañero Comandante en jefe le preguntó por muchas cosas y se las explicó a Chil Song, para que se diera cuenta por qué él, teniendo vista no lo veía bien.

El compañero Comandante en jefe abrió la libreta y mandó a Chil Song tener el lápiz de tal modo que se pudiera escribir.

No era la primera vez que Choe Chil Song tenía un lápiz en la mano, pero ahora, ante el compañero Comandante en jefe, pasaba tales apuros que no sabía qué hacer.

El compañero Comandante en jefe echó una ojeada al joven apurado, le tendió la mano bajo el sobaco, le mostró como se tiene el lápiz y, tomándole la mano, empezó a caligrafiar.

—Así se coge el lápiz; apretamos suavemente y hacemos una línea. Ve, ahora así ponemos un punto, trazamos una línea, hacemos un ganchillo y después trazamos así una línea vertical, y tenemos “Che”. Su apellido.

Apoyado en el regazo del compañero Comandante en jefe, Choe Chil Song repetía mecánicamente los movimientos de la mano de éste. De este modo, después de “Choe” trazaron las sílabas “Chil” y “Song”.

Cada vez que le daba en La mejilla la cálida respiración del compañero Comandante en jefe, Choe Chil Song volvía a sentir aquel calor de los brazos de su madre, cuando era un niño.

El compañero Comandante en jefe le estaba ayudando a él, analfabeto, a dar los primeros pasos, sosteniéndole la endurecida mano de ex-bracero, enseñándole a trazar las letras.

El compañero Kim Il Sung, después de escribir así tres sílabas en la cubierta de la libreta —el apellido y el nombre—, abrió la libreta en la primera página, escribió el alfabeto coreano. Después en la otra página escribió los números.

Choe Chil Song sintió un nudo en la garganta, sus ojos se cubrieron de una ardiente niebla. Difícilmente pudo contener la emoción que le invadía. Se le enturbiaban los ojos, se le emborronaban las letras y, al fin, le saltaron las lágrimas a los ojos, que, cayéndole por las mejillas, le gotearon sobre el cuaderno.

A Choe Chil Song se le conmovía el cuerpo ahogándole la respiración.

Mientras tanto, el compañero Comandante en jefe, como si no notara la situación del guerrillero, continuaba guiando la mano de Chil Song y trazaba letras.

Poco después, tras la espalda de Chil Song sonó suave la voz del compañero Comandante en jefe.

—¿Qué tal? ¿Podrá escribir estas letras?

—¡Sí! Procuraré hacerlo. Cueste lo que cueste.

—Usted debe estudiar a toda costa. Aprender a escribir no es ninguna nimiedad. Es igual que combatir al enemigo. ¿Sabe por qué el

terrateniente le ponía tantas trabas para que usted no estudiara? Para no darle a usted la posibilidad de abrir los ojos y ver el mundo, para hacer de usted un esclavo eterno.

—¡Le entiendo a usted, compañero Comandante en jefe!

—¡Compañero Choe Chil Song! Estudiar también es un asunto de la revolución. Aprenda a leer y escribir, y entonces comprenderá el significado de estas palabras.

Choe Chil Song continuaba sentado cabizbajo, enjugándose la barbilla.

Mientras tanto, se habían reunido unos diez hombres. Todos ellos analfabetos. Los guerrilleros se sentaron en torno a la hoguera.

Choe Chil Song se sentó al lado del compañero Comandante en jefe, Myong Ok y el ex-ferroviario Jin Bong Nam ocuparon los sucesivos puestos.

El compañero Kim Il Sung repitió con cada Combatiente lo mismo que había hecho con Choe Chil Song un minuto atrás. Preguntó a cada uno de ellos por qué motivo y a causa de quién seguían siendo ignorantes.

Choe Chil Song miraba con sus humedecidos ojos las caras de los compañeros.

Hacía ya mucho tiempo que el compañero Kim Il Sung pensaba en cómo organizar la instrucción de los reclutas, y por fin decidió instruir en primer lugar, a los que eran analfabetos.

Después de preguntar a algunas Combatientes cómo encontrar tiempo, dada la situación, para el estudio, continuó su discurso:

—Vosotros, compañeros, os habéis quedado analfabetos hasta ahora, no sabéis, incluso, escribir vuestros nombres ni apellidos. Esto ha ocurrido no por vuestra culpa. Es el resultado de la política oscurantista de los imperialistas japoneses; son ellos los que han impedido al pueblo

coreano aprender las letras, para convertirlo en un esclavo. Y, además, ustedes tenían que servir como braceros para los terratenientes, como en el caso de les compañeros Chil Song y Myong Ok, o trabajar de obreros desde su adolescencia como el caso del compañero Bong Nam. Está claro que no tuvisteis ninguna posibilidad para estudiar. No obstante, no resolveremos nada si nos limitamos a injuriar a los crueles japoneses. Somos revolucionarios. Y no se puede sostener la lucha revolucionaria sin conocimientos. Por eso debemos de estudiar pese a todas las dificultades. El analfabeto no está en condiciones de comprender, como es debido, el sentido de la revolución, ni de mantener sus propios criterios. La persona que no tiene bien claros sus criterios puede apartarse de la revolución y no será capaz de llevarla hasta el victorioso fin. Aquel que no estudia constantemente y no asimila los conocimientos del marxismo-leninismo, queda para siempre tan ignorante que no tendrá fe en la victoria de la revolución. ¿Qué tal? ¿Ya entienden lo que estoy diciendo? —preguntó el compañero Comandante en jefe, poniendo su mano en el hombro de Choe Chil Song. Se esforzaba por hablar con la mayor sencillez y claridad posibles.

—¿Para qué hacemos ahora la revolución? —continuó el compañero Comandante en jefe—. Para expulsar a los imperialistas japoneses de nuestra tierra y edificar al socialismo en Corea. Nos enfrentamos al más feroz enemigo que ha conocido la historia. Además los imperialistas japoneses son tan fuertes que piensan ocupar toda el Asia. De modo que nos espera una difícil y larga lucha. ¿Se puede, como alguien ha dicho aquí, terminar la revolución en unos cuantos años, y después sentarse tranquila y cómodamente en el pupitre escollar para estudiar? No, no se puede. Es una idea errónea. Los conocimientos se necesitan para la revolución, y no para hacer de alguien un letrado. Para lograr la victoria en la lucha revolucionaria tenemos que armarnos no sólo con las armas

corrientes sino también con el arma ideológica. Nosotros debemos despertar al pueblo y junto con él lanzarnos al combate decisivo. Es decir, tenemos que ver más lejos que las masas, dirigir el movimiento de las masas, indicándoles: aquí hay escollos y conviene rodear; allá hay una charca, hay que saltarla. Y vosotros no sabéis ni escribir vuestros nombres, ni leer libros. ¿Cómo vais a conducir a las masas? Por delante está oscuro y ¿hacia dónde recomendaréis ir? He aquí por qué dicen: el estudio también es un asunto de la revolución. ¿Qué les parece? Compañero Jin Bong Nam, creo que usted, siendo aún muy niño, trabajó de fogonero en la caldera de vapor y se deslomó en las obras del ferrocarril, y entenderá bien lo que acabo de decir, ¿no?

Jin Bong Nam inclinó la cabeza en silencio.

—Miren hacia aquí —el compañero Kim Il Sung estiró la mano y cogió una brasa de la hoguera—. Si arrojamos esta brasa a un montón de ramas secas, provocará una poderosa llama. Exactamente igual que esta brasa debemos de ser cada uno de nosotros.

Clavando su mirada en aquélla brasa encendida, quedó un momento pensativo.

Los rostros de los combatientes agitados parecían arder, también se arreboló el rostro del compañero Comandante en jefe.

Jon Kwang Sik, que guardaba silencio, sentado detrás de los compañeros, recordó un minuto solemne de los últimos años.

Algunos años atrás, cuando en Jilin se creaba la Juventud Comunista, el compañero Kim Il Sung pronunció un discurso ante los miembros de la Unión de Jóvenes Antiimperialistas.

“¡Alcemos más alta la antorcha! ¡La antorcha del renacimiento de la Patria, la antorcha de la resistencia! ¡No importa que se carbonice este puño, levantemos bien alto la antorcha!”

Entonces encendieron una hoguera en una pendiente detrás del parque

de Ziannan. El compañero Kim Il Sung alzó sobre su cabeza el tizón ardiente y dijo en voz alta estas palabras. También entonces tenía el rostro tan inspirado como ahora.

La voz del compañero Kim Il Sung sonaba cada vez con mayor vigor rompiendo el silencio de la noche.

—Y ahora cojan cada cual un cuaderno. Vamos a dar la batalla al analfabetismo. Declaremos una revolución más. Es verdad que los cuadernos no son muy buenos. Bien, empecemos por el compañero Choe Chil Song.

Choe Chil Song se levantó. Tomó una libreta y un lápiz, temblándole las manos.

Después Bong Nam hizo el saludo y recibió su libreta. Más de diez guerrilleros recibieron libretas.

Cuando se fueron todos, Choe Chil Song se dirigió, a solas, al bosque. Se apretó la libreta al pecho y caminó despacio por la hierba entre alerces. La noche era tan oscura que en el bosque apenas se distinguían los árboles.

Chil Song iba despacio, cabizbajo, recordaba sus años infantiles.

…Con sus pantaloncillos cortos de tela burda camina cojeando por el barro; montado a horcajadas en sus espaldas va su coetáneo Hwang Bo Gum, hijo del terrateniente local. Al llegar al vado, frente a la escuela, atraviesa la corriente del río por la que aún pasan témpanos. Hay que alzar las piernas del señorito para que no se moje los pies, calzados con zapatitos de lona, y aguantarse aunque los témpanos le golpeen el vientre.

Por allí va él, llevando en la mano el paraguas plegado. Llueve a cántaros, mas él, cobijado bajo el chopo del patio de la escuela, está esperando que salga el mismo niño Hwang Bo Gum. La fría lluvia de otoño le azota el cuello, siente que el agua chorrea por su espalda. Ya

está calado hasta los huesos. Hwang Bo Gum sale, recibe el paraguas y echa a andar tapándose solo con el paraguas.

En invierno, Choe Chil Song corre por el río congelado, arrastrando el trineo. Se le escapan las abarcas de paja y los pies se le pegan al hielo. Pero no tiene tiempo para recoger las abarcas, hay que correr hacia la escuela…

Choe Chil Song se desembarazó de aquel cúmulo de recuerdos, sintió un picor en la nariz, y que le ardía la cara, como en el fuego.

Se abrazó al tronco de un alerce, que estaba al lado, apoyando la mejilla a la áspera corteza.

"¡Compañero Comandante en jefe! Yo aprenderé sin falta a leer y escribir. Yo haré la revolución para reconstruir este mundo injusto."

Se echó a llorar. No podía olvidar el recuerdo, grabado en la memoria de su infernal vida pasada en que tenía que trabajar de sol a sol, haraposo, explotado y humillado despiadadamente recibiendo solamente latigazos a cambio de su docilidad.

Las palabras del compañero Comandante en jefe, su mano, con la que tomó la mano de Chil Song y trazó las letras en el papel, esa fina libreta, todo ello llegó al exasperado corazón del joven, haciéndole llorar de emoción.

Poco después, Choe Chil Song volvió al lugar donde dormían, y allí vio de lejos al compañero Comandante en jefe, que seguía paseando cerca de la hoguera.

* * *

Al poco tiempo de entrar Choe Chil Song con los ojos irritados en la cabaña, Cha Ki Yong salió a hacer la guardia.

Asiendo el fusil por la correa, echó a andar lentamente, arrastrando los pies entre los troncos de los alerces.

Sobre la copa de un arce pendía una luna menguante y azulina.

Ki Yong hacía a cada paso horribles muecas de dolor, con un ojo y un extremo de la boca.

Después de la marcha se descalzó y vio que tenía los pies llenos de ampollas. Cambió de peales, pero de nada le sirvió. A cada paso que daba sentía que el dolor le llegaba hasta las raíces del pelo.

Llegó al puesto de guardia y miró alrededor. Bosque tupido, no vio nada de particular, pero había que estar alerta, por si acaso.

La cabaña de Pak Hung Dok, donde hace poco bromeaban alegremente los guerrilleros, había enmudecido; se oía a lo lejos el llanto lastimero del búho.

Apoyándose en un árbol seco, Cha Ki Yong se tocó la cartuchera. Sólo tenía tres balas. Dos de ellas limpias., sin herrumbre, pero la tercera que había limpiado de la herrumbre que la cubría, ¡quién sabe!, podía fallar. Por lo pronto, cargó el fusil con una bala segura. En las casillas vacías de las cartucheras, que eran no menos de cincuenta, guardaba unos palillos, que él mismo había cepillado para aquel fin. Sin ellos le bailaba la cartuchera, y lo principal era que él no podía soportar una cartuchera vacía: tenía que estar llena.

Entre sus compañeros había quien se mofaba de él, preguntándole: “¡Compañero Cha! ¿Conque vas a disparar palillos al enemigo?”, mas él no les hacía el menor caso. Su deseo de las cartucheras llenas de balas era enorme.

“En el primer combate me haré con unas trescientas balas” — murmuró para sí, y volvió a agudizar la vista y el oído. A lo se vislumbraba un tronco caído, algo más cerca un alerce una brazada de grosor, más allá un abeto blanco y un poco más lejos, una mata de arándanos. Eran los detalles más cercanos del lugar que él había tomado bajo control.

Después de reconocer el terreno sintió de pronto que le dominaba el sueño y se le cerraban los ojos, poco después empezó a cabecear, entre sacudidas y sobresaltos.

Estornudó varias veces para sacudirse el sueño y cambió de postura.

Después se levantó, recorrió los puntos señalados y apoyó las espaldas en un árbol seco, oprimiendo el fusil contra su pecho.

El compañero Kim Il Sung apagó el candil, salió de la cabaña y probó caminar cuidadosamente. También él tenía ampollas en los pies y para curárselas había recurrido a quemárselas con fósforos y algodón.

Iban a dar las dos de la madrugada.

Se dirigió a paso lento hacia el lugar donde descansaba la segunda sección. En la colina, plateada por la luz difusa de la luna, se extendía toda una hilera de cabañas. Construidas a la ligera, de ramas e hierba, apenas protegían a los hombres del viento. El compañero Kim Il Sung se acercó a la entrada de una de ellas y miró hacia el interior.

Aquellos hombres roncaban como fuelles, algunos hasta gemían dormidos.

"¡Ay, ay, mis pies!" —alguien levantó un pie y se volvió de costado. Aquí y allá se oían gemidos.

El compañero Kim Il Sung contempló aquel cuadro conteniendo la respiración, entró en la cabaña y encendió una cerilla.

En el medio yacía Jin Bong Nam. Dormía con el cuaderno, y sonreía entre sueños. A su lado, Pyon In Chol, con el pecho al aire se revolcaba y removía los pies.

El compañero Kim Il Sung acomodó a los que estaban echados incómodamente, les arropó bien, y salió de la cabaña. Entró en otra y vio el mismo cuadro. Recorridas todas las cabañas, permaneció largo rato ante la última y se sentó junto a la hoguera.

Le había oprimido el corazón el ver a los combatientes agotados.

Ahora se lamentaba de haberlos obligado a caminar durante todo el día a aquel ritmo. Mas no había otra salida, tenían que pasar rápidamente la ciénaga, pues, si no, les hubiera ocurrido algo peor. De todos modos, aquella idea no podía consolarle. Lamentaba no disponer de medicamentos buenos, capaces de curar los pies destrozados de los combatientes, ni habitaciones calientes para que pudiesen descansar como es debido. No obstante nadie se quejaba de las dificultades, nadie se desesperaba. Todos ellos habían pasado la tarde bromeando y riendo alegremente.

El compañero Kim Il Sung se apartó de las cabañas y se encaminó despacio hacia el bosque. Quería de todo corazón mitigar, aunque fuera un poco, los sufrimientos de los combatientes. Pero ¿cómo hacerlo? Por otro lado, nadie sabía lo que tendrían que andar todavía, decenas de miles o centenares de miles de *ríes*. Por lo visto, más de una vez tendrían que dormir a la intemperie, en los montones de nieve. Pero todo esto serían pequeñeces comparado con los sufrimientos de todo el pueblo coreano.

Pasó cierto tiempo en dolorosos pensamientos, se detuvo, levantó la cabeza. Alguien estaba sentado en cuclillas, con la espalda apoyada al tronco de un árbol. Era Cha Ki Yong.

El compañero Kim Il Sung se acercó a Cha Ki Yong, que estaba sentado con la cabeza gacha, y durante un minuto no apartó la vista de él. Dormía apretado al fusil. Tenía tal postura, que parecía que si alguien le tocaba, saltaría de su sitio como un muelle. El compañero Comandante en jefe volvió a mirarlo; algo debió de pensar, y se apartó silenciosamente a algunos pasos hacia atrás.

En cuanto empiece a amanecer, Cha Ki Yong junto con Jon Kwang Sik, tendrá que ir a la aldea de Chonsangdegi.

El compañero Kim Il Sung recorrió la zona de vigilancia observando

de lejos a Cha Ki Yong, que seguía durmiendo.

Despuntaba la aurora.

Causábale cierta lástima el hecho de que pronto iba a ser de día. El compañero Comandante en jefe hubiera deseado que la noche fuera larga para que los combatientes pudieran dormir lo debido aunque fuera en aquellas condiciones.

Pasó cierto tiempo, y oyó unos pasos por atrás. Volvióse de espaldas y vio a Cha Kwang Su que venía a controlar las patrullas. Este, al principio, le tomó al compañero Comandante en Jefe por un centinela y, al reconocerlo, se asustó y se detuvo como clavado.

—¿Es usted, compañero Comandante en jefe?

—¡Tch! —el compañero Comandante en jefe hizo un gesto con la mano en la boca para que Cha Kwang Su no armara ruido.

Cha Kwang Su acercósele y explicó que Cha Ki Yong estaba de guardia.

—Ya lo sé. Le he permitido que duerma.

—Entonces lo relevaremos.

El compañero Kim Il Sung se echó las manos hacia atrás y se retiró.

—Ande despacito —dijo el compañero Comandante en jefe.

Cha Kwang Su se detuvo, quiso preguntar algo, pero después desistió, y se dio la vuelta.

Terminada la ronda se detuvo un minuto pensando a quién poner en lugar de Cha Ki Yong, y se retiró a zancadas más allá de donde alcanzaba la vista.

Se alejó del compañero Comandante en jefe y él mismo montó la guardia.

Pasó cierto tiempo. Se levantó un viento, que hizo murmurar al bosque, y Cha Ki Yong se puso en pie como alma que lleva el diablo.

Frotándose les ojos, miró atentamente y dio vueltas sin moverse del sitio, como en sueños.

Recobrado al fin, Cha Ki Yong se percató diáfanamente de su grave culpa: había faltado a la disciplina.

"Oh, qué desgracia, me he dormido en la guardia" —se daba puñetazos en la cabeza.

Caminó mirando hacia adelante.

Alguien, con la pistola tras el cinturón, hacía de guardia por él. Seguro que será Cha Kwang Su o Jon Kwang Sik —pensó.

Cha Ki Yong corrió con el fusil en la mano, y se plantó ante él.

—¡Compañero jefe de compañía! Durante el servicio de centinela, yo sin querer…

—¿Ya se ha despertado?

—¡Oh! ¡El compañero Comandante en jefe!

La sorpresa le dejó cortado, absorto. Vio las estrellas como si se hundiera la tierra bajo sus pies.

—¿Debía estar muy cansado? —el compañero Comandante en jefe se acercó a Cha Ki Yong, y suavemente, le puso su mano en el hombro estremecido.

—¡Compañero Comandante en jefe! Yo no vigilé, me dormí…

—Bueno. No importa, ya que reconoce su culpa —dijo con ternura el compañero Kim Il Sung, dándole palmadas en el hombro al desconcertado Cha Ki Yong.

—¿Por qué no llamó a los compañeros para que le ayudaran? Si estaba tan cansado podía haber pedido que lo relevaran. Se hubiera dirigido al compañero Cha Kwang Su o a mí, directamente. De todos modos, cuando un centinela se duerme en su puesto, es grave su culpa. Confiados en él los demás duermen tranquilos. No podemos permitir estas cosas, de ningún modo. Eso es precisamente le que esperan los enemigos. Sentémonos aquí.

El compañero Kim Il Sung se sentó en un tronco derribado; Cha Ki

Yong seguía de pie como plantado en la tierra.

Había inclinado tanto la cabeza, que parecía que iba a desplomarse de un momento a otro. De súbito se estiró y dirigió una mirada al compañero Comandante en jefe con los ojos humedecidos.

—¡Compañero Comandante en jefe! ¡Pido que me castiguen! ¡Yo soy culpable!

A Cha Ki Yong le saltaron las lágrimas en los ojos, volvió a inclinar la cabeza.

Se echó a llorar no tanto por la advertencia del compañero Comandante en jefe o por el reconocimiento de la irreparable culpa propia, como por la atención y la solicitud paternal del compañero Kim Il Sung, quien, por temor a despertarle, había montado la guardia en vez de él. Cha Ki Yong jamás había llorado en toda su vida increíblemente cruel, incluso cuando se rompió los dos dedos. En cambio, aquel humano trato le había emocionado tanto, que las lágrimas le salieron solas. Le cayeron en la mano que sostenía el fusil.

El compañero Kim Il Sung le dejó a solas por un momento a Cha Ki Yong y luego volvió a acercársele, tomándole de la mano y sentándolo junto a él.

—¿Está muy cansado, verdad?

Al sentir en la mejilla la cálida respiración del compañero Kim Il Sung, Cha Ki Yong se puso firme y abriendo todo lo que podía sus ojos negros respondió:

—Sí, compañero Comandante en jefe, pero aún se puede resistir.

—Para qué hablar. Claro que es pesado. Encima, ni comemos, ni dormimos lo suficiente, marchamos siempre por la espesura del bosque. Pero usted, compañero Cha, vivió, desde su tierna infancia, bajo las garras de los japoneses y se acostumbró en las minas a las dificultades.

—Compañero Comandante en jefe, todo lo aguantaré, yo estoy dispuesto a todo.

—¿Entonces, está usted dispuesto a todo?

Entre el Comandante en jefe y el combatiente se entabló una cordial conversación; hablaron del pasado, de la presente vida y, sobre todo, de la vida en un futuro Lejano.

Cha Kwang Su, mientras tanto, puso de guardia a dos combatientes más. Ensanchó el sector patrullado, en vista de que ya asomaba el día. Él se arrepentía de no haber salido antes a los puestos de vigilancia. Entonces, el compañero Comandante en jefe no hubiera tenido que inquietarse por semejante pequeñez. También se reprochaba de haber permitido que pusieran en el puesto de guardia a Cha Ki Yong, el cual durante todo el día había marchado enérgicamente a la cabeza de la columna.

—¡Compañero Cha! ¿En qué pensaba ayer, cuando tan enérgicamente iba usted al frente de la columna?

—En nada de particular. Pensaba simplemente que alguien tenía que ir delante y abrir el camino.

—Sí, tiene usted razón. Nosotros hemos empuñado las armas para expulsar de Corea a los imperialistas japoneses. Marchamos por un camino espinoso que nadie ha pisado hasta ahora. Pero somos nosotros mismos los que hemos elegido este camino y no nos apartaremos de él porque no hay otro para nosotros. Usted procedió como un auténtico guerrillero coreano, usted iba como un representante de la clase obrera. En cualquier acción se necesita un guía. ¿Y quién ha de serlo? Indudablemente, uno como usted, obrero. La clase obrera, igual que locomotora, arrastra a las diversas capas de las masas populares hacia la total victoria de nuestra revolución. Para esto, la clase obrera tiene que estar dispuesta, más que nadie, a cualquier sacrificio. Usted iba delante

apartando la maleza con su pecho, venciendo el primero los distintos obstáculos que se presentaban en nuestro camino. Por eso mismo usted tendrá más rasguños y callos en los pies que otro cualquiera. ¿No es así? ¿Se ha lastimado fuertemente los pies mucho más que yo?

—¡Compañero Comandante en jefe! —de todos modos, Cha Ki Yong había tenido suerte, ya que en aquel momento tenía los pies cubiertos, vendados con lianas.

—Compañero Comandante en jefe, reconozco sinceramente. Tengo los pies llenos de ampollas, me salió sangre y siento un dolor agudo. Pero puedo andar. Le ruego a usted, compañero Comandante en jefe, no se preocupe demasiado. Por muy espinoso que sea nuestro camino, nosotros lo superaremos. Mientras podamos respirar, nosotros llegaremos, cueste lo que cueste, a la otra orilla, hacia donde usted nos conduce. Si nos fallan los pies, nos arrastraremos con las manos, si nos fallan las manos, nos echaremos a rodar; de todas formas llegaremos a la meta. Solamente nos preocupa una cosa: que alguien de nosotros vuelva, como yo, a vulnerar la disciplina y le prive a usted del descanso por la noche. ¡Compañero Comandante en jefe! ¡Le juro a usted! Yo sabré corregirme. Y si no, podrá usted tirarme al basurero. ¡Compañero Comandante en jefe, yo pido que me castiguen!

Cha Ki Yong miró al compañero Comandante en jefe con sus ojos humedecidos, en los cuales de nuevo le habían aparecido las lágrimas.

La sincera, valiente y resuelta confesión de Cha Ki Yong le llegó al corazón al compañero Kim Il Sung. Le infundió aquella seguridad y fuerza que había experimentado durante la lucha contra el tendido del ferrocarril Jilin-Hoeryong, cuando miles de personas con los puños alzados coreaban consignas antijaponesas, o en aquella jornada de la proclamación de la creación de la Guerrilla Antijaponesa, al contemplar los ardientes ojos de los combatientes que formaban las filas. ¡El

guerrillero raso, ex-minero de aspecto humilde y rústico, cuan profundo le había llegado al corazón al compañero Comandante en jefe!

—Compañero Cha, le impondremos doble castigo si se riega a repetir algo semejante. Sólo quiero aconsejarle una cosa: nosotros, los comunistas jamás debemos debilitar la vigilancia respecto al enemigo, hagamos lo que hagamos y en cualquier sitio. Esto es indispensable, tal vez, para toda nuestra generación, hasta que hayamos barrido de la faz de la tierra al capitalismo.

—¡Entendido, compañero Comandante en jefe! Lo recordaré para siempre.

Por un instante se suspendió la conversación. Ya se habían levantado y trajinaban los cocineros, por lo visto empezaban a preparar el desayuno.

Sentado, con la cabeza gacha, Cha Ki Yong dijo sin apresurarse:

—¡Compañero Comandante en jefe! A veces pienso en lo que estamos haciendo.

Cha Ki Yong levantó la cabeza y con sus ojos ardientes dirigió una mirada al compañero Kim Il Sung.

—Desde luego, no hay nada nuevo en mis palabras, sin embargo, a veces pienso de qué modo podemos alcanzar la victoria en nuestra revolución —continuó aquél.

—Oh, eso es interesante. Siga, pues.

—Nosotros venceremos sin falta. Como usted mismo acaba de decir, a nosotros no nos detendrán ni la espesa maleza, ni los abruptos despeñaderos; aunque sea a gatas, superaremos todos los obstáculos. Si no es posible ir directo, rodearemos, aunque tengamos que andar mil *ríes* más, de todas formas rodearemos y llegaremos sin falta a la meta, aunque resulte mucho más pesado y penoso que ahora. En esto puede estar seguro. En cambio, expulsar a los japoneses, no me parece que es tan difícil.

—¿Por qué? —preguntó azarado el compañero Kim Il Sung, y su mano, la que asía por el hombro a Cha Ki Yong, cobró rigidez.

—Nosotros, los obreros, seguimos una costumbre. Cada vez, el día de cobro echamos cuentas; cuánto has ganado, y cuánto deberás recibir. De este modo yo calculé una vez.

—¡Muy interesante!

—Nos parece que los japoneses son muchos, de hecho no son tantos. Por lo que sé, en cada cantón rural hay unos cuantos que principalmente se cobijan en las comisarías y los puestos de policía. También en cada fábrica hay unos cuantos que mandan sentados. Sales a la calle y parece que allí hay más, pero cuéntalos uno por uno, y ya no parecen tantos. A primera vista causa la impresión de una enorme fuerza que anda con el fusil al hombro, pero, de todas formas, ellos resultan menos que los obreros de la fábrica. Total, que yo pienso que si cada coreano es capaz de vencer al japonés que tiene delante, entonces los liquidaremos fácilmente. Los obreros de las fábricas deben levantarse y aniquilar a los japoneses, nada de contemplaciones con ellos. Lo mismo deben hacer los habitantes de los cantones y distritos. De hecho, para cada japonés hay diez, cien coreanos. Lancémonos, pues, sobre los imperialistas japoneses y les cortemos la cabeza.

—¡Justo! Eso mismo —el eco de la carcajada repercutió en el bosque amanecido—, tiene usted razón. Nosotros no necesitamos valemos de la complicada aritmética. Todo el problema consiste en cómo levantar a todo el pueblo. ¿No ha pensado sobre ello?

—No, no lo he pensado. Pero me parece que también se, puede resolver ese problema. Es indispensable enviar a guerrilleros a los cantones y distritos, a las fábricas. Que hagan allí trabajo de agitación y levanten a las masas.

—También es una idea práctica. A propósito, ya hemos señalado ese

plan. Para eso mismo estamos realizando esta difícil campaña. Como ya he dicho, nos dirigiremos al pueblo. Cuando se despierte el pueblo, entonces ya nadie, ni los imperialistas japoneses, ni nadie más podrá sojuzgarnos. Todo depende de nosotros mismos. Y nuestra fuerza depende del grado en que podamos despertar al pueblo. ¿Y usted mismo podrá ir a alguna fábrica a levantar allí a los obreros? —le preguntó el compañero Kim Il Sung y le dio una palmada en la rodilla a Cha Ki Yong, que se había puesto más serio.

—Compañero Comandante en jefe, podré hacerlo. Podré si explico a los obreros qué es el socialismo. Les diré que el socialismo es un mundo donde no habrá yugo ni explotación, que el socialismo es una estructura donde los dueños del país serán los obreros y los campesinos. Hay que prometerles, y se vendrán tras nosotros.

—Se puede hacer así. Yo le prometeré a usted, y usted a los mineros, ¿qué le parece?

—¡Bien!

—¡Bueno! —el compañero Kim Il Sung se volvió hacia su interlocutor y le tendió la mano. Cha Ki Yong fue a tender la suya, mas, aquí puso en tensión todos sus músculos y empezó a examinar su mano; antes de tendérsela al compañero Comandante en jefe, quiso convencerse si estaba limpia.

Se oyó una sonora carcajada del compañero Comandante en jefe.

Cha Ki Yong se puso colorado como una muchacha vergonzosa.

Había amanecido. Entre los troncos de los árboles asomaba la luz del cielo, que poco a poco iba enrojeciendo.

—¡Bien! ¡Es la hora del relevo!

El compañero Kim Il Sung se levantó. Tras él, se levantó Cha Ki Yong.

En las hierbas había gotas de rocío. Por el sombrío y húmedo bosque,

que caminaban el compañero Comandante en jefe Y el guerrillero, se esparcía la luz del sol. En el pecho y los hombros del compañero Kim Il Sung retozaban los rayos del lucero.

A Cha Ki Yong le brillaban claramente la visera y el cañón del fusil.

Al cabo de cierto trecho, el compañero Kim Il Sung volvió a mirar atrás, hacia el guerrillero que seguía sus pasos. El espaldudo Cha Ki Yong se puso tieso y se llevó la mano a la visera.

—Permítame irme.

—Váyase.

Cha Ki Yong se fue despacio, el compañero Kim Il Sung le siguió con la mirada largo rato. Bajo sus pies se iluminaban las gotas del rocío.

Cuando Cha Ki Yong se ocultó de la vista, el compañero Comandante en jefe, en jarras, empezó a bajar lentamente por la colina, abriéndose paso por la fronda cubierta de rocío.

5

Yun Chol Sam, con la pierna herida, que vendada de cualquier manera con unos trapos parecía un tronco, saltó a la pata coja a través del umbral del cuarto y, retorciéndose de dolor, le pidió a la vieja, que estaba en la cocina, un palo. La vieja le trajo al instante un tosco palo de fresno y apoyándose en éste Yun Chol Sam salió al patio. Sus ojos, que se habían deshabituado a la luz intensa, lagrimearon. Levantó el barbado mentón y poniendo una mano en la frente para proteger la vista echó una mirada al cielo, que estaba de un azul claro como el cristal. Yun Chol Sam había pasado ya de los cincuenta, pero como era fornido y de buena complexión, aparentaba los cuarenta, y sólo los últimos veinte días había quedado como cambiado del todo, más delgado y más viejo.

Después de contemplar el cielo caminó barranco abajo, mirando con tristeza a su pueblecito, que se extendía por ambos flancos de la montaña. Por el lado de la derecha se perfilaba a lo lejos la majestuosa cima del monte Paektu, y por el otro lado extendíase en ondulaciones hasta el horizonte mismo un impenetrable bosque de alerces y pinos. Al otro lado del pueblo continuaba desplomándose con estruendo, como siempre, la catarata, lanzando al aire miríadas de burbujas de agua.

El pueblecito parecía estar despoblado, porque no se veía ni un alma, ni la sombra de un perro vagabundo. El silencio en que estaba sumergido era sombrío y deprimente. “La eterna naturaleza sin cambios, y el pueblo como en un ataúd”, musitó el viejo, y siguió adelante apoyándose en el bastón. Le temblaban, las manos y le daba vueltas la cabeza, pues había permanecido en cama mucho tiempo.

Cuando hubo descendido ya de la colina se paró ante lo que había

sido su casa, de la que no pudo sacar ni un mueble y era ahora un montón de cenizas. El más leve soplo de viento levantaba una nubecilla de blanca ceniza. En los ojos del viejo, profundamente hundidos, parada en ellos la tristeza, brilló una mirada hostil. Sintió un dolor insoportable en la pierna y se sentó pesadamente en un mortero de madera, vuelto del revés en un rincón del patio.

—Canallas, habría que machacarlos, como harina. ¿Pero se borrará esto del alma? —lanzó una mirada a los escombros, entre los que no había quedado ni un montante, ni el más pequeño travesaño; se agarró del pecho y tosió. Al viejo se le había entrecortado la respiración; estaba sentado sin moverse. Hizo un esfuerzo para tomar aliento, sacó unas chispas con el eslabón y se puso a fumar.

Aquí mismo, en este patio, le habían herido a él los japoneses en un muslo. Veinte días atrás también el sol estaba como ese día, reposando en la cresta de la montaña. En este apartado pueblecito, en donde no había hecho aparición en muchos años ni un solo ser extraño, irrumpieron súbitamente al atardecer tres forasteros, vestidos a la europea, pistolas al cinto, con lentes uno de ellos, y preguntaron por el más anciano de la aldea. La mirada escrutadora del desconocido que preguntó no prometía nada bueno. Se le escapaba embozadamente un tuteo insolente, y corría de un lado a otro del cinturón la pistola sin necesidad alguna, con la intención de amedrentar al viejo. A Yun Chol Sam no le quedaba más remedio que obedecer sumisamente. Sabía que nada bueno se podía esperar de la gente que gallea con armas.

Por las frases sueltas del gafoso comprendió que al pueblo había llegado un destacamento japonés de unos cuantos miles de hombres. Se encontraba en aquel momento al otro lado de la montaña, iba a aparecer en seguida y llevarse todas las reservas de provisiones que hubiera en el pueblo.

Dos horas después empezaba el saqueo. Los asaltantes, japoneses con uniformes amarillos, dispusieron tiendas de campaña en el barranco enfrente del pueblo, empezaron a llevarse la leña que los aldeanos tenían aprovisionada, encendieron hogueras, mataron gallinas y cerdos, robaron vacas. Se llevaron de las despensas campesinas los cereales, las patatas y la sal; en una palabra, todo lo comestible que les venía a mano.

El pueblecito de montaña Chonsangdegi, del que dicen que está más cerca del cielo que ningún otro, había sido víctima por primera vez en su historia del pillaje de unos salvajes isleños.

En vela toda la noche, Yun Chol Sam salió al patio y vio un pueblo del que de ninguna de sus chimeneas salía humecillo. La pasada noche habían sonado dos o tres disparos, pero por fortuna gente por allí cerca no había. Los merodeadores le quitaron el último cerdo a un emigrante de Hyesan.

En el pueblo apareció otra vez el gafoso con cinco soldados. Se acercó a Yun Chol Sam y sin más ni más le dio una bofetada y golpeó con el pie.

—Tú, viejo trasto, ¿quieres esconder tus provisiones? Si vais a tratar así al ejército del gran imperio nipón ya veréis lo que es bueno; os pasamos a mejor vida.

La patada derribó al viejo al suelo. Levantóse no sin esfuerzo, cruzó las manos en el vientre y empezó a inclinarse.

—No tenemos —dijo— nada que esconder. Por lo que se ve, usted, señor, es también de la misma nación que nosotros…

—¡Qué tipo tan hablador! Acaba de llegar aquí una unidad del Ejército de Kwantung… —profirió el gafoso lanzando una mirada a un oficial japonés con sable que estaba allí cerca, mirando con arrogancia, las manos echadas atrás—. Se perdió en el camino buscando al ejército comunista en la cuenca del río Tuman y ahora se encuentra en una mala

situación. De no ser por eso con una bestia como tú ni hablaríamos siquiera… Menos verborrea y más hacer.

—Como ustedes quieran, señores. Pero nosotros no tenemos nada; ustedes mismos han podido comprobarlo.

—¡Estás mintiendo! Acabamos de sacar del collado a dos vacas que estaban allí escondidas.

El día anterior un campesino joven, Se Gol, había escondido allí dos vacas que tenían que parir de un momento a otro. Al amanecer los japoneses las oyeron mugir al parir y fueron por ellas. El japonés del sable, hasta entonces perforando con una mirada llena de rabia a Chol Sam empezó a tirarle de la barba como para arrancársela, y después, ciego de cólera, le dio al viejo, que estaba tendido en el suelo, una patada en la cabeza con el tacón herrado. Los familiares del viejo oyeron los lamentos y salieron al patio. El hijo menor, Mun Ki, al agacharse para ayudar al padre a levantarse le dio al japonés un puñetazo en la pierna. Aquél se tambaleó hacia atrás del inesperado golpe, después cogió el fusil del soldado que estaba a su lado y disparó a bocajarro al pecho del muchacho. La nuera mayor, loca de terror, abrazó al cuñado, y el japonés le disparó un tiro en la espalda. La tercera bala le dio al viejo en una pierna. Después prendieron fuego a la casa.

Al día siguiente, cuando Chol Sam había vuelto en sí, todo había acabado. El hijo menor y la nuera habían sido asesinados, y al hijo mayor, Chang Ki, que había ido antes de la matanza por leña a las montañas, lo cogieron y se lo llevaron junto con otros muchachos del pueblo. Los japoneses los obligaron a llevar cargas.

A la cabecera del abuelo lloraba como una desesperada llamando a la madre la nieta Yong Hi, una criatura de cinco años, que se había quedada huérfana en un instante.

“Por qué la muerte no me habrá llevado a mí, que soy viejo —pensó

el viejo—. Mejor hubiera sido que la bala me diera en la cabeza o me entrara por el pecho. Pero no, fue a dar en una pierna. Ahora te fastidias. Mejor que me hubieran tirado entonces al fuego. ¿Para qué me dejaron? ¿Para qué viese con mis propios ojos tanta desgracia?”

Yun Chol Sam volvió a toser y echó a andar como pudo hacia la casa del vecino Se Gol, que había escapado por milagro de las garras de la muerte. El dueño de la casa cuando oyó los pasos abrió con cautela la puerta y asomó la cabeza.

—¡Cómo se te ha ocurrido venir, abuelo! —Salió al patio y ayudó a Yun Chol Sam a entrar en el cuarto, lo sentó, apartó un poco la mesa a la que estaba sentado comiendo.

—Veo que vengo a interrumpirte cuando estás comiendo. ¿Y adonde fue la tía?

—A las montañas, por hierbas comestibles —contestó el muchacho, ruborizándose como si le hubieran sorprendido en una falta.

Estaba comiendo no gachas sino hierbas cocidas. Era tan grande su anhelo de sobrevivir, quería tanto la vida cuando la tenía pendiente de un hilo; pero ahora, sufriendo con todos sus paisanos tanta hambre esa misma vida no le parecía buena. Con la espalda apoyada en la pared, Yun Chol Sam se puso a fumar, observando atentamente al muchacho. Había venido a verle con el deseo de hablar de muchas cosas con este joven. Pero ahora el viejo parecía tener oprimido el pecho con un cinturón de hierro y no podía concentrarse. Sólo de tiempo en tiempo se le escapaban unos profundos suspiros. Chol Sam quería saber qué había sido de los jóvenes que los japoneses se llevaron del pueblo, de lo cual le había hablado el día anterior en detalle Se Gol cuando camino de casa entró a verle.

—¿Por lo visto no hay esperanza ninguna de que vuelvan?

Se Gol por toda respuesta no hizo más que encogerse de hombros y

chasquear los labios. El viejo presintió que por mucho que inquiriese nada consolador iba a saber. Seguía sentado, consternado, con la mirada elevada al cielo, en el que ya empezaba a verse el reflejo del alba.

La gente tenía que haber abandonado el pueblo mucho antes, pero no sabía que sus esperanzas eran vanas. Estuvieron esperando la llegada de los suyos diez, quince y hasta veinte días. Después resultó ser tarde para marchar, y quedarse en el pueblo era como condenarse a sí mismos a morir de hambre. En todos los hogares guardaban cama familias enteras con las caras hinchadas y amarillentas.

—Vigilan con fusiles, canallas. Ni moverte te dejan —volvió a repetir Se Gol.

Al otro día por la mañana, después de que a Chol Sam le mataron al hijo y la nuera y prendieron fuego a su casa, los japoneses cogieron a Se Gol y a otros mozos y los llevaron a la fuerza, obligándolos a cargar con unos bultos. Enloquecido de pena, el hijo mayor de Chol Sam, Chang Ki, iba detrás de Se Gol, caminando a duras penas con una carga a los hombros.

En el curso del día al muchacho se le habían formado unas grandes ojeras, y estaba como mudo. Al otro día por la tarde, yendo por el borde de una pendiente escarpada, se abalanzó a dos japoneses de la escolta que iban a su lado, los agarró y los arrastró consigo al precipicio. Así se había vengado Chang Ki. En el collado retumbaron después unos disparos y la columna siguió la marcha. Viendo los japoneses que salvar a sus dos soldados no era posible los remataron a tiros a ellos y al vengador coreano.

Sólo al cabo de una semana pudieron los muchachos quitarse de encima los bultos que llevaban. Después los japoneses obligaron a la gente a trabajar en unas obras. Cientos de coreanos estaban construyendo, a fuerza de pico y pala, una carretera hacia Antu. Por las

proporciones de las obras, se podía pensar que era una carretera para trasladar por ella columnas de camiones militares, vehículos blindados Y otros materiales. A la gente no le daban para comer más que unos cuantos puñados de maíz crudo o de sorgo, pero a trabajar la obligaban día y noche. Para infundirle terror fusilaban a un coreano o dos cada día a la vista de todos. Al sexto día Se Gol decidió escapar con dos de sus compañeros, En una oscura noche sin luna huyeron bajo la lluvia por entre unos matorrales hasta llegar a un río, en el que se zambulleron. No tardó en levantarse un furioso tiroteo de fusilería. Después de esto Se Gol no volvió a ver más a sus compañeros de fuga. Se dirigió atravesando montanas a Chonsangdegi, alimentándose por el camino de raíces de hierbas o cortezas de árboles.

El muchacho terminó su relato y no supo qué hacer en adelante. Permaneció apoyado en el quicio de la puerta, rechinando los dientes y estremeciéndose, y poco después agregó con voz triste:

—Pero ellos, los japoneses, tienen fusiles… —quiso decir que no sólo no había esperanza ninguna de que los compañeros volvieran sino que además no era probable que quedaran con vida.

Después de haber escuchado otra vez el relato, ya para él conocido, Chol Sam experimentó con más fuerza todavía el sentimiento de desesperación. Cuando no sabía nada podía consolarse con la ilusoria esperanza de un milagro, pero ahora había comprendido que el lazo se iba apretando y hacía más difícil cada vez la respiración. El día antes había advertido terminantemente a los paisanos que no hablaran de esta historia, pero pensó que todo resultaba ser inútil.

Se oyó gritar a alguien en la casa de atrás. Se habría muerto de hambre otra persona más. Los dos interlocutores cambiaron una mirada y se estremecieron.

—Algo le está pasando a la madre de Sang Yong.

—Dicen que está enferma, y…

—Pues tiene hinchado el cuerpo hace ya más de diez días… Una desgracia.

—También dicen que murió el padre de Chang Sun, de la aldea vecina.

—Oh, en esta hermosa tierra nuestra de tres mil *ríes* no queda un palmo donde podamos respirar libremente.

Chol Sam lanzó un profundo suspiro, dirigiendo una mirada a las sepulturas recién hechas al pie de la suave pendiente de la montaña que tiene el pueblo delante. Yacían también allí su hijo y su nuera, que habían gozado siempre de buena salud. Sería mejor, pensó, ya que las cosas salieron así, pegar fuego a la casucha y perecer en el incendio. Ni la gente que se llevaron los japoneses volverá, ni los familiares que se quedaron se salvarán. No quedó más que un solo camino, el que conducía al otro mundo. Arrastrados de un sitio a otro, como pajas en el agua, por el oleaje de la vida, habían venido a ésta para ellos extraña tierra a buscar refugio desde sus lugares natales en el confín de mundo, es decir, desde las provincias de Jolla, Kyongsang, Kangwon y Hwanghae, cargando con los bártulos. Pero también aquí habrían de caer en una situación desesperada.

"Vigilan con fusiles, canallas. Ni moverte te dejan", en sus oídos no paraba de zumbar la respuesta, corta, brusca, de Se Gol que parecía querer decir que no valía la pena preguntarle más.

—Esto no tiene remedio… —se dijo Chol Sam y cogió con mano trémula el palo y salió de la casa, olvidándose hasta de despedirse, y se fue hasta el mismo extremo del patio. Los dos tenían heridos los corazones y con nada podían consolarse uno al otro. Además, ya no había ni de qué hablar.

El viejo caminó renqueando, apoyándose en el palo. Se encaramó a la

colina, se dejó caer sobre el banco de tierra y miró indeciso a la lejanía. En el patio entró la tía de. Se Gol, con una cesta con hierba. Dijo que venían unos visitantes.

—¿Qué vienen visitantes? —el viejo estalló en una carcajada, entreabierta la boca, la barbilla levantada—. Visitantes… Qué no se le ocurre a la gente. ¡Como si la vida fuese un juego! —Y seguía riéndose.

En ese mismo momento oyó una voz a sus espaldas y a la vuelta de la esquina apareció de súbito una figura oscura. Al viejo se le pusieron los pelos de punta: tenía delante a un hombre de uniforme verde, gorro también verde, y armado con un fusil. Otra vez el maldito fusil. “Puf, ¡cómo se están poniendo las cosas!”. Le saltaron chispas de los ojos.

Al minuto siguiente se quedaba ya imperturbable. Se ve que puede pasar esto cuando todo está claro; cuando lo que estás viendo ya no ofrece ninguna duda. Y es que la emoción, probablemente, no es más que una pequeña impresión.

Dos muchachos de uniforme verde se acercaron a él, le saludaron respetuosamente y le preguntaron si no era el más anciano de la aldea. Uno de ellos, el que estaba delante, de mediana estatura y cara angulosa, era Jon Kwang Sik, y el de más atrás, alto, con fusil, Cha Ki Yong. Se sentaron en el poyo, acomodándose como para estar allí largo rato, y empezaron a hacer preguntas. Cuántas casas había en el pueblo y cuántos vecinos. Preguntaron de todo.

Chol Sam, sin mostrarse muy hostil, contestaba al azar. Los muchachos cambiaron entre sí unas palabras y después dijeron que pronto iba a llegar al lugar un gran ejército.

Al viejo esto le sacó de quicio. Ahora le era igual. “Bienvenidos”, se le escapó de súbito. Daba frecuentes fumadas automáticamente, observando cómo su nieta Yong Hi subía camino de casa, daba la vuelta en torno a la chimenea de la casa que había delante y cómo después se

dejó caer a tierra de repente, rompiendo a llorar a gritos, porque había visto a aquel hombre con fusil.

En ese mismo instante en el pecho de Chol Sam se levantaba un torbellino de incontenible enemistad. Aquellos hombres eran distintos por el aspecto de los anteriores, se veía, y hablaban cortésmente, pero serían probablemente de la misma carnada.

Contestaba con desgana. Alegando que tenía cosas urgentes que hacer se marchó de casa. Al ver a los dos muchachos subiendo el monte, Chol Sam fue apresuradamente a casa de Se Gol, quien cuando oyó que iban a volver los japoneses, salió de prisa al patio y dijo:

—Luchemos esta vez a vida o muerte, porque da igual morir en la indiferencia que de pie en la pelea.

Enviaron a los niños, los enfermos, las mujeres y los viejos a las montañas, y a los adultos les avisaron que vinieran con azadones, guadañas, horquillas, o con lo que a mano viniera.

Se Gol era un muchacho diestro y audaz, y aquí estaba escondido de las persecuciones después de que en el tala de bosques, donde él trabajó, había dado una paliza a un capataz japonés. Reunió a un buen grupo de aldeanos y se retiraron hacia una loma, donde habían sembrado patatas. Habían preferido la muerte en combate a morir de hambre. Estaban todos tan animados a librar un choque a vida o muerte que ya ni sentían el hambre que tanto sufrieran.

—Aunque perezcamos todos aquí, debemos demostrar de qué son capaces los coreanos, ¿comprendido? —gritó Yun Chol Sam agitando el palo.

*   *   *

Cha Ki Yong estaba mirando al pueblo, esperando que apareciera, el destacamento. De repente se puso de pie de un salto.

—Compañero comisario político, algo está pasando en el pueblo.

—¿Qué? —Jon Kwang Sik se volvió bruscamente y abrazó con la mirada el pueblo. En sus rodillas tenía una libreta de notas en la que estaba bosquejando el plano del lugar.

—¿Qué podrá suceder? —dijo asombrado. Pasaba algo inexplicable. La gente salía de las casas y corría de aquí para allá. En dirección al barranco se apresuraba una muchedumbre de mujeres y niños, y en medio del pueblo se agitaba un grupo de hombres armados con herramientas campesinas.

—No deja de ser extraño.

—Parece que huyen para ponerse a salvo.

Cha Ki Yong se irguió como para lanzarse en cualquier momento hacia allá abajo. Jon Kwang Sik no le dejó.

—Espera un poco.

Jon Kwang Sik quiso primero enterarse de lo que pasaba.

En ese mismo momento del olmo que se erguía cerca del pueblo se oyó un estridente toque de campana. Al toque de esta apremiante señal la gente, reunida en el patio de Chol Sam, se apresuró a subir a la montaña. Las mujeres y los niños que se encaminaban por el barranco huyeron a la desbandada hacia el bosque, lanzando gritos de desesperación. En un instante los hombres armados con azadones y horcas, lanzando gritos belicosos, se dirigieron a la pendiente adonde estaba Cha Ki Yong con el fusil a la espalda.

—¿A qué habéis venido otra vez, perros japoneses? ¿Algo más queréis, canallas?

—¡A machacar a estos monstruos!

—¡Marchaos por las buenas, perros!

La muchedumbre se acercaba envolviendo paso a paso a los hombres profiriendo amenazas a voz en cuello. Jon Kwang Sik, se quedó como

clavado un instante en el sitio, mirando a la muchedumbre enardecida. El no pudo pensar de repente la manera de calmarla, pero, bajó apresurado al encuentro del gentío, con el que debería haberse enfrentado inminentemente.

—¡Cuidado, muchachos, que tienen fusil! —avisó Chol Sam.

Empezaron a llover piedras. Una granizada tal de piedras que era imposible levantar la cabeza. Esquivándolas, Jon Kwang Sik advirtió a Cha Ki Yong, que le seguía de cerca, que no disparase. La muchedumbre se enardeció aún más creyendo que el adversario estaba desconcertado, y seguía arrojando piedras. Era imposible acercarse a la gente. Jon Kwang Sik vio que aquello no tenía remedio, hizo un gesto de despecho, y quitándose la pistola y dándosela a Cha Ki Yong se dirigió sin prisa hacia la muchedumbre.

—Hacedme caso, hermanos. Nosotros no somos lacayos de los japoneses. ¡Hermanos! Calmaos y hacedme caso, por favor —dijo, sin prestar ya atención a las piedras—. Somos guerrilleros antijaponeses, y no samurais.

Cuando ya estaban cerca la multitud se abalanzó en ruidoso tropel y rodeó a Jon Kwang Sik dando alaridos.

—¿Qué hacéis, hermanos, si somos guerrilleros? —decía a su vez Cha Ki Yong, que iba detrás de su compañero, fusil a la espalda. Pero todo era inútil, porque su voz fue ahogada por los gritos furiosos de la gente, que tenía rodeado a Jon Kwang Sik.

Entretanto una parte de los campesinos se dirigió a Cha Ki Yong.

—¡Canallas! Vamos a pelear con vosotros hasta la muerte.

—¡Tú atrévete a disparar! ¡Dispara si te atreves! Malditos perros samurais.

Cha Ki Yong veía por momentos aparecer la figura de Jon Kwang Sik entre la gente. Lo habían cogido. A Ki Yong le flaquearon las piernas,

estuvo a punto de caerse, pero siguió andando al encuentro de la muchedumbre, sosteniéndose apenas de pie.

—No somos del destacamento punitivo sino del ejército coreano. Somos guerrilleros.

Se Gol de furioso que estaba ni quería hacer caso de nadie. Se abalanzó sobre Cha Ki Yong, le dio un empujón en el pecho y le agarró al cañón del fusil. Otro joven cogió al guerrillero una mano por detrás.

—A ver si paráis, muchachos… —suplicó Cha Ki Yong tambaleándose—. ¡Uf, qué hacer con vosotros!

Cha Ki Yong no soltaba el fusil, lo tenía bien agarrado. Estaba dispuesto a medir las fuerzas no ya con dos, sino con cuatro, pero no quiso oponerse a ellos.

—¡Primero que nada quitarles las armas!

Cha Ki Yong, apretando el fusil contra el pecho, hacía todo para sostenerlo en sus manos.

*   *   *

Cuando Cha Ki Yong entró en el patio de Chol Sam empujado por los aldeanos, vio a Jon Kwang Sik que estaba en el poyo agitando los brazos y gritando:

—¡Hermanos! Somos guerrilleros antijaponeses que luchamos por la independencia de Corea contra los japoneses. El Ejército del pueblo coreano…

Los aldeanos agolpados en el patio se miraban unos a otros asombrados.

Jon Kwang Sik se animó y alzó más la voz. Su voz emocionada produjo agitación entre la gente, que permanecía como hechizada, sin saber si aquello era un sueño o una realidad. El milagro era demasiado

grande para creerlo, y no creerlo suponía el fin de todas las esperanzas.

De entre la muchedumbre salió Chol Sam, cojeando y apoyándose en el palo, hacia Jon Kwang Sik y cogiéndole del brazo le preguntó:

—Es decir, que no sois lacayos de los japoneses, sino del Ejército coreano.

En el rostro del viejo, desfigurado por una mueca terrible, podía verse reflejado en aquel instante el temor y la envidia, lo que suele observarse sólo en un hombre que haya estado toda la vida engañado, apocado y humillado.

—¡Aldeanos! Nuestra Guerrilla Antijaponesa formada por el Comandante en jefe Kim Il Sung la componen hijos e hijas de nuestros obreros y campesinos que viven bajo el yugo y en la miseria. Nosotros vamos a machacar con las armas en la mano a los japoneses y a devolveros la Patria.

En ese momento Se Gol notó una estrellita roja en el gorro que Jon Kwang Sik tenía en aquel instante en la mano. No era una estrella amarilla, como la que llevaban los japoneses. Se Gol, que lo que acaba de oír a Jon Kwang Sik y aquel indicio imponente que había visto le habían abierto los ojos, permanecía con una expresión de perplejidad en la cara. Cogió del brazo a Chol Sam, y dos ojos de los dos denotaron indecisión.

—¡Dejad los aperos! —gritó el viejo con voz temblorosa, y se acercó a Jon Kwang Sik y lo abrazó—. Perdóneme —le dijo.

Se oyó en todo el patio el ruido de azadas, horcas y demás aperos al caer al suelo.

—Allí vienen —dijo en ese mismo tiempo Cha Ki Yong, que estaba a un lado y pudo ver que a la vuelta de la montaña aparecía una columna.

—¡Aldeanos! —se dirigió a la muchedumbre Jon Kwang Sik bajando del poyo al patio—. Ahí viene el Comandante en jefe Kim Il Sung

conduciendo un destacamento guerrillero antijaponés. Vayamos pronto al encuentro.

Cuando los habitantes del pueblo se lanzaron con exclamaciones de alegría al camino, por la ladera de la montaña aparecía ya una larga columna de guerrilleros.

—¡Pronto, arriba! —le dijo Jon Kwang Sik a Chol Sam, empujándole ligeramente por la espalda en dirección a los guerrilleros. El viejo, de emocionado que estaba, se quedó un poco desconcertado, y después hizo con la mano una señal a sus paisanos, que estaban en torno de él. La multitud se puso en marcha, dejando por tierra tirados en desorden los azadones, las hoces y los tridentes, y se lanzó corriendo ladera arriba.

Al pie de la montaña los guerrilleros se encontraron con aldeanos.

Chol Sam, que había llegado tarde por culpa de la pierna herida y Se Gol desconcertado por lo inesperado del suceso, se pararon delante de los guerrilleros como clavados. Se acercaron Choe Chil Song y Jin Bong Nam y los estrecharon entre los brazos.

Pyon In Chol hizo el saludo militar al viejo y le preguntó cómo vivía él en este lugar tan apartado entre montañas. Yong Suk y otras guerrilleras lo primero que hicieron fue saludar respetuosamente a los viejos, mientras que Pak Hung Dok saludaba amistosamente a los muchachos dándoles palmaditas en las espaldas. Los guerrilleros se alegraban sinceramente de este encuentro, los vecinos del pueblo ponían caras dolorosamente arrepentidas.

Poco después en el espacioso patio pusieron gavillas de paja y en ellas se sentaron formando círculo guerrilleros y aldeanos. Volvían también al pueblo las mujeres y los niños que habían ido a esconderse en el bosque, y se oían gritos por aquí y por allá de los que buscaban a sus parientes o conocidos.

Jon Kwang Sik se marchó a la montaña al encuentro del compañero

Kim Il Sung para acompañarlo, pues tenía que llegar un poco más tarde.

Los vecinos del pueblo, viejos y jóvenes, cuando se enteraron de que vendría a verles el compañero Kim Il Sung, se dirigieron a su encuentro al pie de la montaña, que después se llenó de vecinos.

El compañero Kim Il Sung no tardaría en aparecer del bosque, dirigiéndose con una sonrisa hacia la gente. Jon Kwang Sik se encaminó briosamente hacia él, llevó la mano a la visera y dio un breve informe. El compañero Kim Il Sung sonrió e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. En ese instante la multitud se apresuró a rodearle. Él se quitó el gorro y abrazando a todos con la mirada los saludó.

La gente se afanaba por acercarse a él, le saludaba con reverencias, y algunos viejos se tiraban al suelo y permanecían largo rato en actitud de respeto.

Se Gol se abrió paso entre la gente y saludó el primero al compañero Kim Il Sung, después se apartó hacia un lado, se cogió de la cabeza y rompió a sollozar.

El compañero Kim Il Sung estaba rodeado de gente, saludándose con todos. A los viejos les saludaba inclinándose hasta la cintura y les preguntaba cortésmente por la salud, y a los pequeños los cogía de la mano o les pasaba la mano por las cabezas acariciándoles. A los jóvenes les estrechaba la mano o ponía la suya en los hombros de ellos, y les preguntaba que de dónde eran, cómo vivían, cuántos años tenían, sonriéndose unas veces, o poniendo cara de asombro otras. Saludó con una profunda reverencia al más viejo del pueblo, y sosteniéndole con las dos manos entró con él en el patio de Chol Sam.

El amo de la casa, que junto con los vecinos del pueblo había salido a recibir a los guerrilleros, pero que se sentó en el campo a derramar lágrimas de emoción, se acercó, renqueando, al Comandante en jefe, que estaba en el centro del patio.

—¡General querido! —dijo el viejo cayendo delante de él de rodillas.

El compañero Kim Il Sung intentó levantarlo, pero el viejo no podía levantarse, seguía de rodillas moviendo la cabeza a uno y otro lado. De repente empezaron a movérsele convulsivamente los hombros. Por fin, levantó la cabeza.

—¡General querido! Máteme —la barba del anciano se balanceaba tocando el suelo del patio, por el que se extendía ya la oscuridad del crepúsculo—. Soy un pecador maldito. Me merecí una muerte atroz, descuartíceme a los ojos de todo el pueblo, para que sirva de escarmiento a otros.

Por las profundas arrugas del anciano corrían lágrimas.

Habiéndose enterado por Jon Kwang Sik de lo que había pasado, el compañero Kim Il Sung cogió del brazo al anciano para levantarlo.

—No lo recuerde más, abuelo. Ha sufrido mucho, viviendo entre torturas y privaciones.

El compañero Kim Il Sung condujo al anciano hacia un rincón del patio, donde había en el suelo una estera.

Los aldeanos, mezclados ya con los guerrilleros, empezaron a dispersarse, y cada uno se llevaba consigo a su casa a unos cuantos guerrilleros.

Chol Sam permanecía sentado, con la cabeza agachada. Al compañero Kim Il Sung le apenaba ver la cara de sufrimiento que ponía el viejo, que había experimentado en su vida un abismo de calamidades mundanas. Tomó una mano del viejo entre las suyas.

—En mucho tenemos la culpa nosotros, los jóvenes, abuelo. Hacía tiempo que teníamos que haber venido a verles, pero nunca pudimos.

—¡Querido General! Su conmiseración hacia mí es tan grande, que no sé adónde meterme, yo, un viejo pecador. No, mejor es que me quite

la vida —y bajó otra vez la cabeza, sosteniendo con la mano la barbilla temblorosa.

Poco después Chol Sam se frotó los ojos y profirió:

—Querido General, ¿cómo puedo yo, un viejo necio, que no entiende de la sabiduría del cielo, poder comprender ahora este cambio, que ni en sueños me lo podía imaginar? Yo pensaba que nuestra tierra de tres mil *ríes* iba a hundirse en un abismo y desaparecer los descendientes de Tangun. Yo mataba mi tiempo suspirando. Hace doce años ya que abandoné Kyongju de la provincia de Kyongsang, porque no podía aguantar a los japoneses, y vine a este alejado rincón. Yo confiaba en algún milagro, vagando de un lado a otro varios años, buscando felicidad, hasta que vine a parar aquí, a la aldea que más cerca está del cielo, poniendo en ella toda mi confianza. ¿Es que puede uno escapar a la voluntad del cielo? Toda mi vida desde el principio no fue más que andar de un lado a otro —decía el viejo, refrescando en la memoria amargos recuerdos.

En su tiempo se había alistado al Ejército de Voluntarios, intentó oponer resistencia a los japoneses, gritando “hurra” especialmente cuando estalló la sublevación del Primero de Marzo. Pero de todo ello no resultó nada.

Detrás de él habían venido aquí otros campesinos, que abandonaban sus lugares porque no podían soportar el yugo de los imperialistas japoneses y de los terratenientes. Fue así como se creó este pueblecito aquí. Y pasaron años sin que en él apareciera un alma. Parecía que este alejado rincón les iba a servir de buen refugio donde podían vivir sin encontrarse con los japoneses.

Vivir lejos de los japoneses, no verles las caras era para estas gentes el mayor placer de su vida, que transcurría apartada del ajetreo mundano. Pero he ahí que veinte días atrás también a esto le había tocado su fin, y todas las esperanzas se les esfumaron.

—También era por la tarde, me parece a mí —dijo el viejo limpiándose con la manga Los párpados húmedos, mientras empezaba a hablar de la tremenda desgracia que se había echado aquel día sobre el pueblo.

—¡General querido! Le digo la verdad, ni soñábamos en que iba a aparecer un Ejército coreano. Y resulta que yo ni pude reconocer a nuestro propio Ejército, el que salvará a nuestra Patria. ¿No me merezco un castigo? Hace tiempo que estoy preparado para la muerte. Ya que he vivido hasta poder ver a nuestro Ejército, puedo ahora morir en paz. General, castigue a este viejo con todo rigor de acuerdo con la disciplina militar.

Chol Sam no pudo decir ni una palabra más y se volvió hacia un lado.

Había oscurecido ya, y en un rincón del patio alguien había encendido una hoguera. La luz de la hoguera se abría paso a través del manto oscuro, dejando ver el bajo alero y las paredes de troncos de la casa, iluminándolo todo en torno.

El compañero Kim Il Sung le cogió una mano al viejo y dijo en voz baja:

—Y todo eso es causa de que nos han arrebatado la Patria. ¿Qué coreano no está ahora condenado a esa misma situación? Cálmese usted. Vamos a ver la herida. ¿No le tocó el hueso?

Chol Sam levantó la cabeza para decir algo pero no pudo pronunciar ni una sola palabra. El compañero Kim Il Sung ordenó a Pyon In Chol, que estaba allí al lado, que trajese el botiquín.

—A ver esa herida —dijo el compañero Kim Il Sung, inclinándose sobre la pierna del viejo y pasándole la mano por la rodilla—. ¿Dónde está la herida? ¿Aquí?

—General querido —Chol Sam cogió la mano con la que el compañero Kim Il Sung le tocaba la herida—. Ahora ya no duele. De mí

no se preocupe. Entre en mi casa. Por muy grave que sea la herida, ¿podrá compararse con el dolor del alma? Ahora ya puedo morirme sin pena. ¿De qué pena hablar ahora, cuando vino a vernos el General?

—Venga, abuelo, no se obstine usted, quítese la venda.

No tardó en aparecer Pyon In Chol con el botiquín. Y el viejo no tuvo más remedio que levantar la pernera.

A la luz de un tizón, que sostenía Pyon In Chol, el compañero Kim Il Sung mojó algodón en un medicamento y lavó la herida. La pierna, atravesada por una bala, estaba muy hinchada. Chol Sam, con la pierna levantada en el aire, miraba a la cara al General, que le estaba curando. Una cara agradable, con espesas cejas bajo las que irradiaban su brillo los ojos abiertos. Una cara siempre sonriente que parecía al mismo tiempo siempre meditativa. El noble semblante del Comandante en jefe suscitaba el mismo sentimiento de confianza que se suele experimentar en la infancia. Chol Sam lo observaba con enternecimiento.

Todo bullía y hervía en el alma del viejo. No podía comprender qué significaba todo aquello.

Chol Sam no había comprendido el profundo significado de que treinta millones de compatriotas suyos se estaban consumiendo como esclavos sin Patria y que el mismo Comandante en jefe se disponía a curar la herida que el enemigo le había causado al pueblo coreano. Le había conmovido mucho el que el Comandante en jefe que le había tocado asumir la gran misión de salvar la Patria estaba curando una herida a un humilde viejezuelo montañés. En un intento de contener los sentimientos, que le habían invadido, Chol Sam cerró los ojos.

—¿Duele aquí? —preguntó el compañero Kim Il Sung, palpando la parte hinchada.

—¡General querido! —el viejo se incorporó y abrió los ojos—. A mí ya no me duele nada.

*　　　*　　　*

Jon Kwang Sik le hizo a Se Gol detalladas preguntas sobre la situación en el pueblo, pasó con la cabeza agachada al lado de las ruinas de un incendio y, por último, llegó a la casa de Chol Sam. Precisamente en aquel momento el compañero Kim Il Sung pasaba junto a una casa de aspecto miserable hecha de troncos. Estaba de vuelta de la ronda por el pueblo para reconocerlo. Un sentimiento penoso le embargaba. Había visto un cuadro pavoroso. En cada hogar yacían dos o tres personas muriéndose de hambre.

Estos dos días los guerrilleros estuvieron preparando, de las escasas reservas que había en el destacamento, unas gachas ligeras para los aldeanos, y en primer lugar para los que estaban acostados. Se había creado una situación difícil en cuanto a las provisiones tanto para los vecinos de la localidad como para los mismos guerrilleros.

El compañero Kim Il Sung, mientras andaba despacio por el pueblo, veía la manera de salir de la situación. Cuando llegó a la esquina de la casa de Chol Sam vio a una chiquilla de cuatro a cinco años jugando a “cocinera” al pie de un otero sobre el que se alzaban unas matas de hierba. Se paró a observar a la niña, después se sentó a su lado inclinándose.

—¡Qué estupendo! ¿Te entretienes sola?

La niña abstraída en el juego levantó la cabeza y sonrió, sorbiéndose los mocos.

—Juego a “cocinar”.

—¿Y qué es esto? —preguntó el compañero Kim Il Sung señalando un trozo de vajilla de porcelana que tenía un adorno floral.

—¿Esto? Aquí yo puse verduras en salazón.

En el trocito de porcelana había hojas de armuelle picadas, se diría que parecía de verdad una ensalada de lechugas.

—¿Y esto?

—Esto es arroz cocido. Ahora voy a sacarlo.

—¿Y esto una taza para el agua?

—No es una taza, es una tinaja para el agua.

—¿Una tinaja?

—¿Es que no sabe lo que es una tinaja?

La chiquilla entornó los ojos, mientras colocaba en otro sitio el trozo de porcelana. Tenía puesta una blusita variopinta, desteñida ya y con los codos rozados. La niña había mirado con tanta gracia que el compañero Kim Il Sung le alisó la cabeza, de pelo corto, y se sentó junto a ella.

—¿Cómo te llamas?

—¿Yo?

—Sí, que cómo te llamas.

—Me llamo Yong Hi.

—Yong Hi. Eres una niña muy lista.

La niña se puso a colocar los trozos en la faldita que dobló a manera de bolsa, parpadeando párpados de doble membrana con huellas en la cara de haber llorado, pues en las mejillas se le notaba.

—¿Cuántos años tienes, Yong Hi? —La pequeña se adentraba en su regazo deseando que él la abrazara.

El compañero Kim Il Sung la abrazó y la sentó en sus rodillas.

—Tienes que lavarte. Porque esa carita tan bonita no puede estar sucia. ¿Cuántos años tienes?

—Estos —dijo ella, enseñando todos los dedos de una mano.

—Es decir, cinco.

—Sí.

—¿Y qué hacen papá y mamá?

—¿Papá y mamá?

—Sí.

La chiquilla se alarmó de pronto, sus ojos reflejaron miedo, pero por un instante. El compañero Kim Il Sung advirtió en el semblante de la pequeña algo alarmante, y la estrechó con más fuerza contra sí. Los labios de ella, rojos y blandos como guindas, trepidaron, las mejillas se le contraían. Le salieron lágrimas en los ojos y las cejas se juntaron. Y empezó a llorar de repente. El compañero Kim Il Sung la mecía y le limpiaba con la mano las lágrimas que le corrían por las mejillas. Pero ella seguía llorando amargamente y moviendo la cabeza a los lados.

—¡Mamá, mamá!

—Uf, qué desgracia. Venga, Yong Hi, móntate en hombros.

—¡Mamá!

—¿Quieres que te dé una cosa? —dijo el compañero Kim Il Sung, buscando en el bolsillo para calmar a la pequeña con algo, pero no encontró nada.

—Toma esto. Mira qué bonita —le decía dándole una estilográfica. Pero la chiquilla seguía llorando. Arrojó a un lado los cascos de vajilla y se agitaba.

—Buena la hemos hecho… —El compañero Kim Il Sung miró alrededor a ver sí veía a alguien. Mucho tiempo hubo de procurar calmarla hasta que, por fin, se calló. Después bajó en dirección al riachuelo con ella en los brazos. El riachuelo corría cerca del pueblo, a la derecha de la cota. Allí donde el agua cristalina se deslizaba por la roca, mojó una toalla y le limpió la cara a la niña. Ella lloró un poco más, después le echó a él una mirada con aire estúpido, llorosos los ojos, y empezó a hipar, mientras sollozaba.

—Cálmate, Yong Hi. Sabes cómo te llamas, sabes cuántos años tienes. ¿Es, que una niña tan lista puede llorar? Deja que te limpie la

carita. ¡Qué mona eres! A ver, levanta la carita, así —saliendo no sin dificultad de este apuro, el compañero Kim Il Sung le limpió con su pañuelo la carita a la niña y la llevó de la mano hacia una pequeña elevación.

En dirección contraria iba una mujer con un tarro. Cuando se juntaron se paró.

—Yong Hi, ya veo que lloraste otra vez —dijo posando el tarro en el suelo para coger a la niña en brazos.

—¿Es usted la madre?

—No.

—Estaba jugando y de repente rompió a llorar a lágrima viva. —Acariciando a la niña, el compañero Kim Il Sung contó lo que había pasado.

—Se pone a llorar unas cuantas veces al día de tal manera, que se desgarra el corazón. Es la nieta de Chol Sam. En un instante quedó huérfana del todo. En cuanto llega la noche se pone triste porque siente que le falta la madre y llora.

—¡¿Sí?!

Lo que acaba de contarle esta mujer, la tía de Se Gol, dejó muy conmovido al compañero Kim Il Sung, que sintió en ese momento cómo le latía más fuerte el corazón. Con su pregunta inopinada había vuelto a avivar la herida recién abierta en el alma de la criatura.

—¿No quieres ir a pie, Yong Hi? Bien, espera un poco aquí. Voy por agua y vuelvo —dijo la mujer, cogiendo el tarro, y fue de prisa al riachuelo.

—¡Yong Hi! —el compañero Kim Il Sung abrazó a la chiquilla y la acarició mejilla con mejilla durante largo rato. Ella le agarró con sus tiernos bracitos por el cuello y no quería soltarlo. Pero pronto habría de calmarse y a correr por la hierba.

—Vamos a arrancar flores. Mira qué flor más bonita.

El alma infantil es como una tormenta de verano; las lágrimas habían desaparecido, y la niña, sonriendo de contenta echó a correr con las manos abiertas a arrancar una flor. El compañero Kim Il Sung sólo en aquel momento pudo notar que la niña estaba descalza, la falda era de tela basta, dura romo viruta, y se erizaba. Y la chaquetita multicolor, que la madre le había hecho en su día, estaba ya del todo desteñida y raquíticas las mangas. El compañero Kim Il Sung miró meditabundo a la inocente criatura, que estaba arrancando flores en el campo.

La patria perdida, la cruel lucha de clases, un enemigo más feroz que las fieras eran duras verdades de la vida que la niña todavía no conocía. Pero esa dura vida también le había afectado a ella así tan despiadadamente, arrebatándole hasta lo último que tenía. El compañero Kim Il Sung había visto múltiples calamidades que estaba sufriendo el pueblo coreano. El mismo había sufrido mucho, pero nunca sintió tan gran dolor.

Con flores en las manos se le acercó la chiquilla, riéndose, haciendo mimos, contenta. El compañero Kim Il Sung volvió a abrazar fuerte a la pequeña, cuando ella levantó la cándida carita, mirándole a él con unos bonitos ojos sonrientes.

En occidente se encendía el crepúsculo vespertino. En el aire centelleaban tonos color rosa. El compañero Kim Il Sung llevaba a Yong Hi de la mano, y la chiquilla no paraba de hablar, andando a pasitos rápidos por la hierba.

Jon Kwang Sik dobló la esquina de la casa y vio a la tía de Se Gol, que se había parado con el tarro en la cabeza a mirar a la orilla.

—¿Qué hay allí interesante?

—Eche una mirada.

El otro se volvió y vio que el compañero Comandante en jefe estaba

jugando en la hierba con Yong Hi.

El crepúsculo vespertino centelleaba en el cielo. El sol, posado en la montaña derramaba por el cielo y la tierra sus brillantes rayos de fuego.

—La pobre quedó sin padre y sin madre, estuvo día y noche derramando lágrimas y ahora se calmó y está riéndose.

—¿Sí? —Jon Kwang Sik se enteró por esta mujer de todo lo que había sucedido.

El crepúsculo se había apagado, las tinieblas se posaron sobre la tierra, pero él permanecía allí parado. Incluso cuando el compañero Kim Il Sung se dirigió al pueblo con la niña de la mano no podía él marcharse de la colina, cubierta de césped. En el cielo de la tarde habían empezado a titilar las estrellas, pero Jon Kwang Sik seguía caminando en silencio por la colina. ¿Cómo aliviarle el trabajo al compañero Comandante en jefe? Porque tú fuiste testigo de cómo el compañero Kim Il Sung había comprado, en Jilin, con la exigua cantidad de dinero que la madre le mandara para los estudios, calzado para la criatura de la casa vecina; viste con tus propios ojos cómo sufría cuando vio, al otro lado del paso de Kadukryong, en la orilla del río, a los refugiados de Dagou. La situación de los habitantes de Chonsangdegi era terrible, no menos que la de otros pueblos conocidos. El compañero Kim Il Sung había visto en la carita llorosa de Yong Hi el futuro de la Patria despiadadamente pisoteada por el enemigo. La niña tenía hambre, estaba descalza y desnuda.

Amargamente lloró Yong Hi, pero más lágrimas tal vez haya derramado de su alma el compañero Comandante en jefe. Hace ya de cinco a seis años que estás a su lado, ¿has hecho alguna vez algo para aliviarle siquiera sea un poco la carga? En este mismo pueblo volviste a cometer un error por imprudencia. De ahí el malentendido, si bien temporal, de la población. De haberte enterado y comunicado a tiempo

sobre la situación podrías haber tomado las medidas oportunas, o en todo caso haber venido aquí preparándolo todo con anticipación.

Jon Kwang Sik andaba como enloquecido de un lado para otro por la colina a oscuras, echándose maldiciones a sí mismo. ¿Cómo podría tranquilizar al compañero Comandante en jefe, tan conmovido después del encuentro con Yong Hi? No Pudo cerrar los ojos en toda la noche.

*　　　*　　　*

Por la mañana temprano Jon Kwang Sik y Cha Kwang Su se hallaban sentados a solas. Jon Kwang Sik contó detalladamente lo visto durante el reconocimiento del pueblo y que el compañero Comandante en jefe había estado en el prado hasta la misma caída de la tarde calmando a Yong Hi.

El día anterior por la noche Cha Kwang Su había recibido una orden del compañero Comandante en jefe de destinar un grupo de guerrilleros a buscar provisiones y medicamentos y ahora estaba preparándose para cumplirla. Estaba haciendo anotaciones en la libreta, después levantó la cabeza y dejó la pluma a un lado. Jon Kwang Sik continuó:

—Pienso que tenemos que traer aquí sin falta y pronto, como el compañero Comandante en jefe ordenó, provisiones y medicamentos y ayudar a la población a normalizar la vida. Pero me parece que también tenemos delante otra cuestión que exige una resolución urgente. Los víveres y los medicamentos podrán conseguirse y traerse si mandamos unos cuantos grupos operativos, aunque va a haber dificultades, claro está. Pero no creo que con esto podamos aminorar del todo las preocupaciones del compañero Comandante en jefe, que tanto le afectó la tragedia de esta aldea. Si nos limitamos a esta tarea pueda que él no querrá marcharse de aquí. ¿Podrá marcharse de aquí, dejando a pequeños

como Yong Hi, que se quedó sin padres y siempre está llorando?

De ordinario un hombre tranquilo, Jon Kwang Sik estaba ahora embargado por la emoción.

—Entonces, según tú, ¿hay que traer aquí los vecinos de este lugar que se llevaron los soldados del Ejército de Kwantung? —preguntó Cha Kwang Su, desencorvándose y poniendo tirante el entrecejo.

—Pienso que sí.

Así, pues, después de haber escuchado la detallada explicación de Se Gol se pusieron a trazar el plan de la operación por el que una compañía de guerrilleros tenía que rescatar a los aldeanos del enemigo. Después del desayuno los grupos operativos partieron, como había sido planeado, por las provisiones y los medicamentos.

Cha Kwang Su y Jon Kwang Sik iban juntos por la orilla del riachuelo, cerca de un molino de agua. Allí crecía en abundancia el zumaque, la angélica, de grandes y lustrosas hojas, y otras plantas parecidas a las meridionales. Jon Kwang Sik, después de andar algún tiempo en silencio, arrancó una hoja de angélica y abanicándose con ella dijo en voz baja.

—Ruego comunicarle al compañero Comandante en jefe que la misión se cumplirá a despecho de todas las dificultades.

—No olvides que el compañero Comandante en jefe advirtió no emprender pasos arriesgados. Me encargó repetírtelo.

—Bien. Pero si no llevamos a cabo esta operación, el compañero Comandante en jefe va a estar después mucho tiempo sintiéndolo. ¿En qué piensas tú que consiste nuestra obligación, soldados fieles suyos? Podríamos conseguir un triunfo aniquilando el mayor número posible de enemigos, o poner en pie a toda una región, extendiendo allí una red de organizaciones revolucionarias y despertando a las masas. Pero a mí me parece ver nuestro primer deber en disminuirle a él las preocupaciones.

Porque él lleva encima toda la responsabilidad por los destinos de nuestra revolución y de nuestro pueblo. La lucha revolucionaria pueden y deben sostenerla muchos otros compañeros; y no sólo nosotros; pero disminuirle las preocupaciones, debemos hacerlo más que nadie tú y yo, que somos ayudantes suyos todavía desde los tiempos de la actividad en Jilin y en Kalun, y ese es nuestro orgullo.

Cha Kwang Su se frotó la nariz sin ninguna necesidad. Jon Kwang Sik, por lo común, era parco en palabras, pero una vez que comenzaba a hablar sabía hacer mella en el corazón de su interlocutor. Cuando la columna, que marchaba delante, doblaba la montaña, le dio la mano al compañero:

—Bueno, adiós.

—Te acompañaré un poco más.

—No, es hora ya. Quiero pedirte una cosa. Desde que el compañero Comandante en jefe supo que los aldeanos estaban pasando hambre, perdió el apetito…

—Ya sé. Bueno, que tencas suerte. Toma esto para el camino.

—¿Qué es?

—Del compañero Comandante en jefe.

Después se separaron. Jon Kwang Sik dobló la montaña y cruzó un pequeño riachuelo. El paquete que le había dado Cha Kwang Su despedía un sabroso olor a harina de avena. Se quedó plantado en un montículo, con el paquete contra el pecho, sin poder moverse ni para adelante ni para atrás: ¿Volverse atrás para devolverlo o seguir Con él? Ahora cada puñado de grano valía más que el oro. Y el compañero Comandante en jefe no había escatimado… Jon Kwang Sik hasta llegó a enfadarse de Cha Kwang Su, por no haberle dicho nada éste. Permaneció inmóvil en el sitio, y abrazando el paquete levantó la cabeza con un movimiento brusco: “Compañero Comandante en jefe, justificaremos sin

falta su confianza, cumpliremos la misión. ¡Liberaremos a todos, cueste lo que nos cueste!”, prometía él con los ojos humedecidos apretando contra el pecho el paquete, que obligaba más y era más cálido que muchas decenas o cientos de palabras de un mandato.

*   *   *

Pak Hung Dok estaba de un humor excelente. Por lo común parecía ser una persona lenta, pero cuando tenía ganas de trabajar, se volvía de pronto ágil y hábil. No era de los tranquilos.

—Compañero Choe Chil Song, mira a ver si los botones están todos en su sitio. Nuestro descuido va a ser una vergüenza para todo el destacamento de guerrilleros. A ver, dámela, hay que mojar esto y plancharlo. Anda, date prisa…

Choe Chil Song miraba perplejo. No comprendía qué quería decirlo.

—Que me la des, compañero Choe, ¿no oyes?

—¿Qué te dé qué?

—Hombre, eso mismo que tienes en la mano.

—¿La escudilla con agua?

Dándole la escudilla, Chil Song sonrió, desconcertado, dilatando el labio superior. Después plegó cuidadosamente el uniforme militar y empezó a plancharlo con los pies.

—Se diría que vamos de visita.

—Pues de eso se trata.

—¿Y la compañera Yong Suk, por dónde anda? —preguntó mirando a los lados Pak Hung Dok, que había cogido agua en la boca para rociar el uniforme.

Yong Suk se estaba peinando junto al riachuelo.

—Pues, sí, tampoco está de más peinarse.

Plegando el uniforme, sacudió la cabeza para quitarse las gotas de sudor de la barbilla. A todos los combatientes les estaba dando prisa para que mirasen por el aspecto que llevaban. Los guerrilleros, que se habían quitado las ropas de campesino, estaban en la gloria.

—Ni que decir tiene que el traje militar nos cae mejor. Resalta la figura.

El uniforme estaba un poco descolorido, pero vestidos con él después de haberlo sacudido y planchado, todos parecían muy bizarros.

Ya están formados. Delante va Choe Chil Song, ojos grandes, frente prominente y detrás le seguían Sang Son, carilargo, de cuello estirado, el tercero iba Bong Nam, rollizo, y un poco testarudo de carácter, y La última estaba Yong Suk.

Pak Hung Dok estiraba una y otra vez la manga, para quitarle las arrugas que todavía tenía, y miraba hacia el lado de Okbawigol, el pueblecito adonde debían ir, que tenía como unas cien casas, situado a unas setenta *ríes* de Chonsangdegi. Por la mañana Pak Hung Dok dejó a los compañeros en el bosque y marchó solo al pueblo, donde se puso a hacer el aprovisionamiento de víveres. Con una toalla enrollada en la cabeza, unos pantalones bastante gastados y un macuto a la espalda se hizo pasar por un caminante, pidió agua y entabló conversación con los vecinos del lugar. Bebió a la puerta de casa, devolvió la taza a la persona que le había atendido y se sentó en el suelo de madera, debajo del alero. El dueño de la casia le invitó a entrar. Allí comió y compró cierta cantidad de almorejo. Al cabo de unas horas había despertado tan buena disposición en el anfitrión, que a éste se le escapó: “Enséñame el Ejército coreano, si es que de verdad existe”.

En el pueblo había tres o cuatro terratenientes. Los demás habitantes si no eran arrendatarios eran aradores de parcelas en bosque talado. La policía japonesa se encontraba a quince *ríes* de allí, y al pueblo venía

muy rara vez, sólo cuando salía de reconocimiento. El pueblo mismo tenía su “cuerpo de guardia”, armado con unos cuantos fusiles.

El dueño de la casa, Pak Won Sik, de unos cuarenta años, espesas patillas, juraba que motivos para alarmarse no había. Agregó con orgullo que él en su vida había tenido ocasión de hablar con todos los personajes importantes del Ejército de la Independencia, hasta con el mismo Hong Bom Do.

Y decía que si era verdad que existía el Ejército Guerrillero Antijaponés, diferente del antiguo Ejército de la Independencia, merecía la pena que todo el pueblo hiciese una fiesta para rendirle homenaje.

Pak Hung Dok, sentado en el borde del piso de madera debajo del alero de aquella ruinosa casa con techado de paja, hablaba con el dueño de la misma sobre todas las cosas de este mundo. Después volvió pronto a reunirse con sus compañeros y mandó a los combatientes ponerse en buena forma. Aspecto irreprochable lo tenía sólo Choe Chil Song. Bong Nam tenía el gorro un poco arrugado, Sang Son barro en las botas, y a Yong Suk le salía de debajo del gorro un mechón de pelo recortado. Pero eran cosas que podían pasar.

Pak Hung Dok, que por naturaleza no parecía ser un hombre quisquilloso, se había puesto a importunar por pequeñeces, obligando a todos a arreglarse. Después dio la orden de ponerse en marcha. Cuando el destacamento llegó al patio de Won Sik, éste acababa justo de llegar a casa, dando una vuelta en torno al “cuerpo de guardia”. Había ido por todo el pueblo anunciando hasta el cansancio a cuantos encontraba en el camino que si querían ver el Ejército coreano que acudiesen corriendo a su patio.

El dueño de la casa salió de prisa al patio dando exclamaciones de asombro al ver a los guerrilleros.

—Este es el mismo que acaba de estar aquí con su macuto —dijo

abrazando a Pak Hung Dok. Después fue estrechando en brazos a los demás, siempre sin dejar de pronunciar exclamaciones de asombro. Cuando llegó la vez a Yong Suk se quedó parada. Nunca había pensado que una muchacha podía llevar uniforme militar y fusil. Yong Suk, labios gruesos, nariz respingona y párpados de doble membrana, hizo con mucho garbo el saludo militar y se inclinó ceremoniosamente ante el dueño de la casa.

—¡Magnífico! —exclamó él…, y se deshizo en alabanzas. Escaso de elocuencia, habló de distintas cosas, incluso de los valientes que fueron las mujeres en la batalla por la fortaleza de la montaña Haengju, y del buen arte que se daban en el tiro de arco las amazonas en el período de Coguryo. Mientras se explayaba en sentimientos, en el patio iba entrando gente. Habían venido del campo jóvenes labradores con azadas en las manos, irrumpió también una pandilla de chiquillos descalzos de la escuela privada. Detrás de ellos aparecieron ancianos, agitando sus largas pipas de fumar. En un momento llegaron a reunirse allí más de cien aldeanos. El amo de la casa sacó rollos de esteras, los extendió y sentó a la gente en corro. Los ancianos no paraban de expresar su asombro con exclamaciones, moviendo las cabezas en señal de aprobación.

Debajo del alero estaban cuatro guerrilleros de pie, y de frente, sentados los aldeanos. Pak Hung Dok no sabía cómo proceder en adelante. Era de los que sabían salir bien de las situaciones embarazosas, pero ahora estaba desconcertado, y no sabía qué hacer.

—Compañero Choe, di algo. ¿Vas a permanecer mudo? —dijo Hung Dok dándole un golpecito a Chil Song, que se encontraba en posición de “firme”.

—No puedo —dijo poniéndose no ya colorado, color de púrpura. Tenía exactamente el mismo aspecto que como le había visto Hung Dok

en el barranco de Jagundegi arrimado al peñasco.

No había salida. Pak Hung Dok aspiró aire por la nariz unas cuantas veces y levantó la cabeza. Abrió la boca para hablar, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Todas las miradas se concentraron en él. Se veía acuciado por el ambiente, miraba alrededor, con la timidez reflejada en los ojos, jadeante y el sudor en la cara. Un rato después dijo, por fin:

—¡Abuelos y padres, hermanos mayores! Somos de la Guerrilla Antijaponesa del General Kim Il Sung.

En el patio se estableció un silencio sepulcral. Pak Hung Dok, que había empezado a hablar sin darse cuenta permanecía ahora parpadeando, escuchando el silbido de la propia respiración. En la cabeza no tenía ninguna idea y no sabía de qué hablar. Mientras tomaba aliento, volvió a recordar la plazoleta de la escuela en Eiangziang, donde había dicho un discurso el compañero Comandante en jefe. Pasó dos veces la mano por la correa del fusil y miró hacia el lado donde estaba Choe Chil Song. Pero éste permanecía quieto, con semblante indiferente, como diciendo que le tenían sin cuidado los apuros de su compañero.

Pak Hung Dok se concentró y reanudó su discurso, no sin mucho esfuerzo. Habló de la importancia que tenía la Guerrilla Antijaponesa, de la necesidad de que la población la apoyara, y después de lo que él mismo había visto, las calamidades y desgracias vividas por los habitantes de Chonsangdegi.

Los reunidos dijeron estar dispuestos a acudir en auxilio de Chonsangdegi, con lo que también ayudaban al destacamento guerrillero. Todos prometían entregar arroz.

Después de que Pak Hung Dok terminara su discurso se entablaron animadas conversaciones. Un viejo, vestido con una bata larga de lienzo blanqueado, se dirigió a la concurrencia preguntando si querían ir a ver al Comandante en jefe. Todos le apoyaron en coro: El viejo preguntó

entonces a Pak Hung Dok si era posible eso.

—¿Y por qué no? —contestó al instante Pak Hung Dok—. De acuerdo. Nosotros os acompañaremos —añadió.

* * *

El plan inicial de Pak Hung Dok se había ido abajo irremediablemente. A él mismo esto no le preocupaba, antes bien, estaba en que la cosa marchaba como nunca. Al contrario de lo que se había esperado, el aprovisionamiento de arroz iba bien, y además había pronunciado un discurso. Ahora llevaba a la gente a ver al compañero Comandante en jefe. Una verdadera fiesta. Sólo una cosa desazonaba: ¿no podrían conseguirse las provisiones en mayor cantidad y al fiado? Esta idea la sacó él a la consideración de los demás.

—¿Y cuándo podremos volver aquí para pagar la deuda? —preguntó Jin Bong Nam, un hombre siempre predispuesto a dar el sí a todo.

—¡Qué mollera más dura! —dijo en reproche Pak Hung Dok, sentado en cuclillas en la hierba, mientras arrancaba con aire de enojado un tallo de ajenjo—. A ver si te enteras de que para desenvolver la lucha de guerrillas tenemos que surcar todas las trece provincias de Corea a todo lo largo y ancho. Y tú preguntas que cuándo vamos a volver.

—Las deudas hay que pagarlas sin falta, eso es lo que me tiene preocupado.

—Por cierto que en tus palabras hay una verdad. Por eso me aconsejo con vosotros. Así, pues, ¿cuándo podremos pagar la deuda? —Pak Hung Dok frotó despacio con la palma de la mano su ligeramente abombada frente dando por hecho real la cosa.

—Es difícil decir cuándo —dijo otra vez Bong Nam, con aire de preocupación.

—Escribiremos un recibo para cancelarlo dentro de tres años todo lo más.

—¿Un recibo? —Bong Nam volvió a menear la cabeza.

—Entonces qué. Aquí no vale dar la palabra. Una cosa así no puede hacerse de cualquier manera —dijo Pak Hung Dok, poniéndose más serio todavía. Los demás se quedaron pasmados. Y se hizo el silencio, y Hung Dok continuó en seguida:

—¿No hay objeciones? Bueno, entonces hagámoslo así. —Sacó la libreta de notas, la puso sobre las rodillas y, revolviendo en los bolsillos, extrajo el cabo de un lápiz.

—¿Cómo escribir? —pensó por un instante. Después de mover la cabeza, empezó. De cabecera puso la palabra “Recibo”, y debajo el nombre y la cantidad de la mercancía, y terminó así: “Lo indicado más arriba será devuelto dentro de tres años por el Gobierno coreano independiente”. Después escribió la fecha y firmó con letra legible: “El jefe de Intendencia de la Guerrilla Antijaponesa, Pak Hung Dok”.

—¡Caramba! Se diría que fue formulado en una Notaría —observó con aire de satisfacción Pak Hung Dok, enternecido y moviendo la cabeza a un lado y a otro.

—¿Y cómo sellarlo?

—Con la huella de un dedo.

—¡Ah, sí! —exclamó echando aliento en el pulgar. La cosa marchaba estupendamente.

Cuatro guerrilleros cargados con bultos se pusieron en camino. Se quedó solo Jin Bong Nam, que partiría más tarde con carros de bueyes y con los aldeanos, que iban a ver al Comandante en jefe.

Setenta *ríes* de camino los andaron hasta el mediodía. Cuando se aproximaron a Chonsangdegi una voz anunció la llegada de Pak Hung Dok. Sí, era él, que se acercaba con mucha carga encima, cuesta arriba por la pendiente, agitando una mano. Le seguían Sang Son, Chil Song y

Yong Suk. Más atrás aparecieron dos carros tirados de bueyes.

*　　　*　　　*

Cha Kwang Su se puso blanco como una pared cuando escuchó el informe de Pak Hung Dok. Sus finas cejas se enderezaron, los ojos se le turbaron. Pak Hung Dok agachó la cabeza y permaneció sentado, contenida la respiración, en espera del análisis de sus errores. Como se lo había figurado, al cabo de unos minutos Cha Kwang Su empezó a hablar con voz tranquila:

—Tu error está, primero, en que… —tenía la costumbre de analizar un fenómeno complicado por orden, recalcando "primero", "segundo"… Además sus razonamientos siempre eran lógicos.

Para el mismo Pak Hung Dok los propios errores habían sido tan inesperados, que puso en tensión los nervios mientras escuchaba las críticas.

La primera observación, el haberse apartado de lo ordenado. Primero había que conseguir los víveres sin ruido, ocultamente. Desplegar una labor de propaganda de masas sin una averiguación anticipada y una preparación, observaba Cha Kwang Su, podría traer consecuencias graves, un asalto por sorpresa del enemigo.

El segundo error, haber dado sin permiso de la superioridad su conformidad a que viniese la gente del pueblo de Okbawigol. Sin saber el plan de operaciones del destacamento, observó Cha Kwang Su, se había conformado a que una gran masa de gente se presentara allí. ¿Y qué, si al día siguiente se ve obligado a abandonar el lugar por circunstancias imprevistas?

El otro error, el recibo. Según expresión de Cha Kwang Su, una "alegre estafa". Engañó no sólo a la gente, se engañó también a sí

mismo. En las relaciones del ejército revolucionario con las masas populares no pueden figurar recibos. El hecho mismo de dar un recibo huele a un trato mezquino, cosa sólo de mercachifles. Además, ¿por qué “dentro de tres años” y de dónde un “Gobierno coreano independiente”? Esto todavía no lo sabía nadie.

Escrupuloso para cada cosa, Cha Kwang Su estuvo largo rato aclarando unas cuantas cuestiones de cabo a rabo. La mitad aproximadamente de las observaciones iba acompañada de una explicación y una crítica al culpable, y lo demás iba dirigido no a Pak Hung Dok sino a sí mismo. Era como una autocrítica, por no haber tomado las medidas necesarias para prevenir semejantes errores.

La conversación la mantenían a solas en una habitación cíe la casa que tenía en el piso una estera. Pak Hung Dok tenía las palmas de la mano mojadas, posadas sobre las rodillas. Para él aquello sí que de verdad había sido imprevisto del todo. No había qué objetar, la crítica de Cha Kwang Su era justa. Allá en el pueblo a él, a Pak Hung Dok, ni le habían venido a la cabeza estas cosas, al contrario, había pensado que las cosas marchaban mejor de lo esperado.

—Te olvidaste de las palabras del compañero Comandante en jefe de que “los guerrilleros no pueden existir desvinculados del pueblo, como el pez no puede vivir sin el agua”. Si nosotros por una causa cualquiera incurrimos en la más pequeña falta en las relaciones con el pueblo, significará un crimen gravísimo. Nuestro supremo ideal es servir al pueblo —terminó sus observaciones Cha Kwang Su y esperó las respuestas de Pak Hung Dok.

Con la cabeza agachada, Pak Hung Dok se arrepentía sinceramente. Antes de haberse alistado al destacamento guerrillero había participado unos cuantos años en el movimiento revolucionario, pero allí la disciplina era otra por completo y distintas las tareas. Ir a una entrevista a

un punto determinado, ver a una persona a tal hora y tal día para transmitirle un informe, o bien en un determinado momento pegar octavillas o quitar delante a un lacayo de los japoneses. Era como deslizarse en un bote por un riachuelo estrecho sin tocar las márgenes. Pero ahora había que orientarse en un océano inmenso. Pak Hung Dok también sabía que no se podían perjudicar los intereses del pueblo. Pero por el momento no tenía conciencia de que un punto de vista erróneo, una hendidura pequeña al principio puede hacerse muy grande al final, es decir, las cosas pueden tomar otro giro.

Poco después levantó la cabeza. Sus ojos estaban rojos. Como la cuestión afectaba a las relaciones con las masas, Cha Kwang Su tenía que presentarse junto con Pak Hung Dok al compañero Comandante en jefe para informar el asunto.

Unos minutos más tarde estaban ya delante del compañero Comandante en jefe. Ahora Cha Kwang Su cambiaba bruscamente de actitud, lo cual le dolía todavía más a Pak Hung Dok. Hallándose a solas con el culpable, Cha Kwang Su le había dado una jabonadura, pero delante del compañero Comandante en jefe toda la culpa la tomó para sí. La causa del error, decía, estaba en que él no había tomado las debidas precauciones cuando daba las órdenes, no había previsto posibles contingencias y no había confiado un cometido tan importante a un jefe.

El compañero Kim Il Sung dejó la pluma a un lado y se volvió de cara a ellos. Los sentó enfrente, en el piso calentado. En el angosto cuarto había en el suelo tres esteras extendidas. El compañero Kim Il Sung se estaba preparando para el discurso que aquella tarde tañía que pronunciar delante de la población de la localidad.

—Compañero Pak Hung Dok, cuente cómo actuó allí —el compañero Kim Il Sung miró a Pak Hung Dok, apartando a un lado la taza y el libro que tenía encima de la mesa.

Pak Hung Dok, abriendo y cerrando unos ojos muy grandes, como cuando se tiene miedo, contó detalladamente como se había llevado a cabo la operación desde la partida hasta el regreso. El compañero Kim Il Sung escuchaba interrumpiéndole de vez en cuando. Rompió a reír de buena gana cuando le contó que el "cuerpo de guardia" del pueblo, el cual estaba a disposición de la policía japonesa, aunque tenía armas no se había atrevido ni a asomar las narices. Llevando la mano a la frente, dirigió una mirada a Cha Kwang Su:

—¿Qué le parece, compañero Cha? ¿No es esto un golpe al enemigo? Sí, ¿y qué decís que dijo el amo de la casa cuando vio a Yong Suk?

Tranquilo ya un poco, Pak Hung Dok contó, sirviéndose de la gesticulación, cómo abría los brazos de asombro el campesino Won Sik al ver a Yong Suk y cómo no dejaba de pronunciar exclamaciones de admiración.

—Esto está muy bien. Hace falta que todos vean, que la mujer coreana, después de haber vivido tanto tiempo oprimida y humillada, coge ahora las armas en la mano como los hombres para luchar contra el agresor. Y mujeres, ¿había allí?

—¡Sí! Jóvenes y viejas todas lloraban de emoción cuando vieron a la guerrillera.

—Bien. Mas, ¿es verdad que los campesinos de Okbawigol, van a venir aquí mañana o pasado mañana?

Pak Hung Dok volvió a quedar de una pieza y agachó la cabeza.

El compañero Kim Il Sung le dijo que había hecho muy mal y continuó:

—Aparte de las observaciones que le hizo el jefe de compañía usted tuvo otro fallo más. No los campesinos de Okbawigol tienen que venir aquí a vernos a nosotros sino que nosotros estamos obligados a ir a verlos a ellos. Pero vosotros lo habéis hecho todo al revés.

Pak Hung Dok levantó la cabeza y la expresión de su cara parecía decir que aquello a él no le había venido a la cabeza.

—Es posible que estéis pensando ahora si es concebible que un combatiente solo pueda llamar al destacamento y encima al Comandante en jefe. Si se cree así entonces es también un gran error. Yo quisiera que todos mis combatientes tuviesen la audacia de prometer a las masas una cosa como ésta. Y es que, como saben ustedes, todos nosotros, sea un combatiente, sea el Comandante en jefe, estamos obligados a cumplir todo lo que el pueblo nos pida. Incluso dar la vida por él cuando sea necesario. Y si el pueblo puede andar unos cien *ríes* para vernos, nosotros sí que estamos obligados a andar mil o diez mil para ir a verle a él.

En realidad, ¿en qué consiste el objetivo de nuestra campaña actual? En mostrarle al pueblo, como dije más de una vez cuando empezábamos, nuestra Guerrilla Antijaponesa. Que el pueblo, agobiado en su condición de esclavo sin Patria, y sin esperanzas, vea que apunta una nueva aurora —el compañero Kim Il Sung paró de hablar, pensó un minuto y continuó—. Compañero Pak Hung Dok, ¿no está usted dispuesto a prometerles que va a conducir allí a nuestro destacamento?

Pak Hung Dok levantó la cabeza:

—¿Yo? —la última palabra se le había atragantado, quedándose con la boca, labios gruesos, a medio abrir. En los ojos aparecieron unas lágrimas.

Pak Hung Dok, jovial, carácter firme, que siempre había superado adversidades y dificultades con una sonrisa en el rostro y aguantado sin lágrimas las mayores desgracias no Podía con la emoción que le había embargado. Es verdad que “o le había dado tiempo para comprender el fondo de las relaciones entre el guerrillero y el Comandante en jefe, entre el pueblo y el Líder, pero en las sencillas y breves palabras del

compañero Kim Il Sung, y sobre todo en su última frase, sintió él con todo su ser los más nobles sentimientos que experimentaba el compañero Comandante en jefe hacia su pueblo. Esto a él Le dejó muy emocionado.

—¿Por qué se calla, compañero Pak? Supongo que puede hacerlo.

Conteniendo la emoción, Hung Dok se enderezó y levantó la cabeza:

—¡Comprendido, compañero Comandante en jefe!

Cha Kwang Su halló que su respuesta no había sido muy atinada. Sin embargo, el mismo Pak Hung Dok no había podido expresar de otra manera que había comprendido en cierta medida el carácter de su error y su meollo, es decir, el verdadero sentido de la sublime idea que se escondía en esta corta frase que hablaba del servicio al pueblo, y que él había comprendido bien lo que de ellos esperaba siempre el querido Líder.

El compañero Kim Il Sung sintió que la respuesta de Pak Hung Dok salía de la profundidad del alma, y aunque dijo sin mucha audacia, estaba lleno de seguridad y no creyó necesario hablar mucho.

—Compañero Cha, vamos a proceder así: vayamos nosotros allí antes de que los campesinos se pongan en camino. Envíe a Jin Bong Nam un mensajero para avisar que nos esperen en el pueblo. Es una lástima que no hayan vuelto todavía los hombres de Jon Kwang Sik. Dejaremos aquí a un compañero para el enlace y lo de cómo proceder en adelante el destacamento lo resolveremos después, cuando hayamos recibido el informe de los compañeros. En lo tocante al recibo, o pagaremos al contado o mandaremos a alguno a Okbawigol para anular este asunto. Que esto sea la primera y la última vez. Nosotros sin eso ya le debemos mucho al pueblo. Nosotros, los comunistas, tenemos una gran deuda con él, porque todavía no le hemos devuelto la Patria, y seremos deudores hasta tanto no le llevemos a una sociedad socialista, una sociedad libre y feliz.

El compañero Kim Il Sung abrió la ventana, sobre la que se posaba la luz del crepúsculo vespertino, y en el cuarto irrumpió una ráfaga de viento fresco. En torno a la montaña ascendía la bruma de la tarde, se extendía suavemente por la quebrada como un ligero aliento de aire, como tiernas amapolas.

Cha Kwang Su y Pak Hung Dok salieron afuera. Un soplo de viento fresco les dio en las caras. Apenas habían cruzado el patio y doblado la esquina, a sus espaldas oyeron una voz:

—Oiga, tío.

—Ah, Yong Hi, muy buenas —el compañero Comandante en jefe salió del cuarto y levantó a la niña en brazos. Pak Hung Dok, que observaba esta escena, sintió en el corazón una punzada.

* * *

Nada más oscurecer, La gente empezó a reunirse en el patio de Chol Sam. Se Gol había recobrado el ánimo y andaba de un lado a otro. En el patio extendieron esteras que habían preparado con anticipación. Extendieron también paja de avena, por si faltara sitio donde sentarse. Y en la parte derecha del patio, cerca del poyo, encendieron una hoguera. Aunque eran los mismos comienzos del verano, por las tardes hacía fresco, y además había que alumbrar el lugar de la reunión. Concurrieron no pocos jóvenes, corriendo de un lado a otro con no menos entusiasmo que Se Gol. Algunos se desvelaban por comportarse como los combatientes, echándoselas de verdaderos guerrilleros. Se Gol trajo una brazada de leña, sacó fuego con un pedernal, encendió el ramaje seco y lo rodeó de leños. Un humo azulado se levantó hacia el alero del establo.

Entretanto, Chol Sam andaba cojeando por el pueblo. Ya desde por la

mañana había salido a avisar a todos que se reunieran por la tarde. Fue durante el día otra vez, y hasta después de la cena, a convocar a los vecinos.

—Sí, es un acontecimiento —farfulló el viejo después de sus recorridos—. En oíros tiempos de la alegría decían que era como “agua bendita después de siete años de sequía o como verse con un paisano en el fin del mundo”. Pero esto no es todo ni mucho menos. ¿Cómo decirlo? Tal vez sea más simple decir que nos llegó la verdadera vida. Porque sí, ahora podemos vivir por algo y morir también por algo…

Le picó la punta de la nariz, y después de frotarla unas cuantas veces con el dorsal de la mano, apoyándose en el palo se dirigió al patio, adonde la gente se había reunido.

Los aldeanos también habían cambiado por completo. Desataron sus hatillos los que se habían preparado para marcharse del pueblo, recobraron el ánimo los que se habían echado a guardar cama y empezaron a salir al campo. En los últimos días parecía como si los hubieran transfigurado a todos.

Todos estaban embargados por el ánimo suscitado por la revolución, que había ido allí a verlos a ellos, apartados en el infortunio que la ausencia de Patria les había echado encima.

Cuando ya se había reunido bastante gente entró en el patio Cha Kwang Su conduciendo tras de sí a los guerrilleros. Se hizo un silencio sepulcral. Todos dirigieron las miradas a los guerrilleros, los cuales, obedeciendo a una orden, ocuparon sus sitios con movimientos rítmicos disciplinados. Los aldeanos se sentaron en las primeras filas, los guerrilleros en torno a ellos.

La hoguera jaleaba con alegría. El fuego había espantado la espesa oscuridad. Se hizo claro, como de día. Se veían la casa, el patio y las caras.

El compañero Kim Il Sung interrumpió la conversación con Chol Sam y bajó despacio el poyo. Se oyeron aplausos. Todos se incorporaron para mirarle, siempre tocando las palmas. Aplaudían un poco, cruzaban miradas con los vecinos y volvían a aplaudir con más ímpetu todavía.

Se Gol se había sentado otra vez aquella tarde al lado de Cha Ki Yong. Le disgustaba encontrarse tan lejos, porque desde donde estaba veía mal la cara del Comandante en jefe. Puesto que en las primeras filas estaban los viejos, sentarse delante de ellos no estaría bien. Se desencorvó de una manera bastante torpe y tocaba las palmas con todas sus fuerzas.

Debido a que continuaban los aplausos el Comandante en jefe se vio obligado a comenzar su discurso. Por los aplausos que todavía sonaban sus primeras palabras se oyeron mal.

—…Me dijeron que vuestro pueblo lo llaman Chonsangdegi por ser el que más cerca se encuentra del cielo. Es cierto, sí. Es el primero del cielo abajo. ¿Por qué vosotros habéis abandonado los lugares, donde habíais hecho vuestra vida, para venir aquí, a estas tierras lejanas donde todo para vosotros, las montañas y los ríos, os son extraños? ¿Por hastío a vuestra tierra natal o a vuestros paisanos? ¿Por qué no teníais tierra, o agua para regar los campos? ¿Por qué? ¿Por qué habéis venido aquí a esta tierra extraña, a miles de *ríes* de la Patria, de las provincias de Jolla y Kyongsang, Kangwon y Hwanghae?

Ayer una abuela decía que por las noches soñaba con la tierra natal. Allí se habían quedado inmensas vegas y campos de arroz, donde las espigas, de tan jugosas y tanto peso colgaban hasta tocar los tobillos. Teníais casas, no importa que chozas, pero acogedoras, junto a las que crecían el caqui y la pera. La gente se llevaba bien, vivía en buena armonía. ¿Y por qué os visteis obligados a abandonar la Patria? ¿Quién tiene la culpa? El pillaje de los imperialistas japoneses. Ellos nos

arrebataron la Patria. Nuestra tierra patria, en la que yacen los restos de nuestros antepasados, donde los coreanos vivían desde tiempos remotos, está gimiendo ahora bajo las brutales botas de los japoneses, que pisotearon despiadadamente nuestras haciendas, expoliaron tierras, saquearon hogares, endurecieron el alma de los hombres y, por último, nos quitaron toda nuestra riqueza.

Por eso empezamos a oponerles resistencia. Se agotó nuestra paciencia, nos alzamos a la lacha. Pero esto acabó en que los enemigos empezaron a cortar cabezas, a enterrar gente viva y a encerrar. Y presos de pánico, confiando en un milagro, fuisteis por el mundo en busca de mejor suerte, llevando por delante a los viejos y a los niños. ¿Y qué fue de vosotros, que habéis venido aquí, al pie del monte Paektu, al pueblo más próximo al cielo? ¿Se habrán hecho realidad vuestras recónditas aspiraciones de liberarse del yugo de los japoneses, aunque vivís de hecho separados de este mundo y levantáis un muro en el camino hacia vuestra tierra natal, a la que tanto añoráis? Dicen que todos habéis preparado las cosas para abandonar este pueblo. ¿Pero adonde vais a ir ahora? ¿Dónde vais a encontrar otro refugio?… —el compañero Kim Il Sung abrazó con la mirada al público, echando hacia atrás los pelos que se le habían caído sobre La frente. Todos los presentes, la respiración contenida, le miraban fijamente, irradiaban sus ojos como un deseo apasionado o una llamada.

El compañero Kim Il Sung miraba a aquella gente, embargada por sentimientos de angustia y martirio, miraba a la noguera, alegre danza de llamas, y le pareció de repente ver delante a Corea en miniatura; a Corea bañada en sangre, a orea forcejeando entre convulsiones. Reapareció en su memoria como un relámpago la cara de Yong Hi, que tenía lágrimas en los ojos. Después tomó aliento y continuó el discurso, procurando hablar claro y expresar con brevedad.

—Ahora probablemente habréis comprendido, que sólo batiendo al imperialismo japonés podremos librarnos de sus atrocidades. Mientras los japoneses están en nuestra tierra, nos van a perseguir por todas partes. Alguno de vosotros dijo que el Ejército de Kwantung se dirigía a Jiandao pero se confundió de camino y se metió aquí, se lanzó al pillaje y continuó adelante. Nada de eso. Los japoneses vinieron con intención, porque sabían que vivían aquí coreanos, y al desenfreno se lanzaron intencionadamente. ¿Por qué mataron al hijo y a la nuera de Yun, el anciano aquí sentado, y por qué a él mismo fue a darle una bala? ¿Por qué no vuelven a sus hogares las personas que los japoneses se llevaron por la fuerza para cargar con bultos? ¿Por qué llora día y noche Yong Hi, la niña que esta mujer tiene sobre sus rodillas? Por las atrocidades de los bárbaros imperialistas japoneses, unos monstruos que cometen increíbles crímenes contra el pueblo coreano. Así, pues, vuelvo a preguntaros, ¿adónde os proponéis marchar? La nación coreana lleva ya más de veinte años retrocediendo. Su suerte está sobre un abismo, pendiente de un hilo. Ya no hay adonde retroceder…

Así, de esta manera persuasiva, haciéndose él mismo las preguntas y contestándolas, hablaba el compañero Kim Il Sung a la gente allí reunida acerca del destino del pueblo de Corea, un pueblo que estaba sufriendo el yugo de la dominación del imperialismo japonés. A veces se acercaba al público unos cuantos pasos y volvía atrás, y en el discurso intercalaba las oportunas alegorías y refranes, cautivando la atención de todos en un foco. Lo mismo que por un árbol puede saberse cómo es el bosque, así él, en el ejemplo de esta aldea, explicó hasta el último detalle, como leyenda en una página, la suerte de Corea.

Ante los ojos de los aldeanos iban apareciendo con claridad, como sobre la palma de la mano, grandiosas cuestiones de la nación y de la lucha de clases.

—Atención, aldeanos. Recordar bien esto, palabra por palabra. Hay que grabar en la pared lo dicho por el Comandante en jefe, si queremos vivir siquiera sea desde este mismo día como las personas —decía a la gente Chol Sam, que había estado todo el día contándole al Comandante en jefe, sin llegar a contárselo todo, las calamidades que tuvo que sufrir, en los sesenta años que llevaba vividos.

—Pues claro que sí, ahora tenemos abierto el camino de la vida. Llegó la hora de resucitar nuestra nación coreana —agregó con voz ronca en el dialecto de Kyongsang un campesino entrado en años que permaneció sentado, sujetándose las rodillas con las manos cruzadas escuchando atentamente el discurso del compañero Kim Il Sung.

El discurso del Comandante en jefe y el clamor entusiástico del público se fundieron en una explosión única de cálidos sentimientos, llenando el patio toda la noche.

—Ni un paso atrás —continuó el compañero Kim Il Sung —. Hay que aferrarse fuertemente a la tierra heredada de nuestros antepasados y sostenerse en ella. Los pasos que ahora daremos habrán de ser los del regreso a la Patria. Hemos empezado a caminar ya, dejando atrás el triste pasado de nuestra nación, perseguida y desgarrada por todas partes. Comienza la marcha solemne del retorno a la tierra natal; comienza la batalla decisiva. Una batalla que no tendrá fin hasta que no caiga en ella una de las partes en lucha.

Nuestro ejército guerrillero, formado por hijos e hijas de obreros y campesinos martirizados por la opresión, emprendió el camino de una lucha cruenta por el renacimiento de la Patria; una lucha a vida o muerte. Pueda ser que cada paso nos cueste mucha sangre. Sabemos bien que tendremos que pasar por los cadáveres de nuestros hermanos. Pero es un camino inevitable. Pensad en esto, aldeanos: ¿Vamos a consentir que estos pequeños que tenéis sobre vuestras rodillas, estos simpáticos niños

que tenéis en brazos tengan que sufrir las mismas desdichas de esclavos sin Patria que nos tocó a nosotros sufrir? Los guerrilleros que están aquí sentados junto a vosotros también tienen en sus hogares, como los vuestros, padres ancianos, jóvenes hermanos, esposas, niños. Y ellos, igual que vosotros, están soportando la explotación o la opresión de japoneses y lacayos, los terratenientes y capitalistas. También tuvieron que aguantar mucho, errando por el mundo con hatillos sobre las cabezas o a las espaldas, sufriendo, haciendo de tripas corazón. Pero el enemigo les hizo la vida insoportable en todas partes. Hasta que decidieron despedir a hijos y maridos a librar una guerra sagrada por la liberan de la Patria. Nuestra Guerrilla Antijaponesa fue fundada día veinticinco de abril. Dado el primer paso, nos pusimos en marcha para ver primero a nuestro pueblo, que vive asfixiándose en las tinieblas, para invitarle a participar en la lucha común y aconsejarnos con él. Con esta misma finalidad venimos aquí hoy, al pueblo Chonsangdegi —el compañero Kim Il Sung interrumpió su discurso y con una amplia sonrisa miró a los presentes.

Los campesinos recordaron el encuentro con los guerrilleros, se quedaron pensativos y bajaron las cabezas. Mirando a Chol Sam no podía saberse si lloraba o se reía. Los reunidos cruzaron unos con otros miradas interrogativas, con sonrisas de culpabilidad en los rostros. Sonrisas que eran como amonestaciones a sí mismos por el despropósito del que se sentían culpables.

Llamó la atención sobre todo Se Gol, muchacho de buena estatura, cuello estirado. Al principio se había tapado la boca con las manos, como si fuera a reprimir la tos, pero se vio cómo se agitaron los hombros, cómo frunció las cejas y se agarró del pecho. Cerró los ojos, y de los párpados, quemados por el sol, se vieron salir unas gruesas lágrimas. La hoguera le iluminaba el rostro, y las lágrimas, que corrían por las

mejillas, brillaban como hilachos plateados. Se Gol se cubrió la cara con las manos y se encogió, hundiendo la cabeza entre los hombros.

—Compañero Cha, mira, está llorando —dijo una voz de atrás.

Se Gol volvió sobre si, comprendiendo que había dado rienda suelta a sus sentimientos.

Cha Ki Yong, que estaba sentado en actitud encorvada, refrescaba en su memoria la escena de las azadas, horcas y palos arrojados al suelo. En eso mismo estaba pensando el compañero Kim Il Sung, en una pausa que aprovechó para mirar a los aldeanos.

Aquel mismo momento en que fueron arrojadas al patatal las azadas para el pueblo de Chonsangdegi empezaba otra vida. Los campesinos entonces ni pensaban que había llegado la tan esperada hora.

El compañero Kim Il Sung miraba a Cha Ki Yong, a Se Gol, a Chol Sam y a las personas que había detrás de ellos, que eran mujeres, jóvenes, ancianos y chiquillos, y con una sonrisa apacible volvió a hablar:

—Se comprende. Para vosotros resultó ser toda una sorpresa, porque ni sabíais quiénes éramos nosotros. Al ver hombres con fusiles tocasteis alarma, escondisteis a niños y ancianos y cogisteis las horcas. Y habéis hecho bien. Es así como hay que proceder con el enemigo. Batirse a muerte con lo que venga a mano, con azadas, con horcas. Es el espíritu de la nación coreana. Habríamos quedado mal parados, derramando lágrimas si no hubiéramos podido oponer ninguna resistencia a un enemigo que se abalanzó sobre nosotros. ¡Aldeanos! Ahora no estáis solos. Nuestro pueblo tiene fuerzas armadas seguras, la Guerrilla Antijaponesa.

No había terminado aún su discurso al compañero Kim Il Sung cuando se oyó ruido al otro lado del vallado. Hubo agitación entre la multitud que se encontraba en aquel extremo del patio. Los centinelas

que montaban guardia en las cuatro esquinas de la casa se apresuraron a ver qué pasaba. Poco después una voz de la calle anunciaba que había venido el padre de Yong Hi. Las voces se oyeron más cerca, delante de la entrada: “Todos han vuelto. Y el tío de Se Gol también”. Se levantó murmullo de voces. Todas las miradas se dirigieron al compañero Kim Il Sung, que no tardó en caer en la cuenta de lo que pasaba. Un gozoso presentimiento hizo latir con más fuerza su corazón, hasta entonces oprimido por haber visto aquella gente con tanta desgracia.

El compañero Kim Il Sung se dirigió a paso largo hacia el extremo del patio. Le siguieron en tropel los aldeanos.

A la pálida luz de la luna aparecieron primero una camilla y al lado de ella venían Jon Kwang Sik, vestido de militar, y detrás unos diez aldeanos y después unos guerrilleros armados. El cortejo se detuvo delante del patio y todo se quedó en silencio. De repente dejaron de oírse los pasos y murmullos y hasta la respiración. Reinaba un frío silencio como en el fondo del mar. Cada persona allí presente sintió con todo el corazón la importancia del momento. Embargados por un sentimiento de profunda gratitud desviaron todas las miradas hacia el compañero Kim Il Sung, la persona que había preparado aquel acontecimiento para ellos.

Posaron la camilla en el suelo. Los aldeanos que estaban más atrás, eran los que los japoneses se habían llevado Por la fuerza y volvían ahora a casa; arrastrados por el impulso del solemne minuto se formaron en columna. Jon Kwang Sik sujetando la pistolera, se adelantó unos cuantos pasos.

—Compañero Comandante en jefe. —informó con voz temblorosa, llevándose la mano a la visera—, la compañía está de vuelta, cumplida la misión que usted mandó.

—Bravos muchachos. ¿Estáis todos? —preguntó el compañero

Comandante en jefe, avanzando hacia él para cogerle por el brazo—. ¿Y cómo habéis dado con el padre de Yong Hi?

—Están todos presentes. Dos heridos en el combate. Culpa mía… —Jon Kwang Sik permaneció un rato en silencio, alarmado por los heridos, y luego informó con pocas palabras sobre la operación que habían llevado a cabo.

La compañía que el compañero Comandante en jefe había enviado a cumplir la misión sólo al cabo de tres días pudo llegar a las obras adonde los japoneses habían llevado a los aldeanos. Jon Kwang Sik había decidido rescatarlos allí mismo, tal como el compañero Comandante en jefe lo había ordenado. Se vio que había prisa en terminar las obras, si bien el grueso de las fuerzas había pasado ya. Los trabajos continuaban, señal de que por aquella vía tenían que pasar otras unidades. Los japoneses, para vigilar a los obreros, dejaron allí de guardia a una compañía. Los tres guerrilleros, vestidos de paisanos, entraron a trabajar en la obra con los campesinos reclutados y empezaron a hacer propaganda entre la gente. Se encontraron también con los labriegos de Chonsangdegi y les dijeron que un destacamento de guerrilleros al mando del Comandante en jefe Kim Il Sung se hallaba en el pueblo de ellos. Después los ayudaron a evadirse. La gente recobró el ánimo, cuando supo la noticia del destacamento de guerrilleros, y empezó a prepararse para la lucha.

El asalto lo efectuaron de noche. Cogido por sorpresa, el enemigo no pudo hacer nada y fue arrollado. La gente se dispersó por todas partes, ululando todos a una. Jon Kwang Sik convocó a los rescatados para reunirse al día siguiente en un punto determinado. Jon Kwang Sik hizo la propaganda al día siguiente ante los rescatados, para lo cual los había convocado en lugar previsto y después los mandó marcharse a sus casas.

Jon Kwang Sik junto con la gente de Chonsangdegi procedió a buscar

al padre de Yong Hi. En una quebrada encontraron dos cadáveres mutilados de japoneses, pero a quien ellos buscaban allí no estaba. Hubo que detenerse otro día más hasta que lo hallaron en una cueva entre rocas, mutilado de una pierna y un brazo y quejándose. Lo acostaron en una camilla y se lo llevaron.

—… Compañero Comandante en jefe, por descuido mío hay unos cuantos heridos —terminó Jon Kwang Sik, diciendo con voz apagada.

—Sobre eso ya hablaremos aparte. Sea como sea habéis hecho una buena cosa —dijo el compañero Kim Il Sung, y después se acercó a la gente del pueblo, que había sido rescatada—. Habéis luchado con valentía, hermanos. Por descuido muestro hubo heridos, y por ello les pido mis excusas. En vuestras casas les esperan con impaciencia. Y ahora, podéis veros. Yong Hi —dijo llamando a la chiquilla—, ha vuelto tu padre, vete a verle.

La niña estaba en los brazos de Chol Sam. Nadie se movió, ni siquiera una inocente criatura como Yong Hi.

Se produjo un momento de silencio agobiante. De pronto se oyó sollozar en la camilla. Un minuto después el llanto se oyó también en otras partes del patio, junto con exclamaciones de afecto hacia el Comandante en jefe.

El patio entero, con la hoguera en llamas, se ahogaba en sollozos. Los aldeanos que por un milagro habían vuelto y los parientes que salieron a recibirlos, olvidándose incluso de abrazarlos, miraban entusiasmados al compañero Kim Il Sung. Estas gentes podían haber sufrido todos los tormentos que fueran, que no habían tenido a nadie con quien compartir las penas. Eran huérfanos coreanos que no tenían a quien los defendiera, burlaran cuanto se burlaran de ellos. Ahora sí, que tenían un General amado paternal a quien podían confiar todas las penas y alegrías, todas las desgracias e inquietudes.

—¡General querido!

—¡Nuestro buen Comandante!

Se oían exclamaciones de entusiasmo por todas partes.

Estas palabras, que salían de la profundidad del alma, expresaban una gratitud infinita al Comandante en jefe que les había arrancado de las garras de la muerte, eran como una súplica al Comandante en jefe sobre cuyos hombros estaba la suerte de todos los compatriotas. Eran la expresión de profundo respeto y confianza, de lealtad al Líder, de orgullo por él.

Estaban aquellas personas como fuera de sí por la alegría del encuentro con sus seres queridos, experimentando una gran dicha. La llama de la hoguera quemaba las tinieblas de la noche, lágrimas ardientes derretían las afrentas que se fueron acumulando durante decenios. Yun Chol Sam se puso de pie, permaneció impasible en medio del patio, y levantando los brazos al cielo gritó:

—¡Viva el General Kim Il Sung!

Alterando el silencio de la noche sonaron bajo el cielo de Chonsangdegi ensordecedoras exclamaciones de “hurra”. Se Gol se puso sobre la punta de los pies, levantó los brazos y gritó también “hurra” con toda su fuerza. Por sus mejillas corrieron unas lágrimas. El padre de Yong Hi se incorporó en la camilla y agitando las manos dio también un viva por el compañero Kim Il Sung.

En estas aclamaciones en honor del Comandante en jefe resonaba la inmensa alegría por un futuro lleno de esperanzas y de lucha, aversión al pasado humillante y amargo.

Yong Hi se acercó con rápidos pasitos, sonriente, al querido Comandante en jefe y le cogió de los bajos de la guerrera. El compañero Kim Il Sung, al reconocerla la acarició, mientras correspondía a los saludos de la multitud. La niña le cogió de la mano después y le llevó

hacia donde estaba la camilla.

—Vino mi papá, mi papá está aquí —decía ella, mirando al Comandante en jefe elevando la barbita con ojos centelleantes, como las estrellas del amanecer.

—Sí, sí, papá está aquí otra vez. ¡Yong Hi, ha venido papá! —El compañero Comandante en jefe levantó a la niña en brazos. Feliz y contenta, sonreía ella con dulzura, llevándose infantilmente un dedito a la boca y levantando sus párpados de doble membrana. La ingenua sonrisa en la carita feliz de la criatura conmovió al compañero Kim Il Sung. Se acercó con la niña a la camilla y la dejó en brazos del padre.

—Qué boba eres —dijo el padre con voz llorosa luego de abrazarla—. Dale gracias al querido General.

La niña le miró fijamente. Su padre, cara atezada, morena, volvió la cabeza a un lado, y, ahogado por la emoción cubrió la cara con las manos y empezó a llorar.

Chol Sam no pudo cerrar los ojos hasta el amanecer. Nada más apuntar el día en el oriente sacó al patio una palangana con agua, la puso en el suelo y empezó a lavarse. Lavó la cara, lavó las manos y los pies. Lavó también por último el calzado de goma. Después entró en el cuarto y sacó del armario unos raquíticos pantalones de lienzo de cáñamo y una bata larga. Se vistió y salió al patio.

En el oriente apuntaba la aurora. Un cielo gris azulado iba esclareciéndose lentamente, jaspeándose más y más de colores rojos. Chol Sam permaneció largo rato mirando al cielo; puso en tensión el cuerpo, ajustando los bajos de la bata. Poco después levantó los brazos y dirigió la mirada hacia adelante. En la cumbre del monte Paektu centelleaban los rayos del sol. Iluminado por la luz, se erguía como un titán al fondo del cielo.

El viejo se puso de rodillas e hizo una profunda inclinación.

—Querido General Kim Il Sung, que tenga buena salud —dijo, apoyándose con las manos en el suelo, la cabeza en el dorso de las manos.

—Querido General, le deseo de todo corazón buena salud y muchos años de vida en aras de la salvación de la Patria, para bien de nosotros, de nuestra desdichada nación coreana.

Le parecía no haber dicho lo más necesario, lo principal, pero no sabía de fijo qué. Eran muchos los sentimientos, pero le faltaban palabras. Luego de hacer tres inclinaciones muy profundas, permaneció todavía sentado, con la cabeza agachada. Poco tiempo después se levantó lentamente y se sentó en un rincón del patio.

El sol ya había iluminado todo lo ancho de la tierra. El cielo se puso color escarlata, en medio de él la cumbre del monte Paektu, cubierta con un manto de color blanco plateado. Observaba, como hechizado, la salida del sol, después dirigió los pasos hacia la casa vecina.

—¡Salid afuera pronto! —El viejo recorrió todo el pueblo apoyándose en el bastón.

Cuando había amanecido ya del todo, los guerrilleros prepararon la marcha rumbo a la localidad de Okbawigol.

* * *

Se Gol se estaba desayunando. Levantó la tapa de la escudilla, en la que había el mijo cocido. De la escudilla llena de mijo cocido emanaba un vaporoso aroma agradable. Prensó con la cuchara las gachas y llevó a la boca una cucharada bien llena. Después continuó con la sopa de hierbas. Hacía tiempo que no había saboreado de esta manera una comida. Comió con avidez unas cuantas cucharadas de gachas y se

atragantó. Tomó un trago de agua. Luego se quedó meditativo con la taza en la mano. “Tú no estarías ahora comiendo estas gachas si no hubiera venido aquí el Comandante en jefe. Bálsamo es esto, que no mijo”.

Iba a introducir otra vez la cuchara en la comida, le tembló la mano. Cogió otra vez la taza con agua y bebió a grandes tragos. Pero sin que recibiera alivio alguno para su alma. Tenía en el pecho un peso incomprensible. Notó en la garganta como un nudo caliente. Dejó la cuchara, frotó el pecho con cierta lentitud y apartó de sí la pequeña mesa.

—¿Por qué no lo terminas todo? —se oyó la voz de la tía a través de la puerta abierta de la cocina, donde estaba lavando la vajilla.

—Comí bastante.

—Ni media escudilla, y dices que te quedaste bien.

—Se me hace un nudo en la garganta de tal manera que ni respirar puedo. Hace un rato no podía concentrarme de hambre que tenía y ahora no sé cómo poderle recompensar gratitud.

—Tienes razón. Tu tío también se rompe la cabeza con eso mismo. Se marchó muy de mañana a ver si encontraba algo… Estaría bien cortar el cabello para hacer calzado a los guerrilleros.

—Voy a marcharme para recompensar esta gratitud.

—¿Adónde?

—A incorporarme en el destacamento guerrillero.

En ese instante se oyó hablar a las guerrilleras que habían hospedado en su casa. El muchacho abrió más la puerta y vio que Yong Suk estaba metiendo las cosas en un macuto.

—Oye… compañera Yong Suk —le costó decir “compañero”, la palabra se le atragantaba. El primer día del encuentro daba tratamiento de “señora”, y ella lo tomaba a risas.

—¿Qué se pide? —preguntó la guerrillera, viendo al muchacho que había quedado vacilante, con una sonrisa de culpabilidad. Los ojos de la

chica brillaron como estrellitas.

—Ya veo que te vas sin haberme alistado al destacamento.

—Otra vez con lo mismo. Como si yo soy la que decide admitir o no admitir. —La cara sonriente de la muchacha se reía bien en las tinieblas.

—Así eres tú. Si no quieres, pues nada. De todos modos, yo iré detrás. ¿Piensas que me voy a rezagar? Puedo medir las fuerzas con los guerrilleros. Si hay que andar cien *ríes* se anda, si mil *ríes* también andaré los mil. Y si es poco un año, que sean tres.

La guerrillera viéndose en un aprieto por la decisión del muchacho, se quedó turbada, se aconsejó con las amigas.

—Compañero Se Gol —llamó en voz baja al muchacho desde la puerta. La puerta se abrió bruscamente y Se Gol atravesó de prisa el umbral. De lo inesperado que fue Yong Suk se asustó, cobró aliento y dijo despacio:

—Ven conmigo.

—¿En serio? —Se Gol, muchacho atolondrado, saltó descalzo del poyo y salió corriendo al patio. La muchacha se ruborizó en vano, se dio la vuelta y cubriéndose la boca con las manos echó a andar.

Fueron juntos hasta la última casa, donde estaba el puesto de mando de la compañía. Allí estaban preparando a tres enlaces que debían salir del pueblo antes de la partida del destacamento.

Cha Kwang Su los acompañó hasta la colina sobre La que se encontraba una garita con una campana. El compañero Comandante en jefe había enviado a los enlaces a los puntos donde se encontraban Song Dok Hyong, Han Hung Gwon, Choe Jin Dong y Ri Kwang, para ver cómo se estaba cumpliendo lo que se había decidido en Jagundegi. Los enlaces tenían que regresar no más tarde de un mes, después de que cada uno visitara los puntos indicados.

Todo el pueblo, viejos y jóvenes, salió a despedir a los guerrilleros.

Estaban también el responsable de la sección de la Unión Antimperialista y la presidenta de la organización de la Asociación de Mujeres, dos cargos que habían sido elegidos por los vecinos del pueblo.

Habían andado ya media hora, pero el destacamento no había pasado todavía el vallado. A cada guerrillero le acompañaban unas cuantas personas. Salieron todos, ancianos, mujeres y niños, nadie se quedó rezagado, todos les deseaban a los guerrilleros buena suerte. Las viejas no les soltaban las manos, los chiquillos se agarraban a los bajos de las guerreras. Coloreados por la excitación, Se Gol y sus compañeros, que habían decidido entrar en el destacamento, estuvieron largo rato despidiéndose de sus paisanos. Se Gol recorría por todo el pueblo con un macuto abarrotado de lo que no sabía nadie. Por el momento no tenía todavía ni uniforme, ni fusil. Sólo el traje de trabajo que le habían dado en la explotación forestal. El muchacho se inclinó otra vez ante su querida tía y dijo a los acompañantes que dieran la vuelta a casa.

Cuando el destacamento estaba ya en la colina, las muchachas dieron el adiós con la mano a los que se iban. Se Gol se quitó la gorra y la agitó en señal de respuesta.

—Adiós. Volveré cuando machaquemos a los japoneses. Que tengáis suerte —y de emoción le brotaron en los ojos las lágrimas.

El compañero Kim Il Sung iba el último. Había recorrido todo el pueblo para despedirse de cada uno, y ahora caminaba llevando de la mano a Yong Hi, tocada con una blusa de multicolor.

—Yong Hi, que lo pases bien.

—¡Quiero ir con vosotros!

—¿Con nosotros? La vez siguiente. Hoy quédate… —la cara de la criatura, que había estado sonriendo, se puso triste en el acto—. Nosotros volveremos otra vez.

—¿Pronto?

—Pronto —la cara de Yong Hi se iluminó de nuevo con una sonrisa feliz—. ¿Pueda que cantes un poco, Yong Hi?

El compañero Kim Il Sung se detenía adrede, y era sencillamente porque le causaba tristeza despedirse de la chiquilla.

Yong Hi se quedó pensativa y parpadeó. Después contrajo la carita y los finos labios.

Llegó el ejército revolucionario,
Llegó a nuestro pueblo.
… … …

—¡Vaya, qué bien cantas! —el compañero Kim Il Sung aplaudió, ella también batió palmaditas.

El compañero Kim Il Sung entregó la niña a la tía de Se Gol, le dio otro abrazo, le acarició la mejilla y echó a andar.

Hasta que no desaparecieron, Yong Hi le decía adiós con sus manitas, sonriendo graciosamente. Su padre también les decía adiós con la mano y gritando algo desde la camilla donde estaba tendido.

El destacamento de guerrilleros partió de Chonsangdegi para dirigirse al poblado de Okbawigol. Desde allí los guerrilleros serán enviados a distintos lugares donde realizarán un trabajo político clandestino. Unos irán a Fusong para restablecer los contactos con los miembros de la Unión de Niños “Saenal”, y otros en dirección de Hungtousan o Laueling y desde allí a Tonghua.

Cha Kwang Su, que iba al final de la columna, aceleró el paso. Reflexionaba sobre la gran labor que deberían desarrollar en el nuevo lugar de destino.

Al monte Paektu y sus inmensas extensiones circundantes llegó de nuevo la primavera.

En los años veinte Kim Hyong Jik roturó estas tierras con un arado, luego, más tarde, su hijo, el compañero Kim Il Sung sembró la semilla de la “Unión para Derrotar al Imperialismo” y “Saenal”.

Esta tierra donde nació la Guerrilla Antijaponesa, nombre famoso, recibirá nueva semilla.

En sus inabarcables campos pronto ondeará un mar dorado de espigas que cubrirá con sus potentes olas el país de tres mil *ríes*.

Cha Kwang Su miraba pensativo cada pico de la sierra, contemplando las lejanías del infinito desfiladero, en el fondo del cual flotaban despacio penachos de nubes. Con una sonrisa en los labios arrancó unas cuantas hojas del dorado rododendro y las desparramó por la cabeza.

6

Ri Kwang empuñó el mango del hacha de una braza, lo levantó y con toda fuerza la clavó en el tronco del alerce al ras de la tierra. Cada vez que el azulado filo del hacha se hundía en el tronco, por encima de los hombros de Ri Kwang saltaban grandes astillas. El alerce, cortado a medias, comenzó a gemir penosamente, y el sonoro eco de este gemido se repitió por todo el bosque.

Por la frente y el ancho pecho de Ri Kwang, desnudo hasta la cintura, corrían gotas gordas de sudor. Cada brusco hachazo iba acompañado de una estrepitosa respiración.

El muchacho llevaba cinco días enteros cortando y cargando troncos. De ese trabajo tan pesado Ri Kwang tenía los ojos hundidos, la nariz afilada, el rostro serio y hasta parecía taciturno. Las piernas le temblaban de cansancio, los brazos doloridos a veces le desobedecían, haciendo rebotar el hacha, y el muchacho tambaleándose apenas conseguía mantener el equilibrio. Pero él no se rendía: mordiéndose los labios hasta hacerlos sangrar, continuaba su trabajo.

Junto con él trabajaban más de una decena de hombres. Por todo el bosque se oía el repicar de las hachas.

Después de un prolongado “¡uj!” se oía el grito victorioso de Ri Dong Chon:

—¡Ya está!

Después de un agudo estampido de las ramas al partirse sonó el estruendo del árbol al caer al suelo.

Ri Kwang, apoyándose en el mango del hacha y limpiándose con la mano el sudor de la frente, miró a su derredor.

Un poco más abajo, por la pendiente estaba Ri Dong Chon, tan satisfecho como el cazador que hubiera vencido a un tigre.

—¿Cuántas van ya? —gritó Ri Kwang con una voz tan Tonca que Dong Chon, que estaba a su lado, apenas lo entendió.

—El quinto.

—Pues sí que corres…

—¿Vamos a apartarlo?

—Primero voy a cortar este árbol.

Ri Dong Chon empezó a cortar las ramas, sujetando el hacha por el extremo del mango, dando ligeros golpes. Al llegar a la copa también la partió.

Ri Kwang de nuevo puso manos a la obra. De pronto mintió un mareo, ante sus ojos flotaban chiribitas multicolores. Se enderezó y se apoyó en el tronco del árbol. La cabeza le daba vueltas.

El sol se aproximaba al ocaso. Los hombres se dividieron en seis grupos, y de dos en dos, comenzaron a cargar los troncos derribados.

A Ri Kwang le tocó de pareja Dong Chon.

Ri Kwang bajaba por la pendiente el primero, llevando al hombro la parte inferior del tronco. Las demás parejas, charlando animadamente, llevaban los troncos al poblado donde avanzaba a toda marcha la construcción de casas para los campesinos a quienes recientemente los saqueadores japoneses habían quemado sus casas.

Ri Kwang, nada más regresar del poblado Jagundegi, se instaló en la aldea Yongphyong, situada a más de veinte *ríes* de Dagou. Este lugar desde todo punto de vista era el más oportuno para crear la base de apoyo en la región de Wangqing.

No olvidaba ni un momento la tarea que le encomendó el compañero Kim Il Sung.

Primeramente debía reunir durante el verano una compañía de

hombres del lugar, ampliándola más tarde hasta formar “un batallón, y luego preparar abarcando un extenso territorio la base de apoyo guerrillera.

Comenzó el cumplimiento de su tarea organizando una sección de varios grupos de hombres armados y consiguiendo armas. Ahora había que reunir a los vecinos desbandados por la región en cientos de *ríes*.

A tenor del curso trazado por el compañero Kim Il Sung, aquí se había desplegado la lucha por el fortalecimiento militar y político de la región.

Ri Kwang primero concentraba todas sus fuerzas en un Problema determinado, llevándolo a su culminación en varios días, para después emprender la solución de otros problemas. De día construía casas, de noche daba clases de instrucción militar al destacamento, y de madrugada iba a cuarenta o cincuenta *ríes* donde se encontraba con los compañeros a quienes quería atraer al destacamento guerrillero u organizaba una reunión.

A cada paso que daba el tronco largo se tambaleaba.

Al traspasar la cañada Ri Kwang miró hacia abajo: toda la aldea, del más pequeño al más viejo, cavaba la tierra con picos, acarreaba piedras.

De súbito se le nubló la vista. Dio unos pasos inseguros, mas tropezó y se desplomó.

Ri Dong Chon tiró el tronco, se apresuró en socorro de su compañero queriendo ayudarle a levantarse.

—¿Qué le pasa?

Nada más emprender el descenso del monte Ri Dong Chon ya se había fijado que su compañero iba tambaleándose, arrastrando los pies.

Unos minutos más tarde Ri Kwang empezó a volver en sí.

—¡Compañero Dong Chon! Déjame. No es nada.

Dong Chon, con triste semblante, miraba atentamente el rostro lívido de Ri Kwang.

—He tropezado con un tocón y me he caído —murmuró Ri Kwang, sacudiendo el barro de las manos. Levantó la cabeza, sonriendo como si nada hubiera sucedido, pero le salió una sonrisa tan amarga que a Ri Dong Chon se le encogió el alma.

—Aquí no hay ningún tocón.

Alrededor no había ni un mogote siquiera.

—Compañero Dong Chon, ¿no será mejor que descansemos y fumemos un cigarrillo? No en vano se dice: Si te caíste, descansa. Ha-ha-ha.

—Cierto, es necesario descansar un rato —Ri Dong Chon apartó el tronco con el pie, se sentó al lado y sacó la bolsa para tabaco.

Ri Kwang dio una chupada, ensanchó el pecho y expiró ruidosamente el humo.

Una nubecilla gris de humo de tabaco subió al cielo teñido de color lila, rozando su atezada frente.

Ri Kwang, como siempre, se dirigió a su compañero en un tono cariñoso intentando distraerlo.

—¡Compañero Dong Chon! No te rompas la cabeza. Ya verás, pronto encontraremos una oportunidad para dar una escapada en busca de armas a algún lugar más lejos. Por ejemplo a Tolze, donde realizaremos un asalto a la policía, y entonces tú también tendrás un fusil decente. Pero de momento no te vendría mal hacer la instrucción militar. El fusil lo puedes tomar prestado a tus compañeros.

—Es que estoy harto de esperar, no se sabe cuándo llegará ese momento, pero no se preocupe, esperaré. A propósito, quisiera aconsejarle…

—A ver, dime. ¡Qué serio estás!

—Debería usted descansar. Tiene mal aspecto.

—¿Descansar?

—¡Sí!

—¿Es que le pasa algo a mi salud?

Ri Kwang se sonrió entrecerrando el ojo izquierdo. Fijó su mirada en la falda de la montaña que se alzaba en la orilla opuesta del río donde se veían muchas sepulturas recién hechas. Y cada vez que las miraba, dominado por los tristes recuerdos de su madre y hermanito, le ardía la cara y la frente se cubría de sudor.

—¡Compañero Dong Chon! Ahora de ningún modo podemos perder tiempo. Así que del descanso ni hablar.

—Tiene razón, pero también hace falta cuidarse.

—¡Muchas gracias por tu atención, pero descansar no puedo! —de pronto le vino a la memoria aquella noche de luna en el barranco Jagundegi.

—¡Compañero Dong Chon! Escucha lo que dijo el compañero Comandante en jefe: Si te es duro y difícil, piensa en la Patria pisoteada por el enemigo, en el pueblo que llora lágrimas de sangre. ¡Mira, en aquellas sepulturas yacen los caídos! —Ri Kwang se dio rápido la vuelta, escondiendo de su interlocutor las lágrimas que le saltaron a los ojos.

—¡Cuando piensas en todo esto, ay… es que es posible expresar todo lo que sientes! —el muchacho encendió otro cigarrillo y comenzó a fumar a bocanadas.

—¿Usted, compañero Ri Kwang, seguramente se encuentra a menudo con el compañero Comandante en jefe?

—Sí, suelo encontrarme.

—¿Cuántas veces le vio?

—¿Cómo decirte? Desde que me incorporé al Ejército Revolucionario en Kalun.

—¡Qué suerte! Cuando consiga un fusil, también procuraré ver al compañero Comandante en jefe.

—Es un buen deseo.

—Estos días lo soñaba muchas veces.

—Tu sueño se cumplirá sin falta. Bueno, ¿continuamos?

De nuevo se cargaron el tronco sobre sus hombros.

Pak Ki Nam llevaba el peso de la obra de la edificación de casas. Encaramado al tejado clavaba las abrazaderas, gritando a cada momento que le pasaran travesanos más gruesos.

—No hay por qué temer un nuevo pogromo y hacer las cosas a la ligera. Venga, dame aquél.

Los hombres desde el suelo subían los travesanos.

Ri Kwang nada más bajar el tronco del hombro y ponerlo junto a un montón de arcilla, se vio rodeado de unas cuantas personas. Un hombre alto con un sombrero de paja de anchas alas le comunicó que le ruegan presentarse urgentemente en Dagou para un asunto inaplazable. Un joven en polainas de paño, que estaba al lado, informó a Ri Kwang que los guerrilleros ya se habían reunido en el monte y le esperaban para comenzar las clases de instrucción militar.

Una mujer joven, con un pañuelo a la cabeza, llamada Kop Dan, que estaba enfrente de Ri Kwang le dijo que por la tarde se reuniría la Asociación de Mujeres y le pedían hacerles una intervención en su reunión.

Después de escucharlos Ri Kwang soltó una carcajada.

—Iré donde todos. Sólo que a Dagou llegaré no antes de la madrugada.

Nada más marcharse los enlaces cogió la sierra, apoyó un pie contra el tronco y comenzó a serrar con ahínco. La tierra se cubría de aserrín blanco.

* * *

—¡Ay, ay! ¡Cómo es posible que el palacio proletario gotee de esta forma! —Pak Ki Nam con un cigarrillo en los labios hizo una mueca, y pasó la mano por el cuello secándose las gotas de agua que le habían caído dentro.

Ri Kwang, que cosía un roto en la manga de la chaqueta, se rio divertido de la broma de su compañero.

—Es la temporada más lluviosa.

Se habían instalado en una cueva del monte detrás de la aldea Yongphyong. Cerca de la cueva, al otro lado de la montaña, había tres casas de troncos en las que se había alojado una sección de dieciséis guerrilleros.

En ocho puntos de la región de Wangqing existían ya grupos armados como éste.

De la pared colgaba un candil. Debajo había un cajón de petróleo vacío boca abajo, y a su alrededor, unos enfrente de otros, los guerrilleros discutían las tareas. Allí mismo estaba la estera extendida para dormir. Durante varias horas discutían el plan del asalto por sorpresa para hacerse con armas.

—¿Compañero Ri Kwang, puede ser que dentro de unos días nos traslademos al poblado? A mí me parece que ya es hora de que ocupemos abiertamente nuestro territorio.

A Pak Ki Nam le gustaba mucho bromear, pero si se trataba de un asunto serio se dirigía a Ri Kwang respetuosamente, como le correspondía a un subordinado, a pesar de que él era dos años mayor.

—No estoy en contra. Pero vete a saber si vuelven a venir los enemigos.

—La precaución no sobra, pero si te precaucionas demasiado puede traer malas consecuencias.

—Despreciar el peligro no es señal de valentía. No pasará nada de otro mundo si aparece un destacamento policíaco. Lo que sí me preocupa es que no sepamos dónde está dislocado el regimiento de Ranam. Mañana, si tenemos ocasión destinaremos a unas cuantas personas para ir de reconocimiento.

—Bien. ¿Cuándo nos vamos a ocupar de esos lacayos? Ya es hora de que les apliquemos el remedio proletario.

—En cualquier momento se les puede echar un rapapolvo, si no somos sorprendidos antes por un destacamento punitivo.

Ri Kwang, terminado el zurcido de la chaqueta se vistió y salió de la cueva. Se dirigió al caserío a visitar a su sección y por el camino se encontró con Ri Dong Chon que iba encorvado.

—Compañero Dong Chon, ¿a dónde vas? —le preguntó Ri Kwang. Dong Chon levantó la cabeza y apresuradamente se llevó la mano a la visera.

Aunque sólo tenía diecinueve años Dong Chon aparentaba unos cinco años más.

—Quiero pasar por la herrería.

—¿A qué?

—Hay que arreglar este chuzo —el muchacho sonrió confuso, se descolgó del hombro la correa de cuero y tomó el chuzo en ristre.

—A primera vista parece que ya no sirve para nada: es corta y obtusa —Ri Kwang pasó los dedos por la punta del chuzo, clavado en un asta—. Claro, más valle éste que nada. Mientras no tengas fusil podrás luchar con el chuzo. ¿Te llevará mucho tiempo arreglarlo?

—Unas dos horas, creo, me bastará. —Dong Chon levantó la cabeza y miró al sol, determinando la hora.

—No te olvides que por la tarde entras de guardia, no vayas a tardar.

—Ya lo sé.

Ri Kwang permaneció largo rato inmóvil, mirando a la espalda del muchacho que se alejaba, hasta perderle de vista.

Ri Dong Chon era uno de los cinco guerrilleros que carecía de fusil.

Nada más separarse de Ri Kwang, el muchacho caminando de prisa con sus largas y torpes piernas, se apresuró a la fragua que se encontraba apartada, detrás del poblado.

—¿Está aquí el tío herrero? —el muchacho, levantando el cobertizo de paja, atravesó el umbral de la fragua. Percibió la evaporación y un tufillo a carbón ardiendo.

—¿A qué viniste? —le preguntó el herrero Hak Chun, mirándolo de reojo. Desnudo hasta la cintura martillaba un azadón candente en el yunque.

—Tengo un asunto.

—¿Qué asunto puedes tener conmigo? —el herrero escupió en las palmas, tomando de nuevo el martillo en sus manos musculosas. Como el azadón se había enfriado un poco lo tiró otra vez al fogón y se enderezó.

—Sopla corno es debido —gritó el herrero a su hijo de unos quince años, acercándose a la tina de agua que estaba en un rincón. El niño que le daba al fuelle, bajando y subiendo la espalda, apretaba con las dos manos el mango. Los fuelles rechinaban y en el horno saltaban las chispas.

—Ri Dong Chon se quitó el chuzo, lo puso junto a la pared y se acercó al chico:

—Déjame que te ayude.

El chico tan contento cedió su sitio inmediatamente a Dong Chon y salió corriendo al patio, como si le hubieran dado la oportunidad que esperaba.

El herrero se quitó la toalla de la cabeza y comenzó a enjugarse con ella el sudor del cuello y de la barbilla.

—Le ruego que me haga un buen chuzo.

—Ya que te hiciste guerrillero mejor te vendría un fusil al hombro, ¿para qué sirve este palo con ese pomo de hierro? Oí decir que antes los soldados del Ejército de la Independencia vendían sus vacas para comprar fusiles; un fusil —una vaca. Así todos conseguían fusil.

—Nosotros no los compramos, los requisamos a los japoneses.

—¿Los requisáis? ¿De qué modo?

—Como podemos. Les das un buen golpe en la cara, una pedrada en la cabeza, los derrumbas, los agarras de la garganta…

—Eres un muchacho valiente. ¿Así que piensas matar a los japoneses con el chuzo?

—¿Y por qué no? Qué silencio hay en la fragua.

—Sí, ahí está la cosa. No sacamos ni para carbón. ¿Y qué piensan en vuestro destacamento guerrillero? ¿Si hacen la revolución, entonces las faenas agrícolas quedan abandonadas?

—¿Por qué dice eso? ¿Acaso es posible hacer la revolución sin comer?

—Y qué lo digas. Ayer, me encontré con tu madre. Se queja de que Dong Chon no para en casa, que dejó por completo las faenas agrícolas. Y que ese desollado de Choe Dok Man cada vez que la encuentra le grita: “Sujeta a tu hijo en casa, a ver si le haces sentar la cabeza a ese mentecato y se pone a trabajar”.

—¿Y por qué escucha a ese ogro? Cree que sigo siendo su bracero.

—¡Vaya, vaya! Parece que te han cambiado, muchacho.

—¿Qué tiene que ver aquí eso? La revolución se hace para nosotros, los pobres, para hacernos los dueños.

—Sí, la revolución es buena cosa. ¿Pero qué hará esa revolución con talles personas como yo, los herreros?

—También puede herrar para la revolución. En el destacamento se habló mucho de que había que pedirle a usted ayuda.

—¿Los guerrilleros quieren que les ayude?

—Pues claro. Hay que forjar lanzas, arreglar los fusiles.

—¿De verdad? A propósito, yo también valgo algo. En todo trabajo se necesita temple —sonrió el herrero, mostrando sus amarillentos dientes.

Ri Dong Chon continuaba avivando el fuego de la fragua, mientras que Hak Chun martillaba, sujetando con las tenazas, el azadón.

—Bueno… ¿Dime, de qué forma hay que forjar el chuzo?

—Una punta larga de unos dos palmos. Entonces espetaré a los japoneses como en una broqueta. Y que sea lo más gruesa posible.

Terminado el azadón, el herrero empezó a revolver un cajón con chatarra. Sacó el hierro conveniente y lo puso a calentar al fuego. Una vez calentado al rojo lo tiró en el yunque y gritó:

—¡Bate de prisa!

Ri Dong Chon empuñó el martillo y empezó a batir. Alrededor saltaban las chispas, el hierro se aplastaba.

—Bate más, con toda tu fuerza.

El muchacho levantaba muy alto el martillo y con fuerza golpeaba el lugar que le indicaba el herrero.

Cuatro veces calentaron y forjaron el hierro, hasta hacer la pieza del tamaño correspondiente. Luego el mismo herrero terminó los ángulos y afiló la punta.

Finalmente, metió la punta en el agua, que empezó a echar espuma, y lo tiró debajo del yunque.

—¡Ya está hecho!

Cuando la punta se enfrió, Ri Dong Chon quitó la hoja vieja y enastó la nueva.

En el asta de fresno de la lanza, Ri Dong Chon puso un anillo y afiló la hoja hasta sacarle brillo.

—¡Estupendo! De una vez se puede atravesar a tres —el muchacho, lanza en manos, empezó a mostrarle como iba a pinchar a los enemigos.

—Cuidado, cuidado, apunta a aquel lado —el herrero, un tanto asustado, apartó de la lanza la cabeza cubierta de ceniza blanca.

Dong Chon sonrió satisfecho, pasando la mano por su pecho sudoroso.

—En vano se asusta. No soy un niño.

—Qué dices, el hierro no tiene ojos —sonrió el herrero, saboreando el tabaco de su buena pipa del tamaño de un puño.

Después de prometer al herrero que sin falta le agradecería por haberle arreglado la lanza, Ri Dong Chon salió de la fragua.

Primero quiso subir al monte, pero luego tomó el camino del poblado. No tenía nada que hacer allí, simplemente quería pasearse por las calles.

Al caminar, miraba la brillante punta de la lanza iluminada por los rayos del sol poniente.

Al pasar junto al molino mecánico, se encontró con su joven vecina, la madre de Song Nam, que iba con un cántaro a por agua.

—Buenas, ¿qué tal vives? —la saludó Dong Chon, arreglando aposta la lanza, nada pesada, colgada del hombro.

—¡Oh, eres el hermano de Kwang Chon! —se paró asombrada la joven que aún no tenía los treinta años, vestida con una blusa azulada, descolorida.

—De qué te asombras —sonrió irónico Dong Chon.

—No hay quien te conozca. Nuestro Song Nam anda diciendo que el hermano mayor de Kwang Chon ahora es guerrillero, y yo pienso qué

será eso. El uniforme te va muy bien.

—¿Tú, seguramente también ingresaste en la Asociación de Mujeres?

—Ingresar, sí que ingresé, pero no hago gran cosa.

—Tu inquietud es vana. Ahora la mujer en todo va a tener los mismos derechos que el hombre.

—Sí, todos dicen lo mismo, pero quieras o no, la mujer siempre es mujer.

—Qué ignorante eres todavía —Dong Chon comenzó a explicarle lo que él sabía sobre la igualdad de derechos del hombre y la mujer.

Tres mujeres que iban por agua al pasar junto a ellos, miraron de reojo a Dong Chon.

—Tú también deberías cortarte la trenza, ponerte el uniforme militar, tomar el fusil en las manos y a la lucha.

—¡Qué sandeces dices! ¿Cortar la trenza?

—¡Ha! ¿Qué te preocupa?

La joven se fue. Se oyó el estruendo de una carreta que iba detrás del molino. La carreta estaba cargada hasta los topes de bártulos y trastos: un ropero, un caldero, una lata de petróleo vacía, sacos de paja. Por los lados estaban sentados tres niños. La carreta la conducía un hombre de unos cuarenta años, a su lado iba una mujer de mediana edad con un niño en la espalda Y un bulto en la cabeza.

Dong Chon se apartó del camino, dejando pasar una carreta, tras la cual se acercaba otra igual con refugiados.

Al ver a Dong Chon, el hombre que iba al lado de la carreta quiso preguntarle algo, pero no se atrevió.

—¿De dónde vienen? —le preguntó Dong Chon.

—¡So, so! —apretando la rienda, el campesino desconocido paró al buey y se quitó la toalla de la cabeza.

—De la aldea Sinsongdong.

—¿Toda la familia?

—Toda. Los japoneses son tan feroces, que no nos dejan vivir.

—Se ve que son campesinos, pero ¿abandonaron la hacienda?

—¿Qué nos puede importar la hacienda? La vida allí pende de un hilo. Esos canallas cada día atracan, disparan, queman.

—¿Cree usted que aquí la vida es más tranquila? —le preguntó adrede Dong Chon.

—Dicen que aquí están los guerrilleros. Ellos no dejarán que nos ofendan los japoneses.

—En eso tiene razón —dejó pasar la carreta y se fue despacio detrás de ella.

Durante estos días crecía bruscamente el torrente de refugiados. Algunos venían con la esperanza de organizarse aquí una nueva vida, otros, a quienes les había llegado con la rapidez de un rayo la noticia de que esta zona se iba a convertir en región guerrillera, esperaban salvarse aquí de los pogromos. La gente acudía de todas partes en familias o solos, adelantándose para conseguir un buen sitio.

Al mismo tiempo alguno que otro abandonaba estos lugares.

Unos venían, otros se iban.

En el poblado, donde hasta la primavera pasada la vida era de lo más corriente, ahora se dejaba sentir una impetuosa efervescencia revolucionaria.

Ri Dong Chon caminaba por el centro del poblado llamando a cada cual, cambiando con unos y otros una que otra palabra. Sólo hacía medio mes desde que se fue al monte, pero añoraba tanto las noticias de los allegados, como si hubiera pasado varios años.

Al entrar en el patio de su casa con la cerca de paja de zahína vio a su madre sentada a la puerta de la cocina, aventando el grano a mano. La madre al ver a su hijo tan cambiado, dejó la aventadora y se levantó a su encuentro.

—¿Qué tal vives, mamá?

—Regular, hijo. ¿Dónde te has metido? Ya hace diez días que no se te ve —la madre se echó a llorar como después de una larga separación.

—¿Acaso no lo sabes? El militar no puede ausentarse sin permiso.

Dong Chon quitó la lanza del hombro, la puso delante de sí y miró a su derredor. En un rincón del patio vio un portacargas, en el poyo había mucho calzado ajeno.

—Hoy llegaron inesperadamente tus tíos.

—¡¿De veras?!

Se abrió la puerta de la casa y al patio salieron el tío y su mujer. Ri Dong Chon les hizo una solemne reverencia.

El tío, achaparrado, de cara angulosa, era un hombre sencillo. Comenzó a contar a Dong Chon por qué su familia había abandonado su casa y vino donde ellos con el hato y garabato. La familia de cinco personas de su tío vivía a cuarenta *ríes* de ellos, trabajaba la tierra arrendada, traía la leña para su hogar del monte, y en general, se las arreglaba como podía. El tío contó que diez días atrás en su poblado irrumpieron y acamparon, solidados japoneses con una estrella amarilla en el gorro. La policía que invadió el poblado echaba a todos sin ninguna compasión. Los campesinos se vieron obligados a abandonar las faenas agrícolas, abastecer de leña a los ocupantes, llevar a las espaldas sus cargas. Por la menor cosa pegaban a los vecinos, les daban puntapiés, y desenvainaban el sable amenazándolos con decapitarlos. Los soldados solían desaparecer por algunos días. Según dicen iban en busca de comunistas para aniquilarlos, y volvían arrastrando los pies.

Los japoneses saqueaban las casas, se llevaban gallinas, cerdos, ovejas y todo lo que había, los mataban a tiros. El tío se salvó de puro milagro, se pudo escapar con su familia al amparo de la noche caminando por la espesura del monte.

—Hizo bien. Ahora no hay otra salida más que adherirse a la revolución —advirtió Ri Dong Chon dándose importancia de conocedor.

Acariciando 1.a áspera barba, el tío decía que la cosa había llegado a su extremo, y que la única salvación era la revolución.

—Muy bien que vinieron a nuestra casa. Pronto llegarán tiempos mejores. Deben establecerse aquí y luchar por la revolución. Nuestros planes son serios. Crear cuantos más destacamentos guerrilleros, y luchar contra los ocupantes japoneses. A. esos que invadieron vuestro poblado, mandarles al otro mundo. ¿Sabes, tío, quién es nuestro jefe? El Comandante en jefe Kim Il Sung. ¿Seguramente oíste hablar de él?

—Claro. Yo me dirigí a estos lugares, suponiendo que por aquí estaría el Comandante en jefe Kim Il Sung.

—Pronto llegará la noticia al poblado.

—Yo fui el primero, pero ya verás, en seguida vendrán todos.

—Quien quiera venir, que venga cuanto antes, y el que quiera huir, que se retire de la vista de una vez. Ese es el imperativo de la revolución.

—¿Y dónde está ahora el Comandante en jefe Kim Il Sung?

—No debes preguntarlo a tontas y locas. No faltaría más que llegara a oídos de un espía, entonces sí que sería grande la desgracia. Además, yo no lo sé fijo… —Ri Dong Chon, poniéndose serio eludió la respuesta. Por lo que él sabía, el Comandante en jefe Kim Il Sung debía estar en el presente en algún lugar de la región del monte Paektu.

—¿Soldados y fusiles tenéis los suficientes?

—Por ahora todavía no. Acabamos de empezar.

—¿Cómo acabáis de empezar?

Ri Dong Chon frunció el ceño fijando la mirada en la punta afilada de la lanza. El tío sintió que había ofendido a su sobrino y para descargar la atmósfera añadió:

—Según el refrán que dice que un buen comienzo equivale a tener

hecho la mitad del trabajo, con una cucharada no se llena el estómago. Tu deber es poner empeño. El Comandante en jefe ya os conducirá.

La madre que escuchaba atenta a su hijo al tiempo que seguía aventando el grano, aprovechando una pausa, dijo poco perturbada:

—Mira, hijo, tú no haces más que repetir la palabra revolución como si mañana fuera a cambiar el mundo entero, y el viejo Choe cada día se enfurece más. Vete, me dice, trae aquí a tu hijo aunque sea amarrado.

—Ese viejo canalla no puede apaciguarse.

—¡Qué va a apaciguarse! Escupe tantas amenazas, que de él se puede esperar cualquier marranada.

—Ahora ya sé para qué pasé por casa. Para ir a romperle la cabeza a ese sinvergüenza.

—Ahí lo tenéis. Hablando de Roma, el Papa que asoma, —haciendo un guiño la madre cogió la aventadora y como si nada se puso a agitarla.

—Kje, kje —carraspeó fuerte Choe detrás de la portilla de vergas.

—¿Pero, qué hacer con esta casucha? —vestido con un atavío de lino como las ajas de las cigarras, Choe hizo un movimiento con el abanico señalando a la casa.

—¿Qué pasa, viejo? —contestó Dong Chon en voz alta, volviéndose hacia él bruscamente.

—Tú, hijo mío, trátale con más delicadeza… —se inquietó la madre, dejando la aventadora. Se precipitó hacia adelante, sujetando con la mano su ancha falda.

—No te metas, mamá. Yo me las arreglaré solo.

—¿Pero cómo le vas a poder? El deudor siempre es culpable, hay que rogarle.

—No, tú no tienes razón. Vete, descansa. Yo mismo arreglaré este asunto —apoyó el chuzo en el umbral, y tan tranquilo se dirigió al encuentro de Choe.

—¡Ah! ¿Tú también estás aquí? A propósito. Yo os presté unas cuantas medidas de sorgo a cambio de que me trabajaras la tierra pero tú, no sé por dónde andas, no escardaste ni un solo bancal. ¿Y cuántas bocas más aparecieron en la casa? Sólo hacen que zampar. El campo de mijo se cubrió de tanta maleza que bien podría un tigre criar allí a sus cachorros, y tú paseando. ¿Pues, qué vas a hacer en otoño?

—¿Por qué gritas de esa forma? —el muchacho se acercó de lleno al terrateniente y se plantó delante de él con las piernas muy separadas. Choe, por más que miraba a Dong Chon, no le conocía. Como si lo hubieran cambiado. Pero si hasta el año pasado el muchacho era su bracero. Tan sólo unos meses atrás era de lo más sumiso y tranquilo, obedecía al amo sin chistar; si le mandaba echar un saco de sal al agua lio hacía.

Choe Dok Man miró de hito en hito al muchacho que estaba delante de él con aire altivo y digno. Llevaba uniforme de algodón ordinario, en los pies polainas de trapo verdes y del mismo color un gorro en la cabeza.

—Tú piensa en esto, ¿cómo no voy a refunfuñar? De perderse la cosecha, para vosotros será el hambre, para mí un gran” Perjuicio, sin ningún provecho. Con lo febril que es el tiempo… —la calvicie y mentón saliente del terrateniente enrojecieron de ira.

—Ay, viejo, los tiempos han cambiado, sólo con órdenes no sacarás nada en limpio.

—¿El tiempo, dices, es otro? —el terrateniente, claro, que se daba cuenta de los cambios operados, pero no quería verlos.

—¿Crees que yo, Ri Dong Chon, sigo siendo como antes tu bracero? Pues, ¿quién eres tú para mandar en todos? ¿Qué te importa quién escarda o quién duerme? —el muchacho dio un paso adelante, desabrochando dos botones de la chaqueta.

—Bracero o no, es lo mismo, tú arriendas mi tierra. Ya se puede venir abajo el cielo, que por eso nada cambiará.

—¿Nada cambiará, dices? ¿Oíste hablar de la revolución?

—¡Qué más me da la revolución! Aun siendo comunista no te debe faltar el honor. ¿Acaso no era yo quien daba de comer a los hambrientos todos los años, salvándolos de la muerte? Y después de esto a cada paso me sales con la revolución. ¿Es que esa revolución dice que hay que pagar mal por bien?

—¡De ningún modo! ¿Pero quién ayudó a quién? Yo trabajaba sin enderezar el espinazo en tu hacienda, cortaba leña, calentaba la casa. ¿Tú mismo escardaste algún bancal? ¿Preparaste alguna carga de leña?

—Yo no tengo por qué hacer eso. Soy el dueño de la tierra, además tengo dinero…

—Oye, viejo, la revolución cambiará todo. Entregarás al pueblo tus tierras. ¡Todo lo que has ganado con el sudor ajeno, te lo quitaremos!

—¿Me lo quitaréis? ¡Eso te lo crees tú! ¿De dónde habrán salido estos malvados? Mi hijo, gracias a Dios, está sano y salvo, a dos pasos de aquí. ¿Es que no conoces al inspector de policía de la calle de Longjing Choe, canalla? Él te enseñará a respetar la ley.

—¿Quién de los dos es el canalla? Veo que es hora de hacerte conocer la dictadura. ¡Vosotros, condenados, tenéis una ley asquerosa, nosotros en cambio, la dictadura!

—¿Dictadura? ¿Qué bicho es eso de dictadura?

Dong Chon se puso rojo, se volvió bruscamente y agarró el chuzo que estaba en el umbral.

—¡Hijo mío! —dijo la madre, cerrando el paso a su hijo.

—Apártate, madre. Este es un chupasangre. Esta chusma y los japoneses son los lobos de la misma carnada, nos están quitando a los

coreanos el pellejo. ¿A dónde huyes? Anda, ven aquí, te voy a enseñar lo que es la dictadura.

Al ver que el incidente tomaba mal cariz, el terrateniente puso pies en polvorosa, chasqueando con sus zapatos de cuero.

—¿Pero, hijo, estás en tu juicio? ¿Por qué has sido tan grosero con el viejo? ¿Quién va a poder a ese demonio?… —la madre, asustada, tomó al hijo de la mano, temiendo que echara a correr detrás de él.

—Madre, ya he dicho que ahora son otros tiempos, el mundo ha cambiado. Basta de doblar el espinazo ante esa basura. Ha llegado nuestra hora. No viviremos como antes. Nuestra región será base de apoyo de la revolución. ¡Y nadie se atreverá a moverse! ¡Nosotros construiremos un mundo nuevo!

—¿Eso cuándo será, en cambio las amenazas del viejo? Tú no sabes qué hijo tiene, ése es capaz de despellejar a cualquiera persona viva.

—Ya verás, madre, como a su hijo, liado con los japoneses, lo arrestamos y juzgamos. Pues, vaya qué gran persona ese inspector policíaco. La revolución barrerá en su camino a toda esa porquería. Ahora, madre, podemos enderezarnos. Como ves, tu hijo es un verdadero guerrillero. Levanta alta la cabeza —Dong Chon, sentado en el poyo, fumaba nervioso, temblando de cólera.

Luego de tranquilizarse un poco habló con su tío. Al ver que ya era tarde, se levantó rápidamente y, negándose de la cena, se fue a la montaña.

* * *

—¿De modo que le diste a probar la dictadura? —preguntó Ri Kwang riéndose.

—Se escapó el malvado, muerto de miedo; no le dio tiempo a probarla.

—Ha-ha —Ri Kwang poco amigo de reírse se desternillaba de risa.

Contagiado por la risa de su compañero, Dong Chon también se rio.

—¿Esto lo hiciste tú mismo?

—No. Lo hizo el herrero Hak Chun.

—No está mal. Bastante mejor que la bayoneta del fusil modelo 38.

Ri Kwang quiso añadir que la guardia hay que hacerla con un fusil verdadero, aunque fuese ajeno, pero se contuvo, el muchacho estaba demasiado encariñado con su lanza.

La luna brillaba.

Su blanquecina luz plateada bañaba el valle y el monte cubierto de densa maleza de alisos y abedules blancos.

La noche era tranquila. En el poblado se oyó el segundo canto del gallo.

Después de cruzarse unas palabras más Ri Kwang ya se disponía a marcharse hacia el puesto de guardia al lado oeste, cuando de súbito Dong Chon le hizo una pregunta inesperada.

—¿Compañero Ri Kwang, cuando venza la revolución, me enviará a estudiar?

—¿A estudiar?

—¡Exacto!

—¿A qué escuela?

—Me da igual. Siento constantemente la falta de conocimientos. Hoy, por ejemplo, con ese viejo Choe Dok Man, me salían sólo blasfemias y ni un argumento razonable.

—¿Es que piensas hacerte orador?

—No. Quiero estudiar agricultura para que todas las personas vivan en la abundancia y alegres. Cultivar habas como puños de grandes.

—Muy buena idea. Pero ahora, ¿no sería mejor que pensaras cómo cambiar la lanza por un fusil?

El muchacho nuevamente se rascó la nuca.

—Dame tres días de plazo, te juro que lo sacaré de donde sea.

—Aguanta unos días más, pronto avanzaremos.

—¿En serio?

—Cierto.

—Huy, ya presiento las emociones.

Al terminar la ronda, Ri Kwang se fue por el sendero hacia el puesto occidental, Dong Chon se quedó solo.

El muchacho con un cigarro en los labios se sentó en un canto rodado. Un ligero vientecillo se llevaba el humo azulado del tabaco.

Recordó todo lo acaecido durante el día. Fue algo ajetreado y desordenado. Se levantó de madrugada, se entrenó en el tiro, subió agua del arroyo, discutió el tema. ¿Qué significa la revolución? Luego fue a llevar un parte a Pak Ki Nam y se detuvo allí escuchando con interés una charla sobre lo que es la dictadura del proletariado. Por su mente pasó toda una fila de personas: el herrero Hak Chun, su tío y tía tan azorados durante el encuentro, la madre de Song Nam, el terrateniente Choe, echando chispas por los ojos de rabia.

Dong Chon apagó la colilla y miró hacia abajo. El valle dormía. No se oía el chirriar de los insectos.

Levantó el chuzo y lo miró a la luz de la luna.

Pronto cambiará su chuzo por un fusil. De caja dura y culata lisa. Apretará el gatillo, resonará un disparo, que le dolerá el hombro, olerá a pólvora; el enemigo abatido dará un grito en su hora de muerte.

De repente, el chuzo le pareció una misteriosa varilla mágica. Lo levantas y las cumbres de las montañas y las rocas inaccesibles se transforman en llanuras, tocas con su punta el suelo y se abren abismos, corren raudas las aguas del río, o las interceptan los diques.

El muchacho encendió otro cigarrillo.

Las visiones ilusorias le pusieron de buen humor. Creyó en que todo sería así como él se lo imaginaba. Ri Kwang soltó la carcajada cuando él le confesó su deseo de estudiar. Pero quizás se riera no de su inocencia, sino en señal de aprobación.

¡Qué asombro el de su madre cuando le vio en casa con esa lanza! Pero más será su sorpresa cuando le vea con un fusil verdadero al hombro o cuando sea estudiante. ¿Quién sabe si reconocerá entonces la madre a su hijo?

—¡Kje! —tosió quedamente Dong Chon embriagado por su alegre sueño.

Luego se sintió invadido por un enorme deseo de ver al Comandante en jefe. ¿Qué dirá cuando le vea cuadrado ante él con el fusil, haciendo el saludo militar?

Es posible que le alabe, le dé unas palmadas en el hombro y le diga que es un joven bravo.

Ri Dong Chon se levantó y sin reparar en ello, tomó la posición de firme. El joven guerrillero, feliz de sólo pensarlo se sonrió mirando de nuevo a su alrededor.

Resonó el traqueteo de una carreta que se acercaba. El camino vecinal quedaba lejos; pasaba por la falda de la montaña. Dong Chon aguzó los oídos, contuvo el aliento. Sin duda era una carreta. Notando algo malo se puso alerta.

De pronto, Dong Chon divisó detrás del poblado el resplandor de una llama, que se extendió al instante iluminando de una luz clara el oscuro cielo de la noche.

“¿Parece nuestro campo de trigo el que arde?” Se puso de puntillas y miró atento hacia abajo. No se equivocó. Ardía su trigal.

—¡Incendio! ¡Incendio! —Dong Chon echó a correr cuesta arriba hacia el cuartel de la sección. Los combatientes se lanzaron a la calle, en

el campo se aglomeró la gente del poblado, gritando: “¡Incendio!”

Los guerrilleros bajaron volando al trigal.

Ri Dong Chon, junto con otros, atajando atravesó el campo de avena, dejando de lado el maizal.

No le dio tiempo a cruzar el camino, cuando distinguió la sombra de una carreta cargada.

—¿Quién va? —gritó Dong Chon, pero nadie respondió. Los caminantes por un instante se quedaron inmóviles, totalmente sorprendidos. Dong Chon dio otro paso adelante—: ¡Alto! ¡Manos arriba! —el muchacho, chuzo en ristre, se inclinó dispuesto a atravesar al enemigo.

Resonó un tiro. Al instante Dong Chon se quedó viendo las estrellas.

Una sombra se apresuró a un lado y corrió por el campo de soja disparando.

Ri Dong Chon se escondió de las balas detrás de una altura, movió la cabeza en convulsiones. Los oídos le zumbaban, se le turbó la vista, la bala, parece, no le tocó.

Interrumpiendo la persecución del fugitivo, Dong Chon agarró del cuello a una figura entretenida junto a la carreta y la sacudió.

—¡Soy yo!

—¿Quién?

—Song Nam. ¿Eres tú, Dong Chon?

—¿Quién se escapó?

—El hijo menor del terrateniente. El prendió fuego al trigal, y él es el que dispara.

—¿Y tú, a dónde vas?

En esto, en la carreta cargada de paja de mijo, se oyó un susurro.

—En la carreta está el viejo Dok Man. Amenazándome con el fusil, me obligaron a que los acompañara —le advertía en voz baja,

lloriqueando, Song Nam, bracero del terrateniente Choe.

—¡Qué cosas! —Dong Chon ordenó a Song Nam arrojara de la carreta la paja.

Una vez arrojados los tallos de mijo asomó una negra figura, tapada hasta la cabeza con una manta.

—¡Te cogí, infame! ¿Prendiste fuego al trigo maduro y crees huir? Nada de eso. Te despellejaremos. ¡Venga, baja pronto! ¡No te esquives!

Al ruido de los disparos acudieron tres guerrilleros.

El terrateniente salió del montón de paja y se bajó del carro temblando de miedo.

En la carreta había una pila de maletas, baúles y bultos, diferentes.

Los guerrilleros se subieron a la carreta y removieron la paja, pero no había nadie más.

—¿A dónde pensabas huir en esta vestimenta del demonio? —gritó severo Dong Chon. Dok Man se estremeció y retrocedió.

—¿A dónde salías de naja?

—A Dongduchon —contestó el terrateniente sin inmutarse, y miró con ojos chispeantes de odio.

—Largarte bien podías, pero ¿para qué quemar el trigo?

—Yo soy el dueño de esta tierra y tengo pleno derecho.

—¿Qué dices? —Dong Chon le pegó una fuerte bofetada.

—¡Ay!

Dong Chon empezó a dar patadas al terrateniente caído al suelo.

—¡Tuya esta tierra, dices, miserable! ¿Y tú sembraste el trigo?

Ri Kwang, acercándose en carrera, comprendió las cosas de buenas a primeras y He ordenó a Ri Dong Chon que cesara el apaleamiento y maniatara al terrateniente Choe Dok Man.

Ri Dong Chon rompió una cuerda de la carreta y ató las manos de Choe Dok Man, colocadas detrás.

—Tú, como un contrarrevolucionario que eres, quedas detenido por nuestro destacamento guerrillero. Ayer quise ya darte a conocer la dictadura, pero no salió. Mas no tiene importancia: no es tarde todavía —espetó colérico Ri Dong Chon, taladrando al prisionero con su mirada calcinante.

Dio la orden a Song Nam para que regresara con la carreta y él, por disposición de Ri Kwang, se dirigió hacia la cueva escoltando al terrateniente preso.

Transcurrido algún tiempo volvió la mirada hacia Ri Kwang, que marchaba detrás:

—Qué lástima. De haber obrado yo con más presteza esta tarde me hubiera hecho con una pistola, pero dejé escapar la ocasión: no lo adiviné a tiempo.

—Considero que has tenido suerte. Pues faltó poco para que te adivinara a ti la bala del terrateniente.

Tropezando con la raíz de un árbol cayó al suelo el terrateniente y no se levantaba. Ri Dong Chon le obligó a ponerse de pie.

—Y ahora, explotador, ¿te percatas de lo que tuve que sufrir yo cada día, llevando a cuestas la leña por este escarpado? ¡Date prisa, canalla, no inventes argucias!

Cuando llegaron por fin a la cueva, apareció Pak Ki Nam, sofocado de cansancio, que se dirigía corriendo hacia abajo, para apagar el incendio, sin haber tenido tiempo siquiera de echarse sobre los hombros la chaqueta.

* * *

Por las pesadas puertas de la mansión del terrateniente Choe Dok Man entraba y salía el gentío. Llegaron los curiosos paisanos, que habían

escuchado ya acerca de lo ocurrido, pero que pese a todo, no creían que hubiera sucedido esto, tan de prisa.

Pak Ki Nam, vestido de nuevo con el uniforme, ocupó una pieza de recibo, más luminosa y confortable. Se hallaba en ella un precioso ropero y el armario para las camas; colgado en la pared estaba el retrato de una Madona, con un gran marco: todo esto fue echado fuera. Sacaron también el espejo de la altura de un hombre, montado sobre diferentes patas de león talladas.

—¡Compañero So Kuk Bo! Saca todo este lujo. El proletariado no tiene nada que ver con esto. Incluso repelle mirar a este espíritu burgués.

Pak Ki Nam, con la frente brillante, bronceada por el sol, paseando por las habitaciones, daba a los combatientes distintas órdenes, aclarándoles algo con ardor.

So Kuk Bo, responsable de la propaganda por línea de la Unión Antiimperialista, calado de sudor, arreglaba las habitaciones.

—¡Vaya, ahora es claro que también la independencia de Corea no está tras las montañas, señor Pak! —dijo bromeando, perdido en conjeturas, no sabiendo qué hacer en la habitación vacía, de donde sacaron todos los muebles.

—¡Señor Pak! —llamó So Kuk Bo.

Pak Ki Nam, que estaba colgando en la pared un mapa de Corea de dos metros, se volvió hacia So Kuk Bo y frunció el entrecejo.

—Yo pensé que tú eras un auténtico revolucionario, pero dices tales despropósitos.

—¿De qué habla usted? —el astuto de So Kuk Bo no se disponía a dar su brazo a torcer.

—¿De qué preguntas? Bueno, para empezar, sujeta el mapa —So Kuk Bo sujetó un extremo del mapa mientras Pak Ki Nam hincó un clavo y desenrolló el mapa—. ¡Mira qué hermosa es nuestra Patria! ¡Qué

magnífica y bella su configuración! —se había olvidado de que debía de reprender a So Kuk Bo. No cabía en sí de alegría viendo en el mapa los contornos topográficos de la amada Patria—. ¡Qué gran cosa, si expulsamos de esta tierra a los invasores y construimos el comunismo! Pero esta gran obra ya ha comenzado. Por el momento nos encontramos en casa de un terrateniente, donde todo se halla saturado de abominable espíritu señorial, pero en el futuro trabajaremos en un gran palacio, edificado por el proletariado coreano. ¡Llegarán esos tiempos admirables! A veces se sueña el porvenir, sin que el sueño llegue —Pak Ki Nam se retiró algunos pasos atrás para ver mejor el mapa y prosiguió admirado.

So Kuk Bo, que apenas podía leer en la lengua vernácula, no sabía soñar de la misma manera que Pak Ki Nam; se sentía un tanto cohibido, pese a que, en líneas generales, comprendía el sentido de sus palabras.

Pak Ki Nam, al colgar el mapa, se quedó algo pensativo, calculando mentalmente lo que le haría falta aún. Pero nada se le ocurrió.

En el espacioso aposento estaba la mesa solitaria, sobre la pared trasera pendía la bandera roja y a su derecha el mapa; en la pieza no quedó nada más.

—¡Queda bien! Ahora tiene algún parecido con un estado mayor de la revolución —se echó a reír Pak Ki Nam. So Kuk Bo, llevando un balde en la mano, pasó haciendo fru-fru con los pantalones de tosco algodón y desapareció tras la puerta.

Entró en la casa un guerrillero y, haciendo el saludo militar, comunicó:

—¡He traído arrastrado al cachorro de Dok Man!

—¿Dónde estaba escondido?

—Atrapé al canalla en el monte, detrás del pueblo; estaba agazapado bajo un roble, igual que un faisán.

—¡Bueno, bueno! ¿Quiere decir que no ofreció resistencia?

—Amenazamos con fusil, pero no dijo pío.

—¿Le desarmaste?

—¡Así fue, exactamente!

—¡Bravo! Esto es, en la práctica, la dictadura del proletariado. Ahora se encuentra en nuestras manos. ¿Y qué pasa con los restantes?

—En seguida nos pondremos en camino, para alcanzarles.

—Golpeen sin contemplaciones. Es necesario detener a todos los terratenientes que daban tierra en arriendo. No importa que tengan mucha o poca tierra. La cuestión no es de cantidad, sino de calidad. Quien dio aunque sólo fuera un palmo de tierra arrendada, esto equivale a ser un elemento enemigo, explotador de sus hermanos, pobres y braceros. ¡Y olviden el así llamado humanismo, la simpatía y todo lo que se parezca! Hay que golpear sin compasión y conservando la sangre fría. Los clásicos del marxismo dijeron: "El poder político, en general, es la organización de la violencia de una clase para oprimir a otra". Así es. ¿Lo has comprendido, compañero Choe? ¡Ah! ¿Te apellidas también Choe? ¿No sentirás compasión por tener su apellido? ¡Cuidado! —bromeó Pak Ki Nam, pero no dejó escapar lo principal.

—Es verdad que llevo el apellido de Choe, pero con este terrateniente no tengo parentesco.

—Recuérdalo: en la lucha de clases hay que ser implacable. Bueno, anda.

Cuando apenas se había marchado el guerrillero apareció Ri Kwang. Se fue una noche a rondar por el poblado de Dagou y ahora tenía el aspecto de encontrarse muy cansado. Subió al entablado bajo el alero, miró hacia el aposento y se quedó hecho de piedra. Era demasiado brusco el contraste de este lugar con la cueva.

—¿De qué se asombra tanto? —se interesó Pak Ki Nam, a quien la

pena le roía el alma, por si Ri Kwang le hacía otra vez alguna observación, pues era frecuente que desaprobara sus actos. Pero Pak Ki Nam, con aplomo y precisión, empezó a informar sobre las detenciones de terratenientes, los partes recibidos del servicio informativo enviado en la dirección de Hoegok, acerca de todo lo ocurrido durante el tiempo que duró su ausencia.

—Demasiado lujoso. Le diré con sinceridad, lo que en cierta manera pensé: si no habría sido mejor destinar esta casa para escuela, pero salió así…

—¿No sería demasiado pronto para nosotros abrir aquí una escuela? Todavía no mantenemos totalmente segura esta región.

Ri Kwang se sonrió, arqueando las tupidas cejas.

—Nada de eso. Nos adueñamos de ella y la sostendremos firmemente.

* * *

En este mismo atardecer, como estaba planeado, se pusieron en camino. Era necesario recorrer ochenta *ríes* para atacar allí a la comisaría de la policía y arrebatarles las armas.

Cinco guerrilleros con trajes de paisano marcharon por sendas montañosas.

Llegados al lugar, desde el que se dominaba la comisaría de la policía de Tolze como en la palma de la mano, hicieron un descanso, con objeto de prepararse para el combate.

Mandaba la operación Ri Kwang.

Puestos de rodillas sobre la colina cubierta de matorrales de ajenjo, empezaron a estudiar el edificio de la comisaría de la policía, en cuyas ventanas ardía la luz eléctrica.

Según los datos recogidos por Pak Ki Nam de los servicios de información, en la policía quedaban en total cerca de diez hombres armados, todos los demás se habían marchado a rondar en patrulla. Y de noche estaban de guardia solamente dos o tres policías. El depósito del armamento se encontraba en un extremo apartado, a donde era necesario llegar atravesando todo el corredor y torcer la esquina junto al calabozo. La llave de la armería con puerta de hierro obraba en poder de un policía de guardia. Debían haber allí, por lo menos sus dos buenas decenas de fusiles.

Era preciso actuar con precaución, observando constantemente La atalaya de la guardia que estaba ante el edificio de la policía y el hilo telefónico, por el que podían dar la señal de alarma.

Ri Kwang, preparándose para el asalto, comenzó a dudar en algo.

En primer lugar: ¿sería la hora más apropiada las 12 de la noche; en segundo, podrían los guerrilleros abrirse paso entre los policías, con un par de pistolas de seis balas?

Le inquietaba también la autenticidad de los reconocimientos.

Pero, aunque lo considerara ahora como problema, ya era tarde.

El agudo Pak Ki Nam comprendía lo que le inquietaba a Ri Kwang quiso decirle algo, pero observando la firme expresión en el rostro del comandante, volvió a reflexionar en el acto; pues solía ocurrir también que cuando se hacían aclaraciones innecesarias tenían un resultado opuesto. Ri Kwang, siempre modesto, respetuoso con las opiniones de los otros compañeros, pese a todo, las rechazaba a veces de manera bastante categórica: “Yo estoy en contra de esa opinión”, “Esto es un cuento”. El propio Pak Ki Nam recibía en ocasiones tales respuestas.

Sabía que Ri Kwang era una persona de aspecto pacífico, como un río de llanura, pero en su alma borbotaba todo.

Ri Kwang, tranquilamente sentado, calculaba mentalmente la marcha

del combate próximo, en todos sus detalles.

En cuanto se encontraran en la ciudad los conduciría por las calles un enlace clandestino, con el sobrenombre de “El soldador”, quien les haría entrega de unas tenazas para abrir portillos en las alambradas y hacer rupturas en el cable telefónico. La señal debía ser un cigarrillo emboquillado encendido. Lo más importante de la operación —quitar de en medio al centinela—, debía ejecutarlo el propio Ri Kwang. Los guerrilleros acordaron previamente que, con los fusiles del trofeo, se internarían en el monte.

Ri Kwang lo sopesó todo, calculando mentalmente cada situación que suscitaba dudas; pasó la palma de la mano por el puñal y la pistola en el cinto y se calmó.

—¡Compañero Pak! Tú deberás entrar por la ventana y arrebatarle la llave al de guardia.

—A sus órdenes —Pak Ki Nam sacó su pistola y con un chasquido levantó el gatillo.

Los primeros que se encontraron en la ciudad fueron Ri Kwang y Ri Dong Chon.

Dieron la señal convenida con el cigarrillo encendido. Tras la esquina de la taberna tintineó un campanillo y apareció una figura negra, con carga en la espalda. Ri Kwang avanzó rápidamente al encuentro de “El soldador”. Transcurridos algunos minutos Ri Dong Chon se encontraba ya junto al poste telegráfico cortando el hilo del teléfono; mientras tanto, Ri Kwang hizo un portillo en la alambrada de la valla, conectada con la corriente eléctrica.

Penetrando por la valla se pegó a la pared de la casa y atisbo unos segundos mirando hacia la puerta.

El centinela, con un largo fusil, mascullaba algo entre dientes, golpeaba el suelo con los pies, por lo visto acababa de regresar de alguna

ronda en patrulla y se sacudía el barro de las botas.

Por la ventana abierta de par en par se derramaba la clara luz de una potente lámpara eléctrica, que lo iluminaba todo en torno con brillante resplandor. Por suerte, la atalaya que despertaba inquietudes, estaba tranquila.

Fue en aquel preciso momento cuando Pak Ki Nam, igual que un tigre, penetró en la casa por la ventana; Ri Kwang abrió la puerta que daba al zaguán y se abalanzó sobre el espigado policía del largo fusil. Aquel se volvió, se llenó de pánico por la sorpresa y adelantó la bayoneta.

Ri Kwang dio un tirón al fusil cogido por la caña y golpeó fuertemente con el puño sobre el pecho del policía, inclinado hacia delante. El guardia se desplomó de lado dando un chillido, Ri Dong Chon se montó sobre él y comenzó a estrangularle.

Pak Ki Nam, que había penetrado en el edificio por la ventana, encañonó con la pistola al policía que estaba escribiendo algo sobre una mesa. El joven policía con gafas, obediente, levantó los brazos.

—¡Venga las armas, si quieres quedar vivo! —le ordenó Pak Ki Nam, hablando el japonés con soltura—. ¿Dónde está la llave del depósito de armas?

Ri Dong Chon, con el fusil arrebatado al centinela, se colocó de espaldas a la pared donde se hallaba suspendido el teléfono, y Ri Kwang se acercó al portal y observó la calle.

—¡Venga la llave pronto! —ordenó nuevamente Pak Ki Nam.

El de las gafas con los brazos levantados dijo que La llave la tenía el policía que estaba en el zaguán. Ri Kwang extrajo la llave del bolsillo del polizonte, caído en el vestíbulo de narices sobre el piso de hormigón, y abrió la puerta de hierro del depósito de armas. Colocados a lo largo de la pared había alrededor de diez fusiles.

Penetró violentamente Ri Dong Chon, cogió las armas de una brazada y salió al corredor.

Resonó un disparo.

Ri Kwang se volvió rápido y vio al de gafas gritando a más no poder.

Al principio creyó que había disparado Pak Ki Nam, pero, para asombro suyo, disparaba desde debajo del piso. La situación cambió por ensalmo.

Pak Ki Nam encañonó al de gafas y apretó el gatillo. Silbaban con furia las detonaciones.

Dong Chon, llevando la brazada de fusiles, giró lentamente el cuerpo y se desplomó al suelo, dándose un golpe contra el teléfono.

Bajo el piso de madera continuaban retumbando los disparos.

—¡Salir y, más de prisa! —Los ojos de Ri Kwang centelleaban igual que relámpagos. Intentó poner derecho a Dong Chon, pero éste se cayó. De su pecho goteaba la sangre.

Ri Kwang se cargó a Dong Chon sobre la espalda y salió del zaguán.

—¿Dónde está mi fusil? —gimió Dong Chon, que aún no había perdido el conocimiento, pidiendo el arma que acababa de arrebatarle al japonés.

Ri Kwang hizo entrega de su compañero a Ji, regresó por ensalmo, y cogiendo en brazada todos los fusiles desperdigados por el suelo salió de la casa a todo correr.

Pak Ki Nam hizo tres disparos sobre el piso de madera, se dirigió hacia la salida atravesando la ventana y saltó por encima de la valla.

En la calle se armó gran alboroto.

Desde la torre de observación, con puesto de fuego, dieron la señal de alarma.

Resonaron los pitos en las calles, abrió fuego la gendarmería. En

todos los patios aullaban los perros, por los callejones chacoloteaban las herraduras.

Ri Kwang y Ji corrieron por los arrozales a campo traviesa, llevando alternativamente consigo a Dong Chon. Los restantes guerrilleros transportaban los fusiles —catorce en total—, distribuidos entre ellos. Tras los campos de arroz apareció un arroyo. Ri Kwang lo cruzó, llevando a Dong Chon en los brazos.

Dong Chon, en su espalda, yacía tranquilo, sin hacer el menor ruido.

Después de haber andado cerca de cinco *ríes* colocaron al herido sobre la hierba y comenzaron a tratarle. Desgarraron un jirón de tela blanca, le vendaron fuertemente la herida, pero instantáneamente volvió a rezumar la sangre.

Se aproximaron a él Pak Ki Nam y los otros guerrilleros.

Temiendo la persecución del enemigo se cargaron de nuevo a Dong Chon.

* * *

Acostando a Dong Chon en una parihuela pasaron la montaña, penetraron en el desfiladero y continuaron avanzando hacia el norte. Dong Chon lograba contenerse con gran esfuerzo, procurando no perder el conocimiento.

En cuanto abría los ojos vislumbraba el carrusel formado por estrellas centelleantes. Sobre las crestas de los pinos flotaba la luna, en su fase menguante.

El pecho del herido se elevaba frecuentemente, pero él no podía darse cuenta de lo que esto significaba.

Acostado sobre la parihuela, oscilando, pensaba en silencio que pronto llegaría a Yongphyong; allí se curaría rápidamente las heridas.

Pero su silencio inquietaba más todavía a Ri Kwang. Transportando la parihuela, como alucinado echaba de vez en cuando una mirada escudriñadora al herido. Y cuando quedaba en completo mutismo le despertaba en el acto, sacudiéndole la pierna.

—¡Dong Chon! ¡Dong Chon!

—¿Qué ocurre? No me pasa nada.

—¡Resiste, muchacho!

—No se molesten. Agua es lo que bebería…

—Aguanta. ¡Pronto llegaremos!

Y de nuevo se calmaba, quedando amodorrado.

A Ri Kwang le atormentaba una idea, la de si todo esto había ocurrido por culpa suya; por su cara corrían goterones de sudor. El comandante del destacamento marchaba indeciso, tropezando, bien en alguna piedra, bien en algún tocón. De la tensión le temblaban las piernas y no le obedecían.

Pak Ki Nam, apartando los arbustos, llevaba la parihuela con seguridad. Con los pantalones desgarrados, las rodillas al desnudo y los constantes traspiés, le aparecieron en las piernas rasguños con sangre.

El compañero Ji avanzaba también silente. Se notaba tal vez su presencia cuando relevaba a alguno de sus compañeros, llevando la parihuela.

A él le obsesionaba el siniestro presentimiento de que Dong Chon, que yacía en silencio, no necesitaba nada; gemía caminando al lado de Yang y sosteniendo la parihuela. El y Dong Chon habían ingresado el mismo día y a la misma hora en el destacamento guerrillero, tras haber recibido la conformidad de Ri Kwang.

Ri Dong Chon había nacido en Hoeryong. Su padre roturaba una parcela del bosque, cerca del río Tuman, siendo detenido por el guardabosque. Fue atormentado durante largo tiempo y le pusieron en

libertad destrozado: al cabo de una semana murió. Hacía dos años que tres hermanos, con la madre, se habían trasladado a Yongphyong. Desde entonces, Dong Chon faenaba de bracero, labraba la tierra. El muchacho, que no era tonto de naturaleza, aprendió pronto a leer y escribir en la lengua natal; ingresó antes que otros de su edad en la Juventud Comunista. Tenía un carácter perseverante, lo que emprendía lo realizaba hasta el fin.

—¡Dong Chon! —la llamada quedó sin respuesta. A Ri Kwang se le estremeció el corazón y alargó su mano para palparle la espinilla.

—¡Dong Chon!

—¿Qué?

—Aguanta. ¡De un momento a otro llegaremos!

Quedaban dos montículos por pasar y llegar al delante estaba ya la tierra de Yongphyong.

Amanecía, comenzaban a vislumbrarse las copas de los árboles, recortadas claramente sobre el fondo del cielo; era ya visible la capa de niebla extendiéndose por el valle.

Todos marchaban punto en boca y acelerando el paso.

—¡Compañero Ri Kwang!

Ri Kwang se sobresaltó, como si le hubiera sacudido una descarga eléctrica. Le pareció que le había llamado en grito Dong Chon. Levantando la cabeza observó al herido, pero éste yacía inmóvil, como si no estuviera vivo.

—¡Compañero Ri Kwang! —volvió a escuchar después. Los labios de Dong Chon se movieron.

—Vamos a bajarle por un minuto —Ri Kwang colocó la camilla sobre la hierba y, poniéndose de rodillas, se inclinó hacia el herido.

—Dong Chon, ¿qué te ocurre?

—¿Es el compañero Ri Kwang? ¿Dónde está el fusil que yo arrebaté?

—Dong Chon, sin abrir los ojos, alargó la mano.

—Aquí está. Aquí tienes el fusil que arrebataste. —Ji se descolgó el fusil y se lo entregó a Ri Kwang. Este lo cogió por la caña y lo aproximó al pecho de Dong Chon.

—¡Helo aquí! ¿Lo ves, compañero Dong Chon?

Tomó la mano del herido, la acercó al cañón y entonces. Dong Chon entreabrió los ojos hinchados y miró. Después asió el fusil por la caña, lo observó con la vista ofuscada y, súbitamente, lo levantó.

Todos miraban a Dong Chon, conteniendo la respiración.

Sus ojos corrían buscando algo y, por fin, se fijaron en el fusil que mantenía en suspenso. Los labios le temblaron con espasmo; se agudizaron sus pupilas brillando con dureza.

—Qué lástima. Quería presentarme al Comandante en jefe Kim Il Sung con este fusil, quería con este fusil matar a todos los japoneses y ver a la Patria independiente. Pero ni siquiera una sola vez pude disparar… —respiró con dificultad y, en voz baja, añadió:

—¡Compañero Ri Kwang! ¿Se vio usted con el Comandante en jefe Kim Il Sung? Pues yo no. Pero procuré vivir como él enseñó. Cuando se encuentre con el Comandante en jefe Kim Il Sung déle un saludo de mi parte, de parte del guerrillero Ri Dong Chon. Él no me conoce. Pero da lo mismo. Se lo dé sin falta. Quería yo mismo presentarme al Comandante en jefe con este fusil.

Cayó bruscamente el arma sobre el pecho de Dong Chon, sus parpados se cerraron lentamente. Se estremeció y quedó silencioso como dormido.

—¡Dong Chon! ¡Dong Chon! —le llamaron Ri Kwang y Pak Ki Nam. Pero él siguió callado. No respondió tampoco ni a Ji, ni a Yang.

Se fue Dong Chon. Se fue al otro mundo.

Ri Kwang, todo tembloroso, abrazó el cuerpo del compañero muerto.

—¡Dong Chon!

—¡Dong Chon!

Los cuatro compañeros lloraban a lágrima viva, abrazando el cuerpo extinto de Dong Chon, que empezaba a quedarse frío.

Y los gemidos de su Manto resonaban por todo el barranco, sobre el que comenzaba a verterse la luz de la aurora.

Todo el tiempo le pareció a Ri Kwang que, de un instante a otro, Dong Chon abriría los ojos, alargaría las manos y pediría: “¿Dónde está mi fusil?” Tocó la cara del compañero muerto, se limpió las mejillas por las que le corría el llanto.

—¡Ah! ¡Dong Chon! ¡Dong Chon! ¿Será posible que se haya ido de nosotros para siempre?

Sacudía a Dong Chon por el pecho, con ceguedad; ora le palpaba las manos, ora le abría los párpados: ninguna señal de vida.

Como si se hubiera convertido en madera la cara acecinada del muerto miraba serena hacia el cielo azulino.

* * *

Subían hacia la cima del monte cargados de pesadas reflexiones.

Las agitadas olas de la vida tan pronto se encrespaban como se estrellaban enfurecidas.

En esta región de Wangqing, que en una ocasión, sentados juntos en una cueva Ri Kwang Pak Ki Nam habían marcado en un rústico esquema con un gran círculo, vislumbraban ellos una de las futuras regiones liberadas. A la sazón se desarrollaban aquí acontecimientos imprevistos.

Mientras llevaban hacia el centro del pueblo en una parihuela el cadáver de Dong Chon, un torrencial humano de refugiados confluía hacia la parte del pueblo recientemente surgido.

Día y noche el gentío de conciencia revolucionaria se dirigía hacia la base de apoyo: hormigueaban avanzando por caminos, por sendas, por los bosques.

Cada día aumentaba más y más el gentío.

Pero también había quienes se escapaban de este lugar furtivamente. Estos, en lo fundamental, eran terratenientes perversos, familiares de policías y funcionarios encanallados, lacayos del imperialismo japonés y testaferros del enemigo.

—La vida es dura. Y esto se comprende enteramente. No existen partos sin dolor. ¡Compañero Ri Kwang! Mire lo que yo estaba pensando, lo que la revolución nos ordena a todos los coreanos: "¡Cada uno a su puesto!"; que todos actúen obedeciendo al mandato de su clase, de su situación. Que llegue a todos la ola revolucionaria. Muchos se ponen al lado de la revolución y sólo una mínima parte en contra. La vivencia de numerosas personas se encuentra actualmente en una encrucijada. ¿Qué le parece, compañero Ri Kwang?

Este, por su carácter reservado, movió en silencio la cabeza, que podía interpretarse como quisieras: o bien que sí o bien que no.

Por otra parte Ri Kwang no estaba para prestarle atención. Subían al monte para determinar el sitio en el que debía estar la tumba de Dong Chon, e involuntariamente, pegaron el hilo de la conversación mirando hacia el pueblo.

El mundo interior de Ri Kwang era también rico y multifacético, como el de Pak Ki Nam. Sólo que a Ri Kwang no le gustaba sacarlo fuera, para exhibirlo.

El ora miraba atentamente hacia adelante, ora miraba al suelo, percibiendo sensiblemente el gran viraje que se estaba produciendo en esta zona.

Se encontraban precisamente en el sitio por el cual pasaban los

confines de la revolución y la contrarrevolución. Aquí chocaban las dos fuerzas, una enemiga de la otra, y se producía la lucha cruenta de dos concepciones.

Y aquí había comenzado di combate decisivo en el que, como había dicho el compañero Comandante en jefe, no podía haber paz ni tregua; ante sus ojos empezó a descubrirse este cuadro cruel.

“¡Dónde está mi fusil! Ni siquiera una sola vez pude disparar…”

Aún resonaban en los oídos las postreras palabras de Dong Chon, reflejando uno de los episodios de esta lucha sin cuartel.

Pak Ki Nam empezó a sonreírse viendo la cara enseriada de Ri Kwang.

—Estos días pensaba estudiar la Comuna y el Soviet —salió aquél diciendo de pronto, sin más ni más.

—¿El Soviet?

—Sí, pues tras la liquidación del viejo régimen será necesario sustituirlo con algo.

Ri Kwang miró perplejo a Pak Ki Nam, que estaba a su lado, deshojó las florcitas de lespedeza y las dispersó delante de él.

A Pak Ki Nam le enojaba, simplemente, el no poder expresar su pensamiento de forma comprensible. Estas palabras suyas, dichas como de paso, encerraban un profundo contenido. En cada ocasión que le era oportuna criticaba el así llamado movimiento comunista de la Corea de los comienzos de los años veinte. En modo alguno podía estar de acuerdo con el criterio de los que afirmaban que, puesto que la revolución coreana era una revolución burguesa, debía ser la burguesía la que se convirtiera en su hegemonía y abrir de par en par las puertas a los marxistas de moda, que bailaban al son de los aires revolucionarios, es decir, a la intelectualidad pequeñoburguesa, que ensuciaba las filas del Partido Comunista y lo convertía en un conglomerado abigarrado. Por

esa razón intervenía siempre contra aquellos puntos de vista.

En los últimos tiempos se entusiasmaba mucho con el Soviet como forma de poder, previniendo constantemente contra la penetración en las filas revolucionarias de esta “maldita intelectualidad”.

—El socialismo es el Soviet —mascullaba para su capote, pero no se ponía a esclarecer su posición.

Ri Kwang se paró en seco y, plantado, miró fijamente el terreno. Se le ocurrió de pronto una idea, que le obligó a revivir con pena lo que había ocurrido.

Nuevamente se maldecía a sí mismo en el fondo del alma considerando que Ri Dong Chon cayó víctima por su culpa. Pues el compañero Kim Il Sung, ya en Liangjiangkou le había enseñado cómo se debía mandar un combate y él, valiéndose de comunicaciones del servicio de información, que no se habían comprobado una vez más y actuando sin hacer una reflexión exhaustiva, perdió al fin y al cabo al querido compañero combatiente. Pero esto era ya cuestión del pasado irreversible.

Permaneció de pie, aniquilado por la pena, mirando como atontado hacia el pueblo y de nuevo siguió adelante, caminando con pasos vacilantes.

Desde el momento en que Dong Chon exhaló el último suspiro parecía que lo habían cambiado. Se hizo más parco de palabras, andaba siempre sombrío mirando al suelo. Se le había metido con fuerza en la cabeza el pensamiento de que, en no importa qué asunto, era preciso, ante todo, hacer un cálculo bien pensado desde todos los aspectos, reforzándolo después meticulosamente con las medidas organizativas de toda la operación.

Pak Ki Nam, en cambio, marchaba siguiendo otra dirección. Afligido más que todos por la muerte de Dong Chon, se aporreaba el pecho con

los puños, pero en otras cuestiones se comportaba cada vez más irreflexivo y brusco. Reiteradamente, menudeando con más frecuencia, soltaba vocablos tales como “dictadura”, “golpe” y otros de semejante jaez; comenzó a pasarse de la raya, dejándose influenciar excesivamente por sus propias emociones.

Hubiera intentado ganar la opinión de Ri Kwang sobre lo que acababan de conversar, pero después modificó su criterio y pasó a otro tema.

—¿Cuándo organizamos el mitin?

—Pronto, estos días.

—No vale la pena de darle largas al asunto. ¿Se debe hacer de una sola vez?

—¿Se refiere a la venganza?

—Sí, demostraremos que también los comunistas sabemos bien vengarnos de los enemigos.

—¿A quién se lo demostraremos?

—A la historia.

—¡Compañero Pak! Tiene que tranquilizarse.

Habiendo llegado hasta el puesto de mando de la compañía Pak Ki Nam entró directamente en casa, pero Ri Kwang se dirigió a recorrer los puestos de guardia.

Pak Ki Nam estaba ligeramente abatido por la observación que le había hecho Ri Kwang. Sentía profundamente lo que le había querido insinuar Ri Kwang. Parecía haberle manifestado con la mirada: “tú, amiguito, sufres una desviación de izquierda”.

Lo que le dijo Ri Kwang fueron dos palabras solamente, pero Pak Ki Nam se sentía incómodo en vano.

Hacia el mediodía llegaron dos desconocidos al destacamento.

Uno de ellos era un joven de treinta años, con gafas de montura de

plata y la chaqueta abierta de estameña Manca desteñida; el otro una muchacha de cabello muy recortado, que en apariencia tendría de dieciséis a diecisiete años.

Preguntaron por Ri Kwang. Pero como éste se había marchado de ronda a la aldea de Hwangachon, recibió a los huéspedes Pak Ki Nam.

El joven de gafas con montura de plata se presentó como Paek Kwang Myong, maestro de una escuela particular en el pueblo de Changchon, situado a cincuenta *ríes* de este lugar; la joven del pelo corto, vecina del pueblo de Dagou, se llamaba Kim Jong Ok.

Sentados frente a Pak Ki Nam ojeaban la habitación, con la bandera roja y el mapa de Corea colgados en la pared, sintiéndose algo desconcertados de momento; después habló la muchacha:

—Tengo dificultades en mi trabajo con el Cuerpo Infantil, ésta es la causa de haber venido a verle.

—Ayudaremos cuanto podamos —respondió Pak Ki Nam con indulgencia, como si dijera aquello que debía suponerse.

—Tengo ahora catorce pequeños, que quedaron huérfanos durante el pogromo en Dagou. Quisiera darles instrucción. Traje conmigo al maestro Paek Kwang Myong, de una escuela particular del pueblo de Changchon.

—Bueno, ¿qué es lo que propones? —se interesó Pak Ki Nam, sonriendo al recordar las palabras de Ri Kwang, que quería desocupar esta casa para dedicarla a escuela.

—Yo quisiera… —se relamió los labios y, ruborizándose, prosiguió—. El maestro Paek dice que en su escuela particular tiene treinta y nueve alumnos, que también esperan ellos un pogrom, de tal forma que nosotros nos trasladaríamos aquí con los chicos y…

—¡Ya! Es decir, que quieres invitar al maestro Paek para que venga aquí y juntarte con su escuela particular, ¿no es eso?

—Sí.

—Esto no es una cuestión tan simple —Ki Nam se puso a frotarse con las manos la barbilla enmarcada en patillas por ambos lados y, entornando los ojos, hizo una picara mueca—. Lo tuyo, Jong Ok, es comprensible, pero usted, señor Paek, ¿para qué se propone venir aquí?

Paek arreglándose con el dedo las gafas con montura de plata que habían resbalado en su nariz, respondió tranquilamente.

—¡Yo! Conmigo, realmente, no pasa nada del otro mundo.

Y Paek Kwang Myong contó brevemente las circunstancias del caso.

Jong Ok había estado hacía más de un mes en la escuela particular de Paek Kwang Myong. Supo por su hermano Chotse, que tras el pogromo en Dagou visitaba a su tía en el pueblo de Changchon, que allí había una escuela. Luego pensó ella en instruir a los niños y, junto con su hermano, fue a visitar a Paek Kwang Myong. Se aconsejó con él y le pidió que tomara aunque le causara molestia, en su colegio a los diez huérfanos de su pueblo.

Aquél aceptó de buenas a primeras la propuesta. Después se pusieron los dos a buscar un nuevo local para la escuela.

—Hoy estaba aquí por ocupaciones y me encontré con ella —el ceñudo Paek Kwang Myong, de delgado cuello y magros hombros, pretendía sondear el estado de ánimo de su interlocutor.

Pak Ki Nam se levantó y, con las manos enlazadas detrás, paseó por la habitación.

—¿Qué instrucción tiene usted, señor Paek?

—Yo ninguna…, estudié por mi cuenta algo de filología…

—Literato, entonces. ¿Siendo intelectual quiere ocuparse de la revolución? Y sus padres, ¿qué hacen?

—Los padres… —repitió Paek Kwang Myong, pues le era sencillamente embarazoso aclararlo todo; se ruborizó involuntariamente, los pliegues angulares de la boca se le contrajeron—. Mi padre tiene algo

de tierra, un huerto de frutales y ahora es dueño de una pequeña fábrica. Todo el tiempo está enfermo. Guarda cama inmovilizado.

—¡Ah! ¿Es así?

Por la cabeza de Pak Ki Nam cruzó en relámpago una idea: intelectual burgués. Sintió cierta opresión en el pecho pero, con todo, preguntó:

—Bien, ¿por qué tiene usted el propósito de pasarse a nuestro lado en este momento duro, cuando se decide la cuestión de la vida o la muerte? —él recalcó los dos vocablos de "nuestro lado".

—Por mis convicciones —contestó Paek Kwang Myong decidido, levantando la cabeza.

—¿Pensó usted alguna vez en lo que le puede dar la revolución?

—¡Sí! Yo opino de esta forma: la revolución puede exigirme que haga un sacrificio. Pero, si puedo aunque sea en algo ayudar a la causa de la liberación de nuestra Patria, que se encuentra al borde de la hecatombe lo haré de mil amores…

—Bueno —Pak Ki Nam avanzó hacia la bandera roja levantando la mano. Este gesto, raro en él, significaba que la decisión estaba ya tomada.

Jong Ok sonrió, alisándose el mechón de pelo, caído sobre la frente.

A Paek Kwang Myong le rutilaron los ojos, tras el grueso cristal de las gafas.

Sin embargo, no adivinaron que Pak Ki Nam había tomado una decisión opuesta a la que esperaban ellos.

—¡Compañera Jong Ok! Haremos contigo lo siguiente. En el momento actual, ante nosotros tenemos planteada una tarea importante: crear un destacamento guerrillero y ocupar un determinado territorio. Para esto derramamos nuestra sangre. La enseñanza de los niños, de la que hablas tú, también es una cuestión esencial. Pero…

A la muchacha se le saltaron las lágrimas en el acto, bajó la cabeza, se mordió los labios y empezó a retorcer el cordoncillo de la blusa.

—Nuestra situación es muy grave —prosiguió Pak Ki Nam—. Ahora mismo tendremos que sepultar en la montaña detrás de la casa a un guerrillero muerto. Bastaría con este simple hecho para comprenderlo todo. Y, por la confianza depositada en nosotros, gracias.

Pak Ki Nam no deseaba hablarle a ella de la tensa situación creada y de que su propuesta era inoportuna. Quería decir: ¿Para qué atraer la intelectualidad burguesa a la sagrada lucha revolucionaria? Recordaba ahora, a su manera, para él inolvidable lección sangrienta de los comienzos de los años veinte. Sin embargo, no quería ofenderles con una negativa brusca. Por eso habló valiéndose de insinuaciones.

—¡Señor Paek! Hagamos así. Hablando con franqueza en este caso no se trata de entregarles o no a nuestros chicos para educarlos. Como ustedes acaban de decir se trata de la manera en que nosotros debemos comportarnos con uno de los intelectuales burgueses, así que, dénos tiempo para reflexionar.

—Como usted guste.

—Nosotros, los marxistas, no ocultamos jamás nuestras posiciones, y habíamos siempre abiertamente de nuestro partidismo. Esto nos da simultáneamente la posibilidad de mantenernos en posiciones claras y obrar de una manera consecuente. Nuestra posición es proletaria de cabo a rabo, todo desde el principio hasta el fin está supeditado a ella. Yo, allá en la montaña sostuve conversaciones con nuestro compañero, enviado especial, de que actualmente la revolución da a todos la misma orden: “¡Ocupar su puesto!” Esta es la razón por la cual llegan aquí cada día muchas familias y algunas otras se van de aquí. Esto no es una simple emigración de que algunas personas cogen sus bártulos en las carretas para marcharse allá o venir aquí. Ahora se está haciendo la criba de

Corea, por el estrecho tamiz de las épocas de virajes bruscos. Y es necesario observar atentamente quién pasa a través de esta criba y quién se queda. Si se queda el que debía pasar o pasa el que debía quedarse, entonces esto es ya una falta seria, esto no es normal ni conveniente.

Paek Kwang Myong se atragantó con el humo del tabaco, tosió involuntariamente. Volviendo la cara con los ojos humedecidos miró el anillo azulado del humo de tabaco que se elevaba flotando.

Recordó la tarde memorable en que se entrevistó con el Comandante en jefe Kim Il Sung, en Xiaoshahe.

No podía no asombrarse de las palabras que acababa de escuchar, tan diferentes de aquellas que dijo el compañero Comandante en jefe. Este sentimiento perceptible de la contradicción le demandaba imperiosamente hacer añicos al altanero interlocutor, con aquella lógica firme del compañero Comandante en jefe que asombró a Paek Kwang Myong. Pero el juicio le impedía hacer esto, insinuándole "ten cuidado". Hallándose en un círculo vicioso, con la cara pálida como la cera, permanecía sentado tembloroso.

Mas la firme seguridad en lo que pensaba no le daba derecho a retroceder.

Paek Kwang Myong, tras arreglarse nuevamente las gafas caídas, le abordó con tono resuelto al ruborizado Pak Ki Nam.

—Permítame preguntar: ¿dónde se encuentra el compañero General Kim Il Sung?

—¿Pregunta usted que dónde está el Comandante en jefe?

—¡Sí!

El rostro de Pak Ki Nam enrojeció instantáneamente. Dejándose llevar por el ímpetu de su corazón estaba dispuesto a gritar: "¡tú eres un espía!", y sacar en el acto la pistola, pero haciendo un sobrehumano esfuerzo pudo contenerse. Pak Ki Nam no solamente sabía encolerizarse,

sino también dominarse, en caso de necesidad. Sofocado de cólera paseó por la pieza. Calmándose un tanto intentó poner fin al diálogo, recurriendo a la astucia.

—¡Señor Paek! Perdóneme, nos encontraremos en otra ocasión. Hoy tengo un asunto tan urgente que, sencillamente, no existe tiempo para una entrevista. Si usted no tiene prisa, entonces quédese aquí varios días y observe cómo juzgamos a los contrarrevolucionarios. Nosotros aniquilaremos a la contrarrevolución.

—Gracias. Volveré otra vez. Le ruego que me llame cuando disponga de tiempo —Paek Kwang Myong se alisó con la mano su vaporosa cabellera, retrocedió unos pasos, se dio la vuelta y salió.

Pak Ki Nam acompañó a los huéspedes hasta el patio para mostrarles que no era un hombre impolítico.

Jong Ok, en el patio, se interpuso en su camino y, levantando la cabeza, recalcó:

—Pase lo que pase, alfabetizaré a los niños.

—Comprendido. Nosotros siempre apoyaremos esta labor provechosa.

La muchacha se opuso totalmente con esta frase a la actitud de Pak Ki Nam, pero éste no lo entendió.

—Bueno, vete. Pronto comprenderás que la revolución no es tan simple y lisa como piensas.

*   *   *

Transcurrieron algunos días después de efectuarse el entierro de Ri Dong Chon.

Poco antes del ocaso Ri Kwang Pak Ki Nam recibieron el aviso de que la gente comenzaba a reunirse y se dirigieron a las afueras del

pueblo. Caminando juntos conversaban amistosamente.

Tras el pueblo, en las alturas cubiertas de césped donde habían unos castaños, se congregaron varios centenares de personas.

Hyon Ki Taek, responsable de la sección local de la Unión Antiimperialista, sentaba sobre una estera de paja a las personas que iban llegando.

La responsable de la agrupación de la Asociación de Mujeres. Kop Dan, con el pelo peinado y sujeto por detrás con una horquilla, recibía con cara excitada a las vecinas que se concentraban.

—Paisana presidenta —le soltó Hyon Ki Taek—. No pensaba que se reuniría tanta gente con ánimos revolucionarios.

Lanzó una mirada al lugar de la reunión, girando en todas las direcciones su cabeza, con el pelo cortado en redondel. Las sienes se le empezaban a encanecer. Acudieron a la reunión cerca de trescientos campesinos.

—Vaya, de arroyuelos se forma un gran río.

Hyon Ki Taek, sonriendo alegremente, comenzó a mover los negros bigotes y miró a Kop Dan. Le había gustado la expresión feliz de ella.

—Se acomoden más decididas. ¡No es posible en este lugar hacer la separación de hombres y mujeres, como bajo el feudalismo! —la presidenta condujo un racimo de mujeres apartadas, sentándolas entre los hombres.

Llegaron muchas jovencitas y viejos encorvados, apoyándose en bastones.

Ri Kwang y Pak Ki Nam los recibían a un lado del sendero.

Apareció el venerable Kang, el vecino de más edad en el pueblo.

La plateada barba le cubría casi la mitad del pecho. El anciano había cumplido ya los ochenta años, pero se mantenía aún fuerte; subió la cuesta sin hacer ningún descanso, aunque de vez en cuando encabeceaba.

—Pues vine a ver cómo se hace el comunismo.

Ri Kwang se inclinó saludando con una gran reverencia al viejo, éste sonrió semientornando los opacos ojos.

—¡Abuelito! Ahora vamos a juzgar a un traidor a la Patria.

—Ya lo escuché del nieto, pero ¿quién es ese traidor?

—Aquel mismo Choe Dok Man, cuyo hijo, como perro japonés, hace sonar el sable por la calle de Longjing.

—Hay que liquidar por completo a esos tipos infames, degollarlos; dicen que quemó un océano de trigo en el campo, en vísperas de la recolección. ¡Es un monstruo! A mí, en la pequeña isba, me puso la etiqueta roja sobre la anilla de la puerta, por una deuda. Ya entonces dije: no me moriré hasta que no vea estirar la pata a este canalla. Y a propósito, joven: ¿es esto la revolución?

—Sí, justo, eso es la revolución.

—Pues mi nietecito andaba de aquí para allá, noche y día parlanchín, dándole a la lengua con eso de revolución, revolución; y yo pensaba que hacían tal vez lo mismo que hacía antes el Ejército de Voluntarios.

—Nosotros luchamos con las armas en la mano contra los japoneses.

—¡Bravos! Hay que hacer trizas hasta el último de los japoneses, salvajes isleños. Tú habrás oído seguramente hablar del "Llanto de todo el pueblo", ¿no? Yo también entonces grité como loco, golpeé rabioso la tierra con los puños, pese a que ahora soy un carcamal completo, con un pie en la sepultura…

El viejecito Kang, sostenido por Ri Kwang, eligió para sentarse el lugar más céntrico entre el pueblo.

Poco después Kop Dan guió a la madre de Dong Chon llevándola de la mano. Ella iba toda de blanco, con un pañuelo albino en la cabeza. Había cumplido tan sólo cuarenta y cinco años, pero su aspecto era el de tener mucho más edad. Fue muy dura la pena que sufrió, por la pérdida

del hijo; mucho lo que lloró, y los ojos se le inflamaron enrojecidos por las lágrimas.

Ella seguía resignada tras de Kop Dan. Esta la acomodó en la estera de paja en la primera fila.

Junto a la madre tomó asiento Kwang Chon, el hermano menor del difunto Dong Chon. El muchacho tenía quince años pero en las últimas jornadas había crecido mucho en hombría. El día anterior se presentó ante Ri Kwang le rogó que le tomaran en el destacamento guerrillero, para vengar a su hermano.

Ri Kwang, que estaba ya sentado, viendo a la madre de Dong Chon, se aproximó a ella y la saludó con una respetuosa inclinación de cabeza.

La madre escuchó en silencio las palabras consoladoras de Ri Kwang. Sólo le respondió a las preguntas en voz baja, palpándose de vez en cuando las sienes.

Dos guardias rojos, antes de dar comienzo al juicio, trajeron a Choe Dok Man y a su hijo Choe Il Jo, con gafas, sentándolos ante el público.

Choe Dok Man había cumplido cincuenta y tres años. Era un hombre corpulento, de regular estatura. Los últimos días los había pasado detenido bajo llave, en la fresquera de la que fue su mansión; se le habían hundido los ojos, sus pantalones de paño gris estaban cubiertos de polvo. En la barbilla que siempre Le brilló rasurada le habían crecido negras cerdas; sobre la calvicie, rizados, le aparecían algunos pelos sueltos. Sea porque en aquel momento tuviera hambre, sea porque despotricara con alguien para su coleto, rechinaba los dientes sin cesar.

Choe Il Jo, el hijo menor que tenía en la ciudad de Nanyang una gran tienda de tejidos, llegó aquí instigado por su hermano mayor para llevarse secretamente al padre. Toda esta maquinación había sido urdida por él hermano mayor y el segundo actuó de ejecutor. Este fue también quien disparó contra Dong Chon con la pistola que le había entregado el

hermano mayor, cuando se ponía en camino hacia aquí.

El terrateniente, al encontrarse frente al pueblo, frunció el entrecejo con gesto repulsivo y se volvió de lado.

—¡Siéntate de cara al pueblo! —el guardia rojo empujó ligeramente por la espalda a Dok Man, con la culata del fusil. Se movió lentamente indeciso, por fin se puso cara al público.

—¡Mira qué orgulloso; venga, ponte de rodillas! —el guardia rojo le dio un puntapié en la pierna, por la rodilla. Aquél, encolerizado, le miró con ojos jaspeados de sangre. Pero di joven le dio otro puntapié en la pierna y le rindió.

—¿Es que no comprendes que el mundo ha cambiado?

Dio comienzo la reunión.

Pak Ki Nam declaró abierto el juicio público contra Choe Dok Man.

Seguidamente Ri Kwang enumeró conciso los delitos del procesado.

Este monstruo de Hamhung había aparecido por estos lugares hacía diez años, en busca de lucro. Compró un pequeño bancal para arrendarlo y él mismo, de consuno con la policía, contando con su apoyo, empezó el despojo de campesinos, arrebatándoles sus pegujales. Lleno de ambición, con la ayuda de su hijo, empleado en el puesto policial, trató a la gente cada vez con más perfidia y maldad; denunció a la organización revolucionaria local. Siendo el dueño de muchas decenas de hectáreas de tierra explotaba cruelmente a los campesinos arrendatarios. El malvado, envilecido hasta los límites más extremos, ante el auge revolucionario de las masas, al huir junto con su hijo le pegó fuego al trigo maduro, rodándolo con petróleo.

Incluso en el pozo que se encuentra cerca de su casa arrojó tocones, para que no se pudiera sacar el agua con cubos. Y aprovechando la confusión que se produjo durante el incendio intentó escaparse.

Cuando Ri Kwang terminó de enumerar los delitos a cargo del

terrateniente lo entregó al pueblo, para que lo juzgara.

Notificó también que, como estaba previsto, el destacamento guerrillero de la región de Wangqing se puso en acción y que, tomando esta zona bajo su control, estaba liquidando todo el viejo orden impuesto por los imperialistas japoneses, de tal forma que el pueblo podía en adelante resolver por sí mismo sus propios asuntos. Añadió que esta era la causa por la cual la población juzgaría aquél día a Choe Dok Man.

Ocuparon sus asientos en la presidencia, situada junto al declive del monte, Pak Ki Nam y Ri Kwang, así como los dirigentes de las organizaciones revolucionarias: Hyon Ki Taek, Pak Chun Kyong, Kop Dan.

Durante diez minutos reinó en el juicio un silencio embarazoso. De pronto elevó la mano un joven, poniéndose de pie en donde se encontraba.

Pak Ki Nam se levantó y le preguntó el apellido. Era éste un muchacho llamado Han Song Nam, de la aldea Hwangachon. Tenía veinticinco años de edad, ojos grandes y anchos hombros; manifestó ser bracero del propio Choe Dok Man, y, con voz temblona, comenzó a relatar:

—Yo mismo soy un miserable, a mí también se me debe juzgar. Fui quien ayudó a estos malhechores en su huida y conduje la carreta cargada con los bártulos. Sospeché algo anormal, quise separarme de ellos y, en el propio lugar, ese gafoso me dio un bofetón, conminándome a marchar. Nuevamente me puse terco, pero él me amenazó con la pistola. No tengo perdón, me he ganado el castigo de la muerte.

Desde que tenía doce años hasta el día de hoy trabajé bracero de este desollador y, ¡qué cosas no habré visto durante este tiempo!

Ese no es una persona, sino una sanguijuela, chupasangre. Ahora he comprendido cómo este satanás inventaba noche y día todos los medios

imaginables para exprimir a nuestros labriegos el sudor y la sangre. Por la menor cosa, a no importa quién, le levantaba una acusación falsa, lo denunciaba a la policía como comunista, para arrebatarle la tierra. Y se apoderaba de ella a los precios más ínfimos.

Así hizo con Ri Sang Yong, Hyon Kuk In y la familia de la casa del peral. Por la denuncia de este infame, al tío Kang Han Song, el encargado de nuestra sección de la Unión Antiimperialista, lo detuvo la policía, lo sometió a las torturas y a los cinco días de ponerlo en libertad, murió. Le gustó al maldito la joven Sol Mae, quería atraérsela por largo tiempo mientras instigó al padre de la chica para que pagara la deuda contraída y, cuando no le salió nada, le denunció a la policía para que le detuviera y a ella se la llevó a viva fuerza. Aquella misma noche se escapó de casa la pobre joven, se tiró al pozo, y su madre se ahorcó en la cocina, colgándose con una cuerda de un travesaño. Y además…

El pueblo clamó: la gente se levantaba de los asientos, agitaba los puños airados.

Resonó el griterío de que no hacía falta alargar el juicio, que era necesario arrastrarle y machacarlo con piedras; algunos proponían atarle de pies y manos y arrojarlo en el mismo pozo al que se precipitó la joven Sol Mae. Y otros estaban dispuestos a despedazarlo y colgarlo.

Los reunidos clamaban con ira, interrumpiéndose unos a otros.

Ri Kwang llevaba la reunión de forma que la gente pudiera emitir libremente su opinión, procurando, con ello despertar en la masa la conciencia de clase y caldear los ánimos antijaponeses.

Abriéndose paso por entre la concurrencia, en pleno fragor de las pasiones exaltadas, intervino el viejo Kang. Cada vez que movía su cabeza bamboleaba su larga barba de un lado para otro.

Se fue acercando hacia el procesado, elevó una pierna, la sacudió, recogió del suelo la rústica alpargata, que se le había caído, y llegó hasta

el terrateniente. Elevó sobre la cabeza de éste la alpargata que mantenía en su mano temblorosa y la dejó caer lentamente sobre la bien cuidada fisonomía de Dok Man.

La segunda vez le falló el ¡golpe, pero en la tercera acertó a darle en las mismas narices, cuando el terrateniente retiró la cara hacia atrás. El golpeado pegó el rostro contra sus rodillas, sin querer levantarlo.

—¿Duele? ¡Infame! Seguramente no te dolerá tanto. Pero de todos modos necesito sacudirte, satanás. Me hace falta ajustar contigo las viejas cuentas.

El anciano Kang, mordiéndose los labios, le cogió al terrateniente del rizado pelo. Tiró de él y le hizo dar media vuelta, rodar al suelo. El provecto Kang, con el calzado sucio, comenzó a oprimir el robusto cuello.

Agotado el viejo cayó pronto él mismo en la tierra.

Y gritó dirigiéndose al pueblo:

—Mi hijo cayó víctima de este satanás. Este tipo es de la misma calaña con los japoneses. Nuestra Corea se perdió por tales bestias. Como lacayos de los japoneses éstos vendieron a nuestro país. El japonés es como nipón, pero éste es un marrajo con piel coreana. ¡Hay que aniquilar a este maldito asqueroso!

La atmósfera se hacía por momentos más tensa. Los que intervenían no sólo condenaban al propio Dok Man, sino a todas las humillaciones, opresiones y persecuciones.

—¡Atiza! ¡El mundo se ha puesto cabeza abajo! —se admiraban los viejos con pipas en la boca, al observar este cuadro nunca visto.

—Así es, en efecto; sólo con la revolución se consigue la libertad y el derecho.

Comenzó a enardecerse la juventud.

—Nos batiremos contra el enemigo. Es mejor sucumbir que vivir con el yugo al cuello.

—¡Viva la revolución!

La reunión prosiguió algunas horas. Muchos manifestaron en ella sus ofensas, su cólera; vituperaron a los traidores. Al final intervino Ri Kwang, con un breve discurso:

—¡Paisanos! Nuestra Guerrilla Antijaponesa luchará hasta que sea expulsado el último invasor japonés de nuestra tierra natal. Hoy juzgamos al lacayo del imperialismo japonés Choe Dok Man y a su hijo, pero en el futuro pronunciaremos la sentencia contra todo el imperialismo japonés. Nuestro clarividente Líder, Comandante en jefe Kim Il Sung creó la Guerrilla Antijaponesa de nuestra juventud y nos envió aquí. ¡Paisanos! Miren —Ri Kwang se volvió, mostrando a los guerrilleros en formación.

No lejos estaba en dos filas la compañía de Yongphyong de la región de Wangqing, organizada hacía poco por Ri Kwang, sobre los principios indicados por el compañero Kim Il Sung. Todos los guerrilleros Nevaban uniforme verde y gorros del mismo color. Sobre sus hombros centelleaban los nuevos fusiles.

Ri Kwang se dirigió hacia la compañía y, dejándola delante, a su derecha se puso firme y ordenó: “¡En guardia!” Se elevó un bosque de fusiles. Era la declaración de haber sido creada en esta zona una compañía guerrillera y al mismo tiempo, el juramento de luchar hasta el fin, en aras del pueblo.

El gentío aplaudió.

Ri Kwang volvió a su puesto y prosiguió el discurso:

—¡Paisanos! Como ven ustedes hoy podemos conquistar la libertad y defender con éxito nuestros derechos cuando luchemos al lado de la revolución. ¡Levantémonos todo el mundo al combate por el renacimiento de la Patria, prestemos ayuda a la Guerrilla Antijaponesa! El Comandante en jefe Kim Il Sung nos dio el mandato: “Es necesario

que todos, como un solo hombre, se levanten a la lucha por el renacimiento de la Patria; cada uno debe aportar su grano de arena: quien disponga de medios, que aporte dinero; quien posee conocimientos, sus ideas; quien no tenga lo uno ni lo otro, su fuerza. Vamos a unirnos formando un puño y marchemos todos por el camino de la revolución. Nosotros estamos dispuestos a derramar la sangre en esta lucha. Como vieron ustedes el guerrillero Dong Chon dio la vida en el combate para obtener un fusil. Nosotros pagaremos la vida de nuestro compañero con estas armas, combatiremos hasta derramar la última gota de sangre. ¡Jóvenes! Ingresen en el destacamento guerrillero. Arrebaten las armas a los japoneses y vengan con nosotros. ¡Paisanos! Les llamo para ayudar con todas sus fuerzas al destacamento guerrillero.

Ahora se ha creado aquí nuestra base de apoyo y los imperialistas japoneses, con rabia triplicada penetrarán aquí, enviarán destacamentos de castigo. Ustedes, junto con los guerrilleros, deben defender esta base de apoyo de la revolución.

Se escuchó griterío de la multitud.

Ri Kwang se paró en seco, pese a que de antemano había preparado su intervención; se desvió y comenzó a decir aquello que de momento le venía a la cabeza. Al no poseer el don de la elocuencia ora repetía lo dicho una vez más o tartamudeaba, pero era todo ello un clamor que le salía del alma.

De la emoción arrugó el gorro y se limpiaba sin cesar, con la palma de la mano, el sudor de la cara.

El juicio público lo finalizaba Pak Ki Nam.

Echando una mirada fosforescente a los reunidos, sacando el pecho, dijo:

—Proponemos en nombre del pueblo ejecutar a los fieles perros del imperialismo japonés, el malvado terrateniente Choe Dok Man y su hijo

Choe Il Jo. Los que estén de acuerdo con esto ruego que levanten la mano —se alzó un bosque de manos.

—Bien. Bajen las manos. ¿No tiene ninguno nada en contra? —Todos estaban por el ajusticiamiento de los malhechores.

—Cumpliendo la voluntad de ustedes les condenamos a la pena de muerte.

La concurrencia comenzó a intranquilizarse de nuevo.

Se levantó en donde estaba sentada la madre de Dong Chon.

Pak Ki Nam pidió a los reunidos que guardaran silencio.

Reinó un silencio de muerte.

La madre de Dong Chon se alisó el cabello de las sienes, permaneció reflexionando, con la cabeza gacha y de pronto la levantó. Apretando ambas manos sobre el pecho, habló débilmente:

—¡Paisanos! Denme a mí la palabra. Mi hijo Dong Chon, que apenas había cumplido diecinueve años, yace allá, bajo el suelo del montículo. Sucumbió por una bala de los japoneses. Su padre también cayó víctima a manos de los japoneses, capturado y martirizado por roturar tierras. Mi hijo faenó de bracero para este Choe Dok Man. Esto lo vieron ustedes mismos y lo saben bien. Y en la ventisca, en la tempestad, con una ligera cazadora y raquíticos pantalones de atavío, siempre el pobre temblando de frío, cortaba leña en los montes y la acarreaba en sus espaldas. Y yo todo era decirle: "Mira, hijito, procura que el amo esté contento. De lo contrario, nuestra familia no podrá evitar la muerte por hambre", así le persuadía. Y ahora veo que el mundo no solo se mantiene del bien. Dong Chon, un día antes de su muerte, dio una ojeada por casa con un chuzo afilado. En aquel preciso momento apareció ese brujo. El hijito dijo algo así como que era preciso terminar con tales monstruos, que entonces el mundo estaría bien. Guerrilleros: una cosa les pido. Nos permitan aplicar en la práctica los derechos que nos ha concedido el Comandante en jefe

Kim Il Sung: vengarnos con nuestras propias manos. Que a estos monstruos los castigue mi hijo menor Kwang Chon —la madre quería decir algo más, pero se quedó sin poder respirar de emoción.

Las palabras de la madre se apoderaron tanto del corazón de la gente, que en el acto, se hizo audible tan sólo la respiración acelerada de todos al tiempo y, después, repentinamente, como una explosión, resonó: “¡Justo!”.

—Cumplamos la petición de la madre —gritó con voz de trueno el herrero Hak Chun, sacudiendo el puño crispado.

Los reunidos le apoyaron unánimemente.

Pak Ki Nam prometió cumplir la voluntad del pueblo.

La madre empujó por la espalda a Kwang Chon hacia adelante.

El muchacho con cazadora de lienzo de mangas cortas, calzado con alpargatas de paja, se dirigió vigoroso hacia Ri Kwang. Llevaba en la mano el chuzo del hermano mayor muerto.

Los guardias rojos levantaron a Choe Dok Man.

Ri Kwang tomó un fusil y se lo entregó al chaval. Era aquel mismo fusil que había tenido en sus manos el moribundo Dong Chon, aquel mismo fusil con el cual no se fue dado disparar ni una sola vez.

Los condenados fueron conducidos detrás del monte y poco después, desde allí, resonaron las detonaciones de dos disparos.

7

En este tiempo el destacamento había recorrido un camino de mil *ríes.* Saliendo del pueblo Chonsangdegi los guerrilleros marcharon hacia abajo, siguiendo el curso del río Amnok; dejaron atrás la aldea Okbawigol, entraron en una serie de puntos poblados. Pasando por Yung-an y Lauling salvaron el monte Pavisan.

Desde aquí se hallaba muy cerca Tonghua. Dentro de un día o dos entrarían los guerrilleros en la región donde estaban dislocadas las unidades del Ejército de la Independencia mandado por Ryang Se Bong.

Cha Kwang Su, por orden del compañero Kim Il Sung, hizo el resumen de Las acciones que habían efectuado e informó a los combatientes de los planes inmediatos de lucha.

El destacamento tenía que extender sus acciones combativas en un territorio que se tendía desde Tonghua hasta Liuhe, Jailung, Jueinan, más adelante hacia el sur hasta el propio Singzing, Chingwen y Juanzen, y por la dirección norte, a Mengjiang, Huadian y otros distritos. Este vasto territorio equivalía a toda la cuenca del río Tuman.

La población de estas regiones se encontraba bajo la fuerte influencia del Ejército de la Independencia, tenía aquí también una gran ascendencia el Ejército chino antijaponés de salvación nacional. Importaba, pues, efectuar el plan aprobado en Jagundegi, que consistía en hacer un frente unido con todas estas fuerzas. En la aglutinación de un frente unido nacional antijaponés, sobre la base de la alianza obrera y campesina, en el que deberían entrar diferentes capas de la población, tendría suma importancia la unidad con el Ejército de la Independencia, además del crecimiento y fortalecimiento de los destacamentos

guerrilleros. También era de gran significación crear un frente unido con las fuerzas antijaponesas de otro país, para enfrentarse a la política agresiva del militarismo nipón.

Ya desde el período de Jilin, el compañero Kim Il Sung subrayó varias veces, desarrollando más los pensamientos de los clásicos del marxismo-leninismo acerca de la unión internacional del proletariado contra el capital, que en nuestros días la creación de un frente unido antiimperialista de los pueblos oprimidos en las colonias era un problema medular de los movimientos comunista y obrero internacionales.

Cha Kwang Su hizo largas aclaraciones acerca de estos problemas políticos, hablaba detalladamente a los guerrilleros sobre aquello en lo que debían poner atención en sus relaciones con el Ejército de la Independencia y el Ejército chino antijaponés de salvación nacional.

Cha Kwang Su remarcó que el compañero Kim Il Sung, ya en el período de su actividad revolucionaria en Jilin, Kalun y Wujiazi, había enviado numerosos jóvenes comunistas a Liuhe, Singzing, Jailung y otras muchas regiones y que allí, por lo tanto, ya hacía mucho tiempo que se había esparcido la semilla de la revolución.

Cuando apareció el peligro de la escisión en el movimiento juvenil de estas regiones por la actividad de los fraccionistas y nacionalreformistas, el compañero Kim Il Sung personalmente visitó hasta el mismo Singzing y, haciendo caso omiso del riesgo, desarrolló su actividad revolucionaria, mostrando a los jóvenes comunistas el camino hacia adelante. Por esto, subrayó una vez más Cha Kwang Su, los guerrilleros debían desarrollar como nunca un amplio trabajo político, tomando en consideración seriamente las particularidades locales.

Para establecer contactos con las unidades del Ejército de la Independencia el destacamento debía primeramente entrar en Tonghua,

donde se encontraba el puesto de mando de Ryang Se Bong.

Los guerrilleros, antes de penetrar en Tonghua, pasaron un día entero en el pintoresco valle del Sudong.

Para pernoctar eligieron un lugar en la orilla del riachuelo, que desemboca en el río Amnok.

En el bosque reinaba una animación de fiesta.

Algunos combatientes, en pequeños grupos, se acomodaron a la fresca sombra de los árboles, apasionados por los relatos; otros lavaban sus cosas y se bañaban en el arroyo, tan transparente que se podía ver hasta el fondo.

Pak Hung Dok organizó la peluquería bajo un árbol. Segando la hierba en torno del árbol colocó un tronco en el centro del espacio expedito. De buen humor como costumbre en tal caso, le sentó a Choe Chil Song en el tronco, le anudó por delante un pañuelo y, tomando la maquínala en la mano, comenzó a cortarle el pelo.

—Usted no corta, sino arranca —Choe Chil Song, incapaz de aguantar más el dolor, dijo con mohines en el rostro, estirando el cuello estremeciendo cada vez que Hung Dok manejaba la máquina.

—Sigue sentado tranquilo. Qué más da: cortar o pellizcar, Te cortaré el pelo como para la boda. En nuestra aldea no se pasaba sin mí ni un solo novio.

Pak Hung Dok era diestro en este asunto. Además, no tenía rival en darle a la lengua.

Prosiguió su trabajo utilizando las tijeras y el peine, teniendo tiempo con todo esto para hacerle una observación a cada uno de los que pasaban.

—¡Compañero Pak! Deberías lavarte la ropa. No es posible que un guerrillero tenga el aspecto tan desaliñado. Mira el desgarrón que tienes en la espalda. Si no sabes remendar, tráeme la camisa. Yo hago estas cosas mejor que las mujeres.

—¡Eh, tú, guerrillero, al menos te repararás el calzado! En mi macuto tengo hilo bramante y lezna, hecho con una varilla de paraguas.

Nadie se ofendía lo más mínimo de sus advertencias, pues todas eran juiciosas y, por añadidura cualquier defecto, incluso el más insignificante, no lo podían enmendar sin la ayuda de Hung Dok.

Como, además de ser inexperto, se distraía constantemente haciendo observaciones, el corte del pelo le salía mal. Como si se percatara de esto, el propio Pak Hung Dok, con gotas de sudor en la nariz, dejando a veces de trabajar con las tijeras, se apartaba a un lado y echaba un vistazo a la cabeza del cliente.

Vio que había cortado demasiado pelo de la parte derecha, se puso a igualar el lado izquierdo y quitó nuevamente más de lo necesario.

El poco avezado peluquero, con las mangas arremangadas, resoplando por la nariz, aceleró los movimientos.

—Hace mucho tiempo que no tuve en mis manos las tijeras, por eso sale mal —trató de justificarse al resultarle el corte más alto de lo ordinario.

—Por favor, de prisa. Me muero con este calor sofocante.

—Eso no, resiste. Se debe hacer esto también consecuentemente. De lo contrario esos hombres del Ejército de la Independencia se reirán de nosotros.

—¿Se dice que habrá un frente unido con el Ejército de la Independencia?

—Sí, es para influir sobre ellos. En una palabra, demostrarles lo excelente que es nuestra Guerrilla Antijaponesa, organizada y mandada personalmente por el compañero Kim Il Sung. A fin de cuentas, para darnos la mano el uno al otro y combatir juntos contra los imperialistas japoneses.

—Pero me preocupo porque soy un hombre oscuro…

—¿A qué viene aquí eso de oscuro? Los dos hemos sido braceros, de modo que demostraremos que en el destacamento guerrillero todos son como nosotros, los que más sufrieron en su propia pelleja el yugo y la explotación, y que por eso estamos llenos de decisión para pelear hasta el fin contra los japoneses y vencerles, El compañero Comandante en jefe dijo que los combatientes del Ejército de la Independencia son iguales que nosotros, los campesinos y por eso se puede influir fácilmente sobre ellos.

Conversaban sobre el destacamento de Ryang Se Bong, con el cual tenían que encontrarse.

—Bueno, ¿qué, ya está?

—Espera. Me afeitaré y listo. Es preciso demostrarles a ellos que entre nosotros existe una disciplina admirable, pero también que todos nuestros guerrilleros tenemos buen aspecto y somos cultos.

No había nada que oponer a eso y, Choe Chil Song obediente, con el cuello estirado esperó hasta el fin. Y tanto el peluquero como su cliente se barnizaron de sudor.

No lejos se encontraba Se Gol ocupado en algo, sobre un canto rodado que salía hasta la propia orilla.

Desnudo hasta la cintura, con los hombros enrojecidos por el sol, levantaba a la altura de su cabeza una gran piedra y la arrojaba sobre las raíces de un nogal, de las que, al quedar machacadas, rezumaba espeso jugo rojo sobre la roca.

Se Gol, en cuanto conoció la parada del descanso, se dirigió hacia el riachuelo, reconoció la ribera y se puso a buscar nogueras.

Les prometió a sus compañeros que, por la tarde, pescaría tantos peces que no entrarían incluso en un saco; pero, para esto, necesitaba raíces de nogales.

Nadie quiso marcharse con él de pareja. Pero esto le parecía mejor

porque calculaba sorprender a todos con su abundante pesca.

Limpiándose con la mano el sudor que le corría por la cara Se Gol prosiguió arrojando la piedra.

Era un muchacho sencillo, a quien le bastaba trabar conocimiento con una persona para pasar a tutearla inmediatamente, franqueándose. Había transcurrido sólo algunos días desde que se incorporó al destacamento y ya conocía a todos y todos le conocían a él. Templado de niño en el trabajo sabía hacer muchas cosas y era, aunque tosco, hábil, valiente y mañoso.

Ardía en deseos de hacer algo sobresaliente para que todos lo vieran a él con asombro aun siendo un novato.

—¿Qué haces aquí, compañero?

Se Gol dio un salto al escuchar la voz del compañero Comandante en jefe resonando a su espalda.

—Me propongo pescar —respondió vivamente Se Gol levantando la cara cubierta de sudor. Se echó la guerrera encima y se puso en posición de "firmes".

—¿Pescar? Veo, veo: raíces de nogal. Pero, ¿es que puedes hacerlo solo?

—Puedo. Voy ahora mismo arriba, embalso la corriente y asunto concluido. Para pescar llamaré a los muchachos.

El compañero Kim Il Sung, sonriendo, observó que con sólo escucharle uno ya se sentiría harto. Se ofreció él mismo para ayudar. Se quitó la guerrera, la colgó de una rama y, sentándose frente a Se Gol, comenzó a machacar raíces de nogal con la cabeza del hacha.

Se Gol se animaba más. Le parecía que su ocupación, comparada con la de Jin Bong Nam que jactancioso se fue junto con Cha Kwang Su a la caza de oso o con la de Yong Suk, que se había ido con varias muchachas a recoger insana silvestre, era infinitamente más necesaria y

digna. El trabajo le era habitual, pero por su carácter impaciente tenía mucha prisa, se ponía a trabajar desordenadamente, ora depositaba en la cesta hecha de ramillas pequeñas raíces de nogal, ora machacaba raíces grandes con el hacha.

De pronto le vino a las mentes un pensamiento, se enderezó y juntó los pies:

—¡Compañero Comandante en jefe!

—¿Qué?

—¿Me permite dirigirme a usted?,

—¿Qué cosa quieres decir que te pones tan serio?

—Nada de particular.

—Bueno, habla.

Cuando se trataba de una conversación seria Se Gol solía sentir tal embarazo que parecía congelarse.

El compañero Kim Il Sung miró al chaval y, percatándose de que tenía todo el rostro moteado con manchas de zumo de nogal, se sonrió.

Se Gol titubeó un poco.

—Permítame ausentarme por diez días.

—¿Ausentarte por diez días? ¿A dónde quieres ir? —extrañado el compañero Comandante en jefe, miró a Se Gol manteniendo suspendida en el aire el hacha con la cual machacaba las raíces.

El novato, que llevaba en el destacamento tan sólo algunos días, pedía ya vacaciones.

—Necesito conseguir un fusil. Pensé que me lo darían cuando me incorporara al destacamento y resultó que hace falta arrebatárselo a los japoneses. El compañero Pak Hung Dok me dijo que podía trabajar en la cocina, mientras no tuviera fusil. ¿Y cómo puedo yo no tener fusil?

—¿Piensas que en diez días lo conseguirás? —volvió a preguntar en

voz baja el Comandante en jefe, sonriendo de la inesperada pregunta del novel.

—Si me encuentro con uno se lo arrebato.

—¿De qué manera?

—O se lo quito inadvertidamente o acabo con el japonés.

—¿Con las manos vacías? —dudó astutamente el Comandante en jefe.

—No tiene importancia. También tuve antes un fusil arrebatado pero lo rompí y lo tiré.

—¿También se lo quitaste a los japoneses?

—Exactamente. Cuando trabajé de talador en Rimyongsu un inspector todo era buscarme las cosquillas, como si trabajara mal y una vez llegó a golpearme; yo lo cogí y lo tiré a la presa. Al día siguiente vino a por mí un policía japonés, armado con fusil. Me escondí en el bosque y cuando pasaba cerca me abalancé sobre él, le arrebaté el fusil, le golpeé con el arma contra una piedra; el fusil se rompió. Lo tiré en el bosque y me dirigí a Chonsangdegi. Si no lo consigo, en el peor de los casos, iré allí, lo encontraré; se podrá reparar.

El compañero Kim Il Sung, satisfecho con la narración del novato, se sonrió.

Se Gol permaneció de pie, indeciso: o bien el compañero Comandante en jefe aprobaba su propósito o bien le parecía tan absurdo que no consideró necesario responder.

El compañero Comandante en jefe conversó con Se Gol largo y tendido.

Había pasado aproximadamente una hora desde que Se Gol, echándose a la espalda la cesta con las raíces de nogal, marchó hacia arriba contra la corriente; Pyon In Chol, que desnudo hasta la cintura lavaba la ropa en el riachuelo, gritó a más no poder que en el agua bajaba pescado.

Los guerrilleros, abandonando sus ocupaciones, corrieron hacia el riacho.

Por la corriente nadaban, con las panzas blancas hacia arriba, grandes salmones del tamaño de un antebrazo, cada uno de ellos. Toda la superficie del riachuelo bajaba cubierta con la masa de los peces, algunos de los cuales, agitando la cola se aproximaban hacia la orilla.

Pak Hung Dok se tiró al agua, sin tiempo siquiera para desvestirse y, a manos llenas, comenzó a echar peces en el estero. Pyon In Chol, desnudo hasta la cintura, cogió en sus manos un salmón vivo que dio tales sacudidas que no lo pudo sujetar y cayó al agua; gritó a voz en cuello por haber dejado escapar semejante potrillo. Cha Ki Yong, acostumbrado a obrar sin prisa, cogió con sensatez un grueso palo y, metiéndose en el agua, se puso a golpear en la cabeza a todos los peces que flotaban cerca. El pescado aturdido lo arrojaba al guijarral de la orilla.

Con particular maña obraron las guerrilleras. Yong Suk, que regresaba trayendo hierbas, se tiró al agua con la propia falda y, doblando los bajos, se puso a coger peces. Ella sola cogió más pescado que tres hombres.

—¡Cogí otro más!

—Mira el que viene…

—¡Dale más fuerte con el palo!

—¡Pesca ese!

—¡Aquí viene otro todavía!

En el bosque se produjo ruido y algazara.

Se Gol, desnudo de medio cuerpo, con las piernas arremangadas hasta los muslos, corría hacia abajo por la corriente, braceando y gritando fuerte, como si persiguiera a un tigre.

—¡Dentro de diez minutos —gritó a voz en cuello—, despertarán del

letargo y se escaparán! ¡Pesquen a escape! Gran aficionado a la pesca arrojaba peces desde el agua, los golpeaba con el pie o los cazaba con un palo en forma de horca que había preparado de antemano. Después de cada uno de sus braceos resonaba en la ribera el chasquido de un pez plateado.

Como prometía Se Gol, los guerrilleros, por la tarde, se hartarían hasta la saciedad de sopa de pescado. Decenas de combatientes, sentados en los márgenes, destripaban los peces.

Poco tiempo después, por otro lado del bosque, se escucharon pasos. De la espesura salieron Jin Bong Nam y Cha Kwang Su, cargados con un oso sobre un largo palo; empezaban a cruzar el riachuelo vadeándolo.

—¡Lo cazaron!

—Parece que sí.

—Carne de oso y sopa de pescado, manjar delicioso —exclamó Choe Chil Song. Sin arremangarse las perneras se precipitó hacia él agua, marchando a su encuentro. Puso el hombro suyo bajo el palo, por el lado de Cha Kwang Su.

—Bregaron de lo lindo.

—Nos cansamos poco —respondió Jin Bong Nam, a quien no le agradaban las bromas insulsas. Le pidió a Chil Song que marchara con cuidado, para no romper el palo.

El oso, que en canal era del tamaño de un becerro, se sumergió la mitad en el agua. Al fin lo arrojaron sobre la hierba de la orilla. Se escucharon de nuevo gritos.

Después Jin Bong Nam contó a Choe Chil Song que Cha Kwang Su cazó al oso, no tanto por la carne como por la bilis del animal, que él quería conseguir para Kang Pan Sok, la madre enferma del compañero Kim Il Sung.

Ahora quedó claro para Chil Song el por qué Cha Kwang Su recogía

afanosamente plantas medicinales y en cada descanso las ponía a secar.

Las guerrilleras tuvieron menos suerte, no les fue posible encontrar *insam* silvestre; en cambio recogieron atraktilis y otras muchas hierbas comestibles, que ahora, sentadas, las limpiaban.

La cena estaba preparada.

En cada escudilla se puso una buena porción de pescado. Todos, alegremente, se sentaron para comer.

—¡Está sabroso, verdaderamente te relames los dedos!

—¡No en vano se dice, que comiendo esta sopa no importa que el otro estire la pata!

—El aroma del salmón frito hace que vuelva hacia atrás la nuera huida de la casa.

—Es interesante, ¿de quién fue la empresa?

—Quien tiene mala cabeza, tormento al cuerpo, quien tiene manos de oro, darle ventura con la boca.

—¿Por qué no se le verá a Pak Hung Dok?

—En un arrebato se zambulló en el agua, con los instrumentos de peluquero; parece que se le perdieron las tijeras y el peine.

Sólo Se Gol se comportaba calmoso. Sonriendo observaba a sus alegres compañeros de cena.

“Pasará todavía un mes y entonces sabrá cómo conseguirse armamento. Pues usted, en cierta ocasión rompió el fusil y ahora lo necesita”. Se Gol, sentado con los pies cruzados sobre la hierba, repetía mentalmente las palabras del compañero Comandante en jefe.

El jolgorio en el bosque se prolongó hasta bien entrada la noche. Los combatientes se contaban unos a otros cómo habían pescado en su patria chica, cómo fueron a cazar corzas; recordaron a conocidos pescadores empedernidos.

En pleno apogeo de las conversaciones Se Gol fue a ver a Yong Suk.

—¡Compañera Yong Suk! Trae el fusil un minuto, por favor —dijo el joven haciendo un mohín tan serio con el rostro que ella se fue inmediatamente a las chabolas y volvió trayendo el fusil, mientras pensaba que le habría ocurrido algo.

Después de la cena las guerrilleras se pusieron a cotillear sobre Se Gol, elogiándole como experto pescador.

—Te estamos todos muy agradecidos por tan sabrosa cena, que no ha sido cena, sino un verdadero banquete conmemorativo.

—Qué me dices, no vale la pena…

Se Gol estiró su largo brazo, hasta alcanzarse la nuca.

Yong Suk, viendo que el muchacho estaba muy turbado, cosa inhabitual en él, se le acercó más.

—¿Ha ocurrido alguna desgracia?

—No, ninguna —Se Gol irguió la cabeza repentinamente, sus ojos excitados centelleaban—. ¡Compañera Yong Suk! Tengo que pedirte un favor, ¿no me lo negarás?

—Depende de lo que sea —respondió la muchacha, inclinando ligeramente a un lado su alargada cara.,

—Tú respóndeme primero, ¿no me lo negarás?

—No te lo negaré, si puedo hacerlo.

—Promete que no me lo negarás —Se Gol hablaba con un aspecto tan serio que Yong Suk, involuntariamente, enrojeció.

—Se trata de esta Yong Suk, entrégame tu fusil.

—¿Qué? ¿El fusil? —la muchacha, aturdida por semejante petición, se hizo hacia atrás, mirando a Se Gol con ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Por qué te asustas tanto? Bueno, préstamelo por algún tiempo, tú sabes la falta que me hace el fusil. ¿No es acaso una ofensa para un mocetón como yo andar sin fusil?

Yong Suk miró estupefacta a Se Gol, se volvió y le dio la espalda. Había sido demasiado inesperado aquel ataque, para seguir allí de pie, sola.

Enrollándose el portafusil en la mano, echó nuevamente una mirada hacia atrás, suplicando ayuda. Pero Myong Ok, que hacía poco estaba sentada junto a la hoguera, desapareció por alguna parte.

—¿Sí o no? Dilo pronto, no me atormentes el alma.

—No se puede bromear de esa forma —la voz de la muchacha tembló ligeramente.

—Vamos ahora mismo al jefe de la compañía, si estás de acuerdo.

Yong Suk se descolgó del hombro el fusil y lo abrazó, temiendo a que se abalanzara sobre ella y se lo quitara.

—¿Es que el fusil se puede entregar a un extraño?

—Yong Suk, no me ofendas. Recapacita tú misma: ¿En manos de quién será más eficaz?

—¿Por qué piensas así? —preguntó Yong Suk con tono ofendido.

—Vamos allá, nos sentaremos.

Se Gol, sin prestar atención a la resistencia de la joven, intentaba obstinadamente convencerla. Se dirigió animoso hacia el tronco que estaba tirado cerca de la chabola y se sentó sobre él.

Yong Suk había querido retirarse, pero estaba como hipnotizada por el muchacho, que insistía, y le siguió involuntariamente, hasta que se paró junto al árbol.

—Piénsalo, Yong Suk, ¿quién sino tú puede comprender mi situación? Porque tú fuiste quien me ayudó también a que me admitieran en el destacamento. Tú sabes bien para qué entré yo en él. ¿Podré yo andar así, sin armas? ¿Qué miras de esa manera? ¿No estás, de acuerdo?

Aunque la conducta de Se Gol no era de lo común, Yong Suk ni había esperado este cambio tan brusco de las cosas. No obstante, muy a pesar

suyo, ella no podía darle la negativa ni tampoco marcharse. Ella comprendía el estado de ánimo de Se Gol, por eso permanecía allí, como muda, sin saber qué hacer. De la parte de atrás se oyeron pasos. Yong Suk se volvió y vio a Cha Kwang Su acercarse a la cabaña. Estaba haciendo la ronda que precedía al toque de retirada de la tarde.

—¿Qué hacéis aquí?

Se Gol, que estaba sentado en un tronco, se puso de pie de un salto.

—¿El compañero Se Gol?

—Exactamente.

—¿Qué vientos te trajeron por aquí?

—Vine a pedirle una cosa a la compañera Yong Suk.

—¿Qué cosa? ¿Por qué tan serio?

—Que me deje por un poco tiempo el fusil.

Yong Suk se puso roja de emoción.

—Caramba, Yong Suk, déjaselo por algún tiempo. Todos los días te entrenas con un fusil que no es tuyo. ¿Y el compañero Cha Ki Yong no te lo presta?

—No.

—Pues no estaría mal que te acostumbraras a un fusil nuevo.

Cha Kwang Su terminó de hablar, echó también una mirada al interior de la cabaña y preguntó que adonde se habían marchado todos. Yong Suk levantó la cara, ruborizada, y dijo que sus compañeras habían ido probablemente a ver cómo tocaba el caramillo Pyon In Chol. Cuando Cha Kwang Su se retiró Se Gol ya no insistió más en persuadir a Yong Suk.

Ahora había decidido cambiar un poco la táctica; pidió que le dejasen un fusil, alegando que así lo había mandado el compañero jefe de la compañía, para que pudiera entrenarse con él unas cuantas horas todos los días. Yong Suk no tuvo más remedio que cederle el propio, bien a pesar suyo.

—Ahora dame una orden.

Yong Suk se retiró dos pasos atrás.

—¡Sobre el hombro armas! —dijo en voz baja, pero segura la muchacha.

La voz clara, un poco ronca de Yong Suk resonó en el silencio de la oscuridad.

Se Gol con un movimiento exacto de las manos llevó el fusil al hombro. Después ella le dio unas cuantas órdenes más, como “tirar rodilla en tierra”, “tirar cuerpo a tierra” y otras. Se Gol las cumplió todas con precisión. Más órdenes ella no podía recordar. Siguió el silencio. Hacia el lado del bosque más allá de la cabaña se oía el melancólico sonido del caramillo. Ellos dos, como hechizados, contenida la respiración, escuchaban con deleite la preciosa melodía. La luz suave de una luna clara que aparecía por entre las nubes se posaba sobre los hombros y las cabezas de ambos, abriéndose paso por entre el ramaje de los árboles.

*　　　*　　　*

Los guerrilleros entraron desfilando briosamente en la pequeña ciudad. A la cabeza de la columna marchaba muy ufano, bien alta la bandera roja, Cha Ki Yong. El paño rojo ondeaba al viento y le azotaba en los hombros a Cha Kwang Su, que iba un poco más atrás. Braceando con brío marchaban detrás de Cha Kwang Su los combatientes. Iban en dos filas, codo con codo, todos con el fusil al hombro. Las continuas advertencias de Pak Hung Dok habían surtido efecto, pues los soldados tenían buena presencia. Jóvenes todos ellos, mozos de unos veinte años, ardientes las mejillas, luminosa y limpia la mirada, pictóricos de energía. Aunque firme no pisaban, pero llevaban el paso, y con perfecta alineación de las filas.

El compañero Kim Il Sung seguía de cerca a la columna y detrás de él, muy cerca, dos guardias. Tonghua, que contaba con unos cuantos centenares de casas, tenía las calles llenas de gente que había salido a ver a los guerrilleros. Los guerrilleros, saludaban a la multitud agitando las manos. En las vallas que cercaban a las casas se leían consignas de "¡Abajo el imperialismo japonés!" y "¡Viva la independencia de Corea!". Ryang Se Bong salió a recibir al compañero Kim Il Sung puertas afuera de la ciudad, por las que tenía que pasar la columna guerrillera. Le acompañaba su ayudante, el jefe del Estado Mayor, el consejero y otros mandos.

De estatura mediana, ágil, tenía algo de campesino. Su voz era vigorosa, y nada podía obligarlo a desistir de una decisión tomada, era un hombre firme y decidido.

Después de la ceremonia del recibimiento oficial invitó a entrar en su casa al compañero Kim Il Sung.

—Tenemos visita. El mismo General Kim Il Sung —dijo en voz alta a su mujer mientras entraba en el patio.

La puerta de la cocina se abrió y les salió al encuentro una mujer de mediana edad con un moño en la cabeza. Al verse delante del compañero Kim Il Sung se quedó absorta un instante, después se inclinó para saludarle.

—Bienvenido. Estará usted cansado de tan larga caminata. ¿Cómo vive mamá? —Ella hacía tiempo que sabía que la madre del compañero Kim Il Sung estaba enferma de gravedad. Cogió el ribete de la blusa y se limpió los ojos.

El compañero Kim Il Sung saludó a la dueña de la casa y le transmitió también un, saludo de su madre.

Después lo condujeron a un cuarto. Era una pieza bien arreglada, todo en ella había sido dispuesto para recibir al huésped. Nada de más tenía,

en el suelo había una magnífica estera, sobre ella una mesita de nogal esmeradamente barnizada y a ambos lados de la misma dos blanquísimos almohadones para sentarse.

La casa, no muy grande, constaba de tres habitaciones, estaba limpia y en buen orden, con todo lo indispensable. De la pared colgaba el sencillo uniforme militar de Ryang y en un nicho a la altura de los ojos había una cuarteta del jefe militar Nam I.

El amo de la casa invitó al huésped a sentarse, tomando asiento él mismo junto a la puerta, desde donde se veía bien una rama de chilacayote.

—Por algo dicen que el tiempo vuela como una flecha. Parece como si sólo ayer estuviera en Fusong en el entierro del padre de usted, sin embargo fue eso hace ya siete años. Por lo demás, yo me alegro de ver al General Kim Il Sung.

Reavivando en la memoria hechos del pasado Ryang Se Bong miraba fijamente a su huésped. Parecíale tener delante al mismo Kim Hyong Jik. Hacía preguntas a su interlocutor, contestaba a las que aquél le hacía a él a su vez y se creyó estar hablando con el mismo Kim Hyong Jik. Manifestó sinceramente su pena por la ausencia de aquel hombre. Le dolía el que no veía las perspectivas del movimiento por la independencia de Corea, que no había orden ninguna en ninguna parte, y que no tenía siquiera con quién franquearse.

—Si viviese el padre de usted nuestro movimiento independentista no andaría tan descalabrado. Los más activos se dispersaron nadie sabe por dónde, y las fuerzas de la lucha por la independencia menguan. Y por si fuera poco, andan por ahí unos predicadores levantando alboroto con no sé qué endemoniadas “ideas”. En esta situación no se pueden esperar buenos resultados del movimiento.

La cara triste de Ryang Se Bong, iluminada por los rayos oblicuos del

sol que se abrían paso a través de la ventana, tiraba a amarillo. Sus cejas, largas como lanzas afiladas, y unos labios bien apretados denotaban en él un carácter enérgico que habla pasado por todas las adversidades de la vida.

Tras de una pausa continuó:

—Vuestro padre siempre nos hablaba de "Gran propósito". Pero por entonces yo no comprendía muy bien qué era lo que quería decir, y ahora me doy perfecta cuenta de lo justas que eran sus palabras. El no dejaba de repetirnos que para hacer renacer a la Patria la nación tenía que unirse en un todo único. Creó la Asociación Nacional de Corea y emprendió otros pasos para unir en un bloque a la nación. Pero ahora todo esto se echó en el olvido, no hay nada de lo que pueda decirse que es cumplimiento de la voluntad del padre de usted. Proliferaron tantas "fracciones" y "grupos" que tropiezas a cada paso con Has, y, lo que se habla de unión o de algo parecido no es más que vana palabrería. Y encima los japoneses empezaron a actuar con más alevosía. Nada, que estamos en un círculo vicioso.

El día ocho del pasado mes yo fui a tropezar con un destacamento de castigo del Ejército de Kwantung acantonado en Senyang y nos vimos obligados a replegarnos. Los japoneses se precipitaron sobre nosotros con aviación y blindados, nos regaron con un fuego de cañones de tiro rápido. ¿Quién puede resistir eso? El enemigo tiene una superioridad evidente. Aun en caso de un avance vertiginoso, seguirá siendo difícil conquistar la independencia, tuvimos que retirarnos. Puede imaginarse usted mi estado de ánimo. El corazón estaba que iba a partírseme de exasperación. Porque en la guerra el dilema es victoria o derrota. Al vencido, aun si consigue por un milagro escapar a la espada del enemigo, no le queda más que el propio brazo para cortarse a sí mismo la cabeza. Yo ni eso pude hacer.

Y todo esto pasa porque después de la muerte de su padre ya no tenemos jefe. Después de que nos abandonó, nosotros, luchadores por la independencia, quedamos como huérfanos, sin nadie en quien confiar… Nadie escapa al signo de la suerte. Y así resulta que los inútiles como yo viven y una personalidad preclara como el padre de usted se muere en la flor de la vida. Bien se ha dicho que el hombre nada puede hacer ante la voluntad del cielo.

Ryang Se Bong suspiró penosamente y sus ojos se humedecieron. Pudo reprimirse, sin embargo, tal vez por haberse dado cuenta de que había dado rienda suelta a sus sentimientos. Poco después abría la puerta de la cocina.

—Ya podías servir la mesa, patrona. ¿Estará bien hablar de los destinos de la Patria delante de una mesa vacía?

De la cocina se oyó, entre el ruido de vajilla, la voz de la mujer que le pedía un poco de paciencia.

Ryang Se Bong había sufrido una depresión, parecía como si tuviera un vacío espiritual.

El compañero Kim Il Sung había oído hablar de este hombre muchas veces a su padre y ya tenía una idea de cómo era. Desviando la mirada de un cielo de verano claro e insondable a la cara ensombrecida del dueño de la casa y viceversa, el compañero Kim Il Sung refrescaba en la memoria la historia del movimiento nacionalista de Corea.

Desde los tiempos del incidente que acabó en una explosión de ira de la nación ultrajada, cuando en la reunión de la conferencia de paz de la Haya el representante del pueblo coreano se abrió el vientre y arrojó afuera los intestinos, hasta la misma insurrección del Primero de Marzo los nacionalistas coreanos habían desplegado con triplicada energía el movimiento por la independencia.

Del “gobierno provisional en Shanghai”, siempre rompiéndose la

cabeza con la lista de los ministros, y reorganizando su gabinete poco menos que cada tres días, todos estaban hartos. Había terminado la baladronada en torno a lo de la fusión de los tres “departamentos” y en lo de la hegemonía del departamento “Kukminbu”, baladronada en la que todos se tiraron unos a otros las almohadas de madera. Ni los más obstinados, que todavía no podían renunciar a su devoción por la “casa real de Ri”, habían perdido los bríos después de que Ri Chok, tras haber atravesado el Estrecho de Corea, hiciera una visita a la familia imperial. Los bríos habían perdido también aquellas amazonas de los anillos de oro que intentaban comprar la independencia pagándole al Japón las deudas. El dinero lo querían sacar economizando en la carne de vaca y en los huevos de gallina. También los bríos habían perdido los reformistas, que pregonaban lo de la “autoadministración”, lo del “movimiento por la participación en el gobierno”, de todo lo que se quiere, incluso de la necesidad de liberarse de la ignorancia con más apremio que conquistar la independencia. En toda esta ruidosa campaña sólo los combatientes del Ejército de la Independencia mantenían la pólvora seca y procuraban los medios para las necesidades militares. A veces se propagaba el rumor de que habían matado en alguna parte a un policía. No era casual, pues, que las miradas de las masas populares se dirigían precisamente a ellos. Pero las unidades de este Ejército estaban dispersadas como islotes en el mar tempestuoso y sus jefes desgarrados por las contradicciones, como los nacionalistas burgueses, se habían dividido. Una parte de los dirigentes fue a caer en el pantano del reformismo y se puso en el camino de la traición a los intereses nacionales, otra parte cayó en la desesperación y se apartó de la lucha, y el tercer grupo dio un viraje brusco hacia el lado del comunismo. El primer grupo capituló, entregando las armas a los imperialistas japoneses, el segundo las escondió bajo tierra y se encerró tras de cuatro paredes, y el tercero no depuso las armas, pero también está

confundido, sin saber adónde tirar. Ryang Se Bong, moralmente deprimido en este momento, mirando a la ventana, era uno de los dirigentes del tercer grupo. Sigue firme, aunque su colaborador O Dong Jin no hacía tanto que cayó a manos de los imperialistas japoneses. Pese a que parte de sus unidades caía como las hojas marchitas de otoño, Ryang Se Bong tiene todavía bajo su mando un gran destacamento y no traicionó a sus ideales. Por afuera su destacamento está cercado por los japoneses, por dentro hacen de las suyas con furibundo celo los provocadores. Ahora estaba en un atolladero y no sabía qué hacer. La mayor parte de los combatientes de su destaca" mentó eran campesinos, todos ellos con ánimos de combatir, Pero por falta de una buena jefatura muchos de ellos caen, otros muchos también lo abandonan.

Hay que salvar el destacamento, señalarle una dirección justa para llevar adelante la lucha antijaponesa.

Después de la cena el compañero Kim Il Sung explicó en pocas palabras la finalidad de su visita.

—Efectivamente. Tal era la voluntad de su padre. Tenemos que tendernos las manos.

Ryang Se Bong recordó lo que dijera Kim Hyong Jik acerca de que el movimiento nacional debía tomar el rumbo comunista. Pero cuando la conversación llegaba a la cuestión radical, se veía en él indecisión. Por lo demás era cosa natural, pues Ryang Se Bong comprendía que este encuentro con el compañero Kim Il Sung sería un viraje en su suerte. Consciente de ello, experimentaba determinadas inquietudes. Sin vacilaciones, con el corazón abierto aceptó la alianza, pero sentía que algo le tiraba hacia atrás.

—Conforme. Y mañana en el encuentro examinaremos todo esto en detalle. Todavía tengo que pensar algo. La cosa es seda y yo solo resolverlo de golpe no puedo.

El compañero Kim Il Sung, adivinando el pensamiento del amo de la casa, que lo vio un poco confundido, dio su conformidad y salió a la calle.

* * *

Las guerrilleras se alojaron en la casa de un campesino arrendatario que tenía una familia de ocho personas. El dueño de la casa Tokko, un campesino de complexión robusta, andaba cerca de los cincuenta. Todavía el año pasado había estado en las filas del Ejército de la Independencia, pero habiendo comprendido que la cosa no marchaba bien, y también por causa de las divergencias con el consejero Hwang, se marchó del Ejército para dedicarse exclusivamente a la agricultura. Era un jefe de sección audaz y experto.

Su hijo mayor hacía tres años que se había ido a trabajar a unas obras para ganar un sueldo, y desde entonces no dio señales de vida. El otro hijo era soldado del Ejército de la Independencia. El padre lo había dejado en filas para liberarse de la carga de impuestos que se recaudaban dos veces al año para las necesidades, pero esto también tenía relación con su apego por el ejército. Tokko era un hombre autoritario, la familia, las dos nueras también, le obedecían en todo, hasta el punto que imperaba en ella un orden feudal.

Cuando oyó que había llegado el destacamento de guerrilleros él a nadie dijo su opinión sobre el particular. Pero contemplando de lejos las bien formadas filas de guerrilleros comprendió de pronto que era un ejército disciplinado, al que no podía compararse el que él conoció, y asistió con un gesto de aprobación. Al propio tiempo mostró una actitud de repulsa cuando se enteró de que eran comunistas.

—Cuando canta la gallina ponedera ruina en la casa —oyó Yong Suk

decir con voz enfadada a Tokko, cuando entraba con el macuto a la habitación del ala de la casa. La muchacha, muy sensible a estas cosas, se apresuró a salir de la casa y se paró junto a la chimenea.

—¡Qué hacer, Myong Ok! Dice que habrá ruina en casa si canta la ponedera.

—¿Quién lo dijo?

—¡Cállate! Hay ahí detrás del tabique un viejo de bigote —lo dijo pasando los dedos por la cara desde la punta de la nariz hasta las orejas.

—Pues no vamos a cantar, para que la casa no se arruine.

—¿Pueda que pasemos a otra casa?

—Tonterías, un feudal tan rematado como éste hay que reeducarlo. Ven aquí.

A diferencia de Yong Suk, que era tranquila y complaciente, Myong Ok era una muchacha inquieta. Se puso en orden y entró en la cocina, saludó con una inclinación a la dueña de la casa y se dirigió al otro lado del tabique. No percatándose de lo que Myong Ok quería hacer, Yong Suk y Hye Yong la siguieron.

—Muy buenas, abuelo.

Myong Ok se quitó el gorro, dobló una pierna y agachándose suavemente se inclinó tanto ante el viejo que Yong Suk y Hye Yong se asombraron.

De la inesperada reverencia el amo de la casa se quedó un poco confundido, bajó la cabeza y después se retiró dos pasos atrás.

—Caray, con esta chiquilla, que graciosa es.

Yong Suk y Hye Yong también se inclinaron ante el viejo, siguiendo el ejemplo de Myong Ok.

Apenas las muchachas habían pasado al cuarto a través de la cocina cuando oyeron otra vez la voz sonora del viejo pidiendo agua. La dueña de la casa levantó una escudilla con agua y se disponía a llevársela al

marido, pero se la cogió de las manos Myong Ok y la llevó ella misma. Volviendo la cabeza un poco hacia un lado y poniéndose de rodillas, se la entregó.

Tokko salió de casa y se puso a andar por el patio, observando a las muchachas, que se habían dirigido con azadas a la huerta a desyerbar el maíz.

—Aunque son comunistas se dan arte.

—¿Cómo que comunistas? —objetó su esposa, una mujer gruesa y corpulenta, de linaje de los Pak de Milyang.

—Tú fíjate cómo desyerban, no peor que nosotros, campesinos duchos en el oficio. Así se desyerba el maíz, recalzando al mismo tiempo.

—Valientes muchachas, si es que pelean fusil en mano.

El viejo sacó la pipa de la boca y tosió con dificultad. Yong Suk cantaba trabajando. Hye Yong, que acostumbraba acompañar, le hizo coro con buena voz.

Terminada la faena en una huerta bastante grande pasaron a la parcela de al lado. En el maizal, del que Tokko decía que iban a criarse tigres en él, estaban trabajando con azadas cinco personas, avanzando en hilera. El dueño de la huerta, oriundo de Jasong, como se había retrasado en las faenas de la escarda había contratado a cinco braceros, tres mujeres jóvenes y dos hombres de mediana edad. El campo estaba tan cubierto de armuelle, digital, enredaderas y otras plantas que tenían que arrancarlas con las dos manos.

Las guerrilleras se daban mucha arte. Sobre todo Yong Suk, que no dejaba atrás ni una sola mala hierba, trabajando más de prisa que las demás. Escardando las plantas arrancaba las malas hierbas y las enterraba con las raíces hacia afuera.

Las muchachas volvieron a entonar su canción. Yong Suk y Myong

Ok, coloreadas las mejillas, cantaban a coro. La gente que estaba allí al lado dejaba por unos momentos de trabajar para poder escuchar. La canción no la conocían, no les parecía a las que habían escuchado de los discos de gramófono.

Capitalistas y terratenientes son
parásitos con palacios.
Obreros y campesinos echan
las asaduras trabajando.
… … …

Otros campesinos de la parcela vecina dejaron las faenas un momento para prestar atención. Se paraban a escuchar también las personas que estaban de paso.

Por la tarde se presentó en casa el hijo menor del amo Kwan Uk.

—¿Has visto a los guerrilleros, hijo? —le preguntó Tokko, que estaba sentado en el suelo de madera del mirador. Su hijo estaba de pie, de espalda a la valla, a la que se había enganchado con sus sarmientos una calabaza.

—Cómo no, acabo de hablar con ellos.

—¿Cómo te parecieron? En comparación con vuestro ejército…

El joven, alto y de buena complexión, se bajó el fusil: del hombro y, sonriendo, lo arrimó a la pared.

—No digas, padre. Nuestros muchachos se mueren de envidia viéndolos.

—¿A los comunistas? —el viejo levantó bruscamente sus espesas cejas.

—Nuestro consejero Hwang no paraba de decirnos día y noche que los comunistas eran unos canallas, que Ri Wang Yong había vendido el

país a los japoneses y que los comunistas lo venderán a los rusos. Pero cuando les vimos, nuestro asombro no pudo ser mayor. Tú, padre, ¿no decías siempre que la apariencia es el espejo del alma? Todos ellos están en forma, bien apuestos, da gusto verlos hacer la instrucción militar. Mosquetones no tienen, como nosotros, son fusiles del año treinta y ocho, como los japoneses, todos casi nuevos. Nuestro jefe Ryang tiene consigo el dinero para las necesidades militares, y dice que nos van a comprar fusiles en Suiza y en Choecoslovaquia, pero por ahora no tenemos más que mosquetones, fusiles de mecha y los rifles.

—Sería interesante saber dónde cogen tan buenos fusiles.

—Si te lo digo te da un vuelco el corazón. Se los arrebatan en la lucha a los japoneses.

—¿De verdad? —a Tokko le brillaron grandes ojos.

—Como lo oyes. Sabes, me hice amigo de un joven combatiente llamado Bien In Chol, que se paró en la aldea vecina. Según él en el destacamento de guerrilleros todos se sienten iguales y se tratan de “compañero”, nada de “excelencia”. Y rige en él este principio: “Cada fusil que llevamos costó la sangre de un compañero”.

—Resulta que no tienen las exacciones que tenemos aquí todas las primaveras y los otoños.

—Claro que no.

—Entonces es mentira de que los guerrilleros son comunistas.

—Te están diciendo que son comunistas, padre.

—No acabo de entenderlo. No puede ser que sean comunistas… Ay, hijo, deja pasar a la chica.

En el patio entró Yong Suk con una jarra de agua sobre la cabeza. Tenía las mejillas coloreadas. Pasó directamente sin pararse a la cocina. Su esbelta figura parecía todavía más atractiva con el uniforme militar.

Al otro lado de la valla Myong Ok estaba triturando sorgo en un mortero, y Hye Yong, de rodillas, limpiándolo con una aventadora de mano.

—Si los guerrilleros van a permanecer aquí todo un mes nuestra hacienda acabará de arreglarse del todo.

—Tú fíjate qué mujeres, y no hablemos ya de los hombres. A esta gente sí que le harán caso, ya que dicen que luchan por la independencia y la liberación de la Patria. Vosotros tampoco sois malos muchachos, los malos son los jefes que tenéis. Por eso se rompe tanto la cabeza Ju, con gente así no resulta nada. —Y diciendo esto el viejo se puso a cargar su enorme pipa—. ¿Y para qué vino aquí el destacamento guerrillero?

—Dicen que para tratar lo de la alianza con nosotros para luchar juntos contra los japoneses. Porque así, dicen, lograremos más pronto la independencia.

—¿A quién tienen por jefe?

—Dicen que al General Kim Il Sung.

Tokko no paraba de asombrarse, repitiendo para sí mismo una y otra vez este nombre para no olvidarlo.

—¿Tú le viste?

—No.

—¿No decías que habías ido a recibirlos a la entrada del pueblo?

—Sí, pero no vi a ningún hombre que se pareciera a un general.

—¿Ningún caballo tampoco, de esos tan buenos que saltan a la vista, o un palanquín con adornos de oro?

—Todos venían formados en filas.

—¿No había entre ellos un hombre de edad madura?

—Todos eran jóvenes.

—Eso es lo raro, porque un jefe militar tiene que ser un hombre de edad madura, y se distingue en seguida…

—¿Quién sabe? Tampoco nuestro jefe Ryang es de los que se distinguen.

—Por eso andáis así, que por todas partes se mofan de vosotros. Para tina gran empresa hace falta seriedad.

El muchacho se puso rojo. No sabía qué decirle al padre. Después de la cena el viejo salió al mirador, adonde invitó también a las muchachas. La primera salió Myong Ok, que se sentó frente a Tokko, y la siguieron las demás.

—Perdonad a este viejo, pero yo quería preguntar algunas cosas —empezó a hablar gravemente Tokko. Estaba sentado en posición recta, llenando de tabaco la pipa—. Tengo entendido que vuestro jefe es el General Kim Il Sung. Quisiera saber qué persona es. De qué familia, de dónde, cuántos años tiene y de qué se ocupan sus padres, si tiene cultura y cuál es su biografía. Habladme de esto.

Hubo una pausa, después empezó a hablar Yong Suk. Para relatar era mejor Myong Ok, pero ella no sabía la biografía del General tan bien como su amiga. Yong Suk le contó brevemente al viejo lo que había oído en Xiaoshahe de la madre del compañero Kim Il Sung, Kang Pan Sok, y del hermano Chol Ju. Después Hye Yong habló de la actividad del compañero Kim Il Sung en la región de Jilin. El viejo estaba callado, chupando de vez en cuando su pipa, y después de terminado el relato dio una palmada de satisfacción en una rodilla.

—Bravo. Ahora está todo claro, por fin, apareció un hombre que va a salvar a Corea. ¿No podría verle yo?

—Procuraremos transmitirle su deseo cuanto antes.

Nada más amanecer las guerrilleras se prepararon para ponerse en camino. Según el plan estudiado en detalle por Jon Kwang Sik, los guerrilleros tenían que marchar en grupos de unas, cuantas personas a las regiones comarcanas a de cenas de *ríes* de esta aldea con el fin de

realizar un trabajo político de masas entre la población. Las muchachas también debían partir cada una en una determinada dirección.

* * *

El oficial de la plana mayor Choe, un hombre delgado, brusco a primera vista, se hallaba sentado a la ventana, con la barbilla apoyada en una mano, mirando a la calle. A lo lejos se veía el cuartel donde se alojaba una compañía del Ejército de la Independencia. Como siempre, por la plazoleta se movían apresurados los soldados. El oficial esta vez estaba irritado de tanto verlos pasar, pese a que ya se había acostumbrado a estas andanzas.

Al lado de los guerrilleros éstos tenían un aspecto deplorable, estaban mal uniformados y ni se veía en ellos el porte militar. No se sabe qué pensaba de esto el mismo Ryang Se Bong pero sólo con mirarlos se ponía taciturno. Había que reconocer que los guerrilleros tenían tan buen aspecto que era de envidiar. Espíritu combativo, alto nivel de conciencia y disciplina eran cosas dignas de admiración en ellos.

La gente de la aldea les saludaba y los invitaba a sus casas. Los guerrilleros encontraban pronto un lenguaje común con el pueblo. Ayudaban en la limpieza de los patios, acarreaban agua y trabajaban en las huertas. Si en alguna casa había un enfermo se prestaban a cuidarlo toda la noche, o ir por medicinas no importaba adonde.

Y ¿qué decir de nosotros?

Mañanas y tardes se da una orden imperiosa y empieza la instrucción militar, tocan trompetas, se galopa a caballo en una y otra dirección, andan de un lado a otro jefes y soldados y en todos ellos se ve como inseguridad, como si estuvieran cansados de algo. En cuanto aparecen en la aldea, la gente les esquiva, se muestra hostil a ellos. Hay un dicho que

dice que la voluntad del pueblo es la voluntad del cielo. O sea, que nuestras cosas peor no pueden ir.

Nosotros llamamos a la juventud a incorporarse a nuestras filas, estamos haciendo por todas partes propaganda para recolectar medios para los gastos militares, intentamos comprar armas, hacemos trabajo cultural, castigamos las infracciones de la ley para acabar con el mal, estamos haciendo siempre algo, pero nuestras filas no aumentan, al contrario, menguan cada día, la disciplina se relaja y la gente parece como apocada.

La última noche el oficial Choe no pudo dormir, la pasó atormentado. El consejero Hwang se mostró desde un principio hostil a los guerrilleros porque se enteró de que eran comunistas. Movía la cabeza tozudamente, como un toro. Como no está al corriente de nuestras cosas, no hace más que presumir, encerrándose entre cuatro paredes en casa.

El mismo Ryang Se Bong dice que deberán ser imprudentes, y que más adelante se verá la cosa. ¡Cómo no!, es un hombre de temperamento, de convicciones firmes, y puede ver cómo en adelante van a marchar las cosas, pero quizás sea que la suerte del Ejército de la Independencia se esté decidiendo ahora precisamente, y que todo depende de si se va a acordar la alianza con los guerrilleros o la rechazamos.

Sumergido en sus tristes pensamientos, Choe salió de casa a ver a Ryang Se Bong. Este se hallaba en el mirador, fumando y hablando con el consejero Hwang. Cuando vio a Choe entrar en el patio le saludó, diciéndole que había hecho bien en venir. Después de cruzar con ellos unas cuantas frases, Choe decidió que había que hablar de todo con franqueza, sin mirar el estado de ánimo del consejero. Explicó en detalle cómo estaban las cosas y dijo su opinión. Cuando hablaba tenía la costumbre de levantar la barbilla, que como la tenía un poco hacia afuera

producía en el interlocutor una impresión de hombre obstinado.

—Pienso yo, señor Jefe, que tiene usted que decidirse a formar alianza con el ejército guerrillero, una alianza fuerte, habida cuenta del estado de ánimo de los subordinados. Si vamos a seguir dándole largas al asunto nos va a pasar lo que a las plantas atacadas por las heladas de otoño.

—¡Oficial Choe! ¡Qué manera es ésa de hablar con su excelencia! Está claro que usted puede hacernos críticas, pero le ruego cuidar las expresiones. ¿Resulta que nosotros, según usted, somos unos cadáveres? Gracias a Dios estamos vivos. Usted, por lo visto, no está de gracia porque los últimos tiempos sufrió algunos reveses, pero esto está de más. La historia muestra, oficial Choe, que la prosperidad y el ocaso de una nación están vinculados a múltiples circunstancias que no dependen de nosotros, como estas cadenas montañosas que ve ahí. Es impropio de un hombre, que ha decidido realizar grandes empresas para el Estado, perder el ánimo por reveses así.

El consejero, sentado, como dando reposo a su corpulencia, miraba fijamente para ver cómo reaccionaba Ryang Se Bong a su sermón y, acomodándose al estado de ánimo de éste, cambiaba el tono. Después de haber calmado a Choe empezó a exponer su opinión.

—Yo quisiera pedirle a usted, excelencia —dijo— que cuando se acabe de resolver lo de la alianza con los comunistas tenga en cuenta sin falta el “suceso de Heihe”, el que ahogó en sangre a la ciudad entera. Tampoco olvidará, excelencia, la “sublevación del 30 de mayo”. Pues hace tan sólo dos años que fue eso. Le ruego también tener en cuenta que todavía no ha habido un caso en que los comunistas no intervinieran contra nosotros. El comunismo es, como su excelencia sabe, enemigo del nacionalismo. Todos los reveses que sufre la revolución nos los achacan los comunistas a nosotros, a los nacionalistas, defendiendo el

internacionalismo, abogando por la unión de los proletarios de todos los países, en menos precio de la nación propia y de los compatriotas. En Corea, ¿tenemos nosotros muchos proletarios? Eso es un cuento que se dice en el capitalismo, pero en nuestro feudalismo, no sirve.

No es difícil comprobarlo en ejemplos concretos. ¿Por qué desapareció el Partido Comunista de Corea, que había sido fundado en 1925? La Internacional Comunista fue inteligente, si lo sabemos. Precisamente esto es una prueba de que a Corea lo que le conviene no es el comunismo sino el nacionalismo. El movimiento comunista en Corea han sido siempre querellas sectarias, más abominables que las que tenemos entre nosotros, los nacionalistas. Miren ustedes cómo se desvelan con sus lemas de “reconstrucción del partido” o de la “restauración del Partido”. No quiero robarle a usted mucho tiempo. Pero me alegraría si mi opinión sirviera siquiera sea de algo.

El consejero Hwang volvió a meter el cigarro en la larga boquilla de marfil. En sus labios centelleó una pícara sonrisa.

Ryang Se Bong levantó la cabeza, de grandes entradas en la frente, y rompió a reír a carcajadas.

—Tomaré en cuenta la opinión del oficial Choe y del consejero Hwang pero… —al llegar aquí se paró. Los dos tenían razón cada uno a su manera, pero hallándose entre dos fuegos él no podía ponerse de acuerdo del todo ni con uno ni con otro. Soltando bocanadas de humo de vez en cuando, Ryang Se Bong quería permanecer impasible.

—Hay que aceptar la alianza. ¿Para qué esperar? Sea como sea no podemos seguir cerrados a la banda más en las actuales circunstancias. Yo sólo estoy seguro de una cosa: el hijo del difunto Kim Hyong Jik no puede ser un comunista como ésos de que hablamos. Lo veréis vosotros mismos en cuanto lo conozcáis —Ryang Se Bong suspiró gravemente, mirando hacia las puertas.

—He ahí el General Kim Il Sung en persona —dijo, levantándose en seguida y saliendo al patio. Detrás fueron el oficial de la plana mayor Choe y el consejero Hwang. Ryang Se Bong recibió al General Kim Il Sung en las mismas puertas. Cuando todos entraron en casa, el dueño les presentó al huésped.

—El General Kim Il Sung. Hijo de Kim Hyong Jik, el conocido de todos dirigentes del movimiento por la independencia de Corea. Igual que nosotros, deseoso de liberar la Patria decidió dedicarle a ella su juventud y creó la Guerrilla Antijaponesa. Hoy es nuestro querido huésped. Pido que se le quiera y se le respete.

Después Ryang Se Bong presentó sus ayudantes al General Kim Il Sung.

—El consejero Hwang Kwang Il, de nuestro Ejército de la Independencia —dijo presentando a Hwang—. Oriundo de Seúl, influenciado por su padre, un patriota, quiere servir a nuestra sagrada causa, al resurgimiento de la Patria. Y este es Choe Il Guk, oficial de la plana mayor de nuestro ejército, resuelve toda clase de rompecabezas. Tiene un trabajo muy delicado.

Ryang Se Bong hizo presentación de los huéspedes con desenvoltura, sin envanecimiento, como un sencillo campesino presto a coger la azada para ir al campo a trabajar.

Después del intercambio de inclinaciones, comenzaron la conversación, que al principio tomó un carácter general. Cambiaron opiniones acerca de la situación en Corea, después hablaron de la situación internacional. La charla fue pasando poco a poco al tema principal, la dominación del imperialismo japonés y el movimiento nacional en Corea.

El compañero Kim Il Sung no quiso extenderse en la explicación de las razones de su visita, ni hablar de cómo tenían que comportarse

nacionalistas y comunistas, sino que empezó, sin palabras de más, a hablar de lo esencial. En el curso de la conversación tocó una cuestión que tal vez fuera del interés de Ryang Se Bong.

—Yo creo que tenemos que intercambiar opiniones sobre cómo tiene que conducir la lucha el pueblo coreano contra el imperialismo japonés, ya que la conversación llegó a este punto —el compañero Kim Il Sung echó una mirada a sus interlocutores. Sintiendo que había llegado el momento oportuno, empezó a desarrollar su idea.

—Nosotros consideramos —dijo— que la lucha antijaponesa tienen que librarla no sólo dirigentes patriotas, grupos o determinadas capas de la población. Hay que llevarla a cabo con los esfuerzos comunes de los treinta millones de hombres que forman nuestra nación.

Después pasó a explicar, de manera sencilla y comprensible, los problemas de principio para crear un frente unido nacional antijaponés, hizo un análisis de la situación de distintos sectores de la población, los elementos antijaponeses que en ellos hay y la misión histórica a cumplir. Eran cuestiones serias, por lo que había que dar una explicación profunda de toda su naturaleza, apoyándose en una rigurosa lógica. En el curso de la conversación el General Kim Il Sung aducía ejemplos y recurría a las alegorías, pero sin distraerse de los hechos concretos.

—En nombre del renacimiento de la Patria, repito, todo el pueblo tiene que levantarse como un solo hombre a oponer resistencia a un enemigo jurado como es el imperialismo japonés. Los obreros con los martillos en la mano, y los campesinos con las azadas. Los ricos deberán sacrificar sus bienes, y quienes tengan conocimientos, dedicarlos a la causa; quienes tengan energías que las consagren también.

—¡Excelente! —se le escapó a Ryang Se Bong, que estaba escuchando entusiasmado. Afirmaron con la cabeza también el oficial Choe y el consejero Hwang.

—Figuradamente hablando, treinta millones de compatriotas nuestros tienen que hacer explosión como una gigantesca mole de dinamita. Luchando con las armas en la mano por la recuperación de la Patria nosotros tenemos que ser los detonadores. Es decir, sacrificarnos para poner en pie al pueblo entero. Los enemigos se apoderaron de nuestra Patria a sangre y fuego. Y nosotros podremos liberarnos de esta condición de esclavos sólo con las armas en la mano.

—Bien dicho. Mil veces bien —exclamó Ryang Se Bong, dando una palmada en la rodilla con su enorme mano. La atmósfera se iba caldeando.

—Somos la nación coreana —continuó el compañero Kim Il Sung— una nación gloriosa, que se enorgullece legítimamente de cinco mil años de historia y de una cultura multisecular. Nunca hemos sido agresores, ni saqueadores de otras naciones, pero siempre supimos dar una réplica merecida a todos cuantos osaron atentar a la independencia de nuestra Patria. Así fue en los tiempos de la invasión de las huestes chinas de las dinastías Sui y Thang, y así fue cuando los samurais japoneses nos invadieron el año Imzin. Cuando en nuestro país irrumpieron las huestes chinas de la dinastía Sui, Ulji Mun Dok ideó un plan estratégico para derrotar del todo al enemigo. A su pluma pertenecen las palabras del famoso verso que dice: "…¿No es mejor que retornéis a vuestras casas satisfechos, ya que habéis ganado la guerra y realizado tantas hazañas?". Mostrándole así al adversario la dignidad y el espíritu combativo de nuestra nación, ocasionó un descalabro total a los agresores en el río Salsu. Cuando las tropas de los samurais japoneses nos invadieron nuestras valientes mujeres, durante los combates de la fortaleza del monte Haengju, llevaban piedras en las faldas a los defensores para rechazar los ataques del enemigo. Entonces, ¿por qué nosotros, coreanos, no podemos ahora acabar con la dominación del imperialismo japonés?

Ryang Se Bong se echó a reír a carcajadas de contento. Hicieron lo mismo Choe y Hwang. Pero la risa del consejero tenía cierta resonancia de frialdad. Ryang Se Bong, que no prestaba atención a estas delicadezas, se apresuró a ir al mismo meollo de la cuestión que hacía tiempo le venía interesando.

—Permítame, General, hacerle una pregunta para precisar un detalle. Tal vez no le guste, pero tendríamos que aclarar nuestras posiciones, así será mejor para ambos. ¿Por qué ideas se guía usted, General? Antes de escuchar su respuesta creo conveniente decir primero mi postura. Está claro que yo estoy en contra de la agresión amarilla de los samurais japoneses, pero también contra la agresión roja de Rusia. Yo quiero que se conserve puro, sin matices extraños, el color limpio de nuestra nación coreana —dijo Ryang Se Bong. Estaba excitado, y cogió de la mesa un trenzado abanico para abanicarse.

—Dame una taza de agua fría —dijo dirigiéndose a su mujer que estaba en el cuarto de al lado. Ella entró y le dio el agua. El agua estaba fría, probablemente recién traída del pozo, porque la tetera se veía cubierta de sudor. Ryang Se Bong, después de ofrecer a los huéspedes agua por cumplir, bebió de un trago tres tazas seguidas.

—A propósito, ¿es verdad que sus guerrilleros, en cuanto se presentaron aquí, empezaron a reunir a la población, que nosotros tenemos bajo nuestra influencia, para ganársela con discursos o charlas? —rezongó fuera de lugar el consejero, moviendo sus gruesas mejillas.

—Precipitarse es una enfermedad del consejero. Además, no está libre de prejuicios —terció Choe—. Por supuesto que yo a veces no le entiendo bien, excelencia. Usted tenía la costumbre de decir que antes de entender en ideas había que liberar a la Patria. Pero en ocasiones como ésta se declara enemigo del comunismo.

—Es una pena, y me extraña que mi oficial de Estado Mayor no

entienda mi postura. Mi postura es siempre clara e inconmovible. Dice usted que yo estoy en contra del comunismo, pero en realidad hace tiempo que simpatizo con él. Kim Hyong Jik solía decir que había que conquistar la independencia de Corea, pero para establecer no el gobierno de terratenientes y capitalistas sino un gobierno de obreros y campesinos, sin explotación ni opresión. Solía decir también que Lenin era un gran hombre, y ensalzaba la Revolución de Octubre rusa. Yo también por entonces quería seguir sus indicaciones de cambiar el rumbo de movimiento nacionalista por el comunista, y ahora me mantengo firme en esta posición. Pero estoy en contra del comunismo de aquellos que tanto hablan de él hoy. Porque están azuzando las luchas intestinas, cuando, lo que hay que hacer es, como acaba de decir el General, que todos los treinta millones de compatriotas nuestros agrupen fuerzas para desplegar la lucha contra los invasores japoneses. Tomemos como ejemplo la "sublevación del 30 de mayo" de hace unos años. Se azuzó a los arrendatarios contra los terratenientes y a los obreros contra los patrones. ¿No son discordias intestinas? Yo no puedo seguir a la gente que descompone la firme moral de nuestro país, afamado por sus nobles costumbres en Oriente, ni a la gente que quiere desterrar el espíritu de amor a la Patria. O miren ustedes esto otro. Los comunistas andan también en discordias, divididos en grupos como "Shanghai", "Seúl", "M-L" y otros parecidos. Y ¿qué pueden hacer ellos?

Ryang Se Bong volvió a echar agua a la taza, la bebió de un trago y se puso a abanicarse otra vez. Aunque no era un día caluroso, él siempre sudaba por la frente.

—¿Y usted, oficial Choe, se va a teñir la chaqueta de color rojo? —preguntó irónicamente el consejero, limpiándose el cuello con un pañuelo.

Choe insistía en lo suyo, pero Hwang se oponía con tenacidad. Ryang

Se Bong asumió la función de árbitro, afirmando que los dos tenían juicios tanto justos como equivocados.

El compañero Kim Il Sung levantó la cabeza y sacó el pecho. Sus ojos penetrantes, al recibir los rayos oblicuos del sol poniente, que iba a esconderse ya tras de la cortina de bambú, brillaban intensamente a través del aire cargado del cuarto.

Los tres hombres defendían unas posiciones muy imprecisas, porque ingenuas, erróneas y limitadas eran sus ideas. Quizás por una pertinacia que le venía de la ignorancia, o por alguna intención, pero se veía que querían tantear cada uno a su interlocutor.

—Señor Ryang Se Bong. Le advierto en este momento que soy comunista.

—¡¿Qué?! —exclamó Ryang Se Bong, cambiando de actitud, levantando las cejas de asombro. Desde luego, él ya había adivinado que el compañero Kim Il Sung era comunista. Pero aun así no esperaba tan decidida confesión en aquel momento, en que Ryang Se Bong había declarado su antipatía por los comunistas.

—No hay de qué asombrarse. Mejor será para las dos partes, pienso yo, que digamos por adelantado nuestras posiciones. —El compañero Kim Il Sung miró a los interlocutores, mostrando una suave sonrisa. El oficial y el consejero no podían disimular su asombro. En esta situación procedía atacar con ímpetu, superar el malentendido y los prejuicios de aquellos hombres, y después pasar al tema principal.

—Señor Ryang —continuó él su discurso, dirigiéndose amistosamente al dueño de la casa.

El compañero Kim Il Sung hizo una exposición de la dura realidad de la lucha de clases, habló del papel que en ella jugaba el movimiento nacionalista y sometió a un análisis la actividad de Ryang Se Bong en este movimiento. Apoyándose en una buena lógica explicó que sólo el

movimiento comunista podrá recuperar a la Patria y construir una sociedad próspera y feliz. Ora se refería en detalle a los destinos de la Patria y del pueblo en el tiempo presente y en el porvenir, ora, penetrando en el alma de Ryang Se Bong, atinaba en lo que éste quería, y le daba una explicación a sus inquietudes, incluso a aquello que Ryang Se Bong sentía en su subconsciente, pero no podía expresarlo claramente.

Fijó especial atención el compañero Kim Il Sung en la actitud negativa de Ryang Se Bong hacia los comunistas, que él había tenido ocasión de ver. Después de explicar qué era el movimiento comunista en general, el compañero Kim Il Sung explicó con una serie de ejemplos, que el incipiente movimiento comunista en Corea, en las circunstancias de las brutales represiones por parte de los imperialistas japoneses, había incurrido sin querer en no pocos errores y experimentó no pocas dificultades. El compañero Kim Il Sung hizo un análisis de la "sublevación del 30 de mayo", desenmascaró y condenó duramente a los fraccionistas empeñados en imponer su influencia, dividiéndose en distintos grupos.

En su discurso, que duró unas cuantas horas, hizo un resumen del movimiento nacionalista coreano, y al terminar planteó una exigencia urgente: formar un frente unido nacional antijaponés para movilizar a todo el pueblo en la lucha contra el imperialismo nipón.

Ryang Se Bong desviaba los ojos a un lado en cuanto su mirada se encontraba con la mirada penetrante del compañero Kim Il Sung. En vano se empeñaba en dominarse, dándole vueltas en las manos ora al abanico ora a la tabaquera. Se sentía más incómodo cada vez, como si le hubieran embutido en una estrecha grieta en la que ni siquiera podía mover los dedos. Pero a veces venía un alivio y parecía que todo aquello que le oprimía el alma desaparecía. Estaba muy excitado, y de cuando en

cuando dejaba escapar exclamaciones que bien podían ser lamentos o muestras de asombro.

El compañero Kim Il Sung hablaba con un bajo suave y agradable:

—…Nosotros estamos por que todas las fuerzas que intervienen contra el imperialismo japonés se unan en un todo único. Insistimos en la formación de un frente unido nacional antijaponés que tuviera como eje a los obreros y campesinos, que son los que más sufren de la opresión y la explotación de los imperialistas japoneses, y que agrupara en torno suyo a medianos y pequeños comerciantes y empresarios, intelectuales, capitalistas de sentimientos patrióticos, eclesiásticos y, claro está, todos cuantos, como usted, se consagran a la lucha por el resurgimiento de la Patria. En este momento nuestro Ejército guerrillero y el Ejército de la Independencia tienen que formar una alianza y colocarse a la cabeza de la lucha contra el imperialismo japonés. Unas veces con las fuerzas unidas desplegaremos operaciones conjuntas, otras le cortaremos al enemigo las extremidades, operando en distintos sectores. Con esta finalidad hemos venido aquí. Ahora los imperialistas japoneses dan la impresión de que son fuertes, se enfurecen blandiendo las armas, pero podemos muy bien con nuestras propias fuerzas barrerlos de nuestra querida tierra, si el pueblo coreano va a luchar unido. Hace falta que los destacamentos armados les desbaraten el ejército, que en las fábricas y en las ciudades se levanten los obreros, y en las aldeas los campesinos; que todos, jóvenes, mujeres, intelectuales, eclesiásticos y comerciantes se levanten a la lucha. El apoyo principal en esta lucha tenemos que ser nosotros todos. De si podemos nosotros con la fuerza de las armas cumplir esta sagrada misión o no, dependerá el futuro de la Patria, es decir, si va a ser libre o va a perecer.

El compañero Kim Il Sung terminó su discurso y echó una mirada a través de la ventana. La sombra de la valla de tablas se posaba sobre el

patio, en el cielo rayaba el crepúsculo de la tarde.

Ryang Se Bong volvió a fumar y dijo en voz baja un tanto desconcertado:

—Yo entiendo bien su idea, General. Eso mismo lo decía siempre Kim Hyong Jik, de ello hablé yo a mi oficial de la plana mayor Choe. Sin embargo, la realidad…

Ryang Se Bong empezó a exponer sus ideas. Mientras hablaba se ponía unas veces sombrío, o rompía en carcajadas otras. Pero no pudo decirlo todo francamente. Andaba con rodeos, tiraba ora a la derecha ora a la izquierda. Allá en lo hondo de su mudadiza conciencia se aferraba él a una idea que no se atrevía a revelar. Ryang Se Bong era enemigo de los comunistas, porque suponía que todos ellos sin excepción estaban predispuestos contra el Ejército de la Independencia. Pero al mismo tiempo, aunque descontento por el "suceso de Heihe", la "sublevación del 30 de mayo" y otros incidentes, no se mostraba hostil a líos. Y no le importaba que el grupo Shanghai arremetiera contra el grupo Seúl o el grupo M-L atacaba al Hwayo. Eso a él no le incumbía.

Ryang Se Bong consideraba que en el torbellino de la vida, en constante movimiento, faltas de este género y sacrificios sí que podía haber. Pero no estaba dispuesto a aceptar en ningún caso sacrificios de su parte, por pequeños que fueran.

Tres meses atrás un comunista llamado Pak, que al parecer había llegado de Seúl a través de Jiandao del norte, penetró en esta unidad militar con la intención de hacer propaganda entre los soldados, y un mes después intentaba una fuga con veinte de ellos. Pero la fuga fracasó. Antes de este suceso se habían registrado otros dos casos de huida de soldados de su Ejército. Ryang Se Bong, enfurecido, fusiló él mismo a Pak.

El discurso del General Kim Il Sung le había dejado profundamente conmovido, hasta el punto de que confesó estar conforme con todo. Pero

precisamente la cuestión que más le preocupaba no se atrevía a exponerla. Tiempo hay, pensaba, y tarde o temprano se presentará una ocasión para hablar de todo con sinceridad, sin rodeos. Y en este momento se le ocurrió una pregunta inesperada:

—¿De dónde sacan ustedes los recursos para las necesidades militares? ¿Son donaciones o tienen otras fuentes?

—Gastos militares nosotros no conocemos.

—¿De dónde, pues tienen las armas?

—Se las arrebatamos a los japoneses.

—¡Ah!

Ryang Se Bong y Choe se quedaron asombrados.

Volviendo a la cuestión principal, el compañero Kim Il Sung hizo hincapié en la necesidad de reforzar la vigilancia respecto a los imperialistas japoneses, que tenían el propósito de desmembrar la nación coreana, y también respecto a los traidores y espías que hacen con ellos causa común.

—¿Más vigilancia?

—Sí.

Ryang Se Bong no podía ocultar su inquietud.

—Los enemigos no duermen.

—Así tiene que ser —esbozó una sonrisa forzada Ryang Se Bong. No se sabía si era porque estaba al corriente de las cosas o porque le había cogido de sorpresa.

En esto las puertas se abrieron y entró en el patio, corriendo y muy excitado un soldado del Ejército de la Independencia.

—¿No es Om Chi Hwan, de la tercera sección? —observó Hwang asomando la cabeza por la ventana.

—Parece que viene de la parte de Kanggye. ¿Qué le pasa? —Choe salió de prisa al zaguán.

Alto, de ojos negros, el muchacho se paró al otro lado de la puerta y

llamó a Choe. De la prisa con que había caminado se sofocaba al hablar. Tenía los pantalones rotos y en el pecho machas de sangre coagulada.

Che salió al patio y, tomando de la mano al soldado, que todavía estaba temblando, le preguntó apurado:

—¿Ha pasado algo? Informa pronto.

—Sabe… —el soldado, mosquetón a la espalda, respiró profundamente para tomar aliento.

—Habla de una vez.

—A Kanggye nosotros ya habíamos llegado, pero a la vuelta, cuando nos perseguían los enemigos una bala alcanzó a Pi Sang Su.

—¿Lo mató?

—No. Como los enemigos nos perseguían sin parar echamos a correr. Por todas partes se oían disparos. Pensábamos que aquello era ya el fin. Pero nos sacaron del apuro los guerrilleros, que cargaron a hombros con Sang Su y lo llevaron a la tercera sección.

—¿Es grave la herida? —se oyó a las espaldas de Choe la voz estentórea de Ryang Se Bong.

—Los guerrilleros se la están curando en estos momentos.

Después de haber oído, no sin aflicción, el parte, Choe dio permiso al soldado para retirarse. Ante tan alarmante caso, hubo que suspender la conversación. Cuando el compañero Kim Il Sung empezó a despedirse, porque ya iba a marchar, Ryang Se Bong y Choe muy apenados, no sabían qué hacer, pero luego salieron junto con él, porque querían ver al soldado herido.

* * *

Cha Kwang Su y Choe Chil Song caminaban por entre campos sembrados de trigo. Cruzando los campos, al otro lado tenía que aparecer

una montaña escarpada. Por montañas y campos se extendían los fragantes efluvios del verano tempranero. A cada soplo de aire se agitaban, formando ondulaciones, las espigas, esparciendo el agradable olor de los trigos.

—Tenemos buen tiempo, compañero Choe —dijo Cha Kwang Su, levantando la cara, bonita, como de mujer, para mirar al infinito cielo azul.

Después de casi un mes de marcha por bosques frondosos sentía él ahora una gran alegría.

—Es tiempo de muchas ocupaciones —Choe Chil Song le recordaba que había llegado la temporada de faenas para el labrador. Pues tenía que estar en apogeo el desyerbe de la patata y almorejo.

Cha Kwang Su caminaba delante. Vestidos los dos de militar se dirigían a la aldea distante a treinta *ríes* para hacer allí trabajo político.

Se oía el canto de una alondra en el cielo. En el aire, de azul transparente como el cristal, colgaban tres puntos negros. Cha Kwang Su recordó su aldea.

—¿Tú, compañero Choe, no eres de Hoeryong?

—A diez *ríes* de Hoeryong, corriente abajo por el río Tuman, está mi aldea, que se parece a ésta a primera vista.

—Es un buen lugar. Yo me crecí en Nanyang, que también es un buen lugar.

Afluyeron los recuerdos, cada uno sintió nostalgia por su tierra. La conversación se cortó.

Cha Kwang Su se había criado en Nanyang, la casa de sus padres estaba en una colina a orillas del río Tuman. Su padre era un obrero ferroviario, y se hallaba todo el tiempo lejos de casa. Cha Kwang Su iba a la escuela a quince *ríes* del pueblo. Cuando iba y volvía de la escuela casi siempre le acompañaban, como ahora, las alondras. Los domingos

los pasaba todo el día en el campo. Echado de espalda en la hierba y mirando a las alondras en el azul cielo, daba rienda suelta a sus sueños. El romanticismo desplegaba las alas y emprendía vuelo, llevándose consigo al pequeño soñador. Una vez tendió unos lazos, y por la tarde regresó a casa con una alondra. La metió en una jaula de lespedeza que hizo él mismo. El pájaro siempre levantaba el penacho después de picar la comida.

Su padre, viejo y huraño que toda la vida trabajó con el pico en las manos reparando vías de ferrocarril, era tan parco en palabras que en diez días apenas cruzaba una sola con el hijo. Cha Kwang Su, hijo único de la casa, siempre tuvo preocupados por su salud a los padres, si bien ninguna vez hubo de guardar cama. En cierta ocasión faltó unos cinco días a la escuela, días que pasó acostado en el suelo de casa, como ensimismado, con sus pensamientos. Hasta que un día, cavilando sentado en la escalera de la entrada, descolgó la jaula de la pared y puso en libertad a dos alondras que en ella tenía.

—¿Por qué las soltaste? Tanto como las cuidabas… —le preguntó el padre, sonriéndose.

El hijo respondió que se disponía a abandonar la casa y marcharse a Huadian.

Al cabo de un mes los padres recibieron de él una carta en la que les decía que había ingresado en la “Escuela Hwasong”, donde entabló amistad con un buen compañero. Después, siguiendo la ruta del compañero Kim Il Sung, trasladóse a Jilin, donde realizó una labor de las juventudes comunistas. Más tarde participaba en la preparación de la lucha armada, y ahora se encuentra aquí.

Se desabrochó los dos botones superiores de la camisa dejándose ver el pecho, cosa que jamás se había permitido por mucho calor que hiciera. De sus labios no desaparecía la sonrisa, marchaba braceando con brío

hasta el punto de que la pistola se le balanceaba en el cinturón.

Caminaban por un sendero de montaña, cruzaron el paso y empezaron a descender.

En esto sonó un disparo.

"¡Manos arriba, si quieren vivir!" —se oyeron cerca unas voces del enemigo.

Cha Kwang Su subió más arriba y miró alrededor. Por una ladera del monte se encaramaban soldados del destacamento punitivo con uniformes verdes. Por la otra corrían trasversalmente tres coreanos vestidos con el uniforme nacional.

—No cabe duda que los perseguidos son nuestros coreanos. Pueda que soldados del Ejército de la Independencia. Cha Kwang Su se quedó un instante indeciso. De frente salida, bajando el mentón, dirigió una mirada hacia abajo y comprendió Que no había tiempo que perder.

—Compañero Choe, vamos a aniquilarlos.

Cha Kwang Su echó mano a la pistola, saltó de la roca donde se encontraba y se lanzó cuesta abajo. Choe Chil Song fue detrás. Llevaba consigo un fusil del año 38 que le había dejado Hung Dok, y ahora tenía la intuición de que podía probar algunos disparos. De emoción él corazón le palpitaba intensamente. Su compañero, que estaba con la pistola en la mano agazapado en una grieta entre las rocas observando, le mandó acercarse. Los policías, que no sospechaban que había una emboscada en su camino, subían por una estrecha cañada. Delante iban unos diez policías. Cuando llegaron a unos treinta metros, Cha Kwang Su, oculto detrás de una roca en una vuelta del sendero, disparó su pistola. La primera bala derribó a un policía, después de unos cuantos disparos cayó otro.

Choe Chil Song apoyó el fusil en un árbol, apuntó y apretó el gatillo, pero falló. Se desconcertó y no sabía qué hacer. Su compañero, que

estaba al lado echado, le advirtió que no tenía cargado el fusil. Chil Song por apresurarse a apuntar había apretado el gatillo, sin haber cargado el fusil. Después de cargarlo miró adelante, pero ya era tarde, los enemigos se habían dispersado por el collado abajo. Aunque tarde, hizo unos cuantos disparos.

Cuando los policías ya habían huido Cha Kwang Su y Choe Chil Song se encaramaron a la cumbre de la montaña para buscar a los coreanos que los japoneses perseguían. Estaban sentados al abrigo de una roca, asustados. Cuando vieron a los guerrilleros con uniformes caqui y gorros con la estrella roja, se quedaron muy asombrados. Era la primera vez que veían estas tropas, pero al saber que habían sido los hombres que les salvaron de las garras de la muerte, se lanzaron cuesta abajo y les hicieron tan profunda reverencia, que casi tocaron la tierra con la cabeza.

Eran Om Chi Hwan y Ri Dong Su. Tenían los dos los pantalones desgarrados y estaban manchados de sangre. El tercero estaba acostado en tierra junto a la roca, temblando y quejándose. Cha Kwang Su y Choe Chil Song fueron de prisa a prestarle el primer auxilio al herido.

Choe Chil Song rompió un trozo de tela de la guerrera y le vendó la herida. De la arteria rota en la cadera seguía saliendo sangre, que sólo pudieron detener cuando aplicaron un palo con tela. Como camilla no tenían, se echó al herido encima Choe Chil Song y emprendió el camino de prisa cuesta abajo. A su lado iban Om Chi Hwan y Ri Dong Su, sosteniendo con la mano al herido. Anduvieron en silencio cerca de dos kilómetros, hasta que de pronto Om Chi Hwan le preguntó a Cha Kwang Su con voz temblorosa:

—¿Quiénes sois?

—¿Nosotros? Soldados de la Guerrilla Antijaponesa.

—¿Guerrilleros antijaponeses?

—Bien puede ser que sea la primera vez que os enteráis y no sepáis quiénes somos.

Cha Kwang Su les habló en breve de la Guerrilla Antijaponesa. Ordenó a Chil Song posar en el suelo al herido, que había perdido el sentido, causa de la enorme pérdida de sangre. En adelante lo llevó sobre sí Cha Kwang Su. En algo más de una hora anduvieron más de veinte *ríes.*

Los soldados del Ejército de la Independencia vivían en una habitación grande, con el suelo calentado y cubierto de esteras. Al herido lo echaron en el suelo, lo más cerca posible del hogar, para mirarle otra vez la herida. Entretanto Ri Dong Su había ido a avisar a sus compañeros, y Om Chi Hwan a buscar al oficial de la plana mayor Choe.

Cuando Ryang Se Bong llegó por fin, jadeante, al cuartel de la tercera sección, al herido ya le habían tratado la herida y cambiado la ropa. En el cuarto entraban soldados del Ejército de la Independencia, unos con medicamentos, otros con caldo de arroz.

—Ya se ve adonde nos llevaron las recolectas para los gastos militares —observó, suspirando de aflicción, un soldado alto que le había traído al herido una escudilla con un medicamento. Como viera la mirada punzante que le lanzó el oficial Choe, que estaba sentado en un rincón, se quedó turbado, dejó la escudilla a la cabecera del herido y se retiró de prisa de la habitación.

Sucesos como éste habíanse visto más de una vez el año pasado. Este año era el segundo caso.

Los guerrilleros entraban uno tras otro para ver al soldado herido. Terminadas las visitas, el consejero Hwang preguntó:

—¿Y dónde está lo que os encargaron llevar?

—En medio de la confusión lo escondí en una grieta en las rocas. Habrá que ir otra vez allí para comprobar —respondió Ri Dong Su.

—¿Estará todo lo que tiene que estar?

—¡Señor Hwang! —el oficial llamó al orden con tono imperativo al consejero.

Om Chi Hwan, que estaba cuidando del herido, dijo de repente:

—¡Sang Su, Sang Su, anímate! En cuanto te recuperes remos a darle las gracias al General Kim Il Sung. ¡Sang Su!

Ryang Se Bong estaba sentado sin parar de fumar. El grito de Om Chi Hwan y la inquietante atmósfera de la estancia le habían dejado muy preocupado. En su pecho se desencadenó un torbellino que todo lo sacudió dejando terriblemente inestable. Hacía ya más de diez años que se había incorporado a la lucha por la independencia de la Patria, más de una vez hubo de ver los sacrificios de sus compatriotas, y él mismo tuvo que pasar por todas las adversidades. Pero por muy duras que fueran las pruebas, siempre había conservado las convicciones firmes, como rocas. Convicciones de que si reuniera hombres y los condujera a darle una batalla a muerte a los japoneses, vendría sin duda el día de la victoria. Pero ahora, un caso no tan grave, una herida de un soldado, le hizo sentir que esas convicciones se tambaleaban y se venían abajo irremediablemente. Ni él mismo podía explicar cómo le había surgido este sentimiento. Los tristes quejidos del herido, la cara estúpida del consejero Hwang, que incluso en este trance no pensaba más que en la riqueza, la figura del oficial Choe que denunciaba en él un sentimiento de humillación, los lamentos que se le habían escapado a Om Chi Hwan, todo ello en semejantes circunstancias tenía que parecer del todo natural. Entonces, ¿por qué esto le causó tanta inquietud, cómo había visto él tan netamente la diferencia entre los guerrilleros y sus soldados?

Ryang Se Bong estaba sentado y callado, sin decir ni una palabra, y cuando se hizo oscuro se marchó a casa, caminando con dificultad, porque las piernas le temblaban.

*   *   *

—Lo has pensado bien —dijo con aprobación el viejo Tokko mirando a Om Chi Hwan.

Hacía poco que Om Chi Hwan había hablado sinceramente con el hijo de este viejo, Kwan Uk, diciéndole que los guerrilleros le daban envidia y que en su compañía había ahora muchos soldados que querían pasarse al destacamento guerrillero.

El viejo, que tenía la cara ya cubierta por una red de suaves arrugas paseaba por el patio con la pipa en la mano.

—Voy a ver al oficial de la plana mayor para en favor vuestro.,

—¿Y crees que dirá que sí?

—Si no, iros vosotros dos a los guerrilleros. También dicen que incluso un emperador renuncia al trono cuando se cansa de él. Y vosotros qué, ¿recibís sueldos del Estado, les debéis algo a ellos? La opción es vuestra,

—Esto me preocupa. No sé qué hacer. Después del reciente suceso, me siento más cansado.

—Haced lo que yo os digo.

Om Chi Hwan miró perplejo a Kwan Uk.

—Aunque pases toda la vida atribulando tras ese Ejército, no verás ningún cambio. Día y noche correrás de un lado para otro recogiendo dinero para los gastos militares. Y acabarás sin honra entregando el pellejo o rompiéndote las piernas. Si tan siquiera dieran una batalla que mereciese la pena… Como suele decirse, la apariencia es el espejo del alma. Yo, en cuanto vi a los guerrilleros ya me di cuenta de qué gente era. Muchachos despabilados, corteses, trabajadores, y encima, como vosotros decís, valientes, que pelean como hay que pelear. Como

coreanos que son. ¿Y para qué servís vosotros? Lozanos, repletos de sangre pero vagando como almas en pena… —el viejo volcaba sobre Om Chi Hwan su descontento por el Ejército de la Independencia. Después de desahogarse les dijo a los muchachos que si querían él iría a intervenir ante el General Kim Il Sung y de paso darle las gracias.

Del Ejército de la Independencia uno podía salirse cuando quisiera, pero, ¿dejarían entrar en el destacamento de guerrilleros?

El viejo entró en el cuarto, abrió el baúl y sacó de él una bata larga de algodón desteñida ya y se la puso. Tokko se sentía todavía tan lozano que si le dieran un uniforme y un fusil 10 iba a parecer mal soldado. Braceando con desenvoltura se dirigió por el sendero al pueblo vecino.

En el maizal estaban deshierbando unos guerrilleros cerca del camino. Al verlos Om Chi Hwan, que iba detrás del viejo, dijo que entre ellos estaba Chil Song, el guerrillero que le había salvado la vida. El viejo convino en que había que detenerse a darles las gracias. Se acercó a ellos, caminando le ondeaban os bordes de la larga bata, y al que estaba más cerca, al lado de la linde, le saludó haciendo una profunda reverencia.

—Hacía tiempo que tenía que darte las gracias. Nuestros muchachos dicen que los guerrilleros les salvaron de la muerte… —el viejo había tomado a este muchacho, de cara risueña y fulgor en los ojos por el mismo Choe.

El compañero Kim Il Sung, asombrado por la inesperada aparición y los saludos del viejo, dejó la azada a un lado y se inclinó también ante Tokko.

—No hay de qué darnos las gracias. Ensalza usted mucho nuestro mérito. Me siento como incómodo —sonriente, el compañero Kim Il Sung cogió de la mano al viejo y lo llevó hacia la linde.

Om Chi Hwan pudo susurrarle al oído a Tokko que no era aquél su

salvador sino el otro que estaba trabajando en el otro extremo del campo. Pero el viejo estaba distraído y no le había oído.

Viendo al compañero Comandante en jefe hablando con el viejo, Choe Chil Song y los demás guerrilleros no quisieron estorbarles, se mantuvieron a distancia.

El compañero Kim Il Sung se sentó en una elevación cubierta de hierba y sacó un cigarrillo, que propuso al viejo, le dio fuego.

—Por lo que se ve los guerrilleros son tan labradores como nosotros —dijo Tokko, después de dar unas cuantas fumadas.

—Sí, hay muchos campesinos, pero también hay obreros.

Mirando a las hojas de maíz, brillantes a la luz de los rayos del sol de la tarde, el compañero Kim Il Sung parecía sondear el estado de ánimo del viejo.

—¡Qué bien! En el pueblo parece que se vive una gran fiesta. Estuvimos tan sólo unos días con los guerrilleros y ya se habla de que no está lejos el día de la independencia de Corea. La gente está muy animada. Ahora voy a ver al General Kim Il Sung —dijo, y después de una breve pausa continuó—. Perdona, quizá mi pregunta sea inoportuna, pero ¿es verdad que el General Kim Il Sung está en el pueblo vecino? Algunos afirman que estuvo allí, pero que se marchó inmediatamente por algo urgente y no se sabe adónde…

El compañero Kim Il Sung se sintió un poco incómodo y, sin dejar de sonreír, preguntó al viejo para qué quería ver al General.

—¡Muchachos, acérquense! Creo que lo mejor es aconsejarnos con él.

—Bueno, pues, cuénteme lo que les preocupa.

—Personalmente, quisiera preguntar al General lo que pueden hacer hoy los hombres como yo por la independencia de la Patria.

Y a continuación, el viejo contó detalladamente cómo había dedicado

casi diez años de su vida a la causa de la independencia para terminar encerrado entre cuatro paredes, ocupado, por completo en los quehaceres de su hacienda.

—¿Quiere usted preguntarme algo más?

—Sí, aunque no creo que sea muy importante. Ese que está ahí es mi segundo hijo. Se alistó en el Ejército de la Independencia y ahora quiero que lo admita en el destacamento guerrillero.

—¿En la Guerrilla?

—Sí. A propósito, este otro, Om Chi Hwan, también quiere ser guerrillero. Es un muchacho excelente y honrado. Puedo responder por él.

El compañero Kim Il Sung levantó la cabeza, dirigió su mirada a las azuladas montañas que se divisaban en la lejanía y le preguntó:

—Dígame, ¿qué haría Ud. si en su casa entrara un bandido armado?

—Muy sencillo: unirnos toda la familia contra él para darle una buena paliza.

—¿Y si algunos miembros de la familia intentan escabullirse?

—Pues, eso no estaría bien. Al bandido sólo lo puede vencer toda la familia unida.

—Cierto. Usted acaba de decir que los japoneses persiguieron a tiro de fusil a los soldados del Ejército de la Independencia y, ¿cómo se salvaron estos muchachos?

—Es archiconocido que los soldados fueron salvados por los guerrilleros. ¿Verdad? —dijo el viejo dirigiéndose a Om Chi Hwan. Este, tragando saliva, contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza.

—Justamente porque juntos pelearon los guerrilleros y los soldados del Ejército de la Independencia se pudo resistir a esos desalmados. Es lógico. Si se abstiene de la lucha aunque sea una sola persona, se estará

perjudicando la causa del renacimiento de la Patria.

Con esta comparación el compañero Kim Il Sung quiso demostrar al viejo el gran error que había cometido al alejarse del movimiento desplegado por el Ejército de la Independencia.

—Entonces, ¿resulta que me pasé de la raya?

—Claro. Pero todavía no todo está perdido.

—¡Oh! —exclamó el viejo, oprimiéndose el pecho con sus temblorosas manos. De pronto comprendió lo injusto que había sido al echar toda la culpa a otros, mientras él tomaba una actitud de observador, contemplando tranquilamente los toros desde la barrera. Sofocándose preguntó:

—Pero, ¿todavía no es tarde?

—Por supuesto que no. Padres, hijos y nietos, todos deben luchar. Como les acabo de decir, lo que nosotros querernos es que se fortalezcan el Ejército de la Independencia y todas las otras fuerzas que se oponen al imperialismo japonés y no que se disuelvan. Más aún, debemos unirnos con el Ejército de la Independencia para combatir a los opresores. La familia toda tiene que caer sobre el bandido y aplastarlo. ¿No es así? Sinceramente, no creo que se pueda satisfacer su deseo de pasar a su hijo a la Guerrilla.

—Ciertamente —respondió el viejo Tokko agachando la cabeza. Y tras una breve reflexión añadió—Gracias. Ahora comprendo perfectamente mi gran error. ¡Estar así, con los brazos cruzados, contemplando indiferente la lucha por la independencia de la Patria!

El viejo se levantó. Estiró los pliegues de su larga bata y después de hacer una cortesa reverencia, dijo:

—Le estoy muy agradecido. Si tengo ocasión de ver al General le daré las gracias y le pediré excusas.

El Comandante en jefe Kim Il Sung acompañó al anciano Tokko hasta la pendiente del camino, sosteniéndolo de un brazo.

*　　　*　　　*

La espaciosa sala estaba repleta de guerrilleros y de soldados del Ejército de la Independencia. Yong Suk se hallaba en la tribuna, sonrojada y emocionadísima. La muchacha no sabía qué canción elegir, si “Muerte a los castigadores” o “Canción revolucionaria”. Hye Yong la había animado a cantar empujándola suavemente, aunque ahora ella misma, de puro nerviosismo se comía las uñas, y parpadeaba. Sentado a un lado, Pak Hung Dok, sonriente, movía la cabeza como si le dijera: “¡Anda, no seas tan tímida!”.

Otra vez estallaron los aplausos y Yong Suk aspirando profundamente empezó a cantar:

Madre, madrecita mía, ¿por qué sollozas?
Yo también quisiera llorar cuando tú lloras.

En la abarrotada sala se hizo un silencio sepulcral. En el amplio local resonaba la triste melodía. Yong Suk cantaba con tono lastimoso y parecía que la voz se le iba a quebrar de un momento a otro. Con las manos sobre el pecho y los ojos llenos de lágrimas, como si acabara de sufrir una desgracia, la muchacha miraba fijamente a la sala. Hacia la derecha, donde estaban los soldados del Ejército de la Independencia, se oyeron profundos suspiros. La canción adquiría tonos cada vez más angustiosos, conmoviendo a todos. Volvían a la memoria las tristes y amargas escenas del pasado: aldeas incendiadas, seres queridos que ya no vivían y compañeros de armas caídos en la lucha que clamaban venganza.

Yong Suk cantó, con tristeza en la voz, “Muerte a los castigadores”.

Joven, con un rostro perfectamente ovalado en el que destacaban unos bellos ojos, la muchacha recordaba a los soldados un ser querido que hubiera sufrido una tremenda desgracia. De repente, les pareció ver ante ellos, surgidas quién sabe de dónde, a sus hermanas menores acompañándolos hasta muy lejos cuando tuvieron que abandonar sus casas.

En un momento de la canción la joven abarcó con la mirada a todos, levantando las largas pestañas humedecidas por las lágrimas. Om Chi Hwan, con las manos sobre el pecho, inmóvil, sentía como si algo duro como el hierro le atravesara el corazón.

La canción había terminado, pero los combatientes permanecían inmóviles en sus sitios, inclinadas las cabezas. Un minuto después, una ovación estremecía la sala.

—¡Qué canción! ¡Te parte el alma!

—¡Y cómo canta! —se oyó decir entre los soldados del Ejército de la Independencia—. “Yo también quisiera llorar cuando tú lloras”, cómo parten el corazón estas palabras.

Después con la cabeza gacha, se dirigió al escenario Kwang Sik y se cuadró en el centro. Fornido, de excelente complexión, a primera vista parecía un robusto muchacho del campo. Para desvanecer la atmósfera deprimente de tristeza que había dejado la melancólica canción, hacían falta ritmos animosos y enérgicos. Levantó la mano y propuso cantar a coro la “Canción revolucionaria”. Y moviendo la mano con brío como un director, entonó la melodía a la que se unieron todos los guerrilleros, agitando los puños en alto. La canción estremecía al auditorio.

… … …

Roncos estáis de tanto gritar

Sanguinarios que nuestra sangre habéis chupado.

La canción adquiría cada vez más fuerza, los guerrilleros la coreaban levantando los puños y bajándolos bruscamente. Sus ojos centelleaban amenazadores, animados por un odio profundo.

El coro hacía vibrar la sala. Jon Kwang Sik seguía dirigiendo entusiasmado. Por extraño que parezca, Los soldados del Ejército de la Independencia no sabían cantar, y de nuevo se dieron cuenta de que ellos y los guerrilleros eran completamente distintos. Se sentían inferiores tanto en la marcha como en la canción.

Hacía tan sólo dos días que en esta misma sala el consejero Hwang había estado predicando con palabras altisonantes sobre las tres virtudes del sometimiento de las mujeres. Pero en el destacamento guerrillero, las mujeres luchaban con las armas en la mano y cantaban, al igual que los hombres.

A propuesta de Jon Kwang Sik, guerrilleros y soldados decidieron cantar juntos el "Arirang". La canción era lo de menos; lo importante era aunar a la gente: primero sus voces y luego sus pensamientos y objetivos. Jon Kwang Sik revelaba excelentes dotes para tratar a las personas. Al mismo tiempo que subrayaba el espíritu revolucionario de los guerrilleros procuraba no exagerar su celo, pues quería que los soldados se sintieran entre iguales. Esforzándose por infundir ánimo y audacia a los combatientes del Ejército de la Independencia, propuso cantar las estrofas por turno, y levantando la mano, comenzó a cantar la primera estrofa del "Arirang" coreada por todos los presentes.

Arirang, arirang, arario
… … …

Jon Kwang Sik con la mano marcaba el lento compás de la canción que inclinaba a la melancolía. Era un "Arirang" con letra muy particular.

Junto a palabras que narraban la trágica suerte de un pueblo al que habían usurpado la Patria, había otras que expresaban la promesa de luchar a muerte por su liberación.

Guerrilleros y soldados, cogidos de las manos, cantaban a pleno pulmón. Se destacaba el grupo de Choe Chil Song, Om Chi Hwan y Ri Dong Su que enlazados por los brazos cantaban juntos balanceándose al compás de la canción.

Cuando terminó el espectáculo festivo, Choe, oficial de la plana mayor, subió al escenario para anunciar que en seguida tendría lugar una "reunión en honor de la Guerrilla Antijaponesa encabezada por el General Kim Il Sung". Tras unas breves palabras declaró abierta la reunión. Formaban la presidencia, entre otros, Cha Kwang Su, Choe y el consejero Hwang. A la derecha de la sala en los asientos destinados a los huéspedes de honor, se sentaron unos diez ancianos del pueblo, entre los cuales se hallaba la madre de Pi Sang Su, a la que un pañuelo blanco cubría la cabeza. La anciana había andado unas cien *ríes* para asistir al acontecimiento.

La reunión se había organizado a iniciativa de los jóvenes que estuvieron bajo la dirección del compañero Kim Il Sung durante su estancia en la aldea Wangqingmen del distrito Singzing. Incluso el consejero Hwang que había intentado impedirla, no tuvo más remedio que ocupar un puesto en la presidencia a raíz de lo sucedido con Pi Sang Su.

Cuando concluyó la ceremonia de apertura de la asamblea, Om Chi Hwan subió apresuradamente a la tribuna. Comenzó su discurso agradeciendo a los guerrilleros, quienes para visitar su destacamento habían tenido que atravesar el monte Paektu. Alto, de ojos negros, no tenía dotes de orador, pero su emoción era tanta y tan ardiente su deseo de expresar sus sentimientos que compensaban la falta de elocuencia.

—Ahora siento lo mismo que el hambriento al que ha llegado la oportunidad de hartarse, o lo mismo que se siente cuando en tiempos de sequía se larga a llover. Gracias, guerrilleros, por habernos abierto los ojos. Si ustedes no hubiesen venido, yo estaría pudriéndome en la húmeda tierra donde yace O Yang Chon, muerto el mes pasado. La misma suerte esperaba a Ri Dong Su, que está entre vosotros, y de Pi Sang Su, para qué hablar. Habíamos caído en una ratonera, pero los guerrilleros nos salvaron. A Pi Sang Su lo llevaron en hombros unos veinte *ríes*. Lo cuidaron, Le dieron caldo de arroz y lavaron su ropa, toda manchada de sangre… —Om Chi Hwan estuvo a punto de prorrumpir en sollozos. Emocionado, se golpeaba el pecho; incapaz de expresar con palabras el sentimiento que lo embargaba, echó una mirada al público, hizo unas cuantas reverencias y abandonó la tribuna.

Después habló Choe Chil Song. De estatura mediana, complexión robusta y bien proporcionada se le notaba tenso. Era la primera vez que se veía delante de tanta gente a la que, además, debía hablar de su propia vida. El corazón le latía alocadamente y sentía un escozor en la garganta que le impedía hablar. Sacando fuerzas de flaqueza dijo:

—Antes de alistarme en la guerrilla trabajé diez años como bracero de un terrateniente. Las palizas y los insultos eran el pan de casi todos los días. El amo, cuando no me pegaba furioso con el bastón en la cabeza, me tiraba de una oreja porque le parecía que el atado de leña que le traía era pequeño. Yo no sabía lo que era la dignidad humana y sudaba la gota gorda trabajando día y noche, doblando el espinazo. Pero en cuanto oí que habían aparecido los guerrilleros, tomé las de Villadiego y me eché al monte. Allí comenzó para mí una nueva vida. El General Kim Il Sung, al enterarse de que yo era analfabeto, me dio una cartilla y me enseñó el abecedario. Todavía leo y escribo mal, pero pronto podré leer libros y también escribir cartas. Ahora estoy aprendiendo a manejar

el fusil. Por el momento lo manejo torpemente, pero dentro de poco abatiré a nuestros enemigos, con el fusil que me dio el General, lucharé hasta la última gota de mi sangre para arrojar de nuestra tierra a todos los japoneses. ¡Hermanos del Ejército de la Independencia, unámonos, porque así seremos más fuertes! Cuando vuestro Om Chi Hwan y sus compañeros se vieron acosados por nuestros opresores, nosotros habríamos podido aniquilar a todos los policías japoneses si hubiéramos tenido unos cuantos hombres más. Desgraciadamente, sólo pudimos despachar a dos. Los demás se nos escaparon huyendo como conejos, pero pueden volver a echarse sobre nosotros. Con el enemigo hay que ser implacable.

Ora Choe Chil Song, parpadeando con frecuencia dirigía su mirada a la sala; ora la fijaba en la punta de su bota.

Entre los soldados del Ejército de la Independencia se notó cierta animación.

—¿Dice que fue bracero?

—Yo, creía que los guerrilleros eran todos graduados de escuela.

—¡Escuchemos el discurso!

Pak Hung Dok, que estaba sentado en la primera fila, asintió con un gesto y dijo en voz baja:

—¡Magnífico!, así se habla. ¡Bravo, sigue adelante!

Choe Chil Song levantó nuevamente la cabeza. Todos lo miraban con espectación y era aquello como un mar de estrellas en una noche serena.

—¡Compañeros! —exclamó por fin, con tono decidido—. ¡Pero si somos hermanos! ¡Estrechémonos las manos fuertemente! —y sonrojado elevó las dos manos, las cruzó por encima de la cabeza y haciendo una reverencia bajó apresurado de la tribuna. La sala hervía. Los guerrilleros de nuevo empezaron a cantar:

¡Compañeros, tened las armas preparadas
para aniquilar a los imperialistas agresores!

Por aquellos días no pocos soldados habían aprendido e canción y ahora coreaban a los guerrilleros.

*　　　*　　　*

Ryang Se Bong, apoyado en la puerta del cuarto con la persiana de bambú bajada, se hallaba sumido en profundas reflexiones como el día anterior.

La situación le parecía sin salida, pues no se podía ni seguir adelante ni retroceder. En él nuevamente luchaban dos Ryang Se Bong: uno que le instaba a formar una alianza total con la guerrilla y otro que se oponía categóricamente. Levantó la cabeza, pesada como el plomo tras haber pasado la noche en vela, y miró con aire estúpido al patio donde por doquier le parecía ver los rostros del oficial Choe y del consejero Hwang, afilado el primero y carnoso el segundo., Intentando espantar la obsesionante pesadilla profirió algo ininteligible, y desesperadamente se puso a chupar su pipa.

De pronto, vio aparecer por la entrada del patio al General Kim Il Sung y se apresuró a su encuentro. Aunque no existía una razón especial para tal visita, el compañero Kim Il Sung había creído conveniente, antes de partir con los guerrilleros, pasar a despedirse y al mismo tiempo informarle sobre las últimas novedades ocurridas en la situación interna y externa. De paso aludiría a la escisión que, según algunos indicios, estaba madurando en el Ejército de la Independencia.

Ryang Se Bong condujo al compañero Kim Il Sung a un cuarto interior y le escuchó silenciosamente hasta el final; luego se movió

impaciente en el suelo. Esforzándose por permanecer sereno no dejaba de dar chupadas a su pipa. “A ti, una persona no muy importante que digamos, otra vez ha venido a visitarte el General Kim Il Sung “, se decía para sus adentros, imprecándose por no ser sincero y natural hasta el fondo en sus relaciones con el huésped que venía desde tan lejos. En esto no había ningún capricho o mala intención, de ahí que le fuera doblemente penosa y agobiante aquella situación. Todos estos días el consejero Hwang le informaba por la mañana y por la tarde del estado de ánimo y de la conducta de los guerrilleros. Al principio mostraba una actitud indecisa porque no estaba seguro de la decisión que tomaría Ryang Se Bong. Por eso intentaba convencerlo diciéndole que no se podía hacer una alianza con los comunistas, que los guerrilleros habían venido para tragarlos y cosas por el estilo. Pero ahora, comprendiendo que había llegado el momento decisivo, enérgicamente defendía su posición. Afirmaba que tenía informes de que Om Chi Hwan estaba preparando un levantamiento y que para ello ya había hecho propaganda en una compañía de soldados. Hwang amenazaba con que, si las cosas continuaban así y Ryang Se Bong entraba en negociaciones con los guerrilleros, no le iba a quedar más remedio que salirse de la unidad con sus correligionarios. Es más, advirtió surgirían contrariedades si Ryang Se Bong seguía actuando como hasta ahora. Sin embargo, no quiso decirle a qué contrariedades se refería. Pero Ryang Se Bong fue inflexible: de ninguna manera había que mostrarse hostil con el destacamento guerrillero.

Después de un breve silencio sonrió y habló resueltamente:

—General, le agradezco su amable visita. Este encuentro no sólo me ha dado ánimos, sino que ha sido una excelente lección que ha despertado en mí sentimientos diversos. En cuanto a su propuesta de constituir un frente unido tengo que sopesarla todavía y ver la manera de

llevarla a la práctica —calló y mirando al patio con melancolía continuó—. Le confieso sinceramente que todavía no comprendo muchas cosas. A la primera ocasión iré a verlo.

—Como usted guste. Por cierto que si he venido a visitarle esta vez, no ha sido para obtener su conformidad. No queremos que la causa de la salvación de nuestra Patria ensangrentada se retrase por culpa de las ideas preconcebidas de alguna gente o por algún malentendido. Creo que usted comprende mejor que nadie que si permanecemos indecisos o aminoramos el paso, nuestro pueblo tendrá que pagar por ello innumerables sufrimientos. A mi juicio, nosotros hemos hecho todo lo posible para no tener que arrepentimos después. Sinceramente deseamos que el Ejército de la Independencia que usted manda aumente sus filas y se fortalezca para que sea una fuerza todavía más temible en la lucha por la expulsión de los invasores japoneses de nuestra querida tierra. ¿Qué le ocurre? ¿Se siente mal?

—No, qué va —murmuró Ryang Se Bong con un ligero temblor en la voz.

Poco después, ambos se dirigieron a la reunión solemne.

Cuando en la presidencia apareció el compañero Kim Il Sung, acompañado de Ryang Se Bong, todos los asistentes se pusieron de pie.

—¡El General Kim Il Sung! —exclamaron los soldados del Ejército de la Independencia que estaban en el centro de la sala.

—¡Claro que es él! —lo reconocieron los jóvenes que habían participado en el Congreso de la Federación de la Juventud del Sur de Manchuria.

—¡El General Kim Il Sung!

—¡Viva el General Kim Il Sung! —exclamó Om Chi Hwan elevando los brazos.

En la sala resonaron aclamaciones de júbilo. Todos gritaron “¡hurra!”

y estallaron ovaciones entusiastas. Cuando los ánimos se calmaron, se acercó a la presidencia el viejo Tokko. Bajo la luz de las lámparas de petróleo que pendían en el centro de la sala y cerca de la tribuna, resaltaba la bata blanca del viejo. Ahora comprendió con quién había conversado aquella vez en la linde del maizal.

—¡General! —el viejo, rápidamente estrechó la mano del compañero Kim Il Sung que se hallaba delante de él—. ¡General, perdóneme por no haberle reconocido aquella vez! —le dijo conmovido. El compañero Kim Il Sung también le reconoció:

—Padre, soy yo quien debería haber ido donde ustedes.

Con la mano del General en la suya, el viejo Tokko no cabía en sí de la alegría.

Después se acercó la madre de Pi Sang Su. Choe Chil Song sostenía del brazo a la anciana, que llevaba un pañuelo en la cabeza a la usanza de las mujeres de la provincia de Phyong-an. Cuando se vio delante del General prorrumpió en sollozos por la emoción y la alegría. La anciana quiso decir algo, “pero no pudo pronunciar palabra; sólo le temblaban sus mejillas cubiertas de arrugas. El compañero Kim Il Sung le cogió una mano e inclinándose levemente le hizo una reverencia.

—Madre, Sang Su pronto mejorará y se vengará de los japoneses. Usted vivirá con él en un mundo sin japoneses, en donde los horrores de los tiempos pasados no serán más que recuerdos.

La anciana se limpió las lágrimas con la manga y musitó:

—Gracias, querido General. ¿Cómo le pagaré el haber salvado la vida de mi hijo?

—No tiene por qué darme las gracias, madre. Nosotros no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber.

El compañero Kim Il Sung recordó de repente a su madre enferma, que vivía en Xiaoshahe: le pareció volver a aquel día cuando ella se

quitó el pañuelo de la cabeza, lo escondió bajo el colchón y, como si nada hubiera pasado, le dijo que ya se encontraba bien. Ahora, estrechando en las suyas las manos de esta anciana, se dio cuenta de cómo se parecían a las de su madre, a aquellas que diligentes cosían los botones de su ropa. Con voz ligeramente temblorosa, le dijo cariñosamente:

—¡Madre, vamos a ver a Sang Su!

Después de la reunión, el compañero Kim Il Sung acompañó a la madre de Sang Su hasta el pueblo vecino. El enfermo, que estaba acostado en una habitación iluminada por una lámpara de petróleo, levantó su pálido rostro. El compañero Kim Il Sung se sentó junto a él. Mientras con una mano le tomaba el pulso, con la otra tocaba la frente. Resultó que el enfermo tenía bastante fiebre.

—¿Cómo está la herida? —preguntó a Cha Kwang Su.

—Le hemos aplicado corteza de sauce y le hemos vendado. Tiene el hueso fracturado, aunque sin astillas.

—Han hecho bien. La herida está muy inflamada. Será necesario ponerle la pierna más alta.

Sang Su, que había vuelto en sí al segundo día de haber sido herido, abrió los ojos pero no reconoció a los recién llegados.

—Hijo mío —le dijo quedamente la madre—éste es el General Kim Il Sung, quien te salvó la vida.

—¡Cómo! —exclamó el herido haciendo un esfuerzo por levantarse.

—Esté tranquilo. Usted no puede moverse —le dijo el compañero Kim Il Sung, tocando suavemente la frente del herido y arreglándole la manta, sin permitirle que se moviera.

—¡Mi General! —apenas pudo pronunciar el herido, moviendo los labios resecos por la fiebre, mientras el corazón le palpitaba violentamente.

—¿Ha comido usted algo?

—Sí, mi General. Choe Chil Song me trajo caldo de arroz… —dijo, moviendo los labios sin saber por dónde empezar y cómo expresarse—. Mire qué limpia me han dejado la ropa, y eso que la tenía empapada en sangre —añadió, enseñando la vestimenta que le habían lavado Yong Suk y sus amigas.

—No tardará en restablecerse. Sane lo más pronto posible, vístase y… al combate otra vez.

—¡Mi General!, ¿será posible que nuevamente pueda empuñar las armas?

—Sin duda alguna. Ahora permanezca quieto y cúrese. Pronto se recuperará.

—Querido General —musitó Sang Su. Luego le estrechó la mano, desvió la cara y rompió a llorar. Las lágrimas se desligaban por la almohada. La madre sin poder contenerse también escondió su rostro.

Ryang Se Bong no profirió ni una sola palabra desde la reunión hasta el momento de despedirse de Pi Sang Su, permaneciendo todo el tiempo como petrificado. Luego se dirigió a su casa.

El compañero Kim Il Sung, después de despedirse de Ryang Se Bong regresó al Cuartel General. Paseando por el patio sumergido en la plateada luz de la luna, recordaba en todos sus pormenores el trabajo realizado durante aquellos días en la región de Tonghua. Habían enviado enlaces a Juanzen, Singzing y Chingwen y de estos lugares empezaron a llegar hombres; se resolvieron muchas cuestiones ligadas con la organización de guerrillas en la cuenca del río Amnok. También se estableció un seguro enlace con el Ejército antijaponés chino de salvación nacional que operaba en Mengjiang. Como resultado de la labor política llevada a cabo en tan vasto territorio, la población empezaba a comprender el significado de la lucha guerrillera.

Ahora tendrá que dirigirse a Liuhe donde se encontraba Choe Chang Gol, miembro de la Juventud Comunista en la época de Jilin, quien en los tiempos cuando se enviaban activistas políticos clandestinos a distintas regiones del país —es decir, antes y después de la reunión de Kalun—se había ofrecido voluntariamente para ir a la aldea en que se encontraba su familia. Durante cierto tiempo recibieron con regularidad informaciones suyas en las que decía que todo marchaba bien. Pero desde que el compañero Kim Il Sung se trasladó a Antu no tenían noticias de Choe Chang Gol.

El compañero Comandante en jefe, que paseaba por el patio acompañado de Cha Kwang Su, dijo a éste que deberían emprender la marcha al día siguiente y que en el lugar dejarían por unos días a Jon Kwang Sik para saber la opinión de la gente sobre los guerrilleros y resolver algunos asuntos pendientes.

Una vez que Cha Kwang Su hubo recibido estas instrucciones, informó al compañero Kim Il Sung de los partes recibidos durante el día.

—Compañero Comandante en jefe, se tienen noticias de que el consejero Hwang sigue portándose muy mal —dijo despacio, de espaldas a la cerca de lespedezas por la que trepaban guisantes.

—¿Y qué se dice del oficial Choe de la plana mayor? —preguntó el compañero Kim Il Sung con una ligera sonrisa.

—Es muy activo. Opina que no merece la pena hablar de alianza, y que lo mejor sería integrarse totalmente.

—Eso ya me parece exagerado.

—Y en cuanto a Ryang Se Bong, ¿hay alguna novedad?

—¡Ya lo creo! Prometió visitarnos —el compañero Kim Il Sung se volvió y mirando a Cha Kwang Su continuó—. Compañero Cha, el movimiento nacionalista está viviendo sus últimos momentos;

inevitablemente se escindirán en tres grupos…

Al oír estas palabras de profunda significación Cha Kwang Su ya se preparaba para escucharle con atención, pero el Comandante en jefe, sólo agregó:

—Nosotros iremos en dirección de Liuhe.

La noche caía lentamente. En un rincón del patio entre las piedras, se oía el monótono canto de los grillos, mientras el disco incompleto de la luna jugaba al escondite entre las nubes.

8

Desde el pie de la montaña se veía la villa de Liuhe como en la palma de la mano. El sol estival brillaba todavía en lo alto, y hasta el ocaso se podían andar, por lo menos, unas cincuenta *ríes.* Pero el compañero Comandante en jefe dio la orden de pernoctar donde estaban.

Cha Kwang Su se atormentaba reprochándose su propia lentitud e indecisión. Estaba claro que el compañero Comandante en jefe, ya al salir de Tonghua, o quizá mucho antes, cuando trazaba en Liangjiangkou el plan de esta marcha, había decidido evitar el paso por la montaña Xinglong. Cuando se dio a conocer el itinerario de la marcha —de Tonghua en dirección norte hasta Liuhe, de allí doblarían hacia Mengjiang, para después regresar a Liangjiangkou—muchos no sospecharon nada, pensando que el objetivo de la marcha consistía sólo en demostrar la fuerza de la naciente Guerrilla Antijaponesa, sembrar la semilla de la revolución en extensas capas de la población, y, al propio tiempo, adquirir temple y robustecerse ellos mismos. La villa de Liuhe indicada en el itinerario tampoco despertaba sospechas, pues, como allí vivían muchos coreanos que además, participaban activamente en el movimiento de independencia, era lógico que los guerrilleros la visitaran.

Cha Kwang Su, mientras escuchaba al compañero Comandante en jefe se acordó de Choe Chang Gol, que vivía en el pueblo de Doksangol cerca de Liuhe. Y aunque el General nunca hablaba de esta cuestión, se suponía que esperaba con impaciencia noticias de Choe Chang Gol. De haberse tomado medidas con anterioridad, sobre la marcha, habrían podido dirigirse directamente hacia Doksangol.

Cha Kwang Su se sentía culpable ante el compañero Kim Il Sung por pasividad. Aun así, consideraba que sin explorar de antemano la situación, el compañero Comandante en jefe no debía ir de ninguna manera a Doksangol, pueblo con el que no se tenía contacto desde hacía algunos meses.

Irritado miró el sol y calculó la hora. Después llamó a Jon Kwang Sik, que acababa de regresar de Tonghua, donde se había quedado unos días para solucionar algunos asuntos. Después de ordenar a Kwang Sik que despachara las cuestiones pendientes, se dirigió al Cuartel General que se encontraba en la retaguardia. Precisamente en la falda de la montaña, donde se encontraba la columna de guerrilleros, se tocó con el compañero Comandante en jefe que, acompañado de dos ordenanzas, venía a su encuentro.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó el compañero Comandante en jefe a Cha Kwang Su, que se acercó a saludarle—. ¿Hay algún sitio apropiado para acampar?

—Podemos confiar en la población. Verdad es que hay algunos miembros del “cuerpo de autodefensa” pero no son de cuidado. De todas formas, como muy cerca de aquí pasa una carretera, sería prudente alejarse unos diez *ríes* hacia las montañas. Ya di orden al compañero Jon Kwang Sik para que mandara un hombre de exploración.

—Bien. También yo había pensado lo mismo. Esto significa que disponemos de cierto tiempo hasta que el campamento esté listo.

El compañero Kim Il Sung determinó la hora por la dirección del sol y desvió su mirada hacia Kwang Su, quien al instante adivinó el pensamiento del Comandante en jefe.

—No se preocupe, compañero Comandante en jefe. Tenemos tiempo suficiente. Permítame ir a ver al compañero Choe Chang Gol.

—¿Solo? —preguntó el compañero Comandante en jefe como si tal

cosa, y echándose las manos atrás se quedó pensativo—. Dice usted que quiere ir solo… —repitió con calma, pero Cha Kwang Su por la entonación se dio cuenta de que no podía seguir el pensamiento del compañero Comandante en jefe, que éste nuevamente se lo había adelantado.

Si el propio Comandante en jefe había conducido el destacamento a esta región quería decir que era necesario visitar á Doksangol.

Después de la lucha contra las obras del ferrocarril Jilin-Hoeryong y de haberse aprobado el plan de intensificación del trabajo político entre amplias masas de la ciudad y del campo, Choe Chang Gol hizo suyas las ideas del compañero Kim Il Sung y voluntariamente marchó a Liuhe. Tanto por el trabajo que realizaba en la localidad como por su amistad durante los tiempos de Jilin, al compañero Kim Il Sung no le era indiferente la suerte de Chang Gol. Además era el compañero más íntimo de Kwang Su puesto que desde el comienzo de su labor revolucionaria había luchado juntos, compartiendo penas y alegrías. Otros guerrilleros del destacamento también conocían a Chang Gol. Kwang Su debía haber sido más perspicaz para adivinar la intención del Comandante en jefe cuando trazó el itinerario hacia Liuhe y hoy tenerle preparado el informe sobre la situación en Doksangol.

Cha Kwang Su meditaba cabizbajo, cuando la voz sonora del Comandante en jefe le volvió a la realidad.

—Bueno, elija a un guerrillero para que lo acompañe y encuentren al compañero Choe Chang Gol. Es necesario trazar el plan de acción del destacamento de tal manera que contribuya a la labor de Chang Gol. ¡Quién sabe lo que puede pasar! Doksangol es un lugar tan apartado, que la gente puede asustarse cuando vea aparecer un destacamento tan grande…

Kwang Su se puso inmediatamente en camino. Con él iba Jin Il Man,

amigo inseparable de Chang Gol desde los años de Jilin, y un ordenanza.

Jin Il Man, emocionado, se imaginaba el encuentro con su íntimo amigo. A ambos les gustaba la lectura y tenían facilidad de palabra, sólo que Chang Gol era un poco más apasionado que su compañero. Las frecuentes discusiones que surgían entre ellos los unían aún más.

Kwang Su caminaba rápidamente e Il Man se iba quedando rezagado poco a poco; por eso, cuando quería preguntarle algo, tenía que correr hasta alcanzarlo:

—¿Es verdad que Chang Gol lloró de alegría cuando le informaron sobre la línea aprobada en la reunión de Kalun?

—¿Quién te dijo que él había sido el único en llorar? —respondió con un tono un poco brusco Kwang Su.

—En realidad, todos estaban muy contentos. Yo mismo pude comprobarlo en Dunhua, a donde me enviaron. Allí los compañeros de las organizaciones clandestinas decían que el documento les hacía ver el mundo de otra manera. Compañero jefe de compañía, hace ya más de medio año que no tenemos enlace con Chang Gol, ¿no es verdad?

—Más o menos. Si la memoria no me falla, Pak Ung Chon fue detenido el invierno pasado cuando se dirigía a entrevistarse con él.

—Me parece que el compañero Comandante en jefe está muy preocupado por Chang Gol. Recuerdo que cierta vez, estando yo de guardia en el Cuartel General, lo vi meditabundo hasta muy entrada la noche. Después, salió de la habitación y me preguntó sobre la familia de Chang Gol.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Kwang Su deteniéndose bruscamente.

Il Man miró perplejo a su superior, sin comprender la causa de tal interés, y esforzándose por recordar dijo:

—Si a Ung Chon lo mataron en el invierno, entonces aquello debe

haber ocurrido esta primavera… ¡Claro en Liangjiangkou!

—¿Y cómo no dijiste nada hasta ahora? —gruñó Kwang Su al tiempo que apuraba el paso.

—Es que… —empezó a justificarse Il Man pero Kwang Su ya estaba lejos…

Al atardecer llegaron al pie de una montaña, situada en los alrededores de Doksangol. En la única casa de campesinos que allí se levantaba, se enteraron de que en el pueblo no había japoneses, pero que a unos diez *ríes* del lugar se hallaba el cuartel con un pelotón y policías.

Desde la ensillada donde por doquier florecía la lespedeza se divisaba una aldea cómodamente asentada en una quebrada. Diseminada entre ondulantes pendientes aquella aldea de más de trescientas casas sugería la forma de una pala.

—¡El mismo chopo! —alegre exclamó Kwang Su por primera vez en todo el día cuando vio en la ladera izquierda del monte un álamo alto de exuberante corona.

—Vamos, compañero Jin. Debajo de ese chopo tiene que haber un manantial.

Choe Chang Gol conocía al dedillo su entrañable aldea. Hablaba de sus molinos y senderos, de cosas aparentemente sin interés, con tanto entusiasmo que uno diría que se trataba de lugares fabulosos. Quizá este amor hacia Doksangol y sus vecinos fue lo que lo impulsó a ir a su aldea como voluntario a pesar de la rigurosísima vigilancia.

Allí, majestuoso, se erguía el chopo que Chang Gol tanto” quería: robusto y bello, mudo testigo de las tragedias que se desataron en el lugar. Sus hojas gruesas y anchas, fortalecidas en el verano por la abundancia de rayos solares, centelleando a la luz del sol poniente con todos los colores del arco iris.

Cha Kwang Su y Jin Il Man abrazaron el rugoso tronco que ya

conocían de oídas y se quedaron contemplando[1] la aldea, con el corazón palpitante de emoción. Después rodaron como niños por la pendiente, agarrándose a las flores que crecían al borde del sendero y levantando nubes de amarillo polvo. Abajo en el lado izquierdo de la escarpadura cubierta de heno descubrieron el manantial. Apacible como si en el fondo reposara la misma calma, manaba el agua mansamente, sin el más leve ruido. Se quedaron absortos contemplándolo.

—¡Qué agua más cristalina! —exclamó con alegría el ordenanza, secándose el sudor de la frente.

Al pie de la escarpa sobresalían raíces de hierba cuyas hojas flotaban en el manantial. Del chopo cayó una hoja, giró sobre la superficie del agua y se deslizó por entre la hierba.

Al borde del manantial alguien había colocado dos piedras, cosa rara en aquellos terrenos arcillosos. Los guerrilleros, apoyándose en ellas bebieron por turno, echando las viseras hacia atrás y hundiendo los rostros en el agua clara. Saciada la sed rompieron a reír alegremente.

En los alrededores de la aldea reinaba el silencio. A lo lejos se divisaban las figuras de unos campesinos que volvían de las faenas. Cha Kwang Su pasó lentamente por delante de unas cuantas casas. En el patio de una de ellas vio a un muchacho de pelo revuelto, que dejaba caer de la espalda una carga de hierba recién segada.

—¡Eh! Haga el favor de acercarse un momento —gritó intencionadamente en voz alta Cha Kwang Su mientras observaba al muchacho, que le pareció un poco huraño.

Aquél se quedó vacilante mirando con recelo a los tres desconocidos, vestidos con trajes nada corrientes, y luego de un momento preguntó con lentitud y timidez:

—¿Y ustedes, quiénes son?

—Unos caminantes —contestó Kwang Su estimando que era

inconveniente confiarse al muchacho, y añadió—: ¿No vive en esta aldea Choe Phil Su?

Así se llamaba el padre de Chang Gol. El muchacho mostró todavía más recelo.

—¿Choe Phil Su? Sí, vive aquí… Pero, ¿de dónde son ustedes?

—Hemos caído bien —respiró con alivio Kwang Su, y quitándose el sudor de la frente se volvió a Il Man.

—¿Cuál es su casa? —preguntó presuroso Il Man.

—Esta pero…

—¿Qué? —preguntaron, ambos al mismo tiempo dando unos pasos adelante.

—¿Está el hijo del dueño de casa, el cantarada Choe Chang Gol que estudió en Jilin? —preguntó impaciente Il Man.

El joven, sombrío, miró a los desconocidos, desviando la mirada de uno a otro. Kwang Su sintió que se le oprimía el corazón por un mal presentimiento.

—No tengas miedo. Somos amigos íntimos de Chang Gol. —contestó Kwang Su, aunque tardíamente, a la pregunta del muchacho, observando atentamente la expresión de su semblante. El joven volvió la cabeza a un lado y pronunció débilmente:

—Mi hermano ya no está aquí.

—¿Tu hermano? Ah, entonces tú eres Dok Gwon. ¿Pero dónde está? Hemos trabajado juntos. ¿A dónde se ha ido?

Kwang Su, como espantando el mal presentimiento que le oprimía el pecho, sacudió por el hombro al muchacho, que había abatido la cabeza.

—Me lo figuraba hace tiempo. Ustedes son guerrilleros, ¿sí? Oímos decir que viene un destacamento guerrillero. Pero mi hermano ya no está —balbuceó Dok Gwon, mirando con ojos empañados a Kwang Su, que descansaba la mano en su hombro.

—¿Le pasó algo?, habla claro —terció Il Man, sin poder contenerse.

—Lo mataron.

—¡¿Qué lo mataron?!

Cha Kwang Su retiró desmayadamente la mano que tenía sobre el hombro del muchacho. ¿Sería posible que hubiese muerto, el romántico revolucionario Choe Chang Gol, tan joven como era, tan animoso y optimista?…

—¿Será posible? Cuenta cómo fue —insistió Jin Il Man, acercándose más a Dok Gwon, como si se dispusiera a asirlo de la solapa.

Kwang Su puso la mirada en el chopo que se erguía en lo alto del cerro. El viento de la tarde agitaba su copa, encendido por los rayos del sol poniente. Kwang Su oía como en sueños el incoherente balbuceo del muchacho.

—…Fue el invierno pasado. En otoño descubrieron la organización, los agentes lo escudriñaron todo y mi hermano no ogro ocultarse. Lo metieron en la cárcel y durante dos meses y nueve días lo torturaron, pegándole con porras, y después lo fusilaron. La víspera estuvo nevando toda la noche hasta el amanecer. Lo llevaron descalzo a la muerte. La nieve le llegaba hasta los muslos… Tenía toda la ropa desgarrada… Gracias a Dios, aquella tarde el viento había amainado un poco…

*   *   *

—Mi hijo, ¿saben?, murió dando vivas al General Kim Il Sung. Y ya que el mismo General ha venido a este rincón perdido a preguntar por mi hijo, saldré a recibirlo, es mi deber de ciudadano.

El viejo Choe Phil Su se apresuró a buscar la bata.

Kwang Su envió al ordenanza al Cuartel General y a duras penas, logró persuadir al viejo de que se quedara en casa. Pero le atormentaba

pensar cuánto afligiría la mala noticia al compañero Comandante en jefe. Pasará en vela toda noche, desconsolado, y nada más rayar el alba se dirigiría hacia allí con el destacamento. Kwang Su había advertido al ordenanza que fuera prudente al comunicar el suceso al compañero Comandante en jefe, pero no podía tranquilizarse. Además, no sabía cómo conducirse con los familiares del compañero fusilado, ni cómo expresarles el dolor que le oprimía el corazón. Desde el día en que la desgracia se abatiera sobre aquella casa había transcurrido mucho tiempo, y, como poseían una gran presencia de ánimo, el padre y la madre no lloraban. Los ancianos procuraban consolar a Kwang Su, embargado de dolor. Pero el viejo O no pudo retener unas lágrimas al recordar que sus paisanos se hacían lenguas del hijo, diciendo que era el orgullo de Doksangol y la persona más notable de toda la región de Liuhe. El pesar de Kwang Su se acentuaba cuando ponía los ojos en la joven Ok Nyo, que, en la cocina fregaba en silencio la vajilla.

La gente que había visto al entrar en la casa y todo lo que se hablaba allí le era familiar, lo conocía bien por los relatos de Choe Chang Gol. Lo único que lo sorprendió fue la joven Ok Nyo, que se quitó el delantal, se secó las manos y le hizo una reverencia, inclinando la cabeza, peinada con raya al medio.

—Es la compañera Ok Nyo. Ella y mi hermano… —a Dok Gwon se le atragantaron las palabras, dio a entender como pudo que la joven había sido la prometida de su hermano y continuó:

—Mi hermano la invitó a venir a nuestra aldea para que diera clases en la escuela nocturna. Pero, cuando la madre se puso peor del asma, vino a casa y se hizo cargo de la cocina. Luego detuvieron a mi hermano. Ok Nyo le llevaba a la cárcel comida y cambios de ropa hasta el mismo desenlace de la tragedia. Le repetimos muchas veces que debía irse a su casa, pero no quiso. Ahora ya no le decimos nada.

Los abatidos hombros de la muchacha, que permanecía callada, expresaban mejor que hubiesen podido hacerlo las palabras la gran tragedia de su vida. Su rostro no reflejaba ni pena ni alegría, pero sus ojos negros, de largas pestañas, se encendieron, radiantes, al mirar al amigo del hombre a quien tanto amaba.

—¿Es usted el compañero Cha Kwang Su? —preguntó quedamente, húmedos sus ojos de mirada inteligente.

Kwang Su asintió con la cabeza, no sin sorprenderse de que la joven supiese cómo se llamaba. Y comprendió que había contestado distraídamente a una pregunta rebosante de hondo sentimiento.

Ok Nyo estaba ocupada en la cocina, sin hacer el más leve ruido, pero Kwang Su se imaginaba claramente el acerbo dolor que mordía su corazón.

En el patio dejaban oír sus voces los grillos. El viento, con soplo leve, penetraba por la puerta, abierta de par en par, acompañado de los trinos mágicos de la noche veraniega. La hoguera que habían encendido para espantar los mosquitos ya no despedía humo y el grávido rocío inclinaba los tallos de ¡as hierbas. En oriente apareció tras la montaña la luna encuarto menguante, que parecía una hoz, pero todo seguía envuelto por la oscuridad de la noche.

—Acuéstate ya, hija —dijo a Ok Nyo el anciano, que estaba sentado en el cuarto junto a la cocina con aire ausente, una larga pipa en la boca; luego, se levantó y apoyándose en el quicio de la puerta, se asomó a la otra habitación.

—Estará cansado de la caminata. Perdone que lo importunemos hablándole de nuestra desgracia y no lo dejemos descansar. Anda, hijo, haz la cama para nuestro huésped.

—No se tomen ustedes tantas molestias, padre. Quería pasar la noche en el cuarto de Chang Gol, para entregarme al recuerdo. Les rogaría que

cerrasen la puerta. No se preocupen más de mí.

—¡Qué alma tan bondadosa! Y aún dicen que la gente se está volviendo dura —profirió la anciana desde su cálido rincón. Al asma que sufría desde hacía mucho tiempo había venido a sumarse el dolor de la muerte del hijo, y pasaba en la cama la mayor parte de los días.

Dok Gwon parecía no haber oído al padre. Seguía sentado, inmóvil como una estatua, un brazo apoyado en un ángulo de la mesita de su hermano. Kwang Su callaba también, gacha la cabeza, pasando la mano por los libros que había sobre la mesita, y por el marco de un retrato que había junto a ellos. La mesa y los libros parecían guardar el calor de las manos de Choe Chang Gol. En la fotografía, que era de los tiempos en que estudiaba en la Escuela Media No. 5 de Jilin y había sido tomada en el parque de Kangnam poco después de haberse constituido la Unión de la Juventud Antiimperialista, estaban Choe Chang Gol, Cha Kwang Su y otros compañeros.

Kwang Su recordó que Ok Nyo le había reconocido nada más verle, y se imaginó el dolor que aquella fotografía causaba allí a todos, recordándoles la pérdida del hijo, el hermano y el amado.

Se oyeron pisadas en el patio. Kwang Su levantó la cabeza con lentitud y vio entrar a Il Man, que estaba de centinela.

—Compañero jefe de compañía, viene el compañero Comandante en jefe.

—¿Qué? —preguntó Kwang Su levantándose y poniéndose de prisa el gorro—. ¿Y el destacamento?

—El destacamento no se ve. Parece que al compañero Comandante en jefe lo acompaña el instructor político Jon Kwang Sik y no sé quién más. Kwang Su e Il Man atravesaron el patio, cambiando unas palabras. Súbitamente Kwang Su se volvió y dijo al dueño de la casa y a su hijo:

—Viene el General Kim Il Sung.

—¿Cómo? ¿Qué viene el General mismo a estas horas? —el viejo se quedó pasmado, pero se recobró al instante y entró rápido en casa, diciendo: Dame la bata, vieja, y tú, hijo, búscame el cordón de los calcetines.

El compañero Kim Il Sung entró en el patio y se detuvo. Al enmudecer sus pisadas, presurosas y fuertes, se hizo un silencio abismal. El compañero Comandante en jefe escuchó el informe de Il Man y asistió con la cabeza. Luego se volvió hacia los ancianos, que rebullían en el zaguán de la casa. El viejo se precipitó tambaleante hacia el patio, sin siquiera ceñirse la bata. Sus manos, tendidas como si implorase ayuda, temblaban convulsas.

—¡Padre! —el compañero Kim Il Sung dio unos pasos y descansó las manos sobre los escuálidos hombros del viejo.

—Estaba esperándole, querido General. Por fin le veo. Ya puedo morir tranquilo.

El compañero Kim Il Sung permanecía callado, la cabeza inclinada sobre el pecho. Relente se posaba en su alborotado pelo y en su uniforme, ya mojado.

—Padre, han sufrido ustedes una pérdida irreparable en esta tierra extraña, tan lejos de la Patria. Nuestros enemigos jurados, los japoneses, nos arrebataron a Chang Gol. Pero sepa, padre, que su hijo no derramó en vano su sangre, luchó por la revolución heroicamente, hasta el último aliento.

El compañero Comandante en jefe hablaba en voz baja, y su tono era tan triste, que a todos oprimía el corazón. El relente seguía cayendo, y en la colina donde se mecía el chopo se desgañitaba una lechuza.

Nadie levantaba la cabeza. Una profunda pena embargaba al que, al enterarse de la muerte de su compañero de lucha se había puesto en camino inmediatamente y había cubierto en una noche más de veinte

ríes. El viento dejó de soplar, como influido por aquel triste silencio.

Seguía cayendo el relente como si el cielo llorase por el Comandante en jefe, la pérdida del compañero. El General Kim Il Sung había querido llorar, gritar, pero no podía, no debía hacerlo.

De repente, Ok Nyo, que estaba en un rincón del patio, se tapó la cara con las manos y corrió a la cocina. En aquel mismo instante, la anciana se desplomó en el zaguán y estalló en sollozos.

—¡General, querido General! Si mi Chang Gol viviera ¡cómo se alegraría de verle!

—Madre… —el compañero Kim Il Sung se acercó despacio a la anciana y la levantó amorosamente. Ella seguía sollozando, la cara pegada a la manga del General. El compañero Kim Il Sung acarició los hombros temblorosos de la pobre anciana, sacó el pañuelo y le enjugó las lágrimas.

—No sufra tanto, madre. Chang Gol estará siempre con nosotros. En su lugar nos tendrá usted a sus compañeros.

—¡El cielo ve lo que digo, General! —exclamó la anciana llorando todavía con mayor amargura—. Qué más puedo desear ahora yo, madre del hombre cuya pérdida tanto le duele. Le doy las gracias, General, y le deseo muchos, muchos años de vida.

De la cocina llegaban los sollozos de la muchacha. El viejo, de cara al muro de arcilla, se llevaba de vez en cuando a los ojos las puntas del cinturón de la bata.

De pronto Cha Kwang Su vio en el chopo, sobre el que pendía el cuerno de la luna, el rostro de un joven que sonreía bondadosamente. Era el semblante de Chang Gol, “celebridad” de la Escuela Media No. 5 de Jilin. Para ver mejor la imagen del amigo, Cha Kwang Su cerró con fuerza los ojos y volvió a abrirlos, pero le brotaron de repente las lágrimas, y la cara de Chang Gol desapareció. No se oía más que el monótono llanto de la lechuza.

*　　　*　　　*

El camino parecía una gran serpiente que apretara en sus anillos a Doksangol, un pueblecito que parecía desde lejos una enorme paleta. El Cuartel General se había alojado donde el camino, enderezándose, salía a la llanura. La casa, bastante espaciosa, con la techumbre agujereada, había sido en otros tiempos una posada y se hallaba en un lugar apartado y siempre tranquilo. Aunque el paraje era muy recoleto, los guerrilleros habían puesto guardia desde la tarde del día anterior a la entrada y a la salida del pueblecito, y por allí nadie podía pasar desapercibido.

Tanto los guerrilleros, que ya habían empezado su trabajo entre la población, como los hombres que esperaban órdenes en el patio, ante el Cuartel General, tenían la vista fija en la puerta tras la que se hallaba el compañero Comandante en jefe.

La guerrilla había llegado al pueblo por la mañana, pero todos se habían enterado ya de la muerte de Choe Chang Gol y conocían cuál era la situación en el pueblo; sabían, incluso, que el compañero Comandante en jefe había pasado la noche con los familiares de Chang Gol.

Al amanecer, el compañero Comandante en jefe volvió al Cuartel General. Su semblante expresaba dolor e ira. Se puso a trabajar en seguida, sin tomar siquiera un bocado. Lo primero que hizo fue escuchar los partes sobre la situación en la región de Doksan. Informaron Dok Gwon y, luego, unos jóvenes que habían pertenecido a la organización clandestina.

A eso del mediodía, llegó pasando a la vuelta por el puesto de enlace provisional de Tonghua el mensajero que habían enviado a Wangqing. Algunos enlaces de otras regiones se habían presentado cuando el destacamento se encontraba en Tonghua, y dos lo alcanzaron camino de Liuhe.

En el Cuartel General reinaba el silencio, aunque había mucha gente. Todos evitaban toser o pisar fuerte. Pues sabían que el compañero Comandante en jefe sentía airado dolor.

El compañero Kim Il Sung escuchaba atentamente lo que contaban los jóvenes del lugar, mientras acariciaba de vez en cuando los libros de Chang Gol, que estaban encima de la mesa. Procuraba que no se le escapase el más pequeño detalle. Le interesaba, literalmente, todo lo relacionado con Chang Gol. Le contaron que nada más llegar emprendió la organización de los grupos clandestinos, trabajó hasta el último instante de su vida, cayó en manos de un agente secreto, que se hacía pasar por vendedor de desodorante de menta, y murió como un valiente. El compañero Kim Il Sung apuntaba en una libreta los datos más importantes. Primero detuvieron a un miembro de la Unión de la Juventud Antiimperialista, después, al presidente de esta Unión local y a la presidenta de la Asociación de Mujeres, y en curso de un mes desarticularon todas las organizaciones clandestinas, esparcidas en setenta u ochenta *ríes* a la redonda. Escuchando esta dramática historia, el compañero Kim Il Sung cerró lentamente los párpados.

—Las organizaciones las reconstruiremos. Nos vengaremos de los enemigos. Llamen a Jin Il Man, a Jon Kwang Sik y a Han Hung Gwon. Jon y Han deben de estar en casa de Chang Gol.

Después, dirigiéndose a Dok Gwon y a los dos jóvenes militantes de la Unión de la Juventud Antiimperialista, dijo:

—Los enemigos nos han privado de valiosos compañeros. Pero esto no debe asustarnos ni hacernos retroceder. Como veis, compañeros, el pueblo coreano tiene ya su propia fuerza armada revolucionaria, el Ejército guerrillero, nacido en el curso de sangrienta lucha. Cada fusil que llevan al hombro nuestros guerrilleros está bañado en la sangre de nuestros compañeros de lucha por la revolución. Por eso, siempre que

disparamos al enemigo, nos imaginamos que junto con nosotros pelean los compañeros caídos. ¡Pensad, compañeros! ¿Por quién dio su joven vida el compañero Choe Chang Gol? Para lograr la felicidad “y el bienestar personales podría haber elegido otro camino. Pero luchó, arriesgando la vida, para rescatar la Patria y salvar al pueblo coreano. El compañero Choe Chang Gol cayó, las organizaciones han sido destruidas y la represión enemiga ha cobrado proporciones nunca vistas. En una situación así es posible desconcertarse por un momento. Comprendo que no sabéis cómo proteger de la represión vuestra organización y fortalecerla, perdisteis el contacto con nosotros y os visteis obligados a suspender vuestras actividades. Pero no hay que permanecer con cruzados brazos, tenéis que continuar la tarea empezada por Choe Chang Gol. Sólo en tal caso estará siempre entre nosotros.

Los tres jóvenes, emocionados por las cordiales palabras del compañero Kim Il Sung, tenían los ojos humedecidos. Se presentaron Kwang Sik e Il Man. Llevaban consigo cinco fusiles.

—¿Qué es eso? —preguntó el compañero Comandante en jefe.

—Una reliquia dejada por el compañero Choe Chang Gol para la revolución —respondió con voz temblorosa Kwang Sik.

—¿De Chang Gol?

El compañero Kim Il Sung tomó uno de los fusiles, al parecer engrasado poco atrás, y miró interrogativamente a los recién llegados.

—Un mes antes de su detención… —explicó Il Man, abatiendo la cabeza—. El y Ok Nyo los enterraron al pie de un árbol, en la montaña que hay detrás del pueblo. La compañera Ok Nyo nos dijo que por lo visto, Chang Gol presentía la proximidad del peligro y se preparaba para hacerle frente. Ella no se había dado cuenta de ello.

Siguió un doloroso silencio. El compañero Kim Il Sung, acariciando uno tras otro los fusiles, dijo en voz baja, como para sus adentros:

—El pueblo de Doksangol está impregnado de la sangre de los revolucionarios. Aquí pereció también Pak Ung Chon, que vino a informar de la línea que se había adoptado en la reunión de Kalun. Esta tierra se cubrirá sin falta de flores. Y hay que hacer que los enemigos tiemblen de miedo a la simple mención de Doksan. Que las generaciones venideras visiten este rincón perdido, este alejado desfiladero, para rendir homenaje a la memoria de los revolucionarios de la vieja generación.

El compañero Kim Il Sung levantó la cabeza. En sus ojos fulguró un relámpago. Al instante se hizo un silencio tan denso, que parecía como si todos hubiesen dejado de respirar.

—¡Compañero Jon Kwang Sik!

—Presente —dijo el nombrado, poniéndose de pie rápidamente.

—Vaya sin demora alguna a la ciudad de Liuhe, busque allí a ese mercachifle de desodorante de menta y acabe con él en nombre de la revolución. Pero hágalo de manera que todo el mundo sepa por qué se castiga a ese canalla.

—A sus órdenes —dijo Kwang Sik, cuadrándose. Luego salió presuroso del cuarto, sujetando con la mano la funda de la pistola, que llevaba colgada del cinto.

—Compañero Jin Il Man, empiece, con estos compañeros, a reconstituir la organización revolucionaria de la región de Doksan. Lo primero que deben hacer es vertebrar la Unión de la Juventud Antiimperialista. Ante todo, busquen el núcleo que formó el compañero Choe Chang Gol.

—Entendido.

Cuando Il Man y los jóvenes del pueblo hubieron marchado, entró Cha Kwang Su y dio cuenta del trabajo que había hecho en el pueblo. Después sugirió, como de pasada, que el compañero Comandante en jefe

debería desayunar. Por toda respuesta, el compañero Kim Il Sung le propuso que escuchase con él los partes de los enlaces.

Los enlaces entraron.

En el Cuartel General se respiraba una atmósfera de combate. A la solitaria casa de maltrecha techumbre, situada al borde de un camino, junto a una quebrada sin nombre, afluían en caudaloso torrente las fuerzas de la revolución coreana. Entraban y salían continuamente presurosos ordenanzas, a veces aparecía Kwang Su para llamar a alguien y en ocasiones se oían en el interior las alegres carcajadas del compañero Comandante en jefe.

Los partes de los enlaces evidenciaban que el movimiento revolucionario se extendía por doquier en poderosa ola.

El plan aprobado en Jagundegi se llevaba ya a la práctica y empezaba a dar sus frutos. Choe Jin Dong y Ri Kwang se hallaban en la vorágine de los acontecimientos revolucionarios y realizaban con toda energía las ideas expresadas por el compañero Comandante en jefe. La revolución marchaba ya por el cauce trazado, y sus poderosas fuerzas se oponían a las furibundas embestidas de la contrarrevolución. Ri Hyok, que operaba en la región norte, decía en su parte lo mismo.

Kim In Ryong, Kim Chang Mun, Jang Yong y los demás compañeros enviados a las regiones periféricas después de ser proclamada la formación del ejército guerrillero en Antu informaban de que volverían al Cuartel General en octubre y adjuntaban los datos que habían reunido acerca de la situación general en las localidades donde se hallaban.

Resumiendo todos los partes, informaciones y noticias hablaban de que la chispa de la lucha encendida por el compañero Kim Il Sung había prendido a inmensos espacios y empezaban ya a llamear todas las regiones ribereñas del río Tuman e incluso las apartadas tierras del Norte.

“¡A armarse!”, llamó el compañero Kim Il Sung, y cada localidad y cada hombre dieron pruebas de ingenio y de valor.

Unos tomaban pistolas viejas, las untaban de alquitrán o las recubrían de papel de plata para que brillaran, y atacaban con ellas a la policía; otros, provistos de paquetes de pimienta y picas de madera, asaltaban los cuartelillos de policías y los puestos de guardia en los pasos del río.

En una región capturaban armas valiéndose de bombas de producción propia, lanzándose intrépidamente sobre los japoneses. Se daban golpes de mano. Por ejemplo, iban a los cuartelillos policiales tocados con bonete de luto en la cabeza, fingiendo que deseaban recibir la autorización necesaria para sacrificar ganado y se apoderaron en un santiamén de las armerías. Un valiente le quitó el uniforme a un gendarme japonés, se lo puso y desarmó a un policía, propinándole, después, una sonora bofetada.

Los miembros del Cuerpo Infantil también capturaban valientemente armas en distintas localidades. Unas mujeres que estaban lavando la ropa en el río apalearon y desarmaron a un policía que las importunaba.

—La revolución —observó el compañero Kim Il Sung —ha influido a nuestro pueblo combatividad y audacia, ha aguzado su inteligencia y despertado su espíritu de iniciativa.

Sus palabras traslucían una seguridad completa y sonaban con orgullo.

El compañero Kim Il Sung prestaba una atención especial a la marcha del trabajo en las bases que se estaban creando en diversas regiones. Escuchaba con el mayor interés los informes acerca de la situación en la región de Wangqing.

Tras haber escuchado el parte enviado por Ri Kwang, quien decía que la influencia de las fuerzas revolucionarias se había extendido ya a un territorio muy vasto, que comprendía siete u ocho pueblos —Saemgol, Hwangachon, Baenamugol y otros en torno a Yongphyong, enclavado al

pie de una cadena montañosa del Mabansan—, asentía satisfecho con la cabeza. Se rio alegremente al leer el pasaje del parte donde se decía que gran entusiasmo de la población hacía vanos los esfuerzos de la contrarrevolución por salvarse.

Por todas partes se desplegaba la lucha por formar destacamentos guerrilleros y crear zonas liberadas. Tales zonas surgían por doquier con tal rapidez, que los enemigos, desconcertados, no sabían qué hacer. Apenas se tenían noticias de la aparición en uno y otro lugar de una base de apoyo guerrillero, la zona liberada se extendía en seguida al territorio colindante con la rapidez con que se propaga un incendio en la estepa.

Empezaba una época de cambios bruscos. Desde que el imperialismo japonés envolviera en sus agresivos tentáculos el país, muchos coreanos erraban en busca de un refugio con los bártulos a cuestas o sobre la cabeza. Caminaban sin rumbo fijo, absolutamente desamparados. Poro desde el verano su estado de ánimo había cambiado por completo. Los ojos les brillaban, y caminaban más de prisa, como si temiesen que se les escapara el instante que había de poner fin a su triste suerte. La gente afluía a las bases guerrilleras, a las regiones liberadas.

—Por ahora, nuestro movimiento parece compuesto de arroyuelos —observó el compañero Kim Il Sung, mirando por la ventana, abierta de par en par, a las cadenas montañosas, sobre las que flotaban espesas nubes—. Pero, con el tiempo, todos los arroyos se fundirán en un gran torrente y formarán un mar. Sí, sí. Será como dije. Formaremos un gran torrente que barrerá toda esta sociedad plagada de males e injusticias. Para alcanzar nuestro objetivo, debemos procurar no se pierda en vano ni el rocío que baña la hierba.

Ante los ojos de Cha Kwang Su surgió de repente la imagen de Choe Chang Gol, cuya muerte había apenado tanto al compañero Kim Il Sung. En comparación con el infinito Universo y el curso eterno del tiempo, el

hombre lo mismo que el rocío que se posa en la noche de verano sobre la hierba y brillaba bajo los primeros rayos del sol, parecía a primera vista minúsculo, insignificante. Pero si lo abrazaba el gran guía de la revolución, el compañero Kim Il Sung, se convertía en una poderosísima fuerza, que entraba en la historia para perdurar en ella.

En los partes que se recibían de diversos lugares había también noticias amargas. Cuando dieron cuenta de la muerte de Ri Dong Chon, ocupado en la captura de armas, así como de sus últimas palabras, el semblante del compañero Kim Il Sung pareció petrificarse. Cha Kwang Su se estremeció. Una vida perdida, una gota de rocío, bastaba para causar al Comandante en jefe sufrimientos tan grandes, que sólo podrían compararse con un océano agitado por una furiosa tempestad.

En medio de un silencio deprimente, el compañero Kim Il Sung se levantó despacio, abrió la ventanilla y dijo con voz apagada:

—Ri Dong Chon… Grabemos este nombre en nuestros corazones. Seamos un mar en el que no se pierda en vano ni una gota de rocío.

El compañero Kim Il Sung fue a recorrer el pueblo, acompañado por Kwang Su, habló con los habitantes y se familiarizó con la labor política que se llevaba a cabo. Al volver al Cuartel General recibió a más de cien jóvenes de la región Doksan, que querían alistarse en la guerrilla. Comunicó personalmente a cada uno de ellos la decisión adoptada respecto a él. Estuvo todo el día trabajando, sin descansar un minuto, como si quisiera transformar toda la ira y la pena que bullían en él en una inagotable fuente de energía.

*　　　*　　　*

Ok Nyo puso otra mecha en la candileja, pero la luz no aumentó. El algodón estaba podrido y por mucho que lo retorciera absorbía mal el

aceite. La muchacha echó una mirada a la llama mortecina y exhaló un suspiro. Era la última noche que pasaba en aquella casa y el sólo pensar en ello la agobiaba. ¿Qué sería de los que quedan? La madre siempre se quejaba de que habría que tejer unos cuantos trozos de percal para el marido y para Dok Gwon, que tenían las ropas hechas jirones. Además, se acercaba la temporada de la cosecha. ¿Cómo se las iban a arreglar? Las faenas del campo Dok Gwon podría hacerlas, aunque a duras penas, con ayuda de los parientes y las organizaciones revolucionarias que han reanudado su actividad.

La mecha oscilaba ligeramente despidiendo tufo como si quisiera aumentar el malestar de la muchacha. Chang Gol había usado una lámpara de petróleo que tampoco iluminaba bien la estancia. Antes de él, no utilizaban este cuarto para vivir, sino para guardar los trastos. Fue Chang Gol quien lo arregló empapelando las paredes. Aunque aquí no penetraba el sol y había una gran humedad él pasó todo el verano enfrascado en lecturas de libros clandestinos e imprimiendo octavillas.

En ausencia de Chang Gol ella vivió en el cuartucho casi un año y le tomó cariño. Pero ese día le pareció, sin saber por qué, más sombrío que de costumbre. No caía en la cuenta de que ello se debía a su estado de ánimo.

Ok Nyo nuevamente dejó lo que estaba haciendo y detuvo su pérdida mirada en la llama de la candileja. Del interior de la casa llegaba el rumor de la conversación.

Cuando amanezca la guerrilla abandonará Doksangol, y Ok Nyo se marchará con ella. El General Kim Il Sung accedió al deseo de la muchacha de vengar la muerte de su compañero y la admitió en el destacamento. Y él mismo nuevamente vino a esta casa y se quedó con los viejos hasta muy entrada la noche.

Cantó el primer gallo. La muchacha volvió en sí y reinició su labor.

Por las noches ya empezaba a hacer frío y había que arreglarle el chaquetón guateado a la vieja, que sufría de tos crónica. En cuanto a las demás cosas, por lo visto, habría que dejarlas. Todavía tenía que hacerse para ella un morral y arreglar algunas prendas viejas o rehacerlas de modo que fueran cómodas en la vida guerrillera.

Apuntó la aurora. La mente de Ok Nyo continuaba llena de pensamientos amargos y superficiales.

"Después de lo ocurrido, ¿con qué cara podrás volver al hogar materno? Ya que tu novia Choe Chang Gol dio la vida en aras de la causa nacional de acuerdo con las normas del decoro humano tienes que irte a vivir para siempre a su casa" —le decía su padre.

El padre de Ok Nyo, un hombre de carácter, vivía en Hagachon, a ochenta *ríes* de allí. Seguramente en este momento, a pesar de lo avanzado de la hora, está en su casita de tejado de paja ocupado en alguna tarea. En su patria chica enseñaba en una escuela privada pero cuando los japoneses ocuparon Corea, se trasladó con la familia a Hagachon, donde empezó a trabajar la tierra. Renunció a los libros, porque, como él decía, es absurdo hablar de un código moral en este mundo en el que ni siquiera el concepto de la moral existe. Por cierto que era de las personas que sobreponen la moral humana a todo lo demás.

Eso ocurrió tres años atrás. Ok Nyo, luego de terminar la escuela primaria se mudó a Sinuiju donde su tía, e ingresó a trabajar en una fábrica. Cierto día, ya de regreso en casa de sus padres, inesperadamente se le presentó un joven desconocido. Vestía un raído uniforme de colegial color negro y cuando se quitó su sombrero de paja —que era de un blanco deslumbrante—se le erizaron unos pelos rebeldes. A primera vista daba la impresión de ser un hombre un poco inquieto. Su sonrisa era amplia y dejaba ver una dentadura blanca y fuerte. Ok Nyo se ruborizó y sonrió involuntariamente.

—Me llamo Choe Chang Gol. Me dijeron que usted vendría en seguida y decidí esperarla —dijo él como si hubiera encontrado a una antigua conocida. La muchacha, asombrada, abrió desmesuradamente los ojos, pero intuitivamente sintió que este muchacho de uniforme usado era una persona alegre, de carácter abierto, franco.

No se sabe por qué, pero desde el primer día que se conoció ella empezó a hacerle caso en todo, Chang Gol de buenas a primeras le exigió cumplir estrictamente lo que él mandase, afirmándole que tal era el deber de la juventud coreana. Pasado mucho tiempo, al acordarse de este primer encuentro, Ok Nyo sonreía para sus adentros pensando que ese trato del muchacho, que al principio le había parecido desenvuelto y algo grosero, no era más que una forma de ocultar su debilidad e inhibición ante ella. Como quiera que fuera, Ok Nyo se vio atraída por la pujante actividad del joven, a quien seguía con obediencia, sin llevarle la contraria. Él le traía pilas de libros y la obligaba a leerlos en unos cuantos días. También le ordenó encargarse de una escuela vespertina que acababa de organizarse. A veces le pedía que lo ayudara en la labor de propaganda. Siempre que venía a verla, se mostraba inquieto, movía constantemente su sombrero en la mano, y todo eso la desarmaba.

Así fue como ella, jurando que toda la vida marcharía a su lado, emprendió el camino de la lucha revolucionaria.

Mientras Ok Nyo se encontraba en Doksan por encargo de la organización clandestina, los padres de ambos se pusieron de acuerdo en casarlos el otoño siguiente, pero fue precisamente entonces cuando sobrevino la desgracia. Todo fue como un torbellino. Sólo quedó el uniforme raído de estudiante y el sombrero de paja blanco, que él llevaba en verano y en invierno, y que agitaba arrugándolo en la mano cuando arengaba al pueblo. Y, por supuesto, su imagen inolvidable y su risa contagiosa que dejaba ver una blanquísima dentadura.

Aun si su padre no le hubiera dicho nada, ella no habría regresado a su casa. Y no porque quisiera respetar la ética feudal, sino porque se lo exigía su corazón martirizado, y porque era demasiado sagrada la tarea que él había dejado y demasiado caro el sacrificio hecho por él para que ella se marchara a su casa y lo echara todo al olvido…

Ok Nyo se probó los calcetines guateados: era necesario hacérselos más holgados a la anciana, a quien en los últimos días se le habían hinchado los pies; de lo contrario, le iba a ser difícil ponérselos. También ensanchó las plantas y puso más algodón en ellas.

Sobre la valla de la casa vecina maulló un gato ladrón, que desapareció de pronto tras de la chimenea.

Ok Nyo, con la labor de costura en la mano, fijó su mirada en la mecha de la candileja. Con unos trozos de algodón que sobraba forró la cazadora en la espalda —la parte del cuerpo más expuesta al frío— y dio unas cuantas puntadas más en los costados y los hombros. Después introdujo una regla, volvió al revés las solapas y las estiró; aunque la ropa era vieja se sentía que abrigaba. Planchó una y otra vez los bordes abultados como si quisiera consolar el alma de la anciana y enferma madre.

“Qué dirá mi padre cuando sepa que me he marchado sin siquiera despedirme…” Volvió a pensar en el viejo, que se encontraba a ochenta *ríes* de allí, y al que no podía ir a ver por falta de tiempo. “En casa la madre y los hermanitos de alguna manera se las arreglarán, pero seguramente se ofenderán porque me he ido sin permiso. Pero otra salida no hay. Cuando termine estos quehaceres me pondré a escribir una larga carta a mi padre”. En realidad, hay muchas cosas que son más fácil escribirlas que contarlas en persona. ¿Quién, si no su padre, iba a comprender el corazón de ella? Aunque parco en palabras, él la comprendía mejor que nadie.

Dejó de coser el cuello y dirigió una mirada melancólica hacia el lado de la aldea Hagachon. Se oyó el chirrido de la puerta de entrada, voces de saludo, ruido de botas a través del patio y el chapoteo de pasos detrás.

Era el compañero Kim Il Sung, que se dirigía a su estancia. Ok Nyo abrió la puerta y a la luz pálida de la luna menguante distinguió la silueta del compañero Comandante en jefe. Detrás iba Cha Kwang Su.

Ok Nyo salió al patio e hizo una respetuosa reverencia. Cuando levantó la cabeza vio que el compañero Kim Il Sung se había detenido para decirle algo a Kwang Su. Luego el Comandante en jefe siguió su camino y Kwang Su se devolvió. Los viejos y Dok Gwon ya habían entrado y en el patio nuevamente reina el silencio.

Kwang Su se paró delante de la muchacha y le preguntó:

—¿Todavía no duerme usted? Por algo se preocupa el General.

—No se preocupe. Estoy preparando algunas cosas para mañana… —Ok Nyo cayó en la cuenta de que Kwang Su había regresado para saber de ella por orden del General, y, sintiendo irritación en la nariz, volvió la cabeza.

—Antes de emprender la marcha hay que dormir como es debido. ¿Le queda todavía mucho que hacer?

—¡Qué va! Estaba ocupada en unas menudencias… Ahora mismo me acuesto.

—Por favor, mire que el compañero Comandante en jefe está inquieto por Ud.

Kwang Su se retiró, pero Ok Nyo no tenía deseos de dormir. Descosió la última chaqueta de percal, que usaba en Sinuiju, y sirviéndose de un patrón cortó unos calcetines. La tela, demasiado vieja y muy gastada, apenas alcanzó para un par. Extendió el algodón, que guardaba aparte en una arqueta, y lo colocó con cuidado en los calcetines. Cuando ya se disponía a enhebrar la aguja, se oyeron unos

pasos ligeros. Ok Nyo con cautela abrió la puerta para no molestar a la gente de la casa. Ante ella vio a la guerrillera Yong Suk, de la que se había hecho amiga. Le hizo una señal para que entrase. Ya en la pieza, la muchacha se echó a reír alegremente. A la luz de la candileja parecía que tenía hinchados los párpados: se notaba que acababa de levantarse de la cama. Estaba claro que había venido por orden del capitán de compañía, Kwang Su. Ok Nyo se sintió conmovida y se le hizo un nudo en la garganta. A Yong Suk le bastó echar una sola mirada para comprender en lo que estaba ocupada su compañera. Luego buscó entre las prendas aquellas que Ok Nyo estaba arreglando y se las llevó consigo.

Ahora a Ok Nyo sólo le quedaba un calcetín por coser pero aunque Yong Suk le pidió que durmiese siquiera un poco, no creía que podría conciliar el sueño. Había que abandonar la casa donde vivió él, Chang Gol, despedirse de Doksan, localidad a la que estuvieron ligadas las ilusiones y las esperanzas de su compañero. Puede que ya no se le presente otra ocasión de andar por estas colinas, en las que se yergue el solitario chopo de frondoso ramaje donde él había perdido la vida.

Terminó de coser el calcetín. Se sentía vacía, y al pensar que de un momento a otro debería decir adiós a la casa que había sido como suya, la angustia la invadía y le daban ganas de llorar.

Ok Nyo sacó del fondo de la arqueta una libreta de apuntes de Chang Gol. Ella la había guardado en el fondo de un cesto hecho con ramas de sauce, y hoy, al buscar la tela que necesitaba para hacer el morral tropezó con ella por casualidad. Ok Nyo decidió llevarse esta reliquia, que era la más querida para ella. Pasó las hojas distraídamente: era el diario, del período de Jilin. Sus páginas desprendían olor a tierra y estaban impregnadas de humedad; a ella le hablaban del mundo donde no había estado todavía, pero que ya conocía y le era, entrañable.

Había leído y releído el diario decenas de veces; en algunas partes

tenía hasta huellas de sus lágrimas. Y ahora, por enésima vez se puso a hojear las páginas que tanto conocía.

Aquí había inspirados apuntes sobre el primer encuentro con un compañero, sobre discusiones acaloradas y emocionantes: había reflexiones en torno a un nuevo libro leído, impresiones de hechos grandes y pequeños y novedades de la escuela. Por lo visto, eran cosas que por aquel entonces le atraían, pero es difícil que un lector muestre el mismo interés por muchos de ellas. Sin embargo, a Ok Nyo le eran entrañables, preciosas, siquiera fuese porque en otros tiempos dominaron la mente de Chang Gol. En las páginas del diario se describía a un maestro de inglés, al que siempre se le caían los lentes; a un adivino que había en el parque de Beisan; a un corpulento molinero; a un soldado del Ejército de la Independencia que había muerto vomitando sangre; se hablaba de unos emigrantes de la provincia de Jolla que habían pasado una noche en vela en la estación de Jilin; se criticaba a una "barata revista de moda", que publicó versos de un malvado que ensalzaba en ellos la muerte y un artículo de un "borracho empedernido que había I dejado de ser persona" y que divagaba sobre la teoría demográfica de Malthus. Todo esto parecía a la chica más interesante y viva que la existencia que ella había vivido hasta entonces.

Listó unas cuantas hojas más y se detuvo al llegar a un sitio que acostumbraba leer con atención. De entre las demás palabras se destacaba el nombre del compañero Kim Il Sung, escrito en apretada y clara caligrafía. Ok Nyo enderezó la mecha con la punta de la aguja:

"…Cha Kwang Su dijo que el compañero Kim Il Sung es un cometa, y yo estoy completamente de acuerdo con él.

En nuestra Patria sumida en tinieblas, ha aparecido un cometa de relumbrante luz.

Esto lo sintieron todos los compañeros de la Asociación de

Estudiantes que se reunieron hoy en el parque de Beisan.

El compañero Kim Il Sung pronunció un discurso de más de dos horas. Su intervención —que se distinguía por un alto nivel teórico y originalidad y que no imitaba ni en lo más mínimo los discursos de dos teóricos y activistas sociales de fama mundial —era un excelente análisis de la época contemporánea y de la revolución coreana, lleno de previsiones geniales. Se trataba de un discurso audaz que conjugaba la veracidad y la profundidad de pensamiento con una gran claridad y que por eso mismo conquistó los corazones de cuantos lo escuchaban haciéndoles incluso derramar lágrimas de emoción.

En una palabra, yo me sentía como si hubiera nacido de nuevo, con más audacia y seguridad.

Un rasgo que caracteriza al compañero Kim Il Sung reside en el hecho de que obra en todo con sencillez y originalidad. El discurso de hoy, por ejemplo. Empleó palabras y expresiones de nuestro uso corriente pero, ¡qué impresión! Al ser pronunciadas por él se convertían en un torrente de ideas poderosas y profundas, y a uno le parecía escuchar la marcha de miles y miles de hombres acudiendo a la llamada de la época.

Su discurso, pronunciado con el brazo levantado hacia el cielo azul, mostró un nuevo camino al pueblo coreano, que está sufriendo bajo el yugo del imperialismo japonés, el camino de la gloria y del futuro del pueblo coreano.

Kim Il Sung es la única estrella que nos guía a treinta millones de compatriotas…

En el parque de Beisan”

Aquí los apuntes se interrumpían. Ok Nyo apretó fuerte la libreta contra el pecho y cerró los ojos. Le parecía estar oyendo la voz de Chang

Gol. Y también le pareció encontrarse en aquel momento en el parque de Beisan a su lado.

Chang Gol solía contarle de cosas similares a lo que había escrito en la libreta. Para ella era inolvidable una de las primeras noches de invierno, cuando los dos se dirigieron a pie, por unas colinas nevadas, a esconder unos fusiles. A una hora muy avanzada subieron el monte que quedaba al otro lado del pueblo. Chang Gol llevaba a la espalda un saco de paja sujeto con unas correas; ella iba detrás con una pala y una azada. Mientras Chang Gol hacía un hoyo y enterraba la carga, ella vigilaba.

—Ok Nyo —empezó Chang Gol con voz temblorosa, mientras bajaban de la colina—. Recuerda bien este sitio. Después de doblar la peña y de contar diez pasos al suroeste, debajo del saúco solitario hay tres fusiles de chispa y dos modernos.

—Imposible olvidarlo después de haber estado tantas veces aquí.

—¡Qué alivio ahora! —exclamó Chang Gol, dejando escapar vaho por la boca. Después echó una mirada al cielo del amanecer, que todavía estaba envuelto en tinieblas—. Llegará un día, Ok Nyo, cuando desenterraremos estos fusiles y marcharemos adelante en pos del compañero Kim Il Sung para hacer la revolución toda la vida. ¡Con qué impaciencia espero ese día! Imagínate, tú y yo con un fusil al hombro. Tú y yo como revolucionarios, marchando siempre en las mismas filas. Delante y detrás de nosotros irán muchos más. Y tú y yo caminamos juntos sin adelantarnos ni rezagarnos, juntos, uno al lado de otro. Y así hasta el fin de la vida.

A la muchacha empezó a palpitarle con fuerza el corazón. Ni siquiera sentía la nevasca que le escocía las mejillas; caminaba callada apretando las manos contra el pecho, donde el corazón brincaba de tal manera que se le hacía difícil respirar.

Poco después Chang Gol volvió a llamarla, esta vez con la voz ronca

del todo. La muchacha levantó la cabeza, él se detuvo, la miró a los ojos y poniéndole una mano en el hombro dijo:

—Fíjate, Ok Nyo, la revolución es una empresa difícil, donde todo puede ocurrir. Por eso debemos abordar con responsabilidad el cumplimiento de cada misión. No hay que caer en el subjetivismo, hay que tomar en consideración todas las contingencias que puede tener la cruda realidad. Yo no me propongo predecir mi suerte, pero hay que estar preparado para lo que pueda ocurrir. Es el deber del que está en la clandestinidad. Pon atención a lo que voy a decirte, no porque vaya a pasarnos algo, sino porque nunca está de más. En el caso de que yo no pueda desenterrar estos fusiles, lo harás tú, y luego junto con los demás te presentas ante el compañero Kim Il Sung y le informas.

La muchacha sintió que todo en su interior se había contraído de repente; no podía pronunciar una palabra, limitándose a dirigir a su novio una mirada suplicante. Chang Gol se había vuelto serio, extraño, como si fuera otro.

En lugar de consolar a la muchacha, que estaba asustada y aterida en medio de la nevasca, continuó con tono frío:

—Y si tú tampoco puedes hacerlo, Ok Nyo, tendrás que transmitir… el secreto a un compañero confianza, ¿entiendes? No importa que nosotros caigamos; la revolución coreana, dirigida por el compañero Kim Il Sung, no debe detenerse, tiene que seguir avanzando. En ello está para nosotros el verdadero sentido de la vida.

Chang Gol pronunció estas palabras con gran pasión, volviendo a ser el de siempre. La tensión había disminuido; Ok Nyo volvió la cabeza y se enjugó las lágrimas. Sin embargo, entonces ella no comprendió bien el sentido de lo que su compañero acababa de decir.

Y ahora se había cumplido su trágica predicción. Ok Nyo dobló la peña, contó diez pasos en dirección suroeste y hundió la pala al pie del

solitario árbol para desenterrar los fusiles. Después fue a dar cuenta de ello al compañero Kim Il Sung, a quien dijo que así se lo había mandado Choe Chang Gol. El secreto de dos personas, que sólo podía confiarse al Líder de la revolución, ahora había sido revelado y se reducía a cinco fusiles de los cuales uno le pertenecería a ella. Pero estaba ausente el hombre que le había propuesto marchar juntos toda la vida con el fusil al hombro. No era posible olvidar las palabras de aquella noche. "El compañero Kim Il Sung, a quien tanto deseo tenías de ver, fue a tu casa, a aquel perdido rincón entre las montañas, pero tú ya no estabas; no tuviste la suerte de verlo. Aquella noche dijiste que ibas a consagrar toda la vida a la revolución que dirige el compañero Kim Il Sung". Los recuerdos atormentaron todavía más la adolorida alma de Ok Nyo.

Cuando terminó de coser los calcetines que guardó junto con la chaqueta, y de escribirle a su padre, el cielo empezaba a clarear por el levante. La luna menguante que colgaba sobre el chopo seguía alumbrando pálidamente.

Era aún temprano para preparar el desayuno, pero ella no podía estar más tiempo en el cuarto. De ahora en adelante la vieja, que estaba enferma, tendría que hacer los quehaceres de la cocina. Había pues que limpiarla y traer la mayor cantidad posible de leña. Ya en la cocina Ok Nyo se destapó la tinaja del agua. "Si bien Dok Gwon podrá acarrear de a poco la leña suficiente, ¿quién le traerá el agua tan necesaria?" —pensó preocupada, echando miradas hacia el cuarto donde dormían los viejos. Después se dirigió al manantial con un cántaro sobre la cabeza. Conocía cada recodo del sendero, porque por él había andado muchas veces con Chang Gol. El sendero, inundado por la luz opaca de la luna, serpenteando se perdía tras un montecillo. Varias veces al día andaba con el cántaro este camino, pero ahora iba con el alma presa de melancolía. Luego de bordear un huerto largo y atravesar una elevación cubierta de

maleza, llegó al pie de la montaña. ¿Había luna o era noche oscura cuando estuvieron ella y él, juntos en este lugar? Hubo noches de luna y de ventiscas. También hubo tranquilas y tibias noches de primavera, cuando en los arbustos chirriaban los insectos. Pero hiciera la noche que hiciera, ella siempre tenía a Chang Gol a su lado. Hasta la más oscura noche le parecía entonces llena de claridad, y si había ventisca no sentía frío.

Llegó al manantial, recogió los bajos de la falda, se puso en cuclillas sobre unas piedras, pasó el calabacino por la superficie del agua y el cuerno de luna que en ella se reflejaba empezó a arrugarse hasta desaparecer. La muchacha sacaba agua, mordiéndose un labio tembloroso.

Ok Nyo, antes de que despertara la madre enferma, decidió llenar el tinajón, el perol que estaba desocupado y la tinaja para que la anciana no tuviera necesidad de salir por agua al menos durante algún tiempo. Como la muchacha iba de prisa el calabacino se balanceaba sobre el agua, derramándola por los bordes del cántaro. De vez en cuando Ok Nyo, maquinalmente quitaba con la mano las gotas que le caían hasta las mejillas. Los pensamientos tristes no la abandonaban. Por fin llenó el tinajón; la luna no aún había desaparecido. Después de llenar también la tinaja que estaba destinada para la pasta de soja y el perol, los secó bien con un trapo y los tapó. Luego hizo lo mismo con una cubeta y un barreño. “Hasta el amanecer todavía queda tiempo —pensó—, pero si enciendo el fogón despertaré a los viejos que se acostaron tarde”. Se puso a hacer limpieza con un trapo; después vació dos pequeños tarros que había para kimchi y los lavó, con el fin de llenarlos de agua también y así evitar que la anciana se molestara en lo más mínimo. Cogió el cántaro bajo el brazo y regresó al manantial por el mismo camino. En el agua volvió a ver el cuerno de luna que se balanceaba ligeramente, como

sonriendo. Sólo había una mitad, ¿y dónde estaba la otra? Metes el acetre y ella desaparece para luego volver a aparecer y mirarte bondadosamente; pero ¿dónde se habrá metido la otra mitad, la de aquella vez?

A su memoria viene una noche en que la luna llena parecía una jofaina de plata… La comparación pertenecía a Chang Gol. Era verano y pronto iba a hacer dos años que se conocían. Un día que estaba lloviznando se dirigieron a una aldea, a veinte *ríes* de allí, para crear una organización femenina. Salieron tarde y volvieron muy cerrada la noche. Cesó de llover y apareció la luna. Chang Gol todavía se mostraba tímido delante de ella, hablaba con cierto aire de jactancia y no sabía decirle palabras cariñosas, que estarían tan a tono con una noche como aquélla. Cuando llegaron a Doksangol él se puso a alabar las cualidades del agua del lugar, de la que decía que era muy fresca. Por lo visto trajo a colación este tema para salir de una conversación embarazosa, pero, como era un muchacho de temperamento, luego de afirmar que era dulce como el néctar llevó a la chica, poco menos que a la fuerza, por la resbaladiza ladera de la loma hacia el manantial para probar que tenía razón. Ok Nyo no tuvo más remedio que ponerse sobre la piedra para tomar agua, pero como sentía que Chang Gol la estaba mirando, se turbaba y no atinaba a sostener el líquido en sus palmas. Cuando las llevaba a la boca ya no tenía en ellas ni una gota.

—¿No es dulce?

—Como la miel —dijo ella despacio, aunque no había notado el sabor.

—Ahora te voy a enseñar cómo se debe beber —y poniendo una rodilla en la piedra mojada, apoyándose en ambos brazos Chang Gol se inclinó sobre el manantial—. Así se bebe, como un buey…— y al decir esto se quedó petrificado.

—¿Qué has visto?

—Mira…

En ese momento la luna llena empezaba a salir de entre unas nubes. La superficie, oscura del manantial se iluminó y vieron deslizarse sobre ella unas nubes de verano de formas caprichosas. La luna había reaparecido en un claro de nubes color lila para quedar suspendida en la bóveda celeste.

—¡Qué luna! —murmuró Ok Nyo, juntando las manos, como si fuera la primera vez que la veía.

—Como una jofaina de plata.

Se inclinaron juntando sus cabezas, como dos niños. La luna se ocultó y en el agua se desdibujaron las siluetas de sus rostros. Pero les parecía que seguían viendo la luna que, como ruborizada, se había ocultado nuevamente.

Poco después Chang Gol, con cierto aire perplejo, sin saber por qué, dijo:

—Pero si es igual a una jofaina de plata… Es la primera vez que veo una luna semejante.

Levantó la cabeza pero no vio la luna, que ya se había escondido para reaparecer al minuto. A la muchacha le ardía La cara y no sabía qué decir.

—Iluminado, limpio, infinito… ¡Oh, qué hermosa es la vida!… —dijo él como declamando, dirigiéndose al cielo inundado de luz de plata.

¡Cuánto optimismo había en estas palabras, cómo amaba él la vida! Se diría que no había tormentas ni montañas que se le pusieran delante. Sin embargo, él ahora yacía bajo esta misma tierra cubierta de hierba.

Sopló un vientecillo al amanecer, palideció la luna que se encogía y desaparecía, y del árbol se desprendió una hoja que cayó sobre la

superficie lisa del agua. Ok Nyo todavía creía seguir viendo en el espejo del manantial la imagen de su prometido.

Un día a esta loma, donde Chang Gol le había mostrado la luna, subió él hundiendo los pies en la nieve, golpeado, hecho jirones el uniforme de estudiante, hinchados y cubiertos de sangre los labios tras de los que en otros tiempos asomaban blancos dientes. Esta vez iba con la cabeza muy arriba, y al despedirse pronunció con más energía que nunca estas hermosas palabras:

—Queridos paisanos, estos canallas me trajeron aquí con la intención de que os traicionase a vosotros y a la causa del comunismo. Mirad esa fosa, a ella me empujarán y me enterrarán si no hago lo que ellos quieren. Paisanos, ¿acaso puedo yo traicionaros? ¿Cómo voy a traicionar yo a los padres que me dieron la vida y me criaron? ¿Cómo voy a traicionar a mis hermanos, a mis compatriotas, a la Patria? La dignidad del hombre se mide no por los años que vive, sino por sus convicciones, por lo que está dispuesto a dar incluso la vida. Queridos paisanos, creedme: el comunismo es el futuro de nuestra Patria. Tenemos que ir por este camino, el camino de las luchas revolucionarias por el que nos conduce el General Kim Il Sung. Amigos, seguid al General Kim Il Sung, que liberará nuestra Patria y os conducirá a una sociedad feliz. ¡Viva el gran Líder de la revolución coreana, el General Kim Il Sung!

Sonó un disparo y del chopo al que habían amarrado a Chang Gol se desprendieron unas hojas. Chang Gol dejó caer la cabeza sobre el pecho y volvió a levantarla. En el semblante del joven apareció su inolvidable sonrisa:

—Paciencia, compañeros; nuestro querido Líder vendrá sin falta —exclamó, y en ese momento se volvieron a oír más disparos.

Ok Nyo levantó con mano temblorosa la hoja que flotaba en el agua y

desvió la mirada hacia la loma donde se erguía el chopo. ¿Acaso no caen las hojas como aquel día, cual una bandada de gorriones? ¿Acaso esta calma del amanecer, sin el más leve ruido de insectos ni el susurro del viento, no es el mismo silencio sepulcral que siguió a los disparos, como sí el universo entero se hubiera sumergido en una paz solemne?

La muchacha recobró el dominio sobre sí misma y levantó la cabeza con un brusco movimiento. Debajo del chopo distinguió la silueta de un hombre que se dibujaba gigantesca al fondo de un cielo que empezaba a clarear. ¿Sería una visión? Sacudió la cabeza y aguzó la vista. No se había equivocado, no. Allí había un hombre contemplando en silencio la cresta del árbol que se erguía al cielo, y de vez en cuando pasaba la mano por el tronco. Después, lentamente dio unos pasos alrededor del chopo.

¿Quién será? Ok Nyo se puso de pie. Sopló un airecillo, luego se arregló el peinado y maquinalmente se encaminó hacia la loma. En aquel momento el hombre estaba mirando hacia el campo que se extendía al este.

—¡Oh, el General Kim Il Sung! —la muchacha se detuvo como clavada en el sitio.

Toda la noche, el gran Líder de la revolución, compañero Kim Il Sung, había estado en la loma, sobre la que se posaba el frío rocío, mirando y acariciando de vez en cuando aquel chopo, paseando alrededor algunas veces, con la cabeza baja y meditabunda. Esta mañana la guerrilla abandonará Doksangol, el pueblecito donde este árbol crecía. Puede que la separación con un hombre vivo sea menos dolorosa, porque una separación con lágrimas puede recompensarla otro nuevo encuentro. ¿Pero, por qué nuestro entrañable Líder estuvo hasta el amanecer pensativo junto al árbol, acariciándolo de vez en cuando? Porque ni siquiera la muerte puede romper los lazos de afecto, de devoción de confianza y camaradería que existen entre el Líder y el soldado de la

revolución. Esta es la fuerza que no dejaba al compañero Kim Il Sung abandonar el lugar.

Se estaba viviendo una época cruel, en un mundo anegado en lágrimas y sufrimientos. Sin embargo, los revolucionarios no se desesperan e incluso la muerte la afrontan con una sonrisa. Lágrimas de comunista son lágrimas de un pueblo que llora una desgracia irreparable.

El compañero Kim Il Sung nuevamente miró la cresta del chopo, otra vez pasó su mano por el rugoso tronco, cuya corteza había sido teñida con la sangre de Chang Gol.

Ok Nyo bajó la cabeza. Su corazón había sido invadido por un sentimiento de gratitud y de respeto hacia el gran Líder Kim Il Sung. Esto disipó sus penas, y las lágrimas que resbalaban por sus mejillas no de dolor eran, sino de dicha, porque ella misma se sentía amparada por la preocupación del querido Líder, que tanto ama al pueblo y tanto cuida a los soldados.

La muchacha alzó la cabeza, olvidándose de enjugar sus lágrimas. En lontananza, por el este, se dejaban ver por entre la maleza los fulgores de la aurora. La niebla gris que todo lo velaba empezaba a disiparse con rapidez. El compañero Kim Il Sung echó a andar a paso lento loma abajo. Ok Nyo se dio cuenta de que era inevitable encontrarse con él y no tuvo tiempo de concentrar sus pensamientos, se desconcertó, se quitó de la cabeza el rodete y se apartó al borde del camino. En ese mismo instante vio bajo el árbol la silueta de otro hombre, que seguía al General a respetuosa distancia. Era Cha Kwang Su, que a escondidas de los demás y del mismo General estuvo toda la noche custodiando a su Líder.

En el diario de Chang Gol a menudo se mencionaba el nombre de Kwang Su. Todos los combatientes sentían un gran respeto por este hombre, que ya en Huadian, en los tiempos de “T.D.”, había trabajado

activamente al lado del compañero Kim Il Sung. Pero él nunca trataba de demostrar sus capacidades y talento. Para él, su deber principal era el de acompañar y custodiar al Comandante en jefe. Por algo los compañeros decían que había que aprender de Kwang Su, que tenía un entusiasmo envidiable y extraordinarias capacidades de organizador. Tal vez no hubiera otro hombre más fiel al compañero Kim Il Sung. Esto también lo solía repetir Chang Gol. Kwang Su acompañaba y cuidaba al Comandante en jefe día y noche, siguiéndolo como una sombra. Ok Nyo comprendió que cada acto de Kwang Su estaba penetrado de un amor profundo y ardiente por la Patria, el pueblo y su compañero de armas; entonces sintió vergüenza por los días pasados, cuando no podía sobreponerse a sus penas.

Cha Kwang Su subió a la loma, miró el chopo, lo acarició y bajó la cabeza.

—¿Usted aquí, compañera Ok Nyo, y tan temprano? —dijo el General con voz de bajo, deteniéndose a cierta distancia de la chica.

—Buenos… —musitó ella, sin saber cómo saludarle, e hizo una profunda reverencia.

—Ya veo que usted no ha dormido. ¿Cómo podrá resistir la primera marcha después de haber pasado una noche así? —bromeó el compañero Kim Il Sung, acercándose despacio a la muchacha. Entonces vio el manantial.

—¿Es el manantial de que me habló? Présteme el acetre por favor.

La muchacha con presteza cogió el calabacino que flotaba boca abajo en el cántaro y lo limpió para servir al General.

—Déme el calabacino. Uno mismo debe coger esta agua. Así es más sabrosa —el compañero Kim Il Sung tomó el calabacino, se puso en cuclillas, lo llenó de agua y empezó a beber con deleite. En la superficie del manantial se reflejaba, como en un lienzo, su imagen.

—¡Oh, qué rica!

La mimosa voz del Comandante en jefe le recordó a su novio y la muchacha dirigió una rápida mirada a la loma. Kwang Su no se veía, sólo el chopo solitario susurraba mecido por el viento matutino. La mañana era radiante, prometedora, solemne. El compañero Kim Il Sung levantó el cántaro y ayudó a la muchacha a ponérselo en la cabeza. Después echó a andar a través de la maleza.

—¿Está ya preparada para la marcha?

—Sí, lo he arreglado todo.

—Muy bien. ¿Ya se lo ha hecho saber a sus padres en Hagachon?

—¿Qué? —la muchacha se detuvo en seco. "¿De dónde conoce el Hagachon?"—pensó.

—Allí viven sus padres, ¿no es así? —dijo el compañero Kim Il Sung, mientras continuaba caminando despacio, como si no hubiera advertido que la chica se había parado.

—En Hagachon está mi casa; a mi padre ya le escribí.

El Comandante en jefe sorprendido se detuvo.

—¿Vive Ud. tan sólo a ochenta *ríes* de su casa y en vez de" ir a despedirse le ha bastado con escribirles? —exclamó con tono severo sorprendido al tiempo que la miraba a los ojos. Ok Nyo sintió un tono de reproche y bajó la vista.

El compañero Comandante en jefe reanudó los pasos, poco a poco se iba apagando la aurora, mientras por el cielo avanzaba el azul. El cuerno pálido de la luna, como un pedazo de nube desgarrada se detuvo un instante en un extremo del cielo para luego desaparecer.

—He escuchado que anda usted muy atareada. Ya que va a abandonar Doksangol, es natural que ahora ayude en lo que más pueda a los viejos. Comprendo lo que Ud. siente y apruebo sus intenciones. También me doy perfecta cuenta de lo que sufre y por qué sale tan

temprano a buscar agua. Pero, compañera Ok Nyo, piense en su padre. Son sus padres los que más sufren la desgracia de usted. Las palabras de su padre, que me trasmitieron, me han conmovido muchísimo. Si las circunstancias lo permitieran, yo mismo iría a verlos por parte de Chang Gol. En todo caso, está muy mal que Ud. no vaya a despedirse de sus padres.

A Ok Nyo se le anegaron los ojos de lágrimas; casi no podía ver, y caminaba, como a ciegas, por aquel senderito que tan bien conocía. "El mismo General te ha reprochado, y, ¿quién, sino los padres, pueden decirte estas cosas". No cabía en sí de la emoción; sintió un nudo ardiente en la garganta. Caminaba meneando la cabeza como si sintiera el peso del cántaro.

—Justamente hoy sale un carro en esa dirección. Un enlace nuestro va a pasar por el pueblo de Ud. Así que prepárese para ponerse en camino; después de desayunar venga directamente al Cuartel General.

—Querido General, por favor, acépteme en la Guerrilla. Quiero ir con usted. Así se lo escribí a mi padre —dijo ella apresuradamente, venciendo un estremecimiento nervioso.

—Ya veo que no me ha entendido —sonrió el compañero Kim Il Sung—. Nuestro destacamento no puede emprender la marcha hoy. Necesitamos un día más, por lo menos, para terminar unos asuntos pendientes. No se preocupe, no la abandonaremos. Lo he calculado todo. Así es que puede irse tranquila, y déle un saludo de mi parte a su padre.

—Muchas gracias, querido General.

La muchacha se había detenido y sollozaba. El cántaro se balanceaba sobre su cabeza y aunque ella levantó la mano para sostenerlo, el agua fría seguía saltando por los bordes a causa del temblor de sus hombros.

El compañero Kim Il Sung caminaba despacio, rozando la maleza que crecía al borde del camino, como si no viera ni sintiera nada.

La luz brillante del crepúsculo matutino jugueteaba en sus anchas espaldas.

El sendero estaba cubierto de vegetación y se interrumpía antes de llegar a la ensillada. Ok Nyo dobló la conocida curva y se encaminó hacia arriba donde crecían en abundancia flores campestres. Había blancos acianos campestres por todas partes, y en la ladera este de la loma, donde se mezclaban cardos y escaramujos, se extendía un matorral con artemisas. Por el sur quedaba al descubierto un amplio espacio, y unos cuantos robles de tupido follaje refulgían al sol sobre una alfombra de hierba esmaltada de flores de campo. A pleno sol, en un lugar donde de día nunca cesaba el alboroto de los pájaros, estaba la sepultura de Chang Gol. Ok Nyo posó el fusil y la mochila al lado de la lápida y fue a recoger flores. Hizo un hermoso ramo de blancos acianos, rosas silvestres, farolillos purpúreos y aralias y lo depositó sobre la sepultura, que quedó adornada con el colorido de las flores. Después se arrodilló, acarició la lápida, que el sol había calentado, arregló las flores que se habían caído y fajó una mirada llena de ternura en el túmulo. Luego cogió el fusil y musitó cariñosamente:

—Adiós, querido Choe Chang Gol; me voy… No sé cuándo volveré. Pero iré por el camino de la lucha revolucionaria, como tú querías, bajo la dirección de nuestro entrañable General, hasta el final de la vida. Volveré luego sin fallo aquí, a ti. Tú y yo hemos caminado juntos en días sombríos, ¿no es verdad? Y hoy, que el día está claro, tengo que marchar sin ti. Tú despejaste el camino a muchos. Hemos desenterrado los fusiles que escondiste y el General me ha dado uno a mí. Cómo me alegra ir con él y con este fusil, como tú lo deseabas… Bueno, adiós… Tus sueños se cumplirán. Volveré en cuanto terminemos. Hasta pronto, amado.

Ok Nyo se levantó despacio, y se echó la mochila a la espalda y el fusil al hombro. Cogió de las flores que había sobre la lápida una ramita

de escaramujo, clavó su vista en la tumba y después empezó a retroceder, poco a poco…

Sobre la cabeza se extendía una bóveda celeste profunda, limpia de nubes. En medio del campo verde serpenteaba una larga columna de hombres con fusiles a la espalda. Ok Nyo la alcanzó y ocupó un puesto en el centro.

* * *

La multitud de campesinos que había ido a acompañar a los guerrilleros hasta las afueras del pueblo iba perdiéndose poco a poco de vista. Todavía se oían algunas voces de adiós con tenues ecos. Todo el pueblo, e incluso habitantes de las aldeas vecinas habían salido a despedir a los guerrilleros hasta la misma colina. Cómo no, si en los últimos días unos cien aldeanos se habían alistado en el destacamento. Aquí habían empezado a funcionar nuevamente todas las organizaciones clandestinas. La brusca aparición del destacamento guerrillero asustó tanto a la unidad militar japonesa, que pretextando un nuevo desplazamiento desapareció en dirección desconocida; la policía local y los gamberros del “cuerpo de autodefensa” se encerraron en sus ratoneras y no osaban asomar las narices.

Los guerrilleros, que llevaban en sus corazones las aspiraciones de la gente de la comarca de Doksan, sus lágrimas y palabras de despedida, traspusieron la colina y salieron al campo abierto.

Hacía una buena mañana y la brisa traía de la verde estepa el aroma de la hierba. El sol estaba ya sobre la montaña, pero el viento conservaba todavía el frescor de la noche. Chirriaban los saltamontes en la espesa hierba, de la que todavía no había desaparecido el rocío. Se veía un infinito cielo azul. Una alondra solitaria volaba alto y se oía su canción

que sonaba como una invitación, como si quisiera llamar a alguien y encantar.

Somos el fuego que al mundo devora.
Somos la maza que quiebra cadenas.

Un guerrillero empezó a cantar con sonora voz y la columna entera le siguió; los pasos se hicieron más acompasados y más fuerte el pisar. Se había puesto en marcha un destacamento guerrillero que llevaba en su corazón de acero todas las aspiraciones, todas las esperanzas y la fe de un pueblo, un destacamento que llevaba los fusiles cargados con la ara, las humillaciones y los tormentos de su pueblo. Avanzaba la Guerrilla Antijaponesa, encarnación de una gran idea revolucionaria.

Cada vez que la columna contorneaba una montaña, los combatientes que la cerraban no veían a los que marchaban a la cabeza. Había en sus filas hombres fogueados en las luchas revolucionarias todavía en el período de Jilin. Otros habían dejado el martillo o la azada por el fusil cuando empezó a formarse la guerrilla. Iban también bisoños que ingresaron durante la expedición, entre ellos O In Gwon, primo segundo del difunto Choe Chang Gol y otros jóvenes de la comarca de Doksan. En la última fila marchaban Yong Suk y otras guerrilleras, entre las que estaba Ok Nyo, que había vuelto aquella noche de Hagachon, su aldea natal y ahora caminaba alegre con el fusil a la espalda. No era fácil distinguirlas en la larga y serpenteante columna de hombres.

También crecieron las filas de combatientes que quedaron en Antu. En las localidades se formaron muchos nuevos destacamentos. Por lo visto, una vez en Liangjiangkou habrá que reorganizarlos teniendo en cuenta tan rápido crecimiento.

“Por ahora son ríos que corren separados, pero pronto se juntarán y

formarán un mar inmenso”, pensaba el compañero Kim Il Sung, mientras subía a una suave pendiente y contemplaba el imponente panorama de la columna en movimiento. Kwang Su e Il Man, que acompañaban al compañero Comandante en jefe, se detuvieron y también maravillados contemplaron la columna en marcha. Il Man debía permanecer por algún tiempo en Doksan para terminar de cumplir una misión, pero ahora iba, de paso acompañando al destacamento, a establecer enlace con Ri Hong Gwang, que trabajaba en la parte de Panshi.

Está en camino un torrente de hierro guerrillero.

En el pecho del compañero Kim Il Sung se movía también otro torrente poderoso, precursor de nuevos días.

Allí por donde pasaron los imperialistas japoneses pisoteándolo todo, no sólo habían quedado ruinas. No sólo se oían gritos y suspiros de entre las paredes de arcilla abrasadas por los incendios y de entre los enseres pisoteados por las botas herradas del invasor.

¡Abajo el enemigo jurado de nuestro pueblo, el imperialismo japonés!

Del mar de sangre del pueblo derramada en las operaciones punitivas, de las cenizas y ruinas se había levantado la poderosa fuerza del resurgimiento. Un canto de lucha brotaba de las lágrimas y de los tormentos. El puesto de Choe Chang Gol había sido ocupado por más de cien guerrilleros antijaponeses. Y la salvaje matanza en Dagou había hecho surgir una nueva región liberada, la ba.se guerrillera de Wangqing.

“Ya veremos quién puede más. Pero ustedes, perros, ya han perdido mucho tiempo… —volvió a pensar el compañero Kim Il Sung, y en sus labios se esbozó una sonrisa burlona—. Antes de que ustedes lleguen aquí, canallas, nosotros ya estaremos en otra parte. Quieran o no, tendrán que aceptar nuestro desafío y batirse con nosotros. Ustedes morirán

cuando nosotros lo queramos. Sí, tendremos una fuerza como la del mar.”

Al compañero Kim Il Sung le pareció ver ese mar de hombres en movimiento. Sumido en profunda meditación sobre el porvenir, miró al cielo. En lontananza se precipitaba rauda, hacia abajo, una alondra. En el insondable azul del cielo no se veía ni una nube. La tierra despedía un aliento cálido y sobre la estepa se perfilaba un purpúreo resol. Por la parte izquierda se divisaba una colina.

—La alondra estará ya volando sobre Mengjiang —dijo alegremente el compañero Kim Il Sung, dirigiéndose a Kwang Su, que caminaba detrás.

9

La vida en Liangjiangkou, empezaba a reanimarse. En la primavera pasada, en un hermoso y templado día que despuntó con el ruidoso chirrido de la urraca, a la caída de la tarde había llegado la primera unidad de la Guerrilla Antijaponesa. El verano estaba terminando y furtivamente acercaba un otoño frío.

Luego de efectuar una marcha de unos cuantos miles de *ríes* el destacamento regresó al pueblo. Los combatientes se alojaron en las casas de los lugareños y, en espera de nuevas órdenes del Cuartel General, se dedicaron a los estudios.

En el transcurso del verano el destacamento había crecido en unas cuantas veces. Durante la marcha los combatientes tuvieron que vencer múltiples dificultades y se curtieron más. El uniforme les sentaba bien a todos; en cada movimiento se dejaba ver el buen porte militar y la gallardía. Fusiles, mochilas y conversaciones acreditaban a estos hombres como lo que eran: auténticos guerrilleros.

El compañero Kim Il Sung se paseaba tranquilamente por el mismo patio en el que en primavera Pak Hung Dok, con un folio de papeles conseguido no se sabe dónde, le hiciera el saludo con tanta torpeza. Analizando la situación revolucionaria interior y exterior y el balance de varios meses de marcha hacia la cuenca del río Amnok, pensaba ahora el plan de acciones futuras.

El destacamento, después de abandonar Liuhe, llegó a Mengjiang donde permaneció dos meses. Allí se dio preparación político-militar a los combatientes recién incorporados y se realizó una gran labor con el Ejército chino antijaponés de salvación nacional.

La proporción de reclutas que crecía de día en día hacía urgente reforzar la instrucción político-militar. Este proceso de rápido crecimiento era característico no sólo para el grueso de la guerrilla sino también para todos los demás destacamentos que se formaron a un mismo tiempo en distintas regiones.

Hallándose en Mengjiang, el compañero Kim Il Sung envió gente a distintos puntos con la misión de organizar cursillos de instrucción político-militar, proporcionándoles manuales y programas escritos por él mismo.

En Mengjiang dedicó bastante tiempo y atención a la cuestión de las relaciones con el Ejército chino antijaponés de salvación nacional. Las relaciones que se habían establecido en la primavera de este año con el destacamento chino que mandaba Yu, pusieron de manifiesto por vez primera cuán oportuna era la orientación, trazada por el compañero Kim Il Sung, de formar un frente unido antiimperialista. La situación de distintas regiones observada durante los dos meses de estancia en Mengjiang y ahora en Liangjiangkou confirmaba lo justo de esa política.

Comprendiendo que de no dar con la fórmula adecuada para esta cuestión se podría causar un gran daño a la revolución, el compañero Kim Il Sung decidió tomar en el futuro las medidas que fueran necesarias.

La situación interior y exterior, relacionada con la ofensiva contrarrevolucionaria del enemigo, era objeto constante de su atención. Basándose en el análisis y resumen de las informaciones de prensa, partes de enlaces y datos sacados de conversaciones con la población, planeó las contramedidas convenientes. De todos modos, no cambió el itinerario a seguir en la segunda mitad del año, que había sido trazado en la primavera, si bien se debía tener presente que el destacamento tendría que actuar ante circunstancias imprevistas.

Pensativo, el compañero Kim Il Sung paseaba por el patio, observando cómo perdía tintes el crepúsculo vespertino.

La marcha continental del “gran imperio japonés” se había estancado de repente. Aunque los gobernantes imperialistas del Japón pretendieron ocultarlo, la oleada de resonancias que tuvo el acontecimiento tanto dentro como fuera del país hizo pública parte del fracaso.

No obstante, los periódicos y la radio callaban este hecho y trataban de distraer la atención del público. El inflado informe sobre la reciente invasión de las tropas agresivas del imperialismo japonés a Luojo, China, y la farsa de reconocer al Estado marioneta de “Manchuria” tendían a engañar a la opinión pública.

Lo que más inquietaba a los samurais era el resurgimiento del problema coreano, que ellos habían considerado desaparecido hacía veinte años.

“En ese tremendo pantano que ustedes mismos han creado están hundidos ya hasta las rodillas —se decía el compañero Kim Il Sung, mientras se paseaba con las manos a la espalda—, pero pronto les llegará el lodo hasta la cintura y hasta la misma cabeza…”

Toda persona juiciosa que conociera los actos del imperialismo japonés preveía, hacía tiempo ya, a lo que ellos conducirían.

Un moño en la cabeza, de largo kimono y con albarcas de paja, montado en bicicleta, así era la imagen externa del enano imperialismo japonés engendrado por la reforma Meiji. Lo mismo que un mal hechicero que extermina a la gente, este monstruo llamado imperialismo japonés, en cuanto apareció en el mundo se lanzó con la espada a bailar la danza de la muerte.

Las diecinueve salvas de saludo que tronaron en las postrimerías del año 1871 en honor del ministro plenipotenciario japonés Iwakura, que salía del puerto de Yokohama hacia los países de América y Europa, era

como el anuncio del comienzo de la ofensiva contra un grupo de naciones, que desde hace mucho quería devorar el Japón. Unos cuantos meses después se apoderaban de la isla de Riukiu, anexionaban Okinawa, y por un tratado desigual firmado con China le arrebataban Formosa; luego vino la conquista, disimulada con ridículos argumentos, de las islas Kuriles y de Sajalín del Sur. Después se apoderaron de Corea, un "buen bocado" que estuvieron asimilando por algún tiempo, y a continuación le echaron mano a Manchuria y a China continental.

Pero, por fin, parece que el chacal japonés comienza a inquietarse, pensando en lo que acabará tan desmesurada ambición y descaro. En los últimos tiempos este interrogante ha causado mucha intranquilidad en los círculos políticos nipones.

A los cinco años de haber dimitido Tanaka se cambió siete veces de jefe de gobierno y se desenfrenó el gamberrismo.

La Asociación de Jóvenes Oficiales del Ejército, surgida el año pasado cuando el "suceso de Manchuria", se contagió tanto con el veneno del extremismo, que llegó a perder el control de sí misma. Unos cuantos meses atrás se produjo el golpe del 15 de mayo, patrocinado por los militaristas y al primer ministro japonés lo mataron a tiros, como a un cachorro.

Precisamente en esta confusa situación se llevó a cabo la marcha de la Guerrilla Antijaponesa.

Por supuesto que los samurais hicieron toda clase de maquinaciones para ponerle obstáculos. El año pasado, por estos días aproximadamente, se convocó una "reunión de los tres comandantes de las tropas terrestres", después de la cual se aceleraron las medidas de reforzamiento del ejército y la policía. La zona fronteriza septentrional de Corea fue literalmente cubierta con un bosque de bayonetas y fusiles.

Al tiempo que provocaban en Manchuria el "incidente del 18 de

septiembre”, apretaban lo más posible el dogal en Corea. Diríase que emprendían su última “ofensiva de exterminio” contra el comunismo. El año pasado los ocupantes hicieron ocho inmensas redadas para acabar con todos los comunistas en el país. Sobre todo se ensañaron con la región de Jiandao, donde en los últimos dos años realizaron más de treinta campañas de detenciones.

¿Pero qué diablos pasa? ¿De dónde salen los destacamentos de guerrilleros, que operan en grandes extensiones y asestan golpes a la retaguardia del “ejército imperial” lanzado al continente? ¿Puede ser esto cierto? Esto es lo que tanto preocupa y exaspera a los gobernantes del “gran imperio japonés”.

Empezó un gran movimiento de tropas.

Cuatro divisiones de infantería se dirigieron desde el puerto de Pusan en dirección Norte; en el puerto de Chongjin desembarcaron dos divisiones de caballería y seis guarniciones de ocupación.

Acto seguido, se ordenó al Ejército de Kwantung y a las tropas de ocupación en Corea que emprendieran grandes operaciones de castigo. Se abandonaron las sugestivas consignas de un “gobierno civilizado” como “Cultivar algodón en el Sur y criar ovejas en el Norte”, “Construir aldeas de campesinos propietarios”, “Política fisiocrática”, “Igualdad para todos”, “Una misma política para la metrópoli y para la colonia”, etc., etc.

¡Matar e incendiar sin cuartel! ¡Aniquilar a la Guerrilla Antijaponesa en sus pañales! Estas eran las nuevas consignas del imperialismo nipón. Y para aplicarlas el Ejército de ocupación en Corea y el de Kwantung tuvieron que detener su marcha en el continente y cambiar bruscamente de dirección.

Se inició el traslado operativo del denominado “Cuerpo Expedicionario de Jiandao”, organizado especialmente para combatir a

las fuerzas revolucionarias que actuaban en la cuenca del río Tuman y, en primer lugar, a la Guerrilla Antijaponesa. Unas unidades del Ejército de Kwantung marchaban en dirección sureste pasando por Jilin y Dunhua; otras trataban de perseguir o flanquear al grueso de la Guerrilla, moviéndose por la diagonal que parte de Senyang-Chonsangdegi en dirección noreste. Apoyado por los dos flancos, el "Cuerpo Expedicionario de Jiandao" preparaba una operación para destruir totalmente las bases guerrilleras, surgidas en el transcurso del verano en curso a todo lo largo de la cuenca del río Tuman. Un regimiento suyo, que se dirigía a la región de Wangqing pasando junto a las ciudades de Jongsong y Hoeryong, debía ser aquella fuerza de choque que abriera la primera brecha en la base guerrillera.

Levantando la mano crispada y bajándola bruscamente, el compañero Kim Il Sung exclamó para sí:

—¡Sí! Hay que echar por tierra desde un principio el plan general de "operaciones punitivas" contra las bases guerrilleras.

Poco después llamó al ordenanza, mandó llamar a Cha Kwang Su y a Jon Kwang Sik y entró en la casa.

* * *

Luego de abandonar Liangjiangkou, en la tercera jornada de camino Choe Chil Song llegó a la loma próxima a la aldea de Soksegol. Más de mil *ríes* de caminata le habían desteñido el uniforme y el sol le había bronceado la cara. El anticuado fusil que llevaba colgado del hombro armonizaba su aspecto. Haciendo visera con la mano, Choe Chil Song paseó su mirada por la aldea, que se iba cubriendo con la cada vez más oscura sombra de la montaña. En aquel profundo valle, que la gente llamó Soksegol porque allí crecía en abundancia el "sokse" (cola de

caballo), se apiñaban a lo largo de las orillas de un río unas cien casas de labriegos. Atravesaba el centro del pueblo un camino ancho que conectaba las regiones noreste y suroeste, y el río serpenteaba a un lado.

Choe Chil Song llegó al patio de su casa cuando el sol se había posado ya en la cima de la montaña y proyectaba sombras largas hasta de las piedras del camino.

Pero se encontró con que casa no había. Troncos quemados, las piedras de calefacción del suelo destruidas. El más leve soplo de aire levantaba remolinos de cenizas.

Choe Chil Song miraba atónito a su alrededor. De las atrocidades de los imperialistas japoneses había oído hablar mucho, pero nunca pensó que también él sufriría tamaño desgracia. La cabeza le daba vueltas y respiraba con dificultad, como si un espeso humo le hubiera llenado el pecho. Dejó la mochila sobre una piedra y corrió a la loma desde donde se veía la aldea entera como en la palma de la mano. En el valle de Soksegol su pueblito, Saemgol, había quedado reducido a cenizas. El corazón empezó a latirle con violencia, y le pareció tener fuego en la garganta. Andaba como alocado de un lado a otro; de pronto, se detenía a contemplar la aldea con insistencia, aunque estaba claro que más de lo que veía no iba a ver. Desesperado, se agarró del pecho y con paso inseguro bajó hacia el manantial. Se apoyó con el pecho en una piedra y empezó a beber con avidez, como si quisiera apagar el fuego que lo consumía.

En esto apareció la madre de Jakunnyo con un cántaro. Al ver a Chil Song, retrocedió del susto. En la lisa superficie del agua se reflejaba la cara ruda de un hombre que estaba en cuclillas. A la espalda llevaba algo que infundía pavor, un fusil.

—Oh, Dios, cuánto hay que ver en este mundo… —la mujer, que

tenía algo de cotorrera, dejó el cántaro en el suelo y se acercó a Chil Song haciendo gestos de asombro—. ¡Y yo preguntándome que quién podría ser! No en vano decían que te habías ido al Ejército…

Luego lo examinó de pies a cabeza —el gorro un poco arrugado, ancho de pecho, el cinturón bien apretado y las botas a la medida— y volvió a lanzar exclamaciones de asombro. Llenó el cántaro de agua y se alejó apresuradamente. Su larga y basta falda de cáñamo susurraba al rozar la espesa hierba. Al poco tiempo se oyó su voz, fuerte y sonora, tan en contraste con su obesidad:

—¡Ea, buena moza, ahí tienes al soldado!

Al cabo de unos instantes se levantó el saco de paja que hacía las veces de la puerta y apareció una mujer de tez morena, Sangama, mujer de Choe Chil Song. Ni siquiera había alcanzado calzarse; caminaba balanceándose de un lado a otro.

La madre de Jakunnyo, con el cántaro en la cabeza, estaba agitada como si ella misma hubiera encontrado a un hombre desaparecido; luego se alejó por la quebrada, donde había unas cuantas chozas.

Che Chil Song y Sangama permanecieron un instante mirándose en silencio; después Sangama apretó las manos contra el pecho, se acercó y dijo en voz baja:

—Por fin regresaste.

En cuanto Choe Chil Song oyó la voz de su mujer, que tanto había echado de menos, en su angulosa cara se dibujó una sonrisa. Luego se acercó con pasos marcados —ahora habituales en él como soldado que era— y tomó a su mujer de la mano.

—¿Qué tal, querida?

Sangama, como si tuviera temor lo miraba con ojos desorbitados, y, a punto de echarse a llorar se dio vuelta. En el semblante de Choe Chil Song se dibujó una expresión de inquietud; cogió a su esposa por los

hombros y la atrajo hacia sí como un niño que abraza a un hermoso pajarito para que no eche a volar.

—No llores… —dijo con un tono disciplicente, consciente de su superioridad sobre ella en tanto sus ojos expresaban que las lágrimas no debían ensombrecer la alegría del encuentro. Después de hacerle unas preguntas, la tomó de la mano y se encaminó a la choza.

Sangama, que llevaba el pelo con raya en medio, levantó la cabeza y con ojos luminosos por la alegría se puso a mirar a su marido. Estiró los brazos en un intento de quitarle la mochila de los hombros, pero las retiró al instante y las apretó contra sus rojos labios.

—Oh, tienes fusil…

—Claro, como soldado que soy… —dijo él riéndose.

Su mujer quiso tomar la mochila a Choe Chil Song, pero el, antes de entregárselo, se descolgó el fusil.

La mujer notó, nuevamente con asombro, cómo habían cambiado la voz y los modales del marido. No era la voz tímida de otros tiempos, su tono era ahora fuerte; y la espalda, ligeramente encorvada antes, la tenía derecha, sus movimientos denotaban vigor y agilidad.

Ella sonrió con ternura, parpadeando con sus largas pestañas, hasta que, suavemente empujada por el marido, entró en la choza, levantando el saco de paja que hacía las veces de la puerta. El techo era tan bajo que de pie sólo podían permanecer agachados. Dentro estaba oscuro, como si en La calle reinara la noche, y flotaba un fuerte olor a ajenjo, planta con la que habían hecho la techumbre. Chil Song se agachó un poco, dejó el fusil en un rincón y la mochila en el suelo y se sentó junto al fogón. En aquel momento sentía la cabeza vacía; todo lo que había pensado contarle a su mujer —que alcanzaba para unas cuantas noches seguidas— parecía haberse evaporado. Sonreía bondadosamente, sin saber por dónde empezar.

Pasados unos minutos, cambió con ella unas cuantas frases de esas que suelen decirse las personas que se encuentran después de una larga separación y, sin descalzarse se echó sobre la estera.

Su padre, atormentado por el asma, se había marchado a la aldea vecina, situada al otro lado de la montaña, adonde un pariente que tenía conocimientos de acupuntura; nada más de particular había ocurrido en su casa durante su ausencia. En todo caso, esto fue todo lo que supo por boca de su mujer acerca de la familia. Preguntar cómo su chabola —que con todos los trastos domésticos se podría cargar sobre los hombros— se había convertido en tan triste tugurio, no tenía sentido alguno.

—Yo pensé que te habías ido para siempre…

—¿Quién dijo que "para siempre"? Yo te dije que volvería en cuanto echáramos a los japoneses.

—Sí, pero tú mismo dijiste que no sabías cuándo volverías…

—Sí, es verdad que no se sabía cuándo iba a tener ocasión de pasar por casa, pero hoy la tuve.

—¿Ah, sí?

Choe Chil Song se puso rojo de repente.

Cuando su destacamento estaba en Liangjiangkou, sintió nostalgia por su casa. Quería ver a su padre enfermo y a su mujer, pero no se atrevió a decírselo a los demás. Sufría solo, no se acostumbraba a compartir sus emociones con nadie. Pero en cierta ocasión fue cogido por Pak Hung Dok y no pudo ocultar del todo sus sentimientos. Pasados unos días, aquél apareció con un hatillo en las manos y le propuso que visitara a los suyos. Al principio Chil Song se negó rotundamente, diciendo con orgullo que un guerrillero no debía hacer escapadas a su casa por asuntos personales, que ya no era aquel novato que llevaba un almocafre en la mochila. Finalmente Hung Dok le dijo que era una orden del jefe de la compañía.

Imposible de contar tantos detalles, parpadeó unas cuantas veces y respondió simplemente: “Pasé a ver a mi enfermo padre”. Por poco se le escapa: “Quería verte a tí también, querida…”, pero se contuvo.

Al ponerse el sol, sobre el pueblo se extendieron las sombras de las montañas. Chil Song se quitó la chaqueta y fue a las demás cabañas, a saludar a la gente. De regreso en la suya, se volvió a echar sobre la estera.

Su esposa estaba lavando arroz. Chil Song miraba encantado su hermoso rostro, de cabello lizo, mirada humilde y siempre tranquila, y nariz recta; de pronto, como si recordase algo importante, se levantó bruscamente y empezó a revolver en la mochila, que estaba en un rincón.

—Te he traído un regalo.

—¿Qué regalo puede traer un soldado? —los labios finos de la mujer se abrieron, dejando ver unos dientes blancos como la nieve.

—Adivina.

Choe Chil Song sonreía con la abultada mochila sobre las rodillas, y parecía que sus ojos, de por sí pequeños, se cerraban.

—No sé. Me doy por vencida.

—Toma, mira.

Le acercó la mochila y volvió a estirarse sobre la estera observándola con el rabillo del ojo.

—¡No puede ser! —exclamó ella al ver el contenido de la mochila.

—¿Qué?

—Pues…

En la mochila Pak Hung Dok había metido alga y arroz.

Con mano temblorosa la mujer cogió un pequeño haz de alga, que crujió entre sus dedos. Sintió un fuerte olor, al que hacía tiempo que ya se había desacostumbrado. Bajó los párpados y lentamente movió la cabeza. El contenido de la mochila la emocionó mucho más que las

frases del marido. Sonrojó y apartó rápidamente la mochila. Luego salió con un cántaro, para tranquilizarse en la soledad.

Durante la cena se sentaron uno enfrente del otro. Preparó almorejo en un tazón de bordes mellados, y un plato de espesa soja cocida e hierba salada. Choe Chil Song diluyó almorejo con agua fría en una escudilla y empezó a comer con avidez. Mientras cenaban, le contaba a su mujer lo que había visto y oído en el tiempo que estuvieron separados.

Antes él era tan parco en palabras que, si no le preguntaban nada, se podía pasar todo el día sin hablar. Ahora, en cambio, se había vuelto conversador, y hablaba con conocimiento de causa, con mímica. En fin, era otro; podía hacer reír o llorar a quien lo escuchaba.

Después de cenar, la mujer se sentó ante la candileja a coser, mientras Chil Song, con las manos debajo de la nuca, seguía relatándole cosas.

Le contó la vergüenza que había pasado antes de enrolarse en la guerrilla cuando se encontró con Pak Hung Dok, por no conocer el Manifiesto Comunista; lo que sintió al ponerse por primera vez el uniforme militar y coger un fusil en las manos, y cómo, durante la marcha de las mil *ríes* cuando el destacamento pasaba por las estribaciones del monte Paektu empezó a aprender a leer. Luego, dio a entender modestamente —aunque en su interior se sentía orgulloso de ello— que ahora sabía leer y escribir bastante bien. Le contó que en el destacamento había también mujeres y adolescentes, que todos los guerrilleros saben cocinar y coser, y que entre ellos había gente muy interesante, cuyos nombres, gustos y caracteres no omitía describir.

De pronto, pensó que era un mal narrador. Su mujer, que había escuchado atentamente su relato sobre la incorporación al destacamento, de las mujeres guerrilleras y sobre cómo aprendió a leer y escribir, ahora había perdido el interés, entregándose de lleno a sus labores.

—¿Qué te parece?

—Magnífico. Estás como rejuvenecido.

—Espera. Esto no es más que el principio. Lo importante está todavía por venir.

—Te has vuelto más ágil.

—¿Y qué te crees? En la guerrilla los torpes no tienen nada que hacer, absolutamente nada.

La mujer estaba asombrada. Su marido, además de tener otro tono, usaba con soltura palabras poco comunes, como los que ella había escuchado a un compañero del distrito que había venido a la reunión de la Asociación de Mujeres.

Sangama reía, mientras pegaba los botones a la chaqueta de lienzo que el marido usaba antes de haberse marchado a la guerrilla.

—Bueno, y ahora pon atención, que viene lo más importante —anunció Chil Song, y se sentó bruscamente. Pidió una vasija de agua, bebió y comenzó a hablarle sobre el General Kim Il Sung con soltura, sin el mínimo tropiezo.

Empezó a explicarle que el compañero Kim Il Sung había asumido la responsabilidad por el destino de todo el pueblo coreano, que desde hacía tiempo —desde los catorce años de edad—, estaba a la cabeza del proceso revolucionario, que en la primavera había formado un destacamento armado —el ejército guerrillero— y que esta vez también él, Chil Song, como soldado del compañero Kim Il Sung recorrió las regiones ribereñas del río Amnok. Le contó que el compañero Kim Il Sung le había regalado una libreta hecha por él mismo, aconsejándole aprender a leer y escribir, para lo cual le había escrito el abecedario. Confesó que aquella noche, sin conciliar el sueño, había llorado emocionado por esta preocupación del Líder.

Sangama dejó de coser y al alzar la mirada notó en el semblante de su marido algo entre solemne y orgulloso.

A esas altas horas de la noche, desde la espesa hierba les legaba el ruidoso canto de los grillos.

Choe Chil Song seguía hablando. Dibujaba un futuro lleno de romanticismo comparándolo con el pasado. Le decía que había llegado el fin de su vida de jornalero que hasta entonces él había considerado como un mal inevitable; que pronto liberarían a la Patria para edificar una sociedad socialista libre de explotación y opresión, en la cual los dueños serían los obreros y los campesinos. —Hoy, por culpa de los japoneses, tenemos que vivir en esta destartalada cabaña, con estos agujeros que nos dejan ver las estrellas, pero en un futuro no muy lejano seremos miembros de una sociedad feliz, donde no tendremos que envidiar nada a nadie —continuó.

Mirando al techo, del que colgaban tallos de ajenjos, se entregaba a los sueños, mientras su mujer lo escuchaba con embeleso, como encantada por su relato. Choe se adentraba en el porvenir, describiendo una vida feliz y alegre.

La cándida Sangama estaba maravillada por lo que oía. Ella no dudaba un ápice de sus palabras, creía todo y eso la llenaba de dicha. Sentía que ante ella se habrían nuevos horizontes.

Conversando se habían olvidado de la hora. Cuando ya empezaba a rayar el día Chil Song se estiró, como preparándose para acostarse, pero en vez de ello cogió el fusil, que estaba en un rincón, lo puso junto a su cabecera y reanudó el cuento.

—Cada fusil de la guerrilla está cargado con odio y con amor: odio al enemigo y” amor a la Patria. Por desgracia, hay fusiles manchados con la sangre de nuestros compañeros —recordó aquel día en que por primera vez disparó contra los japoneses, junto con Cha Kwang Su en Dunhua; finalmente expresó que todo aquello sobre lo que había hablado —la libertad y la independencia, el socialismo y una vida dichosa— que todo

eso no podía ser conquistado más que en lucha armada.

Puso la almohada bajo su pecho y acercó el fusil; acariciándolo por la culata probó apretar el gatillo, como para hacerle una demostración a su mujer.

—¿Qué fusil es ése? —preguntó ella de repente.

—Uno de chispa.

—¿Es bueno?

—No mucho. Es anticuado.

—Entonces, quiere decir que no has tenido ocasión de distinguirte.

—Tienes razón. Pero pronto me haré con un buen fusil, —confesó Chil Song con aire un tanto turbado. Este era su más entrañable deseo. Con tono grave añadió:

—El General Kim Il Sung ha dicho: “¿De dónde sacar armas? Teniendo dinero se podrían comprar o bien podríamos hacerlas nosotros mismos. Pero más rápido y más seguro es arrebatárselas al enemigo”. Expresó también que para ello había que actuar con audacia y resolución, arriesgando la vida. Ya ves, nuestras armas nadie nos las proporciona sino que se las quitamos a los japoneses. No está mal que esto lo sepa también un miembro de la Asociación de Mujeres —añadió riéndose.

Choe Chil Song, que nunca había vencido a su mujer en una discusión, esta vez se sentía seguro.

De pronto, a lo lejos unos tiros rompieron el silencio de la noche.

—Están disparando —dijo Sangama, aguzando el oído y mirando con ojos asustados a su marido.

—No temas —respondió Choe Chil Song tranquilo, como si nada hubiera pasado—, ahora estos perros no pueden actuar con libertad.

Sangama se calmó, respiró con alivio y apagó la luz del candilejo.

*   *   *

Al otro día con la aurora empezaron a llegar refugiados al pueblo, que estaba situado en el valle de Soksegol. Los seguía un “destacamento de castigo”, disparando con ametralladoras.

Según testimonio de los refugiados, las fuerzas represivas estaban barriendo todo el territorio ribereño del río Tuman, quemando y matando a cuantos encontraban. Mujeres con niños a la espalda y con bártulos sobre la cabeza, hombres llevando heridos, carros cargados con niños, todo se dirigía en ininterrumpido torrente hacia el pueblo.

Choe Chil Song salió unas cuantas veces de la cabaña, pero no atinaba a nada. A la tercera vez que entró la mujer le dijo:

—Deberías marcharte; no te preocupes por mí.

Hacía varias horas que sentía un dolor agudo, su cara se había puesto azul. Se amodorró por un instante para luego comenzar otra vez a quejarse.

En esto apareció la madre de Jakunnyo, que llevaba un bulto de bártulos sobre la cabeza y una niña de unos cinco años de la mano.

—Vienen los japoneses, ¿qué esperáis, o es que no oís?

Choe Chil Song salió de prisa y le explicó que su mujer se había puesto muy mala de repente.

—¡Oh, qué desgracia, parir en medio de este tumulto! —exclamó la madre de Jakunnyo y dejando el bulto en el suelo, entró en la cabaña.

—La llevaré a la espalda.

—¿Estás loco?

—¿No ves que viene el enemigo?

—Pero todavía no ha llegado, así es que no hagamos ruido, por Dios.

Choe Chil Song salió otra vez y miró hacia las afueras del pueblo.

Los refugiados que llegaban se esparcieron por el campo de sorgo. Los soldados de las “tropas de castigo” empezaron a rastrear el campo con ráfagas de ametralladora. La aldea comenzó a arder: una llamarada se elevó hacia el cielo; el viento del Sur esparció el humo negro y envolvió a la hondonada en un velo gris. Por todas partes se oían gritos desgarradores.

Choe Chil Song agitó el puño con los labios apretados y se lanzó loma abajo. Su oscura silueta con el fusil aparecía y desaparecía por la ladera: se dirigía corriendo hacia un saliente de la loma que conocía bien. No le importa estar solo con un fusil de chispa, pues apostándose en un lugar cómodo tumbaría a no pocos enemigos. Decidió poner a prueba lo que había aprendido en los entrenamientos.

Choe Chil Song corría como un tigre enfurecido. Llegó hasta unas peñas que, como centinelas estaban a ambos lados de la entrada del pueblo. Se tendió en una hendidura de una de ellas, cargó el fusil, encendió la mecha y apuntó. Apuntó hacia el medio de la oscura horda de japoneses que disparaban desde el sendero que atravesaba el campo de sorgo. Sonó un tiro, que repercutió con un golpe en el hombro; del cañón salió fuego y un ruido agudo resonó fuerte en sus oídos. Un japonés cayó rodando cuesta abajo.

Choe Chil Song cargó otra vez el fusil diciendo:

—Haced la prueba a meteros aquí, canallas, ya veréis lo que es bueno.

En otra ocasión, cuando Cha Kwang Su y él estuvieron segando a tiros a los japoneses de “castigo”, el corazón latía intensamente y no sabía qué hacer. Pero ahora estaba más seguro de sí mismo y no se azoraba demasiado.

Cerca de donde él se encontraba se desencadenó un tiroteo. Al principio eran disparos aislados, pero pronto se convirtieron en fuego

graneado. Después de apretar nuevamente el gatillo Choe Chil Song se puso a observar. Abajo vio aparecer unos cincuenta hombres de uniforme verde.

—¿Serán guerrilleros? —se preguntó.

Sin bajar el fusil alzó la cabeza y aguzó la vista. No se había equivocado, eran los compañeros.

—¡Ahora están perdidos, perros japoneses! —exclamó.

Choe Chil Song se sintió más animado y volvió a cargar el fusil.

Una compañía de Yanji, al mando de Choe Jin Dong, había recibido la orden del Cuartel General de marchar hacia el pueblo y en cuanto llegó entró en el combate. En el Cuartel General se había tomado la decisión de iniciar la ofensiva de invierno en la línea de. Soksegol. Según el plan, el grueso de las fuerzas guerrilleras, después de partir de Liangjiangkou y avanzar a lo largo del curso del río Tuman, debía encontrarse cerca de Soksegol con la compañía de Yanji, para juntos aniquilar en este valle al grueso de las fuerzas del Cuerpo Expedicionario de Jiandao que manchaban en dirección Norte.

El compañero Kim Il Sung, en relación con el plan de acciones a realizar el próximo invierno, daba mucha importancia a esta batalla. Subrayó que era ante todo la primera de grandes proporciones que se iba a librar, que en ella intervendrían coordinadamente destacamentos guerrilleros de distintas zonas, y que el frustrar las acciones iniciales del Cuerpo Expedicionario de Jiandao, dominado por el espíritu del “victorioso ejército imperial”, tenía un valor extraordinario para las ulteriores operaciones de la guerrilla, para inspirarle fe al pueblo y darle a entender al adversario que en cualquier momento podía recibir un golpe inesperado.

Protegidos por el fuego de los guerrilleros, los refugiados atravesaron rápidamente la aldea de Saemmulgol y se dirigieron montaña arriba.

Emocionado y alegre, Chil Song pasó a la Peña del Ciervo, desde la que se veía mejor al enemigo. Había allí unos quince guerrilleros echados en grupos de dos y tres sobre el saliente de la montaña, desde donde se podía vigilar bien el movimiento del adversario, y hacían fuego de precisión. Como tenían pocas municiones procuraban apuntar bien, de tal modo que cada disparo daba en el blanco. Los guerrilleros que no tenían fusiles arrojaban o hacían rodar piedras contra el enemigo, para no dejarlo subir.

Los japoneses, seguros de su superioridad numérica, habían destinado para este combate sólo la mitad de sus fuerzas; al resto lo habían mandado al pueblo según su plan.

Hacia el mediodía toda la parte delantera del pueblo se encontraba envuelta en llamas. Los invasores irrumpieron entonces en el pueblo central de valle y en Saemmulgol.

Choe Chil Song, procurando ponerse bien al cubierto de las balas del enemigo, traía o hacía rodar piedras. Las piedras rodaban con estruendo hacia abajo, algunas hechas pedazos, Para caer sobre las cabezas de los enemigos. Los enemigos que lograban avanzar algo, volvían a bajar o caían segados por las balas.

Al atardecer los guerrilleros llegaron a encontrarse en una situación apurada. Estaban en una inferioridad numérica notable, el enemigo había descubierto su posición y, por si fuera poco, las municiones se les estaban acabando. Tan pronto como los guerrilleros cesaron el fuego, los japoneses, como si hubieran esperado esta oportunidad, se lanzaron furiosos hacia arriba. Mientras una parte iba al asalto de la montaña, la otra cometía atrocidades en el pueblo central. Por desgracia, al pueblo lo bordeaba un río después del que inmediatamente se elevaba una escarpada montaña. Los refugiados que hacia allí corrieron empujados por el pánico cayeron como en un cepo. La mayoría era gente de la

región de Yanji, si bien había habitantes de otras partes.

Los guerrilleros combatían con denuedo, gastando racionalmente las municiones que quedaban y echando a rodar piedras, para que los refugiados pudieran abrirse paso a Saemmulgol y de allí alcanzar las montañas.

Los vecinos del pueblo central comprendieron que las cosas iban mal y decidieron oponer entre todos resistencia al enemigo. Armados con piedras, lanzas y porras y poniendo a cubierto a los niños, mujeres y ancianos, mostraban disposición de pelear hasta el último.

El maestro de escuela, Paek Kwang Myong, que usaba lentes de grueso cristal en montura de plata, salió corriendo al patio y llamó a los niños. De dos casitas de troncos salieron al patio unos, treinta alumnos. Kwang Myong pasó por detrás de la casa y gritó a Jong Ok:

—¡Date prisa, que los soldados japoneses ya están cerca!

Asténico y además tuberculoso, el maestro se había vuelto de repente un hombre ágil y rápido.

Jong Ok abrió la puerta y salió corriendo al patio. Llevaba una chaqueta blanca, falda negra y el cabello corto.

Se habían encontrado el mes pasado en la aldea de Bisokkori, a cincuenta *ríes* de estos lugares, al regresar de Yongphyong. La muchacha, al igual que antes ardía en deseos de educar a los niños, y por fin había conseguido traer a Paek Kwang Myong. Él iba hacia el norte, huyendo de los japoneses, y cuando se encontró con Jong Ok decidió quedarse en el pueblo de Soksegol, porque le pareció un lugar relativamente seguro.

—Hay que sacar de aquí a los niños —dijo a Paek Kwang Myong que tenía la cara pálida como una sábana.

—Ahora.

La muchacha desapareció tras la casa. Paek Kwang Myong pensó que

no debía mostrarse azorado ante los niños. Se apartó hacia un rincón del patio, volvióse hacia los muchachos y levantó la cabeza. La montura de plata de sus lentes despedía reflejos.

—¡Niños! Mirad hacia la cima de la montaña. Allí, los guerrilleros están batiendo a los japoneses. ¡Vamos a cantar!

Estas palabras, que el maestro pronunció con tanta dignidad, animaron a los niños.

—¡Nuestros guerrilleros! —se oyeron exclamaciones de júbilo.

El cuellilargo Chotse, de ojos negros, se puso a tocar la corneta. Otro alumno, un poco más alto que Chotse, Sang Jun, empezó a cantar y al momento, todos los demás hicieron coro.

… … …
Vamos al combate decisivo,
a la guerra de guerrillas,
con el fusil seguro en las manos…
… … …

Las balas enemigas se hundían con chasquidos en la pared. Los niños, con mochilas a las espaldas y apretados hombro con hombro, seguían cantando con las miradas puestas en la montaña.

Paek Kwang Myong estaba en el medio del patio; el cuello levantado de su ligero traje de algodón subrayaba todavía más su aspecto poco agraciado. Con dolor en el corazón miraba ya a los niños ya hacia la cumbre de la montaña. Sabía que de allí no podrían salir. Dentro de unos minutos los japoneses empezarían una matanza como la de la primavera pasada en Dagou: atravesarán con las bayonetas a cuantos se hallan en el patio, o los encerrarán en una casa para quemarlos vivos. Con resolución de mártir, Paek Kwang Myong procuraba mantener el ánimo imaginándose, como

intelectual” que era, el último instante de su vida. A los niños les mandó marchar por grupos abriéndose paso hacia Saemmulgol, mientras él con un fusil de chispa que nunca había tenido ocasión de usar, se retiró unas cuantas casas hacia atrás y se apostó en una esquina.

Kim Jong Ok entró en el cuarto otra vez para pedir a Haeng Kum, que junto con ella había llegado al pueblo, que cuidase de que los niños no se dispersaran hasta que ella no diese la orden; después salió al patio con los niños enfermos en brazos.

—Compañera Jong Ok, espera un momento.

Paek Kwang Myong fue a la casa vecina, reunió a los chicos de mayor edad que allí estaban y les ordenó trasladar a través del río cada uno un pequeñuelo de entre los niños que estaban bajo la tutela de la maestra.

Los muchachos, que eran miembros del Cuerpo Infantil, entraron prestos al cuarto y cada uno cogió a un pequeño. Aunque tenían tan sólo uno o dos años más que sus compañeros, ya habían pasado un buen entrenamiento en el Cuerpo Infantil, y sin dilaciones pusieron manos a la obra.

Pero era demasiado tarde. Los japoneses ya cruzaban el río, abriendo fuego contra el pueblo. En cuanto veían a alguien en algún patio empezaban a disparar.

Apretando a los niños contra el pecho, Jong Ok con ira maldecía al enemigo. Los niños, con los ojos centelleantes por el miedo, tenían las miradas clavadas en el maestro esperando más órdenes.

Paek Kwang Myong, con la mirada bajada, hacía crujir los dientes con rabia. Un temblor nervioso estremecía todo su débil cuerpo.

* * *

El compañero Kim Il Sung subió a la loma que se alzaba en las afueras de Saemgol. Echó una mirada a la aldea, que estaba envuelta por

grises columnas de humo y de la que llegaban los desesperados gritos de los niños. Sacó la pistola y corrió hacia abajo. Después se encaramó a una peña para ver cómo tomaban sus posiciones los guerrilleros.

Al distribuir las unidades para el combate, el compañero Kim Il Sung advirtió a los jefes que el enemigo confiaba ante todo en su superioridad numérica, pero que todavía no había, tenido ocasión de chocar con la resistencia del pueblo coreano. “Aunque el adversario es feroz y arrogante —decía él— se acobardará si lo golpeamos duramente; podemos vencer al victorioso ejército imperial si conseguimos acosarlo en el desfiladero y atacarlo con todos los medios disponibles”.

El compañero Kim Il Sung señaló que si no lograban asestar un golpe decisivo al grueso de las fuerzas de este vanidoso e implacable enemigo —el “Cuerpo Expedicionario de Jiandao”— entonces, los japoneses aniquilarían a todos los nuevos destacamentos guerrilleros y sus bases de apoyo. Precisamente este objetivo se había planteado el contrario, movilizando fuerzas, en su opinión, suficientes. Por regla general, todos los agresores se muestran mucho más descarados y atrevidos cuando ven que su contrario es débil. Nuestro pueblo ha confiado su suerte a la guerrilla y en estos azarosos momentos está mirando cómo combaten sus hijos. Después de recalcar que todos los guerrilleros debían tomar conciencia de que la inminente batalla iba a resolver la suerte de la revolución, el Comandante en jefe añadió que el adversario no ha comprendido nuestra táctica y ha caído en una trampa al introducirse en un angosto desfiladero desventajoso para él.

El compañero Kim Il Sung dio orden a la compañía del lugar, al mando de Choe Jin Dong, de marchar rápidamente hacia la otra parte del pueblo central, y a Jon Kwang Sik de realizar con su unidad una maniobra envolvente y atacar a los japoneses por el flanco. A Cha Kwang Su lo destinó al sector más decisivo, a la entrada del pueblo de Saemmulgol.

El compañero Kim Il Sung bajó un poco la pistola con el cañón dirigido hacia arriba y apretó el gatillo. Sonó un disparo. Tras esta señal, los guerrilleros abrieron fuego desde los cuatro lados. Se oían gritos por todas partes.

Por el despeñadero empezaron a rodar piedras; aquí y allá se levantó una batahola de ruido y voces. El eco de los disparos, el estrépito de los peñascos que se precipitaban y las voces de los combatientes llenaban el desfiladero de Soksegol.

Desde el pie de la loma subió jadeando el ordenanza Pyon In Chol. Al empezar la ofensiva lo habían enviado de enlace a la ladera derecha, donde estaban los hombres de Cha Kwang Su. Lleno de emoción por el imponente cuadro que ofrecía el combate, con los ojos centelleantes, se dispuso a dar el parte al compañero Comandante en jefe.

Los guerrilleros estaban muy emocionados. Todos los días, desde su ingreso en la guerrilla, se habían ejercitado en el tiro aprovechando hasta sus ratos libres, y esperaban impacientes el momento de poder demostrar sus capacidades. Y he aquí, por fin, un gran combate.

—El espíritu combativo de los guerrilleros es muy alto. Tiran y cuentan las bajas que hacen al adversario. Algunos hasta se las arreglan para arrojar peñascos precipicio abajo y aplastar de un golpe a unos cuantos samurais —daba cuenta Pyon In Chol de lo que él mismo había visto y de lo que había dicho el jefe de compañía.

El combate se alargaba, adquiriendo más violencia. Cerca del Comandante en jefe sonaron unos silbidos. Dos combatientes de la escolta que se le acercaron, uno de cada lado para cubrirlo, le aconsejaron que se trasladara pues, al parecer, lo habían localizado.

—No hay nada que temer. El enemigo ahora piensa sólo en poner tierra por medio. Miren a aquel japonés, dio media vuelta y se detuvo sin saber hacia dónde arrancar —dijo riéndose el compañero Comandante en jefe.

Conduciendo a sus hombres al combate decisivo ya veía ante él al contrario aplastado.

Al principio los japoneses se habían lanzado al ataque con furia, pero al chocar con una decidida ¡resistencia sus ánimos fueron decayendo. Ahora disparaban en desorden, simulando hacer frente al ataque guerrillero; comprendían que continuar combatiendo iba a ser peor para ellos. Eran impotentes ante los guerrilleros, que estaban dispersados por la escabrosa ladera del monte. En cambio los guerrilleros disparaban certeramente.

El compañero Kim Il Sung dio la orden de hacer una descarga concentrada contra el puesto de mando del contrario, que estaba situado en la margen alta del río.

Los japoneses, que persiguiendo a los refugiados habían salido a campo abierto, ahora se veía en una trampa.

El fuego enemigo se dispersaba e iba menguando poco a poco.

El compañero Kim Il Sung dio por mediación del ordenanza la orden de que no se dejara al enemigo tomar aliento, de atacarlo sin tregua.

Unos cuantos soldados se dieron a la fuga, y siguiendo su ejemplo, casi toda una compañía, que estaban en la pendiente que daba al río, se perdió tras él.

Los guerrilleros apostados en el saliente de la peña seguían disparando. Y acompañaban sus tiros con consignas: “¡Abajo el imperialismo japonés!”, “¡Venguémonos de la muerte de nuestros padres y hermanos!”.

No tardaron en llegar partes de Jon Kwang Sik y de la segunda compañía.

Luego de haber recibido duros golpes en su puesto de mando, los japoneses empezaron a replegarse. Inició la retirada el grupo que había cruzado el río cerca del pueblo.

Los guerrilleros segaban a tiro certero a los soldados que se veían al descubierto en la ribera.

Yong Suk subía a paso rápido hacia el puesto de mando. Nada más haber llegado a aquel lugar le había mandado el compañero Kim Il Sung salir en busca de Choe Chil Song. Por el rostro encendido de la muchacha corría el sudor. Se paró delante del compañero Comandante en jefe y empezó a informar:

—El compañero Choe Chil Song no estaba en casa. Me dijeron que se marchó con un fusil en la mano… —y al llegar aquí la muchacha se quedó cortada, por falta de aire.

El compañero Kim Il Sung sonrió y le dio a entender con un gesto que no se apresurara. Pero Yong Suk no podía serenarse, hasta le temblaban los hombros, tenía que decirle algo urgente. Cobró aliento y continuó el parte:

—La mujer de Choe Chil Song está por dar a luz y se encuentra en casa.

—¿Qué va a dar a luz? —preguntó el compañero Kim Il Sung con una suave sonrisa, sorprendido por lo que acababa de oír—. ¿Y usted por qué dio la vuelta, si el compañero Choe no estaba en casa?

La muchacha no sabía qué responder, no movía más que los labios. Al cabo de un instante el compañero Kim Il Sung preguntó dónde se encontraba la casa de Choe Chil Song, y la muchacha, brillantes sus ojos de bellos párpados, señaló con la mano en dirección al valle donde se veían unas cuantas cabañas dispersadas.

—Vuelva en seguida y atienda a la parturienta.

La muchacha quería decir algo más, pero hizo el saludo, dio media vuelta y desapareció por el mismo sendero por el que había venido.

El compañero Kim Il Sung la siguió meditabundo con la mirada. Tenía un fuerte deseo de hacer algo en homenaje a la nueva generación

que estaba naciendo en el fragor de la lucha. Luego siguió poniendo atención a los partes procedentes de distintos puntos. Se quedó otra vez pensativo un instante y llamó a Pyon In Chol, a quien con tono enérgico ordenó:

—Transmita esta orden a todas las compañías: ¿ven allá abajo aquellas cabañas? Dicen que una de ellas es la de Choe Chil Song. Que no se deje al enemigo aproximarse a aquel dique, que se ve frente a la casa, cueste lo que cueste.

Pyon In Chol partió como una flecha hacia abajo.

*　　　*　　　*

Choe Chil Song se encontraba combatiendo junto a la compañía de Yanji Cuando se enteró de que el Cuartel General se había instalado en la loma al otro lado del pueblo, por poco se pone a bailar de gozo.

Entusiasmado y con su cara manchada de barro, empezó a contarles a los combatientes que el Cuartel General tenía un destacamento tan fuerte que ahora sí que los japoneses estaban perdidos. Los soldados de la compañía recibían con júbilo las palabras de Choe Chil Song, quien estaba directamente bajo el mando del compañero Comandante en jefe Kim Il Sung. Como la compañía recibiera orden de trasladarse a otra posición, él se separó.

Por el despeñadero Choe Chil Song se encaramó con su fusil de chispa; el combate estaba en pleno fragor. Se agazapó en la hendidura de una peña para observar el campo de batalla; y en ese mismo instante se le ocurrió una idea atrevida: aprovecharse del tumulto para arrebatarle al enemigo un fusil y presentarse con él ante los compañeros. Sin pensarlo más, se levantó y se fue abriendo paso hacia el río a través de las matas de actinidias; se detuvo para mirar a su alrededor y luego siguió

arrastrándose, apoyando los codos en la tierra. Ya se encontraba cerca del dique, desde el que unos japoneses tiraban contra el pueblo. Pensó que era necesario acercarse más y arrojarse con rapidez sobre alguno de ellos y estrangularlo sin darle tiempo ni siquiera a chistar. Y luego, que venga lo que venga. De todas formas, si tienes el fusil en tu poder, no te lo quitarán ni aunque te maten, pensó.

Se arrastró sigilosamente procurando no perder la vista al japonés, que con su uniforme amarillo y apostado en una maleza de ajenjo disparaba en dirección al pueblo.

No le quedaban más que unos treinta metros para llegar hasta su objetivo cuando la situación cambió bruscamente. No sabía la causa, pero el enemigo, presa del pánico, empezó a darse a la fuga. El fuego de los guerrilleros era intenso y preciso, y los samurais no sabían dónde meterse.

A Choe Chil Song se le brindaba una buena ocasión para hacerse con un fusil. Había que quitárselo a alguno de los japoneses que andaban desconcertados. Arrastrándose hacia el dique, sobre el que crecía una maleza de ajenjo, vio a un japonés que estaba extendido en la arena con el fusil a la espalda. No había creído que la cosa sería tan fácil. Perdido el control como el hambriento que de repente encuentra un pedazo de pan, Choe Chil Song se puso en pie de un salto y chapoteando por un charco que había delante corrió con los brazos extendidos hacia el japonés. Apenas lo había tocado sonó un disparo. El japonés, que había fingido estar muerto, disparó sin cambiar de posición. Era de los que habían estado en el pueblo y se habían quedado rezagados al emprender la fuga. Atemorizado ante las certeras balas guerrilleras se había escondido entre la maleza con la esperanza de una ocasión para evadirse.

Choe Chil Song no tuvo tiempo ni siquiera para pensar que la bala esa

podía haberle quitado la vida. Se sentó encima del japonés y agarró el fusil por la culata. Pero el samurai resultó ser un hueso duro de roer: atenazó a Choe Chil Song con los brazos, le dio vuelta y hallándose ahora encima lo oprimió contra el suelo. El golpe fue tan fuerte que le hizo ver estrellas y sintió que le faltaba el aliento. Algo parecido había experimentado unos años atrás cuando, ocupado en arreglar el pavimento calentador de la casa de un terrateniente, se metió en una cueva de arcilla y se le vino encima un derrúmbele tierra.

Respiró hondo y dando un grito le dio un puñetazo en el pecho al japonés; luego con todas sus fuerzas se incorporó. Estaban el uno frente al otro. El japonés devolvió a Chil Song un puñetazo tan violento en la mandíbula que lo dejó atontado: la cabeza se le balanceaba de un lado a otro y hasta sentía punzadas en los dedos. Entonces el japonés decidió acabar con el joven coreano. Lanzando un estridente chillido le encajó un golpe en el sitio más vulnerable: en el mismo pecho. Chil Song se desplomó boca abajo dejando escapar un quejido. Sintiéndose vencedor, el japonés liberó sus piernas con una sonrisa irónica. Pero cuando ya se disponía a escapar, Chil Song lo agarró con sus fuertes manos por las solapas y le descargó un cabezazo en el pecho.

—¡Ahora verás canalla, cuáles son más duras, las alpargatas coreanas o los zuecos japoneses!

Chil Song apretó con ambas manos la garganta del japonés que se dobló poco a poco hasta caer al suelo. Unas manos negras, encallecidas y parecidas a terrones de barro oprimían inexorablemente un cuello blanco y grueso. Al cabo de unos instantes de forcejeo, el japonés emitió unos sonidos guturales; su cuerpo se relajó y estiró las piernas.

—No escaparás al castigo revolucionario —exclamó Chil Song. Pero viendo que el contrario ya no resistía, escupió la tierra que se le había metido en la boca y cogió el fusil tirado en la hierba—. Gracias por el

regalo, perro japonés. Maldita falta que te hacía venir de tan lejos para acabar así.

Después, limpió con la palma de la mano el barro pegado a la culata del fusil, volvió a escupir, dio una media vuelta y echó a andar por la orilla. De pronto sintió un dolor al pisar. Miró sus pies y vio que iba descalzo. Andar descalzo por matas y piedras era insoportable. Levantó la cara, manchada de barro, y miró alrededor. El cuadro que vio causaba horror. El campo, polvoriento y con la hierba pisoteada, estaba lleno de cadáveres y los charcos se habían teñido de rojo por la sangre. El viento le traía un desagradable olor a sangre fresca. Por la verde alfombra se deslizaba culebreando un humo azulado: en alguna parte ardía algo. Sobre un montículo en el que crecían unos ajenjos, boca abajo yacía un japonés de unos veinte años. Alrededor había casquillos de balas diseminados y se veían sucias huellas de pisadas.

Los labios oscuros y gruesos de Chil Song se despegaron despacio, relució una blanca dentadura, y estalló una carcajada.

Se ajustó la correa del fusil que acababa de conquistar y siguió adelante cojeando. Iba soslayando los cuerpos tirados en el suelo; vio un casco japonés manchado de arcilla y le dio con rabia una patada. El casco rodó hasta un charco; las ranas, asustadas por el ruido saltaron en el agua.

Más adelante, se detuvo al ver una brillante bolsa de campaña, de cuero amarillo. La levantó y la examinó. No tenía nada y olía a jabón. Seguramente no hacía mucho que la había tirado algún japonés. Chil Song desarrolló la correa y se la colgó del hombro.

Dio algunos pasos más y volvió a pararse. Sobre la hierba yacía un zapato bastante bueno; el otro estaba un poco más adelante; junto a él un japonés de gafas con los miembros extendidos. Llevaba una corbata de abigarrados colores; por lo visto se trataba de un intérprete. Tras de mirar

los zapatos y luego sus pies, cogió los primeros y se los probó; le quedaron bien. Pisó con ellos un poco en el sitio, moviendo la cabeza con satisfacción.

—Bueno, este es mejor que ir descalzo. A falta de pan buenas son las tortas.

Cuando llegó a la pendiente de la loma se agachó, cogió un terrón de arcilla del borde del camino y frotó con él las punteras de los zapatos, que daban demasiado brillo. La arcilla lo hizo desaparecer. “Ahora están bien”, dijo. Luego se dirigió a paso rápido loma arriba, sin reparar en las piedras ni raíces que iba pisando.

* * *

Rechazados los japoneses, los guerrilleros se dieron a la tarea de socorrer a los aldeanos. Cha Ki Yong, tras haber hecho un reconocimiento de la situación en el pueblo central, informó que allí quedaban unas cuantas decenas de personas que no habían podido escapar a tiempo, entre ellas un grupo de niños a cargo de Kim Jong Ok y Paek Kwang Myong

El compañero Kim Il Sung se dirigió al pueblo con un grupo de combatientes. La huida del enemigo ante el sorpresivo ataque era temporal. Había, pues, que evacuar cuanto antes la aldea.

El compañero General emprendió el camino hacia abajo y lo seguían unos diez hombres. Como preveían, nada más entrar los guerrilleros en el pueblo, los japoneses abrieron fuego nuevamente. Esto volvió a alarmar a los ancianos y asustar a los niños que allí estaban. Los guerrilleros los cogieron a hombros para trasladarlos a la otra orilla del río. Hubieran podido cruzar con relativa seguridad un poco más arriba, en las afueras del pueblo, pero allí la corriente era más rápida y

mantenerse en pie era difícil. Eligieron pues un amplio vado que estaba descubierto hacia el oeste; el enemigo los podía ver pero no había tiempo que perder.

En la orilla ya se había reunido una multitud de gente.

—Dejen de seguirme —ordenó con severidad el compañero Kim Il Sung a los soldados de la escolta—. Cojan a los niños y trasládenlos a la otra orilla.

El General ya había vadeado el río dos veces; ahora entraba por tercera vez en la aldea. Cuando, después de haberla recorrido entera, se disponía a abandonarla el último, vio en la orilla a una muchacha de pelo corto con tres niños. Era Kim Jong Ok. Sobre los hombros llevaba a un pequeño de cuatro años y cogidas de las manos a Kum Suk, de siete años, y a su hermanita Jong Sun. La muchacha ya había casi entrado en el agua misma cuando el compañero Kim Il Sung, acercándose rápidamente, cogió a las dos niñas y se metió en el río. Las balas chapoteaban como granizo.

No era fácil cruzar el río: el musgoso fondo era resbaladizo y la rápida corriente les llegaba hasta el pecho.

Levantando a las criaturas de tal modo que el agua no les mojase los pies, avanzaba paso a paso. Dos soldados de la escolta se lanzaron al agua para coger a los niños.

—Detrás vienen otros —el General quería decir que ayudaran a Jong Ok y a la niña.

Cerca del compañero Kim Il Sung silbaban las balas, levantando salpicaduras al hundirse en el agua.

—¡Qué horror!

En la otra ribera se escuchaban los gritos de desesperación de los aldeanos que ya estaban a salvo.

Transcurrían minutos de angustia. Los guerrilleros se lanzaron al

agua para ayudar a los últimos aldeanos a salir del agua.

El tiroteo duró una hora más, hasta que empezó a oscurecer. Una vez que hubo dejado a los niños en un sitio cubierto, el compañero Kim Il Sung les quitó las ropas mojadas, las enjugó y les lavó las sucias caras.

Entre ellos se hallaba Chotse. El mismo estrujó su ropa y después se la puso; dándose cuenta de que aquel hombre era el General fue corriendo a decírselo a su hermana.

Jong Ok, después de tantas calamidades, no podía pensar en lavar su ropa manchada de fango. Sentada detrás de una roca lloraba.

—Hermanita, ahí está el General Kim Il Sung te acuerdas de aquella vez cuando tú y yo…

La muchacha se volvió bruscamente.

—¿Qué dices? —No podía creer lo que estaba oyendo; cogió a su hermanito por los hombros, como si tuviera miedo de perderlo, y repitió—: Dime, ¿qué dijiste?…

—Que está ahí oí General Kim Il Sung. Acuérdate de que le vimos en la orilla del río después de que los japoneses quemaron nuestro pueblo. Entonces me preguntó el nombre y se interesó por mi tirador.

Jong Ok se puso en pie de un salto, arregló los bajos de su mojada chaqueta y echó a andar. No podía imaginarse que el hombre que la había ayudado a cruzar el río no era un simple guerrillero sino el mismo General.

El compañero Kim Il Sung retorció la ropa de la pequeña Kum Suk, la vistió y se irguió. Jong Ok se acercó y le hizo una reverencia.

—Muy buenas, General. Yo…

—Pero ¡a quién veo! ¿Jong Ok?

La muchacha estaba inmóvil, con la cabeza agachada. Apareció Chotse y saludó con una veloz inclinación de cabeza.

—¡Y también Chotse está aquí! —el compañero Kim Il Sung apretó contra su pecho la cara del muchacho—. ¡Quién lo iba a decir! —exclamó, abrazándolo con fuerza.

Chotse ciñó con sus débiles brazos el cuello del General. Las manos le temblaban.

El compañero Kim Il Sung cerró despacio los ojos. Refrescó en la memoria la imagen de la hermana cíe Chotse sentada con la cabeza baja cosiendo ropas de niño; la carita redonda de Kum Suk, de largas pestañas; el rostro de la mujer que estaba soplando el fuego de la hoguera, la criatura que sonreía con una flor de amargón en la mano, el charco con manchas de sangre…

Después abrazó a Kum Suk como lo había hecho con Chotse y se volvió hacia Jong Ok.

La muchacha, conmovida, se tapó la cara con las manos y rompió en sollozos. Ella nunca se había dejado vencer por las dificultades ni había derramado lágrimas, pero ahora lloraba como una criatura, estremeciéndose toda.

—No llores. ¿Acaso una jefa de sección puede llorar así? Vamos, basta ya. Oscurece y el tiempo apremia.

Puso una mano sobre el hombro de la muchacha, y la empezó a consolar, haciéndole preguntas sobre su vida: que cómo había ido a parar a aquel lugar, que cuántos alumnos tenía, si estaban sanos y cómo se alimentaban.

Luego de responder a las cariñosas preguntas del General, Jong Ok dijo que ya se sentía aliviada.

Después todos se encaminaron montaña arriba. El compañero Kim Il Sung llevaba de la mano a Chotse y a Kum Suk; y Jong Ok a Jong Sun en brazos.

*　　　*　　　*

El compañero Kim Il Sung cogió un hacha y se dirigió al bosque. Por todas partes se erguían corpulentos árboles. Se detuvo para escoger uno que derribar. Podría tumbar fácilmente un alerce, pero, aunque derechos, son astillosos y tienen mucha resina, por lo que no sirven para hacer la choza donde se alojarían los niños. Apartando las matas, fue adentrándose en el bosque hasta llegar a un sitio donde álamos y robles formaban una muralla. Allí se paró nuevamente. Pero todos tenían abundante ramaje y nudos.

Entretanto, en otro lado de la montaña dos guerrilleros de la escolta, y la tía Haeng Kum, con hachas y hoces habían terminado de talar árboles y empezaban a construir la choza.

El compañero Kim Il Sung exploró toda la espesura, después se quitó la chaqueta y se dirigió a una quebrada cubierta de fresnos. Había derribado ya un árbol grande cuando se acercó Jong Ok. Levantando el hacha, el Comandante en jefe la dejaba caer con fuerza oblicuamente sobre el tronco, el golpe producía un eco sonoro y hacía saltar astillas, que dejaban al descubierto el interior blanco de la madera. Después de unos cuantos hachazos el suelo en torno del árbol quedó cubierto de astillas y el esbelto tronco empezó a inclinarse hacia un lado, hasta que se desplomó estrepitosamente.

El compañero Kim Il Sung continuaba talando uno tras otro los árboles. Como a la muchacha no le pareció bien estar parada sin hacer nada, se acercó al compañero Comandante en jefe y dijo con timidez:

—General, déme a mí el hacha.

El compañero Kim Il Sung volvió la cabeza mientras se recogía una manga de la camisa y dijo:

—¿Cómo andas? ¿Y los niños?

—Los guerrilleros ya cortaron unos cuantos alerces y ramas de pino para el techo…

—¿Sí? El fresno, sin embargo, es mejor que el alerce. Y sería mejor que no dejaras a los niños solos. Los arbustos están llenos de espinas, además el terreno tiene escarpaduras. Devuélvete rápidamente. Yo regresaré en cuanto derribe unos cuantos árboles más.

La muchacha comprendió que no podía apartarle del trabajo y decidió ayudar cortando las ramas de los troncos con la hoz.

—Vaya a cuidar de los niños —repitió el Comandante en jefe.

—General, este trabajo lo podemos hacer nosotros mismos lo bastante bien para que los chicos se sientan cómodos.

Jong Ok siguió cortando las ramas del fresno derribado: no quería marcharse.

La otra vez, cuando se encontraron en la orilla del río al otro lado del paso de montaña Kadukryong, el compañero Kim Il Sung notó que esta muchacha tenía un carácter firme y que era muy meticulosa. Pero ahora comprendió que valía mucho más. Según dicen, tiene quince años, pero por su modo de trabajar y de pensar es una mujer independiente, una auténtica compañero.

En el bosque seguía oscureciendo y se hacía difícil distinguir las cosas.

El compañero Kim Il Sung cortó los árboles a la medida conveniente y les quitó los nudos; luego cortó un tallo de actinidia, ató con él haces de tres troncos y le echó uno al hombro.

—Vamos —dijo con voz forzada, franqueando una roca, y a grandes pasos se dirigió vertiente arriba. Jong Ok lo siguió arrastrando el tronco más grande de los que quedaban.

Los combatientes de la escolta buscaron un lugar apropiado e

hicieron en él una cabaña con los troncos que habían cortado; la cubrieron con una techumbre de ramas de pino y por el suelo esparcieron hierba.

Pyon In Chol vio al compañero Comandante en jefe y quiso salir a ayudarle, pero en ese mismo momento el pesado haz de troncos caía a tierra.

Libre ya de la carga, el compañero Kim Il Sung examinó la cabaña, se quedó pensativo un rato y pidió a Pyon In Chol una pala.

—Este no es un sitio apropiado para los chiquillos, la pendiente es grande. Vamos a hacer allí otra cabaña. Además, madera de alerce tampoco es buena.

Pyon In Chol no sabía qué decir y miró confuso a Jong Ok.

—General, la choza no está mal —dijo la muchacha acercándose a él. Los combatientes se habían esmerado y a ella le parecía que estaba bien para pasar una noche—. Los chiquillos están muy contentos y ya se metieron en la cabaña. Todos saben ya andar y no hay por qué preocuparse. Yo los cuidaré con más atención —decía Jong Ok intentando disuadirle de hacer otra cabaña.

—De todas maneras haremos una nueva. Esta que quede para las personas mayores, como el compañero Pyon. Tráeme una pala, anda.

Cogió la pala, se dirigió a un sitio más abajo a la derecha y marcó un espacio cómodo y llano. Hincaron troncos de fresno, que trajeron después de unos cuantos viajes, y construyeron allí otra cabaña.

—¿Qué te parece, compañera Jong Ok, no es mejor que aquélla?

—Está bien. Aquí se puede vivir mucho tiempo.

—Magnífico. ¿Acaso podemos dejar dormir a estos pequeños huérfanos en cualquier sitio? No debemos dejarlos a la intemperie ni llevarlos en las penosas marchas. Otra cosa sería si nosotros no

tuviéramos bastantes fuerzas. A mí esta cabaña me parece mucho mejor que aquélla. Aquí el suelo es llano, de modo que pueden andar sin peligro. Ya se sabe cómo son los niños, se meten en todas partes; por eso los troncos resinosos o con muchos nudos no son convenientes. ¿Cómo va la cena?

—La están preparando allá abajo —dijo Jong Ok, señalando a Haeng Kum, que estaba en aquel instante metiendo leña debajo de una olla colocada sobre unas piedras.

El compañero Kim Il Sung dio unas cuantas vueltas alrededor de la cabaña para darle los últimos toques; después entró en ella y se puso a arreglar la hierba esparcida por el suelo. Con la mano comprobó si había desigualdades o espinas, luego extendió unas mantas, trajo a los niños y los acostó.

Al salir de la cabaña se quedó pensativo un instante. Tomó un frasco de tinta vacío y con él hizo una candileja. Sólo después de encenderlo se calmó. Fue al manantial y se lavó las manos con el agua que Jong Ok le echó. Finalmente se sentó en una piedra para tomar fresco.

—Compañera Jong Ok, pasa tú esta noche en la cabaña; mañana, si ustedes no regresan al pueblo ¡la arreglaremos mejor. Los japoneses privaron a estos niños casi de todo. La revolución tiene el deber de devolverles lo que les quitaron y darles encima todo cuanto sus padres soñaban en darles. ¿Me entiendes? —El compañero Kim Il Sung se secó las manos con una toalla y, desviando la mirada hacia las hogueras que cubrían la ladera de la montaña, continuó con voz queda, como hablando consigo mismo—. Por ahora estos niños no tienen los sitios que merecen para dormir, pero en adelante nosotros les daremos todo lo mejor y precioso que pueda haber en el mundo. Compañera Jong Ok —dijo volviéndose hacia la muchacha, que permanecía de pie mordiendo un cabo de la cinta de la chaqueta—, hay que cuidarlos bien. ¡Qué niños son

ellos! Quién mejor que tú sabe que escaparon de un mar de fuego. Mejor dicho, los sacaron de un mar de sangre. Pobres niños. Pero no basta con compadecerse de ellos. Estos niños son los futuros dueños de nuestro país. Si hoy luchamos y derramamos nuestra sangre, es precisamente para hacerlos felices. No podemos consentir que hereden el hambre, las vejaciones y humillaciones; basta con haber sufrido esto nosotros. Contra eso combatimos. No importa que nuestra lucha sea difícil ni que tengamos que morir con tal de que ellos no se conviertan en esclavos sin Patria. Si comprendes esto, entonces sabrás cómo cuidarlos y qué enseñarles. ¿Me entiendes, compañera Jong Ok? Bien, vamos arriba. Me parece que la cena tarda mucho.

Sentados junto a la hoguera había unos tres niños. Jong Ok se recogió las mangas y se puso a repartir unas espesas gachas que había en una olla.

—Arriba, pequeños, que es hora de cenar. Vamos, Yong Nam, Un Sik, apúrense.

Jong Ok repitió unas cuantas veces estas palabras mientras Haeng Kum levantaba a los niños. Pronto se sentaron en torno a la hoguera. A los niños habituados a hacer vida de colectividad, se les veía animados, con un brillo en los ojos, cual estrellitas del amanecer. Sólo unos dos o tres niños seguían dando cabezadas.

Sobre la manta extendida en el suelo pusieron las tazas con gachas. La comida, que estaba hecha con harina de soja e hierbas comestibles picadas, desprendía un denso vapor. A cada uno le tocó una ración. Los niños mayores habían empezado ya a comer con avidez.

El compañero Kim Il Sung, que también estaba sentado junto a la hoguera, observaba, apenado, cómo los niños comían aquella magra cena; después, sentó en sus rodillas a la niña más pequeña, que todavía se encontraba medio dormida, y cogió la taza con gachas aguadas.

—¡Bueno, bueno! Despierta ya, vamos a cenar —le dijo a la niña, que seguía dando cabezadas. Un Sil se llamaba; tendría unos cuatro años y vestía con una exigua falda de lienzo.

—Bebe agua, anda, y verás qué pronto espabilas.

Diciendo esto cogió agua de una palangana que estaba cerca y con una cuchara le dio de beber a la soñolienta niña.

La pequeñuela, todavía sin haber despertado del todo, sintió el olor de la comida, despegó los labios y asomó la lengua.

El compañero Kim Il Sung, con el semblante casi inexpresivo, le daba de comer en silencio. No había terminado de darle la última cucharada cuando volvió a quedarse dormida, bajando sus largas pestañas. El compañero Comandante en jefe la recostó sobre las rodillas, se quitó la chaqueta y la cubrió con ella. Le acarició la cabeza y le dio suaves palmadas en los hombros. Ella abrió los ojos, lo miró y volvió a dormirse. Se oía su sosegado respirar.

Cuando todos los niños hubieron terminado de comer, Jong Ok entró en la cabaña, los acostó y volvió a salir.

La luna menguante se deslizaba rauda apareciendo y desapareciendo entre el ramaje de los árboles; y parecía que por el suelo saltaban las sombras de los abedules que el viento movía.

—Déme a la niña, General.

—No te preocupes, déjala. Todavía no se ha dormido completamente. Debería estar en los brazos de su madre, pero ya ves, aquí tienes esta pobrecita a campo abierto bajo la luz de la luna —dijo un poco emocionado el compañero Kim Il Sung.

Jong Ok calló y en cuclillas se puso a arreglar la hoguera.

En esto, la niña se estremeció asustada y, agitando las manitas, hizo[1] un intento de levantarse. Su pequeño corazón, alarmado por, el tiroteo del día, no podía tranquilizarse.

El compañero Kim Il Sung le cubrió sus brazos bajo la chaqueta, y cantando, empezó a mecerla, dándole cariñosos golpecitos en el delicado hombro:

Duerme, chiquilina, duerme.
… … …

Un Sil, arrullada por el suave tono de la canción, no tardó en dormirse profundamente. Jong Ok, sentada al calor de la hoguera, estaba pensativa. De la lengua de fuego emergían una tras otra imágenes que a ella le eran conocidas. Vio los rostros de sus padres. Vio la carita de Chotse manchada por la ceniza, y a Un Sil y Yong Nam llorando.

Más de cien *ríes* había andado por la orilla del río desde el pueblecito de Dagou, conduciendo un buey que tiraba de una chirriante carreta en la que iban diez criaturas. Cruzaron el puerto de Kadukryong, después bajaron al pueblo de Changchon —donde se encontró con el maestro Paek—, de allí continuaron caminando día y noche por la línea de Wangqing y Yanji, desviándose unas veces hacia el sur y otras hacia el norte para evitar el encuentro con los “destacamentos de castigo”.

El ruido de unas ruedas sujetas en ejes inseguros, las aldeas envueltas en nubes de humo, los niños desnudos con caras demacradas por el hambre, y ella misma que hacía desesperados esfuerzos para salvar la vida de las criaturas.

Jong Ok volvió de sus meditaciones, y desvió la mirada hacia los pequeñuelos dormidos. Todo alrededor se había sumergido en el sueño.

“Dormid dulcemente, niños. No lloréis. Cuando os veo llorar, yo también quiero llorar. No estáis solos. Nuestro entrañable General os ha cogido en sus brazos y rodeado de atenciones. ¿Me entendéis? Y ahora

acaba de entonar para vosotros una canción de cuna. ¡Dormid y creced pronto!”.

Jong Ok se enjugó los ojos con la manga y volvió a mirar a los pequeños. Tenía tantas ganas de llorar…

Duerme, chiquitina, duerme.

… … …

Se oyó otra vez el estribillo de la canción de cuna. Parecía como si el mundo entero se iba a entregar al sueño. También ella bajó por fin sus largas pestañas y apoyó la cabeza sobre las rodillas.

Por la calle desfila un apretado torrente de personas agitando los brazos y gritando “hurras” a la independencia del país. Van con ellos también muchos niños. Vestidos todos con ropas de vivos colores y zapatos buenos. En sus manos, ramos de flores. Sale al encuentro el entrañable General con los brazos muy abiertos y una luminosa sonrisa en el rostro. Estalla una tempestad de aclamaciones. Jong Ok siente también deseos de marchar junto con la multitud, pero por más que trata, las piernas no le obedecen. Por fin echa a andar, agita los brazos y grita “hurra”.

Viendo que la muchacha se estiraba y deliraba en sueños, el compañero Kim Il Sung sonrió bondadosamente y con voz suave procuró despertarla.

—Compañera Jong Ok.

La chica se estremeció, levantó la cabeza y miró alrededor. La visión solemne se había esfumado; ahora veía delante la danza de fuego de la hoguera.

—Estarás muy cansada, mejor será que te retires a dormir.

—No, no —sonrió ella. Se agachó y tiró un leño al fuego.

*　　*　　*

Aquí y allí ardían hogueras. Las habían encendido los refugiados dispersos por el valle para cocinar o calentarse. El humillo azulado iba descendiendo cauto y perezoso hacia la aldea, donde se había hecho la calma con la Regada de la noche.

Las mujeres andaban de un lado para otro consolando a los niños o haciendo la comida, mientras los hombres se dedicaban a cortar árboles y preparar el albergue para pernoctar. Se oían los gritos de quienes buscaban a sus familiares, y a veces, el gorjeo de los niños.

Allí, en el profundo despeñadero, donde en todo el año nadie, salvo algún leñador, había posado los pies, en un solo día brotó una vida agitada.

Los guerrilleros, desperdigados, preparaban cabañas para los refugiados.

El compañero Kim Il Sung regresó cuando ya se habían dormido los niños que estaban al cuidado de Jong Ok, se sentó en la hierba y empezó a conversar con Choe Jin Dong. Éste le contó en breves palabras de la labor que se había realizado después de que el compañero Comandante en jefe había dejado la ranchería Jagundegi, de Liangjiangkou; le informó sobre los detalles del combate que se había librado durante el día.

Mientras escuchaba, el compañero Kim Il Sung pensaba en cómo ayudar a la población local a normalizar la vida.

La hoguera iba avivándose, las chispas saltaban con fuerza iluminando el sitio. El compañero Kim Il Sung recogió unos frutos de una rama del saúco y los estrujó. Las maduras semillas despedían un rico aroma.

—El compañero Ri Kwang, como usted, ha preparado un vasto territorio. En el informe entregado a través del emisario, dice que pronto va a ampliarse tanto, que podrá dividirse en varios distritos. ¿Qué piensa hacer usted en lo sucesivo? Como se ha creado una base de apoyo, ¿no sería bueno reforzarla inmediatamente como una fortaleza inexpugnable? Más aún, a mi juicio, el ejemplo de la aldea Soksegol testimonia que garantizar la vida normal de la población constituye el problema fundamental. Entonces, ¿qué piensa hacer?

El compañero Kim Il Sung miró con una leve sonrisa a Choe Jin Dong, que se había sentado de lado, en una posición bastante incómoda, para ocultar a su interlocutor la manga desgarrada.

Choe Jin Dong, de carácter impulsivo, últimamente había cambiado notablemente; ahora se portaba con discreción. Fijos sus ojos aguileños en el suelo, meditó un rato, después dijo:

—Todavía no lo sé. Cuando el territorio abarcaba sólo unos pueblos, no había que romperse la cabeza, pero se ha agrandado tanto, que ya ni siquiera sé cómo actuar. El territorio y la población, son ahora mucho mayor que antes y, sin embargo, disponemos de pocos combatientes para la defensa. Además, por lo visto, las “operaciones punitivas” continuarán…

—De eso se trata. El caso de hoy demuestra que andamos muy flojos en cuanto a la dirección de masas. Ellas deben actuar como un solo hombre de acuerdo con las órdenes dadas, pero hoy lo hicieron desordenadamente. El aparato de dominio del imperialismo japonés —la policía, los alcaldes de cantón, los jefes rurales— ha sido abolido, pero todavía no hay una organización capaz de dirigir al pueblo en forma unitaria. Verdad es que existe 1.a Unión Antiimperialista, la Juventud Comunista y da Asociación de Mujeres, pero están desunidas, no forman una organización única. Hay que resolverse este problema; entonces se

podrá defender la base de apoyo, tener una vida estable y, claro está, también luchar.

—Entendido.

—Bueno, no vamos a discutir a solas este problema, mejor será que lo tratemos con los compañeros de esta aldea.

—Pues voy a buscar a los dirigentes de las organizaciones locales.

—No. Mejor si vamos nosotros a varios. Vamos a dar un recorrido y de paso nos enteramos de cómo respiran las masas.

El compañero Kim Il Sung se puso en pie y se encaminó a hacer la ronda. Choe Jin Dong le siguió.

Cuando llegaron abajo oyeron que cantaban en el bosque. Era Jon Kwang Sik que había reunido a la gente y organizado una velada.

La muchedumbre —niños, jóvenes, mujeres y ancianos—, se apiñaban en torno a una gran hoguera.

Era muy entrada la noche, pero los reunidos gritaban y aplaudían. La mayoría había perdido todo en el día de ayer —el hogar, el sustento, los enseres— o estaban heridos en la cabeza o en los brazos. Pero ninguno de ellos experimentaba dolor ni sufrimiento; no les dejaba dormir la alegría por la victoria de los guerrilleros. Jon Kwang Sik comprendía mejor que nadie lo que significa esa victoria, por eso, trataba como un torbellino dirigiendo la velada sin olvidarse de pronunciar en el momento oportuno, una arenga propagandística. Llamó a aquella velada “Fiesta de los vencedores”.

Cantaban solo y en coro. Hubo baile. Cada uno procuraba mostrar su talento. Pyon In Chol ejecutó con flauta una melodía melancólica y triste.

El compañero Kim Il Sung se acomodó detrás de los ancianos y con inmenso placer se puso a observar el regocijo. El baile estaba en su apogeo. Pak Hung Dok llevaba la voz cantante. Cha Ki Yong también

reveló sus talentos, pero no estuvo tan lúcido debido a su elevada estatura y el movimiento un tanto embarazoso de sus brazos. Se Gol sabe mover los hombros con ligereza: separando mucho las piernas, daba varios saltos, luego se erguía y empezaba a girar sobre una pierna, dando cabezadas. Jin Bong Nam se mueve con plasticidad y finura, es un placer contemplarlo. Mueve ligeramente el cuerpo, levantando los brazos en espiral.

Pak Hung Dok daba vueltas desplazándose a pasos menudos: imitaba el andar de un enano; de pronto, de un tirón sacó al corro a un mozo lugareño. Estallan risotadas. El valle se estremece del unánime palmoteo.

"¡Bravo, muy bien! ¡Bravo, así, así!", gritaba la muchedumbre.

Luego irrumpieron en el corro las guerrilleras. Sólo faltaba Myong Ok, que no se veía por ninguna parte. Yong Suk y Hye Yong bailaban en pareja. Sonaban cada vez más rápidos los redobles del tambor; las muchachas, extendiendo los brazos, daban vueltas y vueltas. Sus faldas se inflaban como abanicos. En fin, un espectáculo que era un primor. Alguien levantó una antorcha. Los rostros de las muchachas se tornaron color grana y sus vestidos parecían más relucientes.

Llegaron los niños frotándose los ojos somnolentos y hasta las mujeres que estaban preparando la papilla, contemplaban el espectáculo con los cucharones en la mano.

Aquello era realmente una gran fiesta. Todo era alegría, risas, admiraciones de júbilo.

También Jon Kwang Sik se puso a bailar, dando vueltas con los brazos extendidos. Anduvo unos pasos de puntillas, luego se volvió bruscamente y se detuvo como si no supiera cómo seguir, si avanzar o retroceder; se puso a mover graciosamente los hombros y empezó a dar vueltas deslizándose lentamente, palmoteando, levantando y bajando los brazos, taconeando al compás.

El compañero Kim Il Sung palmoteaba sonriente. Mientras se desbordaba el regocijo, el compañero Comandante en jefe acompañado de Choe Jin Dong, bajó al vallejo donde se habían reunido los dirigentes de las organizaciones sociales de Soksegol.

Con los dirigentes de la aldea de la Unión Antiimperialista, de la Unión Juvenil y de la Asociación de Mujeres y la Asociación de Campesinos, discutió el problema de la creación de una organización unificada.

El compañero Kim Il Sung pasó allí unas horas aclarando ciertos detalles de la vida de la población local. Marcó los límites de la zona liberada y se interesó por la composición de la población, él abastecimiento de víveres, la cantidad de niños en edad escolar. También manifestó su preocupación por el tratamiento de los heridos y los enfermos. Finalmente, dio las indicaciones pertinentes sobre cada una de estas cuestiones.

Una vez finalizado el encuentro con los dirigentes echó una mirada al cielo nocturno sembrado de estrellas y, levantándose de pronto, dijo muy alto:

—No podemos tardar. Allí donde hemos derrocado el viejo régimen estableceremos el nuestro, el nuevo. Ese es el camino más acertado para la solución de todos los problemas.

El compañero Comandante en jefe estaba inspirado. La idea que desde hacía tanto tiempo llevaba dentro, de pronto había adquirido configuraciones claras y concretas.

Choe Jin Dong, que captaba mejor que nadie los ánimos del compañero Comandante en jefe, no sabía con certeza a qué soluciones concretas se refería, pero presentía que el compañero Kim Il Sung pensaba en los serios problemas de la revolución.

—Sí, el Poder. Tenemos que crear nuestro Poder —exclamó de nuevo

el compañero Kim Il Sung, paseándose ante la hoguera—. Compañero Choe, basta por hoy. Mañana nos encontraremos de nuevo.

Cuando se fueron los compañeros, se quedó solo, absorto en sus pensamientos.

*　　　*　　　*

Bajo el alerce donde se habían acomodado los combatientes de la compañía No. 3, chanceaba Pak Hung Dok.

—¿Han visto? ¡Ha-ha-ha! —pasó por delante de Choe Chil Song examinándolo con evidente curiosidad, y de pronto gritó—: Compañeros, pero ¿han visto? Ha regresado el compañero Choe Chil Song. Este sí que es un acontecimiento.

De todas partes empezaron a afluir los guerrilleros que pocos minutos antes se habían dispersado al terminar —ya muy entrada la noche— la velada. En un instante el compañero Choe Chil Song se vio rodeado de varias decenas de hombres.

Al ver en torno a sí tantos compañeros, Choe Chil Song se desconcertó por completo moviendo la cabeza de un lado a otro.

En efecto, la aparición de Choe Chil Song era para ellos, como había dicho Pak Hung Dok, un curioso acontecimiento. Hasta su aspecto era sumamente extraño. No había novedad en el vestido, puesto que, como siempre, llevaba, el uniforme. Pero además del fusil de chispa que colgaba del hombro derecho, tras el izquierdo relucía un rifle del modelo del año 38. Para colmo de la sorpresa, llevaba a la cintura un portamapas de cuero, cuyos tirantes le cruzaban el pecho, y en la mano, un envoltorio voluminoso.

Si la noticia del regreso de Choe Chil Song, que había estado en su casa, había despertado una gran curiosidad en los guerrilleros, el aspecto

tan aparatoso del soldado terminó por dejarlos estupefactos.

El comportamiento de Choe Chil Song era serio, como siempre, de manera que nadie se atrevió a acercársele para gastarle alguna broma. Parco en palabras y moderado en las bromas, había sufrido tantos percances en aquellos pocos días, que se mostraba atónito, como si hubiera sido arrastrado al abismo de las desgracias.

Verdad es que en el fragor del combate se enteró de que el Cuartel General se había desplazado hacia la aldea, pero en la excitación del combate le fue imposible llegar hasta allí. Cuando el enemigo retrocedió y empezó a oscurecer, quiso dirigirse adonde los suyos, pero no pudo hacerlo por lo que le ocurrió a su mujer.

Por Yong Suk, que fue a ayudar a su esposa, se enteró de la llegada de los compañeros, pero ella lo retuvo en casa, hasta que por fin ahora, en la noche, pudo regresar con ella a la unidad.

Choe Chil Song no se separaba del envoltorio, saludaba a los compañeros ya agitando una mano, ya moviendo la cabeza. Pero se sentía incómodo, como si hubiera sido desenmascarado en alguna mala acción; su rostro se había puesto rojo como un tomate.

Pak Hung Dok resopló, se acercó a Choe Chil Song, le arrebató el rifle del modelo del 38, y levantándolo muy alto con ambas manos lo mostró, como si se tratase de alguna cosa misteriosa, a los combatientes que rodeaban a Chil Song.

—Así hay que arrancar la calabaza, con la rama. Fíjense en este rifle. Es nuevecito, recién salido de la fábrica, todavía huele a lubricante. Bueno, pues este muchacho se ha hecho con esta pieza así —y dejando el rifle, Pak Hung Dok se echó las manos al cuello y haciendo como que se estrangulaba, empezó a dar gritos desesperados, luego se dejó caer a tierra, extendiendo los brazos como si entregara el rifle.

Quién sabe si el hecho ocurrió de aquella manera, pero la escena

muda fue representada con tanta expresividad, que los presentes se imaginaron perfectamente cómo Choe Chil Song había conseguido el arma.

Los compañeros empezaron a ulular, a reírse y aplaudir. No habían cesado todavía las risas, cuando Pak Hung Dok, continuó:

—¿Creen ustedes que eso es todo? Fíjense en esto: es i un portamapas. Por lo que se ve, debió llevarlo con porte ufano un oficial japonés. Ahora Choe Chil Song se digna regalármela. A decir verdad, yo no soy amigo de toda clase de baratijas, pero no está bien no aceptar un regalo de un compañero —y diciendo esto de un golpe se echó el portamapas, tras el hombro y se lo acomodó.

Así se quedó el hábil Pak Hung Dok con el portamapas que tanto le había gustado. Los compañeros rieron de nuevo, tanto por la frescura de Pak Hung Dok, como por su astucia.

Pak Hung Dok parecía dispuesto a apaciguarse, pero inopinadamente se fijó en los pies de Chil Song.

—¡Amigo, pero qué cosas llevas en los pies!

Pak Hung Dok se asombró muchísimo del descubrimiento que acababa de hacer.

Choe Chil Song escondió apresuradamente los pies entre la hierba, pero las puntas de las botas, limpias de tanto andar por entre el rocío, seguían reluciendo.

—Pero hermano., resulta que eres un auténtico lechuguino.

Choe Chil Song empezó a justificarse, diciendo que había perdido su calzado durante el forcejeo con el japonés y que al encontrar en la orilla aquellas botas, se las había puesto.

—Por todo, se ve que algún lacayo japonés se paseaba con ellas vistiendo traje blanco de paño, jugueteando con el bastón y que, al escapar, se deshizo de ellas.

—De todas formas es mejor andar con ellas que ir descalzo —seguía justificándose Choe Chil Song.

—¿Cómo va a ser mejor? ¿Es que se tiran las cosas buenas? Pero, huélelas. Seguro que desprenden tufillo burgués —advirtió Se Gol mirando de reojo a Chil Song.

Choe Chil Song frunció la frente y se dejó caer sobre la hierba.

—¿Qué ocurre, compañero Choe? A ver cuán lujoso es ese calzado que llevas.

—No tienen por qué verlas —respondió obstinado Chil Song ocultando los pies.

—¿Han visto la importancia que se da con las botas? ¡Ha-ha! —Se Gol, hombre testarudo, por fin logró lo que se proponía, levantando, para que todos la vieran, una pierna de Chil Song.

—Es un primor. Pero qué punta más chata, es igualita al hocico del perro del capataz japonés de la explotación forestal de Rimyongsu.

Al oír que olía a burgués, Choe Chil Song sintió repulsión.

Recordó que el hijo del terrateniente Hwang para quién él trabajó de criado trajo unas iguales cuando regresó del Japón, donde había estado estudiando.

Ahora le repugnaban aquellas botas, de manera que se las quitó y las lanzó lejos. Una tras otra, las botas marcaron un arco en el aire y fueron a caer más allá del montículo.

Estalló otra risotada. Pero la cosa no terminó en eso.

Yong Suk salió del corro y comunicó a los presentes que hoy a Chil Song le había nacido un hijo, un niño rollizo.

—¿Por qué no lo has dicho hasta ahora? Yong Suk, no está bien —dijo Pak Hung Dok moviendo la cabeza con aire descontento. Hung Dok sabía que Chil Song esperaba un hijo, pero no podía imaginarse que ello iba a suceder en un día tan arduo.

Pak Hung Dok, ahora muy serio, salió al medio del corro y dijo que había que festejar el nacimiento de otro representante de la nueva generación, que había venido al mundo en el fuego de la revolución. Los combatientes aplaudieron ruidosamente.

Chil Song, emocionado y con las mejillas ardientes, hundió la cabeza entre las rodillas.

Los combatientes se pusieron a fumar y empezaron a discutir sobre el nombre que debía darse al recién nacido. Unos decían que no había para qué romperse la cabeza cuando seguramente el propio padre ya tenía pensado el nombre; otros se obstinaban en que no se podían permanecer indiferentes ante la alegría de su compañero, que debían ayudarle a elegir un buen nombre.

Las propuestas empezaron a llover. Los que conocían los jeroglíficos chinos, aclaraban el significado de los caracteres que formaban el nombre que proponían: “su” (vida), “pok” (felicidad), “myong” (luz), “hae” (mar), “ho” (tigre)…

Pero ninguno de los nombres contó con la aprobación general. En vista de ello Se Gol propuso a las guerrilleras que dijeran su opinión.

Yong Suk, que sentada bajo un árbol algo ideaba con un trozo de lienzo, tras vacilar un rato dijo:

—No se rían. Todavía no he pensado en eso.

—A ti te gusta melindrear —la espetó Cha Ki Yong.

—¿Es que es tan fácil dar el nombre a un miembro de la nueva generación?

—Basta de hacerse rogar.

—Vamos a ver. Estamos viviendo en una época revolucionaria. Más de una vez hemos afirmado que debemos consagrar nuestra vida a la revolución. Por eso, creo que estaría bien ponerle al recién nacido el

nombre de “Hyok Myong” (revolución). ¡Y que sea un auténtico revolucionario!

—¡Bravo, eso es!

—¡Mira qué bien lo ha ideado ella!

—Así es nuestra Yong Suk —dijo Cha Ki Yong levantando el pulgar.

—¡Qué bien pensado!

—Un nombre magnífico.

—Bueno, pues, si no hay más proposiciones votemos.

Se levantó Jin Il Man, un hombre algo cargado de hombros. Tragó la saliva y levantó el brazo.

—Compañeros, apoyo a la compañera Yong Suk. Hacía mucho que quería hablar, pero no se me presentaba la oportunidad. ¿Qué orden hemos recibido hoy durante el combate aquí, en Soksegol? Todos ustedes saben perfectamente que el compañero Comandante en jefe nos mandó impedir, por todos los medios, que el enemigo entrara en la aldea de Saemgol. Yo mismo lo oí cuando daba la orden. Ignoro si habría en esto algún otro motivo, pero creo que al dar esa orden el compañero Comandante en jefe pensaba en la esposa de Chil Song. Sí, en el fuego de la revolución nace nuestra nueva generación. Y pensemos en lo que pensemos, no debemos olvidar eso.

—Cierto.

—Entonces vamos a felicitar a nuestro Choe Chil Song y al recién nacido Choe Hyok Myong.

Jin Il Man alzó los brazos y empezó a aplaudir.

Todos los combatientes palmoteaban con entusiasmo.

Cuando los aplausos cesaron, Yong Suk se levantó y se acercó a Choe Chil Song. Tras hacerle el saludo militar, le extendió un objeto blanco.

Era una chaquetita para el recién nacido que las guerrilleras habían hecho a toda prisa.

—Es el regalo que hace a Choe Hyok Myong nuestra compañía —diciendo esto desdobló la chaquetita para que todos la vieran y solemnemente se la entregó a Chil Song.

—¡Esto sí que es un regalo!

—No es un regalo, sino una orden.

—Resulta que Choe Hyok Myong ya ha recibido el uniforme de guerrillero.

—Toma, recíbelo. —Cha Ki Yong cogiéndolo de la mano, hizo levantarse a Chil Song, que permanecía sentado con la cabeza baja. Chil Song tomó el regalo.

De nuevo estallaron risas y ruidosos aplausos.

* * *

Al día siguiente, todos los vecinos del pueblo que se habían refugiado en las montañas empezaron a dispersarse por sus casas.

Por decisión del Cuartel General los guerrilleros empezaron a ayudar a la población a normalizar la vida. Erigían casas sobre las cenizas, ayudaban a los vecinos en la búsqueda de los enseres.

En más de diez *ríes* a la redonda, en los puntos importantes, se establecieron puestos de vigilancia.

Cuando después de ponerse el sol en la hierba y en los matorrales empezó el incesante chirrido de los insectos y la orilla comenzó a cubrirse de una ligera niebla, en el bosque se congregó mucha gente. Por indicación del compañero Comandante en jefe, allí se habían reunido el destacamento de guerrilleros y los dirigentes de las organizaciones revolucionarias y los activistas de Soksegol.

Todos tomaron asiento en torno a la hoguera.

El compañero Kim Il Sung se subió a una pequeña elevación que

había a la derecha de la hoguera. Abriendo ligeramente las piernas sobre la hierba que empezaba a cubrirse de rocío, con voz más bien apagada, empezó su discurso.

Primero se refirió a la importancia que tenía la creación de la Guerrilla Antijaponesa para la lucha de liberación nacional de Corea; luego pasó a la cuestión de la base revolucionaria en general.

El problema de crear la base revolucionaria —que debía convertirse en la retaguardia, en el punto de apoyo estratégico militar de la Lucha Armada Antijaponesa, en el foco y el baluarte de la revolución coreana— y la cuestión del armamento eran para el orador los problemas estratégicos principales.

Nuestra lucha armada que se despliega en unas condiciones desfavorables —sin retaguardia estatal ni apoyo por parte de ejército regular alguno— debe, apoyándose en esta base, fortalecer la guerrilla, acelerar los preparativos para crear el Partido, unir a las masas sobre la base del frente unido. Desde aquí se dirigirá la revolución de todo el país; aquí surgirán el prototipo del Poder que nosotros tendremos que crear en lo sucesivo y los modelos de las transformaciones sociales y de las soluciones de otros problemas.

En breve plazo, tan sólo a los seis meses de haberse creado la Guerrilla Antijaponesa, hemos logrado organizar bases de apoyo en la cuenca del río Tuman, una zona favorable para nosotros, tanto por la composición clasista de la población, como desde el punto de vista geográfico.

Pero el haber ocupado un territorio tan necesario para nosotros no es fundamento para considerar resuelto el problema de las bases de apoyo.

Por un lado, debemos disponer de fuerzas preparadas para defender las bases de apoyo y, por otro, las propias bases deben responder a las

exigencias de nuestra estrategia. Para ello tenemos que crear bases de apoyo de dos tipos.

Las primeras serán bases guerrilleras, que se organizarán en forma de zonas liberadas; las segundas serán semiguerrilleras que se crearán en torno a estas zonas.

Las bases semiguerrilleras formalmente seguirán bajo el dominio del imperialismo japonés, pero de hecho se encontrarán bajo el completo control de las fuerzas revolucionarias; de día allí gobernarían los enemigos, pero de noche estará asegurada la plena libertad de acción de las organizaciones revolucionarias. Estas también servirán de segura base de retaguardia para proteger la zona liberada. Hablando metafóricamente, serán como la gruesa corteza que protege el tronco del árbol.

Al mismo tiempo hay que reforzar nuestra influencia revolucionaria en las zonas controladas por el enemigo. Allí todos los trabajos deben realizarse clandestinamente y debemos esforzarnos para, poco a poco, convertir esas regiones, que por el momento ocupan la inmensa mayoría del territorio, en zonas semiguerrilleras y después, en liberadas.

Puesto que las bases revolucionarias se encuentran en zonas donde se lucha a muerte, está claro que no pueden ser permanentes, ni se las puede crear mecánicamente, “en serie”…

Tras exponer a los reunidos la idea sobre la creación de las bases de apoyo —fruto de profundas meditaciones— el compañero Kim Il Sung pasó a tratar el tema de las tareas inmediatas que deben resolverse en las zonas liberadas.

Lo más importante en este momento es normalizar la vida de la población de las bases de apoyo. Gran número de personas que emigraron a las bases revolucionarias y los habitantes víctimas de las masacres, ahora empiezan a dispersarse, puesto que carecen de la

posibilidad de llevar una vida sedentaria.

En lo sucesivo se repetirán a mayor escala las operaciones punitivas de los imperialistas japoneses y, además, tendrán un carácter todavía más cruel.

Para asegurar a los habitantes la vida sedentaria, para cohesionarlos y conducirlos a la lucha por la defensa de las bases de apoyo, es necesario establecer el Poder revolucionario en esas bases. Nuestro Poder debe destruir todo el aparato de la dominación reaccionaria y establecer un nuevo orden revolucionario; resolver el problema del abastecer a la población de víveres, ropa y vivienda, desplegar la lucha contra las enfermedades y fomentar la enseñanza.

El Poder revolucionario debe constituirse en un Poder popular que corresponda a la fase dada de la revolución democrática antiimperialista y antifeudal; pero como etapa transitoria, sería razonable crear un Comité de la revolución integrado por representantes de distintas organizaciones revolucionarias.

Esas son las necesidades imperiosas de la revolución. Eso es lo que exige la ardua situación que se ha creado aquí en Soksegol.

El compañero Kim Il Sung se pasó largas horas explicando a los reunidos cómo había que desarrollar las bases revolucionarias.

Después de su discurso se creó el Comité de la Revolución de la zona de Soksegol.

Fueron elegidos miembros del mismo representantes de la Unión Antiimperialista, de las Asociaciones Campesina, Juvenil y Femenina; se formaron las secciones militar, de alimentación, de la tierra y de la educación, que debían de ocuparse directamente de labores prácticas.

En la primera sesión del Comité de la Revolución se discutieron las medidas para trasladar a la población al valle de Saemmulgol teniendo en cuenta la posible reanudación de los ataques enemigos. Después de la

reunión, Cha Kwang Su regresó solo a su compañía. Aunque durante el día se había cansado de lo lindo, corriendo de acá para allá, caminaba con ánimo por entre los equisetos que crujían bajo sus pies. Se oía por doquier el incesante chirrido de los insectos. Hoy se habían celebrado dos reuniones relámpagos del personal de mando: una antes y otra después de la comida. Cualquier que fuera el problema a tratar, el compañero Comandante en jefe nunca resolvía nada solo. Aunque se tratara de una cuestión donde todo estaba claro, de todos modos se empeñaba en obtener el consenso general mediante debates suplementarios preguntando su opinión a los compañeros. Así procedía hasta en las cuestiones más sencillas, que él bien podría resolver por su cuenta.

En la reunión matutina se trataron diversas medidas organizativas, relacionadas con la próxima creación del Comité de la Revolución. El compañero Comandante en jefe dio indicaciones concretas sobre todos los problemas, incluso sobre los más insignificantes. La creación del Comité de la revolución no era una cuestión sencilla en el plano teórico ni en el práctico. Y esta vez, como siempre, explicó estos serios y nuevos problemas de principio con sencillez y serenidad, clasificando como si se tratara de problemas cotidianos. Al indicar la necesidad de crear bases de apoyo en aras de la victoria de la revolución, añadió que ese problema se había tratado detalladamente en la Reunión de Mingyuegou. Al cruzar el monte Paektu lo habían discutido en otras dos oportunidades pero él, Cha Kwang Su, no llegó a imaginarse que aquel problema era tan imperioso y palpitante, que ya hoy requeriría su inmediata solución. Crear antes de liberar todo el país zonas liberadas, estableciendo el Poder revolucionario en los territorios donde se ha acabado con la dominación reaccionaria del enemigo y derrotado las bárbaras expediciones punitivas, era realmente una idea audaz y grande. La historia conocía,

por ahora, dos tipos de Poder revolucionario; el de la Comuna de París y los Soviets que apoyó Lenin. Como decía el compañero Comandante en jefe el Poder revolucionario, también por su forma debe responder a nuestra realidad. Y ello supone emprender un nuevo y original camino. Arrojar definitivamente a los imperialistas japoneses de la tierra natal de hecho no es tan difícil. Hoy hay que echar al enemigo de una centésima parte del territorio, mañana de una décima y así, paso a paso, ir ampliando el territorio liberado. Y esto es posible.

El hábil timonel conduce su nave en la difícil, pero gloriosa travesía.

Por entre los arrecifes, navegando sobre las olas y abriéndose paso en la bruma el compañero Kim Il Sung conduce hábilmente la nave de la revolución, hacia la gloriosa orilla de la victoria.

Posiblemente falle el mástil, o la nave haga un poco de agua, pero así y todo seguirá avanzando segura.

Profundamente emocionado, Cha Kwang Su caminaba sin ver el sendero. Al comprender que se había desviado, se dirigió a campo traviesa hacia donde se encontraba el campamento de la compañía. Silbando, saltaba ágil entre piedras y matorrales, y de tiempo en tiempo arrancaba y mascaba el tallo de alguna hierba. En la aldea había luz. Todavía ayer tarde parecía sin vida, sumergida en la oscuridad, pero ya hoy la revolución le había traído la tranquilidad.

Se oía el ladrar de los perros.

Allí estaba la aldea como si nada hubiese sucedido, como antes, intacta; y parecía que nada le ocurriría en lo sucesivo. No se oía allí ruido semejante al que se oyó en el centro de París, que había proclamado la Comuna, al derrumbarse ese símbolo chovinista, la Columna de la plaza Vendome; tampoco se oía nada parecido a las solemnes salvas del crucero “Aurora”. No se oían exclamaciones victoriosas de masas que marchan al compás de los redobles. No

obstante, justamente aquí se había abierto una enorme brecha a la dominación colonial del imperialismo japonés; y ello comenzó en una aldea montañosa de las inmediaciones del río Tuman, que difícilmente podrá encontrarse en un mapa bastante grande.

Sobre la cabeza del hombre pasó fulgurante, en dirección a la aldea, una estrella fugaz.

Cha Kwang Su rio contento y, agitando los brazos empezó a dar brincos como queriendo abrazar al cielo entero.

* * *

Tras el campamento de la compañía, en una elevación, yacía un canto ovalado y liso.

Choe Chil Song, con un haz de paja se subió al canto, miró en derredor y se acomodó de cara a la luna resplandeciente. Y aunque cerca de allí pasaba el camino que llevaba a la aldea, era el lugar más adecuado para hacer su modesto trabajo. Para tejer tres pares de alpargatas debería trabajar hasta que la constelación Orion se ocultase con su larga estela.

Una vez acomodado, tomó un manojo de paja, se lo puso debajo y luego colocó a su derecha el tupido haz bien arreglado.

Apretando unas pajas con los pies y con un codo apoyado en la rodilla, empezó a hacer una cuerdecita moviendo ligeramente las palmas. Tras retorcerla unas cuatro o cinco veces, a la luz de la luna, echó una mirada al rabito de cuerda que había hecho. Parece un tanto ruda para alpargatas, pensó. Pero la torsión era fuerte, y agradable al tacto, como la vaina del haba cuando está henchida. Antes se daba mucha maña y retorcía la cuerda muy fina, pero ahora había perdido habilidad porque, hacía mucho que no se ocupaba de ello. Por lo que se ve, había perdido la destreza. Pero, en cambio, se había habituado al fusil y al

lápiz, y ese pensamiento pareció alegrarle el alma.

Mañana el destacamento se pondrá en camino. Hace ya una semana que se encuentra aquí. Todos esos días estuvieron saturados de tan diversos asuntos que se le antojaba que había transcurrido todo un mes; cuando en los raros ratos libres rememoraba todo lo que había hecho, hasta perdía la cuenta, y dudaba si esto o aquello fue ayer u hoy. Pero a la hora de partir, le pareció que el tiempo había corrido en un abrir y cerrar de ojos. Sintió nostalgia.

En estos días Choe Chil Song había ido a su casa, había hecho un montón de cosas, muchas más que en otros tiempos. El combate, la reunión, y cuantos acontecimientos impresionantes.

Chirriaba la paja al retorcerse entrecruzada, y a medida que frotaba las palmas la cuerda iba apareciendo más larga, lisa y suave. Cuando las manos llegaban a la altura de la cabeza, su movimiento se volvía más rápido, hasta que una mano pasaba de súbito hacia adelante y se retiraba describiendo un círculo, para tirar hacia atrás de la punta irguiéndose ligeramente. Así concluía un trozo de la cuerda, que salía retorciéndose como una serpiente.

La paja seguía chirriando.

Inclinando el cuerpo levemente a la izquierda, Chil Song meneaba la cabeza.

La paja despedía un olor indefinido, entre acre y almizcleño, que al menor soplo del viento se mezclaba con el aroma embriagador de la vegetación madura; los insectos no se cansaban de zumbar.

Alucinado por el silencio de la noche y el aroma que despedía la naturaleza que le rodeaba, Chil Song movía las manos maquinalmente, sin concentrarse en lo que hacía. Al oír unos pasos que se acercaban, dejó de trabajar y miró hacia atrás.

La luz lunar jugueteaba en los hombros de los caminantes, que sin

duda eran guerrilleros. Eran tres y marchaban en fila india, observando las distancias.

—¿Quién va? —gritó uno.

Choe Chil Song se levantó como movido por un resorte.

Había reconocido la voz del compañero Comandante en jefe. Dejando caer el cabo de la cuerda, se puso firme, y volviéndose, respondió:

—Soy yo, Choe Chil Song.

—¿Choe Chil Song?

—¡Sí!

No alcanzó a moverse del sitio Choe Chil Song, cuando el compañero Comandante en jefe se subió al canto. Bajando la mano de Chil Song, que saludaba militarmente, le pregunto qué hacía allí en la oscuridad.

—Una cuerda.

—¿Una cuerda?…

El compañero Comandante en jefe echó una mirada a la Paja esparcida; luego le dijo que hubiera querido invitarle a conversar sobre su situación familiar, pero que lamentablemente no había tenido tiempo. Ahora se interesó por el estado de salud de su padre enfermo.

—Siéntese, vamos a charlar —diciendo esto el compañero Comandante en jefe se acomodó sobre la paja y asiendo a Chil Song por la mano, lo atrajo hacia donde él estaba.

—No se moleste.

—Nada de “no se moleste”, siéntese.

El compañero Comandante en jefe se dirigía a la aldea del interior adonde Paek Kwang Myong.

—Tengo entendido que su padre padece de asma, ¿no es así?

—Parece que ahora está mejor.

—¿Está mejor? A los enfermos de asma les hace muy bien la infusión de serba. Pero dudo que por estos contornos haya serbales…

El compañero Kim Il Sung se interesaba por todos los detalles; le preguntaba cómo iban las cosas en casa, si no goteaba el tejado, si era caliente el pavimento, quiénes eran sus parientes y si sabía dónde y cómo vivían, cómo se sentía su esposa después del parto.

Choe Chil Song respondía sin vacilar a todas las preguntas, pero cuando se interesó por la esposa, se encogió de hombros turbado.

—He querido hacer una visita a su familia, pero desgraciadamente no he podido. A propósito, ¿sabe usted, compañero Choe, que mañana nos ponemos en camino?

—Lo sé.

—Tiene usted que despedirse de los suyos.

—No es necesario.

—Hombre, eso no está bien. Antes de partir hay que despedirse.

—Ayer les advertí que si no volvía significaba que me había ido.

—¡Vaya una despedida! Un hábito de la gente errante, como eso de "si no sabes nada de mí, que estoy vivo y sano". Si no tiene ninguna cosa urgente, váyase a casa ahora mismo.

—Podré hacerlo por la mañana temprano.

—Bueno, ¿y para qué necesita usted cuerda a estas altas horas de la noche?

Chil Song vaciló un instante, luego respondió que quería hacer unas alpargatas.

—¿Unas alpargatas? —se extrañó el compañero Comandante en jefe como si le preguntara: ¿Es que usted no tiene calzado?

Chil Song le refirió cómo en el fragor del combate había perdido el calzado.

—Eso cuando, según se cuenta, usted arrebató el fusil…

—Exactamente.

—Dicen que usted estranguló al nipón, ¿no es así? —El compañero

Comandante en jefe sonrió al recordar el divertido relato, que hacía unos días había escuchado de boca de Pak Hung Dok, sobre cómo Chil Song arrebató el arma al enemigo, presentándolo todo en primera persona.

—A ver, muéstreme. Ya le diré yo si vale eso para alpargatas.

—No es nada particular —Chil Song, completamente azorado, empezó a retirar la cuerda que había preparado.

—Yo también conozco algo de esto.

El compañero Comandante en jefe desde su más tierna infancia se había dedicado a hacer cuerdas y tejer alpargatas ayudando a su abuelo. Además, de niño no había calzado más que alpargatas.

Chil Song extendió la cuerda al compañero Comandante en jefe.

—¿No es un tanto gruesa? Bueno, con cuerda gruesa las alpargatas resultan más fuertes, pero hay que tejerlas más tupidas. Veo que usted lo ha hecho bien.

Observando a la luz de la luna la cuerda, ligera, pero consistente, el compañero Comandante en jefe preguntó cuántas horas se necesitaban para tejer un par de alpargatas.,

—Antes, empezando después de la cena, alcanzaba a preparar la cuerda y a hacer dos pares hasta la hora de dormir.

—Bien. Pero, ¿cuánto le dura un par de alpargatas?

—Un día de mucho andar.

—Un día, ¿y después?

—Haré otras.

—¿Y cuándo ésas se le desgasten?

—Entonces me pondré a tejer otras nuevas.

—Un par por día…

—¿Por qué no?

El compañero Comandante en jefe meditó un instante.

Les esperaba un larguísimo camino y aquel hombre no tenía qué

calzar. Iba a pasarse todas las tardes hasta muy entrada la noche, tejiéndose alpargatas para el día siguiente. Se le desgastarían unas y tejería otras y así sucesivamente.

En aquella respuesta del combatiente, criado hasta hace poco, expresada con tanta sencillez y naturalidad, el compañero Kim Il Sung vio la quintaesencia de una determinada idea.

Se ha desencadenado una grandiosa batalla no menos encarnizada que ésas en las que se oye el estruendo de las explotaciones y se ve flamear el fuego. Se ha abierto otro frente de lucha, llamado a acabar con la miseria de siglos que nos había traído el agresor, a vencer el hambre, el frío y la pobreza.

El compañero Kim Il Sung fijó la mirada en Chil Song, dejó caer la cuerda y tomó su mano, ruda y áspera.

Nos espera un largo camino, ¡quién sabe cuántas decenas o centenares de miles de *ríes* habrá que recorrer! Y en ese camino estas manos tendrán que derribar todos los obstáculos.

“Entonces me pondré a tejer otras nuevas”, parecía escuchar de nuevo la firme respuesta de Choe Chil Song.

El compañero Kim Il Sung zarandeó con fuerza el brazo del combatiente, mientras decía:

—Compañero Choe, continúe su labor. Está bien que sea un hombre decidido. Ahora teje usted alpargatas de paja, pero con la misma firmeza, con el mismo tesón, hay que abrirse paso y avanzar hacia el lejano futuro. Y hay que liberar a nuestra Patria, que a causa de su atraso ha tenido que soportar tanta humillación, y construir en ella una industria moderna, garantizar al pueblo una vida dichosa. Tenemos que recuperar lo que hemos perdido, acabar con el maldito pasado en que por culpa de los invasores nuestro pueblo pasó hambre, anduvo descalzo y harapiento, padeció miseria. Ahora usted tiene en sus manos tres cosas: la primera es

el fusil; la segunda, la paja que le ayuda a vencer la pobreza y la tercera es el cuaderno que le facilita el aprendizaje de nuestras letras. ¿Comprende usted, compañero, lo que ellas realmente significan?

Choe Chil Song seguía de pie con la cabeza baja, sin saber qué responder. El corazón le latía con fuerza. La cosa no es tan importante como para que me elogie de esa manera el compañero Comandante en jefe, pensaba.

Y pese a que en aquel instante no llegó a comprender todo el significado de las palabras del compañero Comandante en jefe, se impresionó mucho, consciente de las importantes tareas que tenía por delante y de su gran responsabilidad, así como también un tanto orgulloso de la confianza que en él depositaba el compañero Kim Il Sung.

Zarandeando de nuevo a Chil Song por los hombros, el compañero Kim Il Sung dijo:

—Bueno, y ahora demuestre su habilidad —rio el compañero Comandante en jefe dando unas palmadas en la espalda a Chil Song, que permanecía de pie y silencioso—. Veremos de lo que es usted capaz.

El compañero Kim Il Sung podría haberle dicho que dejase aquella misma faena y prometerle calzado de tela, pero desechó la idea.

El compañero Comandante en jefe prosiguió su camino y Choe Chil Song se puso de nuevo a hacer la cuerda.

Al cabo de un tiempo levantó la cabeza y echó mano a la petaca.

Abajo, por entre la oscuridad, avanzaba una figura; evidentemente no se trataba de un guerrillero ni de un vecino de la localidad, iba cubierta desde la cabeza, con un manto blanco.

Che Chil Song, con el alma en un hilo, tomó el fusil que tenía a su lado y ocultándose tras la roca, gritó:

—¿Quién va?

El hombre dudó si la figura le habría oído, pues seguía escalando lentamente el montículo, sin responder.

“Es una figura sospechosa”, pensó Chil Song, avanzando y gritando de nuevo:

—¿Quién va?

Como si fuera el eco de su voz, casi al unísono, se oyó el llanto de un niño.

—¡Oh! —se sobresaltó como sacudido por una carga de electricidad. Emocionado, se abalanzó instintivamente hacia adelante con los brazos abiertos. Era un lloro conocido, que él había escuchado ya dos veces.

Cuando estuvo delante de la figura que negreaba en la oscuridad, el niño ya se había calmado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Chil Song confuso, comprendiendo que tenía delante a su esposa, y le tomó la mano entre las suyas.

—¡Eres tú! —Sangama, como siempre con voz queda dijo—. ¿Por qué gritas así? Asustaste al niño.

—No pensé que serías tú —respondió disculpándose, corno si hubiera hecho algo malo; tomó al niño envuelto en la” manta y se acomodó con él en la roca.

—¿Para qué has venido? ¿Acaso puede una parturienta hacer semejante cosa?

—Pensé que quizá ya te habías ido…

—Pero no hay que ser así… Eso me disgusta. No te portas como la esposa de un guerrillero.

—Dejemos eso.

—Yo estoy haciendo la revolución y tú mientras tanto… Te dije ayer que si no volvía era porque me había ido.

—No he venido por eso.

—¿Cómo que “no he venido por eso”?

El niño se movió un rato y luego se apaciguó; por lo visto se había quedado dormido.

Chil Song, tras reconvenir un poco en broma a su esposa, levantó una punta de la manta para ver al niño.

Sangama, que ya había cobrado el aliento, empezó a hablar asiendo al esposo por la rodilla:

—Mira —dijo sacando un objeto—, ¿cómo no iba a venir? ¿Qué te parece esto? Me lo mandó el General —la mujer se azoró de nuevo.

—¿Que te lo envió el General, dices?

—Sí, Yong Suk me trajo en su nombre esta hiel de oso.

—Conque el General te ha enviado hiel de oso…

Chil Song dejó al niño y con ambas manos asió el pequeño envoltorio.

Como aturdido, el hombre miraba con asombro al cielo, luego se levantó y gritó con voz emocionada: “¡Mi querido General!”

A la luz de la luna brillaban las lágrimas que le asomaban a los ojos.

—Mi querido General, por uno como yo… —No encontraba palabras para expresar lo que sentía. Parecía desgarrársele el pecho de tanta emoción, respiraba entrecortadamente y todo entero temblaba.

Recobrándose, se sentó de nuevo y fijó la mirada en su esposa.

El manto cubría sus negros cabellos; él veía su ovalado rostro y al niño junto a su pecho. Los miraba como si fueran algo misterioso y abriendo los brazos, los estrechó contra su pecho.

—Sangama —dijo—. Es como a uno el corazón le salta de alegría. ¿Verdad? Es increíble que nosotros, que hemos sido sirviente y niñera, estemos rodeados ahora de tantos cuidados. Me faltan palabras para expresarme…

Permanecían tomados de la mano, con los ojos húmedos.

Ellos, que sólo habían tenido el cariño de sus padres, que vivían

abandonados, como los guijarros que yacen junto a los caminos expuestos a los puntapiés de los caminantes, ahora se veían rodeados de tanto afecto. Hambrientos de cariño humano, sus almas se habían vuelto impasibles, pero ahora ambos estaban poseídos de un arrebato de ternura. Los abusos y el hambre que habían soportado, las humillaciones y los agravios, se perdieron como paja en la vorágine de los sentimientos que experimentaban.

Lloraban mirándose a los ojos.

—Esposa mía, ten bien presente que el General siempre es solícito con nosotros.

—Por eso tienes que ser diligente, para ser digno de su confianza.

De pronto rompió a llorar el niño que reposaba junto al pecho de la madre.

Sangama se puso a arrullarlo, a mecerlo entre sus brazos, pero Chil Song tomó con presteza a su hijo:

—Vamos, Hyok Myong, dinos algo tú también —alzando la cabeza, levantó a lo alto al recién nacido y se dio una vuelta—. Llora, grita, así es. Está muy bien.

A guisa de respuesta, Choe Hyok Myong empezó a llorar moviendo sus piececitos.

Los felices esposos estaban de pie bajo la luz mate de la luna, envueltos en el silencio de aquella noche de verano.

* * *

Caminando en la oscuridad de la noche, el compañero Kim Il Sung se imaginaba vivamente la figura un tanto encorvada de Choe Chil Song, retorciendo el cordel de paja.

Veía el frente de enormes proporciones, que se había desplegado. Y

aunque le había hablado de paso a su combatiente sobre la apertura de los tres frentes, lo que une al fusil la política, a la paja con la economía y al cuaderno con cultura, en aquel momento se le aparecía a él mismo como magno objetivo histórico que esperaba su solución.

Por delante hay una lucha a muerte, sin la cual hasta será imposible conquistar el derecho a la existencia, una lucha sangrienta por liberarnos del atraso y la ignorancia que nos impusieron.

Todo eso sólo podrá lograrse en una lucha continua y audaz, sin reparar en las víctimas.

El compañero Kim Il Sung se sentía como removiendo con la azada la primera capa de inmensas tierras abandonadas, que se extendían más allá del horizonte, convirtiéndolas en campo fecundo.

Apresuró el paso, sumido en sus pensamientos.

Al llegar a la aldea, el ordenanza entró a una casa, de la que al poco salió precipitadamente Paek Kwang Myong, con sus eternas gafas de montura de plata y vistiendo un traje blanco de verano.

El compañero Kim Il Sung pasó a la residencia, miró uno por uno a todos los niños del Cuerpo Infantil y descendió hacia la orilla del río.

Caminando al lado de Paek Kwang Myong, le preguntó en todo detalle cómo marchaba la labor en la escuela revolucionaria. Se interesó por Chotse y por Sang Jun.

Paek Kwang Myong caminaba sosteniéndose con ambas manos los faldones de la chaqueta. El corazón le saltaba de alegría. Tenía tantas ganas de verlo, se acordaba tanto de él… Sobre todo desde aquella memorable noche que lo vio en Xiaoshahe, se le había quedado grabada en el alma la imagen del General. Y las sinceras palabras que entonces le había dirigido. Ellas habían dado un nuevo sentido a su vida. Influyó mucho en él la conversación mantenida en Yongphyong con Pak Ki Nam, cuando Jong Ok y él se lo encontraron allí.

Emocionado por el sincero propósito de la muchacha, Paek Kwang Myong entró decidido, sin vacilar, a la habitación de Pak Ki Nam, donde de una de las paredes pendía una bandera roja.

Terribles pesadillas, largas noches de insomnio, angustiosos sobresaltos al despertar y días de horribles tormentos, fueron las secuelas de aquella conversación.

¿Habrá sido un paso erróneo, o iré por el camino correcto? ¿No será eso portarme como un engreído, o quizás un proceder demasiado atrevido? Se le ocurrían los pensamientos más extraños. Pero abrigaba una esperanza que no le dejó decaer: volver a encontrar al General y consultar con él.

Kwang Myong se había enterado el día anterior de que el Comandante en jefe había llegado a la aldea de Soksegol, pero no se atrevió a ir a verlo enseguida. Porque, ¿quién soy yo, qué he hecho para poder presentarme ante él? El tendrá contado cada minuto, así que no vale la pena molestarle, fatigarle con semejantes pequeñeces, pensaba. Dentro de él pugnaban el deseo y la indecisión. Pero he aquí que, para sorpresa suya, ha sido el propio General quien ha venido a visitarlo. Kwang Myong no cabía en sí de la alegría, pero al mismo[1] tiempo se sentía culpable.

Llegaron a la orilla. Bajo la luz de la luna, una densa bruma gris-azulada se deslizaba lentamente por el río. El agua chapoteaba por entre las piedras y despedía un olor agradable.

El General inclinó unos tallos de ajenjo que sobresalían de la alfombra de hierbas y propuso:

—Tomemos asiento aquí al fresco.

Paek Kwang Myong con las manos en las gafas se agachó indeciso.

El compañero Kim Il Sung se sentó sobre la hierba y lo tiró de la mano para que se sentara.

Algo más tranquilo, Paek Kwang Myong empezó a contarle por orden, todo lo que hubo de pasar desde aquel día de Xiaoshahe; le habló muy detalladamente del trato con Jong Ok, autocriticándose por no haber podido ayudarla como debía.

Cuando hubo terminado su relato, el General se interesó por el número de niños que había en la escuela, si no había heridos entre ellos, qué les habían servido aquel día para cenar, qué les enseñaban, cómo pasaban el tiempo en el Cuerpo Infantil y por muchas otras cosas. Luego dio una alta calificación a la labor que realizaba aquel hombre, afirmando que, a pesar de las muchas dificultades con que tropezaba, Para aquellos tiempos tan duros se estaba llevando a cabo un buen trabajo entre los pequeños.

El General estaba bien informado de lo que había sucedido en Yongphyong.

—Váyase a Yongphyong con Jong Ok. ¡Cuántas calamidades ha tenido que pasar usted por culpa de las operaciones punitivas de los samurais y muchas más por andar a la deriva! ¿Sabe usted que el compañero Ri Kwang anda buscándole? A lo mejor hoy llega una persona mandada por él Para llevárselo.

—¿Ah, sí? Pero ¿para qué buscar a una persona que vale tan poco?

—¿Qué es eso de que “vale tan poco”? —el compañero Kim Il Sung se volvió hacia Paek Kwang Myong que jugueteaba con las gafas, que ahora tenía en la mano, y continuó:

—Usted, señor Paek, no está solo. A usted se le ha confiado nuestra joven generación. Con usted están muchos intelectuales de nuestro país. ¿Es que acaso se siente solo? No hay que ser pusilánime. Ya se lo dije también entonces, tiene que ser implacable y audaz para consigo y para con todo lo que le rodea. Mire, el compañero Ri Kwang pregunta en una carta por qué no se dirigió entonces a él.

—Yo ignoro quién es el compañero Ri Kwang.

—Es nuestro representante en la zona de Wangqing. Usted tenía que haber sacado una buena lección de su propia experiencia, a saber que si anda solo de un lado para otro, sin apoyarse en la organización, poco va a ganar. Me imagino por qué usted ha elegido para sí el nombre de "Kwang Myong" (luz). Pues mire, esa luz en la que usted sueña, podrá encontrarla únicamente si se apoya en la organización revolucionaria.

El compañero Kim Il Sung rio contento, luego empezó a preguntar sobre cómo se llevaba a cabo la labor en la escuela revolucionaria.

—No debemos convertir a los niños en un "arca" de erudición, sino en estoicos revolucionarios llamados a vencer a los japoneses. Nuestro enemigo es el imperialismo nipón, que se ha planteado el objetivo de aniquilar hasta el último coreano. La historia conoce no pocos ejemplos en que los agresores llevaron a la extinción a tribus enteras de aborígenes. Un ejemplo de ello son los indios de América y la población de algunos confines del continente africano. ¿Y qué opina usted? ¿Cree que estamos asegurados de no correr semejante destino, y qué ventaja tenemos en ese sentido?

Nuestra ventaja reside en la indómita resistencia que oponemos al agresor, en nuestra decisión de derrotar al enemigo armado valiéndonos de nuestras fuerzas armadas. Por consiguiente, necesitamos armas. Y estando así las cosas, ¿acaso debe reprenderse a Chotse por haberse subido a un "lugar peligroso" —como usted se expresó—, para recoger una bayoneta que había abandonado el enemigo en la fuga? Claro, está muy bien y es muy importante que usted cuide y de tienda a los niños. Pero con todo su afecto, usted debe entregarse por entero a la revolución; tiene que orientar toda su labor a golpear al enemigo, a vengarse de él.

No necesitamos la “caridad” y la “bondad” tal como las conciben los humanistas burgueses. Nosotros no podemos, no debemos tolerar tal cosa.

¿Cree usted que Chotse, que por un milagro pudo salvarse del fuego, y a quien el enemigo le asesinó la madre y el padre, no necesita una bayoneta, un fusil para vengarse?

¿Cree que es demasiado pequeño? Pero, ¿por qué no he3nos de enseñar a luchar a nuestros niños, cuando el enemigo los considera adversarios suyos? Eso es un imperativo de la lucha de clases. ¿Y qué piensa usted, señor Paek?

Paek Kwang Myong se acomodó con el índice Las gafas que se le resbalaban debido al sudor que le cubría el rostro.

—Opino que la historia de Chotse podría ser aprovechada como material educativo —continuó el General—. Porque a usted mismo le ha emocionado. Me parece que estaría bien relatar, de manera expresiva a los niños, los sufrimientos que tuvo que padecer el muchacho, que se vio obligado a lastimar la nariz a su amigo íntimo, con el único objeto de engañar a la policía japonesa y poder entregar la esquela. ¿A usted le parece eso menos importante que la prédica sobre la moral humana abstracta de “estimular el bien y castigar el mal”, que el enaltecimiento de la “belleza de la virtud”? Estaría bien contar a los niños sobre cómo iban los combatientes revolucionarios al asalto de la posición del enemigo, saltando por entre los cuerpos de los compañeros de combate, sobre el orgullo que mostraban los revolucionarios al dirigirse al patíbulo gritando: “¡Viva la revolución coreana!”; sobre el compañero Kim Mun, que se degolló con sus propias manos para no traicionar a la organización, de la compañera Jong Yang Sun, la cual no dijo ni una palabra a los enemigos, incluso después de que le cortaron los pechos.

Paek Kwang Myong sacó el pañuelo y se enjugó el sudor que le corría por el cuello.

El compañero Kim Il Sung decía aquello también para aleccionar al propio maestro. Podría haberlo colmado de elogios, pero para lograr un temple férreo se requería una corriente de aire candente.

Paek Kwang Myong se quitó los lentes y los limpió con el Pañuelo. Sentía cómo se le oprimía el corazón por el remordimiento de conciencia, pero aquello era para él aleccionador.

Transcurridos algunos minutos el compañero Kim Il Sung cambió de conversación para descargar de alguna manera la tensa atmósfera.

—Sea como fuere, usted, señor Paek, hizo bien en venir aquí, a la zona revolucionaria. Para obrar así se necesita mucha firmeza.

—Es como si una pajita hubiera llegado arrastrada por el torrente de las olas revolucionarias —precisó metafóricamente el maestro y volvió a recordar lo de Xiaoshahe—. No puedo concentrarme. Aquí me tiene viviendo una temporada más, como un ave migratoria.

—Bella alegoría. Dicho sea de paso, las aves migratorias, también son diferentes.

—¿Se refiere a la golondrina y al ganso?

—Hay algunas que vuelan del Ártico a la Antártica.

El compañero Kim Il Sung miró sonriente a su interlocutor, como adivinando los pensamientos de aquel sufrido hombre, a quien la vida había lanzado tantas veces de un lado para otro.

De cuando en cuando, Paek Kwang Myong erguía mucho los hombros, de manera que resultaba difícil comprender si ello se debía a las fumadas que daba a la pipa, o si era que suspiraba. Tras dar un par de chupadas, el maestro habló de nuevo.

—A decir verdad, siento temor. Debo confesar que con frecuencia soy víctima del miedo; temo por mi persona y pienso: “¿No estaré

tratando de vivir como un ave migratoria que vuela a tierras templadas en busca de un nido y un sustento?”. En fin, es absurdo y yo procuro en todo momento apartar ese pensamiento. Por las mañanas me despierto bañado en sudor frío como si acabaran de sacarme del agua.

—Justamente, no es tan difícil autocriticarse como, después de ello, seguir luchando contra su propia persona. Aquí es imprescindible poseer una gran conciencia y mucha voluntad, porque mejor es convertirse en carbón tragándose el fuego, que respirar el aire burgués contaminado de la explotación y la hipocresía, impregnado de sangre trabajadora. Hay que ser valiente, señor Paek. Y de ser ave, mejor no migratoria, sino fénix.

—¿Es que puedo yo ser tal? Bueno, debo confesar que me consuelo de continuo con eso de “Y no has de aplastarme, Universo, con tu peso”.

—Comprendido. Pero, ¿no es mejor eso de “Aniquila al enemigo si no se entrega”? —Concluyendo, el compañero Kim Il Sung hizo una señal al ordenanza para que le trajera el fusil.

Pyon In Chol entregó al compañero Comandante en jefe un fusil del modelo del año 38.

Extendiéndoselo a Paek Kwang Myong, el compañero Kim Il Sung dijo en bajo:

—Tómelo. Es para usted. Lo obtuvimos en este combate. Paek Kwang Myong se levantó bruscamente pero tanta fue su sorpresa, que no sabía cómo portarse.

—Animo, con el fusil se sentirá más valiente. Tómelo.

Paek Kwang Myong extendió sus delicados brazos, tomó el fusil y tambaleóse por el peso del arma, de modo que a duras penas pudo mantener el equilibrio. Resultaba que el maestro, que acababa de asegurar que ni la gravedad del Universo podría aplastarle, ahora parecía luchar contra un peso superior a sus fuerzas.

Luego, enderezándose de pronto, se echó el fusil al hombro y se plantó delante del compañero Comandante en jefe en posición de firme.

—¡Mi querido General! —Aunque sí tenía qué decir, la emoción le impedía hablar.

—A ver, dispare una vez; vamos a comprobar si está todo en buen estado.

Paek Kwang Myong se descolgó el fusil, corrió el cerrojo y apretando el gatillo, disparó al aire.

El disparo sonó fuerte, desgarrando el silencio de la noche.

—Bien. Ahora usted mismo podrá abatir al enemigo.

Tras despedirse del compañero Comandante en jefe, el maestro se dirigió de nuevo a la orilla del río.

Apretando el fusil contra su pecho, caminaba sin rumbo por el borde del río. Cuando llegó al lugar donde hacía unos días había atravesado la corriente, se dio media vuelta y apretó el paso.

El corazón le latía muy fuerte. En la punta de una hierbecilla se tambaleaba una gota de rocío hasta que, perdiendo Por fin el equilibrio, se precipitó al caudaloso torrente. El río arrastraba ruidosamente sus aguas por los bancos. ¿Sería aquello un avance de un intelectual, o era su pasado que se desmoronaba estrepitosamente para no volver jamás?

¡Vida, sé digna de sí misma!

¡Viva la revolución!

Paek Kwang Myong caminaba con el fusil por la orilla del río, sin mirar al suelo, sin reparar en los guijarros que yacían a sus pies, ni en las matas espinosas, ni en los charcos.

Sentía una lealtad desbordante, sin reservas, hacia el General Kim Il Sung. Empapado por la humedad de la bruma, vagó hasta la aurora.

Amanecía. El sol deslumbrante apareció sobre la cumbre de la montaña y, como de costumbre, empezó a esparcir en derredor sus rayos centelleantes. Iba disipándose poco a poca la neblina que cubría el río y ya los rayos de Febo brillaban en el cuerpo húmedo de Paek Kwang Myong.

El maestro irguió la cabeza y arqueó el pecho; en sus ¡labios se dibujaba una sonrisa.

10

A un lado del recto camino se extendía un campo de soja con los frutos ya maduros; al otro, una plantación de zahína con las espigas pesadas. Durante el día pasaban por allí varias carretas cargadas y uno que otro caminante. En la misma carretera crecían el llantén y el bidente; la rodada era un charco interminable.

Al soplo de la brisa se agita la zahína. Sus hojas secas chocan entre sí, producen un ruido molesto y caen perezosas al suelo. Las gordas vainas de soja, colgando de los tallos donde sólo queda la mitad de las hojas vibrantes, se balancean ligeramente.

Arriba, por el cielo despejado, pasan como flechas las golondrinas.

Por el otro lado del campo de soja va un hombre de mediana edad con una niña de la mano. Se llama An Tong Hak.

Ha recorrido ya unos mil *ríes*: desde la aldea de Dagou —a través de Dunhua— hasta las inmediaciones de Dunhua, situada en la costa de río Amnok.

¿Dónde podrá estar el General Kim Il Sung? Llegas adonde te han dicho que se encuentra, y ha desaparecido sin dejar rastro; luego, en otro lugar te dicen que aún no ha aparecido. Así andas de un sitio a otro con la esperanza de encontrarlo.

Y es que tú no vas contando Legua tras legua para hacer un mapa, como hizo Kim Jong Ho, ni eres el poeta Kim Sat Kat, que vagaba por los caminos y dormía donde lo pillaba la noche.

Un tiempo soñaste con rehacer la sociedad, pero todo se Pierde en el camino. ¿Es que no entiendes a tu alma turbulenta?

Hay que hablar con el guía de nuestro pueblo, con el que puede

timonear la nave que va sin rumbo por un inmenso océano, con el que puede dirigir a la extraviada Corea, hoy empujada por la tempestad y envuelta en una espesa bruma; hay que ver al gran Líder que deberá acoger en un cálido abrazo al sufrido pueblo, que vierte lágrimas de sangre y tiene roto el corazón.

Dong Hak va con la cabeza gacha.

Va extenuado, mas no pierde las esperanzas.

Va a ver a Ryang Se Bong.

Fue a comienzos de la primavera pasada. An Tong Hak estaba con su niña en el andén de la estación de Seúl. Hacía tres meses que su esposa había muerto. Los días eran todavía fríos. An Tong Hak miraba esperanzado al cielo norteño. Sin querer se le llenaron de lágrimas los ojos.

Hubo un tiempo en que tuvo muchos amigos… Hoy no lo despedía nadie.

—Anda, sube de prisa.

La inocente niña no cabía en sí de alegría, pues hacía mucho tiempo que no andaba en tren.

Aunque hormigueaba la gente en la estación, que iba desapareciendo tras las ventanillas, a An Tong Hak le parecía un desierto.

¿Morir o vivir? En momentos cruciales, para él sólo había dos extremos. De súbito se dio cuenta de que caía en uno de esos extremos. Por lo visto esto sucede con todos los que no tienen porvenir: Dong Hak, desde Chongjin a Nanyang y desde Nanyang a Dagou, sólo pensó en su pasado.

Después de la matanza en Dagou se fue a Dunhua, donde supo que su primo, que trabajaba en la construcción de vías férreas, había desaparecido al poco tiempo del “acontecimiento del 18 de septiembre”. La espesa de su primo, que había quedado con tres hijos, le pidió que se permaneciera con

ellos, que ya se las arreglarían todos juntos de alguna manera.

En un carrito del primo y vestido con sus ropas de trabajo cubiertas de remiendas, empezó a transportar toda clase de cargas para ganar algún dinero. Llevaba bultos a los que se mudaban, así como carbón y leña. Cuando sacaba 50 *jones* o un *won* compraba unos puñados de zahína y volvía cansado a casa.

¡El principio del fin!, se decía constantemente.

Así día tras día. Pero una vez supo una noticia maravillosa.

Vio a gente leyendo unos carteles pegados en los muros de las casas. La noticia era de verdad sorprendente. En ellos se leía: “¡Abajo el imperialismo japonés!” Más adelante decía que se había organizado la Guerrilla Antijaponesa y que la lucha armada la capitaneaba el héroe nacional del pueblo coreano, General Kim Il Sung. Después de aquello Dong Hak estuvo tres días yendo con el carro desde las construcciones ferroviarias y a lo largo del cuartel de ladrillo del ejército japonés, hasta el comedor de tallarines en la plaza del mercado. Quería ver un pasquín de esos.

Un día, frente a la estación, vio a un muchacho joven de ojos grandes. Tendría unos veinte años; iba vestido con un traje viejo y lo rodeaba mucha gente, a la que contaba sobre la Guerrilla Antijaponesa. Decía que la había visto con sus propios ojos.

Dong Hak dejó el carro a un lado y se puso a escuchar. Después se abrió camino entre la multitud, se acercó adonde estaba el muchacho y le agarró de las solapas.

—¿Dices que has visto con tus propios ojos al destacamento guerrillero?

—Sí —afirmó el muchacho al no ver nada malo en la ruda actitud de aquel hombre—. Si he dicho que lo he visto es porque lo he visto. ¡Con estos mismos ojos!

El relato del joven rezumaba orgullo.

La mañana del Primero de Mayo pasado, en una de las calles de la ciudad de Antu, se oyó una corneta, y seguidamente desfilaron las tropas bajo la bandera roja, que flameaba al viento a la luz del sol matutino. A la cabeza marchaba un hombre alto, de ojos relucientes e inteligentes. Iba con paso firme, seguro de sí mismo; llevaba al cinto una pesada pistola y saludaba al pueblo con la mano. Era el General Kim Il Sung.

La interminable columna iba por las estrechas calles de Antu, gritando consignas y vivas.

"¡Trabajadores del mundo entero, uníos!"

"¡Abajo el imperialismo japonés!"

"¡Viva el Primero de Mayo, fiesta combativa de los obreros!"

"¡Viva la fundación de la Guerrilla Antijaponesa, fuerza armada revolucionaria del pueblo coreano!"

Marcando el paso marchaban los soldados; sus armas relucían. Vestían uniforme verde y en el gorro tenían prendida una estrella roja. En las mangas, brazaletes también rojos, distintivo de gala del ejército revolucionario.

Todo el pueblo los miraba con admiración.

Ancianos y niños, mujeres y jóvenes gritaban a coro "hurra" y saludaban con la mano.

La gente susurraba: "el General Kim Il Sung".

Unos decían que lo habían visto en Xinglongcun; otros en Xiaoshahe.

"¡Viva el General Kim Il Sung!", gritaban la multitud…

—Suk I, vamos. Vámonos adonde el General.

A fines de mayo, Dong Hak y su hija partieron de Dunhua por un camino negruzco que iba al sur.

En un puerto de montaña, cerca de Antu, le dijeron que el destacamento guerrillero había partido hacia El monte Paektu. Echó a

andar hacia Fusong; a los pies del monte Paektu, en los accesos al primer poblado más próximo al cielo —Chonsangdegi— le dijeron otra cosa. Se encaminó a Dunhua. Por doquier hablaban del General Kim Il Sung.

Mil *ríes* habían quedado a sus espaldas. Iba en carro, a caballo, pero la mayor parte del camino, a pie. En las zonas al sur de Tonghua y en Antu le aconsejaron que se quedase allí, que a fin de cuentas vería al General. Pero Dong Hak prosiguió su marcha.

El camino parecía interminable.

En Fusong, donde estuvo quince días, supo que el General Kim Il Sung había estado en Chonsangdegi y, después, dejando de lado poblados, se encaminó a Tonghua, donde se encontraba Ryang Se Bong.

Esta información se la dio a Dong Hak un hombre que hacía ya mucho tiempo tenía relaciones con el Ejercito de la Independencia. Dijo que lo había oído en Chonsangdegi donde estuvo arreglando un asunto. Aseguró que si el General no hubiese ido a ver a Ryang Se Bong, sería fácil saber allí dónde se encontraba.

Dong Hak no lo dudó ni un solo instante.

Sopló un vientecillo, se agitó el campo de soja, y una bandada de pájaros asustados subió al cielo.

—Papá, tengo frío —la niña tenía los labios morados, como uvas silvestres: se le puso carne de gallina.

—Aguanta, hijita. Este vientecillo templa al hombre. Serás más fuerte.

Al caer la tarde llegó a un poblado de cinco o seis chozas, cubiertas de paja. Buscó una fonda para pasar la noche.

—¿Hay alguien en esta casa? —preguntó Dong Hak, entrando a un patio cercado por gruesos muros de arcilla.

Se abrió la puerta y apareció un hombre de unos cincuenta años, alto, ancho de espalda, arrastrando unas alpargatas de paja.

Invitó al viajero a pasar. Dong Hak se despojó del atillo y entró.

El fondero, de nombre Pak, pasó la escoba por la estera (que estaba limpia), hablando por los codos sin que le preguntaran nada.

Trataba de ser cortés, pero con reservas. Preguntó al forastero si quería cenar y cuándo pensaba irse. Después salió al patio donde su mujer desgranaba habichuelas e hizo como que la ayudaba. Este huésped sospechoso no le dejó escuchar el relato de un joven alojado en otro cuarto. Lo lamentaba.

El muchacho, que decía ser de Tonghua, había traído una noticia sorprendente. Se trataba de la Guerrilla Antijaponesa.

Había dicho que no estaba seguro de cuántos eran en total, pero sí sabía que en un cuarto de su tía se habían instalado cinco guerrilleros, bien vestidos con uniformes y gorros, armados de fusiles. Eran jóvenes, se llevaban muy bien con los dueños de casa y se portaban cordialmente con todos: respetaban a los viejos y atendían a los niños como si fueran sus propios hermanos. Iban por agua, traían y cortaban leña, limpiaban el patio, escardaban el huerto. Permanecieron allí varios días y en ese tiempo abrieron zanjas en torno a la choza, limpiaron el senderito que llevaba al pozo e incluso pusieron un brocal. Por las noches enseñaban a los aldeanos canciones de aliento y métodos de lucha para expulsar a los invasores japoneses y así lograr la independencia de la Patria.

Al muchacho, picado de viruela en la loma de la nariz, le asomaban lágrimas en los ojos mientras emocionado contaba esto.

En una sala de actos se celebró un mitin en homenaje al destacamento guerrillero. Se oían canciones y los oradores se turnaban incesantemente.

El muchacho citó las palabras de una de aquellas canciones:

Somos el fuego que al mundo devora
Somos la maza que quiebra cadenas.

Nuestra esperanza es la bandera roja.

… … …

El dueño le pidió que la cantase. El muchacho cantó con voz poco afinada una estrofa entera.

Después dijo que esto sólo era el principio, que lo bueno venía después.

Empezó a hablar del jefe de la Guerrilla Antijaponesa, el General Kim Il Sung.

—El día del mitin tuve la suerte de verlo. Iba por el patio a la sala de actos. Yo me encontraba muy cerca. A primera vista no se distinguía de los demás guerrilleros. Vestía un traje militar corriente y llevaba al cinto una pistola. A mí me pareció que estaba frente a un gran General. Los ojos se brillaban de manera distinta que a los demás mortales. Su mirada penetrante podría llegar a una distancia de mil *ríes*. ¿Y su risa? Contagiosa y noble. Se hablaba tanto de él que incluso de los poblados próximos venían en masa a verlo.

Contó también cómo los guerrilleros salvaron a un soldado del Ejército de la Independencia; cómo se rumoreaba que su jefe Ryang Se Bong recibió una importante misión del General.

Aquí se interrumpió el relato con la aparición de Dong Hak.

Este y su hija fueron al riachuelo a lavarse.

Que el dueño era enlace del Ejército de la Independencia lo supo por el muchacho, pues pasó con él la noche en una misma habitación.

Dong Hak decidió quedarse un día más para trabar amistad con el dueño.

Para alcanzar el objetivo que se había planteado debía verse en primer lugar con Ryang Se Bong.

Si quiero ver a Ryang Se Bong, pensaba, debo contar con la ayuda del

hospedero. Para lograrlo, tengo que ganarme su confianza diciéndole la razón que me ha traído a estos lugares.

Después de escuchar a Dong Hak el dueño se golpeó la rodilla con la palma de la mano y se echó a reír a mandíbula batiente sin quitarse la cachimba de la boca.

—Pues no me equivoqué. Desde el primer momento me di cuenta. Ha, ha, ha…

Dong Hak sabía que en general en el Ejército de la Independencia no había simpatía por el comunismo; por eso sólo habló de que era partidario del movimiento por la independencia y que por ello deseaba ver a Ryang Se Bong. De sí mismo no dijo una palabra más.

El dueño de casa, un poco fanfarrón, le dijo que al día siguiente iría a ver a Ryang Se Bong y que le conseguiría una entrevista.

Después del relato acerca del General Kim Il Sung al dueño le entraron unas ganas incontenibles de saber él mismo muchas cosas más.

—A propósito: yo también tengo allí unos asuntos, así que mañana iremos juntos. He estado en Junggang y hace más de un mes que no tengo noticias de aquellas tierras.

Ese mismo día Dong Hak se fue gustosamente a pescar con el hospedero, quien era un gran aficionado.

* * *

Ese día Ryang Se Bong había cenado temprano y se aprestaba a salir. Bordeando los cuarenta, tenía un aspecto joven. Era hombre enérgico y vigoroso, aunque empezaba a perder pelo y tenía unas finas arrugas en los párpados. Preparándose para salir, aunque no llevaría carga ni bolsa, parecía que olvidaba algo, y se le veía inquiete. Su mujer que al paso de los años iba poniéndose charlatana como pasa generalmente con todas

las mujeres, comenzó con la cantinela de siempre: adonde vas de noche y, además, después de haber tenido un mal sueño. Ryang Se Bong sintió deseos de decirle que no fuese pájaro de mal agüero pero sólo le pidió con voz recia que le diese el chaquetón guateado. Vestido aguardó a que apareciese Jang.

En verdad salía de casa por Jang.

Este le había aseverado que tenía fuertes contactos con un destacamento del Ejército chino antijaponés de salvación nacional que se encontraba a unos doscientos *ríes.* Jang comunicó a Se Bong que había expuesto al jefe del destacamento chino, Chui Tung-win, la situación del Ejército de la Independencia, y le había pedido una cantidad de armas y dinero para gastos militares. Por eso debían ir juntos para cerrar las negociaciones.

Ryang Se Bong había pensado varios días la propuesta y por fin se había decidido.

Jang apareció al poco rato. El oficial Choe del estado mayor y el consejero Hwang vinieron a despedirlos. Choe desde un principio se había opuesto a semejante paso. Afirmaba que no era necesario mostrar la pobreza, lo que iba contra su amor propio. Sin embargo, Hwang alentaba a Ryang Se Bong, insinuándole que no había que perder aquella ocasión. Si fracasan las negociaciones, ¿qué perdemos?, dijo.

Salieron fuera de la aldea.

Ya era de noche, pero el viento no se había calmado aquel día. El campo de zahína murmuraba como las olas de un mar agitado por el este.

Esto levantaba el ánimo a Ryang Se Bong. En casa, no se sabía por qué, había tenido un mal presentimiento, que ahora en el camino iba desapareciendo.

En el trayecto, sin más ni más, le dio por pensar en la fragilidad de la vida humana.

¿Será posible que así se corone con éxito la gran empresa de salvar los destinos de la Patria perdida?

Si no puedes lo que quieres, quiera lo que puedes: tú eras el único responsable. No hace mucho albergabas tantos ímpetus que, a una sola llamada, podías levantar a tu entrañable país, extendido a tres mil *ríes,* y ahora ves desmayado tu ánimo.

Ryang Se Bong encendió un cigarrillo y dio una larga chupada. El humillo azul pardo subía hacia el cielo gris, que empezó a oscurecerse.

Recordó que al comenzar el verano lo había visitado el General Kim Il Sung. Un sentimiento de remordimiento le oprimió el corazón.

¿Por qué habías sido tan poco decidido entonces? ¿Dónde se había metido tu valentía? Estaba claro que era una jugarreta del consejero Hwang, mas no por eso te permitiste aquello de lo que ahora te arrepientes.

Tosió secamente y encendió otro cigarrillo. Se sintió aliviado.

Tal vez uno sienta siempre el alma triste cuando después de enormes sufrimientos se desprende de ellos olvidándolos. Ryang Se Bong se reía a menudo cambiando algunas bromas con Jang que marchaba a su lado.

Se dejó ver el cruce que estaba a unos cinco *ríes* de la fonda de Pak. Entre las espigas de zahína temblequeaba una lucecilla. La luna pendía como una hoz sobre las espigas. La Vía Láctea, con su miríada de estrellas, alumbraba el firmamento. De vez en cuando caía en el horizonte una estrella, dejando tras sí estela de luz.

De súbito se vio enfrente un sospechoso ir y venir de gente. Seguidamente llegaron a ellos gritos desesperados que conmovieron el campo sumido en el silencio.

Después, disparos secos. No cabe duda de que disparaban los de vanguardia.

Ryang Se Bong intuyó peligro. Empuñó el revólver y se ocultó entre espesas plantaciones de ajenjo, desde las que empezó a observar. Tras él saltaron Jang y los ayudantes.

Los disparos se dejaron oír con más frecuencia.

—¡La gran empresa se echó a perder! —dijo Ryang Se Bong presintiendo algo irreparable—. Divídanse en dos grupos: uno a la vanguardia y otro que cubra la retaguardia. No se preocupen por mí.

En este instante Jang encendió una cerilla y prendió un cigarrillo. No había pasado un minuto cuando detrás del campo de zahína, del otro lado del camino, pasaron corriendo una decena de siniestras figuras. Eran policías japoneses vestidos de paisano.

—Son japoneses, ¡fuego!

Se entabló un combate; entre unos y otros había unos veinte o treinta pasos.

Ryang Se Bong y sus soldados disparaban con puntería. En medio de la fusilería se le acercó su ayudante:

—¿No será hora de replegarse y escapar?

—¿Escapar? A quienes no hay que dejar escapar son a ellos —gritó decididamente Ryang Se Bong. Su voz acérrima retumbó en el recinto.

El tiroteo duró varios minutos más. Durante este tiempo Jang permaneció, con las manos en los bolsillos, echando humo por la boca; de un salto se puso de pie, empuñando la pistola, Y mató a bocajarro a dos guardaespaldas de Ryang Se Bong.

Después se lanzó sobre Ryang y le agarró por un brazo. Los dos rodaron por el suelo.

—¡Aquí está, aquí está! —gritaba Jang. Al instante acudieron unos japoneses y los separaron.

—¡Jang, perro fétido! —Ryang Se Bong trató de lanzarse frenéticamente contra el traidor, pero los enemigos lo tenían atenazado.

—¿Ves que no soy el Jang de ayer? Anda, entrégate a Japón antes de que te agujereen tu melón negro.

—¡Canalla! Ryang Se Bong no es de los que se entregan a los japoneses.

Jang hizo dos disparos. Ryang Se Bong se agarró el pecho con las dos manos, echó la cabeza hacia atrás, dio unos pasos y cayó.

—Anda, lígate ahora con la Guerrilla Antijaponesa —dijo Jang con descaro y se fue lentamente hacia el campo de zahína.

Jang resultó ser cómplice del consejero Hwang, que quería ocupar el puesto de Ryang Se Bong, quien simpatizaba con la guerrilla.

* * *

Ryang Se Bong yacía de bruces con las manos en cruz sobre un charco de sangre. Los hombros le temblaban y los dedos arañaban febrilmente la tierra.

Lo levantaron dos soldados, que habían llegado con retraso, pues tuvieron que arrojar de aquel lugar al enemigo.

Sin pérdida de tiempo había que curarlo. Le taponaron la herida con algodón y lo llevaron en hombros, turnándose.

En la casa de Pak la gente no dormía. Creían que los disparos los habían hecho bandoleros o los samurais en una de sus operaciones de castigo.

Pak y su esposa prorrumpieron en llanto al saber que traían herido a Ryang Se Bong.

Extendieron una manta sobre la que se colocó el herido. Desabrocharon su chaqueta y le lavaron con mucho cuidado las heridas.

Varias personas salieron con una candela en busca de cirsium, planta que sirve de coagulante. Otros trajeron resina de pino, encendieron la

estufa y pusieron un perol para componer ungüento. Alguien fue a buscar agua, que mezclada con miel mitigaría la sed del herido.

Al amanecer Ryang Se Bong había vuelto en sí. Se le veía tranquilo.

Om Chi Hwan, soldado del Ejército de la Independencia, mozo alto, estaba sentado en el poyo y fumaba nervioso. Por la noche había salido en busca del médico que vivía a unos, veinte *ríes*.

Ryang Se Bong pidió a sus subordinados que no comentaran lo ocurrido. Les ordenó rigurosamente que no comunicasen nada a su familia y que no llamasen a ningún médico más.

Pak, algo más tranquilo, entró en el cuarto donde estaba Dong Hak. Solos hablaron sobre Ryang Se Bong.

Pak estaba indignado ante tan avieso giro de las cosas.

Dong Hak no podía participar en la asistencia al herido, pero impulsado por las ganas de ayudarlo hacía todo lo posible por recordar algo sobre cómo hay que atender a los enfermos y cómo se preparan medicamentos. Este acontecimiento inesperado había sido un obstáculo siniestro en su camino.

El dueño, al ver el rostro sombrío de su interlocutor, le preguntó si quería visitar al enfermo y hablar con él sobre el objetivo de su viaje.

La situación de Dong Hak era bastante delicada. Aunque sumisión era importante no estaba bien cansar con preguntas a un hombre que se hallaba al borde de la muerte, pero daba pena dar al traste con los mil *ríes* de vicisitudes pasadas en aras de un objetivo. No importa si no hablo con Ryang Se Bong, pensó para sus; adentros, pero si he llegado hasta aquí lograré lo que me he propuesto. Luego dijo al dueño de casa que no hacía falta molestar al enfermo.

Pero Pak, hombre muy entrometido, no pudo contenerse y habló de Dong Hak en cuanto tuvo la oportunidad.

—¿Dices que ha venido a ver al General Kim Il Sung? —dijo Se

Bong. Tenía los ojos cerrados y los labios resecos—. Pues aunque me muera en el acto estoy dispuesto a recibir al forastero. ¿Cómo no hacerlo cuando el asunto está relacionado con el General Kim Il Sung?

Dong Hak entró a la habitación. Ryang Se Bong estaba acostado sobre varias mantas. Dong Hak se sentó a un lado tras saludar al enfermo. Ryang Se Bong enarcó las espesas cejas a modo de saludo. No parecía estar gravemente herido. Sólo la respiración entrecortada y la cara congestionada revelaban en algo la gravedad de su estado: dos balas le habían atravesado los pulmones.

Luego de presentarse Dong Hak se interesó por el estado del enfermo y por otras cosas de cortesía.

Ryang Se Bong empezó basándose en la conversación con Pak. Sólo entonces Dong Hak fue al grano.

—Quería verle a usted, señor, para saber algunas cosas acerca del General Kim Il Sung, pues he oído que ha estado aquí.

—¿Del General Kim Il Sung? —preguntó Se Bong con deferencia.

—Sí.

Hubo un silencio.

—Diga Lo que sepa se lo diré.

—Nada de particular. Todo el verano ando con la esperanza de ver al General. He recorrido ya mil *ríes.* Yo he sido simpatizante del comunismo.

Después Dong Hak le habló de su vida pasada.

Jamás había contado esto a nadie. Creía en este momento que la situación de Ryang Se Bong y su estado podría ser buen motivo para una franca conversación.

—Ver al General Kim Il Sung, gran Líder de nuestro pueblo, es el sueño de toda mi vida. Al saber que estaba aquí, vine en su busca. —Dong Hak hizo una pausa y observó el rostro de su interlocutor.

Ryang Se Bong cerró despacio los ojos.

Por la puerta entraban los rayos del sol y alumbraban el rostro del enfermo, pálido como la muerte. Se puso aún más serio. Con mano temblorosa ofreció la pitillera a Dong Hak. Cada palabra, cada movimiento de sus manos parecía muy significativo y misterioso. Rechazar su ofrecimiento sería un acto sacrílego.

Dong Hak prendió un cigarrillo.

Se Bong, con los ojos cerrados seguía meditabundo.

Como presentía su fin no se opuso a la entrevista.

En ese instante se sentía tranquilo. A él mismo le pareció muy extraño ese estado de ánimo ante el umbral de la muerte. ¿Será el estado de inercia que sobreviene a todo dolor?

Desde que se incorporó al destacamento del Ejército de la Independencia, en la falda del monte Chonma, se había consagrado por entero a la independencia de la Patria. En este momento pensaba que toda su vida, repleta de peripecias increíbles, había sido una vida frustrada que no había dejado vestigio alguno. Más de una vez hubo de dormir entre peñas, abrazado a su fusil; vagar largas noches por senderos de bosque interminables; discutir, hasta quedar ronco, con personas de sentimiento patriótico; promover propaganda patriótica y reunir medios para la lucha. Mas todo había sido como esos girones de nubes que vagan por el cielo infinito, que tan pronto aparecen como desaparecen sin dejar huellas.

Ahora no hay por qué arrepentirse ni ponerse melancólico.

A él, lo mismo que a An Tong Hak, los pasados sufrimientos, amargos recuerdos y estupideces no son nada frente a la inmensa alegría que le embarga.

Ryang Se Bong, si bien al final de su vida, vio con diáfana claridad que el General Kim Il Sung, a la cabeza de los 30 millones de coreanos,

dirigía la revolución y asumía la responsabilidad por los destinos de la nación. Esto no podía menos que provocar júbilo en un hombre que se había consagrado a la independencia de su Patria,

Pensándolo bien, ¡cuántas gentes que lucharon toda la vida la dejaron sin conocer esta verdad, sin disfrutar de esta alegría! En este aspecto podría decirse que Ryang Se Bong era uno de los desgraciados soldados del Ejército de la Independencia más felices.

El presentimiento de su pronto fin lo liberó de prejuicios y dudas, de ideas caducas y se abrieron sus ojos a esta viva verdad. Sintió libre su inteligencia y sin querer comprendió la belleza de los pensamientos sublimes.

Se Bong abrió los ojos y se quitó las manos del pecho. En ellos se reflejaban un noble espíritu y una fuerte voluntad.

Abrió sus labios amoratados:

—Señor An, por lo que parece es usted mucho más feliz que yo. Lo que acabo de sentir y saber en este lecho de muerte, lo sabía y lo sentía usted hace mucho; y todavía es fuerte; es usted un hombre feliz. Sin falta debe ver al General Kim Il Sung. Y lo verá. Los treinta millones de coreanos lo verán. ¿Ha dicho usted que es comunista? Sé poco sobre el comunismo. Lo que sí sé es que los comunistas encabezan la lucha por el renacer de nuestra Patria. Además, sólo ahora acabo de comprender que el comunismo sólo puede revelar su verdadero valor si se implanta bajo la dirección exclusiva del General Kim Il Sung. ¿No le parece? ¿Qué hablo yo de estas cosas? ¿Soy acaso alguien? En lo que a mí respecta, puede decirse que yo luché por el nacionalismo…

Le costaba hablar; se asfixiaba.

Om Chi Hwan, que estaba al lado, le daba cucharaditas de agua con miel. Después de tragar dos, dirigió sus ojos brillantes a An Tong Hak y prosiguió:

—¿Qué importa comunismo o nacionalismo? Si no hay un verdadero guía, no saldrá absolutamente nada.

Me he dado cuenta de esto ahora, a dos pasos del fin. ¿Qué es un pueblo desgraciado, masas desgraciadas? El pueblo ignorante, el pueblo que vive bajo el yugo de salvajes extranjeros, es desgraciado. Pero la desgracia no radica sólo en esto. La verdadera desgracia es cuando no hay Líder. Las masas populares, pudiendo tener un Líder, sufren hoy a los salvajes extranjeros o están lejos de la civilización. Mañana, no cabe duda, se liberarán, lograrán la independencia y serán civilizadas. En este sentido puede decirse que he sido feliz. A temprana edad tuve La suerte de conocer a Kim Hyong Jik, destacado dirigente del movimiento independista coreano y, bajo su dirección luchar por el renacer de la Patria, poniendo en ello mi granito de arena. En nuestros días conocí a su hijo, al General Kim Il Sung, Líder de los 30 millones de coreanos. He tenido la suerte de conocerlo… ¡Qué imbécil he sido!…

El rostro de Ryang Se Bong se congestionó; empezó a toser. Parecía que le fuera a estallar el pecho.

Fuese por la tos o por el amargo recuerdo, le saltaron lágrimas a los ojos. Con extraordinaria fuerza de voluntad propia de todo auténtico combatiente, se dominó y dejó de toser. Se quedó mirando fijamente al techo. En su visión apareció la imagen del entrañable compañero Kim Il Sung.

—Si quiere ir a ver al General Kim Il Sung, no hace falta preguntarme a mí el camino —dijo el enfermo mirando a su interlocutor.

Por la extraña emoción y las juiciosas palabras de Ryang Se Bong, An Tong Hak se dio cuenta de que tenía dos dolores. Uno era el físico que le arrastraba al fin y otro era el de arrepentimiento por el error irreparable que cometió en el momento más significativo de la vida. Dong Hak no quiso preguntarle nada más.

Om Chi Hwan le tendió una cucharadita de agua con miel. Ryang Se Bong negó con la cabeza.

El sol iba camino de esconderse.

Om Chi Hwan y dos soldados más velaban a Ryang Se Bong. Este hacía lo imposible para que no se le nublase la conciencia. Se le aparecía en dimensión aumentada el rostro cruel de Jang, un bosque de cañones que escupían fuego. Trataba de borrar con las manos estas pesadillas, pero ya no le obedecían. Vio la cara impasible de su mujer, vio a su niña sonriendo. La visión cambió. Ahora veía a Kim Hyong Jik. Ocho años atrás. Están solos sentados, en una casa en Fusong. Kim Hyong Jik le ofrece un cigarrillo con la amplia sonrisa de siempre. Fuman. Pasan revistas a miles de soldados del Ejército de la Independencia. Kim Hyong Jik se ríe a carcajadas. Ryang Se Bong se ve a sí mismo reírse. Kim Hyong Jik se aleja de Ryang Se Bong a paso ligero. Este quiere seguirle pero las piernas no le obedecen.

—¡Señor Kim! —grita.

Om Chi Hwan se sentó a su lado.

—Despierte —le dijo cogiéndole la mano.

—¿Dónde estoy? —gritó Se Bong abriendo asustado los ojos—. ¿Dónde se ha ido el señor Kim? —miró en torno y se dio cuenta de que todo había sido una pesadilla. Llamó a Om Chi Hwan.

—Oye —dijo marcando cada palabra—. Mi gran deseo fue ver independiente a la Patria, pero está claro que no la veré. Vayan con el General Kim Il Sung y pídanle mil perdones de mi parte. Vosotros luchad valientemente al mando del entrañable General y reconquisten la Patria.

Tanto Om Chi Hwan como Myong Uk se limpiaban con los puños las lágrimas.

Dong Hak, que estaba detrás de ellos, suspiró hondo.

Aquellos minutos eran realmente amargos.

Ryang Se Bong sufría mucho.

Todos los mortales en su último momento se despiden de sus obras, unas de significación para el mundo, otras de la atingencia familiar. Esto es inevitablemente natural v en cierto modo lógico, más aún cuando la lucha no puede ser interrumpida y la vida es interminable. Quien sufre más y se siente más triste en ese momento es el que deja esta tierra con clara noción de sus errores no rectificados. A diferencia de la causa que el difunto no pudo completar en la vida —pero que sí pueden continuar otros—, el error no lo puede rectificar nadie en su reemplazo. Por eso para no tener tales sufrimientos en el último momento, hay que procurar cometer menos errores o rectificarlos a tiempo.

Ryang Se Bong se fue para siempre.

Om Chi Hwan lloraba desconsolado. Lloraban todos los que estaban presentes, tanto los dueños de casa como los huéspedes. Dong Hak no pudo contenerse y salió de la habitación.

La noche era lóbrega. Al embate del viento la zahína se agitaba desesperadamente. Era una noche inquieta y cetrina, que hacía sentir más la muerte de un hombre que hizo mucho, erró mucho y dejó muchos problemas.

A la mañana siguiente iba por el infinito campo de zahína una carreta miserable, cubierta con una colcha blanca que se agitaba al viento.

Ryang Se Bong, muerto, iba por el mismo camino por el que había venido ayer.

La carreta rodaba lentamente y el monótono chirrido de las ruedas resonaba lejano.

Detrás caminaban tres soldados del Ejército de la Independencia con escopetas a la espalda.

A la derecha de ellos con paso cansino, iba An Tong Hak, con su hija de la mano.

Al día siguiente, ya en Tonghua, supo algo sorprendente.

Om Chi Hwan, del Ejército de la Independencia, mató al consejero Hwang y desapareció llevándose tras él a todos los soldados de su sección.

Pasados unos días Dong Hak emprendió camino hacia el norte.

*   *   *

Ya es el tercer día que caminan Cha Ki Yong y Pak Hung Dok, luego de recibir una orden del Comandante en jefe en el poblado Soksegol.

Ki Yong debía ir a la provincia de Hamgyong del Norte, a la mina de Daegok, y Hung Dok a Rahung, con la misión de crear una zona semiguerrillera.

Iban en direcciones contrarias a su destacamento. Eran como las raíces que se hunden en la tierra para sustentar un árbol grande.

El compañero Kim Il Sung, al formar la guerrilla y robustecerla con arreglo a un antiguo plan, enviaba enlaces a la misma Corea y fortalecía las actividades clandestinas en el territorio controlado por el enemigo, al mismo tiempo que fomentaba la creación de zonas semiguerrilleras.

Era ésta una labor importantísima en un momento en que el enemigo emprendía en amplia escala las operaciones de castigo contra las bases de apoyo. Las regiones liberadas debían estar bien defendidas por las zonas semiguerrilleras, debían mantener contactos con el territorio controlado por el enemigo y, en particular, con las organizaciones revolucionarias que actuaban en los más diversos rincones de Corea. Esto significaba que la Guerrilla Antijaponesa debía arraigar más profundamente en las masas. Por eso el Comandante en jefe las comparó

con las raíces de un árbol, que penetran en la tierra para que éste sea fuerte y frondoso.

Cha Ki Yong debía caminar un día entero; después viajar en tren a lo largo del río Tuman en dirección a Chongjin.

En la mina debía instalarse y establecer contactos con Hamhung, Wonsan, Ungui y otros importantes centros industriales.

Pak Hung Dok debía pasar Juanglaoling y a través del río Tolze, por su curso superior, dejar atrás el poblado Wangqing.

Cha Ki Yong salió primero de Liangjiangkou; al día siguiente, Hung Dok. Al segundo día se encontraron casualmente.

Ahora deberían separarse. Como no sabían si se volverían a ver, decidieron marchar un tiempo juntos.

Cha Ki Yong, de complexión fuerte, iba vestido con un viejo traje de color verde y zapatos de trabajo, la cabeza un poco inclinada a un lado. Nadie sospecharía que no era un obrero. Pak Hung Dok iba disfrazado de campesino del lugar. Llevaba unos pantalones salpicados de barro, calzados de cáñamo y en la cabeza una toalla a guisa de turbante. Colgada de un hombro balanceaba una red. Caminaba patizambo, lento. Parecía un sirviente entrado en años.

Iban recordando la vida en la guerrilla, los cinco meses que vivieron en aquel ambiente. No se les había pasado por la mente que deberían dejar el destacamento antes de la liberación de la Patria. En los cinco meses que permanecieron en él, cada día, cada hora, veían con mayor claridad los nuevos aspectos de la vida. Cada día se sentía nuevo, digno de vivirlo.

La mayor dicha y el mayor honor para ellos era marchar al lado del compañero Kim Il Sung, gran Líder de nuestro pueblo.

Por estar él a su lado, existía la revolución, el futuro; la vida cobraba sentido.

Pero mientras se alejaban del destacamento se iban alejando de aquellos momentos felices.

Por el camino rodaban hojas de arce. Rojas como lenguas de fuego, saltaban presurosas hasta quedar quietas en cualquier hueco. Las amarillas hojas de los fresnos, al dispersarse, parecían polluelos asustados. El otoño norteño es algo maravilloso. Los montes cubiertos de arces rojos, abetos verdinegros, alerces amarillos, chopos y álamos blancos. Y detrás de sus copas, el cielo azul.

—Oye, has estado muy bien ante el compañero Comandante en jefe.

—No iba a decir que me dejase en el destacamento. La misión es importante. Además, no te olvides que a mí me educaron en la guerrilla.

Así empezaron a recordar el momento en que recibieron las tareas del compañero Comandante en jefe.

Cuando Cha Ki Yong llegó al Cuartel General ya estaba allí Pak Hung Dok.

Por el bosque iban dos guerrilleros y entre ellos, medio paso más atrás, caminaba lentamente el compañero Kim Il Sung. Bajo sus pies crujían las hojas rojas de los arces. Entre los alerces se veían algunos abedules y álamos. A la luz crepuscular sus sombras se fundían en el húmedo suelo.

El compañero Comandante en jefe llevaba las manos sobre los hombros de los guerrilleros. De cuando en cuando se detenía para arrancar una hierbecilla y hablar. Después de preguntarles cómo estaban, el compañero Kim Il Sung se detuvo y pidió a Pak Hung Dok que se descalzara.

—Por lo que parece tiene usted los pies planos. ¿Por qué se lo calla? Se ha tirado usted todo el día caminando y tendrá los pies destrozados. A ver, enséñemelos.

Pak Hung Dok se resistía, pero no tuvo más remedio que mostrarle el

pie izquierdo. El talón y el dedo gordo los tenía en carne viva.

El compañero Comandante en jefe se sentó en un árbol derribado y sacó del bolsillo una caja de cerillas. Machacó las cabezas y después de colocar en las ampollas el fósforo le prendió fuego. Pak Hung Dok empezó a quejarse de dolor… y se puso rojo como la grana.

El compañero Kim Il Sung les contó que durante su labor revolucionaria por aldeas, como debía andar mucho, los pies se le llenaban de ampollas y los curaba así. Además, le habló con detalles de otros métodos de curación.

No era la primera vez que Pak Hung Dok escuchaba esto. Lo que lo ruborizaba era que el propio compañero Comandante en jefe le curase el pie.

Le tocó el turno a Cha Ki Yong.

—Yo, compañero Comandante en jefe, no me quejo de nada.

—Ya sé que está usted como un roble, que es muy fuerte y que no hay nada que pueda con usted.

Hubo un momento de silencio. Se habían adentrado en el bosque; caía la noche; los pájaros buscaban sus nidos.

—Cuidado con dormirse —dijo en voz baja el compañero Comandante en jefe mirando a Ki Yong. La palabra dormir fue para él como una descarga de electricidad. No olvidaba aquel día cuando se durmió estando de guardia. No lo olvidará jamás.

—Pase lo que pase, dormir en el puesto de guardia no se puede. Eso es lo que espera el enemigo. Ud., compañero Cha, ¿de dónde es?

—De ninguna parte.

—¿Cómo que de ninguna parte? En algún sitio habrá nacido y se habrá criado.

—De nacer, nací en Namwon, provincia de Jolla; pero mi padre, que era un hombre errante, me llevaba siempre consigo a la espalda, sobre el

portacargas, así que me crié por los caminos. A los seis años perdí a mi padre y anduve por toda Corea en busca de trabajo…

—O sea que para usted la Patria entera es su tierra natal. A propósito: en algunos países estos dos conceptos se expresan con una sola palabra. Para usted, reconquistar la tierra natal es reconquistar la Patria, por eso tiene que luchar más y mejor que muchos.

Luego que los dos guerrilleros se habían sentado en la hierba al lado del compañero Comandante en jefe éste les explicó su misión.

Ki Yong debía penetrar en la zona controlada por el enemigo, despertar la conciencia de la clase obrera para que se levantara a la lucha contra el imperialismo japonés; a los mejores hombres destinarlos a la guerrilla; movilizar a los trabajadores y convertir dicha zona en sólida retaguardia guerrillera. Hung Dok debía convertir las aldeas en zonas semiguerrilleras. A diferencia de las regiones liberadas, en aquéllas, gobernadas Por el enemigo, había que formar organizaciones revolucionarias clandestinas que tomasen de hecho la gestión de dichas regiones. Que el enemigo crea que es el dueño pero quien mande realmente en ellas sean los guerrilleros.

El compañero Kim Il Sung prosiguió:

—¿Cómo debe vivir el hombre? ¿En aras de qué? Todos tenemos momentos en que pensamos en esto. Cada persona se, hace en alguna ocasión estas preguntas. Y hay que decir que nadie escapa a ello. Por lo visto deben ser preguntas muy importantes puesto que numerosas pensadores de Oriente y Occidente, de todos los tiempos, han escrito mucho de una u otra forma para responder a ellas debidamente. Por ejemplo, un europeo escribió: “Yo no estoy dispuesto de modo alguno a ser víctima de otra persona. Yo no me someto a nadie, salvo a mí mismo. Vivo sólo para mí y exijo el derecho de dominar el mundo…” Si el hombre vive sólo para sí, para su placer, entonces no se distingue en

nada de una bestia —sus palabras sonaron como latigazos, fulgurando en sus ojos rayos de desprecio—. El gozar a costa de otros es una filosofía de agresores. Nuestros fines se diferencian por completo de los de estos señores. Nosotros vivimos para Liberar la nación y nuestra clase, para cumplir la más noble misión de la humanidad. El objetivo de nuestra vida es emancipar a la clase obrera y liberar a la nación oprimida. Y más adelante, eximir del trabajo pesado a los trabajadores y, en consecuencia, librar al pueblo de los sufrimientos que le causan la sociedad y la naturaleza.

El codiciable nombre de revolucionario es nuestra felicidad, nuestro honor y nuestra mayor recompensa.

Es la mejor distinción, mejor que cualquier diploma grabado con letras de oro, mejor que las órdenes más brillantes. Por eso en este camino consideramos la muerte como una gloria.

¿Qué opinan ustedes de esto? Cuando tengan dificultades, cuando no vean claro el objetivo pregúntense: ¿estoy en el camino para liberar al pueblo? Las posiciones que mantengo ¿son por el bien del pueblo? Nuestra lucha no es fácil. Necesitamos fuerzas para combatir contra los imperialistas japoneses, pero también debemos superarlos moralmente. Los samurais disponen de rápidas máquinas rotativas y de una modernísima radiodifusión. La prensa y la radio están en sus manos. Arrojan calumnias sobre nosotros a granel. Sin embargo, otra situación es la nuestra. Imprimimos folletos y pasquines con hectógrafos e incluso nos pasamos noches enteras escribiéndolos a mano.

Para ir a ver un compañero, a veces debemos atravesar todo un bosque de bayonetas. No podemos hablar en voz alta, sólo cuchichear escondidos en un desván, en el pozo de una mina o en cualquier muelle, mientras los obreros tan cargas de un lado a otro.

Así, pues, ¿qué probabilidades tenemos de triunfar?

Está claro. Los enemigos pregonan a voz en cuello la injusticia y la mentira; nosotros decimos la verdad y obramos con la justicia. Cuanto más grite el enemigo más revelará sus falsedades. Sin embargo, cada palabra nuestra, cada hoja volante, cada compañero nuestro depositará en millones de corazones nuestra fuerza. Las ideas comunistas son tan poderosas que no conocen obstáculos… ¿Qué? ¿Podrán con la misión que se les encomienda? Si saben luchar bien, la tierra arderá bajo los pies del enemigo. Bueno, ¿vamos?

El compañero Comandante en jefe se levantó y tras él los dos soldados. A través del bosque salieron a la cumbre del monte. A los pies de ellos se cortaban las cadenas montañosas del monte Paektu.

El compañero Kim Il Sung, pensativo, dijo en voz baja:

—En cierto modo, se puede decir que el trabajo clandestino es interesante. Yo también anduve un tiempo disfrazado por zonas rurales. Metido muy hondo para que no me vieran, miraba la vida social de abajo arriba. Labor interesante.

Hung Dok guiñó un ojo a Ki Yong. Las palabras del compañero Comandante en jefe le recordaban una conversación que oyó aquella primavera en Liangjiangkou. Cha Ki Yong levantó la cabeza y le dirigió una mirada de inteligencia.

Hung Dok, acariciándose la nuca pidió la palabra al, compañero Comandante en jefe.

—Le escucho —el compañero Kim Il Sung, sonriendo, puso[1] otra vez las manos sobre los hombros de los guerrilleros.

—No es nada. Pero usted, compañero Comandante en jefe, durante su trabajo clandestino se disfrazó una vez de criado…

—Exacto, Ha, ha. ¿Y cómo lo sabe?

—En Liangjiangkou, pronunciaba usted un discurso y una señora dijo: “¡Miren, un ex-criado de mi aldea, y ahora, comandante de un

destacamento guerrillero!” Le dijimos que no hablara tonterías, pero nos contestó que era la pura verdad.

—Ha, ha, ha… —reía a carcajadas el compañero Comandante en jefe—. O sea que la señora reveló un secreto ajeno —su risa alegre sonó por todo el bosque.

Cuando volvieron a la compañía se estaban preparando para una velada. Los soldados veían esto como algo habitual; sin embargo, Jon Kwang Sik concedía a la fiesta de hoy singular importancia.

Se enteró de que Cha Ki Yong y Pak Hung Dok se iban al día siguiente y quería hacer algo bueno que los impresionara.

Se alternaban los bailes y las canciones, y Se Gol mostró su arte de prestidigitador. Apareció con bigotes pintados y declaró un raro pregón de vendedor de medicamentos. Enseguida mostró su número.

Enseñó al público un castillo y se lo traga; se acerca después a uno de los guerrilleros, le ¡pasa un dedo por el filo de la nariz y después por la suya. Luego da un grito corto y saca el casquillo de debajo de la suela del zapato. Repite el número dos veces y los espectadores se dan cuenta de que el hábil Se Gol esconde el casquillo en el gorro.

Mientras Se Gol hacía lo de la nariz, Jin Bong Nam le sacó el casquillo y se acabó el número.

Todos se morían de risa.

Después empezó la lucha.

Salían al ruedo forzudos guerrilleros. Todos los animaban.

El combate más entretenido fue el de Ki Yong y Hung Dok.

Hung Dok agachado se mueve despacio en la pista; con un tirón trata de hacer una zancadilla a su contrincante y cuando no le resulta emplea otra llave. Ki Yong, de anchas espaldas, retrocede lentamente, extiende las piernas y se mantiene a la defensiva. Hung Dok no puede hacer nada, aunque es hábil y tiene técnica.

Ki Yong, mucho más ágil y más activo, agarra a Hung Dok por el hombro y lo levanta. En el aire, éste apresa con una pierna la rodilla de Ki Yong. Ahora ya no puede hacerle nada, ni levantarlo más ni tumbarlo por el suelo.

—Un poco más.

—La presa de tijeras.

—Llave de brazo.

—Presa de rodilla…

Hacían tanto ruido que no se sabía a favor de quién estaban.

Entre los más activos animadores se encontraba Se Gol.

No podía estarse quieto; andaba en torno a los luchadores, animándolos.

Con movimientos de manos y piernas hacía como si ayudara al que se encontraba en situación crítica.

Los guerrilleros gritaban, batían palmas, pataleaban.

Las guerrilleras con los rostros encendidos hacían otro tanto. Yong Suk y Myong Ok animaban a Hung Dok; Hye Yong y Ok Nyo a Ki Yong.

Si Pak Hung Dok pasaba momentos difíciles, Yong Suk gritaba palmoteando sobre los hombros del guerrillero que estaba delante:

—Un poco más, empújalo.

Pero cuando la situación se tornaba favorable para Pak Hung Dok, lanzaba suspiros de alivio, poniéndose las manos sobre el pecho.

Lo mismo hacían Hye Yong y Ok Nyo que apoyaban a Cha Ki Yong.

El combate se alargaba.

Hung Dok decide cansar a su contrincante. Recurre de vez en cuando a fintas. Ki Yong aprovecha los fallos y pasa al contraataque. De pronto junta las piernas extendidas, hace como si fuera a levantarlo con la

cadera, y de un tirón atrae a Hung Dok por la solapa y le hace una zancadilla.

Hung Dok cae de espaldas. Estallan fuertes exclamaciones. Hye Yong se conduce como una criatura.

Triunfaba quien obtuviese dos victorias en tres combates.

Hung Dok, tras haber perdido el primer combate, se irguió y trató de hacer una llave a Ki Yong. Se apoyaba con la cabeza en el pecho de su contrincante, y, queriendo enderezarse, levantó un poco la pierna de Ki Yong. Este quiso volver a la vieja posición pero ya era tarde.

La fuerte pierna de Hung Dok hizo que la espalda de Ki Yong se combase poco a poco hasta dar en el suelo. De nuevo atronadoras exclamaciones…

—¿Qué piensas? —preguntó Ki Yong dando una palmotada en la espalda de su compañero. Hung Dok dijo sonriente que estaba pensando en las palabras que les dijo el compañero Comandante en jefe. Resultó que ambos habían estado pensando en lo mismo.

Iban por un sendero de la colina Juangrolauling hablando del compañero Comandante en jefe pero los asuntos eran conocidos por ambos, puesto que habían pertenecido a la misma compañía. Recordaban por turno los hechos saltando de un caso a otro: de cómo en la taiga del monte Paektu el compañero Comandante en jefe cosía cuadernos en cada alto que hacían; de cómo se durmió Ki Yong estando de guardia; de Jin Bong Nam, que pasó a ser centro de la atención de todos después de matar a un oso; del préstamo de arroz que prometieron devolver dentro de tres años, de lo que sufrió Ki Yong en el poblado de Chonsangdegi cuando cayó cercado. El tiempo fue corto, pero les dejó más recuerdos que todos los tiempos anteriores.

Al atardecer, después de pasar el puerto pensaron si debían separarse o pasar otra noche juntos.

—Para que nos veamos pronto —dijo Ki Yong— vamos a separarnos ahora.

—De acuerdo.

Se dieron un fuerte abrazo y se despidieron. Los dos tenían lágrimas en los ojos.

* * *

Cha Ki Yong a los diez días llegó a la Mina de carbón de Daegok. Hubo de dar un largo rodeo para no caer en la red de la vigilancia enemiga. Caminó el doble de lo necesario.

Se detuvo en la cumbre de un monte desde la que se veía el poblado minero. Se limpió el sudor de la frente. A pesar de que era otoño, el andar le hizo entrar en calor. El poblado presentaba un aspecto lamentable. En medio de sus callejuelas cochambrosas se alzaba un terrero negruzco de forma cónica. De varias chimeneas, grandes y pequeñas, salía sin cesar humo negro; de algún lado llegaba un ruido sordo, parecido al de una enorme colmena. Cada soplo de aire traía un fuerte olor a azufre.

Todo le era conocido: la calle sucia, las bastas construcciones, los fonduchos, las bocas de la mina, las poleas, los mineros que caminan luciendo sonrisas blancas o cabizbajos. Ki Yong, sin mirar para los lados, se dirigió hacia la callejuela de figones. Se detuvo frente a una casita larga y cuadrada. A la entrada había un montón de calzado negro de polvo del carbón.

—¿Está el dueño? —no respondió nadie aunque lo había dicho con voz recia—. ¿Está el dueño? —repitió, adelantando la mandíbula.

Se abrió de un golpe la puerta desvencijada de la cocina y apareció un rostro demacrado y oscuro.

—¿Qué quiere? —dijo displicente.

—¿Es usted el dueño?

—Pero, qué tipo tan torpe es usted; igual que un campesino. Si he salido a la llamada, ¿qué otro cree que soy?

—Pues, tiene razón. Estoy seguro de que usted encontrará una pequeña pieza para mí —dijo con empaque Cha Ki Yong, adelantándose a la respuesta.

—Habitación hay, pero está repleta de cadáveres —respondió el dueño con voz irritada y escupió ruidosamente en el patio.

Cha Ki Yong no sabía si el dueño había hablado en broma o en serio. Del cuarto salían voces roncas:

—Hasta el fondo, de una vez.

—En el otro mundo nadie te invitará.

—¿La gente muere como moscas y van ustedes a cruzarse de brazos?

—Te irás como has venido.

—Basta de dar la lengua y bebe de una vez.

Cha Ki Yong frunció el entrecejo.

—¿Oíste, joven? ¿Por qué pones esa cara de perro? —dijo el dueño. De su boca salió un fuerte aliento alcohólico—. ¿Sabes cuánto sale la comida de tres personas en dos meses? Estoy perdido.

Cha Ki Yong callaba esperando a que aquello se calmase un poco.

De la barraca salió, tambaleándose, un mozarrón vestido de negro.

—¿Qué regateas? Si no hay plazas mejor sería que te fueras de aquí. Además, ¿dónde te metes, mocoso? Esto es un nido de bandoleros. La gente muere como mosca; aquí pegan y despiden.

El mozarrón se detuvo ante Ki Yong. Despedía un hedor alcohólico. Cha Ki Yong fijó su aguda mirada en los ojos.

—Pues tienes los ojos en el sitio —dijo el desconocido mirando a Ki Yong de arriba abajo.

Al borrachín, Ki Yong le pareció fuerte como un roble. De sus ojos, de comisuras un poco levantadas, se despedían brillos y sus manos parecían bieldos. No parece un vagabundo; tiene algo que atrae a la gente.

—¿Hace mucho que cavas?

—Los huesos se me han hecho hierro bajo el peso del cacaxtle.

—La respuesta suena bien. ¿Fumas? —el muchacho sacó del bolsillo una cajetilla de “mako”. Se sentaron en el poyo y trabaron conversación.

El mozarrón se llamaba Maeng Son Hak y trabajaba de barrenero. Contó que ayer al mediodía se había hundido un pozo, que había muchas víctimas. A uno se le quebró la espina dorsal, a otro lo sepultó el derrumbe y al tercero se le arrancó la cabeza. Los barreneros protestaron ante la administración. Afirmaban que el accidente había tenido lugar por culpa de la firma, por escatimar madera de entibar. Intervinieron los capataces y empezaron a repartir trompazos: “Por dinero puede suceder cualquier cosa, incluso puede haber víctimas. A los descontentos los metemos en el calabozo”.

Unos diez barreneros golpeados se negaron a trabajar en el lugar peligroso. ¿No queréis? ¡Pues a la calle!

Maeng Son Hak, tembloroso, apretó fuertemente los puños y los insultó con las mayores blasfemias: “perros”, “japonesotes”, “sandalias de madera”, “deberíamos estrangularlos a todos”, etc.

—¿Y qué habéis decidido? —preguntó impaciente Cha Ki Yong.

—¿Y qué vamos a hacer? Hoy ahogamos con aguardiente las penas y mañana iremos a enterrar a los muertos. Otra cosa no vemos. Tendrán familiares, pero no sabemos dónde. Y si lo supiéramos y enviáramos cartas o telegramas, ¿qué daría eso? ¡Qué horrible! La suerte del obrero es igual en todas partes. Vienen aquí como tú sin saber que la muerte los acecha. ¡Vaya una vida la nuestra! ¡Un pozo! Un pozo tenebroso donde

hormiguean más de mil mineros. Estamos aquí esperando el día de andar ese camino. —Señalaba la falda de un cerro en la que se veía el cementerio—. Toda Corea es así.

Ki Yong encendió otro cigarrillo, tratando de tranquilizarse. Le daban ganas de levantar de inmediato a los mineros a la huelga, a la revolución, para que machacaran a los japis, ya fuese con martillos o con picos. Calma, calma, se decía. Hay que pensarlo todo bien. Sus compañeros lo criticaban por su impaciencia, diciendo que ésta es la otra cara de la exaltación de los débiles. Ahora estaba en camino de rectificar ese defecto. Pero no pudo aguantarse del todo, pues en su rostro y en sus ademanes se notaba la nerviosidad: la recia mandíbula vibraba levemente, la sangre corría más rápido por las venas del cuello y la cara se enrojecía. Las negras cejas, corno dos pinceladas de tinta china, se le estremecían.

Cuando el dueño desapareció tras la puerta de la cocina, Ki Yong empezó a hablar en voz baja:

—Oye, hermano. Los obreros no debemos bajar el puño una vez que lo levantamos en actitud de amenaza.

—Para alcanzar las estrellas hay que ver el cielo.

—Hay que meterse en la guarida del tigre.

—Pero ¿qué hacer con las manos vacías?

—Nos unimos todos y derribaremos cualquier montaña. ¿Acaso ese terrero no lo transportamos sobre nuestros hombros?

—Veo que no eres uno cualquiera. Entremos. Allí hablaremos a nuestras anchas.

—Estupendo, pero primero tengo que buscar trabajo y albergue.

—Pero, hombre, déjate de esas porquerías que me desalientan. Anda, vamos —Maeng Son Hak lo tiró de la mano hacia la puerta.

En la habitación había tres ataúdes blancos que olían a resina fresca.

Junto a ellos, una mesita baja, una copa, unos bacalaos y una taza de porcelana con incienso. Era todo lo que habían preparado en honor del alma de los difuntos. En torno a la mesita estaban sentados apretadamente cinco o seis obreros con rostros encendidos, quienes hicieron sitio a los recién llegados.

Nada más entrar, Ki Yong se puso de rodillas, echó vino en la copa, encendió incienso e hizo unas reverencias apoyándose en el suelo con las manos.

No conocía a los difuntos ni sus nombres, ni sus edades ni sus pueblos natales, pero el solo hecho de que habían sido obreros le hizo brindar aquellas reverencias con un profundo dolor. Se inclinó tres veces seguidas, según las costumbres locales: ya se sentaba en cuclillas inclinando el busto hacia el suelo, ya se incorporaba levantando la cabeza. Al final, retirándose, hizo una reverencia a los presentes.

—Todos juntos, en lugar de los familiares de los difuntos, vamos a hablar ahora de otra cosa. Este joven es mi paisano —Maeng Son Hak presentó a Ki Yong a los reunidos.

Un hombre de grandes ojos que estaba sentado enfrente vertió vino de una botella grande en una tapa de la vasija.

—Como es habitual, al que llega tarde, se le invita a beber tres tragos seguidos. Ahí tiene el primero.

Ki Yong cogió la tapa y presintiendo un escozor en la garganta se preparaba a empinarlo cuando recordó las palabras que dijo el General Kim Il Sung en el bosque. Suspendió la mano con la tapa. No debo beber, pensó. Dejó la tapa en la mesa y cogió un pedazo de kimchi.

—¿Qué pasa?

—No sé beber.

—No pintas mocoso. Sin vino no digerirás el polvo.

—En mi familia, desde mi abuelo, nadie bebió.

—Moderada familia. El obrero que no bebe es como una vagoneta sin ruedas.

Era ya muy de noche cuando empezaron a hablar de cómo organizar el entierro. Ki Yong dijo también su punto de vista con soltura:

—El entierro no se puede hacer así como así por no estar presentes los familiares de los muertos. Todos los obreros son parientes de los fallecidos. Así, pues, debemos organizar los funerales mejor que la propia familia de ellos. Hay que pensar una inscripción para la lápida, buscar cintas rojas que salten a la vista. El dinero lo recogeremos entre los 46 obreros que viven en este albergue. El entierro deberá comenzar a las doce del mediodía. Además, no debemos ir directamente al cementerio, sino pasar por las calles que anduvieron en vida los difuntos; hay que pasar junto a la entrada de la mina y dar una vuelta al terrero.

La propuesta de Ki Yong conmovió a todos.

Acostumbrados a la opresión y a sufrir, los obreros querían enterrar a sus compañeros como lo hacían siempre, como una desgracia más entre las tantas que ellos se apresuraban en olvidar, sin siquiera darle fórmulas debidas, pero Ki Yong trataba al obrero con el merecido respeto. Es verdad que se hablaba de algo parecido, pero de ahí no pasaba.

Al escuchar a Cha Ki Yong un minero de unos cincuenta años, recordando unas desgracias sufridas, vertió lágrimas y empezó a exponer el ritual funerario coreano.

De antiguo rigen entre los coreanos estas costumbres: cuando la campana anuncia la muerte de una persona, la aparición de un ladrón o el surgimiento de un incendio todo el pueblo acude al grito de socorro. Al morir un hombre lo primero que se hacía era “soltar el alma al cielo”, cocer la “papilla de, la muerte”, cepillar las tablas del ataúd, vestir dos veces al difunto y después de colocar el ataúd en una silla especial, todo

el poblado, viejos y niños, acompañaban al difunto al camino eterno con un largo y triste plañir.

Después de las palabras del viejo los obreros impresionados decidieron hacer todo lo que fuera necesario, pues lo consideraban como su propio asunto.

Al día siguiente se celebró el entierro. Fue todo un acontecimiento, jamás visto en este lugar, no sólo por el número de banderolas y el adorno de los ataúdes sino, principalmente, por la procesión de centenares de obreros que llegaba hasta el mismo cementerio. Mientras bajaban el féretro a la sepultura Maeng Son Hak leyó un discurso escrito por Ki Yong, que todos escucharon con la cabeza gacha. Aquel día lloró mucha gente y numerosos puños se crisparon de ira.

Así comenzó Cha Ki Yong su actividad clandestina en Daegok.

Empezó a trabajar de barrenero. En cuanto terminaba su tarea corría a ayudar a los mineros, al tiempo que hacía una activa propaganda de la Guerrilla Antijaponesa. En el pozo donde trabajaba nació toda una organización. Formaron la “sociedad de asistencia a la revolución” —semejante a las sociedades antijaponesas de otros lugares—, que tenía como objetivo ayudar a la Guerrilla Antijaponesa. Al cabo de cierto tiempo había que seleccionar a los mejores jóvenes y enviarlos a la guerrilla, conseguirse explosivos y recaudar dinero para pertrechar a los combatientes con lo necesario. Además, Ki Yong desplegó una gran labor propagandística antijaponesa.

Como agitador, decía a los trabajadores que sin derrocar al imperialismo japonés jamás alcanzarían la libertad, que debían ponerse al frente de la revolución para fundar una sociedad socialista libre de opresión y explotación.

Eligieron un frente de arranque para reunirse clandestinamente. Allí en los primeros encuentros trataban los siguientes temas: por qué los

obreros viven en la miseria; cómo el imperialismo japonés conquistó Corea; qué es la revolución y el socialismo. Luego Ki Yong explicaba lo que había que hacer para derrocar al imperialismo japonés; hablaba de la Guerrilla Antijaponesa, ejército revolucionario de obreros y campesinos; organizaba debates.

Con especial entusiasmo contaba todo lo que sabía acerca del General Kim Il Sung. Escribía pasquines, que luego pegaban por doquier.

Una mañana el poblado despertó muy temprano. Por las calles andaba la policía montada; toda la ribera del río Tuman estaba llena de soldados de la guarnición fronteriza.

Resultó que aquella noche habían aparecido en las paredes de la comisaría octavillas, y centenares de ellas habían sido repartidas en el mercado.

La octavilla “Abajo el imperialismo japonés” llamaba a todos los coreanos a alzarse a la lucha; en la titulada “El gran sol de nuestra nación, General Kim Il Sung, ha organizado la Guerrilla Antijaponesa” se decía que el imperialismo japonés pronto sería derrotado por la guerrilla; que entonces Corea adquiriría su independencia. Ambas octavillas, en sus últimos párrafos, llamaban a todos los obreros a ayudar a La Guerrilla Antijaponesa.

Después de salir del pozo con la lámpara en la mano, Ki Yong vio cómo detenían y registraban a los obreros junto a la garita de los guardianes.

Todo el poblado —más de mil mineros, sus familias y otros— se había enterado del revuelo producido por las octavillas.

Las calles bullían. En las barracas, en las callejuelas, en los frentes de arranque, por doquier se hablaba del General Kim Il Sung. Unos días después alguien soltó el ¡rumor de que se le vio por las calles del poblado a caballo, conduciendo a numerosos soldados coreanos.

Cada día, Ki Yong —el rostro renegrido y los ojos brillantes— bajaba al pozo con la esperanza de que surgiera algún motivo para levantar a todos a la huelga.

Sin embargo, no podía olvidar la vida guerrillera.

Huele a azufre. En las esquinas de las paredes las arañas se columpian. Ki Yong, tumbado en el albergue, con un trozo de madera por almohada, recuerda:

¿Dónde estará ahora el Cuartel General? Se Gol, Pyon In Chol, Jin Bong Nam, Yong Thaek; las guerrilleras Yong Suk, Myong Ok, Hye Yong y Ok Nyo, así como Cha Kwang Su, Jon Kwang Sik, Jin Il Man… ¿dónde estáis, qué hacéis? Marcháis por el bosque u os preparáis con alboroto a acampar. Y tú, Hung Dok, ¿te colocaste, como querías, de criado para un terrateniente? Pareció ver el rostro sonriente de nariz roma de su amigo, al que echaba mucho de menos.

¿Los veré? ¿Volveré a andar con ellos en el bosque contándoles Sobre este día?

De pronto, se levantó al ver la imagen luminosa, el rostro sonriente del compañero Comandante en jefe y pronunció:

—Compañero Comandante en jefe: el guerrillero Cha Ki Yong está en su puesto y no duerme.

Poco más tarde agarró la lámpara y sin prisa se fue al pozo, donde tenía una entrevista secreta.

* * *

En Hoeryong había enviado un telegrama, pero la respuesta tardó tres días.

—Eh, tú, ¿te llamas Cha Ki Yong? —preguntó con voz amenazante Okada, el capataz japonés. Llevaba una lámpara de pantalla brillante y

blandía un martillo cuya cabeza amenazaba dar con la costilla de Cha Ki Yong, que estaba perforando con una barrena.

—Cuidadito, señor capataz, que me va a agujerear la barriga.

—Imbécil, déjate de ponerte parlanchín. Contesta a lo que se te pregunta.

Ki Yong colgó el martillo de dos cabezas entre los troncos de estribación y preguntó al japonés qué quería.

—Un telegrama. Tu madre ha muerto.

—¿Qué? ¡Pobrecita! —fingió sorprendido. Tenía ganas de reír de contento, pero debía aparentar tristeza. Hizo muecas apretando los labios, y cubriéndose el rostro con las manos se volvió y exclamó: "¡Madrecita!"

Después de aquella comedia, echó a correr en la residencia el rumor de la muerte de la madre y que salía para Jongphyong, a casa.

En Chongjin supo que Pak, un compañero que trabaja en la clandestinidad, cumplía muy bien su labor y que se había colocado de cargador en el muelle.

Junto con Pak se pasó un día entero en una alcantarilla, en la que dormían los obreros parados, le transmitió una esquela y le informó sobre las actividades de la Guerrilla Antijaponesa. Pak no estaba enterado de lo que ocurría en la guerrilla después de la reunión de Mingyuegou, porque inmediatamente después de ésta, tuvo que dejar la guerrilla.

Después, Ki Yong salió en tren para Hungnam.

Apeó en la estación y echó a andar por el litoral. Toda esa zona estaba revuelta. Abrían zanjas para construir un puerto; de trecho en trecho se veían montones de arena y de guijarros, necesarios para la ampliación de la fábrica de abonos químicos; a un lado los obreros cavaban la tierra e hincaban troncos para andamios.

—¡Cuidado! ¡Cuidado con la vagoneta!

Por una vía desnivelada de aguda pendiente, corría una vagoneta dando bandazos. El hombre que la guiaba estaba echado hacia atrás para apretar con más fuerza el freno. El pañuelo que cubría su cabeza, vibraba desesperadamente y parecía que de un momento a otro iba a salir volando por el aire.

Ki Yong subió a un montículo al lado de la vía. Vio como se levantó de súbito una tromba de polvo con un fuerte ruido y como volaban en distintas direcciones el hombre, la vagoneta y el freno.

—¡Un hombre herido! —el grito se oía descollando entre los mil ruidos de la obra.

Cha Ki Yong atravesó la construcción y se encaminó a la ciudad. Llevaba un sombrero viejo, que había prestado de Maeng Son Hak, ladeado en su cabeza y un pañuelo al cuello.

Los peatones hormigueaban en las estrechas callejuelas. En las paredes se sucedían enormes y llamativos letreros: Relojería", "Barbería", "Taberna", "Indan", "Bakgabun", "Jungjangtang", etc. Un japonés vestido con kimono se abría paso en bicicleta por entre los transeúntes; una cortesana con largas faldas repartía miradas coquetonas a un lado y otro y despedía un fuerte olor a polvo; unos niños mendigantes pedían limosna a un caballero de bastón, pero al no recibir nada, seguían su camino con caras lastimeras.

En una relojería un tocadiscos despedía una melodía lánguida y repugnante. Desde una ventana cubierta de celosías de bambú, manchadas por las moscas, que pertenecía a un edificio de dos pisos medio derrumbado, llegaban ruidos de tambor, y de vez en cuando, las carcajadas de unas mujeres.

Debía andar un poco más para verse con el compañero Jong.

Con la chaqueta desabrochada y abanicándose con el sombrero, dobló

una esquina y vio a un hombre larguirucho con un casco de corcho. Una multitud lo rodeaba. Vestía al estilo japonés, pero hablaba en coreano.

—Estimulamos la ropa de color. Los coreanos viven en la miseria porque llevan ropa blanca y ésta se gasta dos veces más rápido que la de color ya que necesita mucho jabón y…

Delante del larguirucho había una tina con tinta china en la que metía un pincel enorme; paraba a los transeúntes y sin más ni más les salpicaba de tinta o pintaba los mandiles, las faldas, las chaquetas.

—So canalla —se lanzó contra él un anciano empuñando una pipa. De los bordes delanteros de su bata de muselina, que tiraba a amarillo por obra del tiempo, caía aún gotas de tinta—. ¡Perro! ¿Qué te importa a ti cómo voy vestido, de blanco o de negro? ¿Qué tonterías son esas? ¡Qué bienhechor me promete la felicidad! ¡Salvajes de ultramar!

—Por lo visto en la vejez quieres ir a dar con los huesos a la cárcel. ¡Qué entiendes tú, burro del demonio! Con esta política el gobernador general quiere hacer un favor a la nación que viste de blanco…

Un policía, con un largo sable a la cintura y polainas en las piernas, con paso de ganso se acercó al viejo, lo agarró por la barba y lo metió en un toldo.

—Mi perdición, mi perdición —se oyó una seca bofetada y unos quejidos entrecortados del anciano.

Ki Yong a duras penas se contuvo. Si hubiese tenido un arma a mano habría entrado en el toldo y no sabemos lo que hubiera sucedido.

Se dirigió a una elevación que había detrás del figón donde debía estar el compañero Jong. Desde el altozano echó una mirada a la ciudad de Hungnam, que le causó una impresión amarga.

Estaba viendo a su Patria, a sus gentes condenadas a ser esclavas, humilladas; en esta tierra incluso era difícil respirar. Las costumbres japonesas impregnaban toda la vida, violando implacablemente la

dignidad nacional. Una tierra, ciega y sucia donde sus gentes se asfixian y en la que se desarrolla una tragedia sangrienta.

Recordó cómo Jon Kwang Sik, al abandonar el poblado Chonsangdegi, expuso en un bosque, a grandes trazos, los rasgos más característicos del momento:

En la antigüedad los hombres estaban condenados al hambre; en la edad media las epidemias segaban vidas y vidas periódicamente; ahora se sufría y se moría de hambre a causa de la superproducción.

La crisis, ese absceso del capitalismo, que empezó a brotar en la bolsa de Nueva York, donde en otros tiempos se asentaban los vendedores de buñuelos, crece monstruosamente. El monstruo de la crisis pasa de continente a continente, haciendo polvo fábricas y haciendas agrícolas, poblados rurales y pesqueros, bosques y campos. Los obreros son despedidos; los campesinos, privados de la tierra, condenados al vagabundeo. Los multimillonarios sufren trastornos síquicos cuando se desvaloriza el dinero; en lugar de carbón utilizan trigo mientras millones de parados se mueren de hambre.

"Relevantes" filósofos sólo ahora se plantean la cuestión de la naturaleza del hombre; en busca de respuesta hurgan en el polvoriento "malthusianismo", tratan de aplicar a la sociedad "la ley de la selva". En la larga cola de aspirantes a prostitutas se podía ver a famosas actrices esperando su turno.

"¡Guerra!" "¡Guerra!"

Gritan desaforadamente periódicos y radios a todas las horas del día como si hubiesen dado con el camino de la salvación.

Palmo a palmo avanza la mecha que llevará al estallido de la guerra: una en Occidente y otra en Oriente. Japón será la primera potencia que prenderá el fuego; empieza a trasladar hombres, mercancías y cadenas bajo la consigna: "¡A Corea, a Corea!"

De esta circunstancia se aprovechan los magnates de la industria bélica y tratan de movilizar mano de obra barata.

En aquel entonces Jon Kwang Sik visitó Pyongyang, Seúl, Hamhung…

Hay que decir que lo que entonces saltaba a la vista bastaba para comprender las palabras de Kwang Sik. Todo el mundo ahora sufre, al dar a luz una nueva era, la era de la revolución.

Aquel día, a eso de la medianoche, Cha Ki Yong se encontró con Jong Il Hwan y entraron juntos en la fonda.

* * *

El lugar de citas clandestinas, que utilizaba Jong Il Hwan, estaba a la orilla del mar, en la boca del alcantarillado. Il Hwan, como Pak, era uno de los que habían sido destinados a distintas regiones del país después de la reunión de Mingyuegou. Il Hwan, con un rostro de ojos grandes y constantemente iluminado por una sonrisa, trabajaba en la cantina del albergue llevando agua y cortando leña. Para él era mucho más cómodo que trabajar en la obra, pues podía fácilmente mantener contactos con los obreros e infundía menos sospechas. Fingía ser analfabeto. Il Hwan detuvo la mano que escribía una octavilla para decir sonriente que hacía años que no tomaba una pluma.

Debajo de las tablas cubiertas por sacos de paja corría ruidosamente el agua turbulenta, y la pared de cemento de la que pendía una candela goteaba sin cesar.

Al transmitirle Ki Yong el saludo del compañero Kim Il Sung se impresionó mucho, y aún ahora, dominado por la emoción, interrumpió a veces el trabajo:

—Compañero 3° —se llamaban por cifras para mayor seguridad—, tú

no sabes por lo que he pasado. Ya he mandado dos informes pero aún no he recibido contestación. Corren rumores de que se ha formado la guerrilla, pero no había podido confirmarlo. Tenía ganas de dejarlo todo para ir a enterarme…

—Compañero 5°, te comprendo muy bien. Hace poco que salí del destacamento y no sabes cómo espero noticias de allá…

Ki Yong, que no era un buen orador, contó a grandes rasgos cómo se había formado la guerrilla; habló de la marcha por la cuenca del río Amnok, luego pasó al objetivo de su visita, que consistía en comunicar cuanto antes a todo el pueblo aquel acontecimiento histórico: la formación de la Guerrilla Antijaponesa.

No estaban preparados todavía para trabajar con hectógrafo, por eso toda la noche se pasaron escribiendo a mano Pasquines y octavillas.

A la luz de la experiencia que adquirió en la Mina de carbón de Daegok, Cha Ki Yong se imaginaba impresionado lo que se armaría en esta gran ciudad industrial cuando se difundiese esa noticia. Pasaron la noche en vela escribiendo. Cuando por los resquicios de la cueva se infiltraron los rayos del sol que emergía del mar, interrumpieron el trabajo y salieron a la calle. Tenían que retirarse antes de que amaneciese completamente.

Jong Il Hwan llegó casi tambaleándose, como un borracho, al albergue. Cogió el balancín y se fue a por agua. Por el camino encontró a Jong, capataz en las obras del contratista Kyoharagumi; era además dueño de la cantina y agente de la policía.

—Ya estás levantado, mi buen trabajador, sapo de oro. Hay que ganarse propinas —dijo Jong sacando una cachimba de marfil. Para él, Jong Il Hwan, de estatura baja y cuerpo robusto, con una chaqueta de trabajo que le legaba hasta las rodillas, era un hombre manso, que no sabía más que trabajar.

—Estoy harto y me basta. Cuando me vaya a mi tierra no me opondré si me da dinero para el viaje. Ahora no necesito.

—¿Qué no necesitas? ¿Es que no piensas casarte con una muchacha de fina cintura?

—Pues casarme no renuncio.

Mientras tanto Ki Yong estaba tumbado en el albergue. Fue, contratado jornalero. Estaba despierto, pero había que fingir que dormía; hasta roncaba. El albergue estaba lleno de obreros como sardinas en lata. Era pequeño; las paredes eran de esteras y el techo, pajizo. Pero, como no hacía frío, podían dormir, allí. Además esto era forzoso porque Jong daba el certificado de jornal íntegro sólo a los que comían y dormían allí. En el centro del cuarto había tendida una gruesa soga de paja. Las piernas en la soga; la espalda y la cabeza, en el suelo. Los obreros pusieron al cuarto varios motes como “plantel de sojas”, “caja de cerrillas”, “lata de hombres vivos”. Allí se revelaba de pleno la naturaleza explotadora de los mandones de la obra, la cual se expresaba en este dicho: “A quien ya no tiene los ojos, le cortan las orejas”. El aire del cuarto estaba impregnado de tabaco y aguardiente. El ambiente era irrespirable. Los ronquidos y quejas no acababan nunca.

En un rincón gemían dos obreros que tenían colgadas de la soga sus piernas fracturadas e hinchadas como tinajas.

Alguien golpeó un bote de hojalata. Todos saltaron de sus sitios y salieron a la calle: llamaban a trabajar. Se armó un ruido tremendo. Parecía que en el patio se habían reunido gentes de las trece provincias de Corea. Se oían los más variopintos dialectos; en su mayoría eran oriundos de la provincia de Hamgyong: hablaban precipitadamente. Los que hablaban con entonación fuerte vinieron de la provincia de Jolla; no faltaban tampoco los leprosos de Kyongsang y los revoltosos de Hwanghae. Vestían ropas de trabajo manchadas de barro llevando en las manos o al

hombro palas y azadas, cacaxtles, o palancas. Todos comían de pie, con gruesos palillos, en una vasija de hojalata que contenía arroz mal descascarado, rociado en una sopa insípida. Un mozo de la cantina sacaba con cucharón de un tonel grande la pasta de soja y la distribuía a los obreros. Recibir la comida y enjugarse la boca era cuestión de minutos. La bazofia costaba un tercio del jornal diario, fruto del duro trabajo.

"¡Oh, esta esclavitud! Esta es la mañana de mi Patria. Esta gente necesita un rayo de luz, hay que mostrarle el camino", pensaba Ki Yong con su ración en la mano, mirando a los obreros que una vez terminado el desayuno se marchaban tristes al trabajo.

Ahora se dio cuenta de por qué el compañero Comandante en jefe le había enviado a la Mina de carbón de Daegok y a establecer contactos con las principales regiones industriales.

Ahora veía claramente a su tierra martirizada: en las regiones fronterizas norteñas rugen las armas y arden poblados, mientras que aquí las gentes son llevadas en tropel a la muerte, sin pólvora ni humo.

El año pasado, el propio Ki Yong vegetaba en semejante estado. Es verdad que entonces vivía en las tinieblas, se hallaba atado de pies a manos, pero no sabía por quién ni por qué. A veces, en un arrebato de ira, destruían las vagonetas o los cabrestantes, apaleaban a los capataces, pero esto no cambiaba nada. Entonces cayeron en otro extremo, pues era imposible aguantar todo esto estando cuerdos: bebían como condenados, pero tampoco les ayudaba.

La revolución fue la que lo iluminó, dio valor a su vida y coraje.

Hoy, con la ayuda de Jong Il Hwan, Cha Ki Yong consiguió una carta de permiso para trabajar en la obra y trasladó piedras para hacer un muro. Por la noche se metieron otra vez en la boca del alcantarillado y terminaron el trabajo que había quedado del día anterior. A las tres de la madrugada salieron a la ciudad.

Jong Il Hwan recorrió la calle oriental toda llena de pensiones. Ki Yong, con su saquito de cola a la cintura y rollos de octavillas en las mangas, se dirigió al lugar donde estaban las obras.

En el centro de cada obra había un barrancón, que era donde distribuían las cartas de trabajo. Ki Yong se acercó cautelosamente. El recinto estaba silencioso. Sacó la cola, la embadurnó en el tablero de anuncios y pegó octavillas. Luego se arrastró con pasos de gato hacia el lugar de la construcción donde las barras de hierro formaban un bosque. Tendido en el suelo, observó los alrededores. No había lugares adecuados para pegar pasquines. Se arrastró unos metros más y descubrió una armadura de tablas para echar cemento. Se acercó y estaba a punto de sacar la cola, cuando vio llegar allí a un guardián de gafas, armado con un palo. Llevaba unos pantalones muy estrechos. El guardián, que oyó algo, gritó:

—¿Otra vez robando tablas, canallas?

El guardián arrojó una piedra hacia la maleza de ajenjos donde le pareció que salía el ruido. Ki Yong se había echado en una zanja. Los pies del guardián tropezaron con unos terrones de tierra y algunos cayeron sobre la nuca de Ki Yong.

Al cabo de un rato el guardián desapareció tras lanzar unos gruñidos. Ki Yong siguió pegando octavillas en cada lado de la armadura, pues el día anterior se había fijado que era el lugar más concurrido. Después de andar cuatro, cinco obras, salió a la calle. Pasó sin novedad al lado de la comisaría. A la entrada había un centinela; de cuando en cuando pasaban patrullas. Ki Yong dobló la esquina y se escondió debajo de un puente de piedra. Retumbaban unos pasos. Del lado de un tenue farol corría un soldado con un fusil. A pesar de la oscuridad Ki Yong pudo notar que el policía quería escrutar debajo del puente. Recordó que al bajar del camino se tropezó con una piedra que rodó hacia abajo. Se le pusieron

los pelos de punta; el soldado ya estaba a unos diez metros.

Ki Yong buscó a tientas una piedra y la lanzó a una valla. La piedra, haciendo un círculo, rodó por el terraplén. El soldado que venía hacia él se detuvo asustado, miró a un lado y otro, y saltó la valla.

—¡Que te vaya bien, imbécil!

Ki Yong salió inmediatamente de su escondrijo y empezó a pegar en el muro octavillas, que no se veían por la oscuridad. Pegó cinco o seis octavillas muy cerca de la lámpara. Se le había terminado la cola; con las siete u ocho que le quedaban envolvió una piedra y las lanzó al patio de la comisaría. Se oyó el ladrido de un perro; un estridente pitido en el portal y carreras sobre los guijarros del camino.

—¡Bonito alboroto arman, bestias! A burro muerto, la cebada al rabo,

De la ciudad, Ki Yong se dirigió al mar; después de darse un buen baño se fue tranquilamente al albergue.

Se encontró con Il Hwan que llevaba agua en dos cubos. También había pasado lo suyo, pero regresó con la misión cumplida.

Cha Ki Yong, al igual que la otra mañana, fingió dormir tumbado entre unos obreros. Después de desayunar se fue a trabajar. Estaba aún oscuro, pero ante cada octavilla se amontonaba la gente.

—¡Qué noticia! El General Kim Il Sung ha formado la Guerrilla Antijaponesa.

—Compatriotas que sufrís la opresión y la explotación: —leía lleno de emoción un joven moreno—, los japoneses se han apoderado de nuestra Patria. Para derrotar al imperialismo japonés que se ha adueñado de nuestro país por la fuerza de las armas…

Decenas de obreros lo rodeaban. Al principio no sabían de qué se trataba, después empezaron a cuchichear, a comprender. Les brillaban los ojos. Parecían otros, como si una mano mágica les hubiese quitado el cansancio y les insuflara vigor.

Entre la multitud, Ki Yong, con su sombrero viejo, estaba admirado de cómo una octavilla escrita de su puño y letra suscitaba una reacción tan grande. Acariciándose la barba hirsuta deambuló de aquí para allá entre la gente. No cabía en sí de alegría.

¡Cómo esperaban esta noticia! "El General Kim Il Sung ha formado la Guerrilla Antijaponesa". Esto bastaba para encender esperanzas y coraje en los obreros oprimidos y hambrientos.

Por doquier se oía: "El General Kim Il Sung".

—¡El capataz!

—Hay que quitarla.

—No toquen.

—¿A ver qué es eso? Déjenme ver a mí —dijo Ki Yong, tocando con la pértiga que llevaba al hombre de delante.

No era capataz, sino un policía secreto que aparecía allí de vez en cuando y se llevaba cada vez a unos cuantos hombres Para someterlos a torturas. Se lanzó hacia la octavilla extendiendo sus manos temblorosas. Por lo visto, ya había visto otras. Al verlo en tal actitud los obreros soltaron carcajadas.

—¡Fuera todos de aquí! —dijo desesperadamente como una fiera atrapada en el cepo, dejando ver su dentadura desigual, lo cual suscitó otra risotada entre los obreros.

Había revuelo en las obras y calles. La gente estaba animada, aunque no hablaba mucho. En especial bullía el mercado, abierto la víspera de la fiesta otoñal de Chusok. En cada esquina vendedores y clientes hablaban sólo de las octavillas. Comentaban en los comedores de fideos, en las tiendas de tejidos, y zapaterías de calzados de goma.

Desde la mañana no trabajaba nadie. El silencio reinaba tanto en la construcción de la empresa de abonos químicos como en las obras del muelle. La gente paseaba en tropel por las calles. El júbilo se reflejaba en todos los rostros.

Policías armados y gendarmes a caballo recorrían las calles con los ojos encendidos.

Organizaron la lucha en el patio del albergue. Hombres desnudos hasta la cintura, agarrados fuertemente, hacían corro y de tiempo en tiempo lanzaban unos gritos raros. En una habitación con una ventana abierta había una tina con vino en la que metían las tazas y bebían.

—Hoy es un día estupendo para beber.

—La primera noticia alegre en los diez años que han pasado desde que dejé mi pueblo.

—Me largo hacia el río Tuman.

—¡Que corra el vino!

Un hombre de mediana edad, con patillas crecidas, se llevaba la taza a la boca. Aquí, donde se respiraba un aire pestilente y hacía un frío tremendo, parecía que había comodidad y hacía calor, que iban a abrirse las flores.

Al atardecer, Ki Yong salía para la Mina de carbón de Daegok. Había cumplido su misión de transmitir las tareas de la organización y recoger datos del lugar. Además, ayudando a Jong, había llevado a cabo una buena labor con octavillas. Para regresar tenía que tomar el tren. Iba por el mismo camino que había venido. No se veía un alma ni en la calle donde ocurrió lo de la tinta negra ni en el lugar de la vagoneta volcada ni en la orilla del mar donde la gente, colocada muy apretadamente, recogía guijarros. Se oyeron gritos estruendosos. Seguramente un luchador había dado una buena pasada a su contrincante.

A su encuentro subía un joven con muletas moviendo mucho el busto. Era el muchacho de la provincia de Phyong-an que gemía en el albergue con las piernas colgadas de la soga.

—¿A dónde vas?

—A mi tierra —dijo Ki Yong, sonriendo.

—Mejor anda a la provincia de Hamgyong. Allí, a la orilla del río Tuman, encontrarás a gente que le destinará a la Guerrilla Antijaponesa.

—Si es así, pues vale la pena.

—¿Qué saco yo con mentir? La noche pasada ¿sabes por qué la policía alborotó con sus pitos a toda la ciudad? Dicen que un guerrillero pronunció un discurso en el mercado. En toda la ciudad se habla de esto.

—Ha, ha, ha —rio Ki Yong alegremente dejando ver la dentadura donde faltaba un diente.

—¿Te ha alegrado la noticia, eh? —dijo el de la provincia de Phyong-an. Este también soltó una risotada echando atrás la cabeza.

Luego encendió un cigarrillo, apoyándose en las muletillas.

Ki Yong viajaba en tren hacia el norte. Tras la ventanilla pasaban fugaces las aguas del Mar Este, aldeas y campos. Parecía que en un día había cambiado el rostro de Corea. Se le antojaba que de la noche a la mañana los rostros sombríos y hostiles por la opresión y los sufrimientos de toda clase, se habían iluminado de súbito despidiendo destellos de alegría, destellos en que se expresaban el honor y el orgullo de tener al Líder, la esperanza y el anhelo de la pronta liberación de la Patria.

La sorprendente noticia sobre la formación de la Guerrilla Antijaponesa, dirigida por el General Kim Il Sung, insufló vida en los sufridos corazones, que creían perdida para siempre a su Patria. La noticia corría de boca en boca dejando en la gente tal impresión como la que produce un chorro de agua en los perdidos en un desierto, como una antorcha en las tinieblas, como el milagroso arribo de un barco naufragado a la orilla.

El tren corría por el litoral. Cuando sonó un largo pito, Ki Yong echó una bocanada de humo fuera de la ventanilla. Una sonrisa iluminó su rostro.

*   *   *

—O sea que corría el rumor de que en la región de Hamhung apareció un guerrillero, ¿eh? Estupendo. El compañero Cha Ki Yong estaba precisamente allí, así que el rumor es verídico, ha, ha, ha —el compañero Kim Il Sung se detuvo y miró hacia atrás. Un poco más lejos iban Cha Kwang Su y Jon Kwang Sik.

Kwang Sik se acercó al compañero Kim Il Sung y continuó informándole sobre regiones de las provincias de Hamgyong del Norte y del Sur.

Habían vuelto los exploradores que habían sido enviados cuando la guerrilla estaba en el poblado de Soksegol. Ellos informaron sobre la situación en el alto río Tuman y de algunas regiones de la provincia de Hamgyong del Norte.

Se aclaró que la división de Ranam había ocupado ambas márgenes del río y que más allá del puerto de montaña de Orangkaeryong actuaban destacamentos punitivos. Por aquí también corrían rumores de que en las regiones de Hamhung, Hoeryong y Musan habían surgido destacamentos guerrilleros.

—Verán como el compañero Cha Ki Yong trabajará ávidamente, sin descanso.

—La labor desplegada por él ya es extensa —dijo Kwang Sik alzando la mirada. Una hoja caía, en ligeros vaivenes, hacia su cabeza. En la primavera pasada, cuando estuvo allí, el álamo empezaba a verdear y unas urracas hacían nidos en él. Pero ahora sus hojas ya eran amarillas y caían al suelo con el viento más leve.

—Las cosas del compañero Pak Hung Dok deberían ir mucho más rápidas, pues el sitio donde fue está muy bien situado. Pero no tenemos

noticias de él —dijo el compañero Kim Il Sung, al tiempo que extendía la mano hacia una hoja que caía; arriba las estrellas titilaban.

—Aunque por lo general es más calmoso, en los momentos de peligro es muy espabilado. No cabe duda que habrá desplegado una buena labor —dijo Kwang Su en voz queda.

De ordinario Cha Kwang Su, cuando hablaba con el compañero Comandante en jefe, no se descuidaba de asumir una actitud respetuosa, pero en aquel momento, infringiendo su costumbre, expresó su opinión con emoción un poco excesiva.

La noche estaba muy avanzada. Reinaba un profundo silencio. Entre las ramas del álamo rutilaban las estrellas como si fueran unos frutos bellos y misteriosos.

Hacía tiempo que el compañero Kim Il Sung no paseaba de noche con sus correligionarios.

Inmediatamente después de la batalla de Soksegol, había convocado a una reunión de los jefes del destacamento y de los trabajadores políticos clandestinos. Pasó unos diez días recibiendo informes y presidiendo las reuniones, sin siquiera salir de la habitación.

Hoy al amanecer había ido a las aldeas circundantes a charlar con diversos sectores de la población. Acababa de llegar.

El compañero Kim Il Sung estaba lleno de hondas impresiones. Había regresado al punto de partida, a Liangjiangkou; aquí haría un balance del trabajo realizado y estudiaría el plan para el invierno entrante.

Sentía lo mismo que el campesino, que, tras sembrar una pobre tierra, ve, con la hoz en la mano, el campo crecido y espeso, tenido de amarillo. La expedición de mil *ríes,* a la cuenca del río Amnok para sembrar las semillas de la revolución, había sido fecunda. Los resultados fueron mejor que los planeados.

Prometen buenos frutos tanto las zonas semiguerrilleras que han empezado a crearse como el trabajo clandestino en las regiones controladas por el enemigo.

—¿No será hora de que volvamos? —dijo Kwang Sik preocupado por la salud del Comandante en jefe que había pasado varias noches sin dormir.

—Paseemos un poco más. Da pena gozar solo, sumergido en recuerdos, de una noche otoñal como ésta.

El compañero Kim Il Sung salió de debajo del álamo, cruzó un puentezuelo de madera y tomó el sendero que iba por entre espesos morales. Se detuvo en un altozano cubierto de camomilas.

—¿Cómo creen, compañeros, que debemos pasar el invierno? —levantó la visera y puso las manos en jarra.

Después de plantear el tema expuso algunas ideas que debían examinarse en la reunión.

La situación revolucionaria cambiaba con rapidez. Era distinta a la que había cuando se empezó a formar la guerrilla. Ahora, en un amplio territorio, contaban con bases de apoyo; habían comenzado operaciones de guerra; la revolución cundía rápidamente por todo el país,

El enemigo, al principio se había desconcertado. Todo el verano estuvo atónito y se encontraba ante una situación sorprendente. Ahora que recobró la tranquilidad creyó oportuno pasar a acciones decisivas: aniquilar de un golpe a la guerrilla Y a sus puntos de apoyo. Y ¿cuál es nuestra situación?

Las compañías guerrilleras formadas en las regiones todavía no estaban preparadas para defender las bases de apoyo, ya que éstas acababan de establecerse y no se habían consolidado aún; así que no podían cumplir su misión.

El enemigo, que había sufrido su primera derrota en el combate de

Soksegol, se prepara para acabar con la revolución de un solo golpe.

El Ejército de Kwantung y el “Cuerpo Expedicionario de Jiandao” han terminado los preparativos para el invierno y esperan la orden de iniciar la ofensiva. Por lo visto se habían propuesto acabar este invierno con las fuerzas revolucionarias de Corea. O, por lo menos, golpearles de tal modo que no pudiesen levantarse hasta dentro de 10 ó 20 años.

—¿Qué opinan? ¿Cómo debemos de actuar en semejante situación? ¿Qué debemos hacer para no sólo conservar la guerrilla y las bases de apoyo sino también fortalecerlas de modo que podamos asestar al enemigo un golpe demoledor? Quisiera conocer lo que Uds. opinan. Hemos convocado esta reunión justamente para estudiar estas Cuestiones. La difícil situación en que nos hallamos no sólo se debe a la ofensiva armada del enemigo. Como ustedes saben, en las bases de apoyo y en las regiones controladas por los japoneses se despliega una cruenta lucha de clases. Nuestro país se ha convertido de hecho en un volcán de lucha por la liberación nacional y de lucha de clases.

Un ejemplo típico es la situación en la que actúa el compañero Ri Kwang. Los enemigos de clase queman las mieses, delatan a los activistas clandestinos y se dedican al espionaje. Además, algunos compañeros no han prestado la ayuda pertinente al Ejército chino antijaponés de salvación nacional para que superara sus limitaciones; las relaciones con éste son malas, tienen conflictos con él, cuando deberían incorporarlo al frente unido antímperialista. La cosa ha llegado a tal punto que el enemigo se vale de ello contra nosotros. Tampoco las relaciones con los nacionalistas se puede decir que están arregladas. Esta es la situación que tenemos. Compañero Cha y usted, compañero Jon… —el compañero Kim Il Sung les agarró de los hombros y empujándolos suavemente siguió andando.

Levantó los ojos. En la bóveda celeste brillaba la Vía Láctea. De sus ojos saltaban férreos destellos, como siempre cuando reflexionaba seriamente en algo.

Después de andar un poco, se agachó y arrancó una camomila. La estuvo contemplando un rato y seguidamente la olió. Parecía que dejaba a un lado todo el peso que llevaba en sus adentros.

—A mi juicio, sería aconsejable reforzar, lo más rápido posible, las compañías en todas las regiones, desplegar por doquier operaciones militares y así dividir las fuerzas enemigas —Kwang Su se puso serio y prosiguió—: Y seguir ampliando activamente las zonas semiguerrilleras sin ensanchar las liberadas.

—Completamente de acuerdo —dijo Kwang Sik—, pero quisiera añadir una cosa: ¿no sería mejor entablar varíes combates al estilo del de Soksegol? —Seguramente, al darse cuenta de su inseguridad, inclinó a un lado la cabeza y se puso serio.

—¿No hay más opiniones? —el compañero Kim Il Sung se volvió a agachar, apartó unos matorrales, arrancó una hierba y, con ella en la mano, echó una mirada en torno suyo.

Al percatarse de que no habría más sugerencias empezó a hablar con calma:

—El otoño parece ser que se detiene más en el reino de la naturaleza que en el calendario. Un otoño espléndido. Acabemos pronto la reunión y dejemos libres a los compañeros para que terminen lo antes posible la cosecha en las regiones liberadas. Que provisionen la mayor cantidad de cereales. Hay que recoger más hierbas comestibles. No hay ley alguna que diga que las hierbas se recogen sólo en primavera; que recojan todo lo que sirve para comer. Miren. Las hojas de patrinio están todavía verdes. Hay que decir que aquí, en el norte, pronto caerá la nieve y vendrán las heladas…

El compañero Kim Il Sung le dio a Kwang Sik la brizna de hierba y prosiguió:

—Yo creo lo siguiente: dividir y agotar al enemigo, extender las zonas semiguerrilleras, todo eso está bien. También, como piensa el compañero Jon, no estaría mal desarrollar felizmente varios combates. Pero antes que todo, debemos tener en cuenta nuestras fuerzas y las del enemigo. No podemos, embriagados por los últimos éxitos, sobrestimar nuestras fuerzas ni lanzarnos a una aventura y, por otro lado, tampoco podemos caer en el pánico y meter el rabo entre las piernas ante la ofensiva enemiga. Hablando francamente, somos todavía muy débiles para hacer frente al enemigo. Desde el punto de vista estratégico, aún es válida la apreciación dada la primavera en Jagundegi. Sin embargo, el enemigo concentra contra nosotros muchas más fuerzas que en la pasada primavera. ¿Es que no hay salida? Sí, la hay. El enemigo ahora nos está mostrando sus serias debilidades. El Ejército de Kwantung y el “Cuerpo Expedicionario de Jiandao” son tropas regulares capaces de librar grandes combates, pero no están preparados en absoluto para la guerra de guerrillas. Cuanto más efectivos posean, más dificultades tendrán: tanto en su capacidad de maniobrar como en las operaciones de guerra y en abastecimiento. Podemos afirmar, pues, que la forma de guerra elegida desde el primer momento —la guerrilla— se ha justificado plenamente.

Más aún: otra de las debilidades mortales del enemigo es, sin lugar a dudas, su errónea apreciación de la situación y del objeto de su ataque. Si nos valemos con maestría de estas circunstancias, agotaremos al enemigo. Antes de la batalla de Soksegol los japoneses concentraron inesperadamente sus tropas en esta región del río Tuman, pero no lograron localizarnos. Planteaban destruir la guerrilla, pero no la encontraron por ningún lado. Entonces, el enemigo empezó a amenazar a la población.

Y en aquel momento le dimos batalla en Soksegol.

Y he aquí que el enemigo, a pesar de la dura derrota sufrida, se alegra de haber sacado de sus casillas al destacamento guerrillero. ¡Ha aparecido el adversario! Era lo que esperaban. Creían que si aparecía el objetivo, ya tenían la victoria asegurada. Estaban convencidos de su superioridad. Lo principal es que los japoneses no comprenden la importancia de las bases de apoyos de la revolución para la Lucha Armada Antijaponesa. Piensan que con la destrucción de los destacamentos guerrilleros ellas caerán por sí solas. ¿Qué hacer en semejante situación? Pues aplastar al enemigo con nuestra superioridad táctica. ¿Qué significa, a fin de cuentas, hoy, esta superioridad? La cosa es muy sencilla. En una palabra: todo el invierno deberemos llevar detrás de nosotros al enemigo por las montañas. Mientras tanto, las bases de apoyo tendrán que cumplir con su misión: las compañías deberán convertirse en batallones; las bases de apoyo, en bastiones inexpugnables, en puntos de apoyo —el compañero Kim Il Sung hizo una pausa para que sus interlocutores pudieran pensar en lo expuesto. Luego prosiguió:

—Mañana examinaremos todo en la reunión. Tal vez los compañeros hagan sugerencias útiles.

Más adelante dijo que en el invierno el grueso de las fuerzas bajo su mando marcharía al norte del monte Laueling, en dirección contraria a la campaña de verano.

Los primeros seis meses fueron hacia el sur; este invierno había que ir al norte. En verano actuamos de manera independiente, ocultándonos hábilmente del enemigo; este invierno debemos llevárnoslo detrás. En verano, entramos en poblados y ciudades en invierno debernos vivir exclusivamente en las montañas. Tenemos que atraer al enemigo a los montes más fríos y apartados.

Sin darse cuenta, cruzaron el altozano de suave pendiente y llegaron a la estepa; al lado estaba el río.

De vuelta, el compañero Kim Il Sung se puso a contar un cuento infantil que había recordado hacia algunos días, cuando pensaba en el plan de la expedición invernal.

—Se trata de corno una mariposa mató a una gallina. Un magnífico día de primavera, estaba posada una mariposa en una flor. Una gallina, al verla, se lanzó sobre ella, con el pico en ristre. La mariposa echó a volar y se sentó en otra flor cercana. La gallina detrás. Esta vez, por poco la atrapa. La rozó con la punta del pico, pero el insecto logró escapar y se sentó más lejos. La gallina, fuera de sí, echó a correr tras la mariposa. Esta iba saltando de flor en flor hasta que se posó en una que estaba al borde de un despeñadero. La gallina, cansada, hizo un último esfuerzo y se cayó al precipicio mientras la mariposa seguía su vuelo. Así es el contenido del cuento.

Jon Kwang Sik y Cha Kwang Su se morían de risa. Hasta se le saltaron unas lágrimas a Cha Kwang Su, quien de ordinario se comportaba muy serio ante el compañero Comandante en jefe.

El compañero Kim Il Sung también reía alegremente.

De improviso se levantó un vientecillo, que llevó las risas más allá del poblado que estaba sumido en el profundo silencio de la noche otoñal.

* * *

Al día siguiente se celebró la reunión. Asistieron todos los mandos y los trabajadores políticos clandestinos.

Entre ellos: Yang Ki Hak, Jin Il Man, Song Dok Hyong, Han Hung Gwon, Choe Jin Dong y la mayoría de los compañeros que trabajaban en la clandestinidad en las regiones adyacentes al río Tuman.

En la reunión, el compañero Kim Il Sung hizo un análisis del momento y explicó las operaciones de invierno encaminadas a consolidar la guerrilla y las bases de apoyo de la revolución; también expuso algunas medidas necesarias para mejorar las relaciones con el Ejército chino antijaponés de salvación nacional.

Los presentes apoyaron unánimemente la orientación presentada por el compañero Kim Il Sung.

En lo que se refiere a la expedición invernal, dijo casi lo mismo que había expuesto a Cha Kwang Su y Jon Kwang Sik. Pero se explayó sobre el problema de los contactos con el Ejército chino antijaponés de salvación nacional.

Esta era una cuestión con la que se había topado en todos los destacamentos guerrilleros y en las bases de apoyo, pero donde se presentó con más agudeza fue en la región de Liangjiangkou donde tuvo que actuar Song Dok Hyong.

En su informe se aclaró que, en los últimos tiempos, una “Unidad de autodefensa” —destacamento asentado no lejos de Liangjiangkou— cada vez más hostil a la guerrilla, en confabulación con algunos elementos anticomunistas del Ejército de la Independencia, había tejido intrigas para desarmar a la compañía guerrillera que actuaba en aquellos lugares. Al principio se trató de hacerla entrar en razón a fin de evitar choques. Pero la “Unidad de autodefensa” consideró esto como una debilidad de los guerrilleros y se preparó para atacarlos de noche. En tales circunstancias, Song Dok Hyong no tuvo más remedio que mantenerla a raya: días atrás había tenido lugar un choque cerca de Altougang. Además, Dok Hyong desarmó una unidad reaccionaria del Ejército de la Independencia, que había llegado de Fusong. Al ver lo que le esperaba, la “Unidad de autodefensa” se fue al norte y desapareció.

Después de Dok Hyong, se informó de insignificantes choques que

hubo con el Ejército chino antijaponés de salvación nacional en las regiones de Wangqing y Helong.

El compañero Kim Il Sung subrayó que había que prestar suma atención a esta circunstancia.

Hacía tiempo que venía insistiendo en que la cuestión del Ejército chino antijaponés de salvación nacional, es decir, el actuar conjuntamente con las fuerzas del pueblo chino que combatían al imperialismo japonés, tenía gran importancia estratégica en la lucha contra el imperialismo como una de las formas del frente unido antimperialista a escala internacional.

El compañero Kim Il Sung, tras formar en abril la Guerrilla Antijaponpsa, ya había planteado una cuestión semejante y alcanzó grandes progresos.

En Antu, mientras preparaba la formación de la Guerrilla Antijaponesa, tuvo uno de los obstáculos más serios en las malas relaciones con el Ejército chino antijaponés de salvación nacional. Ello se debía a las intrigas de los imperialistas japoneses que sembraban la discordia nacional, a acciones ultraizquierdistas de ciertos fraccionistas, así como al espíritu anticomunista de algunas capas superiores del Ejército chino antijaponés de salvación nacional.

Detenían y asesinaban implacablemente a numerosos jóvenes coreanos que de diversas regiones venían a engrosar las filas de la Guerrilla Antijaponesa. Algunos elementos anticomunistas del mencionado ejército difundían calumnias diciendo que los comunistas coreanos, en confabulación con los japoneses, pretendían apoderarse de China y repartirse Manchuria.

Fue entonces cuando el compañero Kim Il Sung, arriesgando su vida, fue a visitar al comandante Yu a Antu y solucionó el problema. Salvó a muchos jóvenes coreanos de una muerte cierta, y limpió el camino a una

mejora radical de las relaciones entre la Guerrilla y el Ejército de salvación nacional.

En la reunión, el compañero Kim Il Sung volvió de nuevo a insistir en la importancia del frente unido antimperialista y trazó las vías para mejorar lo más rápido posible las relaciones con el Ejército chino antijaponés de salvación nacional.

Si la cuestión del frente unido no se soluciona como es debido, las guerrillas podrán verse cercadas por todos lados. ¿Cuál será nuestra situación cuando haya que combatir al imperialismo japonés, si unidades reaccionarias del Ejército de la Independencia y del Ejército chino antijaponés de salvación nacional se manifiestan hostiles a la Guerrilla Antijaponesa? Los imperialistas japoneses intensifican las operaciones punitivas, siembran discordias nacionales, estimulan a los elementos anticomunistas —esa parte rezagada de los nacionalistas burgueses— a fin de que el Ejército de la Independencia y el Ejército chino antijaponés de salvación nacional actúen contra nosotros. Si no tenemos en cuenta esta circunstancia, y presos en la red de sucesos insignificantes que saltan a primera vista, rechazamos a esas dos fuerzas, caeremos en la trampa que nos tiende el enemigo.

En esta cuestión debemos tomar la iniciativa y así asestar un nuevo golpe al imperialismo japonés.

Puede haber casos cuando algunas unidades del Ejército chino antijaponés de salvación nacional, bien por perder la fe en la victoria o por dificultades de abastecimiento, atenían contra los bienes de la población. En algunas ocasiones incluso grupos enteros tratan de entregarse a los imperialistas japoneses. Nosotros debemos influir en ellos para que recapaciten, pero sin emplear métodos duros a fin de no empeorar las relaciones.

Nosotros, los comunistas, no debemos pensar que podemos combatir

solos. No importa que sean gentes de otras convicciones políticas y posición social. Lo que hay que hacer es aunar a todas las fuerzas antijaponesas y marchar junto con ellas. Entre ellas puede haber gente inconsecuente, vacilante, poco firme, gente que se quede a mitad de camino. Pero, a pesar de ello, es necesario superar todo esto, influir en ella, demostrando la máxima paciencia.

El compañero Kim Il Sung explicó algunas actividades concretas para resolver dicha cuestión, ligándola con la futura campana invernal. Tras destacar que era importantísimo tomar la iniciativa para establecer relaciones con esas fuerzas y adquirir una mayor influencia sobre ellas, señaló que era preciso visitarlas o meter en sus filas más hombres nuestros.

Después de la reunión todos los activistas clandestinos regresaron a sus sectores.

Al día siguiente por la mañana, Cha Kwang Su fue a ver al compañero Comandante en jefe.

—No estaría mal ir hoy a Xiaoshahe —dijo como si el compañero Comandante en jefe hubiese decidido pasar por casa.

El compañero Kim Il Sung había adivinado lo que iba a proponer Cha Kwang Su, pero se las ingenió para evitar el asunto.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando al envoltorio que Kwang Su llevaba en la mano.

—Nada de particular. Hierbas medicinales para curar apepsia.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó el compañero Kim Il Sung abriendo el paquete cuidadosamente envuelto.

Se dejó sentir un aroma a plantas medicinales.

—Raíces de atractilis, toronjil, esta no la conozco —decía el compañero Kim Il Sung tocando cada planta.

—Es *insam* silvestre.

—¿*Insam*? Esto no parece adquirido en farmacias.

—Recogido poco a poco.

—¿Poco a poco?

El compañero Kim Il Sung recordó como Cha Kwang Su, durante la marcha, en cada alto se metía en el bosque a buscar plantas medicinales. Una vez empezó a llover y lo vio correr; tenía plantas puestas a secar.

El compañero Kim Il Sung quedó un rato pensativo, mirando el paquete. No podía rechazar más tiempo la propuesta da Kwang Su.

Se percataba del trabajo que costó a Kwang Su recoger algunas de estas hierbas medicinales.

Conmovido, el compañero Kim Il Sung se llevó una mano al pecho y dijo sonriente:

—Compañero Cha, gracias por su atención. Caída vez que paso por casa, mi madre me pregunta por usted. ¿Cuánto tiempo hace que usted no ha ido a Nanyang a ver a la suya?

—Compañero Comandante en jefe: mi asunto es distinto. Mi madre está sana; además mi padre vive. No se preocupe, por favor. Estas plantas no las recogí yo solo, sino entre todos los compañeros… —Kwang Su vaciló un instante y prosiguió—. Para buscar la receta, el compañero Cha Ki Yong anduvo de noche más de cien *ríes*. Muchos compañeros recorrieron los montes de detrás de Mengjiang en busca de plantas medicinales. Cuando las crecidas, el compañero Pak Hung Dok las llevaba en el pecho; en cada alto las sacaba para airearlas. Si no se acepta este desvelo de los soldados…

—Le entiendo, compañero Cha —dijo el compañero Kim Il Sung con voz trémula. Se le saltaron algunas lágrimas.

—Si no visita esta vez a los suyos… —Kwang Su no terminó la frase, pero por el tono había querido decir que tal vez no se le presentase otra ocasión. Esto mejor que nadie lo sabía el compañero Kim Il Sung.

11

El compañero Kim Il Sung salió para el poblado de Tuqidiangu. Como en la primavera del año en curso, largo rato le acompañó Cha Kwang Su.

Al llegar al puerto de montaña, el compañero Kim Il Sung pidió a su acompañante que regresara. Cha Kwang Su le entregó el envoltorio con las medicinas. Podía haber pedido a los ordenanzas que cargasen con el paquete, pero se abstuvo. No fuera que el Líder le echase una bronca.

Después de despedirse de Cha Kwang Su, el compañero Kim Il Sung echó a andar por el campo.

Tenía el rostro tostado por el sol; sus ojos inteligentes parecían irradiar más luz y fuerza que de ordinario.

El uniforme verde, un tanto desgastado, ceñía su cuerpo gallardo. Del cinturón le colgaba la funda de madera de la pistola, que le golpeaba ligeramente la pierna. Rápido pasó la ensillada; una gota de sudor lucía en su frente. Se echó hacia atrás el gorro de pliegues bien marcados y sobre la frente le cayó un mechón de cabellos lustrosos.

Estaba más animado que nunca. Caminaba enérgicamente, ora mirando al campo, ora escrutando el cielo entre las ramas que empezaban a cambiar de color.

El otoño estaba en plena madurez. Las mieses y los frutos ponían una nota alegre en montañas y campos. Cada soplo de viento traía un aroma a fruta madura.

En esta época del año el aire embriaga al hombre, a los animales e incluso a las abejas. Mas bastaría aguzar el oído para percibir disparos de fusilería de las tropas de castigo, el chisporrotear de

bosques, casas campesinas y mieses en llamas.

Sobre un barranco flotaba una nube que no se sabía si era niebla a deshora o humo del incendio en una aldea.

El Comandante en jefe marchaba a campo traviesa, ni rápido ni lento.

Le costó trabajo decidirse a hacer esta visita, pues cada día suyo valía por un año y cada minuto lo tenía contado para dárselo a la revolución. Había pasado los últimos días meditabundo, resolviendo problemas que antes no había podido abordar por falta de tiempo. La revolución planteaba un sinfín de cuestiones que esperaban una inmediata solución. Entre ellas, la creación de bases de apoyo y sus perspectivas de desarrollo; por dónde empezar la preparación organizativa e ideológica para la formación del Partido; cómo poner fin a la táctica de tierra quemada, aplicada por los imperialistas japoneses; cómo luchar contra el espionaje.

Para el compañero Kim Il Sung, el mejor descanso era pasear por el bosque o el patio o ir de viaje. En tales ocasiones resolvía muchos problemas difíciles con rapidez y facilidad.

Se acordó de que la última vez que pasó por casa, su madre le había pedido el folleto sobre las cuatro líneas aprobadas en la reunión de Kalun. En la guerrilla se había creado ya el sector de publicaciones, pero aún no estaba en condiciones de editar grandes tiradas de folletos. El Comandante en jefe anotaba en su agenda lo que pensaba exponer al respecto a su madre. Pero estaba seguro de que con ello no podría satisfacer su deseo.

Urgía, a pesar de todos los obstáculos, extender la industria de la palabra impresa. Se requería un aparato editorial bajo la dirección del Partido para empezar a imprimir textos de propaganda y agitación, datos educativos, manuales para las escuelas revolucionarias, octavillas destinadas a sembrar cizaña en el enemigo. La variedad y el tamaño de

las publicaciones deberán estar en consonancia con las condiciones locales y de ningún modo uniformarlas mecánicamente.

La imprenta es un medio de agitación y propaganda, desempeña el papel de organizador. Ante todo, pensó, habrá que mejorar la calidad del diario guerrillero “Lucha”, la primera publicación que debe cumplir ese papel. Precisamente este diario deberá ser un ejemplo para las demás publicaciones —”Lucha juvenil”, “Lucha del campesinado”, “La vanguardia de los niños”, “Combatiente antimperialista”, periódicos de las organizaciones sociales, etc—, en lo que se refiere a la educación de los militantes en las ideas del marxismo-leninismo, a la ampliación y reforzamiento del Partido en lo organizativo e ideológico.

Cada vez que pensaba en las publicaciones le venían a la memoria aquellos días en que se editaban “Saenal” y “El Bolchevique”.

Cuando se empezó a publicar “El Bolchevique”, él mismo, a la luz de un candil, preparaba el papel encerado y seguidamente imprimía las pruebas. Cuando acababa de imprimir toda la tirada, guardaba el hectógrafo y salía afuera donde el sol ya estaba esperándole. Recordaba muy bien aquellos amaneceres de Kalun, cuando el sol ascendía lentamente con su enorme abanico rojizo sobre el saucedal, que se perdía en el horizonte.

Recordando aquellos dichosos tiempos y pensando en un futuro luminoso, el compañero Kim Il Sung atravesó el campo y lomó la senda que iba a lo largo de la falda de un monte.

Siempre cuando recordaba el comienzo de las publicaciones o de otros asuntos, ante él surgía la imagen de su madre. Cuando en Fusong se preparaban a lanzar el primer número de “Saenal”, ella se había esforzado y trabajado mucho buscando papel. Cuando salió el número, la que más alegró fue su madre. Sin esperar a que se secase la tinta, ella cogía los números, hacía con ellos paquetes y los distribuía. Para ella no

eran obstáculo ni la noche, ni el torbellino, ni la lluvia.

—Mamá, cuídate. Nosotros mismos nos arreglaremos.

—Yo también milito en la organización revolucionaria —respondía la madre—, y debo contribuir a esta empresa. No sé ser de otra manera. No puede haber retraso alguno. ¡Qué alegres se ponen los jóvenes al recibir cada número de "Saenal"! —Y de nuevo se ponía a ordenar los periódicos. Participaba con tantas energías en esta labor que la juventud antijaponesa y los miembros de la Asociación de Mujeres, estuvieran donde estuviesen, relacionaban la llegada de la madre con la salida de "Saenal".

Y ahora, después de haber trabajado sin descanso toda la vida, se veía obligada a no moverse de casa. Eso para ella era un suplicio.

El recuerdo de las publicaciones cedió lugar al del problema de "Minsaengdan".

Le informaron que en febrero, en la calle de Longjing había aparecido el letrero de dicha organización. Un tal Pak, con un grupo de vendidos azuzados por los imperialistas japoneses, metieron unas mesitas en el local de una antigua confitería, y a la entrada colocaron una tabla de pino en que se leía "Minsaengdan" escrito con tinta china sobre un fondo blanco hecho con clarión.

La esencia reaccionaria de esta organización la revelaban, más que su actividad política, la publicidad y los ditirambos que le hacía la prensa venal del imperialismo japonés.

En julio ya no se habló más de ella; como si se la hubiese tragado la tierra.

Y nadie sabía cuándo, por qué y por orden de quién había dejado de existir. Fue aún más sospechoso el que al cabo de un mes de desaparecida, se volviera a hablar de ella con más fuerza. Con razón se suponía que esta "organización" de tendencia reformista, que abogaba

por una “autogestión nacional”, había pasado a ser un departamento del servicio de inteligencia nipón.

Una prueba de ello era que ciertos cabecillas de la “Minsaengdan” visitaban asiduamente un edificio de ladrillos de dos pisos, que lucía en la entrada principal un escudo con un crisantemo. Se ubicaba en la calle de Longjing, tras un gran patio amurallado. Por lo visto, la policía japonesa se había propuesto dar careta de organización al grupo de agentes para infiltrarse entre las masas revolucionarias. Era éste un método característico de dominación policíaca de los imperialistas japoneses.

Por eso, la desaparición de “Minsaengdan” inspiraba grandes recelos. No era necesario, sin embargo, levantar mucho ruido, pues sólo se echaría agua al molino del enemigo.

El compañero Kim Il Sung empezó a pensar en las cuestiones que podían surgir en las bases de apoyo.

Los imperialistas japoneses no se percataban aún de lo peligrosa que sería para ellos la formación de zonas guerrilleras. Pero a la primavera siguiente, a más tardar, comprenderán con toda claridad la enorme brecha que habían abierto en su dominio colonial. Entonces desplegarán las batallas más cruentas y decisivas.

Pero hasta la primavera no habrá que atenerse sólo a la táctica de atracción y engaño. La lucha tendrá un carácter defensivo y ofensivo y entonces la situación podrá agravarse aún más. A los guerrilleros les será imposible defender solos las bases de apoyo; para salvaguardar esta cuna de la revolución habrá que movilizar a todos sus habitantes.

Por eso, surgirá la necesidad de armar al pueblo. Todo habitante que tenga fuerza para sostener un fusil tendrá que defender las bases. En tales circunstancias, no sólo importa saber combatir, sino también, y en primer término, el espíritu de lucha del pueblo.

Está claro que las bases son islas en un océano, y largo tiempo permanecerán cercadas por el enemigo. ¿Dónde y de qué manera sacar provisiones, ropas y todo lo necesario para ellas? Este problema no se resolverá con la creación de líneas de abastecimiento, relativamente seguras, o con la acumulación secreta de materiales. Las dificultades serán superadas sólo si estamos dispuestos con espíritu revolucionario, a apoyarnos en nuestras propias fuerzas. Sólo esta fe en las propias fuerzas nos dará posibilidades para vivir y luchar; nos ayudará a organizar el trabajo en distintas empresas, a fabricar maquinaria agrícola, producir y reparar armas. No importa que sean primitivas —puñales y lanzas— lo principal es que cada habitante esté armado.

El compañero Kim Il Sung cruzó un riachuelo saltando unas pasaderas. El agua era tan cristalina que se veía el fondo.

Otra vez volvió a pensar en su madre. ¿Progresará la enfermedad? Se le oprimía el corazón. ¿Cómo curarla? Cada día le era más difícil a ella vivir en casa y los sufrimientos espirituales, más grandes. Pero ella no abandonaría la labor revolucionaria por nada del mundo.

Con firmeza soporta todas las dificultades, y cada hora, cada minuto de su vida, lo ofrenda a la revolución.

Nada más que pase el riachuelo y llegue al linde de una parcela, junto al patio, se abrirá la puerta y se oirá la voz alegre de su madre: “Por fin has venido”, o le dirá a Yong Ju: “Aquí está tu hermano mayor”, y saldrá a su encuentro. Veía o bien el rostro sonriente de su madre o bien su mirada fija en él, al decir la corta frase: “Por fin has venido”, tomándole su mano entre las suyas rugosas.

¿Bajaría casualmente su madre, hoy, al riachuelo? Todos estos recuerdos, más su honda fe en el futuro, tranquilizaban su alma y reafirmaban su decisión de lucha. Fija la mirada en el horizonte, caminaba con pasos enérgicos.

De pronto, en lo más hondo de su corazón, sintió alarma, pero al pensar que ahora vería a su madre, apresuró el paso.

Bajo sus pies se doblaban blandamente los tallos de llantén con las espigas maduras y en las mangas se le pegaban frutos de cadillo. El campo cubierto de tiernas y redondas camomilas parecía una enorme alfombra verde con dibujos blancos.

El compañero Kim Il Sung llegó a las cercanías de Tuqidiangu. El sol ya se había ocultado tras las cumbres y por el cielo se extendía el rosa claro del poniente.

Después de pasar el riachuelo, tomó el camino que iba a lo largo de un lindero muy conocido. Se detuvo y alzó la cabeza. Se echó la gorra atrás y empezó a secarse la frente con el pañuelo. Miró al camino que conducía a la aldea.

A un paso estaba su entrañable casa.

En el patio había ropa colgada, que con la luz del sol poniente se tornasolaba. La puerta de la habitación, por la que aparecía con frecuencia su madre, estaba semiabierta.

En el patio había un muchacho. Sin duda alguna era Yong Ju. Su hermano miró hacia donde estaba él y se metió como una flecha en la cocina.

Un presentimiento siniestro se apoderó del compañero Kim Il Sung.

"¿Si era Yong Ju, cómo no me ha reconocido?", pensó.

Debería haberlo reconocido y, loco de contento, salir corriendo a abrazar a su hermano. El compañero Kim Il Sung trataba de desprenderse de aquel mal presentimiento.

Tal vez le hubiera confundido o quizá estaba extasiado con el crepúsculo.

A lo mejor se trataba de otro muchacho.

El compañero Kim Il Sung se dirigió a casa. En vano te

intranquilizas, pensó. Hasta se le dibujó una sonrisa en las comisuras.

Bastó acercarse a la casa para sentirse en la edad de su infancia.

Caminó rápido hacia el patio en el que florecía impetuosa una camomila plantada por quién sabe qué mano.

Reinaba un silencio sepulcral.

Sin duda alguna en la habitación había alguien, pero no se oía ruido alguno.

Si su madre estuviera en casa, hace tiempo que la puerta se hubiese abierto. Y si Yong Ju estuviese, hace tiempo que hubiera salido a su encuentro.

Por lo visto su madre estaba ausente. A lo mejor se repuso y se marchó a la aldea.

De nuevo le atormentaron las dudas. La esperanza y la alarma combatían en su alma.

Pasaron unos instantes y los pensamientos que le azotaron hicieron que se le cortara la respiración. El corazón o bien le latía como un loco o bien parecía detenérsele; tan pronto tenia calor como frío.

—Yong Ju —gritó el compañero Kim Il Sung y tiró del anillo de la puerta.

Esta se abrió ruidosamente; el silencio era sepulcral en la estancia.

Agarrado a la puerta miró adentro. En un ángulo de la oscura habitación, de espaldas a él, estaba Yong Ju, cubriéndose el rostro con las manos.

El compañero Kim Il Sung no vio en el cuarto ni una sola prenda de su madre.

Se le estremeció la mano con la que agarraba el anillo de la puerta.

—¡Yong Ju!

Nadie respondió.

El silencio de su hermano le golpeó al oído como una respuesta a voz

en cuello. El corazón le latía frenéticamente.

Entró, y tomando a su hermano por la mano lo volvió hacia sí.

—¡Yong Ju! —preguntó con voz temblorosa—. ¿Dónde está mamá?

Yong Ju se dejó caer en los brazos de su hermano, gimoteando. Por sus mejillas se deslizaban gruesas lágrimas.

—¿Dónde se ha ido nuestra madre?

Yong Ju seguía llorando, convulsionado.

Hubo un silencio doloroso.

De repente, ante los ojos del compañero Kim Il Sung se extendieron las tinieblas. Se sintió flotando en el vacío.

Cerró los ojos y estrechó fuertemente a su hermano.

Comprendió que había sucedido algo irreparable, pero trató de negarlo. Le horrorizaba pensar en ello.

A sus oídos llegó una voz de mujer.

—Domínese, no hay que mortificarse —no pudo decir más la mujer, se volvió de espaldas y prorrumpió en sollozos. Era Pong Ae, de la aldea Xinglong.

Al cabo de un rato, secándose las lágrimas, dijo desde el otro lado de la puerta:

—Basta ya, Yong Ju. No hagas sufrir a tu hermano…

En dos palabras, Pong Ae le contó cómo había sucedido la desgracia, que desgarraba el corazón.

Aspirando profundamente, el compañero Kim Il Sung cedió un paso. Si no es por la pared, se hubiese caído.

—¡Madrecita!

En el pecho pareció habérsele roto algo.

La cabeza le daba vueltas; era como si cayera por un precipicio. Un sentimiento de soledad le embargó el alma. Le costaba trabajo mantenerse de pie; con las manos temblorosas, se apoyaba en la pared.

Sentada en el poyo, vuelta de espaldas a la habitación Pong Ae gemía convulsiva. Se enjugó los ojos con una cinta de la chaqueta y después con la manga; se quitó el pañuelo de la cabeza y cubriéndose con él el rostro rompió a llorar amargamente. Hacía un mes y pico que estaba en esta casa y había presenciado la muerte de la madre Kang Pan Sok. Es imposible explicar con palabras todos los detalles de aquel triste cuadro. Ella aún confiaba en que oiría la voz y después aparecería Kang Pan Sok en persona; no podía creer en su "muerte" y no podía mirar de frente la verdad.

*   *   *

La desgracia había ocurrido mes y medio atrás, a finales de julio.

Aquel día, la madre, enferma, estaba acostada tranquilamente en el suelo caliente. Tres días seguidos venía diciendo que se encontraba mucho mejor, que respiraba con facilidad y que se sentía animada.

Pong Ae calentó agua en una palangana, mojó una toalla y limpió el rostro y las manos a la madre. Pasados algunos días pudo arreglarse incluso el cabello.

"Parece ser que está mucho mejor", pensó Pong Ae y se sintió aliviada.

Los últimos días el tiempo no estuvo muy bueno. El cielo se nubló, pero a la mañana se despejó de súbito y empezó a soplar un suave y cálido vientecillo.

A la comida, Pong Ae ofreció a la madre un tazón de caldo de arroz. Hacía varios días que Kang Pan Sok no llevaba nada a la boca pero aquel día se tomó casi la mitad, cantidad que antes comía en tres días. "Si marchan así las cosas, se recuperará y se levantará de la cama y, en unos meses, en todo caso en el invierno, se habrá restablecido de tal manera

que podrá salir a la calle. Pero todavía hay que cuidarla unos meses —pensó Pong Ae—. Entonces podré pasar por casa en unas ocasiones".

Kang Pan Sok la quería mucho.

Al principio sólo visitaba a la enferma una vez al mes o cada dos meses; la ayudaba en las faenas caseras: hacía la limpieza, lavaba la ropa, preparaba hierbas medicinales. Quince días antes de que sucediera la tragedia, Pong Ae vino a verla y vio que no se levantaba de la cama. Sus ojos se anegaron en lágrimas.

—¿Por qué descuidó tanto su salud, sin pedir ayuda? —exclamó.

La visitante sabía bien lo que pensaba Kang Pan Sok, pero no pudo contenerse al verla en aquel estado. Apretó los labios, pero de todas formas las lágrimas bañaron sus ojos.

La madre Kang Pan Sok, tomándole una mano, dijo:

—No te desvives, querida. Me es penoso causarte tantas molestias, aunque somos amigas de confianza. Si mi enfermedad fuera de esas que se curan en unos días, sería otra cosa. A pesar de todo procuraré levantarme pronto.

La enferma se echó atrás un mechón que le caía sobre la oreja y una sonrisa como siempre le iluminó el rostro.

Pasaron cinco, diez, quince días. Pero la enfermedad no daba marcha atrás.

Y de repente, la enferma se había sentido algo mejor.

Incluso Yong Ju, que se pasaba los días enteros a la cabecera de la enferma, salió dos veces al pueblo.

Después de la comida Yong Ju leía mientras Pong Ae planchaba.

—Hijito, ¿dónde crees que podrá estar tu hermano mayor? —preguntó la enferma volviendo la cabeza.

—El responsable distrital de la Unión Antiimperialista me dijo el otro día que tenía que venir pronto —Yong Ju contestó como un adulto,

dejando el libro a un lado. Seguramente la respuesta de Yong Ju sacudió el pensamiento de la madre, pues guardó silencio unos instantes antes de volver a preguntar:

—¿Y tu hermano, el mediano, no sabes cuándo vendrá?

—No. Al irse dijo que pasaría unos días en Yanji y que volvería pronto. Pero también insistió en que debía pasar por Helong.

La madre quiso preguntarte algo más, pero no dijo nada.

Yong Ju salió al patio a cortar leña. Como era pequeño, no podía traer grandes troncos, sino cortezas de los árboles tumbados, que llevaba en un cacaxtle y partía en casa en pequeñas astillas de modo que pudieran encenderse fácilmente.

Pong Ae comprendía esto y cada dos días salía por leña al monte. Yong Ju la amontonaba en un rincón, detrás de la chimenea e insistía en que sólo utilizaran la leña que el mismo traía.

La madre veía a través de la puerta semiabierta a su hijo menor. Con las piernas abiertas Yong Ju levantaba el hacha y la dejaba caer con fuerza unas veces sobre la leña, otras sobre el tronco de apoyo y de vez en cuando en el suelo.

Mirándolo la madre recordaba que la pasada primavera, él y su hermano mayor aparecieron en el patio con un haz de ramas de serbal.

Sintió un dolor en di corazón y un nudo tibio en la garganta.

—¿Por qué no viene Bo Gum? —preguntó la enferma a Pong Ae, bajando la vista.

—La han ido a buscar, pronto estará aquí —contestó, y después de unos segundos dijo con voz suplicante—: Lo de la Asociación de Mujeres es muy importante, pero lo primero es la salud. Usted misma dijo que la revolución no debe interrumpirse. Así que a sanar para poder entregar a la causa todas las fuerzas y energías durante largo tiempo.

—No te preocupes por mí. Ya sabes que soy siempre la misma.

Manda de nuevo a Yong Ju a casa de Bo Gum. Sólo le diré dos palabras.

Yong Ju se fue y pronto se oyeron pasos del lado de la cocina.

El niño decía algo. Rechinó la puerta.

—Madre, soy yo —se oyó la voz familiar. En los ojos de la madre brilló una luz fugaz.

Entró Bo Gum, la madre se incorporó y tomando la mano le Bo Gum la invitó a sentarse.

—Perdona que te haya molestado de nuevo. Pero, ¡qué le vas a hacer! Nosotras, las mujeres, también tenemos que preocuparnos por recuperar pronto la Patria. Tenía que haber ido yo a verte, pero ya ves…

Bo Gum, de ojos grandes, tendría poco años. Puso la mano en la frente de la enferma.

—Hoy la veo mejor.

—Por eso te he llamado.

Kang Pan Sok siempre consultaba con Bo Gum, presidenta de la organización local de la Asociación de Mujeres, los asuntos serios. Cuando el caso urgía, Kang Pan Sok la utilizaba de enlace.

Empezaron a hablar acerca de la Asociación.

Aun en la cama todos los días conversaban con algunas dirigentes de la organización femenina. La mayoría venía a visitar a la enferma; ella hacía todo lo posible por retenerlas; otras venían por el llamado de la madre. Unas salían, otras se iban. La puerta de su casa nunca estaba cerrada.

Estos días, la madre apresuraba más que nunca el trabajo. Nadie sabía por qué.

Formada la Guerrilla Antijaponesa, ella tenía pensado reestructurar la Asociación de Mujeres.

Después de la reunión de Mingyuegou, modificó la línea de la Asociación, pero en algunos lugares se seguía trabajando a la antigua.

Eso la tenía intranquila. Siempre había subrayado que la Asociación debía tener como objetivo número uno la formación de la mujer, a fin de que al lado de los hombres combatiesen con las armas en la mano.

Pensaba y actuaba constantemente en esta dirección.

Las mujeres, decía, deben saber defender las bases de apoyo y realizar las faenas de casa relevando a los maridos y hermanos que se fueron a las guerrillas.

Además, hay que dar de comer, vestir y abastecer de todos los artículos de uso diario a los guerrilleros. Sólo así podrán ganar las batallas.

Kang Pan Sok, enferma y todo, desplegaba una inmensa labor política. Estaba al tanto de las actividades de la Asociación, desperdigada a lo largo del río Tuman y alrededor del monte Paektu. Conocía al dedillo todas las organizaciones locales.

Bajo su dirección hábil el trabajo de la Asociación de Mujeres, que serviría de sostén para fortalecer la guerrilla fundada, marchaba magníficamente. Este año deberían llevarlo a un nivel más alto. Vivían un momento en que era preciso hacer el balance de lo realizado y plantear nuevas tareas.

—Bo Gum —dijo la enferma, después de consultar unos asuntos—, ¿has pensado alguna vez cuál será la situación de las mujeres coreanas cuando nuestra tierra sea independiente y se establezca un régimen socialista en el que no haya ni opresión ni explotación?

Como estaba pensando en la seria tarea que le habían confiado y, sobre todo, le preocupaba el estado de salud de Kang Pan Sok, Bo Gum no podía contestar. Esperó silenciosa que la madre siguiera hablando.

—Entonces todas las coreanas gozarán del mayor respeto y cariño en el mundo entero. ¿Cuál será la situación de nuestras mujeres cuando expulsemos a los imperialistas japoneses y nos libremos de la opresión y

la explotación por parte de terratenientes y capitalistas?

¿No te salta el corazón de alegría al pensar en ello? Mi hijo mayor me dijo en cierta ocasión: “En el movimiento por liberar a la mujer no basta con conquistar sólo la igualdad. Hay que librarla también de las faenas caseras. ¿Qué es eso de que la mujer se pase todo el santo día lavando con el líquido de ceniza, encendiendo él fogón, haciendo la comida y cosiendo de noche a la luz de un candil? Estamos dispuestos a llevar la revolución hasta el fin y a acabar con todo eso”. Parece que lo estoy oyendo —hizo una pausa, mirando a Bo Gum que meneaba la cabeza afirmativamente—. Bueno, querida, no olvides lo que hemos hablado y lo que debes hacer. Siempre que nos encontramos, nos abrimos así el corazón. ¿Cuándo partes? ¿Mañana? La misión es difícil. Hay que ir poco a poco. Así podrás recorrer mil *ríes.*

Anochecía cuando salió Bo Gum.

Pong Ae entró con una escudilla de caldo de almorejo.

Al día siguiente, desde la mañana, pasaron por casa muchas mujeres. Había entre ellas las que venían para informar de su trabajo o recibir nuevas tareas. Pero todas, al ver que el estado de la madre era grave, dijeron sólo unas palabras de saludo y regresaron.

Hubo visitantes que, preocupadas por la gravedad de la enferma, se quedaron en la aldea para conseguirle remedios o Llamar a médicos.

En cada hogar de la aldea se alojaban una o dos foráneas venían desde muy lejos —algunas incluso de centenares de m de distancia— para hacer algo por la enferma.

A cada momento se difundían por la aldea noticias sobre el estado de salud de la enferma. Las daban a conocer las mujeres que pudieron visitarla —no permitían la visita más que uno o dos veces al día para no molestar a Kang Pan Sok— y aquellas que habían oído algo a Pong Ae y Yong Ju. Y así, de boca en boca, hasta recorrer toda la aldea.

No sólo la Asociación de Mujeres, sino también la Asociación de Campesinos y el Cuerpo Infantil se enteraron de que la salud de Kang Pan Sok había empeorado.

La alarma cundió entre las masas revolucionarias. Todas las conversaciones, cualquiera que fuera su tema, terminaban; comentando el estado de salud de la madre, así en las reuniones de las organizaciones revolucionarias, en los lindes de los campos en plena recolección, en los puestos de enlace que entrelazaban las organizaciones revolucionarias de distintos lugares, en las escuelas nocturnas, en las tertulias, como en las sendas que conducían al pozo.

Muchos lloraban y había gentes que salían en busca de algún bálsamo maravilloso o de médicos famosos.

Aquel día por la mañana corrió el rumor de que la enferma se sentía un poco mejor y la gente se animó.

La noticia la dio Pong Ae cuando se fue al pueblo a moler, soja para hacer cuajada. Allí contó a sus paisanos que era ya el segundo día que la enferma comía dos veces caldo, que se; sentía animada y que incluso se sentaba en la cama, aunque apoyada contra la pared.

La noticia se difundió como un rayo por el pueblo.

Los jóvenes que trabajaban en el campo se alegraron muchísimo al oír la esperanzadora nueva.

—Ahora se mejorará la madre. ¡Animo, muchachos!— decían algunos.

—Pues claro, no faltaba más. Nuestra madre no es de esas que se arredran ante males.

—¿No tendrán los médicos mejores remedios? Me muero de angustia.

Al mediodía, La madre se levantó y se sentó, apoyada de espaldas a la pared.

Llamó a Yong Ju y le pidió que trajera el estuche con, los peines. Se

soltó los cabellos, que después de pasar en curva los hombros, caían en cascadas sobre los pechos, hasta cubrir las rodillas.

El pelo había raleado un tanto por la enfermedad, pero no había perdido su brillo.

Empezó a peinarse. Después de pasar el peine varias veces, se detuvo. Echó una mirada hacia la ventana. Unos tibios rayos de sol calaban por ella.

—¿Dónde estará ahora? —se dijo.

Últimamente, más que nunca, pensaba en el hijo mayor. Su imagen se le aparecía varias veces al día. ¿Quizá se había debilitado su voluntad por la enfermedad o le había aumentado la preocupación por el hijo? No, no sería por ello. Veía la imagen querida, que en La primavera pasada antes de irse, daba varias vueltas en torno a la casa, sumido en honda meditación. Agudizó el oído y le pareció oír aquellos pasos secos.

Recordó que en aquel momento ella abrió la puerta y le dijo: “Si vas a preocuparte tanto de la familia, no podrás hacer Ha revolución”… Parecía ver a través del resquicio de la puerta la imagen de su hijo, las piernas juntas, cabizbajo.

Aquel día se le clavó, como una espina, en la mente. Él tenía que comprenderlo y si lo comprendía no había por qué llamarle la atención de aquella manera.

Era su deber de madre; tenía que decírselo. Pero al ver a su hijo, como paralizado, sintió como si algo se le hubiese roto dentro del pecho.

Tal vez recuerda aquello en este instante: en el bosque, hablando a los combatientes, al entrar a un poblado desconocido. A lo mejor piensa en las palabras que le dije. No tengo por qué arrepentirme. El país está anegado en sangre, decenas de millones de compatriotas claman desesperados la salvación… Siendo así las cosas, ¿cómo demorar el paso?

La enferma se oprimió asustada contra el pecho la mano que sostenía el peine. La visión había desaparecido tras La ventana. Ahora sólo el papel de la puerta de acentuadas, esquinas la separaba del mundo.

Volvió de nuevo a peinarse mientras murmuraba.

—Si te has puesto en camino, ándalo hasta el fin. Aunque tenga mil, decenas de miles de *ríes,* ándalo hasta el fin. En ese camino están los sueños del padre y sólo él conducirá a la libertad de nuestros compatriotas.

Dejó a un lado el peine y sacó del costurero las tijeras. Empezó a cortarse la cabellera por la nuca. A cada movimiento de la mano caía al suelo un mechón de pelos, que con tanto esmero había cuidado toda la vida.

Se abrió la puerta de la entrada.

—A comer un poquito para reponer las fuerzas —dijo Pong Ae. Sobre una mesa pequeña llevaba una escudilla de bronce.

La madre hizo como si no se hubiese dado cuenta y siguió manejando las tijeras. Al ver aquello Pong Ae dejó apresuradamente la mesita sobre el suelo, al tiempo que gritaba asustada:

—Pero ¿cómo hace esa barbaridad?

Pong Ae hizo un intento de quitarle las tijeras.

—Déjame.

—¿Por qué se los corta?

—Los tengo muy crecidos y me molestaban. Por eso he decidido cortarlos un poco. Ahora me siento un poco mejor —dijo la madre tranquilamente, pero en sus labios se dibujó una sonrisa embarazosa.

—No entiendo por qué hace eso.

El aspecto tranquilo de Kang Pan Sok detuvo a Pong Ae, que sentada a la cabecera de la enferma suspiraba sin cesar.

La madre siguió manipulando las tijeras. Evidentemente, no era para

arreglar el cabello. Se cortaba demasiado. Con la última tijeretada, un puñado de mechón cayó sobre el estuche.

Pong Ae no comprendía a qué obedecía todo eso.

—¡A quién se le ocurre cortar unas trenzas así!

Como es sabido, para las coreanas, la larga cabellera es símbolo de fidelidad y orgullo. Por eso, los padres se preocupan de que sus hijas tengan hermosos tirabuzones desde niñas. Por la mañana, la abuela o la madre, y a veces el padre, sientan en sus rodillas a la niñita y empiezan a peinarla y a hacerle tirabuzones. Cuando crezca, le atarán una cinta a la coleta y en vísperas de fiestas le lavarán líos cabellos con una solución de jugo de ácoro.

Viendo las trenzas caídas en el estuche, Pong Ae tuvo tanta pena, que incluso se le cayeron lágrimas.

—No pienses mal. En vano te martirizas; yo misma lo he querido.

Kang Pan Sok metió el peine en el estuche, pidió que le acercase la mesita y se sentó a comer tranquilamente.

Después, empezó a hablar de la vida, con buen humor.

—¿Dónde has pasado los mejores años de tu vida? —preguntó Kang Pan Sok.

Estuvieron hablando casi dos horas.

Acostada sobre una alta almohada, no parecía que tenía ese dolor que antes sentía después de comer. Cierto que cambió de posición una o dos veces, pero no por eso dejó de hablar con buen humor.

Le contó que había estado en muchos sitios, pero que ninguno le había gustado tanto como Mangyongdae. Cualquiera siente orgullo por su pueblecito natal, pero para Kang Pan Sok el pueblo Mangyongdae tenía una significación especial. Su casita con tejado de paja. Enfrente confluyen dos ríos —el río Sunhwa y el río Taedong— y detrás se extiende un denso pinar. Había pasado unos diez años desde que Id

familia hubo de dejar la patria chica y marchar tras Kim Hyong Jik que se trasladaba a un nuevo sitio a proseguir la lucha revolucionaria. Toda la familia salió al senderito que llevaba al norte a través del joven pinar. Pasaron la primera ensillada, subieron la segunda y Kim Hyong Jik se quitó la gorra e hizo una profunda reverencia.

Su padre, Kim Po Hyon, y su madre, Ri Po Ik, le respondieron de la misma manera diciendo: “Os deseamos buen viaje y un rápido retorno”.

Kang Pan Sok, con un niño pequeño en la espalda, hizo también una profunda reverencia.

—¡Qué dura es la vida! ¿Nos volveremos a ver? —decía Ri Po Ik con lágrimas en los ojos, teniendo de la mano a Kang Pan Sok.

Poco a poco se fueron alejando de la tierra natal.

Algunos pinos desaparecieron entre el verdor denso de la colina. Los padres eran puntitos blancos en la lejanía.

Se dirigían hacia el norte por un sendero ceñido al monte.

¿Volverán a pasar por este camino? ¿Volverán a ver a estos montes y ríos, a los padres que quedaban en la Patria?

Era éste el mismo camino donde juraron que volverían a casa cuando la Patria fuera libre.

Por ese camino se fue Kim Hyong Jik; por ese mismo, Kim Il Sung.

Ahora los ancianos, en Mangyongdae, tal vez esperen con impaciencia noticias.

A Kim Hyong Jik este camino lo llevó pero no le trajo.

Kang Pan Sok recuerda el senderito entre pinos bajos.

Ve cada vez más darás las imágenes de los familiares que les despedían: al suegro, el rostro con muchas arrugas, y a su suegra con vestido y pañuelo blancos.

—¡Madrecita! —gritó súbitamente Kang Pan Sok e interrumpió el relato.

Pong Ae desvió la mirada para no ver los ojos llenos de lágrimas de la enferma.

—Quiero beber —dijo la madre como pretexto para encubrir su emoción.

Sentía claramente que la muerte se aproximaba y hacía todo lo posible por no intranquilizar a los que la rodeaban y vivir con serenidad los últimos minutos.

Atardecía. El crepúsculo iluminaba hasta muy por debajo del alero del tejado. La sombra de la cuerda de la ropa en el Patio se alargaba ya hasta el linde del maizal.

Pong Ae le ofreció un vaso.

—Es jugo de manzana. Tiene mucho aroma.

—Gracias. Ponlo aquí y déjame sola.

Pong Ae dejó el vaso y se fue.

Los pensamientos de Kang Pan Sok se trasladaron de nuevo a Mangyongdae.

Aquel día llovía a cántaros.

Era la primera tormenta primaveral.

Por la tarde del día anterior empezaron a juntarse negros nubarrones y al amanecer relampagueó y cayó el aguacero.

La luz azul de los relámpagos corría desde la colina Mangyong al monte Muhak. Por un instante el cielo y la tierra se iluminaron y líos truenos se sucedieron uno tras otro, alejándose poco a poco hacia el norte, hacia la cordillera de Rangnim. El viento sopló con tanta furia que parecía se iban a caer los chopos. Sonaba como una traílla, corría impetuoso, erizaba los tejados pajizos de las casas. Un torbellino que venía de la colina Mangyong pasó a lo largo de los aciagos muros del campo Pothong, penetró en la antigua fortaleza de Pyongyang y empezó a arrancar los techos de hojalata y los rótulos de madera de las casas que

se apretaban unas a otras. Cayó en el suelo un letrero en que se leía “Indan”, como también los rótulos “Bakgabun” y “Rodo Anyak”. Las barcazas que se agolpaban al pie del barranco Okryu daban bandazos; los remeros, de cutis moreno y tocados con jipijapa, corrían precipitadamente hacia la proa. Con agudo chirrido cayó en las aguas enfurecidas un mástil, Los rayos, con sus temibles truenos, parecían querer hacer trizas a la antigua capital de Coguryo, que hacía casi dos años presenció la “anexión de Corea al Japón”.

Llovía a cántaros.

La tierra, que había estado seca después del deshielo, ya no podía con más agua, y la repelía hacia el río. Las acequias se desbordaban y el río Sunhwa bramaba.

Aquella noche en la choza de tejado pajizo de Mangyongdae nadie pegó los ojos. Desde el alero caían cascadas de agua sobre las piedras del poyo.

Kim Po Hyon se puso a tejer una soga para dominar los nervios.

El día siguiente fue el 15 de abril. La bruma de la mañana cubría el campo. Resonó un trueno y un nuevo relámpago iluminó la tierra. En ese instante, en la casita con techo de paja, se oyó llorar a un recién nacido.

Los gritos del niño sonaban tan fuerte que parecían apagar a los truenos.

De la habitación salieron tenues voces femeninas; eran como unos suspiros llenos de alegría y júbilo.

Se abrió la puerta de la cocina y una mujer vestida de blanco entró al establo sumido en la oscuridad.

Era Ri Po Ik que dijo a su marido, Kim Po Hyon, en voz baja, pero clara:

—Tenemos un nietecito.

Empezaba a amanecer.

Había cesado de llover. Sobre el río Taedong flotaba, perezosa, una niebla lechosa. Empezó a salir el sol.

En el capote negro del cielo se hizo una brecha, dejando ver un claro. Al tiempo que fulminaba un relámpago tardío, se precipitó súbitamente una luz tenue a través de la brecha, como si quisiera atrapar el rayo. Luego todo se volvió a sumir en las tinieblas.

El nacimiento del nuevo día duró mucho. En el horizonte, mejor dicho, más allá de las olas del Mar Este, la luz y las tinieblas luchaban a muerte.

Por fin salió el sol; retrocedieron las tinieblas.

Sus rayos iluminaron el mundo.

Gotas de agua, colgando de los pinos brillaban al sol; apareció un arco iris sobre el río Taedong; el agua corría, a borbotones por los campos.

—¡Escampó! —exclamó Kim Po Hyon. Su voz ronca llegó; hasta la habitación donde se encontraba la parturienta…

Kang Pan Sok meditaba con la vista puesta en el techo.

Después de los elementos desencadenados de aquel día, vinieron a su memoria momentos inolvidables y de gran significación para su vida.

Un sendero lejano sube ceñido al monte; en el puerto de montaña campea la ventisca. La trocha cubierta de nieve no la ha pisado nadie.

Kang Pan Sok arregla la bufanda a su hijo que parte:

—¿Podrás solo cubrir un camino de mil *ríes*? Aunque le hagas el valiente ten cuidado de no desviarte del camino.

Ya mozo, el compañero Kim Il Sung sonríe. Se le notan unos hoyuelos en las mejillas.

—No te preocupes, mamá. El camino tendrá que tener fin, así que llegaré.

Se quita la gorra y saluda a su padre con una reverencia.

Este le pone la mano en el hombro y sonríe contento.

—Cuando llegues, nos mandas sin falta un telegrama.

En un instante la nevasca borró sus huellas.

Entre la nevasca reaparece de nuevo su hijo, sólo que hecho todo un hombre.

Estaba más alegre que nunca.

—Felicítame, madre; he organizado la Unión para Derrotar al Imperialismo. Esta organización es necesaria para llevar a la práctica lo que pensaba nuestro padre. Para que renazca la Patria y para construir el socialismo y el comunismo en Corea, lo primero que hay que hacer es derrocar al imperialismo. Esto es nuestro objetivo. Y estamos decididos a combatir hasta el fin.

La madre ve de nuevo el rostro de su hijo que con los brazos abiertos va lentamente girando y sonríe mirando al cielo. Parece querer abrazar al mundo entero.

De nuevo aparece, ahora vestido de obrero, poco después de la reunión de Sungziang.

Lleva la ropa empapada. Había estado caminando toda la noche.

Se desvistió en el poyo y empezó a exprimirla. El agua caía a chorros sobre el suelo.

Así pasaba a veces por casa y, después de secar la ropa, se iba la misma noche.

Una vez, la madre le acompañó hasta las afueras de la aldea. La noche estaba lóbrega. Llovía mucho.

—Madre, pronto empuñaremos las armas. Estamos bien preparados. Ya es hora de combatir —dijo con su voz de bajo.

La madre miraba al hijo que se alejaba. Lo saludó con la mano…

Kang Pan Sok despertó de repente y, apenada, recorrió con la vista la habitación. Vio a Yong Ju sentado, cabizbajo, a su cabecera, le cogió de

una mano, lo atrajo hacia ella y le preguntó:

—¿Qué serás cuando seas grande?

Yong Ju no podía saber por qué se lo preguntaba la madre. Echó atrás d mechón que cubría la frente de la madre y contestó

—Seré guerrillero y lucharé al lado de mi hermano mayor; después volveré a la Patria y seré campesino.

—O sea que serás guerrillero y después campesino.

—Mi hermano dice que en Mangyongdae hay tierras muy, buenas. Sin los japoneses labrarán los coreanos las tierras y vivirán felices. Yo no he estado nunca en Mangyongdae. Cuando esta primavera fuimos a cortar leña, mi hermano me dijo, que allí hay un manantial que mi padre quería mucho.

—Sí, Mangyongdae es un lugar maravilloso. Ya lo verás.

—Iremos juntos.

—Juntos… —no dijo nada más; algo tibio le apretaba la garganta.

Al ver lágrimas en los ojos de su madre, Yong Ju se limpió con el dorso de la mano la punta de la nariz y cerró sus ojos de largas pestañas.

—Será como tú quieras. Iremos todos juntos. —Al notar que se le iba la vida la madre trataba de hablar lo más natural posible para no desilusionar al niño. Pero en su voz, como nunca antes, se sentía una gran preocupación y un inmenso cariño por su hijo.

—Iremos juntos. Pero tú, Yong Ju, antes deberás seguir i tu hermano mayor, ¿entendido?

—Sí, mamá.

Después de una pausa la madre agregó:

—Deberías ir a la aldea de abajo a ver si volvió Chol Ju…

Con los ojos bañados en lágrimas Yong Ju acarició la mano de la madre y de repente hundió la cabeza en su pecho. La madre lo abrazó como cuando le daba de mamar y cerró los ojos. Sintió que sobre sus

pechos se deslizaban unas lágrimas tibias.

—¡Mamá!

—¡Yong Ju!

Yong Ju estremecía abrazado a su madre.

“¡Mamá!” “¡Yong Ju!”, querían gritar, pero la fuerte remoción no les dejaba salir las voces.

Madre e hijo tan pronto se estrechaban como se soltaban de nuevo. Sentían un cariño más profundo y más arrebatador con cada grito con el que quería llamarse uno a otro.

Con los ojos cerrados haciendo muecas, Yong Ju acariciaba a su madre. Parecía que estaba a punto de prorrumpir en llanto, pero se contenía con gran esfuerzo.

La madre podía adivinar lo que pensaba su hijo en ese momento a través de su mejilla y el rápido aliento que sentía en el pecho. Pero eso no había que adivinarlo, no.

Callaban. El silencio era mucho más elocuente que las palabras.

La madre estaba consciente de que pronto dejaría este mundo, pero no quería que su hijo se diera cuenta, no quería inquietar el alma del niño.

Al poco rato Yong Ju salió del cuarto, pero no se fue a la aldea de abajo. Fingió jugar en el patio, siempre atento a lo que ocurría en la habitación.

Pong Ae, que había permanecido en la cocina, entró en el cuarto, llevando en la mano una escudilla con medicamentos; era hora de que la enferma los tomara.

La madre miró un instante a Pong Ae y le cogió la mano.

La buena vecina nunca había presenciado los últimos instantes de una persona; por eso, en ese momento no se daba cuenta de que la madre se iba para siempre.

Kang Pan Sok dijo tranquila, en voz baja:

—Escucha. Me parece que no duraré mucho. He hecho lo que he podido por ver a nuestra Patria independiente, pero no alcanzaré verla. Después de que me muera, sé una madre para mis hijos. Si los imperialistas japoneses no se han ido de la tierra coreana y mi país sigue esclavizado cuando vuelva mi hijo mayor, no lo dejes trasladar mi tumba. Pero no, mi hijo no se detendrá a mitad de camino… Cuando Corea sea independiente… pasa sin falta por Pyongyang, y por nuestro Mangyongdae. De verdad que allí se está bien… —Hizo una pausa y prosiguió—: No te aflijas. Nuestro país pronto alcanzará su independencia. Vendrá un día en que las campanas al vuelo anunciarán que la Patria es libre.

Quería decir algo más… pero cerró suavemente los ojos.

El sol se puso.

Era el 31 de julio de 1932.

La noche sin luna envolvió la tierra en tinieblas.

La triste noticia de la muerte de Kang Pan Sok recorrió con la rapidez del rayo toda la cuenca del río Tuman.

De las organizaciones locales de la Asociación de Mujeres pasaba a los poblados, después a la Unión Antiimperialista, a la Juventud Comunista, al Cuerpo Infantil.

Una densa oscuridad cubrió la tierra. Era como si alguien hubiera querido envolver a los humanos en tinieblas, privándolos de la vista.

Todos guardaban silencio, inclinaban la cabeza y lloraban. De pie los que caminaban; sentados, los que se encontraban en casa. Ese dolor y tristeza no los podían expresar con palabras: se limitaban a llorar.

Bo Gum volvió de su misión. Sentada en el poyo lloraba amargamente. Los jóvenes que se reunían en la escuela nocturna se secaban las lágrimas, silenciosos. Los amigos de Yong Ju, miembros del

Cuerpo Infantil, estaban de visita en el patio y gimoteaban. Todos, viejos y jóvenes, venían cabizbajos a la casita de Xiaoshahe.

Al tercer día, por la tarde una larga procesión marchó tras el féretro de Kang Pan Sok hacia el monte detrás de la aldea.

Había muerto la madre de Corea, la madre de la revolución. Había soportado todos los avatares y vicisitudes habidos y por haber. Marchó por caminos espinosos y selvas intransitables a lo largo de cuarenta años. Se fue para siempre sin ver renacida a su Patria, sin ver realizados los sueños por los que ofrendó su vida.

* * *

Sentado a la luz de un débil candil el compañero Kim Il Sung escuchó el triste relato. Pasó una noche de insomnio y al día siguiente por la mañana, junto con sus dos hermanos subió al monte que hay detrás de la aldea.

Muy entrada la noche había llegado Chol Ju. Se habían visto por última vez la pasada primavera, antes de que se anunciase la formación de la guerrilla. Estaba irreconocible: había crecido y se veía fuerte. Seguía siendo despierto y tenía la misma mirada penetrante, pero ahora, además, había adquirido seguridad. Parecía algo triste. Lo que más asombraba a Kim Il Sung era La maestría de su hermano para disfrazarse. Ya estaba templado en el trabajo clandestino. El largo cabello y la chaqueta que llevaba le hacían parecer todo un hombre, sin que se pudiera adivinar qué profesión y cargo tenía.

Mas no era éste el momento para hablar de semejantes temas. Los tres hermanos, en silencio subían al monte.

La colina estaba cubierta de escarcha y bajo un olmo solitario estaba la tumba. Todavía no había brotado en ella ni una sola hierbecilla. Era el

mismo lugar donde en la primavera él se había parado a descansar con una brazada de leña.

El joven olmo ya había sacudido su follaje. Al menor soplo de viento se movían sus ramas desnudas, dejando caer una escarcha nívea que suavemente se posaba sobre la tumba.

El compañero Kim Il Sung se quitó la gorra, se arrodilló y agachó la cabeza.

El corazón le latía rápidamente, parecía querer saltársele del pecho. De súbito, se apoderó de él un sentimiento de ingravidez, como si todo su ser se hubiera convertido en polvo que llevaba el viento. Sus manos bajaron de las rodillas a la tierra.

No puede ser que se haya ido su madre.

No puede estar acostada aquí, en esta colina fría y abandonada, por la que pasean los vientos.

¿Por qué se fue tan pronto sin esperar el día de la liberación de La Patria que tatito anheló ver y por el que sufrió todos los avatares y vicisitudes habidos y por haber?

—Madre querida —dijo. Con la cabeza gacha lloraba amargamente.

Lloraban también sus hermanos, que estaban arrodillados a su izquierda.

Sí, la madre había recorrido un camino duro y difícil. Todo lo dejaba para mañana: y las esperanzas y la dicha y hasta los cortos descansos. Su vida estuvo cuajada de sacrificios. Cargando sobre sus hombros el fardo de la necesidad, marchó siempre adelante, superando todos los obstáculos. La vida la martirizó, la agotó, le desgarró el alma, como queriendo probar la entereza de esta madre parca en palabras, noble y buena. Pero ella jamás se detuvo, no se quejó de nadie, no perdió el ánimo y no vaciló. Con tres hijos vivió siempre mirando al día de mañana y no se cruzó nunca de brazos, marchó siempre cuesta arriba, sin

descanso, hacia la cumbre de la adusta montaña.

El compañero Kim Il Sung, cabizbajo, sumido en tristeza, empezó a recordar momentos de la vida de su madre.

Primero la ve enfurecida ante unos japoneses. El, entonces, no había cumplido seis años. Fue al mediodía de un día de otoño. La policía nipona apareció de súbito y arrestó al padre. Ella se indignó tanto que empezó a gritarles. Parecía que todos los poros de su cuerpo expedían odio, y en sus ojos, siempre tiernos, fulguraba la ira.

La ve venir y le entrega dos pistolas del difunto padre.

Oyó su voz tranquila y vio sus ojos somnolentos, cuando ella bajaba la artesa con costillas de res entre las que escondía pistolas cargadas.

—Habría que cobrarles caro la sangre vertida; quería matarlos en el sitio; se echarían contra mí dos o tres, no más…

El recuerdo le cortó la respiración. Veía claramente el rostro querido. Hasta le pareció que había oído su voz.

Sentía como si algo pesado le oprimiera el pecho. Cerró los ojos y volvió a ver la imagen de su madre, con su falda ancha, camino del puerto de montaña batido por la nevasca. En el pecho lleva un paquete de ejemplares del periódico “Saenal”. Camina por bosques, poblados montañosos, campos. Por la noche dirige organizaciones de la Asociación de Mujeres.

Camina, silenciosa, sin descanso. El destino está lejos. Una vez emprendió sin vacilación un camino de centenares de *ríes* para ver a una compañera. ¿Y cuánto no habrá recorrido bajo aguaceros interminables, para transmitir esquelas del marido?

¡Qué no soportó el alma y la conciencia irreductible, clara y limpia de su madre! Muchas veces contó cómo se le crispaban las manos cuando atendía al padre que volvía de las mazmorras japonesas.

¡Cómo le debió doler el corazón cuando el padre Le entregó su

testamento lleno de anhelos y angustias! Pero no mostró lágrimas ni dijo palabras débiles.

¡Es increíble que haya podido aguantar aquel corazón tantos dolores, adversidades y tareas que excedían a su fuerza física!

La vida la lanzaba continuamente contra múltiples dificultades y reveses, contra abismos y laberintos. Pero ella, impertérrita y optimista, seguía firme y altiva como un peñasco ante las oleadas, sin esquivar ni retroceder.

Su vida había sido un camino difícil, cubierto de espinas. Pero ella, sin quejarse de nada y segura de sí misma, se sobreponía a todas las desgracias y penalidades en ese mundo inclemente. Su vida, naciendo en el fogón y el costurero que daban alimento y vestido a la familia, a toda una generación, salió al escenario de la lucha por la restauración de la Patria y por la sociedad socialista, donde no hay explotación ni opresión; salió al escenario de la sagrada batalla por la liberación de todas las mujeres del mundo, por el luminoso futuro y la felicidad de la humanidad.

Se fue de la vida muy temprano, cuando todavía le quedaba mucho por hacer. Es verdad que no fue poco lo que dejó a las generaciones venideras.

El compañero Kim Il Sung, siempre cabizbajo no podía moverse del sitio.

El pasado y el futuro se entrelazaban.

De repente volvió a ver claramente cómo se había alegrado su madre esta primavera al ver desde el cerro verde a nuestro destacamento guerrillero. Lloraba y sonreía de contenta como si con esa lágrima y risa hubiese querido deshacerse de todos los dolores de la vida.

El compañero Kim Il Sung alzó la cabeza con lentitud. Ante su vista, en lugar del rostro querido, había un cerro que se perdía a lo lejos.

Sobre las hierbas la escarcha se había convertido en gotas de agua que ahora brillaban al sol como diamantes de múltiples colores. Desde la copa del olmo un pájaro de cuello abigarrado miraba inquieto hacia abajo.

Se levantó una brisa y unas hojas cayeron sobre la hierba.

El compañero Kim Il Sung se levantó despacio.

—Chol Ju, Yong Ju, levantaos. Enasta de lagrimear. No hacemos más que llorar; nuestra madre se enfadaría si nos viera. Hay que animarse y luchar por la independencia de la Patria. Eso es lo que ella quería.

Chol Ju, limpiándose las lágrimas, se puso de pie, Yong Ju seguía tendido en el suelo. Chol Ju trató de levantarlo, pero el pequeño se resistía, gritando desconsoladamente.

—¡Mamá!

El compañero Kim Il Sung sintió que algo pesado le martillaba en el corazón. Se agarró el pecho y volvió la cabeza.

Luego el compañero Kim Il Sung cogió a su hermano de la mano.

—Basta ya, Yong Ju, levántate. Si no panas de llorar, la madre también se echará a llorar. Anda.

El muchacho se levantó y se limpió las lágrimas con la manga.

—Despidámonos de mamá. Poneos de cara a la tumba.

El compañero Kim Il Sung dijo en voz baja, con la cabeza ligeramente inclinada:

—Adiós, mamá. Vendré a verte cuando recuperemos la Patria.

Liberaré la Patria, haré realidad tu sueño y todos juntos nos iremos a Mangyongdae. Volveremos a la casa donde nos esperan siempre los abuelos.

Adiós.

El compañero Kim Il Sung permaneció largo tiempo sin moverse del sitio.

—Yong Ju, vamos —dijo por fin alejándose el primero.

El niño removía con las manos la tierra próxima a la tumba.

—¿Qué haces?

—Un momentito.

—¿Qué es eso?

—La medicina que tú has traído.

Entonces el compañero Kim Il Sung reconoció sobre las rodillas de su hermano el paquete de medicamentos que le había dado Cha Kwang Su. Yong Ju metió en el hoyo el paquete y empezó a echarle tierra confías manos sobre las que cayeron unas lágrimas.

Al verlo, el compañero Kim Il Sung sintió que sus ojos se nublaban de repente y todo en derredor se envolvió en tinieblas. Rápidamente apartó la mirada y buscó a tientas la mano de Yong Ju.

El camino de vuelta lo hicieron callados; sólo la copa del olmo al Hado de la tumba susurraba al viento otoñal.

Un día más tarde, el compañero Kim Il Sung se preparaba para partir.

Yong Ju no se apartaba de su hermano.

"¿Y yo, qué voy a hacer?", así preguntaban sus ojos parpadeantes, siguiendo en todo momento a su hermano. Le dolía el alma al compañero Kim Il Sung cuando se encontraba con la mirada de Yong Ju. Pero debía irse y dejar a los hermanos. No había otro remedio.

Entró a ver a Kim Chang Dok. Este hacía tiempo que no vivía en casa, pues le perseguía la policía. Pidió a la buena dueña que cuidase de los hermanos. A lo que ella contestó:

—No se preocupe. A usted le llama la revolución, así que váyase y haga todo lo que pueda por liberar nuestra Patria, y cuando venga la felicidad recordaremos el pasado.

El compañero Kim Il Sung partió hacia Liangjiangkou con pasos pesados.

Le despidieron sus paisanos y Pong Ae.

Chol Ju y Yong Ju le acompañaron largo rato.

Si no hubiese sucedido esta desgracia, entre ellos iría su madre vestida de blanco. Ahora ya jamás la volverán a ver.

De nuevo surgió la imagen de su madre, esta vez despidiéndolo la pasada primavera, agitando su mano, parada cerca de la puerta.

Miró la colina donde crecía el olmo solitario e hizo una inclinación profunda.

* * *

El compañero Kim Il Sung volvió a Liangjiangkou. El destacamento lo esperaba y una larga marcha, planeada de antemano.

Un día antes de salir, cuando el compañero Kim Il Sung terminaba con los preparativos, inesperadamente apareció Chol Ju. Lo llevó a una casa tranquila que se encontraba a unas tres chozas más allá del Cuartel General.

—¿A qué has venido?

—He venido a ver cómo es la guerrilla —contestó con cierta reserva.

—¿Cómo va el trabajo de la Juventud Comunista?

—Inmediatamente después que te marchaste, di una vuelta por allá. De acuerdo con lo que dijiste, tratamos de lograr para el aniversario de la Revolución de Octubre lo que no hicimos para las fiestas del Primero de Mayo. Los jóvenes y los niños están muy animados. Pero las fuerzas represivas aprietan tanto que no dejan ni dormir. Por todas partes se ven las hordas de las tropas punitivas y los incendios. El tiroteo no cesa ni un instante. En las aldeas incendiadas volvemos a levantar casas. Las fuerzas punitivas vuelven y prenden fuego. Los habitantes pasan el día en los montes y de noche vuelven a sus hogares. Algunos piensan

construirse chozas en el monte. Hace unos días, en el poblado Bokdongol me encontré con et hombre aquel de la calle Longjing. Según el, la organización “Minsaengdan” ha desaparecido, pero surgió otra bajo el nombre de “Hyophwahoe”. Esta difunde por ahí que el ejército japonés, prosigue sus “operaciones punitivas” porque han aparecido las guerrillas.

—¿Cómo responden a ello las organizaciones locales?

—Pues, a medias. En todos los sitios que estuve les dije: Los japoneses se adueñaron de Corea cuando aún no había guerrillas. Y cómo se alegraron cuando les dije que la guerrilla acabaría pronto con todos los destacamentos punitivos.

—Muy bien. Esa propaganda corre a cargo de la Juventud Comunista y hay que hacerla bien.

—Por doquier se están creando bases de apoyo. Cuando venía para acá pasé por Soksegol. Debo decirte que aquello parece otro mundo: ni gendarmería, ni policía. En una palabra: un distrito liberado. Así hay que liberar a toda Corea, ¿verdad?

—Se puede así también. A propósito: con gafas pareces un hombre serio.

Para evitar el recuerdo de su madre hablaron sólo de asuntos que no tenían relación con ella.

Pasaron al patio, a un lugar cerca de la pared soleada donde se estaba más a gusto que en el cuarto oscuro y húmedo. Allí siguieron conversando.

—Pues si no fuera por estas gafas hubiera tenido un gran disgusto. Cuando volvía de Helong me salió un policía y me llevó sin contemplaciones a la comisaría.

“¿De dónde vienes?”, me tuteó arrogante. “De Helong. Además, ¿a ti qué te importa?”, le digo. “¡Cierra ese pico! ¿Qué haces por aquí?”,

amenazaba con pegarme un sopapo. “No me levantes la mano, que te va a costar tu puesto.” El policía quedó como paralizado. “¿Quién eres tú?”, balbuceó. “Si tienes ojos debes saberlo. Si no, voy a cortarte la cabeza”, le contesté. El policía estaba desconcertado. Tras mirar fijamente mis gafas, me dice: “Ten cuidado con los comunistas y vete a casa.” Entonces di un suspiro de alivio, y le pregunté de sopetón: “¿Puedo telefonear?” “No funciona”, me respondió. Entonces me largué.

Al ver que su hermano mayor reía alegremente, Chol Ju levantó la cabeza como para hacer gala de sus gafas. Hablaba con habilidad, pero tenía todavía algo infantil. Oyendo a su hermano, el compañero Kim Il Sung pensó: Yong Ju, quiéralo o no, debe vivir con unos vecinos, pero es natural que Chol Ju, con sus dieciséis años, busque una vida independiente. Hasta ahora se dedicaba enteramente a la Juventud Comunista con la ayuda de mamá. ¿Cómo mantendrá la casa con su hermano menor de aquí en adelante? Habría de buscar algún trabajo. Entonces, ¿qué será de su actividad revolucionaria que acababa de emprender con fervor?

Se puso el sol. Después de cenar reanudaron la conversación. Chol Ju dijo sin ambages:

—Hermano, he decidido ir contigo.

—¿Conmigo?

El compañero Kim Il Sung estaba predispuesto a oír tal petición. No tenía ningún pretexto para negarlo. Chol Ju tenía razón. No había otra salida. Pero esquivó dar respuesta; pasó a hablar de otras cosas.

Al día siguiente por la noche, antes de despedirse, el compañero Kim Il Sung entró junto con su hermano en una taberna y pidió vino. Trajeron una botella y una fuente con un pedazo de cuajada de soja enfriada. Llenó dos copitas. Chol Ju comprendió lo que significaba todo ello. Huyó la mirada de su hermano; en sus ojos brotaban unas lágrimas.

Callaron.

El viento producía un chirrido ronco en el resquicio de la ventana empapelada. Chol Ju pensaba en su madre difunta, que habían tenido que enterrar en tierra foránea. “Si mamá estuviera con vida, yo no hubiera tomado esta decisión. Entonces, aunque ella no pudiese moverse de la cama, ¡qué bueno sería! Ahora quedamos solos, desamparados. Aunque los de Kim Chang Dok nos atienden bien, eso no durará mucho tiempo. ¿Cómo podremos vivir los dos en esa casa sin dueño, por tiempo indefinido? Si bien mi hermano mayor no puede llevar al pequeño Yong Ju, que recién ha cumplido nueve años, a mí, podría aceptarme en la guerrilla.” Pero aquí, de buenas a primeras, su hermano le invita a unas copas de despedida.

Los dos no habían bebido nunca.

Chol Ju se sentía cada vez más triste.

“Cuánta será su amargura para invitarme a beber”, pensó.

Chol Ju volvió la cabeza y se secó las lágrimas.

El compañero Kim Il Sung comprendía lo que pensaba su hermano.

Había escogido ese lugar para despedirse, porque el asunto era delicado y no había otro lugar más tranquilo. Y una vez en la taberna no pudo por menos que pedir vino.

Luego de unos minutos, el compañero Kim Il Sung dijo:

—Chol Ju, comprendo tu deseo de ir conmigo, aunque yo quisiera que te quedaras.

—Tengo ya dieciséis años. ¿Acaso no valgo para ser guerrillero? Yo puedo superar cualquier dificultad.

—Ya sé que vales, pero no es por la dificultad en la guerrilla. Si tú marchas conmigo, ¿qué será de Yong Ju?

Chol Ju no pudo contestarle inmediatamente. Después de un buen rato dijo:

—Aunque Yong Ju es pequeño, creo que comprenderá bien si se lo explicamos. Le será difícil vivir solo, pero…

Chol Ju no pudo continuar.

El compañero Kim Il Sung había creído que si le planteaba el problema de Yong Ju, Chol Ju comprendería inmediatamente. Pero éste seguía en sus trece.

El compañero Kim Il Sung quería dejar a su hermano por diversas razones.

Según su plan, este invierno el grueso de la guerrilla debía recibir el golpe principal del enemigo en la zona ribereña del río Tuman, para que con ello sufrieran menos las bases, para defender a su población; así la guerrilla luego podría engrosar y fortalecerse. Por lo tanto, de las pruebas de este invierno dependía en mucho la marcha posterior de la revolución coreana.

Claro que esto no era motivo para no dejar a su hermano incorporarse en la guerrilla; verdad es que recién acababa de cumplir dieciséis años, y las pruebas que avecinaban eran muy duras; pero mucho más duro sería para el hermano mayor verle sufrir.

Podría decir lo mismo en cuanto a Yong Ju. Como dijo Chol Ju, sabrá sobreponerse a los sufrimientos. Pero si lo dejan solo, ¿qué sentirán ellos, sus hermanos?

Por muy serias que fueran estas razones, no pasaban de ser particulares.

El compañero Kim Il Sung dijo con voz sorda:

—Chol Ju, en realidad yo no me opongo a que ingreses en el destacamento. Creo que aunque la vida guerrillera te sea dura, la superarás. Sé también que Yong Ju no se opondrá a que vengas, si le explicamos bien como dijiste. Pero hay un problema serio. Has de saber que allí quedaron casi abandonadas las organizaciones revolucionarias de

tu madre. Por ejemplo, la Asociación de Mujeres, la Unión Antiimperialista y la Asociación de Campesinos. Mamá las creó y dirigió hasta su último momento. ¡Qué no sufrió ella para verlas nacer! Ahora ella no está. Y si te marchas conmigo, no habrá quien las atienda. Piensa bien en ello. Para cumplir los legados de nuestros padres debemos hacer muchas cosas. Y de éstas, en mi opinión, la más importante es fortalecer las organizaciones revolucionarias.

El compañero Kim Il Sung observó a su hermano.

Chol Ju, generalmente alegre y de carácter campechano, se puso serio. En silencio mira por la ventana.

El compañero Kim Il Sung se acordó del pequeño Yong Ju, que le acompañó hasta las afueras de la aldea. Cuando le dijo que debía quedarse, no protestó. Quizá se debería a lo pequeño que era o a lo mucho que entendía. Sin embargo, cuando su hermano mayor se puso en camino el niño fue detrás de él. A veces se le adelantaba, arrancando hierbas o dando puntapiés a los guijarros del camino, como suelen hacerlo los niños de su edad. Le daba pena decirle que se devolviera. El compañero Kim Il Sung caminaba en silencio con pasos pesados.

Entonces Chol Ju, que se dio cuenta del estado de ánimo de su hermano mayor, se detuvo en el puente, le dijo adiós y llamó a Yong Ju que seguía caminando:

—Yong Ju, vuelve, que estorbas al hermano —gritó varias veces, sin dejar de agitar la mano hacia su hermano mayor.

A cada llamada de Chol Ju, el pequeño volvía la cabeza, pero no se detenía como si la idea de regresar le fuese extraña. En las afueras de la aldea, el compañero Kim Il Sung quiso decirle que Chol Ju lo estaba esperando, pero no pudo. Yong Ju seguía caminando, ora delante de él ora detrás, como si hubiese decidido seguirlo hasta el fin. Cuanto más se alejaban de la aldea, más angustiado se sentía el compañero

Kim Il Sung. A. veces el muchacho se detenía para observar a su hermano mayor. Luego le alcanzaba corriendo, y lo agarraba por la cintura, mirándole a los ojos. Y después seguía su carrera.

Detrás de Yong Ju se levantó una hierba seca que desapareció cuesta abajo. En el campo que se extendía en la cuesta, al lado del camino, se abrían con tenues ruidos las vainas de soja que quedaban de la recolección.

Viendo a Yong Ju que corría delante, al compañero Kim Il Sung le daba pena dejarlo solo, desamparado. Él no sabía cuándo volvería: tenía por delante un largo camino. Por el capricho de la suerte quizá fuese su último encuentro.

Pero no había más remedio que separarse.

El compañero Kim Il Sung seguía pensativo, sin apresurar ni demorar el paso.

De repente, Yong Ju se detuvo. Esperó hasta que se acercara su hermano y fijó en él una mirada brillante.

Calar en el alma de los niños es tan difícil como desentrañar el secreto de una rutilante estrella lejana. ¿Por qué Yong Ju se paró tan de repente?

El compañero Kim Il Sung quiso pasar la mano sobre el cabello de su hermano, cuando éste dijo:

—Suerte, hermano, buen viaje. —Luego hizo una inclinación de cabeza.

El compañero Kim Il Sung sintió que su corazón se oprimía. Quedó desconcertado.

“Vete ya, vete ya”, dijo para sus adentros, deseando que todo terminara pronto. Pero en ese momento sentía lo contrario.

Yong Ju se metió la mano en el bolsillo y sacó algo.

—Toma, hermano.

Su mano pequeña sostenía dos patatas asadas.

El compañero Kim Il Sung pasó la mirada de las patatas a los ojos llorosos de su hermanito.

Sí, su hermanito pescaba y secaba pescados para su hermano mayor; iba al bosque a recoger con sus manos tiernas ramas secas para ayudar en algo a su madre. Y ahora, en el momento de la despedida, le tendía unas patatas con sus pequeñas manos. Si hubiera llorado desesperadamente suplicándole que no se fuera, el dolor hubiera sido menor.

Yong Ju seguía mirando con los labios temblorosos a su hermano, que no se atrevía a coger Él regalo. El mismo le metió en los bolsillos las patatas.

Cuando el compañero Kim Il Sung tocó el bolsillo, notó el fuerte calor que despedían la mano de su hermano y las patatas. Yong Ju, tras retirar la mano, volvió a mirar un rato a su hermano y después, bruscamente, echó a correr hacia donde estaba Chol Ju.

Por entre las hierbas que se agitaban a ambos lados de la senda se alejaban presurosas las albergas de Yong Ju.

—¡Yong Ju!

El compañero Kim Il Sung volvió a la realidad. Bruscamente, sintió algo tibio en la garganta y en los párpados. En ese instante cogió la copa de vino y se la bebió de un trago. Chol Ju hizo otro tanto como si sintiera lo mismo que su hermano.

Chol Ju, que estaba siguiendo la expresión del hermano, se sintió culpable de haber aparecido sin más ni más y haberlo mortificado. Por fin, recobrando su carácter de siempre, dijo magnánimo:

—Bueno, me quedaré con Yong Ju. No te preocupes por nosotros; cuídate tú. Además, tengo que cuidar por la tumba de mamá. Pero el año que viene, vendré y me admites, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo.

El viento hizo sonar el tejado de hojalata. La ventana empapelada volvió a temblar, produciendo un ruido desagradable parecido al llanto de un bebé.

Chol Ju sacó un paquete envuelto en papeles y se lo dio a su hermano.

—Nuestra madre lo guardaba para ti.

—¿Mamá?

El compañero Kim Il Sung, sorprendido, desenvolvió el paquete y vio unas zapatillas de tela de las más corrientes, como las que llevan todos los obreros. Se puede decir que ellas eran lo único material que la madre le pudo dejar.

Con el regalo en la mano, el compañero Kim Il Sung se sumió en honda meditación. Parecía sentir en él el tibio aliento de su madre.

La imagen querida volvió a surgir. Ella le había cosido el uniforme y lamentaba mucho que no hubiese podido hacérselo todo, desde el gorro hasta el calzado.

A la mañana siguiente, el destacamento salió del poblado de Liangjiangkou.

Chol Ju subió a un altozano para despedirse de su hermano.

Nacía un nuevo día.

El sol alumbraba desde el horizonte a la columna en marcha.

El compañero Kim Il Sung se volvía a menudo y decía adiós con la mano a su hermano.

Por desgracia o por fortuna el hombre no es capaz de prever el futuro en todos sus pormenores. Por eso no es raro que los familiares se separan para siempre con una despedida de lo más común.

Si ambos supieran que no se volverían a ver más, no se hubieran separado tan fácilmente.

12

Susurraba la lluvia.

El agua se escurría por las desnudas ramas nudosas de los abedules, por las altas y desamparadas hojas de los álamos, por las rocas cubiertas de amarillas capas de musgo seco.

El otoño se había retrasado y la lluvia ya no le hacía falta a nadie. Pero había llovido toda la noche y seguía lloviendo por la mañana. Los desnudos bosques, los caminos y los campos —que en los últimos días se habían cubierto de un color rojo oscuro—, todo se empapó de agua.

Y las gentes se calaron hasta los huesos.

El sendero por el que habían pasado los destacamentos se convirtió en un barrizal, donde se hundían profundamente los pies. Los árboles, los arbustos y las peñas próximos al camino se embadurnaron de barro.

La columna en marcha hormigueaba a lo largo de la colina, envuelta en láctea niebla.

Delante, ya por el fondo de la barranquera, marchaba el Ejército chino de salvación nacional, tras él avanzaba el destacamento de Cha Kwang Su.

Entre las columnas se divisaban algunos caballos: en uno de ellos, bayo, bien plantado, de largo cuello, galopaba el compañero Kim Il Sung; un paso más adelante, sobre otro achaparrado, bien nutrido, pío, iba el rechoncho Yu, comandante de una unidad del Ejército chino antijaponés de salvación nacional, tocado con una pelliza que armonizaba bien con su figura.

Se veían algunos oíros caballos más que iban y venían presurosos desde la delantera hasta la cola del destacamento y viceversa: eran los enlaces.

En la reunión de Liangjiangkou, el compañero Kim Il Sung había insistido con mucha fuerza en la necesidad de hacer un frente unido con el Ejército chino antijaponés de salvación nacional. Inmediatamente visitó la unidad vecina, del jefe militar Yu, y examinó con él los planes de las operaciones de invierno. Pero ahora, sobre la propia marcha, quería abordar los asuntos pendientes.

El plan inicial, elaborado por el compañero Comandante en jefe en Liangjiangkou, preveía una acción combinada contra las operaciones invernales que los imperialistas nipones realizaban en la región de Jiandao con fuerzas conjuntas de las unidades del Ejército de Kwantung y de las hopas de ocupación dislocadas en Corea. Sin embargo, por las informaciones recibidas posteriormente se supo que algunas unidades del Ejército chino antijaponés de salvación nacional habían perdido su fe en la victoria y habían comenzado a disgregarse. En relación con esto el compañero Kim Il Sung subrayó que, ante todo, era necesario remediar tal situación.

Por el momento resulta difícil predecir cuáles serían las relaciones ulteriores con el Ejército chino antijaponés de salvación nacional, pero en los últimos tiempos el compañero Kim Il Sung se ocupaba seriamente de esta cuestión.

Al llegar al puerto sopló el cierzo norteño, frío y húmedo. El bosque comenzó a ulular.

Jon Kwang Sik se detuvo, oteó hacia el valle y volvió la cara azulada por el frío. Lacónico, observó:

—Normalmente, por esta época siempre nieva, pero este ano ocurre algo incomprensible. ¿No habrá riada estos últimos días otoñales?

—Puede ser —confirmó Cha Kwang Su, ya elevado en el puerto, al tiempo que con el reverso de la mano sacudía unas gotas de agua de su barbilla—. Esto es señal de que comienza el invierno.

—¿Buena señal, sin duda?

—Sí. Pero se espera un invierno duro.

Jon Kwang Sik observó el rostro sombrío de Cha Kwang Su, fenómeno singularmente raro en él. Ya antes de que salieran de Liangjiangkou se mostraba algo distinto de lo habitual. Aunque Kwang Su no perteneciera por naturaleza a la categoría de aquellas personas optimistas de cuyos labios no desaparece la sonrisa ante cualquier situación, era de una fina sensibilidad. Y en el decurso de unos cuantos días parecía como si le hubieran cambiado. Por lo visto le había ocurrido algo. Y la causa, naturalmente, no podía ser la próxima marcha invernal, que se presentía peliaguda: Cha Kwang Su, por tales cosas, no perdería el buen humor. En la noche anterior a la marcha de Liangjiangkou había enviado dos enlaces. La pregunta de Jon Kwang Sik de adonde y para qué se habían mandado tan apresuradamente dos correos urgentes fue cortada por Cha Kwang Su en tono desabrido: “No hay por qué tratar de saberlo”. Hasta entonces siempre se habían pedido mutuamente consejo y puesto de acuerdo sobre cualquier asunto, incluso el más insignificante.

Se desconocía la causa, pero estaba claro que Kwang Su no era el mismo: se notaba en él inquietud, angustia y hasta pesadumbre. Tratar de averiguar esto habría sido incorrecto, y Jon Kwang Sik optó en un principio por creer que era un prejuicio suyo, originado por cierto estado de ánimo; pero ahora percibió nuevamente que a su amigo le ocurría algo anormal.

Tras cambiar breves frases anodinas sobre el tiempo, prosiguieron de nuevo hacia adelante.

El destacamento, cuyo punto de partida había sido Liangjiangkou, hacía su segunda jornada de camino. El primer día torció hacia el nordeste, para encontrarse con las unidades del Ejército chino antijaponés de salvación nacional, pero ahora salió nuevamente itinerario

principal y avanzaba en dirección al norte, atravesando el bosque.

De cualquier modo que fuese, podía ya asegurarse en este momento que la marcha invernal comenzada sería increíblemente dura. En efecto, no era fácil maniobrar en las montañas, atrayendo sobre ellos la atención de las unidades japonesas que se lanzarían a "operaciones punitivas" contra sus bases de apoyo. Por añadidura la ruta de la presente marcha era mucho más larga y peligrosa que la llamativa realizada anteriormente en la zona ribereña del Río Amnok, y además se hacía en invierno.

Inmediatamente que el destacamento salió de Liangjiangkou tuvo que marchar sin descanso hacia el norte, por la cadena montañosa del monte Paektu, y llegar a la lejana frontera oriental con la URSS. Le quedaban por recorrer algunos miles de *ríes*, marchando en dirección nordeste, a través de Dunhua, Emu, Ningan o la parte norte de la región de Wangqing, y ¿quién sabía las modificaciones que la situación cambiante introduciría en el itinerario?

Si esta marcha, que se llevaba a cabo por espesos bosques, en despoblados, bajo heladas, no hubiera sido tan difícil y complicada, no tendría evidentemente tanta importancia para la misión que llevaba.

Tras de cruzar el puerto, el destacamento se separó de la unidad perteneciente al Ejército chino antijaponés de salvación nacional. Jon Kwang Sik observó con tristeza:

—¿Puede que en un futuro lejano, cuando nuestro pueblo recuerde la historia de su lucha nacional liberadora, califique este año, no sólo como el del gran acontecimiento de haberse creado la Guerrilla Antijaponesa, sino también como un año lleno de duras pruebas sin precedentes?

Cha Kwang Su, a quien no le gustaba nunca predecir los acontecimientos, esta vez, en silencio, hizo a Jon Kwang Sik un movimiento de cabeza aprobatorio.

La columna torció en el bosque y avanzó una corta distancia por la

cadena montañosa, que se alargaba hacia Dunhua. La lluvia disminuyó notablemente y sopló un ligero vientecillo, que empezó a dispersar el oscuro velo nubloso de las crestas montañosas situadas más al oeste.

Cha Kwang Su se arrastraba en la misma cola de la columna, inmerso en profundas meditaciones. Después, con la autorización del compañero Comandante en jefe, ordenó detenerse para pernoctar.

Cesó la lluvia, hasta la puesta del sol faltaba todavía mucho tiempo. Encima era conocido de todos que detrás venía el enemigo. Por esto, Jon Kwang Sik no podía comprender la razón del por qué se introducía un cambio tan brusco en el plan trazado.

El destacamento no había tenido tiempo de prepararse debidamente para la marcha, y por añadidura los combatientes estaban calados hasta los huesos; esto sería, de seguro, el motivo principal. Pero Cha Kwang Su no tenía intención de darle a nadie explicaciones aclaratorias. Sí, y Jon Kwang Sik no le prestó a esto una atención especial, pues confiaba plenamente en Cha Kwang Su, que no había cometido nunca ningún error al apreciar una situación y siempre se había destacado por sus juicios sensatos.

El destacamento acampó en un frondoso bosque de alerces, que extendía sin altibajos a lo largo de un angosto arroyo.

Los guerrilleros cortaron palos y ramaje, se hicieron chozas. Después encendieron hogueras y, junto al fuego, comenzaron a secarse los uniformes y las mochilas.

Jon Kwang Sik se dirigió hacia la altura donde se había instalado el Cuartel General. Antes de ir allí corrió hacia atrás la funda de madera de la pistola, que se le había corrido hacia adelante y, penetrando en la choza, hizo el saludo militar y dio el parte, comunicando que el destacamento estaba listo para pernoctar.

El compañero Comandante en jefe, sentado en un tronco, examinaba un mapa extendido delante. Propuso a Kwang Sik que se sentara a su lado y prosiguió de nuevo su ocupación.

—El compañero Cha Kwang Su me ha informado de que la marcha estaba insuficientemente preparada, ¿qué opina usted?

—Pienso que lo enmendaremos, si en adelante se prepara como es debido.

La respuesta fue vaga, pero el compañero Kim Il Sung captó el pensamiento de Jon Kwang Sik y observó precavidamente:

—Por lo que veo, en la situación que tenemos ahora es dudoso que con dos o tres días de preparación se produzca un mejoramiento sustancial. La vestimenta que se tiene, el calzado y todo lo demás no son suficientes para invernar. Por eso sería conveniente que consultara usted con el compañero Cha sobre el envío de un enlace a Fuerhe, para que hagan preparativos con vistas al invierno.

—Entonces, ¿pasaremos por Fuerhe?

—Con ayuda de su población podremos prepararnos como es debido para invernar. A los vecinos de la localidad no les será fácil alimentar y calzar a tanta gente, puesto que Llegamos de improviso. Pero pienso que todo saldrá bien, pues ellos están ya predispuestos a esto. Agreguemos que el pueblo se encuentra situado en el itinerario de nuestra marcha. Además, no existe ninguna otra población cercana capaz de llevar a cabo este cometido.

—Está claro.

En la región de Fuerhe, el compañero Kim Il Sung, después de la reunión celebrada en Mingyuegou, había realizado trabajo clandestino para revolucionarizar a la población.

Jon Kwang Sik dijo que se proponía mandar allí a Jin Bong Nam, que se ocupaba de la intendencia en sustitución de Pak Hung Dok.

Agregando que por la tarde habría estudios políticos, se retiró del Cuartel General.

De regreso al campamento, Jon Kwang Sik se puso a quitar una piedra que sobresalía a la entrada de la tienda de campaña. En otro tiempo no la habría advertido, pero ahora le irritaba. Estuvo largo tiempo bregando con el pedrusco, valiéndose de un palo: la piedra estaba profundamente hundida en la tierra.

Se acentuó el crepúsculo, apareció Cha Kwang Su. Jon Kwang Sik le transmitió la orden del compañero Comandante en jefe. Examinaron las medidas que debían tomar para cumplir lo ordenado. Después, el diálogo abordó algunos aspectos de la distribución del tiempo para el resto de la jornada, y aquí, Jon Kwang Sik percibió nuevamente, pero ahora con mayor claridad que de día, durante la marcha, que Cha Kwang Su estaba como sentado sobre agujas, pese a que procuraba por todos los medios encubrir su inquietud.

Cha Kwang Su, ceñudo, se dirigió hacia la salida; de súbito, se volvió con brusquedad, como si quisiera decir algo; pero al fin, sin pronunciar palabra, se largó a grandes zancadas.

Anocheció. Jon Kwang Sik se aproximó a la hoguera para dirigir el estudio político de los combatientes.

Según el plan, estaba previsto que la discusión de aquel día se dedicaría a la línea para la formación del frente unido nacional antijaponés. Esta línea era una de las cuatro directrices fundamentales trazadas en la reunión de Kalun. Jon Kwang Sik dirigió hábilmente la charla por el cauce necesario, para que la cuestión acerca del frente unido nacional antijaponés abarcara el problema del frente unido antiimperialista y fuera relacionada con las tareas actuales. En el curso de la discusión se esforzaba por crear en los combatientes un buen estado de ánimo, teniendo como ejemplo los pormenores de la presente

expedición invernal. Y su resumen despertó una animación general al poner de relieve interesantes opiniones expuestas por los combatientes.

Después del estudio, los guerrilleros pasaron al regocijo, y Jon Kwang Sik descendió hacia donde estaba Cha Kwang Su. Este no se distinguía por gozar de una buena salud, y bien pudiera ser que su mal estado de ánimo se debiera a cualquier achaque.

En la depresión, en el extremo opuesto, se oyeron pesados pasos: a su encuentro iba Cha Kwang Su. Y, por un momento, a Jon Kwang Sik le pareció que aquél no era Cha Kwang Su.

Hacia él, con pasos vacilantes, avanzaba una figura encorvada. De pronto, ésta se tambaleó, como si hubiera perdido el equilibrio. Jon Kwang Sik se detuvo y miró fijamente al que venía: indudablemente, era Cha Kwang Su.

Tras él iba un enlace, aquel mismo que Kwang Su había enviado desde Liangjiangkou, sin decirle a Kwang Sik adonde, ni para qué.

Jon Kwang Sik, maquinalmente, dio un salto hacia Cha Kwang Su para sostenerle del brazo.

—¿Quién es? —preguntó penosamente Cha Kwang Su, con voz temblorosa. Levantó la cabeza. Por su rostro podía adivinarse con facilidad que le desgarraba un tormento insoportable.

—Soy yo, Jon Kwang Sik. ¿Te sientes mal? —Kwang Sik cogió a su compañero por los hombros y lo volvió hacia él. Notó que los ojos de Cha Kwang Su brillaban intensamente.

—¡Compañero Jon! Suéltame, sentémonos aquí —y Cha Kwang Su, como achispado, se desplomó en el suelo, sujetando del brazo a Jon Kwang Sik.

—Acaba de regresar el enlace que ha ido a Xiaoshahe. Yo, sabes, he ordenado hacer alto para pernoctar antes de tiempo con el fin de esperarle a él; hablando con el corazón en la mano, ya en Liangjiangkou

presentía alguna desgracia al encontrarme con el compañero Kim Chol Ju. Y por eso mandé al enlace, ¡ay!… —Cha Kwang Su se ahogaba y, con gran esfuerzo, añadió:

—¡Compañero Jon! ¿Qué va a ser de nosotros?…

—¿Qué pasa? No me vengas con rodeos. —La suposición de que hubiese ocurrido alguna desgracia le sacudió como un rayo. Jon Kwang Sik cogió a Cha Kwang Su por los hombros y le zarandeó.

—La madre, Kang Pan Sok… —Cha Kwang Su, sin fuerza, dejó caer los brazos. Un temblor histérico, nervioso, se apoderó de su cuerpo.

—Pero, ¿qué le ocurre a la madre?

—Ha muerto.

—¿¡Qué!? Háblame claro.

—La madre, Kang Pan Sok, ha muerto —Cha Kwang Su rodó por tierra. Jon Kwang Sik se estremeció, como sacudido por una descarga eléctrica, y cayó abatido, impotente, junto a su amigo.

Sus ojos se oscurecieron, emergiendo en ellos densos círculos bermejos. La ingravidez se apoderó de su alma, como si el mundo se quedara vacío.

Su corazón galopaba enloquecido. Les parecía que rodaban a un abismo sin fondo.

Los dos combatientes, abrazados, sollozaban a lágrima viva sin poderse contener.

* * *

Poco después, la triste noticia había corrido como un reguero de pólvora por todo el destacamento.

Los guerrilleros, sobrecogidos de pena, se fueron congregando a paso lento junto a la hoguera, ante el puesto de mando.

Cha Kwang Su y Jon Kwang Sik, sentados, algo separados de la lumbre, miraban al fuego con ojos inexpresivos.

Al resplandor de cada llamarada brillaban argentados los aturdidos rostros de las guerrilleras, echados sobre la hierba.

Todo el entorno, sumido en la oscuridad de la noche, había quedado en gélido silencio. Hasta los alerces, cuyas copas susurraban ante el más ligero soplo del viento, parecían como dormidos, sin turbar la quietud.

El tiempo pasaba inexorable, en un silencio deprimente.

Los combatientes permanecían sentados con la cabeza gacha, manteniendo los fusiles sobre las rodillas; sus jefes, con las cabezas inclinadas, estaban también sentados, inmóviles como estatuas.

Aquí y allá resonaban los sollozos.

Cha Kwang Su se levantó lentamente de su sitio.

Abarcó con su vista el bosque, a los combatientes, avanzó un paso y, en voz baja, dijo:

—¡Compañeros! Hoy hemos recibido una luctuosa noticia —las lágrimas le ahogaban, se estremecieron sus hombros. Irguiendo la cabeza, prosiguió—: El treinta y uno de julio falleció nuestra madre, Kang Pan Sok. ¿Acaso alguno de nosotros pensaba que iba a ocurrir esto tan pronto? El mismo día de su muerte nuestro destacamento se encontraba en Mengjiang.

¡Kang Pan Sok! Nuestra madre nos dejó, y ninguno de nosotros se enteró de ello. Nadie, ni un solo combatiente pudo visitar a la madre en vísperas de su muerte. Ni siquiera el compañero Comandante en jefe.

¿Acaso podíamos imaginar lo que iba a ocurrir con la madre?

¡Compañeros!

Esta amarga noticia la hemos recibido con retraso.

Hasta el compañero Comandante en jefe, sabiendo la muerte de su madre, no ha dicho una sola palabra.

Hemos sido demasiado insensibles con la madre. Si hubiéramos mostrado una gran preocupación por ella, no habría muerto tan pronto y habríamos estado al corriente de lo que le pasaba. De haber pensado en la madre, aunque hubiera sido con una centésima, con una milésima parte del amor con que ella nos rodeaba, tal vez no habríamos escuchado hoy tan desconsoladora noticia. ¡La madre! Hemos perdido a nuestra madre.

Como saben ustedes, su vida ha sido breve, pero toda llena de luz cristalina. La gran madre Kang Pan Sok ayudó a Kim Hyong Jik, el eximio dirigente del movimiento antijaponés de liberación nacional del pueblo coreano; marchó toda su vida junto a él por un camino duro, espinoso; dio a luz y crió al admirado y querido Líder de nuestro pueblo, compañero Kim Il Sung.

Se nos ha ido a los cuarenta años de edad, en el apogeo de sus energías vitales. ¡De cuántas dificultades y pruebas salió vencedora! Su vida fue luminosa, avanzó con valor, atravesando alturas inaccesibles, en aras de la revolución coreana; La ruta de su vivencia fue una constante hazaña, llevada a cabo en nombre de la revolución coreana. Se entregó en cuerpo y alma a la causa revolucionaria.

Fue la primera militante de la organización comunista creada por el compañero Kim Il Sung; una relevante personalidad revolucionaria, dirigente del movimiento por la liberación de las mujeres de Corea. Condujo a éste hacia un nuevo cauce, uniéndolo con el movimiento comunista.

Si volvemos la vista hacia atrás, veremos que todo el camino de su vida —desde Mangyongdae, la comuna Ponghwa, Junggang, Linjiang, Badaogou y Fusong hasta el propio Antu— lo ha recorrido la madre sin conocer el descanso, en nombre de la revolución. Su vida fue un gran venero de cuidados, un manantial inagotable, en la época en que el

movimiento por la independencia de Corea se transformó en comunista, cuando se configuró en lucha armada. En el período en que el movimiento por la independencia de Corea se transformaba en movimiento comunista, y luego, en el período en que la acción revolucionaria antijaponesa se combinaba con la lucha armada, crecieron y se hicieron hombres dos generaciones enteras, rodeadas por la solicitud de la madre, Kang Pan Sok.

Estos cuidados los hemos percibido muchos, entre los cuales me encuentro yo.

El día en que fue fundada la Unión para Derrotar al Imperialismo, sentados en un canto, en un monte, cerca de Huadian, bajo la plata lunar que se filtraba por las ramas de los olmos, escribimos con tinta china, enviada por la madre, el primer programa de la organización comunista y el texto del juramento.

En Jilin, con el dinero que recibimos de la madre, ganado en duro trabajo lavando ropa noches enteras, conseguimos papel, y escribimos y pegamos las primeras octavillas llamando al derrocamiento del imperialismo japonés. Habiendo caído en el cerco del enemigo, salimos de allí empuñando pistolas que la madre nos trajo de Wanlihe, arrostrando el peligro mortal que esto implicaba. Extenuados en la lucha o abatidos por una enfermedad, encontrábamos siempre el refugio hogareño de la madre. Y a todos nos acogía como a hijos suyos. Con su mano solícita ahuyentaba de nosotros la dolencia, ponía en orden nuestro atuendo. Cuando nuestras piernas temblaban de hambre en el camino, nos comíamos los picatostes de maíz que la madre nos preparaba para la marcha con estas palabras textuales suyas: “Marcharás sin descanso y llegarás a la meta. Por algo suele decirse que una caminata de mil *ríes* es una pirámide de pasos”. ¡Compañeros! —Cha Kwang Su se ahogaba. Se sujetó el pecho con las manos. Se le había hecho un nudo ardiente en la garganta.

Se le apareció la imagen aumentada de la madre, que, con la sonrisa en los labios, le ofrecía un envoltorio con picatostes de maíz. De repente le pareció que el bosque daba vueltas en torno suyo y rutilaban millares de hogueras.

Cha Kwang Su se cubrió el rostro con las manos y bajó la cabeza. Sintió anhelos de aspirar el aire a pleno pulmón, y terminó sollozando como una criatura.

Yong Suk, que permanecía sentada en el lado opuesto de la hoguera conteniendo la respiración, enderezó el busto. Vio cómo Cha Kwang Su se ponía en pie, y después todo se confundió en su mente, no oyó nada más. La guerrillera vislumbró en los reflejos del fuego la imagen viva de la madre, de Kang Pan Sok, que le había enviado al destacamento. La muchacha se rebelaba con todo su ser protestando contra la horrible noticia, no quería creer en ella.

Por su memoria, envueltos en cendales de polvo, desfilaron uno tras otro los cuadros de los tiempos pasados.

Veía cómo la madre le colocaba debidamente la mochila, cómo lie alisaba el cabello y le decía al ponerse en camino:

“Yong Suk, debes saber que tú eres la primera coreana que se convierte en guerrillera. No lo olvides nunca. Si tú, que vas en cabeza, vacilas o te retrasas, recuerda que muchas mujeres que irán detrás de ti no podrán seguir adelante y se pararán…”

“Si los tirantes te rozan los hombros, póntelos de esta manera. Cálzate siempre con el pie ajustado. De esa manera podrás andar mucho”.

“Cuando te resulte duro por la fatiga, piensa en tus padres muertos a manos de los japoneses”.

Mas he aquí que la madre, tras refulgir en las lenguas de las llamas, desapareció.

—¡Madrecita!

Yong Suk se levantó y miró en torno suyo.

Todo le pareció gélido, vacío. No veía nada.

De pronto sintió la sensación de haber recibido un golpe en la cabeza: oyó que Cha Kwang Su notificaba el fallecimiento de la madre. La guerrillera, despertando de sus ilusiones, abrió los brazos sobrecogida, temblando con todo cuerpo.

—¡Madre! —exclamó Yong Suk, echando la cabeza hacia atrás. Y en el acto, volviéndose de espaldas, arrebatada, se internó corriendo en el bosque—. ¡Madre!

Cha Kwang Su se paró en seco, alargó la mano tendida al ver que la muchacha corría hacia el bosque y, bajándola de nuevo, prosiguió su relato:

—Ahora, en nuestras filas hay centenares, millares de combatientes armados. Mas las dos pistolas que nos entregó la madre fueron las primeras armas. En la actualidad organizamos bases guerrilleras en extensos territorios, pero la base inicial fue el seno amoroso de la madre.

Su regazo fue nuestra primera base revolucionaria, y como tal quedará para la eternidad. En el presente, nuestras filas cuentan con numerosos obreros, campesinos, jóvenes estudiantes, mujeres; se componen de diferentes capas de la población. Entre los primeros están aquellos que leyeron el primer número del periódico “Saenal”, repartido por la madre; aquellos a quienes enseñó en la escuela nocturna la lengua natal, aquellos que escucharon las palabras de la madre, cuando, a pesar de la lluvia, de la nieve, llegó hasta ellos y, pasando la noche entera sentada a la luz de un candil, les hizo comprender la revolución.

El amor de la madre fue un gran manantial de la revolución. Gracias a ella, no sentíamos el cansancio. Merced a la atención de la madre podíamos, sin vacilación, marchar al encuentro de cualquier riesgo. Ella vivía constantemente en nuestros corazones, nos infundía fuerza y

seguridad: “Sean valientes. ¡Vayan hasta el fin, no se detengan a mitad de camino!” “¡Marchen tan sólo hacia adelante! Recuerden que detrás de ustedes están las madres, que tienen diariamente en sus ojos el llanto provocado por los japoneses”. De esta manera nos alentaba.

Y ahora, lo mismo que entonces, cuando murió Kim Hyong Jik, sentiremos cada día con mayor fuerza la ausencia de la madre y el dolor lacerante producido por esta pérdida.

¡Compañeros!

Numerosas organizaciones —la Unión Antiimperialista, la Unión de la Juventud, la Asociación de Campesinos, la Asociación de Mujeres y el Cuerpo Infantil—, que como rayos de sol se abren desde Xiaoshahe han recibido con desconsuelo la marga noticia de que ha dejado de latir el ardiente corazón de la madre…

Por las mejillas de Cha Kwang Su corrían gruesos lagrimones, que caían de su barbilla al suelo. Al principio intentó rías veces enjugárselos con la palma de la mano; después, hasta dejó de percibirlos. Permanecía de pie, ora bajando la cabeza, ora echándola hacia atrás con los ojos entornados. En su voz se traslucía el llanto, pero continuó el relato, Subrayando cada vocablo.

Yong Suk, internada en el bosque, se abrazaba desfallecida al tronco mojado de un alerce. No sabía dónde desahogar aquel dolor espiritual que desgarraba su corazón.

—¡Madre! ¡¿Será posible que te hayas ido?! ¿Para qué te has marchado dejándome sola?

Lloró a mares durante largo tiempo, restregó su frente sobre el rugoso tronco del alerce. Sin embargo, el gélido silencio del bosque le producía aún más daño en el alma f herida.

De las ramas de los árboles, con tediosa monotonía, se escurrían a tierra los goterones.

Y la muchacha siguió sollozando, perdida la noción del tiempo, hasta que sus brazos extenuados se fueron deslizando tronco abajo y se desplomó desvalida en el suelo.

Pero también allí le siguió la imagen de la madre. La vio claramente en la fiesta de Año Nuevo en curso…

Yong Suk, con la ajada faldita que le llegaba hasta las rodillas y un rústico calzado de paja, el cántaro bajo el brazo, se dirigía apresurada hacia la fuente. El cielo empezaba a clarear por el Este, pero la oscuridad seguía siendo densa. No se distinguían los rostros a corta distancia. La nieve, que había empezado a caer cuando se cerraba la noche, no cesaba: el cielo y la tierra aparecían envueltos en níveos velos. Despuntaba ceñuda la primera mañana del Año Nuevo.

Aterida, como erizada del frío, fue descendiendo a la quebrada donde estaba el manantial por la resbaladiza senda, pisando con cuidado de piedra en piedra. Dejó el cántaro, cogió un canto y rompió con él la costra de hielo, que cubría el manantial. Apartó con la mano los trocitos de hielo y comenzó a sacar agua con un calabacino. Sentía en los dedos gélidos pinchazos, se los calentaba con el aliento y seguía extrayendo agua. Y así repetidas veces, hasta que los dedos, entumecidos, se le enrojecieron como vainas de pimientos, dejando de obedecerle: le resultaba difícil hasta levantar el calabacino con agua.

Apretando los dientes, continuó llenando la vasija.

En el boquete, del tamaño de un calabacín, abierto en la gélida capa de hielo que cubría el manantial caía incesantemente la nieve. Los blancos copos, semejantes a las mores del albaricoquero, caían en remolino sobre el espejo del agua y desaparecían en el acto sin dejar huella. Con los puños crispados en la boca, miró fijamente hacia el agujero. De pronto, estremeciéndose, dejó salir de sus labios amoratados un profundo gemido.

Cada copo de nieve que penetraba en la abertura desaparecía, igual

que cada día de los vividos por ella durante el año transcurrido. Yong Suk, acostumbrada a subsistir hambrienta, sin recordar jamás el pasado y creyendo tan sólo en el porvenir, aquel día, por alguna intuición, tomó conciencia de su ser. Y el año que empezaba —según su reflexión—, pasaría también de la misma manera, día tras día, estérilmente. Con tan lúgubres pensamientos sintió un gran vacío en el alma, y sus ojos se velaron de ardiente neblina.

Poniéndose ambas manos sobre el pecho sintió la pobrecita temblores en todo el cuerpo, por las inquietantes reflexiones y el frío. Luego volvió a tomar el calabacino y prosiguió su ocupación.

Súbitamente oyó pasos a su espalda. Alguien se detuvo, y hasta Yong Suk llegó una voz llena de ternura:

—¿No eres Yong Suk?

—¿Eh? —la muchacha se enderezó y levantó la cabeza, al tiempo que sus bellos ojos se abrían desmesuradamente.

Percibió en sus mejillas un cálido aliento.

—¿Has venido a por agua?

—¡Madre!

La joven hizo una tímida inclinación de cabeza, llevándose instintivamente las manos a la boca. Kang Pan Sok se acercó a ella y le cogió las manos.

—Venir a por agua tan de madrugada el día primero del Año Nuevo.

—…

—Tienes las manos como el hielo.

La madre calentó con su aliento los puños de Yong Suk, se puso el cántaro en la cabeza y se levantó. La mozuela no tuvo tiempo de cogerle la vasija y la siguió desconcertada. En líos hombros de la madre había espesas capas de nieve adherida: evidentemente, se había pasado la noche entera caminando.

—¿De seguro que está el arroz en el caldero?

—Sí.

—En tal caso podías haber venido a por agua al atardecer.

—Me mandaron que la trajera ahora. De lo contrario, dicen que el mal se apodera de uno si el primer día del Año Nuevo no se bebe agua fresca.

—Entendido.

La madre se sacudió con la mano unas gotitas de agua vertidas del cántaro, en el cual se tambaleaba el calabacino. Llegadas ante las puertas delanteras de la casa del terrateniente Min, la madre le pasó el cántaro a la mozuela y le pidió que llamara al dueño.

Al poco rato apareció el dueño, diciendo con vocecita de falsete:

—¡Puf! ¡Qué patio más indecoroso! ¡Qué chica más absurda y haragana! Ya es hora de saber que es preciso limpiar el patio cuando nieva. ¡Vaya una inútil!

Tras esperar a que el terrateniente cruzara el umbral de su puerta, la madre Kang Pan Sok le pidió que aquel día dejara libre a Yong Suk para irse a casa.

—¿A casa? Su casa es ésta.

—Bueno, yo me refiero a que venga conmigo, a mi casa.

—¿Quiere encargarle que le haga algún recado?

—La necesito para que me acompañe a un sitio.

Aquel día tuvo Yong Suk el placer de estar con la madre, de lavarse, de peinarse el pelo en trenza y pasar la fiesta con ella. La madre le peinó el cabello, sacó de su baúl una banda de tela y le puso a la muchacha una cintita roja en el extremo de la trenza. Aquel día, Yong Suk, por primera vez en su adolescencia, lo pasó alegremente, jugando con sus coetáneas a balancearse saltando sobre una tabla.

Llegó la mañana siguiente.

—Bueno, hoy vamos a pasear hasta hartarnos.

La madre y Yong Suk se pusieron en camino.

La nieve caía en alud, se hundían en ella hasta las rodillas, todo el entorno aparecía envuelto en níveas cortinas Volátiles.

—¿Qué tal tu estado de ánimo?

—Resulta difícil expresarlo. Sencillamente, me siento muy bien.

—¿Bien? Por supuesto. Así debe ser cuando una va por su propio camino, aunque éste sea duro. Vamos a seguir así andando juntas.

—Madre, seguramente que sientes frío —se inquietó la muchacha, y sus mejillas se colorearon como manzanas sazonadas, a la vez que le limpiaba la nieve de los hombros, abrigados con un pañolón.

—No. Cuando voy de camino no siento el menor frío, ni siquiera me duelen las piernas.

La carita ovalada de la adolescente ardía de excitación, de sus purpurados labios, que parecían cerezas maduras, no desaparecía la sonrisa. Sus pies, metidos en toscas abarcas de paja trenzada, resistían la marcha por la vereda cubierta de nieve.

Así recorrieron cerca de setenta *ríes* hasta la puesta del sol. La madre reveló a Yong Suk un mundo nuevo, jamás visto. Al principio todo le parecía cerrado, igual que el interior de una fortaleza cercada por un pétreo murallón; luego se entreabrió una angosta rendija por la que, aunque acongojada, podía mirar al exterior. Cada palabra de la madre irradiaba calor a su corazón petrificado y lacerado; finalmente, abrió ante sus ojos miopes un ventanillo, para poder atisbar la cruda realidad de la lucha de clases. Por entonces todavía no era visible para ella el mundo entero, pero a través de aquel ventanuco podía conocer qué tiempo hacía, respirar aire fresco, iluminar su lóbrega existencia con una rutilante franja de luz.

Aquel día, la madre estuvo hablando hasta bien entrada la noche en

una reunión de afiliadas la Asociación de Mujeres.

Yong Suk, encaramada junto al hogar, removía con un palo líos tizones y, mientras observaba el juego de las danzantes sombras proyectadas en el suelo, captaba las palabras de la madre, que le llegaban del aposento contiguo.

—Si no expulsamos de la tierra natal a los samurais, que han ocupado nuestro país a sangre y fuego, no tendremos un solo día de sueño tranquilo ni podremos respirar libremente. Nosotros, el pueblo coreano, hemos decidido luchar con las armas en la mano contra los japoneses. A comienzos de este invierno, en Mingyuegou celebró nuestra juventud una reunión, en la que fue acordado crear la Guerrilla Antijaponesa. Ya es hora de que nosotras, las mujeres relegadas al olvido bajo el peso del yugo y la explotación, debemos combatir con las armas en la mano igual que los hombres…

Yong Suk, mordiéndose los labios, echó al fuego leña de abedul. Comenzó a chisporrotear la resina, rutilaron las chispas volátiles y empezó a salir vapor de la caldera grande.” Por el piso de la cocina danzaban alternativamente manchas rojizas y amarillentas. Cubriéndose las mejillas con las Palmas de las manos, la adolescente se puso a recordar su lejano pasado, reflexionó acerca de su vida presente. Cada vez con más fuerza, le desgarraba el alma el tormento de los amargos recuerdos. Su padre había muerto apaleado por un japonés, siguiéndole las huellas falleció su madre, tras un parto, atenazada por el hambre y el frío, y ella misma, desde que tenía siete años hasta el día de hoy servía de niñera.

—¡Ay!

Se estremeció al comprender, de pronto, que todo esto no obedecía a un destino fatal, sino que era el resultado de la arbitrariedad de gentes inicuas. Sobre esto había hablado la madre más de una vez, en la escuela

nocturna y por el senderillo que conducía al pozo. Como el agua remansada de un estanque, que empieza a fluir al quebrarse el dique, tomó aquella noche clara conciencia de que algo se había agrietado en su frágil pecho.

La noche era cerrada, pero la madre se trasladó a otra aldea, situada a veinte *ríes* de distancia.

Y nuevamente intervino en otra charla, y Yong Suk, sentada junto al hogar, volvió a escuchar las palabras que le llegaban de la habitación contigua por la puerta de paso.

Ante el fogón estaban el calzado y la bufanda de la madre.

Yong Suk arrancaba con las uñas las costras de hielo adheridas a las abarcas de paja usadas por la madre. Las suelas estaban congeladas, por encima tenían una fina capa de níveo polvo. La muchacha volvió a dejar el calzado donde estaba, desdobló la bufanda, cubierta de pequeños carámbanos, y se puso a secarla, aproximándola al fuego. Apareció vaho y luego se inició el goteo. Seguro que a la madre se le habrán mojado también los calcetines de algodón, sería bueno ponerlos a secar, pues hay que ver cómo estarán cuando las abarcas están que chorrean. Se le habrán congelado los pies, y eso con su mal del estómago: apenas prueba bocado durante el desayuno y la comida; otras veces queda en ayunas. Parece que toda su vida se la ha pasado así. ¿Cómo no enfermar? En cambio, a mí no me pillan los males ni siquiera siento el frío. ¿No podría hacerse que estos achaques de la madre se me pasaran a mí? ¡Si yo pudiera, al menos, convertirme en calcetines calientes para abrigar los pies de la madre! Ante la impotencia de no poder hacer algo para remediar esto, a Yong Suk le saltaron las lágrimas; extendió la bufanda entre sus rodillas y se puso a secar a la lumbre las alpargatas, sosteniendo una en cada mano.

¿Será posible, como dice la madre, que yo pueda empuñar un fusil,

luchar por la Patria, liberarla, estudiar y vivir igual que las personas?

¿Podré hacer esto? No, de mí no saldrá nada. ¿Acaso puede una simple cocinería coger un fusil y hacerse soldado? ¿Qué hacer, en caso contrario? ¿Seguir siendo igual toda la vida? Pero, suele decirse, que si una misma no arrima el hombro, no puede tampoco liberarse de su amarga existencia. ¿Y a qué cálido rincón llevar a la pobre madre? Hay que hacer algo, para cuidar mejor de nuestra sufrida madre. A mí no me asusta la muerte. Puedo dar la vida por una causa justa. Además, para qué vivir mucho tiempo en vano.

La madre salió a la cocina, cuando cantaban por segunda vez los gallos de la aurora.

De pronto, los soñolientos ojos de Yong Suk se aclararon, se levantó de un sobresalto, le dio a la madre el calzado que había permanecido ante el fogón y le tendió la bufanda sobre los hombros.

—Yong Suk, ¿ya es hora de ir a casa, no? Veo que te ha rendido el sueño.

—No, simplemente, yo…

Tras sus humedecidas pestañas resplandecieron sus ojos negros.

La madre, tras descender al poyo, sintiendo el agradable calorcillo del calzado y la bufanda, ya secos, miró hacia el sendero del campo abierto, donde retozaba la ventisca.

Se quitó de un tirón la bufanda y arropó con ella los hombros de la chica.

—¿Tienes frío?

—¡Madrecita! El frío no me hace mella.

—¡Bien, aguantaremos! También se puede resistir el frío. Todavía caminaremos más. Tendremos que caminar mucho por estas trochas.

La madre, tras de arropar a Yong Suk con la bufanda, comenzó a caminar, llevando de la mano a la adolescente.

Esta, siguiendo sus huellas, percibía en su pecho el galopar febril de su corazón. Junto a la madre, cualquier, noche de nevasca, podrían hacer mil, hasta diez mil *ríes* de camino. Los copos de nieve batían sus mejillas y se esparcían en desorden. Le ardían los carrillos y el roce de cada copo producíale una sensación enigmática.

Miraba conmovida a la madre, con los ojos invadidos de lágrimas.

—¡Madrecita! —Yong Suk hundió su cabeza sobre el pecho de la madre, asida a su cuello con los brazos—. Madrecita, ya he comprendido —y alzó hacia ella el rostro salpicado de llanto—. Ya he comprendido por qué necesito caminar por estas sendas cubiertas de nieve.

Cuántas varas de fresno habían roto en sus costillas, cuántos cabellos le habían arrancado los terratenientes, marido y mujer, pero siempre aguantó inconmovible las somantas y los escarnios, sin que a sus ojos asomara ni una sola gota de lágrima. Y ahora, a esta misma Yong Suk, se le estremecían los hombros sollozando.

—Está bien que lo hayas comprendido. Pareces una hiña mimosa —observó la madre, secándole líos lagrimones y mirándola con ternura.

—¡Yong Suk! Tranquilízate. Así no vale.

La muchacha irguió la cabeza. Los copos de nieve giraban volátiles en blancos pétalos. Todos ellos se le antojaban deliciosos y que, a su juicio, debían ser tan felices como ella, en aquel instante.

—¡Madrecita!

Yong Suk volvió en sí, sacudida por su propio grito: se había abrazado al tronco rugoso y gélido de un árbol.

Sonaron algunos disparos.

Jin Il Man, el jefe de compañía, se encontraba de pie, pistola en mano; a su lado, en fila, se hallaban cinco combatientes, apuntando al cielo con los fusiles.

Eran Choe Chil Song, Jin Bong Nam, Hye Yong, Myong Ok y Ok Nyo.

—¡Fuego!

Obedeciendo la orden de Jin Il Man apretaron los gatillos: "¡Pam, pam!"

Retumbaron las salivas de duelo, en homenaje a la madre de Corea, Kang Pan Sok.

Y tras el estampido de cada salva, en los ojos de Choe Chil Song, Jin Bong Nam, Myong Ok, de todos los guerrilleros reunidos en el bosque, brotaron nuevas lágrimas.

Por las atezadas mejillas de Jin Il Man volvieron a caer los lagrimones. Cerrando los ojos con amargura ordenó de nuevo:

—¡Fuego!

Los disparos, estremeciendo la selva, resonaron a lo lejos. Y Yong Suk volvió a quedar petrificada, en espasmo.

* * *

Llegó un comunicado urgente de Liangjiangkou.

Cha Kwang Su se hallaba entonces conversando con O Jong Hyok procedente de Fuerhe; por esta razón, al mensajero, lo tuvo que recibir Jon Kwang Sik.

Cuando el ordenanza se alejó, entró en la chabola, inclinándose, un hombre desgarbado de grandes ojos, con un sombrero roto en la mano. Sentado de perfil escrutó a Kwang Sik vestido de rústico uniforme de combatiente, pensando para sus entretelas: y éste es el mismo al que resulta tan difícil de encontrar. Poco después desgarró la costura del faldón de su blusa y extrajo una esquela. ¡Lo que le había costado llevarla a su destino!

Erró varios días por las montañas, en busca del destacamento guerrillero. Al fin, cuando lo había localizado, tuvo que perder algunas

horas para atravesar los cuatro anillos de la línea de vigilancia. Pero ahora se encontraba ya ante Jon Kwang Sik.

El comunicado procedía del compañero Yun, dirigente en Liangjiangkou de la Unión Antiimperialista; estaba en escritura diminuta.

Jon Kwang Sik encendió el candil hecho de un tintero, lo colgó sobre el palo que sostenía la chabola y aproximó el papel a la luz.

—Siéntese aquí y caliéntese. De paso, séquese el calzado. Lo tiene chorreando.

—A cruzar el riachuelo resbalé en una piedra… —el de los grandes ojos se expresaba ya con cierta flema; encendió, con parsimonia, un cigarrillo en el candil y comenzó a lanzar rosquillas de humo.

Yun escribía que durante largo tiempo estuvo vacilando: enviar o no el emisario, pero no hubo otra salida. A la esquela adjuntaba una carta de Om Chi Hwan, jefe de una sección del Ejército de la Independencia de Ryang Se Bong, dislocado en Tonghua.

"…Si no es posible enviarme a la guerrilla, entonces pido que transmitan al General Kim Il Sung, mis palabras textuales. En este caso él nos llamará inmediatamente.

Por lo que se refiere a que fuimos a recoger recursos para gastos de guerra y al hecho de que habiendo topado con los japoneses pudimos, por milagro, salir sanos y salvos, esto puede confirmarse fácilmente, recurriendo a Cha Kwang Su y Choe Chil Song.

Después, con algunos combatientes más, solicitamos que se nos permitiera pasar al ejército guerrillero, pero esto se nos fue denegado.

A mi parecer también el jefe militar Ryang Se Bong ardía en deseos de establecer contactos seguros con la guerrilla, mas, por lo visto, temió que le hicieran una mala pasada sus ayudantes y no se decidió. Su consejero Hwang había participado en el Gobierno Provisional en

Shanghai y resultó ser un elemento pro nipón que, confabulado con los japoneses, hizo fracasar nuestra causa. Yo le espeté en la jeta toda la verdad, antes de ejecutar a ese canalla.

La finalidad de alcanzar la independencia de Corea se malogró por semejante inmundicia. Teníamos que haber terminado con ella ya hace mucho, y abrirnos camino.

El jefe militar Ryang Se Bong, aplicando el pecho a la tierra —del que rezumaba abundante sangre— exclamó: '¡Ustedes tenían razón, en su deseo de pasarse al ejército guerrillero! Pero yo no pude apoyar el llamamiento del General Kim Il Sung y vean en qué estado me encuentro ahora. Para qué me hace falta vivir, si no pude respaldar su llamamiento; entiérrenme aquí mismo. ¡Entiérrenme, mientras respiro todavía! Y ustedes vayan al encuentro del General Kim Il Sung. La única disyuntiva para el Ejército de la Independencia de Corea es marchar mano a mano con el General. Él les recibirá, les acogerá con los brazos abiertos. Díganle que yo, Ryang Se Bong, merecí la muerte, al dejar la vida sin haber tenido tiempo para pedirle que me perdonara. Esta es mi única petición póstuma.' Y con los ojos arrasados de lágrimas exhaló su último resuello. Pero incluso después de muerto no se cerraron sus ojos…"

Continuar la lectura ya no tenía sentido, pese a ello, Jon Kwang Sik leyó el escrito de cabo a rabo.

Resultó que Om Chi Hwan, tras ajusticiar al consejero Hwang, aquella misma noche partió con tres de sus compañeros en busca de la guerrilla, y que el oficial Choe del estado mayor, reuniendo a varias compañías, se dirigió hacia el monte Paektu.

Jon Kwang Sik, tras enviar el enlace al lugar donde debía pernoctar, zanqueaba en la chabola, saliendo más tarde de ella. Debía informar urgentemente al compañero Comandante en jefe de estos

acontecimientos inesperados, pero las piernas no le obedecían. Sostenía en la mano La breve misiva, como si se tratara de algún objeto misterioso, increíblemente pesado. Deambuló largo tiempo entre los troncos del arbolado, imaginando cómo recibiría este parte el compañero Comandante en jefe. En primer lugar, seguro que le sorprendería, luego quedaría anodado por la pérdida que ello suponía para el movimiento antijaponés. A Jon Kwang Sik, quien más de una vez tuvo ocasión de escuchar las palabras del compañero Comandante en jefe acerca de la conquista del Ejército de la Independencia en la formación del frente unido nacional antijaponés, no le era difícil calcular lo que este evento le desazonaría. Sin embargo, debía, cuanto antes, comunicarle todo al compañero Comandante en jefe. Era preciso dominar la situación creada.

Jon Kwang Sik se dirigió a paso lento hacia la espesura del bosque, donde se hallaba el Cuartel General. Tras remontar el altozano, desde el cual se distinguía la lumbre, se detuvo. ¿Cómo informar?

El compañero Comandante en jefe estaba profundamente afligido por la muerte de su madre.

Concentrando toda su voluntad, como crispada en un puño, no daba a entender lo que sentía. Pero, ¿es que se le podía poner nuevamente el corazón, en vilo? Ya tenía suficiente con sus inquietudes. No en vano, cuando regresó de Xiaoshahe, se entregó a sus ocupaciones, olvidándose del sueño. Cierto que tampoco en otros tiempos tuvo pocos asuntos, pero durante estos días había ventilado el montón de los asuntos acumulados, varias veces superior a lo normal y por añadidura, cada noche se daba una caminata de más de setenta *ríes.* Visitaba las aldeas donde hacía poco se instalaron las bases de apoyo, examinaba el estado de cosas en las zonas semiguerrilleras y en las regiones controladas por el enemigo. El compañero Kim Il Sung se pasaba las noches conversando con los enlaces para informarse minuciosamente de cómo marchaba el trabajo

político en Hamhung, Wonsan, Chongjin y en otras ciudades dispersas por el norte de Corea; en los más importantes centros industriales, sobre todo, en las minas y tajos. Marchaba por escarpados declives hasta donde estaban Song Dok Hyong y otros compañeros, relacionados con el Ejército chino antijaponés de salvación nacional. Y pese a que por la dolencia que sufría en una pierna se le facilitaba un caballo, solo en casos extremos lo utilizaba: prefería hacer estos recorridos a pie.

Como más de una vez había afirmado Cha Kwang Su, la prematura muerte de la madre produjo en los guerrilleros un amargo remordimiento de conciencia. Había que haberle prestado mayor ayuda, para que pudiera trabajar sin llegar al agotamiento, y haberse preocupado para agenciarle buenos medicamentos.

Lo mismo podría decir sobre el caso de Ryang Se Bong. Ocurrió lo que ya había advertido el compañero Kim Il Sung, hallándose aún en Tonghua: que en el Ejército de la Independencia podían producirse las más inesperadas complicaciones. No obstante, hubo la posibilidad de proteger a Ryang Se Bong.

De haber apoyado nosotros debidamente el designio del compañero Comandante en jefe no hubiera habido esta víctima innecesaria, que aumentara su inquietud. Por lo que se refiere a los mandos del Ejército de la Independencia, su descomposición tenía infaliblemente que degenerar en discordias y pendencias, llegándose más adelante a los choques sangrientos. Por esto mismo había que prever que, en el desarrollo de este proceso, Ryang Se Bong podía resultar una víctima; y, con antelación, se debían haber tomado las medidas adecuadas. Tanto más tú, Jon Kwang Sik, por cuanto después de salir el destacamento guerrillero de Tonghua, te quedaste allí, por encargo del compañero Comandante en jefe, para conocer la opinión pública y atar los cabos. Y si entonces, interpretando con acierto la voluntad del compañero

Comandante en jefe, hubieras cumplido debidamente la tarea encomendada, habrías planteado Ha cuestión relacionada con los saboteadores infiltrados en sus filas y el aglutinamiento de las fuerzas progresivas. En caso necesario, haberte quedado allí, cumpliendo hasta el fin tu misión.

Total, que eres un estratega a posteriori. Por ello, tampoco en esta ocasión has podido cumplir debidamente la voluntad del compañero Comandante en jefe, perjudicando a la causa de la revolución, aparte del disgusto que le darás. Y pese a que ahora, te arrepientes con autoflagelación, esto no sirve para nada.

Jon Kwang Sik se volvió de espaldas y descendió en dirección hacia Cha Kwang Su. Se había conmovido tanto en un principio, que se olvidó incluso de aconsejarse con éste.

Cha Kwang Su y O Jong Hyok habían acordado que el destacamento guerrillero llegara cuanto antes a Fuerhe y, precisamente cuando salían de la chabola, se les aproximó Jon Kwang Sik.

Al encontrarse con ellos, bajo un árbol seco, tendió a Cha Kwang Su el escrito, indicando que eran noticias relacionadas con Ryang Se Bong.

—¿Qué nuevas hay? —Cha Kwang Su, con gesto de preocupación, cogió apresuradamente el comunicado, sintiendo, por lo visto, que algo malo ocurría.

—Dicen que cayó víctima en una red de agentes enemigos. Llegó, por fin, Om Chi Hwan.

—¿Cayó víctima?

—En esto tengo yo algo de culpa.

—¡Fíjate cuál ha sido su destino!

Penetraron de nuevo en la chabola, se sentaron guardando un silencio embarazoso. Por fin insinuó Jon Kwang Sik:

—Habría que comunicarlo inmediatamente al compañero Comandante en jefe.

—Yo no puedo hacerlo —saltó Cha Kwang Su, levantándose bruscamente del asiento—. Ve tú. Yo no puedo. Pero si es un gran error. Cómo podemos consentir que se inquiete nuevamente al compañero Comandante en jefe, en el estado que se encuentra. Cometeríamos una falta imperdonable. ¡Piénsalo tú mismo, compañero Jon! En lugar de aliviarle de la pena y la preocupación… Por lo demás, creo que a los dos nos embarga la misma pena… De todos modos, no puedo.

Cha Kwang Su se paseaba nervioso en torno al fuego. Parecía otro. En sus ademanes se notaba inhabitual desconcierto, aspereza incluso.

Pero Jon Kwang Sik comprendía a su compañero. Su estado de ánimo no era mejor que el de Kwang Su.

Jon Kwang Sik, tras esperar un poco, tuvo que marchar solo hacia el Cuartel General, cruzando el reteso.

El compañero Comandante en jefe andaba por el bosque. A través de la fronda se vislumbraban las estrellas. El Comandante en jefe advirtió a Jon Kwang Sik, cuando éste, cabizbajo, subía a su encuentro.

—¿El compañero Jon?

—¡Sí, mi Comandante en jefe! —Jon Kwang Sik se cuadró, mirando de frente— ¡Compañero Comandante en jefe! —avanzó otro paso, hizo el saludo militar y se quedó inmóvil en su sitio.

El compañero Comandante en jefe, notando a Jon Kwang Sik alicaído, se aproximó lentamente a él, le bajó el brazo y dijo con voz tierna para tranquilizarle:

—¿Qué les ocurrió ayer por la noche?

—Nada de particular —por la cabeza de Jon Kwang Sik pasó como un relámpago la idea del enlace que había regresado de Xiaoshahe y el

discurso de Cha Kwang Su, en memoria de Kang Pan Sok, pero decidió no hablar.

—Usted me comunicó que los combatientes se disponían a estudiar y, de noche, súbitamente, resonaron disparos. Envié a Pyon In Chol para saber lo que ocurría y regresó informando que todo estaba tranquilo. Y hoy ninguno de ustedes vino hasta mí. Me dejaron a solas todo el día.

—¡Compañero Comandante en jefe! —Jon Kwang Sik, tras retroceder un paso, articuló con voz quebrada— ¿Por qué no nos dijo ni una palabra? —Sus ojos se encendieron y en su voz se notó cierto tono de reproche—. Es lamentable, sencillamente. Será posible que del fallecimiento…, del fallecimiento de la madre…

Jon Kwang Sik se desconcertó por completo: “para qué había venido y con qué empaque le hablaba al compañero Comandante en jefe”. Sintió un nudo en la garganta. Avanzó impetuoso y, asiendo la mano del compañero Comandante en jefe añadió con voz de súplica:

—Compañero Comandante en jefe, ¿por qué no quiere compartir con nosotros su dolor?

De puro nerviosismo le falló la garganta y ya no pudo dar rienda suelta a todos sus sentimientos. Miró con sus ojos llenos de lágrimas al compañero Comandante en jefe y tendiendo los brazos, lo abarcó por los hombros.

En este instante, el compañero Comandante en jefe sintió que se le volcaba el corazón; tenía los párpados enardecidos. Volvió la cabeza a un lado.

Abrazado a él, Jon Kwang Sik musitó algo inarticulado, que aquél no pudo comprender.

Sólo oyó la respiración febril de Jon Kwang Sik.

Sopló el viento.

Las copas de los árboles se movieron susurrantes. Arreciaba el viento

y el bosque ululó cada vez más fuerte gozando del frescor del cercano invierno.

Con suave rumor, caían las hojas de los árboles que se iban posando en los hombros de los dos para deslizarse luego en la tierra.

*   *   *

O Jong Hyok, que ya había cumplido veintidós años, vivía hace tiempo en la aldea de Fuerhe.

Este pequeño poblado se hallaba en el camino de Antu a Dunhua. No lejos de él, a una distancia aproximada de cinco *ríes*, se ubicaba otro poblado igual, donde residía O Jong Hyok. Los lugareños llamaban a esta localidad "la trasera" y los forasteros denominaban estos dos poblados con el mismo nombre: Fuerhe. Este villorrio no se distinguía en nada de otros, sin embargo, O Jong Hyok aprovechaba cualquier ocasión para jactarse de su Fuerhe.

O Jong Hyok, terminada su entrevista con Cha Kwang Su, se dirigió hacia la hoguera, en torno a la cual descansaban los guerrilleros de la tercera sección en animada cháchara. O Jong Hyok, que tenía larga experiencia de trabajo clandestino, sabía adaptarse con rapidez a cualquier situación, entrar, en un dos por tres, en contacto con la gente. Se sentó en compañía de Cha Kwang Su cerca de la fogata, y, aprovechando la ocasión, montó en el matalón de su tema preferido: se hizo lenguas de Fuerhe. El mozo, por su aspecto exterior, se parecía mucho a Cha Kwang Su, pero sus caracteres se diferenciaban como la noche del día. Contrastando con Cha Kwang Su —meticuloso, tranquilo y precavido—, O Jong Hyok era dinámico, rápido en cualquier decisión. Si al primero se le podía, comparar con la muralla de una fortaleza erigida de piedras labradas con igual exactitud y del mismo tamaño, el

segundo se parecía a un muro de igual bastión, pero levantado de rústicos cantos.

O Jong Hyok tenía las cejas pobladas. Vestía un chaquetón de burdo cáñamo al uso de los campesinos montañeses de estos andurriales. Explayándose al hablar de Fuerhe destacaba que situado entre Antu y Dunhua, este lugar había sido uno de los puntos revolucionarios más importantes, que había jugado un gran papel en la creación de la Guerrilla Antijaponesa.

Toda una decena de guerrilleros, sentados en semicírculo a ambos lados de la hoguera, escuchaban con gran interés al narrador, por cuanto conocían que el destacamento se dirigía hacia esa población. Sabiendo de antemano que su relato absorbería la atención de los combatientes, O Jong Hyok aprovechó el momento: de pronto hizo una pausa, hurgó en su bolsillo, extrajo la petaca y, restregando con las palmas una hoja datilada de tabaco, lio un gran cigarro y empezó a fumar. Despidiendo rosquillas de humo por ambas fosas nasales se puso a contar, citando ejemplos, que poco tiempo atrás, con más exactitud, antes de la reunión de Mingyuegou, que tuvo lugar el año anterior, en el pueblo no había ningún género de vida: se encontraba en poder de la reacción.

O Jong Hyok abandonó su hogar, se pasó tres años en Longjing y en las aldeas próximas realizando trabajo ilegal. Después, por encargo de la organización regresó al pueblo natal. Él era el cuarto militante clandestino enviado a Fuerhe, habida cuenta de que, en el curso de pocos años, todos sus antecesores habían sido detenidos, por delaciones de los reaccionarios locales, sin que ninguno de ellos desarrollara su labor un solo mes.

O Jong Hyok dio su conformidad en el acto para cumplir el encargo de la organización pese a estar con el alma en un hilo y sentirse inseguro, pues aunque tenía alguna experiencia del trabajo clandestino, no se

diferenciaba en nada de los demás. A ello le indujo la circunstancia de tener allí su casa paterna, algunos parientes, el sentido de responsabilidad y la indignación que sentía por el estado en que se hallaba su pueblo natal.

—Y estaban las cosas de tal forma, que peor no se podía imaginar. ¿Qué debía hacer yo en tales circunstancias? —Se dirigió golpeando suavemente en la rodilla a Cha Kwang Su, que escribía algo en su cuaderno de notas. Luego prosiguió—: Cuando volví a casa, allá a finales del año pasado, sólo me ocupaba de ir cada día al monte a cortar leña; la llevaba a casa, encendía el fuego, me acostaba y largo tiempo me devanaba los sesos: qué hacer. Toda mi familia, desde luengos tiempos trabajaba la tierra que había roturado tras quemar la maleza, y como no faltaba mano de obra, no pasaba grandes apuros. Mas luego, todos mis hermanos se dispersaron, cada uno por su lado, y nos “arruinamos” un poquitín. Viví así un mes, y aquí empezaron a correr los rumores: está visto que a ese “idealista” le ha cansado el “movimiento” y ahora ha decidido ocuparse de la agricultura. Y yo me esforcé por dejar que rodara la bola: “Recorrí —les dije— las trece provincias de Corea a lo largo y a lo ancho y no conseguí nada. Roturaré esta tierrecita dura, amasaré un capital, y me largaré a la ciudad. En verano[1], si vienen bien dadas, trabajaré el terreno, en invierno haré carbón vegetal, cortaré leña; desarrollaré mi hacienda a todo meter.” Así empecé a jactarme a diestro y siniestro. Sin embargo, no me salió nada. Ya nadie confiaba en mí. Los agentes secretos me asediaban husmeándome. Yo, para camuflarme, en cada frase mencionaba el dinero. “Hay que hacerse con plata. Con dinero se puede comprar todo: el placer y el poder”. Ha, ha. En general, no me iban bien las cosas. No me daban crédito, no tenía compañeros. De manera que el cumplimiento de la tarea encomendada —revolucionarizar al pueblo—, pendía de un pelín. Pero en esto, va y me llega un aviso de

la organización. Volé al lugar clandestino convenido, como alma que lleva el diablo. Me llamaba el propio compañero Kim Il Sung. Me dijo que al parecer mi situación en el pueblo era muy complicada, que iríamos juntos para allá.

"Qué va, de ninguna manera", me opuse yo categóricamente, temiendo por su seguridad personal.

Ustedes saben perfectamente que poco tiempo después de que en Mingyuegou se trazara la orientación de armarse, todos nosotros, los instructores políticos clandestinos, fuimos a las entrañas de las masas, con la misión de preparar gente y conseguir armas. Por añadidura, el centro de todo esto era Antu, y Fuerhe, el punto de enlace, tanto geográfico como por lo que se refiere a la sede de la organización.

El compañero Comandante en jefe insistía en lo suyo, subrayando: "Alguien debe abrir la primera brecha, para allanar el camino de la ofensiva". Y yo le pregunté: "¿Usted quiere ir por algún tiempo o para quedarse allí?"

"Esto —respondió— lo decidiremos en el propio lugar, porque dice el refrán: Para cazar al tigre hay que ir a su cubil. A mi modo de ver, muchos compañeros fracasaron en su lugar de Ud. porque hicieron su trabajo demasiado a lo gentlemen. Nosotros dos seguiremos otro camino. Nuestro camino irá a los estamentos más humildes. Es decir, a los más bajos fondos", remató soltando una carcajada. Y yo ni siquiera podía imaginarme que él se quedaría en mi casa por largo tiempo para ayudarme.

Vestidos de campesinos fuimos los dos en trineo, por el camino que la ventisca había cubierto de nieve. Atravesamos el puerto y hacia el ocaso llegamos al pueblo. Le conduje a la alcoba más recóndita de mi casa y, al tiempo de servir la cena, entró precipitado un niño, sobrinito mío, que jugaba en la calle, diciendo que venían los samurais. Abrí la

puerta, salté afuera y veo que un destacamento de policía montada ya había traspasado los lindes del pueblo. Con sus fulgurantes sables a la cintura y los fusiles a la bandolera, seis polizontes avanzaban en hilera directos, por las huellas del trineo. “¡Qué desgracia!”, pensé temblando y corrí hacia el patio. En aquel momento el compañero Kim Il Sung bajaba del poyo ajustándose mi chaquetón guateado, lleno de remiendos, que yo había colgado en la parte exterior de la pared, y con una sonrisa en el rostro me preguntó. “¿Qué tal me va, compañero Cha? ¿Me parezco a un criado suyo?” Al momento cogió el hacha y se puso a cortar leña, sobre un tocón. Yo, desconcertado, iba y venía por el patio, sin ton ni son. De la calle, derribando la puerta, penetraban resoplando los caballos, rechinaban las espuelas. Me dominé y, fumando un cigarrillo, con las manos cruzadas en la espalda, salí muy campechano y pregunté la mar de tranquilo qué ocurría.

El narrador sopló el pitillo apagado, tomó de la hoguera un tizón encendido y prosiguió fumando.

—¡Ah, ahora está claro! —exclamó con viveza Jin Bong Nam, palmeando el hombro de Choe Chil Song, sentado a su vera—. ¿Recuerdas, Chil Song, que la pasada primavera se habló de esto? Parece que Cha Ki Yong, cuando estábamos en Riangziang, lo oyó de cierta comadre.

—Entonces no estaba yo para eso. El compañero Pak Hung Dok ya me había dado bastantes quebraderos de cabeza con el “Manifiesto Comunista”…

Choe Chil Song, que hacía en su cuaderno ejercicios de lengua materna, se pasó la palma de la mano por el tieso mato de la barbilla, esperando la continuación del relato de O Jong Hyok.

—¿Quién recuerda esto? Ahí está Yong Suk: ¡Compañera Yong Suk, acércate un minuto! —Jin Bong Nam hizo señas con la mano a la

guerrillera que pasaba cerca, decidido, por lo visto, a comprobar del nudo a las raíces del relato.

—¡Espera, compañero Jin! —le interrumpió Yong Taek, que estaba sentado a su espalda. Se impacientaba por seguir escuchando el relato de O Jong Hyok.

—¿No les retengo? —preguntó éste.

O Jong Hyok sabía captar el momento oportuno, para producir el efecto deseado con su relato: hacía algunas pausas y volvía de nuevo a acaparar la atención de sus oyentes. Dio una chupada al cigarrillo, abombando la boca como carpa que respira fuera del agua y con tono reposado prosiguió:

—Ahora lo recuerdo con calma, pero entonces me daba vueltas la cabeza, pensé que me volvía loco. Las piernas me flaqueaban, los ojos se me nublaron. En mi cholla sólo tenía una idea: la del fin. Decidí que vivo no me entregaría. Gracias a Dios llevaba conmigo la pistola.

"¡Eh! ¿Quién hay aquí de Antu?", gritó amenazante uno de ellos, que debía ser el mandamás, al tiempo que agarraba el sable. Sus ojos estuvieron a punto de salirse de sus órbitas.

En aquel momento sonaron golpes de hacha: era el General que partía la leña. Aquellos golpes me sonaron a mí como un llamamiento: "¡Sé valiente!"

"¿De qué Antu se trata?… Aquí sólo están los nuestros", contesté con tono imperturbable, haciendo una seña que venía a significar: si no lo cree, registre.

"¡Señor!", se dirigió entonces a mí el General, con el hacha en la mano. "¡Señor! Me siento algo indispuesto. ¿No se podría aplazar este trabajo hasta mañana?"

"¿Quién es?", preguntó el samurai mandón, dirigiendo su mirada hacia el viejo chaquetón guateado, lleno de remiendos. "¿Su criado?"

“¡Sí! ¡A sus órdenes!”, respondí sin titubeos.

Mientras tanto, esa jauría recorrió toda la casa, husmeando hasta en el último rincón. Golpearon las puertas, escudriñaron en la cocina, la alcoba, el porche; incluso repasaron la tinaja del agua, la chimenea y el horno.

Hasta el anochecer registraron dos o tres casas más y, al no conseguir nada, se largaron por donde habían venido.

Así, de improviso, el General se hizo “criado” en mi casa.

Por la noche, el General y yo, sentados en la habitación, a la luz mortecina de un candil, nos reímos a conciencia.

El General reparó en que poco antes, cuando se hallaba en Jiaohe, le había ocurrido un caso semejante, pero pudo salvarse ocultándose en una casa, y cuando llegaron a efectuar el registro se colocó a sus espaldas un niño y simuló estar encendiendo el hogar. “Pero esta vez —observó—, la situación era mucho peor, tuve que convertirme en criado. Con qué habilidad me contrató usted como criado —bromeó, soltando una nueva carcajada—. Y en Harbin, sabe usted, hice de gentleman; me hospedé en el mejor hotel, en el que sólo pasaba la noche, durante el día salía inadvertido, y me alimentaba de tortas baratas. Ya ve cómo marchan las cosas, de mal en peor”. De tal suerte nos pasamos riéndonos hasta bien cerrada la noche. Nos reímos hasta soltar el trapo.

Los guerrilleros escuchaban conteniendo la respiración, y cuando el narrador llegó al pasaje donde la jauría de samurais quedaron en ridículo, los oyentes estallaron en risotadas. Jin Bong Nam se reía tapándose la boca con la mano y Choe Chil Song, echándose hacia atrás, abriendo la boca de paren par.

—Ay, ay… —reía también Yong Suk, mostrando sus níveos dientes y apretando los puños sobre el pecho. Pese a que había tardado al comienzo del relato, pudo escuchar con qué astucia lograron que los

japoneses quedaran con un palmo de narices.

—Usted, compañero O Jong Hyok, resulta que no es de los pamemos —observó Cha Kwang Su, inclinando la cabeza y cubriéndose la boca con la mano. La verdad es que raras veces se reía.

—Les ruego que no se rían —advirtió O Jong Hyok continuando el relato—. Aquello no era para reírse. Si supieran lo que sudé entonces. Sólo les diré una cosa: después que el destacamento policíaco se largó, tuve que quitarme la ropa interior; estaba empapado.

Al día siguiente le dijo rotundo al General: "Le ruego que se vaya de aquí inmediatamente, ya me las arreglaré yo para cumplir el trabajo".

El General me respondió sonriendo: "¿Se habrá visto tal cosa, que el amo conceda solamente un día para partir leña y después, te vi y no te conozco? Al menos que me obligue a trabajar un mes, entonces verá lo que valgo y marcharán las cosas. Vaya, es mejor que me indique dónde se puede hacer leña. Hay que cortarla hoy mismo y traerla en el trineo". No me quedó más remedio que ir con él por leña. Iba andando y pensaba, para mis adentros: ya le convenceré en el bosque. El General se puso el chaquetón de marra, atravesó el pueblo por el centro conduciendo el buey con el trineo y subió al monte.

Continuamos de tal suerte algunos días y por el pueblo se corrieron los rumores: "El asunto está claro: si se ha hecho con un criado quiere decir que ha roto con el movimiento socialista", "No en balde se dice: quien dinero cuenta, con dinero sueña. Querrá hacerse rico". De este modo resultó que yo, en calidad de "amo" tacaño, y el Comandante en jefe, de bueno y laborioso "criado", nos granjeamos el aprecio general.

No obstante, después de esto, en mi papel de "amo", tuve que pasar no pocos apuros.

Cha Kwang Su terminó de anotar en su cuaderno, lo retiró y se volvió de cara al narrador. O Jong Hyok, suspirando profundamente, procuraba

reconstruir el cuadro vivo del momento más amargo. Empero, siendo impulsivo por naturaleza, no podía despacharlo todo ordenadamente. Y su relato se componía de escenas sueltas, mal ligadas entre sí, que a propósito y fuera de propósito, afectaba a muchos de sus paisanos.

—Vean lo ligeras de cascos que son estas comadres, íbamos de mañana por leña y ellas nos llamaban a gritos y nos pedían que rompiéramos el hielo del caminillo que conducía al pozo. Y yo, en este caso, tenía que desempeñar mi papel de "amo": me quedaba a la distancia prudente, sujetando el buey por la traílla, y el General, sin inmutarse lo más mínimo, machacaba dócilmente el hielo con el hacha.

A las comadres, aquello les venía a pelo. Empezaron a fastidiarnos cada día. Seguramente debían pensar: qué "criado" más obediente. A mí se me partía el corazón. Y el caso es que al General no le hacía mella: sin decir esta boca es mía, picaba el hielo con el hacha. Las muy frescas le rodeaban con alegres gorjeos: "dale aquí", "dale allá". Después del trabajo daba lástima verle: la cara llena de lamparones Y la ropa empapada. De cómo le quedaban las manos, vale más no hablar. Yo me pasaba el día entero echando maldiciones a las "ruines comadres", enviándolas en el alma, a todos los diablos habidos y por haber. Y en aquel entonces me llegaron como de lejos, las palabras del General que escribiera junto a una hoguera, cuando yo estaba talando árboles: "¡Compañero O! Romper el hielo no es capricho de unas mujeres pueblerinas, sino una exigencia de la revolución. ¿Es que las exigencias de la revolución se limitan solamente a esto? En caso de necesidad, a veces, la revolución nos plantea exigencias mucho más implacables y duras. Puede exigirnos la entrega de la propia vida, igual que romper el hielo, y nosotros debemos de estar dispuestos a ello sin vacilación." Entonces, yo volvía a ahogar mi enojo, cortaba leña y custodiaba al General que, ora escribía, ora se entrevistaba con enlaces o conversaba

con jóvenes braceros del pueblo, hasta las tantas de la noche.

En aquellos tiempos, también ocurrieron con él otras aventuras semejantes.

En una ocasión, hacia mediados de enero, cuando había cesado de nevar, en casa del añoso molinero se organizó una ceremonia nupcial. Todas las comadres de la localidad se ocuparon en la preparación de la fiesta: molieron grano, hicieron la masa para las tortas de arroz y buñuelos. Y en pleno ajetreo, mandados por el vejete Jong —que era el factótum del pueblo—, vinieron unos rapaces y nos comunicaron: "Pide que usted le mande su criado en seguida". "¿Para qué?" —me interesé yo. Me respondieron que faltaban manos para batir la masa destinada a las tortas. Como este provecto Jong tenía gran ascendencia entre el vecindario, y en él yo había puesto los ojos con el deseo de atraerle a mi lado, no podía denegar la petición. Se lo comuniqué al General y él, ni corto ni perezoso, salió en el acto, hacia allá.

Ahora, este Jong es el vicepresidente de la Asociación de Campesinos y un excelente activista, pero a la sazón era un redomado aguafiestas, un pez gordo de cuidado. Insistía en que de ningún modo debía tolerarse que hubiera comunistas en Fuerhe. Si aparecen aquí tales ideólogos —decía—, a buen seguro que nos asaltarán los japoneses y entonces sucumbirá gran número de personas en un pogrom. Mejor que atrapen a unos cuantos "ideólogos". No hay por qué arriesgar al pueblo entero. Además los sabuesos seguían con cien ojos los pasos del viejo y le sonsacaban todos los secretos de las personas desconocidas que aparecían en la localidad.

Ocurrió una vez, debido en cierto modo a que yo no me supe contener, que le regañé al viejo en la cara. "Tú eres un reaccionario de tomo y lomo". Él se tiró a tierra y suplicó a lágrima viva: "Yo también estoy con la nación coreana, pero ya que tú me miras con esos ojos, será

mejor que me cuelgue”. Me costó disuadirle de su propósito.

Así que, en el espacioso patio de la casa destinada a celebrar la ceremonia nupcial, bien sujeta se hallaba la piedra para batir la mesa. Sobre ella volcaron el pasto de almorejo cocido, que desprendía denso efluvio. Primeramente lo amasaron. Luego, entre tres personas, de pie en torno a la piedra, con mazas de madera, comenzaron a batirlo. El viejo Jong, sentado en la terraza al descubierto, con una larga pipa en los dientes, ligeramente bebido, les buscaba las cosquillas a todos aquilatando el mérito de cada maceador: a éste le calificaba de sobresaliente, a aquel de aprobado, etc. Como había nevado, al levantarse viento arreció el frío, el almorejo se endureció rápidamente y, por más que lo batían, todo resultaba en vano: se disgregaban los granos. Gastaban muchas fuerzas, pero la masa no se ponía a punto, como era necesario. Las comadres murmuraron impacientes que se había elegido un día pésimo.

“Que nos muestre sus arrestos el criado de Jong Hyok”, mascculló fatuamente el viejo Jong. Uno de los jóvenes, le pasó el mazo al General y se retiró a un lado, para secarse el sudor. No hubo otra salida: el compañero Kim Il Sung cogió el mazo.

“Por los arrestos del peón se adivina su cotización”, objetó el vejete, escrutando de reojo al compañero Kim Il Sung. Estaba claro a todas luces, que trataba de observarle, sin perderle de vista. ¡Mofarse así del General en mi presencia! Yo me sentí enfurecido, pero pude contenerme. ¡Podía haber hurdido alguna trampa el carcamal! Me entraron ganas de echarle una bronca y volverme a mi casa.

El compañero Kim Il Sung dejó caer el mazo varias veces. Se aclaró, al momento, que él no era lo que se dice, un maestro en el batido de la masa.

“¡Ay, ay, ay!”, musitó el carcamal. Resultaba harto sospechoso el

hecho de que un criado no supiera hacer eso. En aquel trance le quité bruscamente la maza de las manos al General. “No hay por qué avergonzarse —exclamé—, podías haber dicho que te dislocaste la mano partiendo leña”, y me puse yo mismo a macear la masa. Yo, tampoco salí airoso de aquella faena. Pero hacia mí, como era de cajón, nadie tenía pretensiones. Solamente torcieron el hocico y murmuraron entre dientes: “señorito”.

Tras la puesta del sol invitaron a los faeneros a cenar. Todos ellos se sentaron a la mesa, en la habitación. A mí, lisa y llanamente, me sirvieron la cena en una mesita baja, pasándome por añadidura una escudilla de bebida casera. El General, sentado sobre una piedra del poyo reparaba sus desgastadas alpargatas. Pero nadie le invitaba a que pasara al aposento. Poco después apareció en el patio una mujerona de Kanggye, conocida por su torpeza, con una escudilla de bronces llena hasta los bordes de tortas y la entregó al General diciéndole: “Come hasta que te hartes. En cuanto a la incomodidad de sitio, no es cosa grave”. En el rostro del General se esbozó una embarazosa sonrisa, y a mí me produjo un dolor tan insoportable, como si me hubiera dado un martillazo en la cabeza; en una palabra, sentí esa humillante discriminación de clase. ¿Se imagina usted, compañero Cha Kwang Su, la indignación que me produjo?

Salté del asiento como lanzado por un resorte. Las manos me temblaban, me ardía la sangre en todo el cuerpo.

“¡So bestia! ¿Para qué humillas a las personas?”

No recuerdo lo que armé después, pero, pasado algún tiempo, vi que los amigos me sujetaban, gritando: “aguaste la fiesta”, “le bastó una escudilla para perder la chaveta”, “tan razonable él, y, por sus malas ideas, se hizo de pronto un gamberro”, “si está ya bebido es que el festín ha sido abundante”. Resultaba gracioso observar a la comadre de

Kanggye. En sus grandes ojos siempre se retrataba el miedo, pero a cada paso escandalizaba por cualquier cosa. Fue precisamente ella la que más nos atosigó, cuando las comadres nos obligaban a romper el hielo. Había que verla cómo empezó a vocear, dejándose caer en el suelo de la cocina y tapándose la cara con los bajos de la falda, cómo se excusaba alegando que se había compadecido del pobrecito criado y que por eso le había dado doble ración de tortas. Toma, para que os riais.

Los combatientes prorrumpieron en carcajadas. Jin Bong Nam rio hasta saltársele las lágrimas. Luego, recobrando, preguntó, golpeándose el pecho, dónde se hallaría a la sazón la comadre de Kanggye.

Pero O Jong Hyok no estaba para bromas. Con severa expresión en el rostro, aplastó bajo el pie la colilla y echó una ojeada al cielo, en el que apenas se vislumbraba la luna con mateado cerco. Empezaron a caer algunos copos de nieve.

Había entrado la noche. Nevaba. El narrador se apresuró para terminar su relato:

—La cosa no estaba, en modo alguno, como para echarse a reír. Apoyado por los amigos crucé a zancadas el patio, donde aún yacían, en desorden, la escudilla y las hojuelas, llegué a mi casa y me dejé caer. Guardé tres días cama. Por si fuera poco, recibí del General un contundente rapapolvo.

No recuerdo bien sus palabras textuales, pero el sentido no he olvidado.

…El humillado fui yo. Pero, ¿qué será de la causa revolucionaria, si el comunista que se entrega en cuerpo y alma a la transformación de la sociedad, se permite tales desaguisados, y no es capaz de contenerse en los minutos de indignación? Hoy día está puesto en el tapete el destino de nuestra Patria, de manera que ahora no estamos para ofensas personales. Incluso en estos minutos, mientras nosotros alborotamos

aquí, están cayendo muchos compatriotas nuestros, derramando su sangre.

Todos los compañeros que hasta ahora han trabajado en estos lugares, seguro que se ocuparon en “operaciones clandestinas”, con pariguales métodos. Darle a la lengua, sin tener en cuenta el lugar y tiempo, actuar sin tomar en consideración el grado de preparación de las masas, pasearse lujosamente ataviado por una aldea, en lugar de penetrar en la propia entraña del pueblo, no sirve para nada.

En su comportamiento de Vd. no hay ni pizca de espíritu de clase del proletariado, ni de actitud partidista…

Yo reconocí plenamente mi error… Y el General, igual que antes, prosiguió acarreando leña, rompiendo el hielo del caminito que conducía al pozo, ayudando a los vecinos en sus quehaceres y, con cautela, prosiguió impulsando nuestra causa.

Y he aquí, que, hacia Fuerhe, este pueblo que antes casi nada conocía, convergen todas las organizaciones revolucionarias.

La brecha fue abierta; empezó la ofensiva. A principios de febrero, cuando el General abandonaba el pueblo, sonaron en pleno día las canciones revolucionarias. El ejemplo de Fuerhe se propagó a todas las poblaciones adyacentes al río Tuman y, finalmente, llegó el 25 de abril. Así es Fuerhe, poblado que ustedes mismos, compañeros, conocerán pasando en él algunos días.

Terminado su relato, O Jong Hyok se despojó del blanco chaquetón guateado, bajo el cual llevaba otro.

—Miren. Con esta andrajosa prenda realizó el General su labor.

Todos los guerrilleros se levantaron a palpar el tosco y deteriorado tabardo.

Observaban atónitos la espalda, los faldones, las mangas, como si contemplaran algo insólito. Y Cha Kwang Su, profundamente

conmovido, no cesaba de asentir con la cabeza, como dando a entender que para él estaba claro por qué O Jong Hyok no se quitaba de encima ese chaquetón.

Nevaba. Del cielo plomizo caían suavemente grandes copos de guata, que se posaban en las ramas de los árboles, en los hombros de O Jong Hyok, que deambulaba por el bosque junto con Cha Kwang Su; sobre la chabola donde se disponía a pernoctar Choe Chil Song, quien repetía para sí, con orgullo “¡Criado! ¡Criado!”, y en las mangas de Yong Suk, que aún permanecía junto a la hoguera, quizá porque no se le habían restañado del todo las heridas del corazón, pese a que tanto se había reído aquella noche larga.

* * *

Todo el pueblo bullía en animación festiva.

Desde los aledaños al barranco había una distancia aproximada de quince *ríes*, pero el viejo Jong ya la había recorrido dos veces aquel día. Pasaba los cincuenta años, pero su espalda se mantenía enhiesta. El viejo se hallaba pletórico de energías y, por su indumentaria y poste apenas se diferenciaba de un hombre de mediana edad. Desde que se hizo más sociable, cambió su larga pipa por una corta boquilla, y sus pantalones parecidos a un paraguas plegado, por otros, de montar. Desapareció de su cabeza el gorro cónico, primorosamente tejido de crin caballar y ahora ostentaba un sombrero usado de ala, al sesgo.

El viejo Jong recorrió todo el pueblo, casa por casa, forzando la preparación de la fiesta. Nada le gustaba del todo; todo le parecía que iba demasiado despacio. Quiso torcer en dirección a la casa del molinero, cuando se encontró con Han In Gol, responsable de la Juventud Comunista.

—Parece que la Asociación de Campesinos se prepara a conciencia para el recibimiento —observó, como de pasada, Han In Gol, primo hermano de O Jong Hyok, responsable de la organización distrital del Partido.

El pícaro viejo que no tenía pelos en la lengua, dijo:

—Su chufleta la veo de cabo a rabo. En balde, a mi juicio, los jóvenes miran con desdén a la Asociación de Campesinos, eso no está bien.

—A nosotros no nos queda más remedio que seguir el ejemplo de la Asociación de Campesinos. A propósito: ¿es verdad que ustedes se disponen a sacrificar una vaca para el convite?

—¿Quién ha dicho eso? —el cincuentón hizo una mueca y puso incluso los ojos en blanco, pero se veía que en el alma estaba satisfecho.

—Lo comenta todo el pueblo. La Asociación de Campesinos piensa, por lo visto, adelantarse en la organización de este recibimiento a la Juventud Comunista, la Unión Antiimperialista, la Asociación de Mujeres y otras organizaciones, para quedar los primeros.

—De vosotros sí que se puede esperar una mala pasada, en cambio, nosotros no nos ocupamos de tales cosas, ¡ha, ha!

El viejo Jong, tras perder de vista a Han In Gol, se acercó a la vivienda del molinero. Por sus puertas entraban y salían presurosas mujeres jóvenes con las blusas arremangadas. En el patio se hallaban las tinas con grano, parte del cual la habían puesto a remojo para que se hinchara, mientras en el molino, bien sujeto en el traspatio, molían el arroz y cernían la harina. Las mujeres de edad avanzada, congregadas en un cuarto, se ocupaban de las labores de costura, parloteando ruidosamente: esta iba colocando la guata, aquella cosía a máquina la parte superior de las prendas, la de más allá, volviendo las costuras del revés, sobrehilaba.

Al entrar en la casa, el viejo le gritó con voz cascada a una comadre

de blusa negra, que apareció en la puerta de la cocina.

—Con vuestra cachaza no acabaremos a tiempo, mientras las de “la trasera” hace ya mucho que terminaron los tabardos guateados, los calcetines de abrigo y ya están cosiendo las bolsas para el tabaco…

Cuando llegó a “la trasera” elogió a las mujeres, con las cuales acababa de departir. Así de pícaro era el viejo.

Caminando cerca de él la comadre de Kanggye, con una tina llena de lavazas, se apartó a un lado, esperó que pasara el viejo Jong, después vació la tina, y se encaró con él, espetándole.

—Oye, vicepresidente, di la pura verdad a la cara: ¿es que no te hemos complacido en algo?

La comadre acababa de Cumplir sus veintinueve y había echado tantas carnes, que presionadas por sus macizos pechos, parecía que de un momento a otro, se le iban a reventar las presillas de la blusa. De sus rosáceos brazos arremangados le caía al suelo arroyuelos de lavaza, mancillándole las piernas desnudas, hasta las alpargatas de paja. Por su edad era casi el doble más joven que el viejo Jong, no obstante, cuando se encontraban los dos, empezaban las disputas. En cambio, cuando por cualquier motivo el viejo se hallaba en un aprieto, lo primero que hacía era visitar a la comadre de Kanggye, presidenta de la Asociación de Mujeres.

El viejo Jong supo por boca del responsable de la organización distrital del Partido que el destacamento guerrillero debía llegar aquel mismo día por la tarde o la mañana siguiente, temprano, de modo que los preparativos, realmente, no andaban muy rezagados. Mas, por si acaso, no dejaba a nadie en paz.

Es verdad que las mujeres no le hacían demasiado caso.

—Sois unas remolonas, pero ¿qué vais a hacer cuando de repente aparezcan los guerrilleros?

—Salte del cargo, ya que la Asociación de Campesinos no es capaz de disponerlo todo a tiempo. La Asociación de Mujeres ya cumplirá su tarea —estas palabras le tocaron al viejo en la llaga. Tras pronunciarlas la presidenta le guiñó el ojo a la afiliada de la Asociación de Mujeres, que aparentaba su misma edad y permanecía de pie a su lado con una criatura sujeta a la espalda.

—Pues sí que empezamos bien. La juventud no tiene ni sombra de respeto, incluso las afiliadas a la Asociación de Mujeres no hacen más que mofarse de nosotros. ¿Quiénes son, a fin de cuentas, estas militantes de la entidad femenina? ¿Acaso no son cerealistas, eh? —estalló el viejo señalando a su colocutora con la boquilla.

—Bien, son cerealistas, pero la mujer es siempre mujer —la presidenta dio un paso adelante, arreglándose el moño.

—¡Mira ésta! ¿Sabes tú a quién debe su existencia, vuestra Asociación de Mujeres?

—¿Y es que tú no sabes que no hubiera un cerealista, si no hubiera una mujer? —la de Kanggye volvió a guiñar el ojo a su coetánea.

—Te vas demasiado lejos.

Llegaron a todo correr unos chiquillos, diciendo que ya volvían los paisanos, que habían ido al mercado.

Al viejo Jong, boquilla en mano, le entró, de pronto, la prisa y se lanzó a pasitrote en dirección al camino real. Efectivamente, cruzando el altozano, levantando una polvareda de nieve, irrumpieron en el pueblo dos largos trineos.

—Todo parece indicar que venís de buena suerte —en el rostro del viejo, encendido por la disputa resbaló una sonrisa, le temblaron las guías del bigote.

En un abrir y cerrar de ojos, los trineos entraron en el patio. Dos jóvenes, quitándose las toallas de la cabeza, saludaron a la gente que les

rodeaba; un poderoso buey, cubierto de escarcha, tras hinchar el voluminoso vientre, cabeceó con su cornamenta descomunal.

—¡Sois unos bravos! Supongo que no os habrá ocurrido nada, ¿verdad?

—Nos echaron una mano las organizaciones locales —respondió un joven espigado, secándose el sudor—. De manera que no hubo necesidad de extenuarnos.

—Pues yo pasé en ascuas la noche entera. Y es que se puede esperar cualquier cosa en la actividad clandestina.

—Y la nieve nos ayudó estupendamente en la carrera del trineo.

—Nos sonrió la suerte a los de Fuerhe. No en vano reza un antiguo refrán: el feliz dondequiera que caiga se encuentra con la cubeta de tortas.

—¿Qué tal, pueden pasar? —el segundo joven abrió un saco, extrajo de él un par de calzado nuevo de labor que olían a goma.

—Habrán escogido, naturalmente, de las más grandes, ¿no es así? Porque conviene trabajar con peales de abrigo, para que no se hielen los pies —el viejo Jong tomó en sus manos los zapatos y, echando la cabeza hacia atrás, los examinó al sol.

—Todas son mayores del número once.

—¡Repito que sois unos bravos! —cabeceó el viejo en señal de aprobación, abriendo la boca y mostrando sus dientes ennegrecidos por la nicotina, con las raíces descarnadas.

Alguien volvió a gritar:

—El puesto de observación ha dado la señal. Parece que vienen los guerrilleros.

—¿Qué?

—Allá, por el bosque, han aparecido hombres armados.

—¿En dónde?!

—Por allá; ahora no se ven. Mire, de nuevo aparecen.

Al viejo le danzaron sus diminutos ojos, bajo las cejas semiencanecidas; al fin, sobre el fondo de la pendiente cubierta por una blanca colcha, vislumbró de cinco a seis figuras, con fusil al hombro.

—¡Son guerrilleros!

Luego, desde el puesto de observación dieron una nueva señal con gallardetes.

—Venga, llama a O Jong Hyok y al presidente de nuestra Asociación de Campesinos, que estará en la casa en cuyo patio hay un peral. ¡Que venga también la presidenta de la Asociación de Mujeres! ¡Vete, rápido!

La multitud que se hallaba en el patio se esparció en un instante. Todas las puertas se abrieron, saliendo alborozados los vecinos. Las muchachas, con labores de costura en las manos; las mujeres, con los brazos empolvados de harina; los niños, sosteniéndose los pantaloncitos por la cintura; los ancianos, que sólo movían los brazos y cuyas piernas apenas les obedecían; los ardientes jóvenes, todos se lanzaron al camino que conducía a los aledaños del pueblo.

O Jong Hyok, con su gorra de piel de perro, ladeada, que, por lo visto, acababa de regresar de fuera, envió recadero a “la trasera” y a una aldea ubicada tras la montaña; comenzó a meter prisa a los vecinos, para que prepararan el solemne recibimiento.

El viejo Jong salió corriendo al tiempo que regañaba a la molinera porque “debido a su estupidez se habían demorado los preparativos”.

Delante, avanzaba la patrulla de cabeza, formada por algunos combatientes; tras ella se extendía la larga columna descendiendo por la pendiente de la montaña, en dirección directa hacia el pueblo. En los hombros de los guerrilleros brillaron deslumbrantes los fusiles, bajo los rayos del sol poniente.

—¡Hurra! ¡Hurra! —aclamó el vecindario.

O Jong Hyok corrió al encuentro de los guerrilleros; agitaba los brazos de tal modo, que parecía que de un momento a otro se le fueran a desprender de los hombros. Le siguieron los responsables de las organizaciones sociales y los jóvenes.

Los guerrilleros salieron de la trocha montañosa al camino vecinal; hicieron alto, formaron filas y se dirigieron hacia el pueblo.

La cabeza de la columna ya había atravesado el arroyo, mientras su cola se perdía tras la presa ribereña, allá a los pies de la montaña. Hacia el final de la columna se vislumbraba el bayo, sobre cual O Jong Hyok reconoció en seguida al General.

—¡Paisanos! ¡Viene el General Kim Il Sung! —gritó O Jong Hyok. Hasta entonces no había dicho a nadie que a los guerrilleros los conduciría al pueblo el propio General.

—¡El General! —se escucharon los clamores de la multitud enardecida.

Desde que entró la primavera, aquí no se habló ya de otra cosa que no fuera la guerrilla, mencionando cada vez al General Kim Il Sung. Pero encontrarse con él todavía no lo habían conseguido. Por esto, su inesperada aparición impresionó tan profundamente a todos.

Por fin, la cabeza de la columna entró en el pueblo.

La noticia de que venía el General Kim Il Sung se propagó como el relámpago por toda la localidad, todas las miradas se dirigían hacia él.

—¡Viva el General Kim Il Sung!

—¡Viva la Guerrilla Antijaponesa!

Aclamaciones, aclamaciones…

Los niños saltaban de júbilo. Las mujeres se secaban las lágrimas con una mano agitando la otra, y los ancianos, con los brazos tendidos hacia adelante, hacían, sin cesar, inclinaciones con sus cabezas canas.

El viejo Jong apartó de un empujón a un joven que tenía delante, se

alzó a un promontorio y se puso a agitar los brazos.

—¡Será posible! El General Kim Il Sung viene hacia nosotros. ¡El General que salvará a nuestra nación ha aparecido en este lugar recóndito! —El viejo jamás había sentido tal emoción y júbilo que se apoderó de él al recibir al tan esperado Líder.

—Mi General —el viejo hizo una profunda reverencia al hombre de apuesta figura, que venía a pie, pues se había apeado del bayo ya a la entrada del pueblo.

El General se inclinó ante el anciano, acarició las cabecitas de los niños, y siguió adelante.

La comadre de Kanggye, que había llegado corriendo, debido al retraso, se bajó las mangas de la blusa, y, a codazos, se abrió paso entre la gente.

Deslizó la mirada por la columna que ya había entrado en la población, pero no pudo comprender de ninguna manera quién era el General.

—¿Dónde está el General? —preguntó empujando como si tal cosa a un joven, y avanzó hasta que se acercó a la columna.

—Allí está el General —le respondió virándola hacia un lado un guerrillero de mediana estatura y cara cetrina.

La mujer se precipitó hacia el final de la columna. Pero era igual: no le conocía y ya había pasado casi toda la columna. Los combatientes avanzaban confundidos con los vecinos, entre los que se hallaba también O Jong Hyok. Ella, sin pensarlo más, paró a la primera guerrillera que encontró, preguntándole quién era el General.

Yong Suk señaló al General que iba detrás de varias personas, respondiendo a los saludos de la multitud.

Al ver a un hombre de uniforme verde, de elevada estatura y agradable rostro, la mujer de Kanggye se deslizó lentamente hacia el

suelo y, arrodillada, le hizo una profunda reverencia.

—¿Qué tal vive, están bien los suyos? —oyó sobre su cabeza una voz recia de bajo timbre. La mujer, enderezándose, miró hacia arriba.

—¡Oh! —se quedó boquiabierta, haciéndose hacia atrás.

Conocía aquel rostro. Era aquel que sonriendo, rompía con el hacha el hielo del caminito que conducía al pozo. Sin género de dudas era el mismo rostro que la mirara a ella en aquel patio donde se celebraba la boda, cuando le sirvió la escudilla de tortas de arroz. Sí, y su voz era aquélla. Se quedó como una estatua contemplando atónita la figura del General que se alejaba; al fin se volvió hacia las mujeres que se encontraban junto a ella.

—¡Ay, las cosas que ocurren en este mundo! —masculló en voz alta, golpeándose las palmas—. ¿No era el General aquel mismo criado de O Jong Hyok? —diciendo esto se sorprendió ella misma de sus disparatados pensamientos; con sus grandes ojos negros, se puso a mirar hacia todos los lados, como interrogándose: quién dice semejante estupidez.

—¿Qué sandeces son esas? —le preguntó con voz atiplada, apretándole el hombro, la impulsiva comadre de Bukchong

—Vecina, ¿no te parece que estoy loca?

—¿Pues?

—Digo que… ese General que acaba de pasar por aquí se me ha parecido a aquel criado que tuvo O Jong Hyok…

—Escucha: ¿no estarás loca de verdad?

—Eso es lo que me pregunto yo: si no habré perdido el juicio.

Entre tanto, los guerrilleros llegaron al espacioso patio de O Jong Hyok, se dio la orden de romper filas y se fueron preparando para el descanso.

Los presidentes de la Unión Antiimperialista, de la Asociación de

Mujeres y otros dirigentes, de la localidad, encargándose cada uno de varias viviendas, comenzaron el alojamiento de los guerrilleros, y el viejo Jong se puso a llamar a las mujeres y muchachas, que se habían ido a ver los guerrilleros, para que prepararan la pitanza.

En todas las casas, las dueñas abrían las puertas de las cocinas, acarreaban leña y encendían los hornos. Ante cada pozo se congregaban las mujeres, para abastecerse de agua. Los pequeños rodeaban a los guerrilleros alojados en sus viviendas, reían y parloteaban todos a un tiempo.

El viejo Jong marchó a "la trasera" y, de regreso, apenas dobló la esquina del molino, cuando se encontró con la comadre de Kanggye, que llevaba un cántaro de agua vacío.

—Qué, tío Jong, ¿has visto al General?

—Por supuesto, hasta nos hemos saludado.

—¿Y no te pareció que era un conocido? —insinuó ella con rodeos, sin decidirse aún a compartir con el viejo su descubrimiento.

—No solamente conocido. Incluso antes, cada vez que oía hablar de él, me lo imaginaba precisamente así. Al verlo de cerca, en seguida he comprendido que un hombre tan relevante salvará a nuestra nación. Es joven, apuesto y garboso. Alto, los ojos radiantes, en sus labios siempre aflora la sonrisa. Ahora nuestra Corea se considerará independiente. De veras, ante nosotros se ha abierto la inmensidad. Te digo[1] que está abierto el vasto camino, para avanzar por él miles y decenas de millares de *ríes*.

El viejo ora se llevaba la pipa a la boca, ora la sacaba apagada ya minutos atrás. Con este empaque se esforzaba por expresarse como un resabido, removiendo el batiburrillo de su memoria.

—A mí me parece que vi al General en la pasadla primavera en casa de O Jong Hyok.

—¡Vete, sabes dónde! —se enfureció el viejo, abriendo los brazos y resoplando, como dispuesto a prenderla.

—¿De qué te asombras, tío Jong?

—¡Ya te enseñaré “de qué”! Había que arrancarte esa maldita lengua.

—¡Ay, válgame Dios!

—Ya me percato de dónde sopla el viento. Francamente, son una desgracia estas chismosas. ¡Ya había entreoído yo estos absurdos rumores que suenan a cuco otoñal y a cada comadre de esas que me eché a la cara le paré los pies; ahora vienes tú! En parte por ese asunto me fui a “la trasera”. De tales habladurías no hay gran trecho hasta la desgracia que caerá sobre nuestras pobres cabezas en Fuerhe.

Al viejo se le crisparon los puños, estuvo a punto de descargarlos, y la comadre se largó a salto de mata, por el caminito del pozo.

—¡El General, criado de O Jong Hyok! ¡Oh, malditas! —refunfuñó el viejo y encendió la pipa. Se le había subido la sangre al rostro—. Serán tus orejas de oro cuando oyen que la revolución la hacen los pobres. De todos modos, ¡es que se pueden decir tales barbaridades! ¡Lengüateras, habría que exterminarlas a todas ellas hasta la tercera generación!

Decidió rotundamente que, pese a sus ocupaciones, pararía en seco a esa mujer. Por eso, tras esperar a que ella regresara con el agua, le puso las peras a cuarto.

—Con tal de que sigas con esos bulos te moleré los huesos.

—Basta, tío Jong.

—Ya digo yo que la Asociación de Mujeres debe aprender de la Asociación de Campesinos.

—Basta. ¡A ti mismo te llamaban hace poco reaccionario! —soltó resuelta la comadre, y se fue, frunciendo el ceño.

Tras aprovisionarse de agua cogió una escudilla y se encaminó hacia la vivienda de O Jong Hyok, donde se había alojado el General, so

pretexto de que necesitaba una gotita de salsa de soja para condimentar. Entrando tramó conversación con la madre del dueño, tratando de fisgar lo que se hacía en la pieza contigua. De allí le llegaban conversaciones y risas atenuadas, pero, por mucho que se esforzaba, no podía ver al General. Si al menos hubiera pedido agua, habría sido lo suficiente para conseguirlo, mas resultó todo en vano.

Ella creía supersticiosamente que en los asuntos importantes no se debían meter las mujeres, pues de lo contrario no saldría nada bueno. Pese a ello, intentó varias veces echar una ojeada a la habitación, pero se volvió a su casa sin poder ver nada, con la escudilla de salsa de soja.

*   *   *

Anocheció.

Todo el vecindario se congregó en el patio de O Jong Hyok, limpio de nieve y cubierto de esteras. Bajo los aleros de la casa pendían farolillos: el patio estaba tan iluminado como si fuera de día. En la primera fila de asientos se acomodaron la comadre de Bukchong, de voz atiplada, y su fiel compañera, la comadre de Kanggye; a ambos lados de ellas tomaron asiento las muchachas y mujeres; tras ellas, los mozos y los hombres. En la terraza de madera, situada a la derecha, con piso cubierto de esteras, se sentaron los ancianos. Aquel bullicioso público hablaba con entusiasmo del destacamento guerrillero: de lo que había visto y oído cada uno de los presentes.

El compañero Kim Il Sung, en compañía de O Jong Hyok, salió de la habitación y, despacio, descendió al poyo.

No abrigaba el propósito de pronunciar un discurso, sino, simplemente de estar con los vecinos del pueblo, para satisfacer sus ruegos y saludar a las personas que él conocía.

Los reunidos le acogieron con clamorosos aplausos, que durante largo tiempo, estremecieron a todo el poblado.

El General se quitó la gorra y, haciendo una profunda inclinación, respondió cortésmente al saludo de los reunidos. Después, volviéndose hacia el lado derecho y acercándose a uno de los ancianos, sentado sobre el piso de madera, con una larga pipa, le hizo una reverencia y le tomó la mano.

—¿Qué tal su salud, abuelito de Ok I?

El abuelo, tras dejar la pipa, bajó descalzo al poyo e hizo una profunda reverencia y le contestó al saludo.

—¡Oh, mi General!

Tras él se aproximaron al Comandante en jefe el resto de los ancianos para saludarle.

"¡Caray!", rezongó, para sus adentros, el viejo Jong, que bajó el escalón juntamente con los otros viejos.

—¡General querido, me alegro mucho de verle! —alzó tembloroso los brazos y los dejó caer lentamente, haciendo una reverencia. El General le sostuvo, y, levantándole, se cercioró de cuál era el estado de su salud.

—¡Mi General! Ya ve, que gracias a usted me encuentro sano y salvo. Este año he podido, incluso, terminar las faenas del campo. —El viejo se echó a llorar como una criatura, limpiándose las lágrimas con la manga.

—Usted me salvó de una muerte segura… Y parece como si hubiera vuelto a nacer, por segunda vez.

El General desplegó una amplia sonrisa, miró atentamente al viejo Jong de pies a cabeza. Este no solamente había recobrado la salud, sino que parecía rejuvenecido.

O Jong Hyok, que se encontraba al lado del General, le informó a éste que el viejo cumplía estupendamente sus obligaciones como

vicepresidente de la Asociación de Campesinos, y el compañero Kim Il Sung hizo un movimiento de cabeza aprobatorio.

Cuando cesaron los aplausos, el General avanzó hacia los reunidos y comenzó su alocución:

—¡Paisanos! ¡Me congratulo de verlos! Nosotros, los guerrilleros antijaponeses, en nuestra larga campaña, hemos torcido hacia Fuerhe, para encontrarnos con ustedes.

Reinaba un silencio absoluto.

El compañero Kim Il Sung, exponiendo el significado que tenía la creación de la Guerrilla Antijaponesa, subrayó que el pueblo de Fuerhe había jugado un importante papel en ello, ayudándole a dar los primeras pasos.

Además, la población de Fuerhe tiene una gran experiencia en la creación de bases revolucionarias. Es verdad que antes, durante cierto tiempo, hubo en la localidad una situación muy complicada, pero desde comienzos de este año se ha convertido en un pueblo enteramente rojo; se ha revolucionarizado y nos ha aportado un modelo para organizar las bases de apoyo en sus primeras etapas. La experiencia de este pueblo ha mostrado palpablemente cuan poderosas fuerzas son el entusiasmo y la iniciativa creadora de las masas revolucionarias, allí donde se ha logrado liquidar la contrarrevolución.

Por muy pérfido que sea el imperialismo japonés nosotros podremos defender nuestras tierras con nuestras propias fuerzas, podremos enfrentarnos a cualquier amenaza del exterior, si todos siguen el ejemplo de Fuerhe. Cada familia de este pueblo ha dado, como mínimo, un combatiente a la guerrilla o la guardia roja; todos los que se encuentran en condiciones de participar en la vida política están integrados en organizaciones, realizan alguna actividad revolucionaria.

—Si se hubiera dejado a sus anchas a los malvados terratenientes,

confabulados con los imperialistas japoneses, si no se hubiera puesto fin a los desmanes de los provocadores, ni arrojado por la borda los absurdos juicios de que se practican las “operaciones punitivas” por culpa de los politizados, ¿qué hubiera sido de vuestro Fuerhe? —preguntó el compañero Kim Il Sung, dirigiendo una mirada a todos los reunidos, tras el breve y claro planteamiento de los principales problemas.

—Se habría perdido.

—Se habría convertido en cenizas después de las “operaciones punitivas”.

El compañero Kim Il Sung, asintiendo con la cabeza las opiniones del público, prosiguió:

—Por consiguiente, ¿en qué consiste, pues, otro aspecto de la experiencia de Fuerhe? Precisamente en el hecho de que sólo la revolución podrá salvarnos. La revolución es preciso llevarla a cabo para salvarnos, para reconquistar la Patria, que nos arrebataron, y construir una sociedad socialista, que acabe de una vez y para siempre con la opresión y la explotación. Nosotros hemos nacido en una época revolucionaria y debemos servir a la revolución.

Resumiendo la experiencia de Fuerhe, de este pequeño poblado montañés, el compañero Kim Il Sung expuso sus sugerencias acerca del camino a seguir, concibiendo otro gran proyecto: elevar la revolución a una nueva fase de desarrollo. Y cuando abarcó con su mirada a todos los reunidos, por su mente pasó, centelleante, una larga línea recta: la línea de Fuerhe hacia el Este, a Wangqing.

El compañero Kim Il Sung atrajo, de nuevo, la atención de los reunidos, exponiendo detalladamente —de acuerdo con el plan bosquejado—, los problemas relacionados con el fortalecimiento sucesivo de la guerrilla y las tareas de las bases revolucionarias,

terminando su discurso con estas palabras:

—¡Paisanos! ¿Cómo hemos podido lograr tales éxitos? Este glorioso Fuerhe, lo mismo que este grato encuentro de hoy, todo eso ha sido posible gracias a que ustedes, los aquí reunidos, abrazaron, a tiempo, la causa de la revolución y, además, me ayudaron a mí, distinguiéndome con sus cuidados.

Su mirada se fijó, casualmente, en el rostro compungido de la comadre de Kanggye.

Ella se levantó arrebatada de su asiento, abrióse paso entre la concurrencia y avanzó hacia delante.

—¡Querido General! —con los ojos llenos de lágrimas adelantó los brazos abiertos y cayó al suelo—. Perdóneme. Yo no sabía nada, cuando en el caminito hacia el pozo… sin querer… Y además, en un día de boda…

El General tomó a la mujer de la mano, la levantó y le dijo, con voz baja:

—No tiene por qué pedir perdón. Al contrario, fue usted quien me ayudó a mí. Con su proceder me ocultó ante los ojos de los provocadores. Además, ese camino que conduce al pozo estaba realmente tan resbaladizo, que de sólo mirarlo se caía uno. Por otro lado, aunque no en la mesita, a pesar de todo, usted me sirvió doble porción de tortas —puntualizó riéndose, y puso a la mujer de cara a los reunidos.

—De modo que hay que empeñar todos nuestros esfuerzos para impedir que jamás vuelva esa sociedad, en la cual se humilla al “criado”. Vuelva, por favor, a su asiento—, el compañero General miró a todos los lados, como si solicitara la aprobación del público. De pronto, la comadre de Bukchong, haciendo un chasquido con la lengua, observó: “Mujer, no te faltaba más, en un día tan alegre enseñar los lagrimones” y, tomando a su amiga de la mano, la sentó junto a ella.

El General agradeció nuevamente a los vecinos el cálido recibimiento que habían dispensado a los guerrilleros y tomó asiento entre la muchedumbre.

Comenzó el regocijo general. Las danzas y canciones no tenían fin. La gente reía, palmoteaba; el patio entero andaba de cabeza.

Mas, como suele ocurrir en las fiestas, cada cual atendía a su fuego.

La comadre de Kanggye, después de frotarse las lágrimas con la manga, se acercó muy animada, al viejo Jong que se deleitaba viendo feliz a la gente, sentado en el piso de madera, y reanudó la disputa agitando la diestra:

—Anda, vete a arrancarme, ahora, la lengua.

—Fui yo el culpable, enteramente culpable. Los ojos me jugaron una mala pasada. Pero no grites: quien tiene boca, se equivoca. ¿Quién se iba a imaginar, ni siquiera en sueños, semejante cuadro: el General vestido de “criado”? ¿No tengo razón?

—¡Pues ahora ten cuidado, con tal de que sueltes pullas contra la Asociación de Mujeres!

—Hemos perdido, nos entregamos. Los años, por lo visto, hacen lo suyo. Más de diez días vino él a visitarme estando yo enfermo, y a mí, ni siquiera me pasó por la imaginación. Si llegas a mi edad entonces lo comprenderás tú misma —por primera vez en su vida mostró el viejo semejante blandura. Se levantó rápidamente y marchó en busca de alguien.

—Solamente hoy me he podido enterar del motivo por el cual volcaste entonces, con tanta furia, la mesita con el vino —recordó el pelicano molinero lo ocurrido en el día de la boda, acercándose a O Jong Hyok, que se hallaba entre el gentío, haciendo palmas.

—No me contuve entonces. Monté en cólera al pensar que humillaban al General y me salí de madre, de puro impulsivo que soy.

Bueno, perdóname, pues fui yo el que agrió la fiesta.

O Jong Hyok, enfervorizado de alegría, se olvidó incluso de cerrar la boca. En aquel instante apareció el viejo Jong, quien, apartando las manos palmoteantes de O Jong Hyok siguió adelante, hasta donde se encontraba Jon Kwang Sik. Él se percató de que éste ocupaba un alto puesto en la guerrilla y decidió abrirse con él.

—¿Puedo hablar contigo un minuto?

El viejo, sombrío, tomó por el brazo a Jon Kwang Sik y lo condujo hacia la salida. Cuando llegaron a la valla, junto a la que se alzaban dos altos perales, el anciano articuló con voz nasal:

—Tengo que hacerte un ruego. Perdona que te hablo sin ceremonias. Te pido que le transmitas al General mis palabras. Yo llevo el mote de "viejo reaccionario". Me lo puso O Jong Hyok. El pasado invierno le dije así: "si quieres hacer comunismo, vete de aquí y hazlo donde quieras, sólo que no lo hagas aquí en Fuerhe. ¡Que no se te ocurra!; por este asunto, matarían a todos en un pogrom: a niños y ancianos". Y él me insultó de buenas a primeras llamándome "viejo reaccionario". En otros tiempos yo hice migas con su padre; de modo que, pese a que soporté aquello, me sentí ofendido en lo más profundo del alma.

Algunos días después de La boda celebrada en casa del molinero caí enfermo, guardé cama. Ardía igual que si estuviera entre llamas, respiraba con gran dificultad, a ratos perdía el conocimiento. Dicen que fue la maldita fiebre. Los vecinos temían visitarme. Resulta que les preocupaba el tener que cavar la tierra helada para mi fosa. Y en esto, aparece en mi casa O Jong Hyok, con su "criado". ¡Caramba con la maldita lengua que todo lo confunde! No con el criado sino con el General, quiero decir. Y, después de esto; él vino a verme más de diez días. Pues bien, cuando se fue O Jong Hyok, el General se pasó toda la noche conmigo, cuidándome, dándome a beber la medicina que compró

él mismo, tapándome; no pegó los ojos permaneciendo a mi lado toda la santa noche. A él yo le debo la vida. Si no hubiera sido por él, yo estaría, ya hace tiempo, en el otro mundo. Y de haberme muerto, no me habría sido posible ni ver al General ni a los guerrilleros.

Desde entonces nos hicimos casi amigos el General y yo.

Cierta vez llegué a decirle, incluso: de hacerse "criado", ¿para qué serlo de un sujeto tan esquinado como Jong Hyok? Vale más escaparse a otro lugar. En adelante, fui dejando, poco a poco, de badajear que en el pueblo no había sitio para personas politizadas y de lanzar a O Jong Hyok palabrotas injuriosas. Yo, por naturaleza, no soy tan mala persona. Dile, por favor, al General que estoy arrepentido. Y toma esto para él, por bienhechor que me salvó cuando yo estaba a punto de morirme…

El viejo se desabrochó la cazadora y sacó un pequeño envoltorio.

—No es nada del otro mundo. Como soy un cazador empedernido me lo encontré en el monte; te ruego que se lo des al General. —Sentado en cuclillas, el viejo abrió el paquete, con tres envolturas de papel y una de tela—. Cierto que, por su configuración no abulta mucho, pero parece muy añeja. —Tras desenvolver el paquete, cogió el bulbo que allí había. A la luz de la luna albeó la raíz del esbelto *insam* silvestre, con su largo tallo—. Llévaselo al General y deséale de mi parte, muchos, muchísimos años de vida —las manos del viejo que sostenían con mimo la preciosa planta, temblaron ligeramente.

Jon Kwang Sik permaneció de pie ante el viejo, escuchándole con atención. Al acercársele, aquella desgarbada figura del viejo lugareño, le pareció la imagen viva de la nobleza, y retrocedió con las manos tendidas.

—No, yo no puedo tomar esto. Vamos los dos juntos al General y entréguesela usted mismo.

El compañero Kim Il Sung, terminada la juerga, subió al monte, que había detrás del pueblo.

Su propósito era dar un vistazo a la pequeña cueva de piedra, semejante a una cerradura, de la que guardaba gratos recuerdos. De “criado”, iba a la cueva con el trineo; en ella escribía y se entrevistaba con activistas clandestinos de diferentes lugares. Había tenido infinidad de semejantes sitios, pero, sin saberlo por qué, aquel día, se acordó, precisamente, de este escondrijo.

Despacio, solo, por la senda nevada de la cuesta, fue ascendiendo hacia el monte. Toda la tierra estaba nevada. Junto a la entrada de la covacha, lo mismo que anteriormente, se alzaba el conocido saúco solitario, con flores de nieve en las ramas.

El compañero Kim Il Sung examinó la cueva y, subiéndose a un canto, dirigió fijamente su mirada hacia la oscura cadena de montañas, que se extendía a lo lejos. Se levantó el viento que arrastrando la nevasca, se precipitó hacia el norte, a un espacio algodonoso plateado por la luna. El General puesto en jarras, contemplaba el majestuoso panorama que se abría ante sus ojos. Su rostro adquirió una expresión sublime.

Algo apartado, se encontraba Cha Kwang Su, guardándole.

¿En qué estaría pensando el compañero Kim Il Sung? Tal vez recordaría esta memorable cueva, donde, según él, se habían citado el pasado y el presente, o en aquella inolvidable noche que pasó allí, o quizá imaginaba las difíciles pruebas que le esperaban aquel invierno duro. Sus ojos irradiaban entusiasmo y fe en el porvenir.

Al bajar por el monte escrutó ambos lados, buscando la senda para el trineo y, advirtiendo a Cha Kwang Su, se paró y le llamó haciendo una señal con la mano. El compañero Kim Il Sung, caminando junto a Cha Kwang Su, departió con él acerca de cosas sencillas, a primera vista: del

invierno en aquellas latitudes, de la impresión que causa el caminar por la nieve en plena noche. De pronto, le preguntó a su acompañante por Ryang Se Bong.

—¡Compañero Cha! Vamos a enviar a alguien, para arreglar la situación en el Ejército de la Independencia y, de paso, proteger a la familia de Ryang Se Bong. Él no vivió en vano. Como auténtico patriota le tocó el glorioso, aunque arduo y espinoso camino. Tenemos todo un montón de problemas para las generaciones venideras y no pocos también para las generaciones mayores.

Cha Kwang Su respondió que cumpliría su indicación, pidiéndole tiempo para pensar a quién enviaría.

De súbito, Cha Kwang Su resbaló, faltándole poco para caer sobre un montón de nieve, mas pudo sostenerse apoyándose sobre el brazo del Comandante en jefe.

El compañero Kim Il Sung se echó a reír, bromeó: ¿no es t demasiado temprano para caer, cuando el invierno acaba de Allegar?

Pero Cha Kwang Su, todo empolvado de nieve, resbaló nuevamente y, abrazándose con dificultad al tronco de un árbol, lanzó una sonora carcajada.

13

El destacamento acampó en la cima del monte Laueling, convergencia de los distritos de Dunhua, Yanji, Wangqing y Ningan.

Había transcurrido una semana desde que el enemigo dejó de perseguir a los guerrilleros. No era nada bueno que el enemigo dejara de acosarles.

El compañero Comandante en jefe mandó llamar a Choe Chil Song, para que fuera a su choza. Él iba y venía por la choza y seguía pensando en cómo distribuir en distintos lugares a los activistas políticos clandestinos.

Se le antojaba muy extraño el hecho de que las unidades del Ejército de Kwantung que avanzaban hacia las orillas del río Tuman, en dirección al sudeste, sin saberse por qué se hubieran detenido en la región de Dunhua.

A diferencia de la división de Ranam, dislocada a lo largo del río Tuman, este ejército, que había maniobrado en las zonas de Changchun y Senyang, después del “incidente del 18 de septiembre” adquirió cierta experiencia en la forma de hacer la guerra y ardía en deseos de entrar en combate. Podía en cualquier momento, inesperadamente, aparecer en la cuenca del río Tuman. Más que pelear, lo que habían hecho hasta entonces la pandilla de los samurais había sido cometer ferocidades en los territorios de China. Por esto existían motivos para permanecer alerta, no fuera que iniciaran con saña una ofensiva contra las bases guerrilleras. Mientras tanto, el “Destacamento expedicionario en la región de Jiandao” proseguía dando vueltas en torno a Yanji, Wangqing y Helong, realizando “operaciones de castigo” sólo en los pueblos, so pretexto de

su inexperiencia en las montañas. Según las informaciones de los grupos de exploración mandados para aclarar la causa que motivaba la calma de los últimos días, no se advertían por ninguna parte señales que evidenciaran el propósito enemigo de ponerse en camino hacia las montañas, permaneciendo en los cuarteles o cerca de los poblados.

En los últimos tiempos se había apaciguado también algo el alboroto levantado por la prensa. Los periódicos, por entonces, se limitaban a insertar, con largas intermitencias, breves comunicados sobre pequeñas acciones guerrilleras, llevadas a cabo en diferentes lugares, con el objetivo fundamental de conseguir armamento. Al mismo tiempo, los diarios guardaban silencio acerca de a dónde se desplazaban las principales fuerzas guerrilleras, haciendo como si no lo supieran.

Siguiendo el curso trazado en la "reunión del gabinete de ministros" celebrada aquella primavera, los japoneses empezaron a incrementar a ritmo acelerado las fuerzas armadas y las obras de fortificación y formaron unidades especiales que debían realizar operaciones militares en los montes. Con este fin se dieron incluso a los soldados botas herradas; pero callaban, como si no se propusieran hacer nada. Pero esto era la calma que precede a la tempestad.

En tal situación, los guerrilleros debían tomar la iniciativa en sus manos, no dar al enemigo la posibilidad de recobrarse, y atraerlo hacia las montañas.

Se oyeron pasos y, al momento, desde la oscuridad, apareció Choe Chil Song.

El compañero Kim Il Sung, al advertir la precisión de sus movimientos, experimentó un sentimiento de satisfacción. Se sonrió bondadoso, rozó apenas el hombro de Chil Song con la mano, y le propuso:

—Venga conmigo.

Ya dentro de la choza, el compañero General tomó un pequeño libro de una mesita, hecha de un tronco, y le preguntó:

—¿Qué vida hace ahora en el destacamento?

Choe Chil Song le respondió que desde hacía varios días como excepción descansaba mucho, y que aquel mismo anochecer había estado imprimiendo octavillas. Poco después añadió que, entre los combatientes, la pasividad del enemigo se comentaba como síntoma de mal agüero.

—Está bien. De este asunto hablaremos más tarde. Dígame, por favor, ¿qué libros ha estado leyendo estos días?

—Nada de particular.

Chil Song, durante aquellas jornadas, había leído el folleto "¿Qué es el Socialismo?", pero, le faltó audacia para hablar de ello.

—¿Quiere decir que no ha leído nada que valga la pena?

El compañero General estaba al corriente de que Chil Song se aplicaba mucho para aumentar sus conocimientos, utilizando ¡os minutos del tiempo que le quedaba libre. Creyó por eso que había avanzado considerablemente en el estudio.

—Últimamente han venido las cosas de tal forma que no podía encontrar tiempo para echar una parrafada con usted pero hoy podemos estudiar juntos. ¿Ha tenido usted ocasión de leer este libro? —se interesó el compañero General, tendiéndole el folleto que había cogido de la mesita.

Chil Song echó una mirada rápida a la portada del folleto.

—¡Pero si es el "Manifiesto Comunista"!

El corazón de Chil Song dio una sacudida. Hasta cambió de voz.

—¿Tuvo ocasión de leerlo?

—No, no la tuve.

Choe Chil Song contó la historia, poco agradable para él, acerca de

cómo Pak Hung Dok le puso de vuelta y media por no conocer el “Manifiesto Comunista”.

El compañero Kim Il Sung le dio a Chil Song un vaso, le echó agua hervida de la tetera y, riéndose a más no poder, dijo que aquel hecho era muy interesante.

—Así que, de esa manera le acogió el compañero Pak Hung Dok, poniéndole entre la espada y la pared. ¿Y no seguirá también ahora poniendo como chupa de dómine a cualquier otro, eh?

En aquel momento el compañero Kim Il Sung se acordó de que debía enviar a alguien a Pak Hung Dok para que se enterara de cómo marchaban sus asuntos. Luego exigió a Choe Chil Song que leyera aquel folleto.

El turbado joven de ojos oscuros, sosteniendo el libro en las manos, parpadeó y, con voz afónica, comenzó a leer el “Manifiesto Comunista”.

“Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo…”

Leía pésimamente, alargando de tal forma cada sílaba, que se perdía el sentido de la oración. No era la primera vez que leía en voz alta ante el compañero Comandante en jefe, pero en esta ocasión él mismo se sorprendía de tener la lengua tan torpe.

—Lea despacio, captando el sentido.

Choe Chil Song, conteniendo la emoción que le embargaba, pasó la mirada a la línea siguiente:

—“Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma: el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes…”

El compañero Kim Il Sung levantó la mano con el vaso de agua, pero al instante la volvió a bajar y, entornando los ojos, se concentró, haciéndose todo oídos.

El lector tropezaba al principio en cada vocablo, cual rueda salida de

su rodada. Luego, paulatinamente, se fue dominando; empezó a leer con más seguridad, línea tras línea. Su voz algo ronca salía de sus labios carnosos y se esparcía por los rincones de la silenciosa choza estremeciendo ligeramente el aire. Al principio resonaba débil, como fino chorrito de agua apenas perceptible; pero, poco a poco fue haciéndose más fuerte, y finalmente se derramó en poderoso torrente con entonación patética.

El compañero Kim Il Sung, sentado en silencio, escuchaba la lectura. Entornando suavemente los párpados, con los dedos de las manos sueltas tamborileaba rítmicamente en la rodilla.

Choe Chil Song tartamudeaba a veces; no obstante, si se tiene en cuenta que el lector acababa de cruzar el portal del analfabetismo, cumplía bastante bien su tarea.

Pasaba el tiempo.

El compañero Kim Il Sung abrió los ojos y, concentrado, miró al carbón en brasas. En sus labios centelleaba una sonrisa apenas perceptible. Le complacía el ambiente entusiasta de los amigos, la intrepidez y la risa a carcajadas. Pero le producía no menos deleite esta atmósfera de quietud, que predisponía a hundirse en profundas reflexiones.

Aquel que recientemente, huyendo de casa a causa del odio terrible que sentía hacia el terrateniente que le atormentaba con el trabajo agotador, la humillación, el hambre y las incesantes palizas, caminaba con la mochila a la espalda cual ciego vidente, estaba ahora sentado ante él, hojeando las páginas de un libro que contenía los ideales más grandes y sublimes de la humanidad.

El compañero Kim Il Sung, viendo la hoguera y escuchando la fuerte voz de Choe Chil Song, se representó mentalmente la gigantesca panorámica de un lienzo con los grandes ideales expuestos en un

pequeño libro, que tomaban vida merced a los labios de un guerrillero y que en aquel momento retumbaban por todo el ámbito de la Patria.

A lo lejos se divisaba una ribera radiante: el litoral de la libertad y la independencia nacionales. Si lograban llegar hasta aquel confín admirarían la majestuosa cumbre del socialismo.

Las fases de la historia expresadas en las palabras que salían de labios de Choe Chil Song abrían ante sus ojos un grandioso cuadro.

Si de momento era necesario atravesar mares de fuego para reconquistar la Patria que nos habían arrebatado los imperialistas, más tarde nos esperaba la otra misión histórica: instaurar el régimen socialista y construir el socialismo.

Como dijera en cierta ocasión Cha Ki Yong, nuestro deber indefectible consiste en superar el atraso, recuperar todo lo que nos han arrebatado y crear condiciones óptimas para el desarrollo del entusiasmo creador y el talento de nuestro pueblo, retando a los que nos han humillado.

Nuestro pueblo trabajará y vivirá a su modo, a su manera, tal y como es.

Por ahora nuestra tierra se empapa incesantemente en la sangre de nuestros compatriotas; pero vendrán otros tiempos, y entonces derramaremos más sudor todavía para cerrar las heridas que abrieron los agresores en nuestra tierra.

Tampoco en la liza de la construcción deberemos quedarnos rezagados de los demás.

El compañero Kim Il Sung miraba fijamente a la llama de la hoguera, que se retorcía como un reptil. Súbitamente se irguió y echó una mirada sonriente a Choe Chil Song, exclamando: “¡Admirable!” Choe Chil Song apartó sus ojos del folleto y los fijó en el compañero Kim Il Sung. Sus miradas se encontraron. El compañero Kim Il Sung volvió a sonreír. Chil Song enrojeció y bajó la cabeza.

—¡Hoy ha leído bien! Salta a la vista que ha estudiado con aplicación.

Elogió de nuevo a Chil Song y prosiguió su charla.

Acordaron volverse a encontrar cuando Chil Song hubiera terminado de leer el folleto y proseguir el intercambio de opiniones.

Seguidamente, el compañero Kim Il Sung preguntó a su interlocutor si le agradaba pasar los días cómodamente en la choza. Choe Chil Song respondió que aquella calma le hacía sentirse más inquieto. A la pregunta de por qué le deprimía la vida tranquila, Chil Song respondió que si allí reinaba la calma chicha, eso quería decir que el enemigo estaba concentrando fuerzas para realizar “operaciones de castigo” contra las bases guerrilleras.

—Correcto. Así es, en efecto —el compañero Kim Il Sung se levantó de su asiento y comenzó a ir y venir por la choza.

—Mientras usted permanece tranquilo las tropas agresivas del imperialismo japonés emprenderán el camino hacia Soksegol y atacarán a su chabola. Naturalmente, la compañía de la localidad ofrecerá una resistencia a ultranza, pero es todavía demasiado pequeña numéricamente y no tiene suficiente experiencia de combates; por esta razón, será dudoso que pueda resistir la presión enemiga. Mientras tanto, las balas del adversario no tendrán piedad de su padre enfermo, de su amada esposa ni del niño de pecho, que apenas tuvo tiempo de ver la luz.

Los ojos del compañero Kim Il Sung, iluminados por las llamas de la hoguera, chispeaban centelleantes.

—Bien, si esto es así, entonces, ¿qué pasos deben darse en semejante situación, qué medidas corresponde tomar para fortalecer la guerrilla y proteger al pueblo, compañero Choe Chil Song?

—Es necesario batir al enemigo.

—¿De qué manera?

—…

—¿Cómo?

—…

—Esto se puede hacer muy sencillamente. Es preciso distraer al enemigo para que no se lance contra nuestras bases de apoyo. Al parecer, ustedes imprimieron hace poco octavillas, ¿no es así? Pues bien, con esas octavillas hay que penetrar en la guarida del enemigo. Es imprescindible llegar hasta la retaguardia del adversario y armar allí un cisco de mil diablos. Entonces los enemigos saldrán a la carrera a buscarnos en las montañas.

A Choe Chil Song, emocionado, le empezó a dar saltos el corazón.

Luego el compañero Kim Il Sung comenzó a explicar de nuevo minuciosamente el significado de la marcha invernal emprendida.

Choe Chil Song regresó a su chabola hacia las dos de la noche; se acostó, pero no pudo dormirse hasta el filo del alba.

Después del desayuno, Choe Chil Song se vistió con ropa de campesino, se echó a los hombros un saco, lleno hasta los bordes de octavillas, y se puso en camino. Su acompañante resultó ser Yong Suk.

* * *

Al día siguiente, Se Gol, con otros activistas clandestinos enviados a diferentes regiones, salió en dirección opuesta a la de Choe Chil Song.

Se Gol, como enlace, tenía que ir en primer lugar a Wangqing y Rahung; luego, a la pequeña ciudad de Longjing.

En Wangqing no tenía ningún conocido, pero, en cambio, en Rahung le esperaba un gran encuentro muy alegre con Pak Hung Dok; y en Longjing debería tomar periódicos, revistas y otras publicaciones, lo cual sería no menos interesante.

Embutido en un mono de obrero, la gorra calada, con la visera al sesgo, marchaba ufano en dirección a Yongphyong, recorriendo cada día no menos de cien *ríes*.

En el camino fue cacheado cuatro veces por los enemigos, pero esto no le inmutó en lo más mínimo. Siendo un fervoroso apasionado de las aventuras, ante cada peligro que se cernía sobre él hacía gala de un ingenio extraordinario y, con destreza, salía limpio de polvo y paja de los embrollos, hasta el punto de que parecía haber nacido para tales contingencias.

En las proximidades de Yongphyong, Se Gol se dio de manos a boca con una guardia guerrillera, dijo el santo y seña y lo llevaron directamente a Pak Ki Nam.

—¡Ah! ¿Usted, seguramente, viene del bosque? ¡Bienvenido! —Pak Ki Nam, hombre de prominente pecho y fornido cuello, abrió los brazos, le abrazó y le preguntó:

—¿Cómo se encuentra el compañero Comandante en jefe?

—Sin novedad. Está bien.

Pak Ki Nam se puso muy contento de saber pormenores sobre la salud del compañero Comandante en jefe, tanto, que se le humedecieron los ojos de emoción. Poco después, cuando se hubo recobrado, sacó la petaca.

—Pues, como ve, nosotros vivimos así. Fume, por favor. No obstante, aquí seguramente se vive mejor que en las montañas. ¿Es cierto lo que digo? —restregó en las palmas de las manos una hoja de tabaco casero, desgarró un pedacito de papel de periódico y lio un cigarro.

Se Gol, que echaba mucho de menos el tabaco, se hizo un gran cigarro y se puso a fumar.

Mientras echaban bocanadas de humo, intercambiaban frases acerca de la vida en el destacamento y el trabajo diario en las bases de apoyo.

En el patio se fue concentrando gente, que conversaba con animación.

A través del ventanillo cerrado se vislumbraba un jirón de cielo vespertino semejante a una cortina de plomo. Caían gruesos copos de nieve.

—Hace un tiempo como hecho de encargo —observó alegre Ki Nam, que tenía matorral de pelo en la sobarba, y luego explicó a Se Gol, que miraba hacia fuera—: La gente se ha reunido para ir a la batalla de la recolección. ¡Dura vida! Para recoger de cada pedazo de tierra algo de almorejo se tiene que combatir tres o cuatro veces al día. Los enemigos montan la guardia en el campo, para no permitirnos que recojamos nuestro grano. Los montes ya están nevados, pero sólo hemos podido recoger la mitad de la cosecha. ¿Acaso podemos quedarnos sin productos alimenticios? Esto no significaría otra cosa que nuestra ruina. Ya dijo Marx que, antes de tener régimen e ideas, el hombre tiene que alimentarse. Claro está que por eso podemos tener víctimas, pero nos vemos obligados a continuar la recolección. La cuestión del suministro de víveres es un problema que va unido al destino de la propia revolución. ¡En, comandante del destacamento de choque!, ¿va usted? —gritó Ki Nam, sacando la cabeza por el ventanillo. Seguidamente preguntó cuántos hombres de cada sección se habían presentado y quién había dejado de acudir.

—Yo tengo visita, les alcanzaré en seguida. Terminen de recoger la tercera parcela antes que nieve más; nos favorece el tiempo nublado, pero ¿acaso puede distinguir uno alguna cosa de la otra? Bueno, está bien, márchense.

Pak Ki Nam, haciendo un movimiento brusco, se corrió la pistola suspendida en el cinto hacia la parte delantera y se limpió con la toalla la frente con entradas.

Sudaba incluso, mientras fuera caía la nieve fría.

—¿Les molestan mucho las “expediciones punitivas? —preguntó Se Gol, percatándose de que la situación era mucho más compleja de lo que él suponía.

—En los últimos días se han apaciguado un poco. Desde que los acosaron en Soksegol se nota que empiezan a venir con menos frecuencia. Sin embargo, ¡vete tú a saber qué vileza pueden realizar estos canallas! De pronto roncan los motores de los automóviles y resuena el enloquecido traqueteo de las ametralladoras.

—¿Me permite que vaya también con ustedes?

—¿Qué falta le hace esto? Mejor es que se quede aquí. Usted está habituado a un riguroso régimen de vida guerrillera, le será harto difícil presenciar nuestro combate por el pan. Esto es una lucha porfiada y tesonera. A la ametralladora del enemigo sólo podemos oponer algunos fusiles de mecha, escopetas de caza y granadas de fogueo. Además, por desgracia para nosotros, aquí se inmiscuyen los merodeadores del Ejército chino antijaponés de salvación nacional, que acampan al lado opuesto de la montaña. Y dos de nuestras compañías se vieron obligadas a vigilarles constantemente. El compañero Ri Kwang, puede que usted le conozca, llegó destinado a nosotros, pero se encuentra siempre allí. Si ellos se comportaran con una pizca más de sensatez, nuestra situación no sería tan peliaguda. La verdad es que se le agota a uno la paciencia. He propuesto más de una vez darles una buena lección; no obstante, el compañero Ri Kwang siempre se opone. No pierde la esperanza de hacerles entrar en razón y atraerlos a nuestro lado. Si ocurre algo, es que estos bandoleros hacen incursiones a nuestro pueblo y arramblan con los alimentos. Son auténticos malhechores. Por lo demás, basta de esto por ahora. Usted, compañero enlace, necesita descansar como es debido. Más tarde hablaremos todavía de nuestros asuntos, y usted, por su parte, vea también algo.

Pak Ki Nam descolgó de la pared la toalla, se la echó sobre el cuello, y lanzó una mirada alrededor, por si se había dejado olvidada alguna cosa.

—Pese a todo —decidió Se Gol— me voy con ustedes. Ya que he venido aquí debo vivir como ustedes. Por otra parte, no estoy tan cansado que digamos: en el día de hoy no he andado más de cincuenta *ríes.*

—Como quiera. Yo no deseo oponerme a su voluntad. Hoy por la noche o mañana por la mañana deberá regresar Ri Kwang. Examine con él las cuestiones que le interesen. Yo sólo soy aquí un ayudante del compañero Ri Kwang.

Marcharon hacia el campo.

—Cuando vuelve a la base comunique por favor al General cuanto usted mismo vea por aquí. Ya le he hablado de lo apurado que lo pasamos con las tropas del Ejército chino antijaponés de salvación nacional. Todo esto ha ocurrido por lo inexacto de las informaciones. Si se hubiera informado al General de que son una horda de bandoleros, tal como es, no habría dado la directriz de formar un frente unido con ellos. Sólo son un quebradero de cabeza. Quieren hacernos pasar gato por liebre. En ocasiones, hasta nos amenazan con ultimátums. Por algo suele decirse que el amigo ignorante es no menos peligroso que el enemigo. Bueno, ya hemos llegado. Tras aquel montículo empieza la llamada tierra de nadie. Allí no mete sus narices el enemigo; nosotros tampoco podemos permanecer allí: en cuanto la ocupamos tenemos que retirarnos.

Pak Ki Nam prosiguió hablando sin pausa.

Era un hombre muy enérgico, de vastos conocimientos. Al principio parecía que hablaba sin pensar gran cosa en el significado de las palabras, extendiéndose a veces excesivamente. Sin embargo, paulatinamente se percataba uno de que toda aquella explicación se

disponía en orden riguroso, formando una línea continua que se atenía al tema fundamental de la conversación. Tenía el don de la palabra.

No obstante, a medida que pasaba el tiempo, Se Gol empezó a percibir que la plática del interlocutor sonaba a hueco.

Detrás del sillar se abría un campo en suave pendiente. A un lado había crecido soja; al otro, almorejo; y en la parte más alejada, zahína.

En la recolección laboraban unas cincuenta personas, la mitad de ellas eran mujeres.

—Apreciables mujeres: no armen tanto ruido, de lo contrario llegará a los oídos del enemigo y empezará el zafarrancho del tiroteo —previno Ki Nam en voz alta a las ruidosas cosechadoras.

—En cuanto me echa la vista el señor Pak empieza a soltar estas cosas. Los enemigos no nos tiran porque yo hablo fuerte, sino porque tienen el alma negra. ¿Acaso no es así? ¿Vivimos en una base de apoyo guerrillera y ni siquiera se puede levantar la voz? ¿Qué me dicen ustedes?

La mujer echó una mirada a sus compañeras y se echó a reír.

Pak Ki Nam se rio también de mala gana, restregándose con la mano el matorral de la sobarba.

—¡El que no se arriesga no pasa la mar! —rezongó mirándole de reojo otra mujer de tipo espigado, carilarga, de unos treinta años, apretándose aún más la agujeta de la falda.

Esta mujer había vivido en el poblado de Tolze, donde, un mes antes, durante una incursión enemiga, perdió al marido; posteriormente, junto con tres criaturas, se trasladó a vivir en la base de apoyo. Se ignora lo que pudiera haber de cierto en su propia confesión de que en el pasado había sido una persona de dulces modales, pero aquí se portaba como una amazona. En este instante se hallaba a su lado Tak Jae Bong, labriego corpulento que pertenecía a la Unión Antiimperialista. Cada vez

que este hombretón caía junto a la ex-cocinera, miembro de la Asociación de Mujeres, ella le ponía cual digan dueñas.

—¡Eh, amiguete, apártate! Ya que no respetas la igualdad de derechos del hombre y la mujer, procura al menos no mostrarte como un mandamás entre comadres.

Thak Jae Bong, que se cargaba cada vez cinco sacos de arroz sobre sus espaldas, lo que le había valido el apodo de “El Oso”, mostró en una sonrisa embarazada los brillantes dientes deformados. No tuvo más remedio que agachar las orejas y ponerse a la cola de las cosechadoras.

La descocada, satisfecha del efecto que había surtido su salida de tono, se rio a mandíbula batiente, dando una palmada en el hombro a Kum Sil, la muchacha que se encontraba delante de ella.

Comenzó la siega del almorejo.

Colocaron centinelas en distintos lugares. En una linde del campo habían cavado una especie de zanja, que llegaba a la altura del pecho. Era el refugio.

Pak Ki Nam aconsejó a Se Gol que se limitara a mirar cómo trabajaban, pero éste se arremangó, empuñó la hoz, escupió en el mango y se puso a segar con arrebato. Era un excelente leñador, pero la hoz la manejaba con torpeza. No obstante, al joven le ardía la sangre en las venas, no deseaba quedarse rezagado de los otros, tanto más cuanto se le presentaba la ocasión de trabajar en la base de apoyo.

Realmente, a este trabajo resultaba un tanto impropio llamarlo recolección, pues era necesario andar varios pasos, para juntar en la mano unos tallos de almorejo. El campo estaba saturado de olor a chamusquina. Ya a comienzos del otoño los japoneses habían rociado el campo con bencina, prendiéndole fuego. Luego, para destruir también lo que había quedado en pie, soltaron caballo, y obligaron a sus soldados a marchar por el sembrado en formación abierta aprovechando sus salidas

en “operaciones punitivas”. Los vecinos de la base de apoyo, subidos al monte, observaron aquel cuadro espeluznante, profundamente condolidos, sollozando a lágrima viva, mesándose los cabellos de desesperación. No tenían otro remedio que salir al campo al amparo de la noche, para salvar al menos una parte del fruto de su trabajo.

Se Gol avanzaba a paso de carga, segaba a golpe de hoz todo lo que se le ponía por delante: los tallos retorcidos por el fuego, con los granos ennegrecidos por la chamusquina.

Goterones de sudor caían como granizo de su frente.

Se percibía aquí y allá la acelerada respiración de los voluntarios de choque, que movían ágilmente las manos sin hablar.

Siguiendo a los segadores marchaban los agavilladores, que formaban los haces, llevándolos en un vuelo al montículo.

Cuando Se Gol se enderezó, Ki Nam, que iba a su lado, le susurró al oído:

—¿Qué tal los ánimos? Nuestra vida es un hueso duro de roer.

—Es un combate, en el verdadero sentido de la palabra.

—No, el combate todavía no ha llegado. Empezará dentro de diez minutos.

—Como quiera que sea, esto es formidable.

—Mire hacia allí. Allá se encuentra la brigada de choque del quinto sector. Y ésta que tenemos a la derecha es la brigada del séptimo sector.

—¡Vaya! Eso es lo que se llama arrimar el hombro de veras.

—Seguramente desde que el hombre apareció en la tierra o, mejor dicho, desde que aprendió a cultivar cereales, es la primera vez que se puede observar un cuadro semejante en la recolección. Yo, con mis escasos conocimientos, he leído bastantes libros de historia, pero hasta ahora no tuve ocasión de leer ni escuchar cosa semejante. Corea es magnífica. Combatiendo, el pueblo coreano se abre camino en todo por

este nuevo procedimiento. Si la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases, resulta que nuestro pueblo marcha en primera fila.

—Sí, quizá pueda decirse con propiedad de esa manera.

Ora aquí, ora allá, las hoces brillaban por los caballones del campo igual que serpenteantes relámpagos.

Como por ensalmo segaron el mijo de dos parcelas con una superficie de más de mil *phyongs*. Apenas los trabajadores acabaron de trasladarse a la tercera parcela comenzaron a silbar las balas. Sus silbidos sonaban como las vibraciones de un alambre fuertemente tensado:

Los disparos resonaban y eran más siniestros que en el bosque. Sin embargo, nadie abandonaba el campo.

El tiroteo arreciaba.

En este momento se oyeron unas voces de mujeres que cantaban. Sobresalía, en particular, una voz de contralto. Por lo visto, entre las cantarinas estaba la ex-cocinera de marras.

… … …

Adelante con audacia, por la revolución de los sin pan.

No está lejano el día de la nueva sociedad.

Durante el canto, las mujeres no interrumpían el trabajo. La canción sonaba con intermitencias, pero solemne. La gente, habituada a semejantes situaciones, no se alarmaba, sino, por el contrario, continuaban trabajando con redoblada energía.

Pak Ki Nam levantó el puño crispado y amenazó con un gesto al lugar de donde disparaban.

—¡Canallas! Hagan lo que hagan, no dejaremos en el campo un solo grano, malditos “Japis”.

Se Gol siguió segando almorejo con denuedo.

La canción resonaba también en los sectores quinto y séptimo. En poderosa ola, se esparcía por el espacio gris oscuro, donde el cielo parecía fundirse con la tierra.

Los disparos resonaban cada vez con más frecuencia. Los puntos fugaces de las balas trazadoras formaban líneas, y éstas, entrecruzándose, se fundían en chispeantes fogonazos.

—¡Al refugio, compañeros! ¡Al refugio! —gritaba Ki Nam, mas nadie se disponía a salir del campo. Los ojos de los segadores brillaban enardecidos de cólera y arrojo.

—¡Venga, de prisa!

Las balas enemigas daban junto a sus pies, pasaban raudas cerca de sus hombros.

Pak Ki Nam sacó la pistola e hizo un disparo al aire. Era la señal definitiva.

Entre tanto, los guardias rojos que estaban de centinela en las altas cumbres abrieron el fuego. La gente se escondió: unos se ocultaron tras el montículo; otros, en el refugio.

El tiroteo conmocionaba toda la vaguada.

De pronto, se oyeron unos gemidos en el campo.

—¿Quién es?

Pak Ki Nam salió corriendo de la zanja. Por la tierra rodaba Thak Jae Bong, con unos tallos de almorejo en las manos.

Se Gol se cargó a Jae Bong sobre sus espaldas y marchó presuroso hacia el refugio.

Dejaron al herido en el suelo y lo examinaron con atención. Una bala le había atravesado la pierna, la sangre que manaba de la herida formaba manchas rojas sobre la nieve del refugio. Los guardias rojos seguían disparando sin cesar.

Enviaron a Thak Jae Bong al pueblo, mas los segadores del

destacamento de choque continuaron sentados, sin moverse.

—Ahora regresaremos. Por hoy basta. Hemos recogido, aproximadamente, lo que nos proponíamos.

La orden de Pak Ki Nam dio en un gélido vacío: nadie se hizo eco de ella.

—¡Vamos! —se apresuró a decir So Kuk Bo, jefe del destacamento de choque, hombre de enorme estatura, empujando en el hombro a la joven Kum Sil.

—No quiero —respondió ésta.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó So Kuk Bo, con voz ronca.

—¿Marcharnos, para que se alegren estas víboras? —resonó la estentórea voz de un mozalbete que se hallaba delante.

—¡Compañero jefe! ¿Nos obligas a irnos? —volvió a la carga la ex-cocinera, poniéndose de pie en el fondo del refugio—. Apenas hemos recogido nada de grano. En cambio, ¿qué perdidas hemos tenido? Ayer nos mataron a uno, hoy le han fracturado la pierna a otro. ¿Y tú aún mandas que nos vayamos?

Se Gol sintió que se le enardecía el corazón. Sus ojos se clavaron en las manchas de sangre que había sobre la nieve.

Se estremeció.

—¡Compañero Pak Ki Nam! Ataquemos a estos monstruos.

—¿Qué? ¿Atacar?

—Vamos a darles una buena paliza, de lo contrario no los dejarán trabajar en paz. Fíjese en la gente: nadie quiere marcharse.

—Mejor será no tocarlos. Hoy lo dejaremos así, ya volveremos de nuevo en la primera ocasión oportuna que se nos presente.

—Vamos a romperles la crisma —insistió Se Gol, levantando los puños crispados.

—Tienen fuerzas muy superiores a las nuestras. Disponen de dos

compañías completas. Si los tocas ahora lo vas a pasar mal. Es lo mismo que inquietar al enjambre de una colmena. Y tras ellos vendrían en oleadas los de las “fuerzas punitivas”. Y, en tal caso, no sólo no habría batalla de la recolección, sino que quedaría nada en este valle.

—Venga, vamos a zurrarles. Allí no hay nadie más que

—¿Cómo que no?

—Que no. Todos se han ido a la montaña. Han caído en la trampa que les tendió el compañero Comandante en jefe. Todos se han ido hacia allá.

—¿Está seguro de que es así?

Por doquier se oían voces, que apoyaban la propuesta de Se Gol.

—¿Lo oye? Dice que el General Kim Il Sung ha distraído a las “fuerzas punitivas”. Es preciso aprovechar este momento y asestarles un golpe demoledor.

—¿A qué pensarlo tanto? Vamos a darles un vapuleo. No podemos esperar más.

En aquel momento se oyeron pasos cerca del refugio.

Llegaba a tiempo Ri Kwang con una sección de combatientes para prestarles ayuda.

Pak Ki Nam hizo la presentación de Ri Kwang a Se Gol, quien entregó en seguida una carta al recién llegado.

Ri Kwang, que era un garrido mocetón de anchos hombros, se sentó en la linde del campo y dio comienzo a la lectura de la misiva alumbrándose con una linterna de bolsillo.

En la breve carta del compañero Comandante en jefe, escrita de su puño y letra, se comunicaba lo siguiente:

… … …

Todas las “tropas punitivas” de los imperialistas japoneses, compuestas por la división de Ranam y las unidades del Ejército de

Kwantung, se encuentran ahora en la vertiente nordeste del monte Paektu. Es preciso aprovechar esta oportunidad para ensanchar por todos los medios el territorio de la zona guerrillera, zona completamente liberada. Cuanto mayores sean las masas revolucionarias que atraigamos en la zona liberada más fragmentaremos y debilitaremos al enemigo.

Sería conveniente unir las compañías que se han organizado en distintas regiones y formar con ellas batallones zonales.

… … …

Ri Kwang, tras leer la misiva, permaneció algún tiempo en silencio. El abundante flujo de cálidos sentimientos y emociones le privó por un momento del don de la palabra. Irguió la cabeza y comenzaron a brillarle los ojos.

Dominado por un sentimiento de respeto, Ri Kwang se puso todo tenso, como si se encontrara en presencia del compañero Comandante en jefe.

Su fuerte complexión física y la parquedad de sus palabras desentonaban con la expresión de su rostro en éxtasis, mirando hacia la lejana montaña con las manos puestas sobre el pecho.

Se Gol se quitó la chaqueta, descosió el forro de la espalda y extrajo algo envuelto en un papel.

—Se me ordenó que le transmitiera también esto.

Ri Kwang abrió inmediatamente el paquete. Al quitarle la doble envoltura de papel aparecieron dos cuadernos con tapas rojas.

En la primera página de cada uno de ellos estaba escrito lo siguiente: “El estudio es el primer deber del revolucionario”.

—Compañero Pak Ki Nam, tome. Uno de ellos, sin género de duda, está destinado para usted.

Pak Ki Nam cogió el cuaderno con ambas manos.

Ri Kwang siguió corno antes, mirando a la lejanía.

—¡El compañero Comandante en jefe! —pronunció con voz temblorosa, quedándose un buen rato con la boca entreabierta.

Pasado algún tiempo se sentaron en el montecillo, cubierto de una fina capa de nieve, y se pusieron a trazar el plan de operaciones, para el ataque al destacamento policíaco.

Ri Kwang, enardecido por la carta que había recibido del compañero Comandante en jefe, formó a la sección, paso ante ella pisando con energía, y se puso delante de la formación.

Comunicó en voz alta que aquella misma noche deberían entablar combate para aniquilar al destacamento policial de Tosonkol, situado a una distancia de cinco kilómetros de allí. Y, poniéndose a la cabeza de la sección, abrió la marcha.

Tras él siguieron Se Gol y Ki Nam.

Al día siguiente, alrededor del mediodía, después de derrotar a la guarnición policíaca de Tosonkol, Se Gol se puso nuevamente en camino.

Cuando salió de la aldea miró en dirección al valle, donde recientemente recogieron por la noche la cosecha. Ahora trabajaban en aquel mismo lugar numerosas personas.

Resultaba particularmente agradable contemplar las filas del Cuerpo Infantil. Los niños, de diez años más o menos, con pañuelitos rojos al cuello y hoces en las manos descendían en alegre bandada hacia el campo.

Se Gol, aproximándose a ellos, vio al maestro Paek Kwang Myong, el cual, con gafas de gruesos cristales y el fusil al hombro, montaba la guardia en la linde del campo. El enseñante cambió un saludo con Ri Kwang.

Paek Kwang Myong no conocía personalmente a Se Gol; sin

embargo, cuando Ri Kwang se lo presentó como enlace del compañero Comandante en jefe, se aproximó a él y le hizo un cortés saludo militar.

Los niños cantaron a coro:

Llegó, llegó la revolución, llegó.

………

—¡Tienen buenos ánimos! —observó Se Gol.

—Sí, los ánimos que hacen falta —contestó con orgullo Paek Kwang Myong.

La indumentaria azul, las polainas y el fusil al hombro habían cambiado sensiblemente el aspecto exterior del maestro. Saltaba a la vista que había comenzado a vestirse con más sencillez y modestia que antes. En su rostro, antes eternamente ensombrecido, se traslucía ahora cierta gravedad y tal vez un asomo de legítimo orgullo, pero sin modificar en lo más mínimo su manera de ser natural. Lo que llamaba sobre todo la atención eran sus ojos nítidos, igual que un cielo raso, bondadosos e inteligentes.

Se volvió de cara al campo, haciendo rutilar sus gafas de montura plateada. Con su gesto expresivo parecía querer decir: ¡qué majestuoso es el cuadro de la recolección y qué cara ha costado la cosecha en tan dura lucha!

Cuando Se Gol se despidió de Ri Kwang, el maestro Paek Kwang Myong, siguiéndole los pasos, le pidió encarecidamente en voz baja:

—Tenga la bondad de transmitir al General un saludo de mi parte.

Se Gol marchó por el estrecho sendero, que se extendía atravesando el campo.

En las estribaciones de la montaña que se elevaba frente a la finca donde faenaban los niños recogían zahína las afiliadas a la Asociación de

Mujeres. Se oían a lo lejos sus risas, de las que no resultaba difícil distinguir la voz pastosa de la ex-cocinera.

Se Gol estaba de un humor excelente. Le parecía que de un momento a otro se le iba a caer de la cabeza la gorra encasquetada al sesgo. Su frente algo protuberante y la nariz respingona le agraciaban aún más el rostro sonriente.

El enlace marchaba hacia la pequeña ciudad de Longjing con el propósito de agenciarse prensa. Debía conseguir periódicos y revistas de los últimos números y, de paso, cumplir el encargo que le había hecho Pak Ki Nam.

La víspera de su marcha había estado hasta bien entrada la noche charlando con Pak Ki Nam. En el curso de la conversación dijo a éste que en el destacamento había tenido lugar una acalorada polémica en torno al problema de la táctica en la lucha guerrillera. Y Ki Nam le dijo que había visto un buen libro sobre esta cuestión. Esto le interesó sobremanera a Se Gol, quien trató de averiguar dónde se podría adquirir aquella obra. Ki Nam le respondió que él había leído las “Experiencias de la guerra de guerrillas”, pero, debido al mucho tiempo pasado, había olvidado los pormenores de su contenido; tan sólo recordaba que en ella se describían con todo lujo de detalles los hechos acaecidos en diferentes combates. Añadió además que este libro lo debía tener un vecino de Longjing llamado Jang Du Man, y que si le visitaba seguro que lo conseguiría.

Se Gol, que siempre había anhelado una vida febril, ardía en deseos de llegar a poseer tal obra. Si lograba su propósito llenaría nuevamente de asombro a sus compañeros. Esto sería una verdadera sorpresa, incomparable con el hecho acontecido cuando pescaba tantos peces en el valle de Sudong. Representaba un gran hallazgo político, ante el cual, ni el propio Cha Kwang Su, tan parco en elogios, podría permanecer

impasible. A buen seguro que, alzando los brazos, lanzaría una ruidosa exclamación de júbilo.

Al atardecer, eufórico, penetró Se Gol en una choza solitaria del bosque y decidió pasar la noche en ella. Hasta llegar a Longjing le faltaban por andar cerca de treinta *ríes.*

* * *

Mientras tanto, Choe Chil Song, conduciendo un buey de tiro, atravesaba el puente situado en las afueras de Dunhua.

En lugar del gorro llevaba en la cabeza una toalla salpicada de barro. Su rústica indumentaria se componía de un chaquetón guateado, unos pantalones, raídos por las rodillas, y unas alpargatas de cáñamo, ya deformadas. Látigo en mano, encorvado, arreaba al buey, que tiraba de un trineo cargado de leña.

Le faltaba aún burlar los piquetes de la guardia enemiga, buscar la organización de la Juventud Comunista que había dirigido el compañero Comandante en jefe en el período de Jilin, entregarles una carta y luego, con su ayuda, desarrollar el trabajo político entre la población.

—¡Arre, vamos!

Intencionadamente, levantó con fuerza el látigo para echar una mirada hacia atrás, y el robusto buey, con una descomunal cornamenta como brazos abiertos, abrió desmesuradamente los ojos y tiró bruscamente del trineo hacia adelante.

Cuanto más avanzaba, mayor era la alarma que sentía Yong Suk.

La larga falda le molestaba para caminar de prisa. Además, llevaba en su cabeza una cesta con huevos de gallina, bajo los cuales se ocultaban las octavillas.

El rostro agraciado y juvenil de la muchacha estaba cubierto de rubor.

Al ponerse en camino habían decidido hacerse pasar por marido y mujer, lo que llenaba de turbación a la muchacha. Ya habían recorrido más de doscientos *ríes*, pero ella no había logrado aún rehacerse de aquel ardiente sentimiento de vergüenza.

Por el camino hicieron una parada en el pueblo de Ungdong, en casa de unos viejos, marido y mujer, que les ofrecieron sus servicios. Desde aquel momento fue necesario, en efecto, pasar sin falta por un matrimonio. Yong Suk se quitó el uniforme militar, se puso una falda de lienzo y una blusa amarilla, consiguió una trenza postiza, se hizo un moño y se calzó unas esparteñas. Lo que más le seguía inquietando era su cutis acanelado.

En aquel entonces la policía vigilaba de tal forma que, no sólo por la indumentaria, sino también por el color de la tez y la manera de andar trataba de distinguir a los guerrilleros de la población local.

Esta fue la razón por la cual Yong Suk, antes de ponerse en camino, contra su propia voluntad incluso, tuvo que sentarse ante el espejo y empolvarse la cara. Era la primera vez en su vida que recurría a la cosmética.

—Basta, de lo contrario vas a quedar tan guapa que te vas a meter en algún embrollo desagradable.

Cualquiera que fuese su vestimenta, Chil Song tenía el aspecto de un verdadero labrador y permanecía sordo a los sufrimientos de Yong Suk. El más insignificante descuido podía echar por tierra la operación tan bien pensada y provocar víctimas inútiles. La muchacha, comunicativa y cuidadosa, se adoptó fácilmente el papel de joven esposa.

—Resulta, Yong Suk, que sabes arreglarte bien el pelo. Se ve que tienes práctica en ello —Chil Song decidió gastar una broma a su acompañante al abandonar el pueblo de Ungdong.

Yong Suk volvió a ponerse como la grana. Recordó lo que le había

sucedido en Tonghua. Cuando le llevó a Tokko, el dueño, una vasija de agua, éste le dijo de sopetón: serás una buena esposa para un primogénito.

Los vecinos de la localidad empezaron a fijarse en los desconocidos. La muchacha, con la cesta en la cabeza, se acercó mucho a Chil Song y le susurró:

—¿Por qué estás tan serio? ¿Sientes nostalgia del hogar?

—Ahora ya andará a gatas por el suelo.

—En todo caso, el nombre que le han puesto a tu hijo es magnífico, "Hyok Myong", mejor no lo encuentras.

Se miraron uno a otro y se echaron a reír.

Se comportaban con tal naturalidad que los vecinos del pueblo pensaron: mira qué temprano van al mercado los recién casados.

Por el camino, de vez en cuando, intercambiaban frases intranscendentes; después, súbitamente, se pusieron a hablar de Se Gol:

—Es interesante, ¿dónde estará y qué hará ahora solitario? —musitó Chil Song, mirando a Yong Suk, que le seguía a dos pasos de distancia.

Ante los ojos de la muchacha surgió la imagen gallarda del cuellilargo Se Gol.

—Para qué hacer cábalas. De seguro que estará haciendo algo y, como siempre, tendrá prisa. Cuando pienso en él recuerdo siempre das palabras del compañero Cha Ki Yong.

—¿Y qué dijo el compañero Cha?

—Que Se Gol se parece a un automóvil sin chofer.

—¿Será posible que eso lo haya dicho el compañero Cha? Pues delante de mí siempre elogiaba al compañero Se Gol por su carácter abierto y arrojado. Es un hombre de pelo en pecho.

—Si quieres, lo crees; si no quieres, no lo creas. Eso es asunto tuyo. Pero a mí, no sé por qué, me parece que cada paso que da el compañero

Se Gol lleva aparejado peligro, riesgo. Me intranquiliza continuamente la idea de que le va a ocurrir algo inesperado…

—Tú, compañera Yong Suk, no tienes razón, el hombre tiene que ser así. El hombre no debe ser reservado, sino resuelto, alegre y comunicativo como él. Es, además, valiente y mañoso. Por eso tiene muchos amigos. Y nuestro Se Gol tiene un carácter tan tesonero que lo que piensa lo cumple al pie de la letra. ¡Esto es bueno! ¿Recuerdas los primeros días de su llegada al destacamento? Entonces pescó muchos peces y nos invitó a todos a comer sopa de pescado. El hombre tiene que ser de esta manera.

Choe Chil Song ponía empeño en defender a Se Gol, y con ello Yong Suk se alarmaba más aún. Si, por el contrario, le hubiera criticado, se habría sentido irritada.

Aquel atardecer en que decidieron irse a pescar, Se Gol le dio un tremendo susto a la muchacha cuando se plantó de sopetón ante ella, pidiéndole obstinado que le cediera el fusil.

Se Gol, para Yong Suk, era un ser que la inquietaba constantemente; se le antojaba que era demasiado testarudo, capaz de arrastrarla a cualquier aventura con su terquedad. Pero, precisamente por eso, Yong Suk no podía dejar de pensar en él.

Lo mismo ocurrió más tarde, cuando tras el combate que tuvo lugar en Soksegol, al anochecer, después de haber felicitado a Choe Chil Song por el nacimiento de su hijo, los guerrilleros se fueron cada uno a su choza.

Yong Suk regresaba a su tienda de campaña muy emocionada por lo de “Choe Hyok Myong” y las ropitas del recién nacido. En este instante la llamó alguien. Se volvió y vio a Sé Gol, que la seguía pisándole los talones.

Él se le acercó más, pero, por lo visto, no tenía ningún asunto urgente

que comunicarle; por ello comenzó con estas palabras triviales:

—Hemos vencido en el combate, hemos capturado el armamento, y al niño que acaba de nacer le hemos puesto “Hyok Myong”. ¡Qué estupendo es todo esto! ¿Verdad, compañera Yong Suk?

—¿Qué quieres? Dilo sin rodeos.

—Bueno, pues, eso te iba diciendo. ¡Ay, qué rigurosa eres para mí! Venga, mejor será que nos sentemos aquí mismo.

Se Gol se daba cuenta de que pronto aparecería la tienda de campaña donde estaban instaladas las guerrilleras; por eso, presionando con las manos los hombros de la joven, la invitó a sentarse.

Se acomodaron sobre un canto rodado.

Pasó algún tiempo sin que Se Gol dijera una sola palabra. Yong Suk decidió escaparse de su lado en cuanto se le presentara un momento oportuno.

Se Gol, tras titubear, dijo:

—Si no fuera por tu ayuda no me habría incorporado en la guerrilla, ni habría experimentado tanta alegría en el día de hoy. Además, tu fusil me ayudó a adquirir práctica de tiro; y esto me ha servido en el último combate. Amén de que…

—Basta de eso, por favor; dime cuanto antes lo que sea, si es que tienes algún asunto que comunicarme…

Hacía tiempo que Yong Suk había comprendido los propósitos de Se Gol; pero, premeditadamente, mostraba cierta aspereza. Tenía la impresión de encontrarse junto a un fuego, como participando en alguna conspiración. La expresión anodina de su rostro no reflejaba enojo ni alegría. Se tapó la boca con la mano trémula y bajó la cabeza.

—Yong Suk, ¿qué dices? ¿Será posible que seas tan insensible, que no respondas a la llamada de mi corazón? —balbuceó Se Gol con voz ronca, ligeramente temblona.

El chaval, que habitualmente se mostraba atrevido y campechano, en esta ocasión, por lo que fuera, parecía lleno de timidez.

—Está bien. Te lo diré en otra oportunidad —Se Gol se puso en pie y empujó a Yong Suk por la espalda. Pero ésta no podía moverse del sitio, parecía haber crecido donde estaba, enraizada en el suelo. Luego, a pesar de todo, irguió la cabeza, mas, al encontrarse con la mirada abrasadora de Se Gol, se asustó, le dio bruscamente la espalda y echó a correr hacia abajo.

—¡Yong Suk!

Se Gol la llamó, pero ella se había ocultado ya en la espesura del oscuro bosque.

Aquella noche se la pasó en vela. Ante ella aparecía constantemente el rostro de Se Gol.

Y ahora mismo, al recordarlo, percibía los acelerados latidos de su corazón.

Adivinase o no el estado de ánimo de la muchacha, Choe Chil Song no cesaba de elogiar a Se Gol. Decía de él que era un compañero valiente y honesto, que seguramente llegaría muy lejos. Y finalmente expresó la seguridad de que éste cumpliría la misión que le habían encomendado con más brillantez que las veces anteriores.

—¿Estás seguro?

Yong Suk miró a Chil Song con sus grandes ojos negros de bellos párpados.

—A ti, Yong Suk, te ocurre una cosa extraña. Cuando te refieres a todos los demás compañeros hablas bien, pero acerca de Se Gol, por lo que sea, piensas mal.

—En eso no hay nada de extraño.

Chil Song se paró y, sonriendo bondadoso, miró a Yong Suk.

—¿Lo ves? Ya digo yo que no en balde…

Yong Suk se ruborizó de nuevo y, en el acto, volvió hacia un lado la cabeza cargada con la cesta.

Transcurridas dos horas llegaron al puente, por donde se entraba en la ciudad de Dunhua.

Ante el puente, con aire inaccesible, se encontraban unos soldados japoneses, armados de fusiles con la bayoneta calada, controlando a toda persona que se dirigía a la ciudad.

El puente de hormigón armado se extendía hasta la orilla opuesta del río, cuyas aguas fluían lentamente en dirección al norte. Por el camino enlodado, al encuentro de los soldados nipones, marchaba el trineo, dejando sus huellas en líneas paralelas. A Yong Suk, que llevaba vestimenta campesina y un pañuelo que le cubría parte de la frente, le latía ruidosamente el corazón; mordiéndose los labios, procuraba dominar su inquietud.

El trineo se detuvo, resonó la voz gruñona de un japonés:

—¿Qué es esto?

—Llevo leña.

Chil Song mostró los leños de abedul apilados en el trineo.

—Yo pregunto qué llevas ahí escondido.

Resonó otro grito enojado. Yong Suk bajó la cesta de la cabeza y se puso a limpiarse con la toalla el sudor de la cara.

Había tres soldados. El de mayor estatura se aproximó a la muchacha.

En este momento sintió ella que el corazón se le quedaba helado en el pecho.

—¿Qué es esto?

—Huevos.

El japonés, con mano velluda, quitó de un tirón el lienzo que cubría la cesta. La muchacha, de haber tenido un fusil a su alcance, hubiera disparado de buena gana contra aquel canalla. Pero era preciso dominarse.

—¿Qué hay en el fondo?

—Nada. Paja extendida. Es para que no se rompan los huevos.

—¡No mientas, hala, muestra lo que llevas ahí!

A la muchacha se le nublaron los ojos.

Mientras tanto, Choe Chil Song descargaba los haces de leña.

Los samurais se mostraban tan empecinados en el registro como si, efectivamente, supieran que en el fondo de la cesta y en los haces de leña había octavillas escondidas.

Choe Chil Song, calmoso, se arremangó y empezó a descargar negligentemente los haces, como quien dice: por favor, miren lo que les venga en gana.

Yong Suk, gracias a un enorme esfuerzo de voluntad, logró dominar el temblor de sus manos y empezó a extraer de la cesta un huevo tras otro, colocándolos sobre el paño que los había tapado.

Era necesario obedecer, no había otra salida.

En este momento resonó súbitamente la irritada voz de Chil Song.

—¡Ay, qué ingenua eres! —Yong Suk se estremeció de pies a cabeza como sacudida por una corriente eléctrica—. ¿No ves que el señor tiene la garganta enteramente seca? Invítale a que refresque el gaznate con huevos.

Choe Chil Song escupió encolerizado, frunció el ceño, cambió de sitio en un periquete el haz de leña donde estaban ocultas las octavillas y lo tapó con otro haz…

Yong Suk se rehizo. Tomó un huevo del cesto y lo limpió con los bajos de la falda.

Luego, sosteniendo con ambas manos el reluciente huevo, avanzó hacia el japonés.

—Tómelo, por favor —entornó los ojos, al tiempo que inclinaba la cabeza, con el cabello dividido por una raya recta.

El samurai, viendo aquel huevo ofrecido en toda regla por una coreanita bien parecida, sonrió jactancioso, mostrando el teclado de sus dientes deformados.

—Bébaselo, por favor.

El nipón alargó la mano mugrienta y fijó la mirada en la esbelta figura de Yong Suk como el gato devora con los ojos el pescado. Ella limpió otro huevo y se lo ofreció a otro centinela, de ojos legañosos.

—¡Ah, qué sabroso está! —el nipón, de dientes deformados arrojó la cascara bajo el puente y, tras limpiarse la barbilla con la palma de la mano, volvió a clavar los ojos en la cesta.

Yong Suk aproximó el cesto al soldado pequeñajo y, entonces ya no fue necesario limpiar siquiera los huevos.

Los soldados, por encima de sus hombros, lanzaban las cascaras bajo el puente. Los tres se pringaron las barbillas de viscosa clara.

A Yong Suk ya no le hacía falta ahora mover las manos, porque las manazas amarillentas de los rapiñadores pugnaban por meterse en la cesta.

—¡Basta, basta! —vociferó la muchacha, desesperada. Temía que si terminaban de vaciarla podían descubrir las octavillas escondidas en el fondo.

—¡Caray, qué lela eres! ¡Aparta la cesta, de lo contrario no te dejarán ninguno! —gritó Chil Song, todavía a tiempo.

Yong Suk cogió velozmente el cesto y les volvió la espalda.

—No puedo darles más. Tengo que cambiarlos por arroz.

La joven, sosteniendo la cesta con manos, echó a correr hacia Choe Chil Song, zigzagueando de un lado para otro.

—He, he, he —se rieron los japoneses.

Saciados, y contentos por la habilidosa forma con que —según ellos—, habían encandilado a la linda coreanita, no cabían en sí de gozo.

El samurai de los dientes torcidos levantó la cabeza y quedó boquiabierto; luego, echando salpicaduras de saliva, se puso a reír con voz chillona:

—Hi, hi, hi.

El de los ojos legañosos hinchaba tanto los mofletes al reír que hasta dejaron de vérsele las pupilas:

—He, he, he.

El pequeñajo, por su parte, moviendo el cuello bovino, parecía ahogarse y emitía unos sonidos semejantes a gimoteos: aún tenía la boca llena.

Choe Chil Song volvió a colocar los haces de leña sobre el trineo y se sonrió, mofándose para sus adentros de la codicia que mostraban aquellos canallas, capaces de devorarlo todo, hasta la soda cáustica, con tal de que les saliera gratis.

Mientras tanto, los transeúntes, que embotellaban la calzada, comenzaron a barbotar:

—Estos bichos han metido sus garras en la cesta de huevos. ¡Pobre aldeanita!

—Menos mal, si sólo ha sido eso.

Choe Chil Song arreó el buey, miró hacia atrás y sonrió de forma significativa, aunque en alta voz expresara otra cosa completamente distinta:

—Bobalicona, tendríais que haber huido de ellos mucho antes.

Cuando llegaron a un recodo del camino que llevaba al mercado, Choe Chil Song, con una expresión de culpa en el rostro, mientras se rascaba la nuca, dijo:

—¡Compañera Yong Suk! Perdóneme la brusquedad que he tenido que emplear.

—Pues yo, francamente, no sabía que eras capaz de emplear tanta

argucia —sonrió ella, mordiéndose los labios.

Aquel mismo día, por la tarde, Chil Song pudo entrevistarse con el compañero Om, supuesto “limpiabotas” del mercado, y establecer contacto con la organización clandestina.

Le transmitió la tarea de confundir al enemigo y atraer a las fuerzas de ocupación pertenecientes al Ejército de Kwantung hacia las montañas; además, se pusieron de acuerdo sobre la participación de Chil Song en el reparto de las octavillas.

* * *

Al amanecer del día siguiente, en las calles de Dunhua se armó la de Dios en Cristo.

En el segundo piso de una casa de ladrillo y en el largo cuartel donde se alojaba un regimiento del Ejército de Kwantung, resonaron gritos desesperados. El centinela de la entrada principal, levantando la cabeza como una cobra, seguía con la vista a los soldados que entraban y salían apresuradamente, montados a caballo o en motocicleta.

Toda la zona encomendada al regimiento se hallaba estrechamente vigilada.

Ante la pared de la parte norte del cuartel, por encima de la cual habían sido lanzadas octavillas tituladas “A las tropas del ejército japonés”, se hallaba un centinela armado con fusil. Sus ojos expresaban un odio salvaje.

Al anochecer, cruzando el puente, se pusieron en camino en dirección a las moles montañosas cincuenta y dos camiones cerrados, llenos hasta los topes de soldados armados.

Por todas las calles de la población se dislocaron piquetes de policías.

El mercado quedó desierto, echaron de él a todos los vendedores y

compradores. Cerraron las tabernas y bodegones, las herrerías y las fondas, así como las tenduchas de todo tipo y los talleres de los obradores. En una palabra: todos los lugares donde habitualmente se congregaba la gente, prohibiendo cualquier actividad empresarial.

Los vendedores y sus clientes cuchicheaban en corrillos:

—Se dice que el General Kim Il Sung, al frente de un gran destacamento guerrillero, llegará de improviso a la ciudad.

—No, no es así. A mí me han contado que un, desconocido se ha presentado en el cuartel del regimiento japonés y les ha amenazado con que si en el transcurso del día no abandonan la ciudad les harán prisioneros a todos.

—Corren rumores de que la ciudad está llena de guerrilleros, aunque nosotros no los hemos visto. ¡Vete tú a saber! Quizás ese caballero que pasa por ahí sea un guerrillero.

—¡Ahí viene un vendedor de peces espada! —era la señal para indicar que llegaba el policía.

Todos se dispersaron en el acto en distintas direcciones.

Las octavillas que habían sido repartidas principalmente por las calles y callejones adyacentes al mercado decían: “¡Todo el pueblo coreano debe levantarse como un solo hombre a la lucha por el derrocamiento del imperialismo japonés!”.

Las hojas volantes habían sido ya lanzadas por las calles antes de que amaneciera.

El dueño del bodegón “Tallarines de Pyongyang”, un hombre calvo, recogió dos octavillas, se las guardó, y luego, en los momentos libres de ajetreo, a solas en su cuartido de descanso, las sacaba y releía.

Los campesinos llegados de las aldeas cogieron también hojas volantes y volvieron con ellas a sus casas.

Unos vecinos del pueblo de Ungdong, que habían ido a la ciudad para

comprar sal, regresaron asimismo con octavillas escondidas bajo el cinturón.

—Menudo espectáculo hemos visto. Todo el mundo estaba sobresaltado. Se dice que el General Kim Il Sung va a llegar de un momento a otro. Manda un ejército coreano. En Dunhua no ha quedado ni un solo japonés, huyeron en camiones.

Esto lo iba pregonando por toda la aldea el viejo Jong, a quien le faltaban dos incisivos.

—En esta casa, al parecer, se aloja el matrimonio que vino de Chongjin, ¿no es así?

Choe Chil Song se levantó, fue al encuentro del viejo que llegaba y, haciéndole una reverencia, le dijo:

—Bienvenido sea, abuelito. Yo soy el de Chongjin.

—¡Hola! Creo que has llegado a tiempo. Te daré un alegrón con las buenas noticias. Hace unos días estuve en Dunhua, en el mercado. Miré y vi que todas las calles estaban cubiertas de hojas blancas. Pensé: ¿qué serán esos papeles? Los cogí y resultó que eran octavillas. Las habían repartido nuestros guerrilleros. Cierto es que desde la última primavera corrían rumores de que nuestro ejército peleaba en las orillas del río Tuman, pero yo no le di ninguna importancia. No se me ocurrió ni en sueños que pudiesen llegar hasta aquí. Se ve que los guerrilleros se proponen poner en pie a la nación entera y echar a los japoneses del país. De fijo que tales hojas volantes pasan también de mano en mano allí, en Chongjin.

El viejo Jong, sentado sobre la piedra del poyo, siguió hablando por los codos, mientras fumaba ya el tercer cigarrillo,

—Abuelito, cuidado, con lo que dice, no sea que los japoneses lo metan en la cárcel —Chil Song decidió comprobar la firmeza del anciano.

—No tendrán tiempo. Antes vendrán los nuestros y los machacarán a ellos… Ja, ja, ja.

Choe Chil Song, al hacerse de noche, reunió a los vecinos del pueblo y se ocupó de la propaganda.

Muchos de los que acudieron a la reunión se sorprendieron bastante al ver a Chil Song y Yong Suk vestidos con uniformes de guerrilleros.

—Atiza —exclamó el viejo—, conque esas tenemos: no en vano se rumoreaba que literalmente todos los que andan por las calles de Dunhua, empezando por el señor y terminando por el cochero, son de la guerrilla. Resulta que en nuestro pueblo también tenemos ya guerrilleros. Y yo, viejo tontaina, me tragué la píldora de que eran de Chongjin… Ha, ha, ha.

El espacioso aposento estaba abarrotado de público. En la pieza contigua, con las mujeres, tomó asiento Yong Suk. De pie en el umbral de la puerta que unía la habitación del centro y la última, Choe Chil Song pronunció un discurso. Se quitó la gorra, hizo una ligera inclinación de cabeza y comenzó cortésmente:

—Nosotros somos de la Guerrilla Antijaponesa que manda el General Kim Il Sung. Hemos venido aquí de su parte. Nuestra guerrilla se compone de hijos de campesinos como ustedes. La joven que está sentada ahí, en la pieza vecina, el año pasado todavía trabajaba de sirvienta en la casa de un terrateniente; yo mismo trabajaba de criado de otro gran hacendista. Decidimos consagrar nuestras vidas a la causa sagrada de liberar a la Patria de japoneses…

Chil Song hablaba pausadamente, sereno. Las palabras del joven guerrillero —que era como un aldeano más en la tertulia—, resultaba asequibles para todos. Con vocablos sencillos, iba exponiendo los problemas cardinales de la revolución.

—¿Qué camino debe seguir Corea? —preguntó; y se contestó a sí mismo.

Habló de todo cuanto había visto y oído desde su incorporación a la guerrilla.

—¡Di, guerrillero! ¿Dónde se encuentra ahora el General Kim Il Sung? —preguntó, tras levantar la mano, una mujer de unos cincuenta años, embutida en un chaquetón guateado lleno de remiendos.

—Buena mujer, el General está en las montañas.

—¿En las montañas? ¿Vive también en las montañas con este invierno tan duro?

Por debajo del pañuelo que la mujer llevaba en la cabeza sobresalía un mechón de pelo encanecido. Se turbó un poco queriendo decir algo más, pero no agregó nada y empezó a limpiarse con la manga las ranuras de los ojos.

Choe Chil Song tendió las manos hacia adelante, trenzó los dedos con fuerza y exclamó en voz alta:

—¡Paisanos! Vamos a unirnos así, tan fuerte como estos dedos, en torno al General Kim Il Sung. Y entonces podremos vencer a no importa qué enemigo y liberar a la Patria.

Choe Chil Song terminó su discurso, pero nadie tenía el menor propósito de abandonar la reunión. Siguieron allí charlando hasta el segundo canto del gallo.

Yong Suk, en el cuarto contiguo, explicaba —como lo había hecho con anterioridad en Liangjiangkou y Chonsangdegi—que las mujeres debían incorporarse al destacamento guerrillero y luchar con las armas en la mano.

Añadió que las mujeres que no pudieran incorporarse a la guerrilla debían enviar a sus maridos e hijos, prestándoles ayuda material. Esto último tenía también una gran importancia en la batalla para derrotar a los samurais.

Chil Song tenía que convencer a los jóvenes que habían expuesto su

deseo de incorporarse al destacamento guerrillero, de que por el momento, no podían marcharse con él, sino que debían esperar a otro enlace que llegaría pronto. Entretanto, aquella mujer entrada en años se levantó de su asiento la primera y salió de la casa.

Chil Song y Yong Suk, tras despedirse de los campesinos, se pusieron nuevamente en camino. Tenían prisa por llegar a otro sitio.

Salieron del pueblo antes de que hubiera amanecido del todo. El vecindario les acompañaba. Y entonces, ya en las afueras, la mujer que se había marchado de la reunión antes que los otros les salió al camino apresurada, con un bulto en la cabeza.

—¡Jóvenes! —dijo—, lleven esto al General. Aquí no hay nada del otro mundo, pero se lo doy de todo corazón.

Se descargó, bajando hasta el suelo una red, del pendían dos pares de alpargatas.

—¡Buena mujer! ¿Por qué hace esto?

—Tómalo, por favor. Hay unas libras de almorejo. A nosotras, pensando en el entrañable General que en un invierno tan cruel se atormenta en las montañas en aras de la liberación de la Patria, la papilla se nos atasca en la garganta y no logramos conciliar el sueño. Joven, cuando vuelvas a la guerrilla, cuece este almorejo en honor mío, de esta viejecita, y sírveselo caliente al querido General. Este es mi único deseo. Yo también tenía un hijo, que era igualito que tú. Me decía que estaba estudiando en Dunhua. Y yo lo creía. Pero la pasada primavera los monstruos samurais colgaron a mi hijito en un poste de telégrafos. Dicen que porque era comunista. Cuando yo te vi, se me apareció al momento mi hijito. Si viviera mi Chang Sik, también él, con certeza, sería como tú: se habría echado al monte empuñando un fusil. Algunos días antes de su apresamiento vino a casa y me soltó que tenía la intención de irse con el General Kim Il Sung, que lucharía con las armas en la mano; pero yo

no acabé de comprender lo que me decía. Toma esto, joven, por favor, y haz lo que te pido. Yo misma iría de mil amores para ver al General, pero está demasiado lejos. Esta red fue hecha por mi hijito, y cada vez que volvía de Dunhua la traía cargada a la espalda.

La anciana quería añadir algo todavía, pero no dijo nada más: se volvió de espaldas y comenzó a enjugarse las lágrimas.

Si Choe Chil Song no hubiera tenido que hacer un asunto tan urgente, se habría detenido para consolar a la buena mujer; pero tenía el tiempo contado, por lo cual, tras cambiar con ella algunas frases alentadoras, siguió adelante.

*   *   *

Al llegar a Longjing, Se Gol se dirigió a la casa de Jang Du Man.

Resultó que éste no se hallaba en casa: lo habían detenido hacía un mes. A la pregunta de cuál había sido la causa de su detención, le respondieron que, estando algo bebido, había arrancado y echado al suelo un rótulo de la organización “Minhae”. Así había procedido también antes, la última primavera, al aparecer por primera vez en la calle un cartel de la asociación “Minsaengdan”, por cuya razón estuvo un mes en la cárcel.

Se Gol trató de averiguar el sitio donde podría encontrarse el libro que le interesaba, mas el hermano del dueño le dijo que no tenía la menor idea sobre la existencia de tal obra. Y así se confirmaron los augurios de Pak Ki Nam al afirmar que Jang Du Man debía tener aquel volumen en algún lugar secreto, bajo tierra. Perdió todo el día buscando aquel libro, pero no pudo descubrirlo por ninguna parte, ni dentro ni fuera de la casa. Entonces Se Gol decidió hacerse pasar por pariente lejano de Jang Du Man y entrevistarse con él. Se puso de acuerdo sobre

todo ello con los familiares del detenido y se fue a la comisaría de policía. Pero los policías no le hicieron el menor caso.

Sin embargo, Se Gol no se inmutó en lo más mínimo. Hombre de temperamento indomable, era de los que se empecinan aún más en su propósito cuando encuentran resistencia. Se Gol escondió bajo tierra la esquela dirigida a Pak Hung Dok. Así como el dinero destinado a la adquisición de prensa. Hecho esto, salió a la calle.

En la cantina compró una botella de vino y se bebió por el gollete la mitad del contenido. Lo que quedaba lo derramó sobre su propio traje. Haciendo eses, se encaminó a la casa del policía Choe.

A la orilla del río que bordeaba la ciudad se alzaba una casa señorial construida al estilo japonés, con tejado de hojalata, cubierto con una gruesa capa de alquitrán; tras el zaguán brillaban unas puertas encristaladas; en el patio, primorosamente cuidados, crecían enebros y flores.

Se Gol, con su traje andrajoso de obrero, anduvo algún tiempo por el callejón, marchando de aquí para allá. Por fin advirtió que un policía con gafas de montura negra se apeaba de una ricksha. Entonces comenzó a marchar renqueando hacia la entrada principal, empujó la puerta con el pie y entró en el patio.

—Eh, condenado —exclamó Se Gol— ya que tienes un hotel debes recibir a los huéspedes, abrirles la puerta. ¿Por qué está cerrada siendo aún de día? ¿Por qué, eh? El hombre debe dormir bajo techo, y tú quieres que pase la noche como un perro, bajo un puente. ¡Eh, hotelero! ¡Recibe a los huéspedes! ¿Dinero? Lo hay, contante y sonante. ¿Piensas que los obreros no tenemos pasta? Es la gente quien ha inventado el dinero, no el dinero a la gente.

No temas, aunque se acaben los cuartos, no voy a quedar en deuda: lo pagaré todo, te daré hasta el último pantalón, aunque esté un poco sucio.

¡Venga el aposento, vivo! ¡Caray, qué ganas tengo de dormir a pierna suelta! ¿Dónde está el dueño? ¡Hum, seguro que el maldito ha salido pitando!

La concubina de Choe, la cara toda empolvada, lo observaba desde una ventana.

Al dar ella un grito desgarrador tintinearon las puertas de cristales y apareció un sujeto de aspecto joven. Abombando el pecho, avanzó fachendoso por el patio. Era el cuñado de Choe.

—¡Eh, tú, canalla, encontraste un lugar apropiado para vociferar! ¿No ves dónde estás? ¡Fuera de aquí! ¡Venga!

—¡Ha, ha! ¿Cómo que dónde estoy? Pero si esto es un hotel, donde la gente se hospeda y el dueño se llena los bolsillos.

—Tú, cerdo, ¿has perdido el juicio o qué? ¡Fíjate dónde te has metido, alcornoque!

Apareció en el zaguán un hombretón fornido, con pantalón estrecho y chasqueando con sus zuecos; agarró del brazo a Se Gol y lo llevó a empujones hacia la salida.

—¡Vaya, para qué existirá en el mundo esta maldita vodka! ¡En qué guiñapos convierte a la gente! ¿Por qué no se lleva el diablo a estos truhanes? —la iracunda querindanga, vestida con una ancha falda de largo vuelo, meneó la cabeza de untosos cabellos y desapareció tras la puerta.

—¿Qué tiene que ver aquí el vano? ¿Acaso ustedes me han invitado a vodka?

—La vodka también se hace del grano. Basta de armar escándalo; de lo contrario te voy a dar más palos que a una estera. ¡Vete por las buenas a tomar viento fresco! Esto no es una carnicería para los cerdos como tú.

Sacaban a Se Gol del patio, pero éste dio tan fuerte tirón hacia adelante que su hombro chocó con la puerta encristalada.

Los cristales se hicieron añicos y se esparcieron por el suelo con ruido estrepitoso.

En la alcoba resonó un largo alarido de la concubina. Seguidamente se oyeron fuertes pasos en el entarimado del pasillo y apareció el propio dueño, con su largo kimono casero. Relampaguearon los cristales de sus gafas y resonó su chillona voz enfurecida:

—¡Ah, rufián! ¡Denle una buena tanda de palos a ese loco de atar y tírenlo a esa cuneta!

Choe cogió en el zaguán un bastón de esgrima y salió al patio.

—Seguramente que estamos en un año funesto, hasta en mi misma morada trata de meterse toda clase de basura.

El gordinflón sacó su vientre descomunal, irguió la cabeza y empuñó el bastón. Mas su concubina se lo cogió con repugnancia y se lo entregó al joven del pantalón ceñido.

—Algo semejante ocurrió también en Yongphyong —recordó ella con premura—. En una ocasión se presentó ante mi padre un individuo que había sido criado suyo, borracho como una cuba, y se enzarzaron en una riña; unos meses después ocurrió esa desgracia.

—¡Cierra la boca! Con sólo acordarme eso se me revuelven las tripas y me pongo de mal talante. ¡Eh, charlatana! Todas las mujeres sois iguales: unas comadres… La desgracia de tu padre y tu hermano no se debió a la vodka, sino al comunismo. La contienda está entablada entre el comunismo y el gran Japón, entre los arrendatarios y los terratenientes, entre los oprimidos y los dominadores.

El cuñado de Choe braceaba con el enorme bastón dando gritos. Ora golpeaba las parietales, ora las piernas del forastero. Se Gol se tambaleaba más que antes, a fin de esquivar los golpes, y paraba algunos de ellos con las manos.

—Fíjate: resulta que este granuja no tiene nada de tímido —montó en

cólera el cuñado del polizonte. Se cambió apresuradamente el calzado, poniéndose unas zapatillas de tela que había a la entrada del vestíbulo y, arremangándose, arremetió nuevamente contra Se Gol.

—Te arrancaré la piel a tiras, truhán asqueroso. Se ve que hasta ahora sólo has oído hablar de las varas, pero, evidentemente, no has tenido ocasión de probarlas.

—¿Por qué me pegas, infame, perro rabioso? ¿Es que no conoces las leyes? Yo pido que se me facilite albergue pagando, y no de balde. ¿Acaso este hotel es un sitio para torturar a la gente?

El cuñado del policía levantó otra vez el palo con intención de descargarlo en las sienes de Se Gol, pero éste esquivó el golpe con destreza. El palo fue a dar en el hombro del muchacho, el cual saltó hacia atrás y rompió la lámpara que estaba colgada a la entrada. La pantalla color lácteo se hizo añicos y se dispersó en una granizada.

—¡Yo a este guiñapo lo mato! ¡Denme la escopeta de caza!

Se Gol, al escuchar la palabra "escopeta", se recobró en un abrir y cerrar de ojos y simuló que lo habían molido a palos: las piernas le temblaron fláccidas y se desplomó, dándose un golpe en la cabeza contra la pared.

Choe se abalanzó sobre él como si hubiera esperado precisamente este momento y se puso a dar puntapiés en la espalda de Se Gol.

—¡Qué golpes me dan, so perros!

—¡Amárrenlo!

Choe, jadeante, corrió hacia el zaguán y se puso a llamar por teléfono.

Al principio se escuchó un tintineo, luego se oyó tina conversación confusa y, finalmente, ya con claridad, se percibió la exigencia de Choe. "¡De prisa!"

Choe apareció de nuevo en el patio, llevando en la mano una cuerda.

Se Gol, aparentando darse por perdido, dejó sumisamente que lo esposaran.

Algún tiempo después, apareció en la puerta un policía montado en bicicleta. Irrumpió en el patio haciendo tintinear el sable.

—Llévate a este canalla, mételo en el calabozo bajo llave y dale una buena lección. Se ha emborrachado como un cerdo y en lugar de irse a dormir la mona anda haciendo fechorías. Levántenle acta sumarial de cargos por alteración del orden público, por allanamiento de morada ajena, por los perjuicios ocasionados a servicios públicos, por atentado a los derechos del hombre, por intento de robo, por gamberrismo, etcétera. ¡Y ahora, llévatelo!

—¡Oh, cuántos delitos he cometido!

Se Gol apenas pudo contener la carcajada que exaltaba de todo su cuerpo.

En la comisaría de policía fue sometido al procedimiento que solían aplicar a los detenidos en tales casos.

La celda era espaciosa.

Al tercer día logró averiguar dónde se hallaba Jang Du Man. Se Gol tuvo que hacer muchos esfuerzos, para conseguir que éste le creyera. Al quinto día recibió una esquela en la que se decía: “Arce de septiembre”.

Aquella misma noche ocurrió en la comisaría un acontecimiento sensacional: se produjo la evasión de un destacado “preso político”, llamado Song Pil, miembro del “Comité pro reconstrucción del partido y encerrado en una celda de castigo. Al ser trasladado a la prisión, se fugó por el camino. En el silencio nocturno de las vías públicas resonaron disparos. Por las calles y callejones corrían motocicletas con sidecares. Policías armados rebuscaban por todos los recovecos de la ciudad y por las montañas.

Al día siguiente pusieron en libertad a Se Gol, pero advirtiéndole

severamente que si volvía a cometer algún otro ¡hecho semejante le darían diez años de cárcel. En todas las carteleras de anuncios resaltaban los periódicos con la fotografía del comunista Song Pil y el parte dando cuenta de su evasión. El comunicado iba encabezado por el titular: “Fuga de un destacado comunista al ser trasladado a la prisión. Las búsquedas para su captura prosiguen en las montañas” y aparecía en un recuadro negro para hacer más llamativa la información. El periódico comunicaba que cuando llevaban el detenido a la cárcel en un coche cerrado, éste fue atacado por tres hombres enmascarados, quienes mataron a dos policías de la escolta y se dieron a la fuga en dirección desconocida.

Por las calles y callejones de la ciudad patrullaban policías y gendarmes. Vigilaban atentamente y cacheaban a cada transeúnte.

Se Gol, sin prestar atención a esto, se coló por un callejón y salió a la ribera del río.

“¡Esto es un éxito!”, pensó.

Hubiera querido vociferar lo que sentía, pero no lo hizo. Inmediatamente se dirigió a casa de Jang Du Man. Mostró a su hermano la esquela que llevaba y le propuso cavar bajo el arce que crecía en un rincón del patio. Debajo apareció una tinaja, empotrada en la tierra, de la que manaba un fuerte olor a moho. El recipiente estaba repleto por decenas de libros comunistas. Entre ellos se hallaban las “Experiencias de la guerra de guerrillas” y la “Constitución de la Unión Soviética”, que Pak Ki Nam le había pedido.

En cuanto se ocultó el sol tras la montaña, Se Gol se puso en camino. Marchó a Rahung, pero no siguiendo una vía recta, sino a través de Yongphyong, por sendas montañosas. La intuición le sugería que tras un éxito fácil puede seguir una sorpresa desagradable.

Al principio pensó ir por una callejuela poco transitada, pero luego recapacitó en que esto podría despertar muchas sospechas y marchó

directamente a la calle que conduce a la estación de ferrocarril.

Pasó por la calle de los comercios, donde las casas, una tras otra, aparecían con rótulos: “Indan;”, “Rodoanyak”, “Junjangtang”, “Peluquería de la juventud”. “Expendeduría de licores”, “Monte de piedad”, “Discos Ok” y otros semejantes.

Se Gol entró en una librería de lance y compró varias publicaciones: los periódicos *Tong-a Ilbo*, *Joson Ilbo*, *Maeilsinmun*; las revistas “Junggang Kongron”, *Economía* y otras. Se sentó en un rincón de la tienda y, a la vista del público, arrancó las cubiertas de las revistas, diciendo que las había comprado para empapelar las paredes. Tras hacer un fajo con todo aquello, se lo echó al hombro y se encaminó hacia un almacén de objetos de escritorio.

Allí quería comprar regalos para sus compañeros.

Le quedaba poco dinero, por lo que resolvió adquirir diez cuadernos.

Súbitamente, Se Gol se acordó de Yong Suk. En el escaparate donde estaban expuestos diferentes cuadernos, manuales, ábacos, tinta china, pinceles y demás artículos se reflejó fugazmente su ovalado rostro de lindos ojos.

Se Gol se arregló el atado de libros que llevaba sobre el hombro, pese a que el fajo no pesaba mucho, y se restregó la barbilla con la mano. Se turbó al pensar que había recordado primeramente a Yong Suk, y no a Chil Song.

Quería comprarle a ella un espejito de bolsillo, pero cambió de parecer. Estuvo largo tiempo eligiendo, y al fin le compró una pequeña libreta, gruesa, con bonitas tapas. Precisamente, apropiada para escribir canciones.

Desató el fajo, la envolvió en un papel y la metió entre los periódicos.

Cuando salió de la tienda empezaba a declinar el sol. Tenía prisa por abandonar la ciudad.

Por el lado de la montaña, donde el camino torcía hacia la estación, se encontraba el cuartel de una unidad japonesa. Sintió el deseo de mirarlo con atención y dobló en dirección a este edificio. En aquel instante avanzaba a su encuentro un gran caballo del ejército, que pisaba ruidosamente con sus herraduras, montado por un policía de alta graduación con reluciente uniforme y la cabeza erguida. Tras él, ondeando al viento, flotaba el dobladillo gris de su capa.

Le seguía otro caballo pequeño, de raza local. En éste iba una japonesa, arropada con una manta. El animal llevaba maletas en ambos costados. Lo conducía un hombre que se parecía mucho a Pak Hung Dok en la manera de andar anadeando, en los movimientos de los hombros; todo daba a entender que era él, su amigo. Aunque fuera otra persona, aunque se equivocara, resultaba muy agradable recordar, siquiera de manera fortuita, a su entrañable compañero. Se Gol siguió marchando a su encuentro sin apartar la vista del palafrenero.

Con un sombrero astroso encasquetado sobre la frente y un negro mono de trabajo, el hombre avanzaba sin prisa. Ya no tenía ninguna duda de que era él, Pak Hung Dok.

"Pero ¿cómo podía haber ocurrido aquello de que Pak Hung Dok se encontrara allí?"

Se Gol hubiera dado cualquier cosa por que no fuera Pak Hung Dok. Se detuvo un poco para dejar pasar al caballo. En este momento advirtió una fugaz sonrisa en el rostro de su amigo. Esto quería decir que también Pak Hung Dok había reconocido a Se Gol.

—¡Eh, apártate del camino! Mira donde pones los pies al andar, de lo contrario caerás bajo las patas del caballo —dijo Pak Hung Dok, que las cogía al vuelo.

Se Gol, desconcertado por un momento, no sabía qué hacer; después hizo una ligera inclinación de cabeza a guisa de saludo.

—Perdone. Dígame, por favor —Se Gol rivalizaba con Hung Dok en osadía—, ¿puedo llegar por este camino hasta el tren que va hacia Rahung?

—Sí, naturalmente.

Hung Dok volvió a sonreír de una manera significativa, haciendo incluso un guiño. Los dos caballos desaparecieron tras la puerta de una casa imponente, cercada por una alta tapia de ladrillo con alambrada eléctrica encima.

Así cayó el telón de esta breve farsa.

"¡Pero qué cosas ocurren en este mundo! ¿Quién hubiera podido esperar que iba a tener semejante encuentro en este lugar?", pensó Se Gol.

Fuera ya de la ciudad, se sentó en cuclillas a la sombra de los sauces que había junto al camino y se puso a fumar, cavilando:

"¿Cómo Pak Hung Dok, aunque se lo exija el trabajo clandestino, puede servir de palafrenero a una encopetada dama japonesa? Cierto que me sonrió, que me hizo un guiño, demostrando con esto que no había nada de sospechoso". No obstante, Se Gol no lograba sacudirse el mal humor.

Siguió sentado al borde del camino, devanándose los sesos: ¿Qué hacer, esperar en este sitio a Pak Hung Dok, o, como habían convenido, encontrarse con él en Rahung?

Para no pasarse de listo, decidió dirigirse hacia Yongphyong, y desde allí marchar a Rahung. Tras tomar esta decisión, Se Gol se a lejío con premura de la ciudad.

*　　*　　*

Pak Hung Dok, por orden del jefe de la policía, llevó la señora de éste a un hotel de primera clase ubicado cerca de la estación, saliendo

seguidamente a la calle. En un principio marchó a pie, llevando al caballo de la brida; luego dejó al cuadrúpedo en una posada, pues le molestaba para andar de prisa. Apresuradamente, escudriñó una vía tras otra.

Recorrió varias veces las calles contiguas a la estación sin encontrar a Se Gol por ninguna parte. Debido al llamado incidente de Song Pil, no debía seguir continuamente de trotacalles. Dirigió sus pasos hacia la estación de ferrocarril y empezó a esperar la hora del tren. Salían trenes de pasajeros en dirección a Jilin y Harbin, llegaban otros desde Hamhung y Chongjin. Pasó el último transporte de aquel día, pero Se Gol no apareció.

Al filo del alba, Hung Dok regresó desanimado a la posada.

Se había colocado en la comisaría policial de Rahung como sirviente particular del jefe, Yamanasi, hacía mes y medio.

Primeramente había dicho a Cha Ki Yong que marcharía a Rahung y fijaría allí su residencia para ocuparse de organizar una zona semiguerrillera en esta región. Para ello, añadió, debía convertirse nuevamente en criado de algún terrateniente. Pero tan sólo de pensar en ello, Hung Dok sentía tal malestar que le producía náuseas. En los diez años que, había servido de criado tuvo que aguantar tantas humillaciones y trabajos agobiadores que quedó harto para toda la vida. Sin embargo, después de haber oído que el propio compañero Comandante en jefe había realizado trabajo clandestino disfrazado de "criado", su pasado adquirió otra significación muy distinta: lo consideraba un honor. "Si tuviera que enmascararme de nuevo, reflexionó, lo mejor sería convertirme otra vez en criado. ¿Para qué simular aquello a lo que no estoy avezado? Basta con ponerme una vestimenta más burda".

Al tercer día de su llegada a Rahung se le presentó una ocasión oportuna y la agarró por los pelos: se ajustó para trabajar de criado en

casa del terrateniente Yang, apodado “El roñoso”. Este mismo Yang, que era dueño de más de la mitad de las tierras del término, en los últimos tiempos había puesto de patitas en la calle a tres de los cinco criados que faenaban en su casa. Uno de ellos había caído gravemente enfermo, y los dos restantes, según se decía, figuraban en la ¡lista negra de la policía. En este momento apareció Pak Hung Dok, en calidad de jornalero. Joven, fuerte y sano, acarreaba el doble de leña que los otros. Desde por la mañana temprano hasta bien entrada la noche trabajaba resignado, sin necesidad de instrucciones ajenas. El inteligente y astuto Pak Hung Dok fingía no haber advertido el negro designio de Yang al pedirle que pasara a ser su criado. Se afanaba día y noche, sudando la gota gorda. Antes del desayuno ponía en orden el patio[1], limpiaba el establo, acarreaba el agua; después, con los otros peones, se aplicaba a las labores del campo hasta las tantas de la noche. Partía leña, fragmentaba el forraje para el ganado; en una palabra: que trabajaba como una bestia. Por añadidura, todo lo que emprendía lo realizaba rápidamente, de forma meticulosa, con brillantez. El terrateniente estaba muy contento con él.

—¿Lo están viendo? ¡Nuestro Pak Hung Dok es muy ingenioso: a la menor indicación, lo comprende todo a maravilla! —Así se hacía lenguas de él a los diez días ante sus paisanos, y, deseando mostrar su liberalidad, prometió que dentro de unos meses le mandaría hacer un temo nuevo.

Las cosas marchaban a pedir de boca para Pak Hung Dok.

Como primera providencia, tenía la posibilidad de hablar diariamente con los otros criados e instruirlos. Se trataba de jóvenes honrados a carta cabal, completamente analfabetos, cuya edad se cifraba en unos treinta años. Dos de ellos tenían familia, los restantes eran novatos y solterones con más de treinta años a cuestas. Pak Hung Dok les enseñaba a leer y escribir. Durante las clases corría la cortina de la ventana.

Les aclaraba la discriminación de clase y las vejaciones a que estaban sometidos por el terrateniente, así como el duro trabajo y la explotación que sufrían.

Por la noche, después de la jornada, cuando los criados se acostaban en una misma habitación, Pak Hung Dok, en voz baja, sacaba la conversación de los guerrilleros, del General Kim Il Sung, como si lo hubiera oído de la gente.

Los presentes, escuchando a Pak Hung Dok, que, sentado en el lecho, les hablaba de la actividad del General con un particular sentimiento de respeto en la voz, se sentían como si estuvieran viendo rutilantes rayos de sol, pese a encontrarse en la más completa oscuridad, pues no tenían ni un mal candil.

La circunstancia de que Hung Dok trabajara en casa del terrateniente Yang era positiva desde todos los puntos de vista para la labor clandestina.

Como Yang poseía grandes extensiones de fincas rústicas, cada dos días llamaba a los arrendatarios. Y en la temporada del otoño todos ellos cruzaban el umbral de la casa del dueño con mayor frecuencia. Día y noche resonaban en la mansión los improperios del propietario.

Pak Hung Dok no dejaba pasar por alto ninguna ocasión para atraerse a los colonos. Con el correr del tiempo, la mansión del hacendista se iba convirtiendo en una especie de sede de la organización revolucionaria. A simple vista parecía que allí el terrateniente Yang, con su voz atronadora, los tenía a todos metidos en un puño, pero de hecho era Pak Hung Dok quien se iba convirtiendo en el dueño de la situación.

El guerrillero seguía con cien ojos las fluctuaciones en el estado de ánimo de las masas y los movimientos de las fuerzas enemigas en un radio de acción de cuarenta a cincuenta *ríes.* Las funciones de enlaces eran desempeñadas por los arrendatarios que acudían a casa del

terrateniente. Estos aguantaban a pie firme las filípicas de Yang, respondiendo a sus denuestos con obsequiosas reverencias. Cuando las cosas llegaron a este punto, Hung Dok se dispuso a jugar una nueva baza.

Yang se preparaba en cierta ocasión para dirigirse a la” barbería. Aunque el barbero se hallaba a una distancia de diez minutos de su casa a pie, en los últimos tiempos el propietario, iba hacia allí muy a disgusto.

—Señor, ¿puede que le afeite yo? —insinuó Hung Dok, restregándose la barbilla con la mano.

—¿Cómo? ¿Pero es que tú sabes afeitar? —se interesó Yang abriendo desmesuradamente uno de sus ojos.

Se hallaba ya vestido con su gabardina de paño gris, con el bastón en la mano.

—¡Naturalmente! Antes no había en nuestro pueblo barbero y yo me encargaba de ello.

—¿Es eso cierto? Bueno, claro; tú tienes unas manos de oro.

—¿Puede que probemos, al menos una vez?

—Vaya, hombre. Pero, ¿tú tienes utensilios para afeitar?

Unos días antes de esta conversación había sabido Pak Hung Dok cuál era el motivo que tenía Yang para temer a la barbería como el diablo a la cruz. El caso tenía una explicación muy sencilla. Consistía en el hecho de que, hacía algunos días, un barbero, cuando rapaba la barba del terrateniente Choe Sung Won, residenciado en el pueblo vecino, le había cortado el cuello con la navaja, quedando aquél muerto en el acto.

Posteriormente se supo que el rapabarbas, degollando al terrateniente Choe Sung Won, había vengado la muerte de su padre a consecuencia de la enorme paliza que le había propinado el primero a causa de una deuda impagada.

“Y nadie te asegura a ti —pensaba para su capote Yang— que no te

ocurra una desgracia semejante”. El mismo era consciente de que, en lo tocante a crueldades, nada tenía que envidiar a Choe. Se afeitaba él mismo, eso sí, aunque no estaba muy habituado a ello. Pero, pese a todo, ¿acaso puede pasarse uno sin peluquero? Mensualmente una vez, por lo menos, hacía falta cortárselo. Tanto pánico sentía Yang que, cuando le crecía el cabello, se pasaba varios días como alma en pena, viendo en sus sueños extraños pesadillas.

Yang colocó el bastón en el suelo de madera, bajo el alero, y se puso a fumar.

—De manera que, ¿sabes, en efecto, cortar el pelo?

—Bueno, para mí sería mejor dejar eso. Sólo lo cortaba al rape, en la aldea. Pero cortarle el cabello a una persona ilustre como usted, en verdad que es una cosa muy seria —simulaba hacer melindres Hung Dok.

—Pero, hombre, ¿qué estás diciendo, Hung Dok? Una persona pueda ser ilustre, mas los cabellos nada tienen que ver con el linaje. Así es que, venga, prueba.

Pak Hung Dok trajo a la habitación de puerta encristalada un sillón giratorio con forro de terciopelo verde y sentó en él a Yang. Este hizo alarde de una sorprendente generosidad; autorizó que le trajeran de la alcoba un tremó, cosieran un nuevo delantal de tela de algodón y compraran una maquinilla de cortar el pelo, una navaja, peines, cepillos y otros utensilios.

Pak Hung Dok, sin premura, cortó con precaución el pelo ralo, semicanoso, de Yang.

—Tengo una cabeza endiablada: calva en la coronilla y con un verdadero matorral en el mentón —barbotó Yang como hablando consigo mismo, sin ocultar su inquietud, cuando echaba hacia atrás la cabeza para el afeitado. En realidad, ¡cuánto mejor hubiera sido ponerle

la chola del revés, de modo que la calvicie hubiera quedado debajo y el matorral de la barbilla en la cresta!

El improvisado barbero empapó una toalla con agua caliente, la exprimió y cubrió con ella la papada del terrateniente. Esperó un poco, hasta que los pelos cerdosos se reblandecieran. Tras esto, afiló bien la navaja en una correa tensada y comenzó el afeitado. Puso la navaja en la garganta de Yang, y éste, arqueando las cejas, miró desconfiado al barbero.

—Cierre los ojos, tenga la bondad. Con su mirada me hace temblar la mano, la navaja no se desliza como quisiera —advirtió Hung Dok.

—Está bien. Sólo que aféitame ligero —pidió Yang, gimiendo con voz temblona.

El terrateniente y el criado se miraron cara a cara. ¿Qué audaz idea no se le ocurriría al criado en tal situación? Pero Hung Dok tenía que aguantarse, y sonrió.

—¡Oh, Hung Dok, qué ingenioso eres! —se alegró Yang, viendo reflejada en el espejo su redonda faz, reluciente de grasa.

Transcurridos algunos días, en la sobremesa, hablando con Yamanasi, el jefe de la policía, Yang se pavoneó de tener un “peluquero propio”.

Esto le interesó sobremanera a Yamanasi, enterado mejor que ningún otro de la desgracia acaecida al terrateniente Choe.

Pak Hung Dok, en el mismo cuarto de puerta encristalada del terrateniente, le cortó varias veces el pelo al jefe de la policía. En una ocasión, éste, sin andarse con rodeos, exigió al terrateniente que le cediera su criado, porque quería hacerle sirviente de la comisaría.

Yang se resistió algún tiempo, dándole largas al asunto, pero al fin y al cabo dio su brazo a torcer; dejó marchar a Hung Dok, pero a condición de que siguiera cortándole el pelo.

Pak Hung Dok, regocijado, se dio una palmada en la rodilla. Los

enemigos habían caído en la trampa que les tendiera. Salió tal y como él lo había previsto: crear organizaciones de la Unión Antiimperialista y, simultáneamente, penetrar en la guarida del enemigo para tenerlo siempre a la vista.

Aferrado como una garrapata a la barbilla del enemigo, se aplicó con verdadero ahínco a la realización de su propósito. Reparó una vieja bicicleta que figuraba en el inventario de la policía y empezó a circular sin ningún obstáculo por las calles de Rahung tanto de día como de noche. Con una pernera del pantalón remangada hasta la rodilla, ora entraba en las tabernas, ora recorría las hileras de tiendas de tejido o bien penetraba en las viviendas de alcaldes rurales, a decenas de *ríes* de la ciudad.

Las organizaciones de la Unión Antiimperialista, la Asociación Juvenil y la Asociación de Mujeres se extendían incesantemente, calando los cimientos de la dominación colonial del imperialismo japonés como el agua cala un tejido.

Hung Dok, además de ocuparse de ese asunto, tenía que servir cada día en calidad de peluquero a tres o cuatro “clientes”. Para obtener las informaciones que le interesaban, sonsacaba fácilmente a los simples policías aquello que sabían, pero los jefes de secciones y unidades inferiores adoptaban una actitud displicente, de orgullosa mudez; en cambio, los subjefes de la comisaría, sin la menor sospecha, hablaban por los codos acerca de los mayores secretos.

De esta guisa, al cuarto de guardia, contiguo al baño situado detrás del edificio de la comisaría, solían ir todos los gerifaltes de Rahung. Entre ellos figuraba un tal Adati, comandante de un destacamento policíaco, el cual estaba orgulloso de sus mostachos, y el teniente coronel Sguino, que mandaba una unidad expedicionaria del Ejército de Kwantung. El jefe de policía del distrito de Tungning, que pasaba por allí

a caballo se detuvo un día para cortarse el pelo.

Pak Hung Dok instaló la barbería con todo decoro, invirtiendo en ello varias noches. Entarimó el piso, adecentó el techo y empapeló las paredes.

He aquí que, con tintineo de espuelas, avanza por el corredor Adati, el comandante del destacamento policíaco, con el cuello estirado como el de un novillo.

Pak Hung Dok le abre con destreza la puerta y le saluda haciéndole tan profunda reverencia que con la cabeza se toca las rodillas.

Y el japonés, con la papada cubierta por un matorral de negras cerdas semejantes a un cepillo de limpiar las botas, mide al barbero de pies a cabeza con la mirada y se arrellana en la silla.

—¡Cuánto le han crecido los bigotes! Le pasa lo que a mí.

—¿Cómo? ¿Qué?

No se entendían. Hung Dok empezó a explicarse por medio de señas. Adati, por su parte, no dominaba muy bien que digamos el idioma coreano; sólo conocía algunos vocablos, entre ellos las palabras “partido comunista” y varios nombres de las regiones próximas, tales como Laujeisan y Tungning.

Hung Dok, parsimonioso, procuraba alargar el tiempo del afeitado; dos veces había afilado ya la navaja en la correa.

El barbero, gesticulando, preguntó a su cliente por qué razón le habían crecido tanto los bigotes; éste explicó que no había tenido tiempo para afeitarse, pues se pasaba los días en un bosque plagado de comunistas para tratar de cazarlos. Hung Dok, con fingida extrañeza, le hizo una pregunta: ¿De dónde salían tantos comunistas? Adati respondió que la cadena montañosa del monte Paektu era un hervidero de tropas comunistas. El peluquero preguntó entonces si los había visto con sus propios ojos. El nipón se echó a reír y señaló con el índice al oído, dando

a entender que se lo habían comunicado por teléfono.

Hung Dok rozó suavemente con el dedo la mejilla del japonés y le aconsejó que cesara de reír, pues involuntariamente podía hacerle algún corte en el cuello con la navaja. El samurai palideció y calló.

Empleando distintos métodos, Pak Hung Dok seguía atentamente la manera de comportarse del enemigo y desarrollaba sus actividades con objeto de crear organizaciones revolucionarias.

Actuando completamente de acuerdo con las instrucciones del compañero Comandante en jefe, fue creando una amplia red de organizaciones ilegales y preparándose para emprender acciones en gran escala. Hung Dok, con el fin de aglutinar en organizaciones a todos los sectores del pueblo, atraía a cuantos sentían adversión contra el imperialismo japonés, independientemente de su condición social, bien fueran buhoneros, dueños de fondas o taberneros.

Pero todo esto entrañaba un serio peligro, ya que podían infiltrarse agentes policíacos. Sin embargo, esto también podía evitarse. Por ejemplo, en presencia de Hayasi, jefe del servicio de la policía judicial, ponía de vuelta y media a un hombre, sobre el que había sospechas de que fuese un agente; por la forma de reaccionar el jerifalte comprobaba las sospechas.

Cuando Pak Hung Dok se colocó de barbero en la comisaría policíaca encargó del trabajo clandestino en las aldeas a dos campesinos de confianza, ocupándose él, principalmente, de averiguar los desplazamientos de tropas y policía y transmitir las informaciones por medio de enlaces.

El trabajo marchaba viento en popa. Sólo le preocupaba una circunstancia: qué hacer en adelante y cómo hacerlo, así como la carencia de informes sobre la guerrilla. Deseaba seleccionar a jóvenes fuertes y enviarlos al destacamento guerrillero, pero carecía de

atribuciones para ello. Había empezado a ajusticiar con cautela a algunos de los más crueles terratenientes y sabuesos de los japoneses, lo que suponía también un gran riesgo; de continuar lo mismo, la policía podía descubrirle.

Así vivía y trabajaba Pak Hung Dok. En el preciso momento en que se disponía a enviar un enlace a Yongphyong, se presentó inesperadamente Yamanasi y le ordenó que se preparara para ponerse en camino.

El japonés le encargó acompañar a su esposa, que se dirigía a Longjing, para marchar desde allí al Japón. El jefe de la comisaría policial, como persona extravagante que era, prefirió enviar a su mujer en cinta montada a la grupa de un caballo, por temor de que, si iba en automóvil, pudiera tener un aborto.

Al día siguiente, Hung Dok, al no poder localizar a Se Gol, se dirigió desanimado hacia Rahung, conduciendo al jaco de la brida.

*   *   *

A un lado de la mesa, sentados, se hallaban Pak Ki Nam y Ri Kwang; al otro lado, que daba hacia la puerta, estaba Song Pil.

Este último, en aquel momento, acababa de finalizar el relato acerca de su fuga de manos de la policía y de cómo, con la ayuda de la organización revolucionaria local, había podido llegar hasta la base de apoyo. La barba ennegrecía su ancho rostro, y sus ojos denotaban tristeza; se percibía visiblemente que estaba muy cansado. Song Pil había cumplido ya los treinta años. Se mostraba siempre tranquilo, hablaba con lentitud, sopesando cada palabra que pronunciaba, y escuchaba con atención.

De joven cursó estudios en Seúl, costeándose la enseñanza con su

propio trabajo. Luego, en 1926, tras dejar los estudios, se trasladó a Jiandao, donde se incorporó en seguida a formar parte del “Buró General de Manchuria”. Por entonces tuvieron lugar allí dos o tres razias masivas, pero él escapó milagrosamente de las garras policíacas. En el invierno del año anterior había sufrido una detención, pero, debido a la falta de suficientes pruebas, lo pusieron en libertad vigilada. Y, en septiembre de aquel mismo año, le volvieron a detener. Recordaba que, sintiéndolo mucho, no había podido hacer casi nada por el “Movimiento en pro de la reconstitución del Partido”, aunque circulaban muchos rumores sobre ello.

Pak Ki Nam sabía muy poco acerca de Song Pil, si se excluye la circunstancia de que unos años atrás, antes de que él mismo fuera a dar con sus huesos en la prisión de Sodaemun, oyó hablar de que cerca de Yanji vivía un tal Song. No obstante, trataba con gran afecto a Song Pil, que había escapado con arrojo de todos los peligros.

—Sí, en casos semejantes puede decirse que uno escapa de la muerte por puro milagro. Ahora, en primer lugar, descanse cerno es debido. Y en lo tocante al trabajo, ya se irá incorporando a él paulatinamente —indicó Pak Ki Nam mirando a Ri Kwang, como preguntándole: ¿es justo lo que digo?

Ri Kwang, parco en palabras, movió la cabeza, en señal de aprobación. Después le preguntó a Song Pil cuál había sido la suerte que corrieron aquellos “tres individuos sospechosos que aparecieron armados”. Aquél respondió que desde hacía ya tiempo eran compañeros suyos, pero como habían escapado en distintas direcciones, no les volvió a encontrar.

Ri Kwang, sin decir palabra, hizo un movimiento de cabeza para dar a entender que, efectivamente, podía haber ocurrido así.

A Song Pil se le humedecieron los ojos y exhaló un profundo suspiro.

Esto le pareció a Ki Nam completamente natural. No era humo de paja escapar de las garras del enemigo, pasarse una noche entera en el agua, estarse dos días sin probar bocado y, medio muerto, con los pies hinchados, haber llegado renqueando hasta la base de apoyo. ¿Cómo no exhalar en tal caso un suspiro de alivio?

—En los duros años de la revolución, cada persona honrada, especialmente cada comunista, para mantenerse en sus posiciones, tiene que arriesgar la vida a cada paso —precisó Ki Nam, como hablando consigo mismo, al tiempo que liaba un cigarrillo con un pequeño trozo de periódico.

La expresión de tristeza que había en el semblante de Song Pil le había producido una fuerte impresión.

El forastero miró de reojo a Ri Kwang.

—Lo que ha ocurrido conmigo —exclamó— seguramente puede considerarse como un caso específico. No ha sido nada del otro mundo. Lo que ocurre, sencillamente, es que me encuentro muy cansado.

—Bien, si es un cansancio físico y no moral pasará en seguida. Así que, descanse.

—Gracias. Me siento reconfortado entre los compañeros.

En aquel instante se oyeron pasos detrás de la puerta. Entró un guerrillero. Hizo con la mano un movimiento preciso, como un saludo militar, y le comunicó a Ri Kwang que habían detenido a dos soldados del Ejército chino antijaponés de salvación nacional que habían venido al pueblo de Hwangachon para comprar arroz y quisieron escaparse sin pagarlo.

—¿Los han detenido ustedes? —preguntó Ri Kwang, descontento.

—No, no hemos sido nosotros. Los han detenido los guardias rojos y los han conducido a nuestra compañía.

—¡Son unos bravos! Hay que aplastar sin piedad a los que nos hacen

daño —intervino Ki Nam, poniéndose inmediatamente en pie.

Ri Kwang se levantó también, se aproximó al guerrillero y le formuló otra pregunta:

—¿Son exactas las informaciones que tienen ustedes? ¿Vinieron para comprar arroz o porque, debido a la falta de víveres, querían pedir que se los dieran gratuitamente? Penetraron en nuestro territorio con pleno conocimiento del orden que tenemos establecido…

—No tuvimos tiempo de dilucidar tales pormenores —sonrió con aire culpable el joven guerrillero rascándose la nuca.

—¡Está claro, incluso sin precisiones, que son unos saqueadores! Lo peor es su desdén hacia nosotros —estalló indignado Pak Ki Nam.

—Compañero Pak…

Ri Kwang se contuvo y arqueó las espesas cejas, como dando a entender que no era oportuno hablar de este asunto en presencia de Song Pil. Pak Ki Nam era de aquellas personas que comprenden a su interlocutor con una simple expresión de su rostro, pero en esta ocasión, esforzándose por demostrar la razón que tenía, se enfurecía cada vez más.

Ri Kwang no tuvo más remedio que continuar:

—Nosotros no podemos enemistarnos con ellos. Compañero Han, puede retirarse. Yo voy en seguida —el guerrillero hizo nuevamente el saludo militar, se volvió de espaldas y salió.

—En efecto, compañero Pak, usted sabe que las relaciones hostiles con ellos, tan anheladas por nuestros enemigos, no son convenientes para nosotros. Debemos aprender a ver en su comportamiento, no sólo el lado negativo, sino también el positivo. Además, los actos del Ejército chino antijaponés de salvación nacional hay que enjuiciarlos de forma global, y no por la conducta de algunos soldados atrasados. No debemos rechazarlos de nuestro lado, sino, por el contrario, ayudarles; ejercer

pacientemente sobre ellos nuestra influencia revolucionaria. Son fuerzas armadas que luchan contra el imperialismo japonés. Si nosotros no los comprendemos, si los abandonamos a su suerte, ¿qué va a ser de ellos? ¿Acaso no está claro?

Deje que nos cojan algunos productos. Esto, a buen seguro, no les agradará tampoco a determinados compañeros nuestros que no saben enfocar este asunto con amplitud de miras. Pero nosotros no debemos apartarnos de los principios del frente unido antiimperialista. No podemos proceder como se nos antoje de buenas a primeras. Al fin y a la postre todo se aclarará, pero hay una cosa que ya está clara ahora: que tienen escasez en víveres.

Apenas había terminado de hablar Ri Kwang, cuando se le acercó Pak Ki Nam, rojo como la púrpura, y le dijo:

—¿Es que la posición anticomunista del Ejército chino antijaponés de salvación nacional, sus acciones contra nosotros, pueden considerarse simplemente como signos de atraso que se observan tan sólo en algunos soldados?

—Naturalmente, esto no es un fenómeno aislado —convino Ri Kwang—. Se trata de tendencias suyas. Precisamente por esto digo que se les debe convencer, que tenemos que influenciarles.

—Son por naturaleza propia un ejército que representa los intereses de la burguesía nacional o los detritus de esa fuerza —se excitó Pak Ki Nam—. Tenga esto en cuenta. Entonces, ¿qué sentido tiene tenderles la mano de ayuda en detrimento de los intereses de las masas revolucionarias? Ellos te abofetean y tú sigues llamándoles para marchar en un frente unido. Cabe preguntarse, ¿qué frente unido es ese? Yo considero que es preciso castigarles con rigor. Encárguese a mí de resolver este asunto. Les daré tal escarmiento a estos merodeadores que lo van a recordar por los siglos de los siglos.

—¡Compañero Pak! —levantó la voz Ri Kwang, y se aproximó un paso a Ki Nam, mirándole con severidad.

En este momento se volvieron a escuchar pasos y alguien i llamó a la puerta.

—¿Quién es?

Como respuesta, la puerta se abrió bruscamente y apareció Se Gol.

—¡Oh! ¡Bienvenido por el regreso! —gritó con alegría Ki Nam, que estaba alicaído, adelantándose al encuentro de Se Gol.

Ki Nam se llenó de júbilo por la vuelta de Se Gol, y, no sabiendo de qué forma expresar su gran alegría, sacudió su mano largo tiempo.

Luego le saludó Ri Kwang, con una sonrisa poco natural en el rostro, todavía encendido por la explosión colérica que había tenido poco antes.

—Bueno, yo me voy —exclamó Song Pil, poniéndose en pie.

Por la mente de Se Gol cruzó como un relámpago la idea de que la cara de aquel hombre se parecía mucho a la efigie de la foto expuesta en la cartelera de anuncios que había visto en Longjing.

Se Gol hurgó en el envoltorio que llevaba y extrajo la "Constitución de la Unión Soviética", de la que se esparció un penetrante olor a moho.

—¡Gracias, gracias! —se regocijó Ki Nam como si fuera un niño. Y empezó a ir y venir por la habitación, sosteniendo en sus manos el pequeño folleto.

—¡Compañero Ri Kwang! ¿Qué le parece si creamos los soviets en nuestra zona revolucionaria? Con la comuna, ahora, no sale nada. Siendo así, ¿qué necesitamos? Sin ningún género de duda, los soviets.

—¿Los soviets?

No era la primera vez que Ki Nam hablaba de los soviets. Pero Ri Kwang no reaccionaba a esto de ninguna forma. Nunca había sentido la necesidad de crear tal organismo. Por añadidura, jamás había pensado seriamente en esto para plasmarlo en realidad.

Pak Ki Nam siguió perorando largo rato sobre los soviets, sin reparar en cómo repercutía entre los presentes: si estaban o no de acuerdo con él. Luego se acercó a Se Gol y le preguntó si había conseguido el libro de que le hablara. Este, sonriendo con picardía, sacó del envoltorio un pequeño volumen y se lo tendió a Pak Ki Nam.

—"Experiencias de la guerra de guerrillas". Exacto. Este es el libro aquel —Ki Nam se levantó de la silla y, hojeando la obra, meneaba la cabeza—. ¡He aquí un hallazgo! ¡Cuando se enteren los guerrilleros te felicitarán! A propósito, ¿nuestro amigo se encontraba en casa?

—Bueno, qué decirte… En resumidas cuentas, conseguí este libro —Se Gol esquivó de esta manera la respuesta. ¿Acaso con unas cuantas frases se podía contar toda la historia relacionada con aquel libro?

—Tú, Se Gol, tienes una capacidad asombrosa. ¿Cómo te lo puedo agradecer?

—Ya me lo agradecerás después de alguna manera.

Se Gol, contento, miró a Pak Ki Nam, el cual andaba por el cuarto de un lado a otro hojeando las páginas de la "Constitución de la Unión Soviética". Y ante sus ojos apareció la imagen de Jon Kwang Sik.

Al día siguiente, Se Gol marchaba ya con premura por la senda montañosa que conducía a Rahung, donde se encontraba Pak Hung Dok.

* * *

Choe Chil Song y Yong Suk abandonaron de madrugada el pueblo de Ungdong y después del mediodía cayeron en una situación comprometida.

Choe Chil Song estaba perplejo. Permanecía echado sobre la nieve, cubierto con una tela blanca de camuflaje y la mirada dirigida hacia adelante.

Las unidades del Ejército de Kwantung, procedentes de Dunhua, habían ocupado todos los alrededores. Estaban dislocadas en montes y llanuras cubiertas de nieve, sin importarles que fuesen cimas, valles o riberas del río. Los samurais habían cerrado todos los caminos y pasos y controlaban a los transeúntes. Diariamente, junto a las vías de comunicación fusilaban a varias personas.

—Toda una manada de cachorros canallas han caído en nuestra trampa. Sin embargo, ¿cómo salir de aquí? —razonaba Chil Song con sangre fría, pese a que el corazón le palpitaba con fuerza. Procuraba no exteriorizar su estado de ánimo delante de Yong Suk.

Dos pasos detrás de él, tendida en el suelo, bajo un pedazo de tela blanca de camuflaje, se encontraba Yong Suk, la cual percibió en la breve frase pronunciada por Chil Song una inquietud que le transmitió en seguida.

Los japoneses encendían hogueras en el bosque. Se aproximaba la puesta del sol, y ellos, por visto, se preparaban para pasar la noche allí. Por el entorno se oían gritos a voz en cuello; a veces resonaba el traqueteo penetrante y amenazador de las ametralladoras.

No tenían más remedio que permanecer en el hoyo en espera de que llegara la oscuridad. Los pies se les quedaban helados, se les entumecía todo el cuerpo, pero no podían moverse.

Poco después quedó el bosque entero envuelto en los negros crespones de la noche.

Choe Chil Song, sin hacer ruido, sacó de La nieve la red, se la echó al hombro y lanzó a Yong Suk un puñado de nieve, como señal para que le siguiera. Era preciso salir durante la noche de aquel lugar, donde hormigueaba el enemigo.

Chil Song abandonó el hoyo gateando con precaución y se pegó a un árbol derribado. Tras él, con la tela blanca que la cubría flotando, siguió

Yong Suk. En dos carrerillas semejantes avanzaron unas decenas de metros, cruzando la ladera de la montaña, y comprendieron que no podían seguir de aquella forma. El fuego de las hogueras encendidas iluminaba el bosque, y en los lugares donde no había claridad montaban guardia los centinelas, con el fusil en la mano. Los perros del servicio militar estaban atados, pero gruñían, prestos a lanzarse en seguida sobre su víctima.

Ambos tuvieron que tenderse y arrastrarse por los montones de nieve.

Chil Song, llevando la red en la mano izquierda y la escopeta en la derecha, se arrastraba palmo a palmo.

Llevaban casi dos horas avanzando así, no obstante, aún se encontraban en el cerco enemigo. Las ráfagas de viento los cubrían de nieve, partículas de ésta se les metían por el cuello, entre el cuerpo y la ropa. No sentían ni manos ni pies.

Chil Song se detuvo a esperar a Yong Suk.

—Compañera Yong Suk, ánimo. Tenemos que salir de aquí antes del amanecer.

—No te preocupes de mí.

Cambiaron miradas de inteligencia, tratando de ocultar el sentimiento de desilusión que los embargaba.

Al aclararse el cielo por el este, surgió inesperadamente un nuevo peligro. Comenzaron a ladrar los perros; se oyó el ruido de las botas de los soldados, y en las cercanías comenzaron a fulgurar linternas.

La feroz tormenta borraba las huellas, pero a los perros no se les puede engañar. A Chil Song se le pusieron los pelos de punta; ordenó a Yong Suk que descendiera hasta la falda de la montaña, a lo que ella se negó meneando la cabeza:

—Sola no voy. Vamos juntos.

—¡Rápido!

—No voy.

No había tiempo que perder. Él se puso en pie de un salto, cogió un peñasco y lo arrojó montaña abajo. Al ponerse éste a rodar con gran estruendo, Chil Song comenzó a ascender vertiginosamente hacia la cima de la montaña.

Se oyeron unas descargas cerradas.

Hubiera sido más fácil continuar sin la red, pero no podía abandonarla. Al llegar al borde del abismo las balas pasaban silbando cerca de sus orejas. Atrás se oían los gritos de los soldados enemigos y el ladrido de los perros. Choe Chil Song saltó al abismo. Abajo corría un río, cuya rápida corriente no se había cubierto aún de hielo.

Chil Song corrió río arriba. Al hacerse completamente de día, se escondió en una grieta del macizo rocoso, después de haber borrado las huellas.

Al caer la noche fue por el río al lugar acordado, pero Yong Suk no estaba allí. Casi hasta el amanecer estuvo él errando por la orilla, buscándola. Posiblemente, al sentir la cercanía de los perros, ella también había decidido continuar por el agua. La encontró cuando ya se había hecho de día, casi sin conocimiento, entre unas piedras.

—¡Compañera Yong Suk!

Se abrazaron, y durante largo rato no pudieron pronunciar palabra.

Sólo al quinto día alcanzaron el primer lugar convenido, donde debían encontrarse con el destacamento, pero éste no se hallaba allí. Tuvieron que dirigirse nuevamente al bosque para seguir hasta el segundo punto convenido, pero se desviaron de la ruta.

Fijaron el rumbo a ojo de buen cubero: tenían que desplazarse hacia el sudeste. Caminaron durante tres días. El cálculo era simple: si habían elegido el rumbo acertadamente, tarde o temprano tendrían que descubrir el rastro del destacamento, si es que no tropezaban con él. Pero, por

mucho que caminaban, no encontraban más que nieve, bosque y árboles caídos. Entretanto, la borrasca se había enfurecido a tal extremo que no dejaba ver nada, como si quisiera agotar hasta lo último a los pobres extraviados. Se acabaron los alimentos. Llevaban ya dos días en ayunas. No obstante, su ánimo no decaía, no perdían la esperanza de encontrarse pronto con la unidad.

Al tercer día, Yong Suk pronunció con voz temblorosa:

—Es posible que nunca lleguemos hasta los nuestros.

En respuesta, Choe Chil Song apretó aún más fuertemente los dientes. Él no estaba dispuesto a rendirse.

—Un día o dos más y llegaremos.

Yong Suk se ruborizó ante la respuesta poco afable y algo enfadada de Choe Chil Song, y fue la primera en reanudar el camino.

Transcurrió otro día. Ambos ya no podían más, estaban totalmente agotados. Ahora en los ojos de Chil Song comenzaba a aparecer también una sombra de alarma. Yong Suk, a escondidas de él, lloraba y se secaba rápidamente las lágrimas con la manga.

Sentado en cuclillas al lado de una roca, Choe Chil Song emprendió la tarea de encender una fogata. Prendió uno de los tres últimos fósforos que guardaba cuidadosamente en el pecho en un compacto envoltorio de papel y tela.

Yong Suk observó cómo envolvía tres veces los dos fósforos restantes en papel, luego otra vez en papel de mantequilla, y por último en un pedazo de tela y se los metía en el pecho. Involuntariamente, la joven dirigió una triste mirada hacia la lejanía, hacia el cielo, donde se apagaba el crepúsculo. ¡Qué bueno sería si no necesitaran más aquellos fósforos!… Pero doquiera que mirase veía únicamente el cielo, tétrico e infinito, apretadas cadenas montañosas y tenebrosos bosques.

Pero Chil Song continuaba como si tal cosa. Su hinchado rostro, con

moradas manchas de piel congelada parecía más tranquilo que de ordinario. Daba la impresión de que él había previsto de antemano todas aquellas pruebas inverosímiles. Con aspecto impenetrable, fue avivando la fogata, arrojando al fuego ramas secas. Luego, lentamente, desprendió la marmita del morral, echó dentro de ella un puñado de nieve y se puso a limpiarla concienzudamente.

Ahora, a Yong Suk le daba lástima semejante Chil Song. ¿En qué pensaba él? ¡Qué bueno sería que fuera más conversador y compartiese con ella sus preocupaciones y pensamientos! Ya de por sí parco de palabras, se había encerrado por completo en sí mismo en cuanto comenzaron a errar por el bosque. Y lo hacía todo él mismo, silenciosamente, como si hubiera perdido el don de la palabra.

Yong Suk suspiró a escondidas de Chil Song, se sentó cerca de la fogata y desenvolvió su macuto.

Hirvieron agua de nieve derretida, a la que agregaron un poquito de sal, la revolvieron y se la bebieron.

Ya fuese por lo reconfortante del agua hervida o por el calor que les llegaba de la fogata, la cosa es que se quedaron allí dormidos.

Al llegar el nuevo día, la turbia inquietud que embargaba a Yong Suk adquirió una expresión real. La tranquilidad olímpica de que hacía gala Choe Chil Song no era en absoluto un buen augurio. Su robusto cuerpo, sometido a un enorme desgaste de energía física, se rindió bruscamente. Ahora, si se sentaba ya no podía ponerse de pie, o si estaba de pie se sentaba, con dificultad.

Y la muchacha tenía que llevarlo a cuestas.

—Construyamos un trineo para transportar nuestras cosas, así se nos hará mucho más fácil —propuso Yong Suk, después de haber reflexionado mucho. Pero Chil Song se limitó a mirarla con ojos desorbitados, como los de un demente.

Yong Suk colocó los macutos sobre unas ramas y comenzó a arrastrarlos así.

Al anochecer se refugiaron en la grieta de una roca y con ayuda de uno de los dos últimos fósforos encendieron una fogata.

—¿Compañera Yong Suk, no nos queda un poco de harina tostada? —preguntó Chil Song, pasándose la lengua por los ennegrecidos y resecos labios, aunque él mismo sabía que hacía ya tiempo que se había terminado.

—No —contestó quedamente Yong Suk, echando un vistazo a la red, que contenía una bolsa con almorejo.

—Bueno, entonces de nuevo…

Choe Chil Song hurgó en el morral y sacó un saquito con una pequeña porción de sal.

Yong Suk, con mano temblorosa, escanció y le tendió el agua hervida. Al tomar el jarro, Chil Song echó una mirada ausente a Yong Suk, quien tuvo que morderse los labios para no prorrumpir en llanto.

A la muchacha le resultaba muy penoso ver el aspecto excesivamente inmutable de Chil Song. Ambos comprendían perfectamente que dentro de uno o dos días a lo sumo debería llegar el fin, pero ninguno quería hablar de ello.

Acostado cerca del fuego, Chil Song contaba cómo él, sentado en la pendiente de un monte, al lado de Saemgol, había trenzado un par de abarcas de paja. Seguramente, con este relato deseaba olvidarse un poco del mortal cansancio y del hambre y el frío que lo atormentaban.

Yong Suk, con los ojos hundidos y los labios ¡resecos, haciendo un esfuerzo supremo, le hablaba de la madre Kang Pan Sok.

…Cuando los guerrilleros se habían reunido en la aldea, se presentó Kang Pan Sok vestida de blanco. En las últimas filas de guerrilleros se encontraba Yong Suk.

Kang Pan Sok, llorando, les decía a los combatientes:

—¡Jóvenes! ¿Saben por qué lloro? Lloro de felicidad. Muchas madres se pasan la vida llorando…

Yong Suk no pudo continuar su relato por las lágrimas que se le saltaban de los ojos. Sintió primero que éstos experimentaban una viva picazón, después se le cubrían de una capa blanquecina, y luego se le llenaban de lágrimas que corrían por sus mejillas, le colgaban un instante del mentón y le caían después sobre la mano.

Al verlo, Chil Song volvió rápidamente la cabeza.

—Quedé huérfana a los tres años, y ni siquiera recuerdo el rostro de mi madre. Me aferré a Kang Pan Sok como si hubiera sido ella la que me dio el ser.

A Choe Chil Song le parecía que las palabras de la muchacha venían desde muy lejos.

Cierto tiempo después, sacó su libreta de notas y, apoyándola en las rodillas, comenzó a garabatear algo con un trocito de lápiz. Luego, con mano temblorosa, arrancó la hojita escrita, la dobló y la introdujo en la cinta de la red.

Yong Suk, sin comprender lo que hacía Chil Song, bajó los ojos, con las pestañas humedecidas, e inclinó la cabeza, sosteniendo entre sus manos el macuto.

—¡Yong Suk! ¿Y si cantásemos? ¡Hala, vamos!

Sin esperar la respuesta de la muchacha, Choe Chil Song, dirigiendo la mirada hacia el cielo azul, que se vislumbraba a través del ramaje de los alerces que se mecían, comenzó a cantar quedamente con voz ronca.

Masas desposeídas, explotadas y sometidas,
Adelante hacia el combate revolucionario decisivo.
… … …

Yong Suk levantó la cabeza y se secó los humedecidos ojos. Sus labios se abrieron en una sonrisa y comenzó a cantar.

Cantaron durante largo rato, sin notar cómo pasaba el tiempo.

El sol se puso, oscureció; sin embargo, continuaron cantando, pero ya con los ojos cerrados.

Choe Chil Song, con los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo, no se daba cuenta de lo que hacía. Surgió ante él la imagen del compañero Comandante en jefe, quien, tomándole de la mano con que sostenía el lápiz, escribió su nombre: Choe Chil Song. Luego, el cuadro cambió. El compañero Comandante en jefe se acercó a él en los momentos en que tejía una soga de paja y le tendió la mano.

Más adelante se le apareció el rostro de su esposa, que le mostraba con lágrimas en los ojos la hiel de un oso, diciéndole: “Por eso tienes que ser diligente, para ser digno de su confianza”.

Chil Song se estremeció y abrió los ojos. Vio la fogata, con las brasas al rojo vivo, y sentada cerca de ella, a Yong Suk, cantando tan quedamente que a él le costaba mucho trabajo oír su voz.

Choe Chil Song tiró de la red hacia sí y la colocó bajo su cabeza.

Al caer la noche el canto cesó, se apagó la fogata y las brasas se fueron cubriendo con el polvo de las cenizas. Sentados frente a frente, sujetando los morrales y respaldados en la roca, se quedaron dormidos.

A cada ráfaga de viento, la nieve les cubría más y más.

Al principio la nieve les cubrió los tobillos, luego las rodillas. Estaban sentados, inmóviles, y ya no sentían ni frío, ni hambre, y ni siquiera su propio cuerpo, que iba perdiendo el último calor.

El grupo de Jon Kwang Sik sólo encontró a Choe Chil Song hacia el mediodía.

—¡Compañero Choe! ¡Yong Suk! —gritaron Yong Thaek y Sang Son corriendo hacia ellos. Por orden del compañero Comandante en jefe

habían comenzado la búsqueda y rastrillaron el bosque durante dos días hasta que por fin dieron con ellos.

El cuerpo de ambos compañeros estaba casi completamente helado. Sólo su débil respiración indicaba que estaba aún vivos.

Los integrantes del grupo de búsqueda, antes que nada, encendieron una fogata y disolvieron en agua hervida la harina tostada que habían traído consigo.

Jon Kwang Sik arrastró hasta el fuego a Choe Chil Song, —al que habían liberado de la nieve— y lo movió suavemente por el pecho.

—¡Compañero Chil Song!

Tras un largo rato, Chil Song abrió levemente los ojos y lanzó una mirada perdida. Comprendió que se trataba de guerrilleros, pero sin reconocer exactamente quiénes eran.

—¡Compañero Choe! ¡El compañero Comandante en jefe nos ha enviado a buscarles! ¡Compañero Choe!

Chil Song meneó la cabeza afirmativamente y bajó los párpados.

Yong Suk se encontraba algo más lúcida que Choe Chil Song.

Cortaron árboles e hicieron con ellos un par de camillas para transportar a ambos compañeros.

Al cabo de un día y una noche llegaron al sitio en que se encontraba el Cuartel General.

Al saber que el grupo de búsqueda volvía ya, el compañero Comandante en jefe salió a encontrarlos a unos diez *ríes* del campamento.

A Chil Song y Yong Suk los transportaron a una choza. Las guerrilleras Myong Ok, Hye Yong y Ok Nyo hirvieron agua para lavarles con agua tibia las manos y los pies. Luego cocieron una papilla.

La respiración de los damnificados se iba haciendo poco a poco normal.

El compañero Kim Il Sung, sentado a la cabecera de Chil Song, que yacía en la cama como si durmiera, ora le comprobaba el pulso, ora le daba masaje en las piernas.

Jon Kwang Sik transmitió al compañero Comandante en jefe la notita.

—La encontramos en la red.

—¿Qué es esto?

—La encontré en la cinta de esta red.

Jon Kwang Sik indicó la boqueteada red, una de esas que usan los campesinos, de la cual colgaban dos pares de abarcas de paja, de las que pendían unos carámbanos.

El compañero Kim Il Sung tomó la notita y se puso a leerla.

"Quince libras de almorejo, dos pares de abarcas de cáñamo. Esto es un regalo que hace al compañero Comandante en jefe una viejecita del poblado de Ungdong, situado a quince *ríes* de Dunhua.

Al que encuentre estas cosas, le pido que las transmita a toda costa al Comandante en jefe de la Guerrilla Antijaponesa, compañero Kim Il Sung."

Las manos del compañero Kim Il Sung, que sostenía la esquela, temblaban tenuemente. Quiso decir algo, pero no pudo.

¡Quién habría podido adivinar que este Choe Chil Song, poco antes un peón analfabeto, iba a emocionar tanto al compañero Comandante en jefe con su esquela, escrita a lápiz con tal esmero!

—Ya ven por qué se estaba atormentando… —dijo quedamente el compañero Kim Il Sung con voz temblorosa. Tomando la cuchara, la llenó de agua tibia y la llevó a la boca de Chil Song. Este tragó unos cuantos sorbos sin abrir los ojos. Luego, alzó lentamente los párpados y, con mirada turbia, miró a su alrededor. Después, repentinamente, sus ojos se agrandaron y comenzaron a brillar como chispas.

Al saber que a su lado estaba sentado el propio compañero

Comandante en jefe, al que tanto echaba de menos despierto y en sueños, estiró la mano e intentó levantarse.

—¡Compañero Comandante en jefe!

La ronca voz de Choe Chil Song estremeció el viciado aire de la choza y llegó al corazón de todos los presentes.

El compañero Kim Il Sung le metió la mano bajo la axila y lo agarró por la cintura.

—¡Compañero Comandante en jefe! Nosotros…

—¡Cómo se han atormentado ustedes, compañero Choe! ¡Cuánto han sufrido!

Choe Chil Song se atragantó y, hundiendo la cabeza en el pecho del compañero Comandante en jefe, se echó a llorar.

El compañero Kim Il Sung, estrechando fuertemente al tembloroso Chil Song, miraba con infinita ternura sus mejillas, por las que las lágrimas corrían a torrente.

Cha Kwang Su, Jon Kwang Sik y otros compañeros que estaban sentados a su alrededor observaban conteniendo la respiración, el emocionante cuadro que se desarrollaba entre el compañero Comandante en jefe y su soldado. Estos, como hermanos carnales, no podían desasirse el uno del otro.

Pasado un rato, Choe Chil Song dijo:

—Compañero Comandante en jefe, ya me encuentro mejor y en condiciones de estar sentado.

—¿Puede?

—Puedo. Sólo que estoy un poco entumecido debido al frío.

Choe Chil Song se sentó, apoyándose con las manos en el suelo, y comenzó a buscar algo a su alrededor con la mirada.

—¿Y dónde está la compañera Yong Suk?

—Está allí, está bien. Ya se puede sentar.

—¿Y dónde está mi red?

—La red también está aquí. Con su notita…

—¡Compañero Comandante en jefe! Una mujer del poblado de Ungdong…

—No hace falta que lo diga. Ya lo sé todo…

El compañero Kim Il Sung volvió bruscamente el rostro, algo brilló en sus ojos.

En este momento irrumpió en la choza Pyon In Chol y se cuadró para decir:

—¡Compañero Comandante en jefe! Ha vuelto el compañero Se Gol.

El compañero Kim Il Sung se enderezó un poco y a través de la puerta abierta de la choza divisó a Se Gol, que corría pendiente arriba.

Se Gol entregó a los compañeros la mochila repleta de libros y periódicos y, secándose el rostro empapado en sudor, se abotonó la chaqueta.

En un abrir y cerrar de ojos corrió hacia la choza de donde acababa de salir el compañero Comandante en jefe.

* * *

El sol ya estaba en lo alto.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Se Gol pudo dormir a sus anchas. Después de ponerse el uniforme militar, bien arreglado por los compañeros, salió de la choza. Lo primero que hizo fue tomarla con Jin Bong Nam, que estaba de guardia.

—¿Por qué no me has despertado, no ves que ya es hora de almorzar?

—El jefe de la compañía ordenó que no te importunase hasta que tú mismo te despertaras.

—¡Ay, qué vergüenza!

Subió en dirección al Cuartel General, luego se volvió y se dirigió hacia abajo, hacia la choza donde vivía Jon Kwang Sik. Necesitaba el macuto con los libros para informar al compañero Comandante en jefe sobre los resultados de la misión encomendada.

Llegó a la choza. Por primera vez después de mucho tiempo se cuadró haciendo chocar los tacones y llevándose la mano a la visera.

Jon Kwang Sik, tras contestar al saludo, dijo que podía ir a! Cuartel General, por cuanto los libros ya habían sido llevados allá.

—A propósito, ¿dónde consiguió usted las “Experiencias de la guerra de guerrillas”? Una cosa así no se vende en la tienda…

—Se presentó una buena ocasión y la pude conseguir.

—Está bien, gracias. Puede retirarse.

Subiendo por la pendiente de la montaña hacia donde se encontraba el Cuartel General, Se Gol se sentía en el séptimo cielo. Ante todo, huelga decirlo, por haber cumplido debidamente la tarea que le fuera asignada, y además, porque la brillante sonrisa de Jon Kwang Sik le había dado la seguridad de que aquel libro produciría un gran impacto, como lo había predicho Pak Ki Nam.

Era un día templado. En los lugares soleados la nieve se derretía, cosa muy rara en invierno. Gotas como perlas caían de la punta de los carámbanos que colgaban de las ramas. Los intensos rayos solares, que penetraban a través del ramaje de los árboles, transfiguraban el bosque, dándole el aspecto de un fantástico palacio de cristal. Sobre la tierra flotaba perezosa una niebla gris; un cielo transparente, cristalino, asomaba entre las verdinegras ramas de los alerces.

Se Gol, alto y cuellilargo saludó al centinela Pyon In Chol y entró en la tienda del Cuartel General.

El compañero Comandante en jefe, que estaba escribiendo algo sobre

un tronco que hacía las veces de mesa de escritorio, se tendió la mano y lo invitó a sentarse cerca del fuego.

Hervía el agua en una tetera de hojalata, amarrada a un alambre que colgaba del techo. A través de la ventanilla entreabierta se divisaba a un pajarillo de pechuga abigarrada, posado en la rama de un árbol.

—¿Qué tal ha dormido?

—He dormido hasta hace poco rato.

—No obstante, su aspecto aún denota cansancio.

—No importa. Lo principal es que me siento bien.

Se Gol se llevó la mano a la amplia frente, al tiempo que cambiaba de posición para sentarse de costado. Desde los primeros minutos temía mostrar su frente.

El compañero Kim Il Sung dejó la hoja de papel en la cual escribía y acercó hacia sí las ya conocidas publicaciones, apiladas en la mesa de escritorio. Abriendo los periódicos más recientes, escuchaba atentamente, ora moviendo la cabeza, ora expresando sorpresa, el detallado informe de Se Gol acerca de la ruta seguida desde el campamento hasta Longjing, pasando por Yongphyong, y el camino de regreso, pasando otra vez por Yongphyong y Rahung.

Se Gol no tenía nada de orador, y además poseía un carácter tempestuoso, por lo que hablaba un tanto desordenadamente, saltándose de un tema a otro. Pero, como había sido testigo de muchos sucesos importantes, reproducía de una manera muy real todo lo que había visto o escuchado, completando su relato con una expresiva gesticulación.

El compañero Kim Il Sung, al leer algunos de los periódicos se limitaba a dar un vistazo a los títulos, pero leía detenidamente los artículos importantes. Cuando alargó la mano para tomar los libros, Se Gol cortó repentinamente su narración.

—Continúe. Es muy interesante. Tengo la impresión de haber estado yo mismo allí.

Habiendo terminado el informe sobre la situación en Yongphyong, Se Gol comenzó a describir la ciudad de Longjing. Habló de sus calles y del estado de ánimo de sus habitantes, de la falta de hospitalidad de la gente, del tumulto en los trenes, de los vagones cerrados que, llenos de soldados japoneses con casco, se dirigían en hilera hacia el norte, de los carteles de anuncio en las calles, cada uno de los cuales era una extravagante gama de colores, del mástil con la bandera del sol naciente y de los innumerables japoneses con zuecos de madera que se encontraban a cada paso.

Se Gol se exaltaba más y más.

—¿Y cómo está el compañero Pak Hung Dok?

El compañero Kim Il Sung dejó al libro, se levantó, tomó la tetera y se puso a escanciar agua hervida en los jarros.

Al escuchar el nombre de Pak Hung Dok, Se Gol quedó perplejo y exhaló un profundo suspiro.

—¡Compañero Comandante en jefe! Con el compañero Pak hay problemas.

El compañero Kim Il Sung se volvió hacia Se Gol, dejando de echar agua en los jarros.

—¿Problemas? ¿Significa esto que marcha mal su trabajo? ¿Cómo entenderlo?

—Sus asuntos iban bien.

—¿Entonces, qué ha pasado?

—Pues sabe usted, se ha convertido en barbero. Cada día está acariciando la cabeza a los “japis”. ¡Oh, qué desagradable es todo esto!

—¿Ah, sí? Pues, en verdad, él tenía pasta para serlo.

—¿Sabe qué más hubo? Lo vi por primera vez en el centro de

Longjing. Sucedió tan inesperadamente que por poco me caigo de espaldas.

—¿Y por qué?

Se Gol sonrió amargamente y continuó:

—Me tropecé con él en el centro de la ciudad. Venía a mi encuentro así, encorvado y conduciendo un caballo en el que iba montada una japonesa. Esperé que se acercara, pensando: ¿Será posible que el compañero Pak se haya convertido en un lacayo? Y en realidad era él.

—¿Sí? ¡Ha-ha-ha! —rompió a reír el compañero Kim Il Sung, poniendo el jarro en la mesa.

—Entonces le digo: ¡Escucha compañero Pak! Que tú no cumplas la tarea que se te ha encomendado tiene pase, pero que te dediques a esto es una vergüenza para un guerrillero. Y él se echa a reír y contesta: "¿Y qué tiene de malo? Es halcón aquel que caza faisanes". Esto me pareció tan absurdo que me quedé sin habla —y Se Gol meneó la cabeza en signo de repulsión.

El compañero Kim Il Sung no podía dejarse de sorprender del comportamiento de Se Gol, que se mofaba de Pak Hung Dok aunque él era más aficionado aún a las aventuras que éste. El Comandante en jefe estuvo largo rato riéndose, luego se sentó, secándose las comisuras de los ojos con un pañuelo, y dijo;

—En el caso dado, el compañero Pak tiene la razón. Tome el ejemplo de Choe Chil Song y Yong Suk. Ellos penetraron en la ciudad de Dunhua, haciéndose pasar por marido y mujer y tuvieron un gran éxito.

—¿Marido y mujer? —a Se Gol se le iluminó el rostro y se echó a reír alegremente.

—Ella se empolvó la cara y, con un canasto de huevos en la cabeza, pasó hábilmente el cordón del enemigo. ¿Parece que usted no ha visto aún a Yong Suk?

—Me encontré con el compañero Choe Chil Song ayer por la noche, pero no me dijo ni una palabra de eso.

—Por favor, visítela. Ella ha soportado muchas penalidades. Si los llegan a encontrar un día más tarde no hubiera visto usted nunca más a Yong Suk. Dicen que usted iba a menudo donde ella cuando necesitaba el arma, incluso por la noche. ¿Es verdad?

Se Gol se puso colorado y bajó la cabeza.

—¿Y qué tiene usted en la frente? —preguntó el compañero Kim Il Sung, indicando la marca oscura de la herida, del tamaño de una moneda.

Se Gol se volvió y reflexionó para sí: "De todos modos, se ha dado cuenta". Luego, pasándose la mano por la frente sonrió embarazado:

—No es nada.

—¿Acaso resultó usted herido?

—Me detuvieron.

—¿Lo detuvieron? —se sorprendió el compañero Kim Il Sung, y se acercó a Se Gol.

—Los canallas me golpearon con una vara de esgrima con tal fuerza que por poco pierdo el sentido. Esos policías son muy caprichosos. A menudo agarran a la gente por nada y la meten en la cárcel, mas cuando tú les pides que te detengan y te encarcelen, ni siquiera se toman la molestia de conversar contigo. Por eso me decidí a cometer un delito premeditado, no tenía otra salida.

Se Gol contó la historia completa de lo que le había ocurrido: de cómo él, haciéndose pasar por borracho, se introdujo en la casa de Choe, el inspector de policía, y lo que pasó después. Sobre este caso, tan absurdo que difícilmente puede uno imaginárselo, Se Gol informaba con tanta seriedad que ni siquiera sonrió una sola vez.

—¿Significa esto que fue a costa de semejante picardía como pudo

usted obtener este libro? Resulta que le ha costado caro.

El compañero Kim Il Sung alargó la mano con el fin de coger el libro, que yacía separado de una pila entera de volúmenes. Se Gol seguía atentamente con ojos brillantes los movimientos de la mano del compañero Comandante en jefe y volvió a pasarse la diestra por la frente. El compañero Kim Il Sung cogió el libro, miró las tapas azules y, rápidamente, comenzó a hojearlo; después de leer la primera página pasó las otras, deteniéndose en algunos sitios.

Jon Kwang Sik le había informado sobre aquel libro, pero hasta el momento no tenía idea de la historia que arrastraba tras él. El compañero Comandante en jefe lo había leído una vez y ahora lo hojeaba sonriendo.

"Está bien, parece que di en el clavo", se alegraba Se Gol, y el corazón le saltaba de gusto en el pecho.

—¿Lo ha leído usted?

—No, no he tenido tiempo aún. Pero el compañero Pak Ki Nam, de Yongphyong, al verlo manifestó que era un libro magnífico. Dijo que todos me felicitarían.

—¿Sí? ¿Eso fue lo que dijo? ¿Y usted, seguramente, se entusiasmó y se estaba preparando para recibir las felicitaciones? ¿Qué ha dicho el compañero Jon Kwang Sik?

—El compañero Jon Kwang Sik me ha dado las gracias.

—¿Las gracias?

—Sí.

—¿Y qué haría usted con este libro si le dijeran que no es tan bueno que digamos?

—Lo botaría.

—¿Lo botaría? Tenga en cuenta que por su causa ha sufrido usted mucho, hasta le han roto la frente.

—De todos modos lo botaría, si es que no tiene más valor que una

lata vacía. Hay que tirarlo y conseguir otro que sea realmente útil.

—¿Qué sea realmente útil? ¿Y de dónde va a sacar uno así?

—…

El compañero Kim Il Sung apartó el libro y soltó la carcajada. Se levantó y, agarrándose la cabeza con las manos, continuó riéndose. Caminando por la habitación, reía sin cesar.

Se Gol, confuso, reía también quedamente, ensanchando el grueso labio superior, fuertemente dibujado.

—Correcto. Tiene usted razón. Por muy caro que le haya costado, hay que tirarlo sin compasión si no sirve para nada. Y que haya tenido que sufrir palizas, pasar cierto tiempo en la cárcel y recibir felicitaciones. ¡Ha-ha-ha!

Se Gol se sintió dominado de repente por una sensación de lástima, como si hubiese dejado escapar a un hermoso pájaro por él cogido. Se sobaba el mentón con los dedos, y su risa era artificial.

—Leí este libro hace unos cuantos años, y ayer por la noche lo releí de nuevo —concluyó el compañero Comandante en jefe—. Por supuesto, puede ser útil en algo, pero hoy considero como lo consideraba en aquel entonces, que difícilmente puede resultar útil para nosotros. Usted señaló correctamente que nosotros mismos trazamos nuestro camino, que tenemos métodos de lucha propios. No contamos ni con el apoyo de un ejército regular ni con una retaguardia estatal, por cuanto éstos no existen para nosotros. Además, nuestra revolución no ha triunfado aún. Nuestras gentes, ríos y bosques son diferentes.

El compañero Kim Il Sung se aproximó a Se Gol, lo cogió amistosamente por los hombros y se puso a explicarle detalladamente que ellos iban por un camino inexplorado, por la senda de la lucha de liberación nacional en las colonias, cuya forma principal la constituye la lucha armada. Con palabras sencillas, le explicaba que los comunistas

coreanos, al tratar, valorar y resolver cualquier clase de problemas, deben partir del punto de vista de que su revolución no es la repetición de la revolución acontecida en otro país; en otras palabras, que deben tener presente la idea Juche, para lo cual hay que aplicar en forma creadora la teoría marxista-leninista y la experiencia de otros países, en consonancia con nuestra realidad.

Satisfecho de la conversación que había tenido lugar, el compañero Comandante en jefe continuó dando pasos por la choza.

Los acontecimientos acerca de los cuales le habían informado parecían un tanto ingeniosos e incluso divertidos, y cada uno de ellos le había producido gran satisfacción.

La sencilla muchacha, ex-niñera en casa de un terrateniente de Tuqidiangu, se había peinado como una mujer casada y empolvado el rostro, engañando así hábilmente a la policía. Y en otro sitio, un barbero impostor, dando masajes en la cara al jefe de la policía, le sacaba los secretos. Se podía incluso, si era necesario, llegar a la picardía de hacerse golpear para ir a parar a la cárcel y dedicarse allí a sus asuntos. Asentado en la provincia de Hamgyong del Norte, Cha Ki Yong andaba de mina en mina y, sabiamente levantaba a miles de obreros a la lucha revolucionaria.

¡Qué magnífico!

La gente se fortalece tanto, se hace tan resistente, que no pierde su camino en las infinitas aguas del océano y puede echar raíces y crecer en el desierto y en los barrancos.

La revolución es indispensable, no sólo para transformar la sociedad, sino también para el descubrimiento total del talento y la capacidad mental del pueblo subyugado.

La perla, enterrada en el barro comienza de nuevo a brillar intensamente al ser estrechada por el abrazo de un gigante, cuyo nombre es la revolución.

Se Gol permanecía sentado sin decir palabra, dirigiendo la mirada hacia la fogata de ardientes brasas.

Al cabo de un rato, salió de la tienda de campaña. Recordaba muy bien las palabras del compañero Comandante en jefe, que le había explicado lo que había hecho de correcto y de incorrecto, y le había aconsejado no hacer más el papel de borracho con objeto de matar a un gorrión de un cañonazo.

Se Gol iba por el bosque agitando ampliamente las manos. Llevaba el macuto casi vacío, pues contenía solamente una libreta de notas. Apenas hubo bajado de la loma, a cuyo pie se encontraban las chozas de las guerrilleras, el corazón comenzó a latirle fuertemente.

Alargando la mano, agarró una rama y la soltó. La nieve que estaba posada en ella se desprendió. Se Gol, levantando la cabeza, expuso el rostro a la nieve que caía y sonrió alegremente.

14

Jin Bong Nam, alto y un tanto encorvado, caminaba lentamente. Frunció el ceño, hundiendo la mirada en el suelo. Avanzaba a duras penas a través de un enmarañado bosque que parecía no tener fin. Arreciaba la tormenta de nieve. El frío era cortante; sin embargo, el sudor le empapaba el rostro. Sentía una llama ardiente en el pecho y tenía la boca reseca.

Se inclinó, cogió un puñado de nieve y se la llevó a la boca. Al principio, por una fracción de segundo, experimentó una extraña sensación que no era ni de frío ni de calor, y después fue como si algo helado le bajara desde la garganta hasta el estómago. Inmediatamente se sintió más aliviado y se le hizo más fácil respirar, como si se hubiera librado del peso que le oprimía el pecho. Su boca exhalaba un vaho espeso como humo, que le envolvía los hombros; las cejas y la visera del gorro de piel estaban completamente cubiertas de escarcha. Los párpados se hacían pesados; si cerraba los ojos le resultaba difícil volverlos a abrir, y da visibilidad era casi nula. Pero él, con el rostro casi rígido, cojeando, avanzaba obstinadamente sin detenerse. No podía ponerse derecho a causa del hambre. Para colmo, los pies congelados le producían un dolor insoportable. Daba cada paso a costa de un sufrimiento increíble, un dolor tajante que le penetraba por todo el cuerpo.

Delante, a unos cuantos pasos, iba el gallardo Yong Taek, que también cojeaba.

Era ya el tercer día que el destacamento marchaba sin alimentos.

El enemigo los perseguía más obstinadamente de lo que esperaban, a veces se entablaban cruentos combates.

Con la llegada del frío, el enemigo había quedado temporalmente inactivo, pero la acción de los activistas políticos clandestinos repartidos en diferentes lugares lo obligó a salir de sus cuarteles y movilizarse hacia las montañas. La más furibunda resultó ser la división de Ranam. A pesar de que tenía que soportar los ataques de los guerrilleros varias veces al día, los perseguía insistentemente.

Jin Bong Nam se detuvo, miró en pos de la columna de vanguardia que se alejaba y se puso nuevamente en marcha. Sin embargo, las piernas no le obedecían, y tan sólo alcanzó a dar unos pasos antes de desplomarse en la nieve.

Cha Kwang Su se acercó corriendo.

—Animo, compañero Jin. Avanzaremos un poco más y haremos un descanso.

—No se preocupen, prosigan. En seguida les doy alcance. Sólo quiero arreglar un poco el calzado…

Cha Kwang Su aseguró que más allá del puerto tenía que haber un lugar fuera de peligro, sólo había que tener paciencia y llegar hasta él. Jin Bong Nam sacó un pie de la nieve y lo puso sobre una piedra. Los rudos botines de trabajo se habían roto, y en sus puntas abiertas como fauces, se agolpaba la nieve. Los cordeles de paja, enrollados a troche y moche, estaban rotos y se le habían amontonado en los tobillos.

Bong Nam lanzó una desesperada mirada a sus pies y con una sonrisa amarga en los labios comenzó a deshacer los nudos de los cordeles. El peal estaba empapado en sangre, congelado ya.

Cha Kwang Su puso sobre sus rodillas el pie de Jin Bong Nam y comenzó a amarrárselo con una cuerda de paja.

Después de cierto tiempo, se pusieron nuevamente en marcha.

Kwang Su pasó por sus hombros la mano de Bong Nam, agarró a éste por la cintura y se puso a arrastrarlo.

En el puerto arreciaba más rabiosamente el viento, un torbellino de nieve semejante a una neblina blanquecina llenaba todo el espacio. Resultaba imposible distinguir la cima de la montaña, el bosque o el valle.

Levantando el rostro tostado y brillante hacia el cielo, Bong Nam abrió los labios en una sonrisa.

—¿Acaso esto es todo lo que tú eres capaz de hacer? Sin embargo, sabes mostrar tu carácter —farfulló entre dientes, al tiempo que se detenía para limpiarse los ojos con las mangas, mas no fue oído ni siquiera por Kwang Su, que marchaba a su lado.

Pasado el puerto, el destacamento se detuvo.

Resultó que no se trataba de un corto descanso, sino que el Comandante en jefe había decidido pernoctar allí.

* * *

El destacamento tenía que salvar el espacio desnudo lo más rápido posible.

A la vanguardia iba el Cuartel General. El destacamento guerrillero, formado en compañíás, se internó en fila india en los mimbrales.

Detrás, a una distancia de casi un kilómetro, los perseguía el enemigo. Por el lado izquierdo había una pequeña pendiente que inmediatamente se unía con el campo. Desde allí había que recorrer unos cuatro kilómetros para llegar a la montaña. Además, también se podía alcanzar el bosque —y esto era más conveniente— salvando dos kilómetros de campo abierto que tenían delante.

Como adivinando las intenciones del destacamento, el enemigo, inesperadamente, abrió fuego con sus ametralladoras.

En el campo, cubierto de un compacto y blanco sudario, se elevaron

al instante columnas de nieve y chasqueó el plomo, levantando en el aire blancas nubes de polvo. Los guerrilleros se dieron cuenta en seguida de lo peligroso de la situación y sus ojos despidieron furiosos destellos.

—Compañero Comandante en jefe, le pido por favor que pase a la vanguardia —articuló apresuradamente Cha Kwang Su, quien conservaba el buen estado de ánimo en cualquier circunstancia, aun sabiendo de antemano que, de todas maneras, el compañero Comandante en jefe se quedaría como siempre a retaguardia.

—No se preocupe de mí, que la columna siga adelante.

Además, a Kwang Su le preocupaba el hecho de que, por lo que fuera, el compañero Comandante en jefe hubiese dado inesperadamente orden de que la columna saliera derechamente al campo abierto más cercano sin rodear la falda de la montaña para salir luego al campo. El compañero Comandante en jefe había cambiado de táctica con la rapidez del rayo. Mas, al momento, Kwang Su, dándose cuenta de que el enemigo, maldito fuese, también podía adivinar las intenciones de los guerrilleros, pudo comprobar nuevamente la agilidad mental del compañero Comandante en jefe y su capacidad de actuar con rapidez según la situación se presentase.

—Compañero Comandante en jefe, le pido por favor que descienda, yo iré detrás de la columna…

—¡Más vivo! —ordenó en imperioso tono el compañero Kim Il Sung, observando los rostros inquietos de los combatientes.

Cha Kwang Su lanzó una mirada implorante al Comandante en jefe, dio la vuelta y miró hacia, la montaña, donde se divisaban las figuras del enemigo.

Sacó el revólver y mandó con voz penetrante: “¡Adelante!”

La columna salió al instante al claro. Jon Kwang Sik iba por los montículos de nieve con dos combatientes que cojeaban. Estos eran

Bong Nam y Yong Taek, a los que recientemente se les habían congelado los pies.

—¡A ver, un poquito más rápido, muchachos! ¡Animo! Ya falta poco. Hay que avanzar en línea recta.

Se Gol, que corría delante, se volvió para ayudar a Kwang Sik. El enemigo, al encontrarse tan inesperadamente en una situación desusada, subió hasta el puerto y desde allí inició el tiroteo masivo.

Se Gol corría llevando a Bong Nam casi a rastras.

—¿Para qué se atormentan? Déjenme aquí y corran. No tienen derecho a arriesgarse por mí —Bong Nam empujó en el pecho a Kwang Sik y se arrojó al suelo.

—¡Compañero Jin!

Jon Kwang Sik traspasó con una mirada fulminante a sus desesperados compañeros combatientes.

Yong Taek, apoyándose en el tronco de un árbol cercano, se negaba también a proseguir.

—¡Dejadnos y marchaos, rápido! ¡Yo mejor me muero aquí! ¡No puedo más! ¡Oh!

—¡Yong Taek! —Se Gol desprendió a su compañero del árbol y siguió adelante arrastrándolo.

Al principio el enemigo disparaba a la cabeza de la columna, luego poco a poco, fue trasladando el fuego hacia su centro, y cuando la vanguardia, habiendo ya salvado el campo, se ocultó en el bosque, intentó dividirla en dos.

Las balas pasaban silbando cerca de los oídos y caían unos pasos más adelante revolviendo la tierra.

—¡Al suelo! —ordenó el compañero Comandante en jefe apenas hubo conducido a los combatientes hasta la hondonada.

Cuando Kwang Sik llegaba a la hondonada llevando a Bong Nam, el

compañero Comandante en jefe seguía ya adelante, llevando a Yong Taek.

—¡Compañero Comandante en jefe! ¿Para qué, por mi culpa? ¡Oh! Así no se puede —desesperado, Yong Taek dirigió la mirada a Kwang Sik.

—Compañero Jon Kwang Sik, déjeme aquí y váyase pronto. Por mi culpa todos… No es posible. Se lo suplico.

—¡No digas tonterías! —gritó coléricamente Kwang Sik.

El compañero Comandante en jefe, haciendo oídos sordos a las súplicas del guerrillero, proseguía sosteniendo a Yong Taek.

Precisamente en ese momento las balas enemigas levantaron tierra detrás y delante de ellos.

—¡Ah! —gritó Yong Taek desasiéndose y echándose sobre la espalda del Comandante en jefe para protegerlo. A su derecha, que estaba más expuesta al fuego enemigo estaban tendidos Se Gol y Kwang Sik, y a su izquierda, Kwang Su.

El compañero Comandante en jefe quiso saltar, pero Se Gol lo aferró tenazmente de la espalda.

—¡Compañero Comandante en jefe! No se puede.

Cha Kwang Su respiraba pesadamente y miraba con los ojos húmedos al compañero Kim Il Sung. El compañero Comandante en jefe también lo miraba y sus ojos se humedecieron también repentinamente. Sin embargo, la situación no les permitía retardarse.

En ese instante, las refulgentes miradas de los combatientes se volvieron como rayos hacia el compañero Comandante en jefe, que observaba a su alrededor. Sentían ardientes deseos de defenderlo.

Más de la mitad de la columna había alcanzado ya el bosque.

—¿Nadie se ha rezagado? ¡Seguidme, adelante!

No alcanzaron a detenerlo y él, levantándose de un salto, echó a

correr hacia la orilla, cubierta de mimbrales, arrastrando a Bong Nam y Yong Taek. En ese momento la compañía de Jin Il Man, desde el bosque, abrió fuego de protección.

Unos minutos más tarde el destacamento entero se encontraba en el bosque.

Cha Kwang Su y Jon Kwang Sik tomaron inmediatamente el mando de las compañías que, desplegándose en guerrilla, contestaban el fuego enemigo.

Ahora habían aparecido en el campo los soldados enemigos que los perseguían. Esto era lo que esperaban los guerrilleros, que inmediatamente abrieron fuego cruzado sobre los bien visibles blancos.

El enemigo, que ya había salido al campo nevado, caía abatido por las balas de los guerrilleros. Si alguien levantaba un poco siquiera la cabeza era alcanzado por la bala del contrario.

Kwang Su, resguardándose tras un árbol, disparaba su fusil y dirigía el combate.

—¡Sigan disparando! Aniquilen a los canallas hasta el último.

Era un espectáculo verdaderamente cautivante. Los innumerables puntos negros que se movían en el campo nevado como gusanos de seda recién nacidos rodaron por tierra en corto tiempo, quedándose silencioso.

—¡Mejor liquidar a esta canallesca para siempre que llevarla detrás de nosotros! ¡Aniquílenla, muchachos! —gritaba constantemente Cha Kwang Su a Jin Il Man, dirigiéndole fulgidas miradas.

Yong Taek y Bong Nam, que habían sido llevados a la espesura del bosque, se habían agarrado con fuerza de la mano y temblaban ligeramente. Se sentían como si hubieran cometido un gran crimen.

—¡Ay! Por culpa nuestra el compañero Comandante en jefe…

—Mejor hubiera sido si nos hubiéramos matado, así no nos

encontraríamos ahora en esta situación tan torpe —Yong Taek se dio un puñetazo en el pie y rompió a llorar.

—¡Maldito pie! ¿Qué es lo que tú quieres, eh? ¿Qué hacer contigo? Por tu culpa casi caímos…

Yong Taek se atormentaba de tal modo que estaba dispuesto a cortarse el pie inútil con un hacha; tal vez entonces sintiera algún alivio.

Se miraban entre sí, se secaban las lágrimas y de vez en cuando, levantaban los pies y los golpeaban contra el suelo.

Así estaban cuando se acercó corriendo Pyon In Chol con vendas y medicamentos. Les dijo que lo mandaba el compañero Comandante en jefe y les ordenaba que curaran sus heridas tranquilamente, pues el enemigo no podía ya perseguirlos.

Yong Taek tomó en sus manos los medicamentos y durante un rato no pudo pronunciar palabra, después mirando hacia el lugar por donde había desaparecido Pyon In Chol, exclamó con voz ronca:

—¡Compañero Comandante en jefe! Por nosotros… —se paró en seco, el pecho le ardía y una bola ardiente le subió hasta la garganta. Su alma se inundó de una alegría infinita y del orgullo de saberse soldado del compañero Kim Il Sung. Por muy grande que fuera el sentimiento de fidelidad que sintiera hacia el compañero Comandante en jefe, nunca podría compararse con todo lo bueno que había recibido de él.

—Muchas gracias, compañero Comandante en jefe.

Bajó el rostro y una gruesa lágrima cayó sobre la rodilla en que descansaba la venda.

Cuando el encarnizado combate tocaba ya a su fin los guerrilleros fueron atacados por tres aviones enemigos. Estos monstruos giraban en vuelo rasante sobre la cresta de los alerces, ametrallaban y arrojaban bombas. Los aviones enemigos, formados en hilera, sobrevolaban y rastreaban a diestro y siniestro el pequeño bosque, que parecía una

verdadera isla en medio del campo raso.

Jin Bong Nam, que se había ocultado bajo un árbol derribado, seguía con la mirada los aviones enemigos que surcaban el cielo, y agitaba los puños:

—Canallas…

Yong Taek, que había aplicado ungüento a sus heridas y ahora arreglaba el calzado, levantó el pie y exclamó:

—¡Toma, muerde!

Los aviones sobrevolaban el bosque a intervalos regulares.

Cada vez que explotaba una bomba se estremecía todo el bosque, y caían partidos en dos los altos árboles. Las ráfagas de ametralladora, cual invisible guadaña, segaban por completo las crestas de los árboles.

En cuanto se puso el sol, Pyon In Chol recorrió las compañías, comunicando las órdenes del Cuartel General.

—Compañeros Sin y O, a ustedes los necesitan en el Cuartel General. Se dice que van a haber lecciones de alfabetización.

Pyon In Chol se hallaba en su elemento corriendo ágilmente sobre la nieve, que era levantada por las ráfagas de ametralladora, y cumpliendo su tarea. Los combatientes festejaban su aparición en la compañía con jubilosas exclamaciones. Aquel joven guerrillero, de ojos parecidos a uvas silvestres, casi de la estatura del fusil, cada vez que aparecía les traía buenas noticias del Cuartel General.

—A los analfabetos se les ordena reunirse. De vuestra compañía deben presentarse los compañeros Bang, Yang… ¿Y quién más? Ah, sí, además, el compañero Hwang…

No hacía mucho tiempo aún que él, al conversar con los guerrilleros, se turbaba y enrojecía como una niña, pero ahora se había habituado tanto que hasta se permitía gastar bromas.

En muchos sitios del bosque se encendieron pronto fogatas.

Subido que hubo al montecillo, Pyon In Chol se secó el sudor con un pañuelo, se arregló un tanto el fusil que llevaba al hombro, un poco grande para su estatura, y miró a la gente que se había reunido alrededor de las fogatas con objeto de asimilar los rudimentos de la lengua materna.

*   *   *

Una tarde invernal soleada y sin viento, el destacamento entró a Luozkou.

Comenzando su camino desde el perdido lugarejo de Dunhua, el destacamento pasó por la orilla sur del lago Jingbohu, siguió a través del macizo boscoso de Laueling y continuó hacia el oriente. El destacamento realizó la marcha "acompañado" por las tropas del Ejército de Kwantung, que venían desde Dunhua por una parte, y por el "Cuerpo Expedicionario de Jiandao", que venía del sur por otra; por eso los guerrilleros se veían obligados a entablar combate cuatro o cinco veces al día.

Aunque el enemigo tenía un objetivo fijado de antemano, sufría repetidas derrotas. No obstante, habiendo averiguado donde se ubicaba el grueso de la Guerrilla Antijaponesa, comenzó de nuevo a presionar con furia.

A todo esto, el compañero Kim Il Sung conducía al destacamento de manera que no se dejaran huellas en el desfiladero de Juanchuilin, desplazándose durante el día en dirección suroccidental, para torcer después disimuladamente hacia Luozkou.

Con el fin de agotar al enemigo durante el invierno llevándolo tras de sí y desorientándole definitivamente, surgió la necesidad de reorganizar el destacamento, revisar la ruta a seguir y desplegar el trabajo en las

bases de apoyo como correspondía a las nuevas tareas.

El compañero Kim Il Sung, al Llegar a Luozkou, convocó de inmediato, como estaba programado, una sesión del Consejo del Soldado.

A la sesión se invitó a los enviados que actuaban en diferentes regiones. Se reunieron Choe Jin Dong, Han Hung Gwon, Kim Chang Sul, Ri Kwang, Yang Ki Hak, y de las regiones norteñas llegaron Jang Yong y Kim Chang Mun.

En la reunión se rindieron cuentas del cumplimiento de las tareas planteadas en Liangjiangkou.

Se recalcó una vez más la necesidad de engrosar en gran escala los destacamentos guerrilleros y ampliar las bases de apoyo. El enviado clandestino de cada región debía dedicar más atención a la creación de zonas semiguerrilleras, sin limitar el trabajo a las regiones liberadas por completo.

El compañero Kim Il Sung estuvo tres días escuchando los informes de los representantes venidos de diferentes lugares. Se podría no haber repetido algunos pormenores pero él les pidió que informaran detallada y objetivamente sobre el estado de cosas. Le volvió a llamar la atención en los informes el asunto de las relaciones con el Ejército chino antijaponés de salvación nacional.

En algunos lugares, debido a la falta de comprensión de la importancia de este asunto, aún solían haber refriegas por motivos insignificantes. En lugar de resolver con amplia visión e iniciativa los problemas relativos a la creación de un frente unido, a veces se observaba hacia éste una actitud de antipatía.

Después de escuchar el informe de Ri Kwang, el compañero Kim Il Sung sometió a crítica una notoria tendencia izquierdista en la región de Wangqing.

Recalcó nuevamente la importancia de la formación de un frente unido con las fuerzas antijaponesas del país vecino, pues eso constituiría una aplicación directa a los principios del internacionalismo proletario en la lucha revolucionaria contra los japoneses y sería además, una valiosa experiencia que permitiría organizar en el futuro un frente unido antiimperialista a escala internacional.

Al término de la sesión, el compañero Kim Il Sung presentó un nuevo plan de operaciones. Por cuanto la meta propuesta inicialmente había sido alcanzada como consecuencia directa del resultado de las acciones bélicas emprendidas por el grueso de la guerrilla, propuso dividir el destacamento expedicionario en pequeños grupos ligeros y móviles, de aproximadamente 20 personas cada uno, que deberían atraer al enemigo para alejarlo y luego escaparse de él.

Expresó que eso significaría combinar la táctica de la mariposa que mató al gallo con la de matar dos pájaros de un tiro, pues engañaría al numeroso enemigo con el concurso de pequeñas fuerzas y crearía la posibilidad de mandar a muchos guerrilleros a las bases de apoyo con el fin de activar allí el trabajo político.

En concordancia con lo previsto, el compañero Kim Il Sung decidió instalar el puesto de mando en la cuenca boscosa que bordea el monte Mabansan, de la región de Wangqing, y para ello mandar a Yongphyong, en donde se encontraba Ri Kwang, un fuerte destacamento de guerrilleros.

La reunión tocaba a su fin, ya se habían hecho las conclusiones sobre los temas discutidos, cuando se comunicó la poco agradable noticia de que en un recodo del camino real que conduce a Luozkou había aparecido una patrulla del ejército japonés.

Estas eran, evidentemente, las fuerzas enemigas cuya persecución habían burlado los guerrilleros, que ahora habían descubierto

nuevamente la ubicación de éstos. El compañero Comandante en jefe había admitido de antemano tal posibilidad. Sin esto, en cierto modo, sería inconcebible la solución exitosa de los problemas planteados por la revolución. Por eso, él había tomado anticipadamente las medidas necesarias, y la sesión terminó a tiempo. Hasta convenía que el enemigo se hubiera acercado tanto a Luozkou pues el compañero Comandante en jefe tenía intenciones de mandar a unos cuantos guerrilleros al encuentro del enemigo para atraerlo hacia allí.

Ahora, habiendo recibido las noticias esperadas, el compañero Comandante en jefe sonrió alegremente y dio orden de ponerse de inmediato en camino.

En el acto, un grupo de dieciocho guerrilleros partió desde Luozkou hacia el este, en dirección a Ningan, a fin de distraer al enemigo.

Una madrugada de mucho viento llegó una inesperada noticia. Resultaba que el destacamento del jefe militar Yu, del Ejército chino antijaponés de salvación nacional, que operaba en la falda del monte Laujeisan, había caído en un cerco enemigo.

El compañero Kim Il Sung evaluó en seguida la situación: el contrario había guardado silencio aquellos días porque estaba ocupado en dislocar sus tropas en esa región. Con toda seguridad, había desistido de continuar una persecución tan infructífera y sin fin para pasar a la táctica del cerco y exterminio de los guerrilleros por partes.

El destacamento cambió rápidamente de dirección y se desplazó a marcha forzada en dirección sudeste hacia las cercanías de la frontera con la Unión Soviética.

Era indispensable desarticular al enemigo que cercaba a los hombres del Ejército chino antijaponés de salvación nacional, dispersar sus fuerzas y provocar en ellas el desorden antes de que utilizara una nueva táctica.

Cuando los guerrilleros se aproximaban a la montaña de Laujeisan encontraban en cada vaguada cadáveres de soldados del Ejército chino antijaponés de salvación nacional. En bosques y campiñas, doquiera que fuesen, hormigueaban los soldados japoneses.

El cielo era surcado por aeroplanos que ametrallaban incansablemente.

Cha Kwang Su, que estaba echado de bruces, levantó el rostro polvoriento.

—¡Ej! —gimió entre dientes. Le temblaban levemente los labios.

—¿Qué sucede? —le preguntó Jang Yong, que estaba tendido a su lado, abriendo mucho los ojos.

—¡Mira hacia allá!

Allá, donde indicaba Kwang Su, semejante a una negra muralla se hallaba el enemigo. Al parecer, aún no se habían percatado de la presencia de los guerrilleros, pero era completamente evidente que se habían desplegado al margen de una inmensa pradera en espera de la posible aparición de los guerrilleros por ese lado.

—¡Compañero Cha Kwang Su! El enemigo también ha aparecido por el flanco izquierdo —esta vez era Jin Il Man quien gritaba.

—¿Dónde? —preguntó Kwang Su, volviendo la cabeza hacia el otro lado.

"¡Estamos rodeados!", pensó, y esta idea le golpeó la cabeza como si hubiera sido un martillazo.

Al cabo de un instante, miró hacia atrás. El compañero Comandante en jefe estaba sentado en el fondo de una pequeña cavidad y conversaba con alguien.

Con ensordecedor ruido pasó un avión casi a ras del suelo, levantando una cortina blanca que lo nubló todo alrededor. Al cabo de unos minutos, algo flotaba sobre las cabezas. Eran pasquines.

—¡Canallas!

Cha Kwang Su levantó el revólver y observó con penetrante mirada el cielo azul oscuro, desde donde caían los pasquines.

En ese momento, el compañero Kim Il Sung llamó a Kwang Su y ordenó replegarse hacia el lado izquierdo. Sólo ahora se acordó Kwang Su de la solitaria casucha que había en la pendiente de la montaña y que había visto desde el paso.

La columna se replegó rápidamente por la falda de la montaña, cubierta de trecho en trecho por robles.

Al descubrir repentinamente a los guerrilleros que acababan de aparecer en su retaguardia, los japoneses abandonaron el cerco del destacamento del Ejército chino antijaponés de salvación nacional comandado por Yu y se retiraron apresuradamente envolviendo al destacamento guerrillero en un semicírculo.

Por otra parte, la unidad del Ejército de Kwantung que había perseguido a los guerrilleros hasta los alrededores del extremo norte de Ningan y que se había extraviado, teniendo que vagar unos cuantos días, pudo llegar, aunque con retraso para cerrar el cerco por el extremo noroeste, que era la única salida abierta.

Pensando que el grueso de las fuerzas guerrilleras había caído en el cerco, el enemigo apretaba el anillo.

Los guerrilleros necesitaron dos horas enteras para alcanzar la pendiente de la montaña donde estaba la choza solitaria. A cada aparición de los aviones, los guerrilleros, camuflados de blanco, se tendían de bruces en la nieve. No alcanzaban a dar ni dos pasos, cuando los aparatos aparecían nuevamente. Cuatro biplanos de reconocimiento, con alas brillantes como la plata, pasaban alternativamente en vuelo rasante sobre las cabezas de los guerrilleros.

Con la puesta del sol y la oscuridad cenicienta del anochecer cayó

pesadamente sobre la tierra un silencio siniestro. Sólo de vez en cuando era interrumpida esta calma por ráfagas de ametralladora, disparadas desde los cuatro lados.

El día moría lentamente.

*   *   *

El corresponsal Hara, que vestía un abrigo de piel de perro y llevaba el cuello levantado, no podía quedarse, quieto porque se le helaban los pies. Los gruesos vidrios de los lentes, empañados por el vaho, le impedían ver.

Por todo el bosque hormigueaban las tropas del Ejército de Kwantung y del "Cuerpo Expedicionario de Jiandao" de la 19 división de Ranam.

Por doquier se oía el ruido de las hachas, aquí y allá volaban gritos nerviosos.

En espera de que la fogata se avivara, Hara, cojeando, se dirigió a la tienda de campaña donde moraba Horimoto. Esta tienda estaba instalada en una depresión, por lo que no era muy afectada por la ventisca. Un viento cortante le quemaba las mejillas y caminaba de puntillas para evitar en parte el dolor.

—¿Hara, es la primera vez que te toca exponer las mejillas al viento polar? —Horimoto levantó el rostro curtido, con el mentón cubierto de barba, mientras plegaba el plano topográfico que tenía extendido sobre sus rodillas.

—No sólo el viento polar, sino todo lo que aquí sucede es nuevo para mí.

—Con mayor razón aún, estoy seguro de que es primera vez que ves cómo, de un golpe de sable japonés, le cortan la cabeza a una persona —Horimoto sacó algo del bolsillo, se lo echó a la boca, y así, mascando, continuó en son de broma.

—Verdaderamente, es la primera vez que veo tan gran densidad de población en unas montañas tan atroces y heladas donde no hay ni siquiera una casucha.

—Tú eres muy afortunado. Tipos como yo se atormentan, arriesgan el pellejo; tú, en cambio, te deleitas con el espectáculo y a la vez ganas dinero. Escribes un librito y ya tienes para una villa. ¿Acaso no es así? En comparación con nosotros, los militares, tu profesión es segura y rentable, y además muy agradable.

—Supongamos que así fuera… —Hara no quería continuar la conversación, pero tampoco estaba bien callar—. ¿Y cuándo, a fin de cuentas, el invencible ejército imperial tendrá la oportunidad de ver a su contrincante? ¿Dónde está el ejército de los comunistas?

—Es posible que no lo llegues a ver nunca.

—De ser así…

—¿Qué quieres decir con eso de "de ser así"? Dime, por favor, ¿dónde podemos encontrar al enemigo si éste está completamente aniquilado?

—¡Ha-ha-ha!

—¿Te *ríes* de mí? —los ojos del samurai, semejantes a triángulos, brillaron con odio feroz.

En aquel momento se oyeron pasos detrás de la tienda.

—¿Quién anda allí? ¡Pase!

Entró un joven suboficial delgaducho con una paloma en la mano. Como un muñeco de cuerda, saludó militarmente con ágil movimiento de manos y pies y se acercó al comandante.

—¿Ha muerto?

—No, no, señor coronel, se ha quedado un poco atontada, no más.

La paloma, con el cuello encogido, no podía levantar la cabeza, sólo parpadeaba con sus pequeños ojillos.

—Qué frío tan terrible. ¿Cuántos grados hace?

—Cuarenta y dos bajo cero, señor coronel, y hay que conservarla en un sitio caliente…

—Qué le vamos a hacer. Hemos perdido el enlace, eso es todo. Lástima que en el aire no haya un pecho como el tuyo en donde guardarla y darle calor día y noche como haces tú. ¿Entiendes?

—¿No sería mejor que me quedara un rato en algún lugar cálido?

—¡Imbécil! ¡Media vuelta, de frente, march…!

El suboficial, un tanto turbado, se despabiló en un abrir y cerrar de ojos y, llevándose vivamente la mano a la visera, saludó y salió disparado.

—Hara, ¿es verdad que tuviste la oportunidad de ver personalmente al Comandante en jefe guerrillero?

Horimoto le había hecho ya varias veces esta pregunta en el curso del mes.

Dicho sea de paso, no sólo se la hacía Horimoto, sino también los generales del Estado Mayor del Ejército de Kwantung y los militares de la división de Ranam, en una palabra, todo el que se encontraba con él.

Hara estaba ya hastiado de todo aquello; por eso[1], dándole una chupada al cigarrillo, él contestó con desgana:

—No sólo lo vi, sino que incluso conversé un rato con él.

—¡Ha-ha-ha! Que suceso tan extraordinario, se podría decir histórico.

—Se puede afirmar sin exageración que, según resulta, los destinos del Gran Imperio Japonés están en manos del Comandante en jefe de la guerrilla coreana…

—¿No has tenido que responder aún por semejantes afirmaciones ante los órganos correspondientes?

—¡No ves que digo lo que he visto con mis propios ojos!… Pero me

parece que cometen delito más grave aquellos que, no habiéndolo visto, manifiestan vivo interés por él.

—Sea como fuere, pero tú, Hara, ¿perteneces o no a la raza Yamato?

—Me deseo a mí mismo que en el futuro no vaya a lamentarme de ello.

—Escucha, ¿no deberíamos anunciar el incidente en que te viste envuelto, como la sensación más grande del año?

—Me parece que no sería correcto llamar a eso “incidente en que yo me vi envuelto”. Sin embargo, la noticia número uno podría ser quizás el hecho de que el Comandante en jefe guerrillero, General Kim Il Sung, le declaró la guerra al Gran Imperio Japonés. Puede ser que, desde el punto de vista histórico, esto deba ser considerado uno de los acontecimientos más importantes.

—¿No exageras un poco la cosa? Según veo, tú hablas sin darte cuenta de lo que dices. Considero mi deber advertirte. Ten más cuidado.

—Bueno, el tiempo dirá. Nosotros deberíamos guardarnos de hacer conclusiones apresuradas.

El ofendido Horimoto hizo una mueca con su rostro anguloso. En aquel momento se levantó la cortina de entrada y entró en la tienda un corpulento oficial del Estado Mayor. Meneando la cabeza demasiado pequeña para su enorme cuerpo, informó que el número de congelados se había duplicado respecto al día anterior.

—¡Vaya unos tontos! ¿Acaso el mando responde de que ellos se mueran de frío sentados alrededor de las fogatas? Resulta que ahora tenemos un regimiento entero de cojos.

—Eso no es lo más importante. Señor coronel, dígame, por favor, ¿dónde se encuentra el objetivo de nuestra ofensiva? —preguntó el cariancho Hara con cierto dejo irónico en la voz, mirando desdeñosamente a su interlocutor.

—¿El objetivo de la ofensiva? Eso está más claro que el agua. ¡El comunismo, por supuesto!

Horimoto estuvo a punto de revelar al corresponsal una información fidedigna sobre el cerco total del destacamento guerrillero, pero cambió de parecer.

—¡Ha-ha-ha! —rompió a reír el periodista.

—¿De nuevo te estás riendo? Escucha, querido, si se te ocurre hacer otra vez algo parecido, desenvaino el sable y te considero el objetivo de la ofensiva —amenazó el coronel, indicando con la vista el pesado sable japonés que colgaba de su cintura.

—Para el ejército, el objetivo inmediato del ataque no es la idea, sino algún blanco visible. ¿No es así?

—En el ejército, a diferencia del deporte, tiene más peso la orden que el objetivo.

Hara quiso reírse, pero se contuvo. De todo lo que le había dicho, sólo era digna de admiración su noción simplista sobre el objetivo del ejército.

Todos aquellos oficiales de alto rango del ejército japonés con quienes él se había encontrado eran sorprendentemente parecidos entre sí, como si hubieran sido cortados con la misma tijera.

"Les deseo a todos ustedes mucha salud…", tuvo ganas de decir pero calló, se sonrió y salió.

Al volver a su tienda, Hara escuchó gemidos que venían de tedas partes. Hacía ya cosa de una semana que el número de soldados a los que se les congelaban las manos y los pies aumentaba bruscamente. Ya se habían acostumbrado a ver orejas congeladas, de las cuales goteaba en gran cantidad un líquido pegajoso.

Habiendo escuchado un ruido procedente del estado mayor, se asomó allí y vio a gente interrogando a un "prisionero", Hara echó un vistazo al

interior de la tienda. El “prisionero” resultó ser un viejo coreano de unos sesenta años, que llevaba un harapiento chaquetón acolchado. Sus ojos eran más bien pardos que negros y el rostro parecía inteligente. Por todos lados le asediaban, quien con una amenaza, quien con una exhortación, pero nadie era capaz de doblegar a aquel hombre, uno de los innumerables ancianos coreanos que se distinguen por lo terco de su carácter.

—Yo no tengo ni idea de lo que es el comunismo.

—¿No has visto a los guerrilleros?

—No tengo a nadie que me pueda mantener. Vivo a duras penas, solo, en las montañas, trabajando la tierra y dedicándome a la caza. Pueden matarme, pero yo no puedo decir lo que no sé.

El anciano, apellidado Ma, que era el dueño de una cabaña en las montañas, contestaba de modo semejante a todas las preguntas de los nipones y no hubo manera de doblegarle.

Por la noche, a eso de las diez, comenzó a sonar cada vez más a menudo el teléfono, al que Horimoto contestaba gritando a voz en cuello.

Hara, aunque estaba sentado junto a la fogata, no podía calentarse como es debido. Calado de frío hasta los huesos, volvió a su tienda, se echó sobre los hombros otro abrigo de piel de perro y se sentó frente a una candileja.

Escribía:

“…Esto es lo mismo que dar puñetazos en el aire. Hace ya tres meses que enormes contingentes del Ejército de Kwantung avanzan por faldas y pendientes a lo largo de la cordillera del monte Paektu. Muchos japoneses de alta jerarquía, con los que tuve oportunidad de encontrarme en Luisun, Senyang, Seúl, Ranam o Hoeryong, declaraban al unísono que este mismo año el ejército guerrillero comunista sería aniquilado.

Sin embargo, aún no he visto ni un solo cadáver de ningún guerrillero del destrozado ejército comunista.

Doquiera que he estado, el ejército imperial emprende furiosos ataques. Vuelan aviones, irrumpen cientos y miles de medios de transporte a grandes velocidades. Decenas de miles de soldados disparan incesantemente. Las balas caen como el granizo sobre los bosques, las grietas de las rocas o los campos silvestres, cuya superficie es varias veces mayor que la de Japón. Y ¿cuál es el resultado? Ninguno.

En tales circunstancias, convendría ponerse a pensar y hacerse las siguientes preguntas:

'¿Existe delante un frente hacia el cual avanzan las tropas japonesas?'.

'¿Hay un enemigo frente a los cañones de los fusiles de los soldados japoneses?'.

Es posible que estas preguntas parezcan inocentes e incluso absurdas; no obstante, hay que hacerlas, puesto que las tropas japonesas no han entablado aún ni una sola vez un verdadero combate. En su recorrido no han encontrado ni un solo objetivo, ni una sola posición enemiga por los que hayan tenido que luchar.

En una palabra: que ésta es una guerra sin frente.

Un tiro al blanco sin blanco.

Esto está claro hasta para los niños pequeños que juegan a la guerra armados de tallos de sorgo. Pero, desgraciadamente, nuestro generalato no lo comprende…"

"¡Bang!" —cerca resonó un disparo.

Hara, con la estilográfica en la mano, salió corriendo de la tienda de campaña y preguntó qué había pasado.

Tres soldados se reían a carcajadas, cada uno a su manera, mostrando los dientes amarillentos.

—Hemos asustado un poquito a ese viejo coreano. Hemos apoyado el cañón sobre su cabeza y hemos disparado. Pero el viejo tiene nervios de acero, ni siquiera ha pestañeado. ¡Hi-hi-hi!…

—Déjense de tonterías. Con sus payasadas le están mostrando al anciano que ustedes mismos no están bien de los nervios —los increpó duramente Hara, y volviendo a su tienda se puso de nuevo a escribir.

“He aquí otra confirmación. El tonto deja de serlo cuando él mismo se da cuenta de que lo es. ¿Cómo se puede llegar a tal bajeza?

¿Se puede considerar como frente a toda la península situada al oriente del continente asiático, a toda Corea? ¿Se pueda considerar como enemigos a todos los coreanos?

De ser así, surge la pregunta: ¿Por qué sólo hacemos fuego en la cadena montañosa del monte Paektu? Está bien. Supongamos que eso no tiene importancia. Pero ¿no resulta demasiado grande la desproporción de fuerzas cuando el estado mayor, reconociendo como enemigos a treinta millones, solamente opone contra ellos a unos cien mil soldados?

¿No significa esto que Japón, convertido en país civilizado gracias a la reforma de Meiji, vuelve a los tiempos del emperador Deinmy, cuando usaban arcos con la insignia de la paloma dorada?

Durante la primavera pasada, una noche de luna menguante, en un bosque de nogales, oí las siguientes palabras:

‘Nosotros le ofreceremos la oportunidad de escribir un artículo especial denominado: Hemos concluido victoriosamente la revolución de liberación nacional coreana’.

He aquí lo que yo pienso:

La persona, por sí misma, nunca puede ser equitativa. Yo, Hara, puedo sostener mi punto de vista, mi posición, sólo en el caso de que esté de parte de la nación de Yamato. Si es así, sólo tengo derecho a

alegrarme cuando escribo sobre los éxitos militares y las victorias del ejército japonés. Me parece que Japón se asfixia tratando de hacer frente a fuerzas invencibles. Creer que se puede destruir a sangre y fuego todo lo vivo es un profundo error.

Bien se sabe, que, después del incendio, los nuevos brotes crecen con más fuerza…”

Hara dejó de escribir y salió nuevamente al exterior, donde arreciaba la tormenta de nieve. Aunque escribiera hasta cansarse no tendría a quien mostrarle lo escrito. Lo hacía sólo por costumbre. Acudió a su mente la imagen de un grano de arena cayendo a un remolino de agua. Lógicamente, debería caer al fondo; sin embargo, da vueltas y más vueltas, interminablemente, agitado por la espuma. Desde la tienda en que se encontraba el anciano prisionero le llegaba una conversación en coreano mal hablado.

—Oye, viejo, en cuanto veas a los guerrilleros nos lo comunicas. Así podrás conservar la vida. Si nos fallas, te cortaremos el pescuezo, ¿entiendes?

Más allá del estado mayor seguían parloteando ruidosamente.

De seguro que se estaba preparando una nueva “agrupación de choque”, que igualmente iba a dar golpes en el aire.

Ya se vería cuál iba a ser la presa en aquella olla del cerco que, según palabras de Horimoto, constaba de varios cinturones, de cuatro kilómetros de diámetro. Ya se vería si habiendo reconocido noventa y nueve fracasos, podían garantizar aunque únicamente fuera un solo éxito.

—¡Ay!

En la tienda de la izquierda alguien gimió agarrándose el pie. Eso desgarró dolorosamente los oídos de Hara como un síntoma siniestro.

El frunció el ceño y se dio la vuelta.

*　　　*　　　*

Al pie de la montaña había dos casuchas tan miserables que parecía que podían ser atadas en un paquete para llevarlas juntas al hombro.

En la segunda casucha aún se derretía la nieve en torno de la chimenea. Evidentemente, hasta pocos días antes allí había vivido gente. En la cocina, la olla estaba en el lugar que le correspondía, había alguna vasija de porcelana y en la pared se veían colgadas dos pieles de venado.

En la primera casucha se había hundido el piso y la nieve se acumulaba a través de un resquicio de la puerta. Su aspecto era muy poco acogedor.

Al principio, los guerrilleros decidieron instalarse en la primera cabaña, la limpiaron como pudieron de nieve. Cubrieron el piso terroso con tallos de ajenjo y cuando hubo obscurecido del todo, encendieron el fogón.

Los combatientes se acomodaron muy apretujados en la cocina y en la pieza.

En cuanto se acomodaron, se quedaron dormidos.

Cha Kwang Su y Jon Kwang Sik montaban la guardia a cada costado de la casucha. Cavaron un hoyo en la nieve y, habiéndose metido en él, comenzaron a sentir un peso en los párpados.

Para luchar contra la modorra, Kwang Su se mordía la lengua o estregaba la frente en el tronco de algún árbol.

El diligente Han Hung Gwon derribó sin ruido un abedul con ayuda de un hacha y lo trajo a rastras.

Sería interesante saber si iba a aparecer alguien o no por aquella cabaña, donde seguramente invernaban los cazadores y desde la cual salían a la llegada de la primavera.

Al caer las tinieblas se oyeron cerca pesados pasos y apareció un anciano tocado con un gorro de piel.

Era el anciano Ma.

Kwang Su removió las ramas de un árbol. Era la señal. Kwang Sik la comunicó al compañero Comandante en jefe.

El anciano Ma, que, sin esperarle, había pasado momentos desagradables y se había salvado por milagro, volvía a su casa.

Durante los últimos días, al observar a los soldados nipones, que parecían perros furiosos olfateando por doquier, y sus aeroplanos, presentía que iba a suceder algo desagradable, pero ni siquiera se le pasaba por la mente que la desgracia caería directamente sobre él.

El anciano caminaba cojeando. Había sido golpeado por los japoneses en las piernas. Muy cerca ya de la casucha notó algo extraño. De su morada, que él había dejado vacía, salía humo, lo que significaba que allí había alguien.

—¡Ay, qué desgracia!

El anciano comenzó a preocuparse pensando que había llegado el cazador que iba allí cada año en esos días. Tosió, y al doblar la esquina de la casucha por el sitio donde estaba la chimenea salió a su encuentro una figura en el oscuro patio.

—¿Es usted el dueño de la cabaña? —le preguntó con voz fuerte, pero amable.

—¡Sí!

Aquél no era un cazador. Llevaba un arma al cinto e iba vestido de uniforme color caqui. De la deshabitada casucha salió un grupo de jóvenes que lo saludaron. Le dijeron que se habían detenido allí para pernoctar.

—Discúlpenos, por favor. Nos metimos en la cabaña sin permiso del dueño.

—¡Qué permiso ni que ocho cuartos! La casa estaba vacía…

—De todos modos, usted es, por así decirlo, el dueño de esta montaña.

El anciano Ma entró en la cocina y encendió el fogón. Tenía deseos de preparar algo de comer, pero le dolía tanto el cuerpo que le fue imposible hacerlo. El dueño de la casa se revolvía de un lado a otro para dar la impresión de que hacía algo, pero, de hecho, observaba los movimientos de la gente en el patio. Por fin llegó a la conclusión de que aquellas personas no eran malas. No le tocaron ni un leño de los que había en el patio.

Aquella era la juventud coreana en armas.

Hasta entonces, el anciano había encontrado a soldados del Ejército de Voluntarios y del Ejército de la Independencia, mas ahora determinó a primera vista que estos nuevos se diferenciaban de aquéllos.

Pero, ¿quiénes serían aquellas gentes?

Sentado en el mismo suelo de la cocina, el anciano fumaba distraídamente su pipa.

Bien entrada la noche, entró en la cocina el compañero Kim Il Sung.

—Padre, ¿se siente usted mal?

—No… no.

El anciano retrocedió un poco y se sacó la pipa de la boca.

—Me ha parecido que estaba usted muy apesadumbrado. Le he visto caminar cojeando —dijo el compañero Kim Il Sung, sentándose no lejos del anciano, ante el fogón.

—S… sí…, es cierto…

El anciano suspiró profundamente tres veces y le contó todo lo que le había pasado aquel día.

Al comienzo, al anciano Ma le parecía que ante él estaba sentado un joven coreano común y corriente de los que no es difícil encontrar a

alguno, pero al examinarlo mejor sintió involuntariamente la magnanimidad y nobleza que emanaban del joven.

El anciano echaba al aire, en silencio, bocanadas de humo. Era ya la segunda pipa.

—Joven, dime por favor —pronunció al fin—. ¿Quiénes sois vosotros?

El compañero Kim Il Sung sonrió, estuvo un rato observando el rostro interrogante del anciano, y dijo:

—Nosotros somos los que los militarotes japoneses quieren cazar. Somos los guerrilleros antijaponeses que luchamos con las armas en la manió para recobrar nuestra Patria usurpada.

—¡¿Qué?! —al anciano le tembló levemente la espesa y larga barba—. ¿El ejército comunista?

—Sí. ¿Y qué, tiene usted miedo?

—N… no —el anciano quedó atónito, sin saber qué decir. Después, respirando pesadamente, susurró—: Mira que ellos, esos japoneses, parece que tienen miles y miles de soldados…

Luego de haber conversado otro rato, se levantó, se fue cojeando hacia la salida y dijo:

—Anda, aviva más el fuego.

Al cabo de un rato regresó con una canasta, de la que cayeron rodaron por el suelo de la cocina unas patatas de gran tamaño.

—Coceremos al fuego estas patatas, las comeremos y charlaremos toda la noche.

*　　*　　*

Al día siguiente, cinco grupos de guerrilleros salieron de exploración en busca de alguna brecha en el cerco enemigo.

El compañero Kim Il Sung también se puso en camino para reconocer el lugar y poder evaluar la situación. Lo escoltaban Jon Kwang Sik y Jin Il Man.

Al atardecer habían vuelto todos menos el grupo de Song Dok Hyong.

Los hombres estaban muy cansados. Parecían bloques de hielo: habían tenido que arrastrarse todo el tiempo por la nieve. Por doquier se topaban con el enemigo. Para sortear un montecillo habían tenido que arrastrarse horas enteras.

El anciano Ma, que se había ofrecido voluntario para tantear el paso, tampoco había vuelto.

En la habitación se había entablado una acalorada discusión. Se discutía el problema de cómo zafarse del cerco.

Cha Kwang Su, sintetizando los datos obtenidos en los reconocimientos, se ponía cada vez más sombrío. Todos hablaban de lo desesperado de la situación.

No obstante, se había podido poner en claro la disposición del enemigo.

El destacamento guerrillero estaba rodeado por un cinturón de unos cinco kilómetros de diámetro. Sin embargo, no se podía saber a ciencia cierta si el enemigo había cerrado el cerco sabiendo de antemano que los guerrilleros estaban dentro de él o si habían ido a parar allí casualmente. Como quiera que fuese, los japoneses, sentados junto a las fogatas, mataban el tiempo en espera de alguna orden.

Al amanecer irrumpieron aviones que, meneando las alas, observaban cuidadosamente alguna cosa.

—¡A ver, compañeros! Vamos a discutir nuestra situación. Es cierto que el compañero Song Dok Hyong aún no ha regresado, pero así y todo la situación está bien clara, ¿verdad? En una palabra, que estamos

cercados. Nos rodean varios cinturones de soldados enemigos. En estas circunstancias, ¿cuál es la salida?

Cha Kwang Su se atragantaba, ni siquiera se había quitado el chaquetón, a pesar de que lo tenía empapado; pero no tenía tiempo de notar el estado de su vestimenta o la desagradable viscosidad que corría por su cuerpo. Todos eran conscientes de que se había creado una situación muy seria que estaba en relación directa con la seguridad personal del compañero Comandante en jefe y en consecuencia, con las perspectivas de la revolución coreana en general. Así pues, era necesario tomar medidas concretas antes del regreso del compañero Comandante en jefe. Lo mismo que en la expresión de Kwang Su, en la de los demás compañeros que se encontraban en la habitación se podía leer la angustia con que contaban cada segundo.

Sin embargo, cuanto más se alarmaban y más nerviosos se ponían tanto más pesada se hacía la atmósfera en la habitación.

Comúnmente, cada uno de estos jóvenes exponía su punto de vista y defendía su posición en cualquier problema, incluso en las importantes cuestiones relacionadas con la revolución mundial, pero en la actual situación ninguno quería ser el primero en exponer su opinión.

A Cha Kwang Su, generalmente reposado y que sabía ocultar las emociones en lo profundo de su ser, le temblaban las cejas nerviosamente. En la habitación reinaba una atmósfera deprimente, que, para él, era otro alarmante síntoma, no menos grave que el cerco por parte de decenas de miles de soldados enemigos. Era un reflejo directo de las duras circunstancias objetivas, era una especie de testimonio de las insignificantes posibilidades de encontrar una salida de la situación creada y de que, por el momento, no había una sola persona capaz de dar alguna idea juiciosa.

—Compañeros, les ruego que, sin salirse por la tangente, opinen

sobre el tema en discusión de una forma concreta y lo más breve posible. En el momento actual necesitamos resolver sin falta una cuestión: cómo romper el cerco. Pensemos solamente en eso. En ello está la esencia del problema.

Cha Kwang Su había bajado su poco potente voz y hablaba como en un susurro. No obstante, ésta sonaba alterada, y a veces parecía demasiado alta.

De repente, como recalcando que ya no tenía fuerza para esperar más, estalló Kim Chang Mun. Antes parco en palabras aun en los momentos en que le pedían dar su opinión se avergonzaba de exponerla. Pero esta vez comenzó a hablar apresuradamente, con voz sonora:

—En primer lugar, tenemos que aclarar por qué no supimos prever de antemano que podían darse estas circunstancias. No debemos pensar de una manera superficial en que podemos estar expuestos a pasar dificultades, grandes fríos, hambre, y a veces, debido a la astucia del enemigo, a situaciones peligrosas para la vida. No estamos solos, con nosotros está el compañero Comandante en jefe, por eso hace falta una vigilancia extrema y actuar con la mayor seguridad posible.

En segundo lugar no enfocamos en forma científica y real los primeros síntomas de peligro. Cuando constatamos la presencia del enemigo, tuvimos la posibilidad de trasladar por lo menos al Cuartel General a algún lugar seguro, y teníamos que haber adoptado tal medida. Pero, estábamos embriagados por la alegría de ir al lado del compañero Comandante en jefe.

En tercer lugar, sobre la atmósfera pasiva reinante aquí, en esta habitación. Me preocupa una idea: puede que haya algunos entre nosotros que esperen algún milagro.

—¿Qué sacamos ahora con hablar de eso? —Lanzó irritado Han Hung Gwon, cambiando de posición—. El compañero Cha Kwang Su

tiene razón, ahora sólo tenemos que pensar en la forma de salir de la actual situación crítica. Me parece que en las circunstancias dadas, sólo hay que reflexionar sobre una cosa: en tratar de derramar la menor cantidad posible de sangre. Digan lo que digan, irremediablemente habrá víctimas. Si vacilamos, para enfrentarlas, quizá nos veamos metidos en una situación mucho más grave. A pesar de todo, compañeros, no hay que perder los ánimos. Cada uno de nosotros está preparado para enfrentar semejantes situaciones. ¿No es así?

En ese momento entró en la cocina el compañero Kim Il Sung. Tras escuchar el informe del centinela sobre el regreso de los grupos de exploradores, mandó a Jon Kwang Sik, que había ido con él, a buscar al grupo de Song Dok Hyong. Al aproximarse a la cabaña había oído la resonante intervención de Kim Chang Mun. Se acercó silenciosamente al fogón, empujó hacia el fondo un tizón humeante y sacó a la superficie un montón de brasitas. Se quitó el chaquetón, del que se desprendieron duros pedacitos de nieve helada, que caían sobre las brasas provocando un chisporroteo y se evaporaban en el acto. El calzado se le había empapado completamente. Sin apurarse, puso el gorro de piel y el chaquetón en un sitio caliente, cerca del hornillo, y sentándose cerca del fuego comenzó a quitarse el calzado.

“Sí, la situación, hablando sinceramente, no tiene nada de simple. Mas, escuchemos qué medidas desean adoptar estas gentes, volitivas, que ya tienen las fuerzas y el talento acumulados en un año de lucha, para salir con honor de esta grave situación…”, reflexionaba, mostrando una suave sonrisa en los labios. El compañero Kim Il Sung estiró las manos sobre las brasas ardientes, mirando el vapor que se elevaba en nubes sobre el fuego, y ante su vista aparecieron los catastróficos cuadros que había visto momentos antes.

“No está mal que reflexionen así mis compañeros y yo… Sí, en

relación con el próximo paso a una nueva etapa de la lucha revolucionaria ha llegado la hora de hacer el balance de lo que hemos efectuado en un año y, sobre esta base, discutir el plan de nuestras futuras acciones”.

La tormenta arreciaba con terrible aullido. A cada ráfaga de viento chirriaba la puerta de la cocina y la llama del fogón proyectaba una sombra alargada y danzante,

¡U-uuh! —ululaba el viento, los árboles se agitaban y gemían.

Ahora el compañero Comandante en jefe no veía ante sí los contornos de un cálido espejismo, sino el sinfín de cumbres montañosas y senderos retorcidos, perpetuamente nevados, por los que había andado hasta aquel día.

Y entonces, como ahora, toda la naturaleza estaba cubierta de una blanca sábana.

En el río Amnok no se percibía ni el murmullo del agua ni a los pájaros volando sobre él; nada saltaba a la vista, sólo el viento danzaba sobre el río. Las hierbas del año anterior se habían acamado; partículas de nieve, endurecidas por el frío, se levantaban en remolinos y azotaban las mejillas. El compañero Kim Il Sung pisó la superficie helada del río, pero no pudo continuar adelante. Dio media vuelta.

El rastro del sendero que conducía a Mangyongdae desaparecía a lo lejos contorneando la montaña.

Las cimas cubiertas de un manto níveo, las ramas de los árboles mecidos por el viento y el sendero…, todo lo que su vista podía alcanzar en aquellos momentos era la Patria. Le daba pena alejarse de aquella naturaleza querida.

¿Vendría el día en que podría pisar de nuevo aquel suelo?

Retrocedió, y con los ojos humedecidos observó las montañas que se perfilaban a lo lejos.

Un viento huracanado soplaba sobre el río.

El compañero Kim Il Sung caminaba lentamente, paso a paso, y pronto se encontró en medio del río. Los pies, enfundados en calcetines guateados y calzados con botas de goma, se hundían en la gruesa capa de nieve e iban dejando en pos unas huellas patentes.

Avanzaba apretando los puños y entonaba suavemente una canción que había oído cierta vez en aquel mismo embarcadero.

¡Oh, azul río Amnok! ¡Oh, queridas montañas y ríos!
¿Cuándo podré volver a mi tierra natal?
Ni siquiera la muerte podría apagar mi aspiración:
Liberar y regresar a la Patria.

"¡Cuándo podré pisar nuevamente esta tierra, cuándo podré regresar a mí Patria, en la que crecí, en la que descansan los restos de mis antepasados!".

El compañero Kim Il Sung se estrujó el pecho con las manos, echó una última mirada y echó a andar pesadamente. La hilera de sus pisadas llegaba hasta la orilla opuesta, y la nievecilla levantada por las ráfagas de viento, envolvía las montañas.

"¡Tierra mía! ¡Patria mía! ¡Adiós! Te rescataré sin falta."

Repentinamente, llegó desde la habitación la voz enronquecida de Han Hung Gwon.

El compañero Kim Il Sung volvió en sí y levantó la cabeza.

—No tengo intenciones de hablar mucho. En estos momentos cada minuto, cada segundo es precioso para nosotros. Si ahora nos ponemos a titubear podemos perder la causa de nuestra revolución coreana. Hay que actuar lo más rápidamente posible. Pasará esta noche y entonces…

Antes de que hubiera terminado su discurso se oyó un grito. Era Kim

In Ryong, también parco en palabras, pero que en momentos decisivos exponía resueltamente su opinión.

—Yo apoyo totalmente al compañero Han. Pido que me incluyan en el pelotón suicida que será enviado a abrir una brecha en el cerco del enemigo. Para mí será un honor. Si he sabido vivir con honor, debo saber morir con gloria en el momento preciso. Sé muy bien lo importante que son para el hombre los últimos minutos, en que se pasa revista a todo lo hecho durante la vida. Aunque uno haya luchado honradamente en aras de la revolución, si muere alcanzado por una bala en la espalda, es considerado un cobarde, un traidor; y al contrario, si cae valientemente, alcanzado por una bala en el corazón, será considerado un hombre que luchó como es debido, aunque hasta entonces no haya realizado ninguna hazaña.

De tiempo en tiempo, de la habitación llegaban profundos suspiros.

El viento silbaba con nuevos bríos. Nieve, endurecida como piedra, chocaba contra las paredes. No lejos habían empezado a aullar unos lobos hambrientos; primero, uno; luego, otro; y finalmente, la manada entera…

Sentado cerca del fogón, cuya llama proyectaba sombras sobre la pared, el compañero Kim Il Sung continuó rememorando el largo y espinoso camino recorrido.

Ni siquiera él mismo podía hacer ninguna proposición juiciosa en aquel momento. Para todos estaba claro que habían caído en el cerco de varios cinturones del enemigo y que escaparse de él era sumamente difícil.

Los leños de abedul ardían bastante bien en el fogón. El refulgente fuego proyectaba en la pared y en el suelo danzantes y largas sombras.

El compañero Kim Il Sung cambió de sitio el gorro de piel y el chaquetón, de los que se desprendía un espeso vapor, y se acomodó

nuevamente cerca del fuego, que crepitaba alegremente.

De la habitación, como antes, llegaban tensas voces.

“Es el turno del compañero Jin Il Man”, el compañero Kim Il Sung sonrió suavemente y se absorbió de nuevo en sus reflexiones.

Efectivamente, se oyó la voz un tanto brusca de Il Man.

—Ni siquiera en las obras de Engels, a quien apodaban “el General” por sus conocimientos en el arte militar, he podido encontrar nada sobre la forma de cómo romper el cerco enemigo, —ni siquiera en casos como éste podía dejar de lado sus hábitos—. A propósito, ¿se puede, en general, hacer la revolución sin tener víctimas? A mí me parece, que no. Sin víctimas no se puede alcanzar la victoria. Todos nosotros rondamos los veinte años, no somos ancianos que han vivido ya lo suyo, sino jóvenes. Por eso mismo, la vida es muy preciosa para nosotros. Sin embargo, si es necesario sacrificarse en aras del triunfo de la revolución, sacrifiquemos la juventud. El amor exige sacrificios. ¡Nosotros nos sacrificaremos por amor a nuestra Patria!

Hubo un momento de silencio.

El compañero Kim Il Sung quedó pensativo al oír las palabras de Jin Il Nam, quien acababa de exhortar a sacrificar la juventud.

¡Qué hermosas palabras! Pero, a la vez, ¡cómo desgarran el alma! Por muy hermosas que sean, de los miles de millones de habitantes de la tierra sólo tienen derecho a pronunciarlas los que han ofrendado su juventud en aras de la revolución, y nuestros compañeros, en aquellos momentos, las pronuncian sin reservas. Ante los ojos del compañero Kim Il Sung aparecieron repentinamente los rostros de Choe Chang Gol y Ri Dong Chon.

Daba la impresión que ellos planeaban allá, en las alturas del espacio infinito, y observando el futuro camino de la revolución corearía, sonreían felices.

Un ligero olor a goma quemada llegaba del calzado que se secaba al fuego. El compañero Kim Il Sung se puso a palpar el calzado, sin dejar de observar distraídamente las siluetas del fuego. Aquél estaba todavía húmedo por dentro, y debajo de la plantilla se podía palpar cierta prominencia blanda. Presa de un extraño presentimiento, levantó la plantilla.

Debajo de ella había un mechón de cabellos de su madre.

Desde el día en que se puso ese calzado, que le había entregado su hermano Chol Ju, no había experimentado el menor frío en los pies. La madre había actuado exactamente igual que cuando se tuvo que ir al Sur de Manchuria.

La mano que sostenía el mechón de cabellos le temblaba de emoción.

“¡Mamá!”…

El compañero Kim Il Sung invocó a su madre con voz quebrada y, sin soltar las plantillas que sostenía en sus manos, bajó la vista. En la primavera pasada, al levantar la cabeza después de hacer una reverencia para despedirse por última vez, pudo notar con qué tiernos y cariñosos ojos lo miraba ella.

Entonces había abandonado la casa materna tan apresuradamente que ni siquiera había tenido tiempo de cerrar bien la puerta. Alejándose más y más, sólo volvió la vista cuando se encontraba ya en las afueras de la aldea. Vio a su madre a lo lejos, vestida de blanco, acompañándolo con la mirada. Ella agitaba la mano, como diciendo: anda rápido y regresa victorioso lo antes posible.

Un par de zapatos que la madre le había dejado antes de morir… Mojados, secándose ahora al fuego. La madre, que no tenía nada para dejarles en herencia a sus hijos, que no había dejado ni carta ni testamento. ¿En qué estaría pensando al cortarse aquel mechón en los últimos minutos de su vida?

¿En qué estaría pensando la madre al morir solitaria en el extranjero? Su madre, a la cual los samurais habían despojado de la Patria, habían despojado de sus seres queridos; su madre, que encima se había despedido de su hijo, que emprendía un camino desconocido, sin saber cuándo volvería.

"¡Mamá!"

Con voz temblorosa, invocó una vez más a su madre. Le parecía que aquellos cabellos que tenía en la mano irradiaban la ternura y el calor del corazón materno. Su cuerpo se inundó de amor maternal, infinito, fuerte y cálido. Nunca se olvidaría su orden: llevar a cabo el renacimiento de la Patria, que ella tanto ansiaba.

Con un peso agobiante en el pecho, levantó la cabeza y fijó la mirada en la pared, en donde danzaban las sombras del fuego. Ahora, en lugar de la imagen materna, en su imaginación surgió el rostro de Yong Ju, su hermano menor, quien con ojos brillantes, parecidos a uvas silvestres, le tendía unas papas.

En ese instante sintió que sus ojos se cubrían de una neblina ardiente y miró de nuevo hacia la pared, pero ya no había nada sobre ella.

Repentinamente se sintió vacío. Para poder contener la emoción que lo embargaba, pestañeó y trató de concentrarse.

"Mamá, será sin falta como usted lo deseaba. Sea como sea liberaré a nuestra Patria y volveré al lugar natal de Mangyongdae, donde viven los abuelos".

El rostro del compañero Kim Il Sung tomó un tinte severo.

Pasados unos instantes, el compañero Kim Il Sung tomó en sus manos el calzado, no completamente seco aún, metió en él las plantillas, se lo calzó y ató los cordones.

Desde la habitación seguía llegando la voz de alguien que, en un estado de ánimo claramente pesimista, hablaba de que a la revolución le

había llegado el fin, y otro pronunció con dificultad y conmovida voz palabras tales que sólo sería capaz de decir en el último momento de su vida. No obstante —pensó el compañero Kim Il Sung —, yo, que tengo que superar la situación y realizar el deseo de mi madre, sigo sentado frente al fogón.

¿Qué habría dicho la madre si hubiera visto aquella escena?

A lo mejor se habría vuelto apenada, al ver cómo por una sola ráfaga de viento caía derribado el árbol que ella había plantado y cuidado durante su larga y laboriosa vida.

—Todos ustedes han opinado correctamente.

El compañero Kim Il Sung levantó la cabeza al oír la voz ligeramente temblorosa de Cha Kwang Su, que le llegó de la habitación rompiendo el pesado silencio.

¿Por qué a Cha Kwang Su le temblaba la voz? El precisamente era uno de los que debía comprender la situación creada —seguía pensando el compañero Kim Il Sung.

En verdad, el estado de ánimo de Kwang Su, que había iniciado la polémica sin su permiso, era comprensible. Sí, hacer un serio análisis era necesario. Pero Kwang Su no debía excitarse de aquella forma ni hablar con tanta consternación.

El compañero Kim Il Sung, sin apresurarse, tomó el chaquetón, se lo puso también sin premura y se abrochó todos los botones.

—Todos ustedes se han expresado bien sobre la cuestión del sacrificio, de la juventud —prosiguió Kwang Su—. Hemos llegado a una conclusión unánime. ¿Qué hemos aprendido durante todo este tiempo? Hemos conocido el camino científico para pasar al comunismo, del que hicimos nuestro ideal. Hemos tomado conciencia de la esencia de la dictadura del proletariado, hemos comprendido qué debemos hacer. Conocemos también claramente la línea de nuestra revolución, en la que

todo esto ha encontrado su encarnación creadora. Hemos emprendido la lucha armada y hemos llegado a lo que somos ahora. Además, hemos asimilado la verdad de que nuestra revolución existe y tiene la victoria asegurada en el futuro gracias a su gran conductor, compañero Kim Il Sung, el cual enfoca conjuntamente los hechos, la teoría, el ideal y el método de nuestra causa. El honor máximo para todo comunista que trabaje por la victoria de la revolución coreana consiste en luchar bajo la dirección del compañero Kim Il Sung, que constituye el monolito del cerebro y el corazón de nuestra revolución, y en ofrendar la vida sin titubeos en defensa de su seguridad personal. En consecuencia, en las difíciles circunstancias en que nos encontramos nuestra tarea más importante es la de velar por su vida. Por eso propongo: que dos o, como máximo, tres personas se vayan con el compañero Comandante en jefe para custodiarlo y los demás vengan conmigo al encuentro del enemigo.

—De acuerdo.

—¿Quién desea quedarse?

En ese momento llegaron del exterior voces de gente y luego un ruido de pies sacudiéndose la nieve. Era el grupo explorador de Song Dok Hyong, que volvía con Jon Kwang Sik el cual había ido en su busca.

El compañero Kim Il Sung se levantó lentamente y, abriendo la puerta de la cocina, invitó a los helados combatientes a sentarse alrededor del fuego. A todos les estrechó la mano.

* * *

Ya sea por las tinieblas de la noche o por la tormenta, el hecho es que no se veía ni un camino. Sin embargo, Cha Kwang Su percibía con todo su ser la espalda del compañero Kim Il Sung, que marchaba unos pasos delante, como si la imagen de éste hubiera sido marcada a fuego en su

pecho. Pendiente de la idea de que aquélla sería la última noche que acompañaba al compañero Comandante en jefe, Kwang Su había olvidado el frío y el viento. Un dolor agobiante atenazaba todo su cuerpo. Se acordó de la noche en Huadian, cuando se reunieron para formar la Unión para Derrotar al Imperialismo; del sendero ante el Templo Yaovangmiao del parque Beisan; de Kalun, con sus multicolores campos florales; de la senda de Guyushu; del campo de Wujiazi… Es decir, de los lugares en que había estado con el compañero Kim Il Sung. Estos recuerdos, ora surgían, teniendo de fondo la blancuzca nievecilla, ora desaparecían, volviendo luego a aparecer. ¡Sacrificio! Jin Il Man y otros muchos compañeros habían hablado de él. Pero ¡qué sacrificio era ése! Dar la vida por el triunfo de la revolución coreana, por el gran Líder de la revolución, compañero Kim Il Sung, podía ser considerado por cada uno como un honor. Mas al pensar que aquella noche, en que marchaba por el sendero nevado con el alma llena de pena, podía ser la última de su vida, y que aquella caminata nocturna se acabaría pronto, incluso a este hombre inflexible, templado en las tormentas de la revolución, se le desgarraba el corazón en pedazos.

La tormenta de nieve aullaba como una manada de lobos, los árboles crujían y se agitaban al viento. No hallaron un solo lugar donde se pudiera hablar a solas. Y el compañero Kim Il Sung continuaba caminando en silencio a través de la tormenta.

Cha Kwang Su levantó la vista hacia el cielo, que se cernía pesadamente sobre sus cabezas, sin luna y sin estrellas. Era una noche cerrada.

La indecisión de Kwang Su, debida a un sentimiento de amistad, podía acarrear a la historia un perjuicio tan grande que ni en cien años se podría remediar.

—¡Compañero Comandante en jefe! —Kwang Su se detuvo y levantó

el rostro, exponiéndolo a la fustigante tormenta—. Debe usted regresar. Sinceramente hablando, nosotros hemos conversado bastante mientras usted no estaba.

—Lo he oído todo —contestó el compañero Kim Il Sung sin mirarle siquiera y continuó avanzando lentamente.

—Es decir que…

Cha Kwang Su quedó un momento desconcertado, pero inmediatamente pensó que era mejor así. No revelar el contenido de la discusión al compañero Comandante en jefe era imposible pero, a la vez, era violento decirle que habían estado hablando de su seguridad personal.

—Compañero Comandante en jefe, le ruego que en este caso, se someta a nuestra voluntad —Kwang Su se sobrepuso a duras penas y, turbado prosiguió con voz temblorosa—. No voy a explicarle nada puesto que usted lo ha escuchado ya todo, pero tenga en cuenta que en estos momentos el tiempo nos apremia despiadadamente.

—Yo no puedo aprobar la decisión tomada por ustedes —el tono del compañero Kim Il Sung era categórico e incluso dejaba traslucir cierta ira.

—¿Cómo? —se dolió Cha Kwang Su abatido y paró en seco.

Sin apresurarse, el compañero Kim Il Sung se volvió hacia Kwang Su.

—Bueno, vamos a analizarlo. Explíqueme los motivos de su determinación. ¿Para qué hicieron incluso una lista de aspirantes al pelotón suicida? Yo no estoy dispuesto a discutir con los compañeros. Ellos han analizado bien seriamente la situación desde la posición en que se encuentran y han dado su opinión, que a mi parecer es correcta e incluso muy acertada. Pero surge una pregunta: ¿al sintetizar todo lo dicho, el jefe de destacamento, compañero Cha Kwang Su, ha hecho las conclusiones correspondientes o no?

En una pendiente próxima hubo un desprendimiento de nieve, enormes moles se alzaron en el aire y se deshicieron ante sus ojos.

Cha Kwang Su, petrificado y cabizbajo, se hallaba sin movimiento en medio del torbellino de nieve.

—Compañero Cha, acérquese aquí —lo llamó el compañero Comandante en jefe y le sacudió la nieve del abrigo de piel.

Kwang Su se acercó maquinalmente al enorme tronco tumbado adonde lo había invitado el compañero Comandante en jefe y se detuvo allí.

—Me parece que aquí se está más tranquilo —observó el compañero Kim Il Sung, sacudiendo la nieve de los hombros de Kwang Su. Y luego continuó con tono severo:

—¿Qué nuestros asuntos van mal? Sí. Estamos mal. Si nos referimos a esta noche, a esta hora, se puede decir que mal, y hasta cierto punto, sin esperanzas. Nuestra situación actual se parece mucho a la situación general de nuestra Patria. Han pasado más de veinte años desde momento en que los imperialistas japoneses sometieron a Corea; el país se encuentra controlado por una extensa red de cuarteles de tropas agresoras y policías, por lo cual a los coreanos hasta respirar libremente se les hace difícil. Además, los nipones han ocupado Manchuria. En tales circunstancias, derrotar al imperialismo japonés y alcanzar la independencia de Corea es una tarea muy difícil. Si vamos a hablar de nuestra situación en forma relativa, la podemos considerar tan difícil como la de nuestra Patria. ¿Podemos afirmar que semejante situación se ha formado casualmente? No, no podemos hacerlo. Me parece que sería más correcto decir que al elaborar el plan estratégico para el año 1932 nosotros mismos contribuimos a la creación de tal situación. Compañero Cha, acuérdese de en qué cifrábamos nuestras esperanzas en Liangjiangkou, al trazar el plan de campaña, y comprenderá fácilmente

que esta situación tiene, además de un lado negativo, otro muy positivo. Supongamos que tiene usted razón. Sin embargo, como usted comprende, cuando llegamos sin percances a la región de Luozkou habríamos podido cambiar en seguida de dirección, y no dispersar al grueso de las fuerzas. Pero nosotros procedimos de otro modo. Ahora bien, ¿en qué debemos reflexionar, compañero Cha, a este respecto?

Si hubiéramos finalizado la campaña de invierno en Luozkou, el enemigo, que nos seguía pisándonos los galones durante el invierno, no estaría ahora muriéndose de frío, sino sentado al calor y realizando "operaciones punitivas". Esto habría significado una renuncia a la orientación elaborada en Liangjiangkou, y en consecuencia, habríamos entregado las aún no templadas compañías locales y masas revolucionarias para que los enemigos los destrozaran. Luego, si hubieran estado con nosotros las fuerzas principales que actualmente se encuentran en las localidades, no habríamos podido alzar rápidamente a las regiones y la campaña se hubiera hecho difícil a más no poder, puesto que entonces las dificultades con las provisiones habrían aumentado en unas cuantas veces y no habríamos podido desplazarnos con sigilo ante el enemigo. Además, ¡qué bien hicimos al llegar a tiempo aquí para ayudar al Ejército chino antijaponés de salvación nacional que había caído en el cerco del enemigo! Esto era necesario, tanto para nosotros, como para el pueblo chino. En fin, se debe considerar que nuestra orientación ha sido justa, y que las actuales circunstancias, creadas en su consecuencia, aunque muy complicadas, son inevitables en interés del desarrollo de la revolución coreana.

Cha Kwang Su permanecía callado, con la cabeza gacha. Más de una vez había tenido ocasión de escuchar el análisis de la situación por parte del compañero Comandante en jefe: en la reunión de Liangjiangkou y durante las campañas. El mismo se admiraba de sus palabras, y en base a

sus ideas trazaba los planes de acción del destacamento y lo dirigía en los combates. Sí, realmente todo estaba lo suficientemente previsto: el peligro, las dificultades que se avecinaban, etc. Pero, fuesen cuales fueran las dificultades y obstáculos que se creasen nunca se le había ocurrido que el peligro pudiera alcanzar al propio compañero Comandante en jefe. Aquello era inconcebible. Si al comienzo de la campaña Kwang Su hubiera sabido que se proyectaba semejante peligro, no se habría movido de su sitio por nada del mundo.

¿Acaso podía un comunista coreano arriesgar la seguridad personal del compañero Kim Il Sung?

Cha Kwang Su permanecía en pie, callado.

El compañero Kim Il Sung observó su rostro y se echó a reír.

—¿Quiere decir que en estos momentos, nuestros compañeros están sentados en la cabaña, esperando el momento de lanzarse a un asalto mortal? ¿Y usted, compañero Cha, seguramente también ha decidido despedirse de mí y marcharse con ellos?

Kwang Su levantó la cabeza, de sus ojos saltaron las lágrimas. Ante su vista nublada flotaba en primer plano la imagen del compañero Kim Il Sung.

—¡Basta, compañero Cha! ¡Usted ya no es un novato en la revolución! A ver, dígame por favor, ¿con quién voy a continuar la lucha si todos ustedes perecen en este desfiladero? ¿Con quién continuar la revolución coreana si todos ustedes van a la muerte en un pelotón suicida?

—¡Compañero Comandante en jefe!

Kwang Su hundió el rostro en el pecho del compañero Kim Il Sung. Los anchos hombros de Kwang Su se estremecían a causa de los espasmos que le era imposible contener. El compañero Kim Il Sung Le acariciaba suavemente la espalda, que se hinchaba a intervalos regulares.

En el hombro de la casaca de piel, ya gastada, se agitaba al viento un pedazo arrancado por una bala enemiga.

El compañero Comandante en jefe pasó la mano por el pedazo aquel como si hubiera sido una herida sangrante y dijo con tranquila voz:

—Compañero Cha, nosotros no olvidaremos a los compañeros caídos en combate por la revolución. Seguramente nos están observando los innumerables compañeros de lucha y compatriotas que ofrendaron sus vidas con inolvidables agravios y sangrantes heridas. Desde luego, decidirse a enfrentar la muerte no es en absoluto cosa fácil, pero tampoco es más difícil que superar un sinfín de penalidades para llevar la revolución hasta la victoria final. Si cada vez que enfrentemos tales dificultades vamos a pensar en la muerte y no en superarlas, ¿quién va a vengar entonces a los caídos, quién va a cumplir las esperanzas que la nación abriga desde hace siglos? ¿Quién va a salvar a los miles de millones de desposeídos del mundo que gimen de dolor entre las tenazas de la explotación y la violencia? Escuchando sus intervenciones me he puesto a pensar en los compañeros Choe Chang Gol y Ri Dong Chon. La novia de Chang Gol se unió a nosotros para continuar por él la causa revolucionaria. Póngase en el lugar de la compañera Ok Nyo o de la madre del compañero Dong Chon. Bien, supongamos que todos ustedes mueran. ¿Qué le voy a decir a Ok Nyo al encontrarme con ella? ¿Decirle que esta ha sido la única dificultad, que de aquí en adelante se abrirá ante nosotros un ancho y despejado camino y que por eso podemos continuar tranquilamente la causa de la revolución coreana? ¿Es así? ¡Venga, compañero Cha, arriba esos ánimos! Acuérdese que hemos jurado luchar juntos por la victoria de la revolución coreana compartiendo penas y alegrías, ¿no es así? La pérdida de mis compañeros es mi propia muerte. Así que, compañero Cha, si es usted verdaderamente fiel a la causa de la revolución, ¡vamos a superar las dificultades con valor!

—¡Compañero Comandante en jefe! —exclamó Kwang Su sollozando, sin despegar la cabeza del pecho del compañero Kim Il Sung.

La tormenta no decrecía, como queriendo no dar descanso a los guerrilleros. Doquiera que se mirase arreciaba la cruel nevasca. Ante los elementos desencadenados parecía que todo lo vivo sobre la tierra contenía la respiración estremeciéndose.

—Bien, que arrecie la tormenta. Ella nos ayudará a ganar tiempo, y quizás nos ayude incluso a salir de esta situación. Que siga esta tormenta tres diítas más y el enemigo estirará él mismo la pata. ¡Ha-ha-ha! —rio alegremente el compañero Kim Il Sung observando la tormenta, que aullaba con furia. Luego, palmoteando amistosamente a Kwang Su en el hombro, dijo en un susurro:

—Compañero Cha, ¿no será ya hora de volver? Los compañeros estarán seguramente cansados de esperar… Vamos donde ellos a tranquilizarlos y a pensar juntos. Nos sentaremos al fuego y tal vez se nos ocurra alguna buena idea.

Cha Kwang Su levantó la cabeza. En el gorro de piel y en el cuello del abrigo de piel se agitaban agujas de escarcha.

—¡Perdóneme! —farfulló Kwang Su en voz baja, bajó de nuevo la cabeza y se enjugó las lágrimas con el puño. Le ardían las ranuras congeladas de los ojos. Pero ahora, radiante de seguridad, se volvió vivamente y echó a andar.

Cuando alcanzaron un montículo desde el cual se vislumbraba el fuego de la cabaña a través de los árboles, el compañero Kim Il Sung, como si estuviera hablando consigo mismo dijo:

—No, no es un asunto común y corriente… Salir de aquí no tiene nada de sencillo. ¿Qué le vamos a hacer? En el peor de los casos habrá que recurrir a una medida extrema. ¿Y cuál es su opinión, compañero Cha? Por más que aprieten el cerco, estos canallas no habrán podido

cerrar herméticamente todas las rendijas como la muralla de una prisión con alambre espinoso, ¿verdad?

—Qué decirle… —y Kwang Su se detuvo, pues no había entendido de momento la esencia de la pregunta.

—De ser así, pienso que podremos escapar. Recuerde que estuvimos en la cárcel y también encontramos medios para huir de allí, de modo que en último extremo podríamos salir deslizándonos uno por uno del cerco enemigo. Sin embargo, no es en eso en lo que tenemos que pensar ahora, sino en la forma de salir todos juntos de esta difícil situación.

Cha Kwang Su sintió repentinamente cómo lo abandonaba la tensión. Después de todo esto, se sentía avergonzado de sus ocurrencias extremistas. La idea fustigante de que debía transmitir lo antes posible a los combatientes las palabras del compañero Comandante en jefe lo impulsó a echar a correr, y allí mismo, habiendo tropezado, quedó enterrado en la nieve. El compañero Kim Il Sung se echó a reír. Kwang Su, que se había quitado un gran peso de encima, soltó también la carcajada tirado en la nieve, de la misma manera que le ocurriera en la montaña, tras el poblado de Fuerhe.

* * *

Es inconcebible vivir como un ermitaño. Por más que le des la espalda al mundo, él mismo se volverá hacia ti. No, mejor será expresarse así: tú sólo crees que le has dado la espalda, sin notar que, de hecho, estás girando en él infinitamente… ¿Quién se iba a imaginar que en las intrincadas montañas de Laujeisan, donde los venados, conejos y demás animales no temían aún al hombre, se juntaría tanta gente? Disparaban y golpeaban al hombre, rastreaban las montañas a lo largo y lo ancho como si buscaran piojos en ellas. Habráse visto levantar

semejante alboroto con el fin de atrapar a una decena de jóvenes que habían llegado hasta la cabaña del bosque. Ante tal idea, el anciano Ma sintió asco por todo lo mundano. Absorto en meditaciones infinitas, revolvía distraídamente con un palo las brasas del fogón. Evitando encontrarse con la repugnante mirada de los soldados japoneses, trataba de andar sólo por lugares solitarios. Apenas había tenido tiempo de sacar del lazo puesto en la parte inferior de la pendiente los restos de una liebre, roída por algún lobo, que ahora asaba al fuego. Sin embargo, en aquellos momentos no prestaba atención a ello. Las piernas asadas de la liebre despedían olor a quemado, mas el anciano, la cabeza apoyada entre las rodillas, pensaba en lo suyo.

"Si hay tanto silencio en la habitación, eso significa que los jóvenes ya se han dado cuenta de la imposibilidad de encontrar una salida. ¿De qué sirve ahora su valentía e inteligencia? Ellos, tan jóvenes, se han puesto en pie para luchar por la Patria, mas ahora están condenados a perecer en este lugar perdido…"

La vida del hombre no depende de su voluntad. Por ejemplo, tú ya perdiste a los dos hijos y a la esposa; quedaste en estas soledades, con los animales y el viento como vecinos. ¿Y quién sabe cuántos años vivirás aún? El anciano era oriundo de Thongchon, provincia de Kangwon y había errado toda la vida para, finalmente, asentarse en este lugar. Había tenido dos hijos. Al mayor lo habían matado de un guadañazo los japoneses en tiempos del Levantamiento del Primero de Marzo, tres meses más tarde moría de pena la esposa, y el hijo menor falleció durante una epidemia y lo tuvo que enterrar en Hoeryong. Cansado de todo, el anciano decidió abandonar el mundanal ruido, y hacía ya casi diez años que habitaba en la soledad de la montaña. Un par de veces al año, cargándose al hombro unos cuantos cueros de venado caminaba unos doscientos *ríes* hasta el bazar a fin de comprar sal. Este era el único

contacto que conservaba con el mundo. El entretenimiento más grande del anciano era la lectura. Durante sus visitas al bazar, compraba diferentes libros que leía apasionadamente durante el invierno, encerrándose en su cabaña.

“Y a mí, que no vivo humanamente, me falta mucho para morir; en cambio, esos gloriosos héroes no tienen salvación —siguió pensando el anciano—. …¡Cómo no les da vergüenza a los militarotes japoneses de haber cubierto de decenas de miles de bayonetas los montes y los valles para liquidar a unos cuantos muchachos! Dicen que puede venir el fin del mundo, pero difícilmente encontrarás, incluso en las obras históricas, la descripción de una pesadilla semejante.”

De pronto crujió la puerta de la cocina. Una ráfaga de viento irrumpió violentamente. La llama del fogón comenzó a agitarse y se inclinó. El anciano, absorto en sus pensamientos, seguía sentado, con la cabeza apoyada en las rodillas. Alguien se sacudió la nieve de los pies y entró en la habitación.

El anciano seguía pensando:

“Los nipones no saldrán en una noche como ésta. Tengo que velar porque estos jóvenes puedan dormir tranquilos. A lo mejor es la última de su vida. Si pudiera darles algo de comer. Esta montaña tampoco es conveniente para vivir. Bien suele decirse que una persona sin patria ni de helechos tiene derecho a alimentarse: ¡porque también son de ellos, de esos salvajes transoceánicos! A ver, ¿no es una vergüenza consolarse con el hecho de haberse ocultado del enemigo? Más vale perecer que tener tan mísera existencia. Hasta estos jóvenes, a quienes podría esperar un esplendoroso futuro, pasan tranquilamente esta noche, posiblemente la última para ellos…”

Cerca de él hubo un movimiento, pero el anciano ni siquiera levantó la cabeza. De la pieza, donde hasta hace poco había reinado el silencio,

llegaban voces sordas, sin que el anciano las escuchara. Sus ojos estaban fijos en las danzantes lenguas de fuego del fogón.

—Abuelo, ¿no se le quema alguna cosa? ¿Qué es eso?

Al escuchar la voz del compañero Kim Il Sung, el anciano se puso a dar vueltas al pedazo de liebre, ya carbonizado por un lado, con un palo que sostenía en la mano.

—Pues a asar una pierna de liebre. La doras bien al fuego y se puede comer, echándole sal. ¡Qué sabrosa está! Lo único malo es que cayó una liebre flaca que no alcanzará para muchos.

—¿Para qué muchos? A ver, deme ese palo. Sacaremos un poco las brasas del fogón y así la asaremos en forma pareja.

El compañero Kim Il Sung se sentó al lado del viejito y comenzó a disponer hábilmente los carbones encendidos ante el fogón. Después de haberle dado el palo, el anciano extendió las manos rugosas sobre el fuego. Al rojo reflejo de las llamas, sus oscuras y huesudas manos, semejantes al tronco nudoso de un árbol seco, parecían el símbolo vivo del sufrimiento que le aquejaba.

—Con nieves como ésta, la caza debe ser fructífera. ¿Y sólo ha cogido esta liebre? —preguntó el compañero Kim Il Sung, poniendo sobre las brasas un anca de liebre y apretándola cuidadosamente con el palo. Comenzó a sentirse un agradable olor a carne asada.

—Quizás hayan caído otras —respondió el anciano—; pero ¿pueden acaso quedarse intactas con tantos nipones? He recorrido todos los lugares apartados donde había puesto trampas, observando al mismo tiempo si no había por ahí casualmente alguna brecha, pero por todos lados está hasta los topes de samurais. Esta liebre sólo quedó intacta porque puse la trampa cerca de una quebrada cortada a pico; si no, hace ya tiempo que la habrían cogido.

—Su caza no marcha por culpa nuestra. Pero esos infames reventarán

aquí a racimos ¡Semejante espectáculo no se ve todos los días!

El anciano levantó el rostro y fijó la mirada en el compañero Kim Il Sung, que reía alegremente. ¿No sería de hombres como éste de los que se hablaba en los libros antiguos como de héroes con rostro de jade, ojos parecidos a estrellas del amanecer y labios encarnados? ¡Ojalá fuera así! Pero ¿por qué aquel hércules solitario cercado por decenas de miles de guerreros enemigos, tenía un aspecto tan imperturbable? Le importaba un bledo: ni siquiera parpadeaba.

—Escucha, Comandante —el anciano encogiendo la pierna y pegándose al compañero Kim Il Sung, empezó a hablar con insistencia.

—¿Qué hay, padre? —el compañero Kim Il Sung dio la vuelta sin prisa al anca de liebre y, tranquilamente, enfrentó la mirada suplicante del anciano.

—¿No tiene alguna salida, Comandante? Hoy, durante el día, he recorrido el monte de cabo a rabo. La situación es sumamente difícil. Lo comprendo bien, puede que no me corresponda a mí, un viejo que vive solitario en la montaña, de espaldas al cielo, en momentos en que el país agoniza, meterme en vuestro asunto de Estado. Pero al verles a ustedes, combatientes, que han caído en una situación tan difícil tras luchar con las armas en la mano por la salvación de la Patria, siento arder en mi alma la llama del patriotismo, aunque mi vida no difiera mucho de la de un animal. Comprenda a este viejo y, por amor, de Dios, sálvese esta misma noche. Mañana, seguramente, los nipones llegarán a este desfiladero, y entonces ¿cuál va a ser la suerte de su sagrada causa?

—Gracias, abuelo. La liebre se ha asado bien. Seguramente tiene usted hambre. Tome. Nosotros estábamos discutiendo ese problema.

—Bueno. ¿Y han encontrado alguna solución?

—¿Qué salida puede haber en este caso? El enemigo tiene una enorme cantidad de soldados; nosotros, en cambio, no tenemos con que

defendernos, así es que tendremos que eludir la pelea. La dejaremos para la próxima vez.

—Bien dicho. La táctica militar de la antigüedad dice también que hay que atacar o retroceder según la lógica de las cosas, dejando de lado la testarudez, y ahora veo que la situación induce precisamente a rehusar el combate. Si logran salir de aquí, encontrarán un lugar apartado donde se podrán esconder y recobrar fuerzas para levantarse nuevamente en lucha. Andando desde aquí sesenta *ríes* a través del bosque de pinos van a encontrar un desfiladero solitario donde la persona todavía no ha puesto el pie. Yo le llamo el paso de Juaguedong. Diríjanse directamente hacia allá y no tengan miedo de que les ataquen, aunque sean millones. Sí, veo que cada uno de sus combatientes es tan osado que puede mover una montaña y está tan entusiasmado para la lucha que es capaz de poner al mundo patas arriba. Sólo que ahora están muy cansados. Pero si alcanzan el desfiladero de Hwaguedong, allí podrán recobrar fuerzas.

—Hwaguedong…, el nombre me agrada. Dígame, ¿no va a ser difícil dar con ese lugar tan recóndito? —preguntó el compañero Kim Il Sung, como consultándole, y miró atentamente a los ojos azules del anciano, que parecía una persona instruida.

—Está claro, el guía voy a ser yo. Pero el enemigo ha formado una verdadera muralla. Salvarla será muy difícil.

—A pesar de todo, debe haber algún paso. Estos diablos no pueden haber cercado completamente tan enorme montaña.

—¿Usted, Comandante, no ha salido afuera? —el anciano miró sorprendido el rostro tranquilo del compañero Kim Il Sung, y, con un suspiro, continuó—. ¡Por qué desfiladeros y valles del monte Laujeisan no habré andado! He estado en todas partes, en previsión de tal caso, pero en todos los lugares practicables hay centinelas.

—Desde luego, hacen guardia en todos ¡los lugares por donde puede

pasar una persona. Hay que colarse por donde no se imaginan que podamos salir.

—A propósito, antes, los jefes militares más experimentados consideraban muy importante aparecer donde menos los esperaban. Pero esta peste japonesa es demasiado numerosa, han acordonado totalmente la montaña.

—¡Ha-ha-ha! Si usted, abuelo, no encuentra un paso, eso significa que, verdaderamente, nuestros asuntos van mal. Pero, como quiera que sea, es imposible alzar una empalizada alrededor de esta inmensa montaña. No en vano dice el adagio: "Aunque el cielo se venga abajo, siempre hay una salida"; y el paso debe ser encontrado. Piénselo bien. Yo creo que debe haber algún lugar donde no esté el enemigo.

—¿Dónde es eso? —levantó la cabeza el anciano Ma para mirar fijamente al rostro del compañero Kim Il Sung, a quien la sonrisa no abandonaba ni por un instante.

—¿Acaso no lo acaba de decir usted mismo? El lugar donde cogió la liebre. Usted ha dicho que allí no había enemigos. ¿No es así?

—¡Sí-í! —el anciano alargó la expresión, meneando la cabeza afirmativamente.

—Hay que colarse por allí, si es que no hay otro paso.

—Claro —contestó el anciano, asintiendo maquinalmente con la cabeza, sin dejar de mirar al rostro del compañero Kim Il Sung. Y, de repente, sus ojos azules recobraron el brillo y continuó, sofocándose:

—¿Es decir, que yo he dicho eso? Que allí no había soldados enemigos… Pues, sólo he dicho que no había podido acercarme a donde estaban esos canallas. ¡Oh! ¡Qué perspicacia! El paso que yo mismo no había podido encontrar lo ha encontrado usted, sentado en casa a diez *ríes* de distancia. Ahora creo que en el mundo hay ojos que ven a miles de *ríes.* En realidad, así es. En ese barranco no había enemigos. Es tan

abrupto, casi cortado a pico, y de una altura tan grande que ni un animal sería capaz de escalarlo. Pero, como usted dice, Comandante, por muy abrupto que sea el precipicio, el hombre es capaz de salvarlo si se lo propone. Yo mismo los conduciré. Esta misma noche nos ponemos en camino.

* * *

Los guerrilleros sintieron un gran alivio al escuchar de labios de Kwang Su, las palabras del compañero Kim Il Sung. Habiendo entrado en calor después de caminar todo el día bajo la tormenta, se quedaron profundamente dormidos.

Pasada la medianoche, el anciano Ma los despertó. Todos miraban a su alrededor refregándose los ojos. La habitación estaba llena de vapor y un olor que despertaba el apetito les picaba en la nariz. El anciano trajo una bandeja llena de ravioles y dijo que antes de emprender la larga caminata había que saciarse. La habitación se llenó de animación.

Todos se hartaron a más no poder, luego revisaron las armas.

Poco después los guerrilleros empezaron a descender por las pendientes de la montaña abriendo surcos en La nieve.

El viento soplaba enfurecido. Era tan impetuoso, que parecía que iba a desencajar la montaña. La tormenta remecía los árboles. La nieve, levantándose en remolinos sobre la cresta de las montañas, caía de nuevo y se derramaba por la tierra.

—Es el tiempo más indicado para una excursión nocturna. Las huellas se borran, instantáneamente —observó sonriendo el anciano, cubriendo del viento el rostro con la mano.

Apenas hubieron salvado un pequeño paso, el guía se detuvo y dijo:

—Durante el día, vi aquí pasquines tirados en el suelo. Ahora no

están, seguramente se los llevó el viento. —Y mirando en torno suyo, agregó—: ¿Y qué hay de eso de que al General Kim Il Sung le ha ocurrido una desgracia? En esas octavillas estaba escrito que, al parecer, todos los guerrilleros, hasta el último, habían caído…

—Qué decirle… —el compañero Kim Il Sung se sonrió benignamente, sin que el anciano notara su sonrisa.

—Los nipones son los demonios más grandes del mundo —exclamó el anciano Ma—. No hay que hacerles caso por nada del mundo. Según ellos, los guerrilleros hace tiempo que están aniquilados. Entonces ¿para qué diablos han dislocado semejante cantidad de soldados en doble o triple cerco del monte? A comienzos del invierno bajé al bazar por sal y allí se comentaba que el General Kim Il Sung había levantado al ejército y golpeaba a los nipones. Así es que Corea va a renacer pronto. Yo no soy nadie para participar en asuntos de importancia, pero a la hora de morir cerraría tranquilo los ojos si me fuera posible ver a ese hombre.

—¿Por qué dice eso de que usted no es nadie? Tiene que vivir mucho más aún, para ver tiempos mejores.

—¿Alcanzaré yo a ver tales tiempos? Sólo le desearía larga vida a ese gran hombre, para que libre de la desgracia a mis infelices compatriotas. El camino está cubierto totalmente de nieve. ¿En qué recodo estoy…? —el anciano detuvo a la columna, estuvo mirando cierto tiempo los alrededores y se puso nuevamente a andar.

Se divisaba un barranco. Parecía que la columna se hubiera detenido ante un rascacielos. Tres costados estaban cortados a pico, sólo el otro lindaba en un ángulo con la pendiente montañosa.

El compañero Kim Il Sung se aproximó para examinar más de cerca el despeñadero, de unos cien metros de ancho.

Mientras tanto, el destacamento descansaba.

El compañero Kim Il Sung volvió pronto y advirtió severamente a los combatientes que por ningún motivo debían disparar sin orden, no tenían que conversar ni hacer rodar piedras por la pendiente.

La altura del despeñadero era de unos treinta metros.

El hábil Kim In Ryong, que sabía trepar a los árboles mejor que los demás, se ajustó una soga a la cintura y se encaramó sobre el abismo. El viento soplaba más enfurecido aún. Parecía capaz de llevarse consigo al hombre.

Transcurrieron tensos segundos. Se oyó el crujido de un árbol al quebrarse e In Ryong se vino abajo. Los guerrilleros, que lo seguían con la vista, se agolparon alarmados al pie del precipicio. Pero In Ryong se levantó en silencio y trepó nuevamente al precipicio. Cinco veces terminaron en nada sus intentos, pero él no se desanimaba. Sus manos estaban ensangrentadas, en las rodillas se le había desgarrado el pantalón. El rostro lo tenía también lleno de sangre.

Han Hung Gwon se ofreció para reemplazarlo, pero In Ryong lo apartó de un empujón y comenzó de nuevo a trepar. Sólo después del noveno intento le fue posible asegurar la cuerda.

De la cabeza de In Ryong goteaba una sangre amoratada que le corría por la cara, mas él no perdía el tiempo para limpiarla. Tiraba de la cuerda, asegurada a una roca.

Al poco rato todos los guerrilleros se encontraban arriba. El anciano Ma fue el último en ascender al borde del barranco.

—¡Oh! ¡Aquí no treparía ni una cabra, y nosotros la hemos escalado! —exclamó Il Man, apodado “El Teórico”.

—Los lugares por donde anda la cabra —respondió Song Dok Hyong— son accesibles para el hombre, y si un hombre puede pasar también puede hacerlo un destacamento ¡Cómo no acordarse de aquella fábula!… Pero hace tiempo que pasó de moda. Nosotros podemos andar,

vivir y luchar en cualquier lugar donde los árboles hayan echado raíces y crezca la hierba.

—Abuelo, hemos conseguido salir. ¡Muchas gracias! —dijo al anciano el compañero Kim Il Sung, estrechándole calurosamente la mano.

—No hay que agradecer nada. ¿Quién iba a pensar que este viejo, que vive como ermitaño en las montañas, tendría ocasión de ayudar a nuestro ejército? Esta noche, verdaderamente, quedará como lo más memorable de mi vida.

El anciano, con los ojos brillantes de lágrimas, estrechó la mano que le tendía el compañero Kim Il Sung.

Antes del amanecer, el destacamento pudo alejarse sesenta *ríes* del cerco. Y era verdad, en el bosque de pinos se alzaba una cabaña apenas perceptible.

Antes de volver a su casa, el anciano Ma dio a Kwang Su una detallada explicación sobre cómo vivir en la casita.

Según sus palabras, en la habitación, aunque estrecha, podían caber todos.

El horno era caprichoso y humeaba según el viento. Para avivar el fuego había que abrir la puerta de par en par, entonces se encendería bien. En el sótano había una reserva de patatas que podía durarles para más de dos semanas y pico.

En la espesura del bosque se podían cazar venados y jabalíes; los lazos era mejor hacerlos de la bola de alambre que estaba colgada en la cocina.

Luego, el anciano se dirigió hacia atrás de la casa y regresó con un venado congelado en sus manos.

—Les alcanzará a todos para una vez. Sólo escasea la sal. No queda más que una libra. En estas soledades no se vive en la abundancia, así es que, perdonen.

Luego, el anciano observó que, si el destacamento iba a estar allí mucho tiempo, él podía ir a Luozkou por un saco de sal.

Algo más tarde el anciano se despidió con emoción de los guerrilleros. Todo el destacamento lo acompañó un buen trecho.

El compañero Kim Il Sung anduvo con el anciano más de cinco *ríes*, llevándolo de la mano.

Este, con los ojos humedecidos, farfulló:

—Si una casucha en ruinas es difícil de arreglar, ¡cuántos esfuerzos no tendrá que hacer usted para levantar al país derrumbado! Le deseo mucha salud. Si ve por casualidad al General Kim Il Sung trasmítale los mejores deseos de mi parte, de este mísero anciano sin Patria que vive sus últimos días en estas montañas.

El compañero Kim Il Sung estuvo estrechando largo rato la mano del anciano. Sintió cómo sobre su mano caían unas cuantas lágrimas del viejo. El compañero Kim Il Sung aseguró al anciano que en un futuro no muy lejano la Patria iba a renacer, le pidió que viviera hasta ese día y le prometió encontrarse nuevamente con él. Luego llevó a un lado a Cha Kwang Su y le dijo que acompañara al anciano hasta que pasara la senda más abrupta.

Por el camino, el anciano iba tratando de convencer a Kwang Su para que se volviera ya, lo empujaba, y finalmente, cuando habían recorrido aproximadamente unos diez *ríes*, se detuvo en seco.

—Estos lugares los conozco como el patio de mi casa, pues ando por aquí día y noche. Así es que mejor será que vuelvas joven, y sirvas fielmente a tu Comandante.

A Cha Kwang Su no le quedó otro remedio que despedirse:

—Si la situación no estuviera tan embrollada, lo acompañaría hasta la misma puerta de su casa. Bueno, perdone. El General Kim Il Sung me ha pedido reiteradamente que le transmita a usted sus disculpas.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te lo ha pedido el General Kim Il Sung?

—Sí.

—¿Es decir, que él es el General Kim Il Sung? ¡Oh! ¡Qué cruel es el cielo conmigo! —el anciano se arrojó al suelo—. He estado soñando toda la vida con ver a este hombre extraordinario y al encontrarme con él no lo he reconocido. ¡Qué mala suerte, Dios mío!… —clamaba el anciano revolviéndose, lanzando profundos suspiros y golpeándose el pecho, puesta la mirada en el cielo. Luego se levantó de un salto—. Debo ver nuevamente al General. Cuando vuelvas, no se te olvide comunicarle mis deseos. Llegaré adonde él.

El anciano echó a andar pesadamente por el campo de nieve diciéndose algo interiormente.

* * *

La casita del bosque cobró vida. Cantaban, reían o hablaban a grandes voces.

Song Dok Hyong, con los brazos arremangados y haciendo advertencias a Kim Chang Mun, desolló el venado y lo cortó en pedazos. Jon Kwang Sik cortaba leña y alimentaba el fogón. Con la paciencia de un viejo, Han Hung Gwon desenvolvía una bola de alambre de acero y hacía lazos, arreglándose constantemente los anteojos, que se le deslizaban por la nariz. Juraba que al día siguiente por la mañana habría tantos venados que a cada uno le tocarían tres o cuatro ejemplares.

Jin Il Man, fiel a su apodo de “El Teórico”, revolvía el baúl que había en un rincón de la pieza, el cual estaba lleno de libros, llevados allí por el anciano Ma: “Los Cánones de Confucio”, una copia de las “Notas históricas de Hongamrok”, escrita con tinta china, la “Historia de tres reinos” y novelas contemporáneas.

Han Hung Gwon condujo a Kim In Ryong a la cocina y cubrió sus heridas con un ungüento preparado a base de resina de pino y grasa de venado. El herido se sometió tranquilamente mientras le curaba las heridas, pero al llegar el momento de vendárselas se puso a protestar acaloradamente. Después de amedrentarlo diciéndole que la herida se le pondría peor con el frío, consiguieron vendarlo, pero lo hicieron de tal forma que el gorro de piel no le entraba en la cabeza.

Aun así, el alegre In Ryong entretenía a sus compañeros imitando el aullido de animales salvajes.

Entretanto, en otro rincón de la cocina mondaban patatas y molían maíz en un mortero.

Hervía el agua a todo vapor en un gran caldero sin tapa. Sobresalía una pata del venado medio cocido.

A la mañana siguiente una parte de los guerrilleros, encabezados por el compañero Kim Il Sung, partieron de caza.

Han Hung Gwon y otros cinco combatientes habían colocado de antemano trampas, mientras los demás, con el arma en la mano, se ponían al acecho o acosaban a los animales.

Al compañero Kim Il Sung le producía más placer el ver cómo los combatientes habían recobrado el ánimo que la caza misma. Ora se sentaba aparte en la cima de la montaña, ora caminaba, mirando las hábiles maniobras que hacían abajo los jóvenes soldados.

Cuando todos hubieron ocupado los puestos asignados y se pusieron a rastrear las laderas del monte, comenzaron a oírse gritos:

—¡Un venado!

Al momento desde el lado contrario contestaron que veían el objetivo. Los gritos de los corredores, multiplicados por el eco estremecían el desfiladero.

Tras el venado corría Song Dok Hyong. El animal no podía correr

con rapidez porque se hundía en la espesa nieve. Su perseguidor se arrojó sobre él a la carrera y consiguió coger al venado de una pata.

—¡Lo cogí!

En ese instante, la presa, desesperada, dio una coz y logró escapar. Mortalmente asustado, el animal se lanzó derecho por la ladera de la montaña.

—¡Aquí hay otro! —gritó desde abajo In Ryong, que andaba con la cabeza vendada. El mismo no estaba en condiciones de perseguir al animal. Los cazadores habían acorralado a dos venados, pero éstos aparecían y desaparecían tan pronto aquí como allá con tal celeridad que a todos les parecía que por lo menos había allí una decena.

Repentinamente apareció un oso. El miope Han Hung Gwon trataba de identificar al animal levantando y bajando sus gafas, pero sólo veía algo negro. El animal resultaba ser muchísimo más grande de lo que él esperaba. Dejó el lazo y agitando los brazos, comenzó a gritar:

—¡Aquí está!

El eco sacudió las montañas. Cerca del lugar donde había aparecido el oso, Jin Il Man estaba presto a lanzarse sobre un venado que se había hundido en la nieve y miraba con ojillos desesperados.

No llamó a los compañeros; no quería gritar de júbilo antes de haber cogido la presa sin ayuda alguna. Para arrojarse sobre ella debía acercarse más, pero la nieve, que le llegaba hasta la cintura, le impedía todo movimiento. El animalito no se movía, aunque se encontraba frente a frente de su perseguidor.

Por un instante, Il Man se compadeció del venado a causa de la inmensa tristeza que veía en sus ojos, pero de todas maneras siguió acercándose a él. De súbito, el animal, habiendo reunido sus últimas fuerzas, dio un salto, salpicando de nieve los ojos de Il Man. Pero éste no soltó la presa y se quedó tendido en la nieve abrazándolo.

—¡Lo cogí!

En ese instante sonaron unos disparos. Eran Han Hung Gwon y Kim In Ryong, que perseguían al oso. Pero éste seguía corriendo pendiente arriba como si tal cosa. Una decena de guerrilleros, encabezados por Song Dok Hyong, que hasta poco antes habían perseguido a los venados, rodeaban al oso dando terribles gritos. Este corría de un lado a otro, tratando de escapar por donde había silencio.

El compañero Kim Il Sung, que se encontraba encaramado en una peña, descubrió repentinamente una masa negra que se dirigía directamente hacia él.

Con el revólver en la mano, se apoyó en el tronco de un árbol caído y esperó que el oso estuviera más cerca para apretar el gatillo. Una bala fue a darle en la cabeza y las dos siguientes le traspasaron el vientre.

El oso deambuló largo rato dejando en pos un rastro de manchas sangrientas, y sólo cuando había alcanzado la otra montaña cayó de bruces en la nieve, agitando convulsivamente las peludas patas.

Al grito dando a conocer la caza del oso se reunieron todos los cazadores. Además, trajeron un par de venados. Unos instantes más tarde apareció el orgulloso Il Man con uno vivo cargado a la espalda.

Los hombres, cubiertos de nieve, reían a grandes carcajadas.

Jon Kwang Sik cortó gruesas varas para poder transportar la presa, y Song Dok Hyong amarró al oso por las patas, separadamente las delanteras de las traseras.

Al levantar la presa entre cuatro, el grueso travesaño se combó en el centro, por lo que la espalda del animal se iba arrastrando por el sendero.

El viento levantaba nieve, y el bosque parecía cubierto de lentejuelas de plata.

*　　　*　　　*

El decimoctavo día de la estancia de los guerrilleros en la cabaña, fue el último de aquel año. Los guerrilleros se ocupaban de su preparación político-militar. Se discutían muchos y muy variados asuntos.

¿Cómo evaluar el significado de aquel año para la causa de la lucha de liberación nacional del pueblo coreano?

¿Qué se debía hacer en aquellos momentos para desarrollar aún más la lucha armada contra los japoneses?

¿Cómo había que fortalecer y defender las regiones liberadas que eran las bases de apoyo de los guerrilleros?

Todos daban su opinión sobre cada asunto.

Después de la cena, el compañero Kim Il Sung propuso que aquel día se diera término a las deliberaciones y se festejara el nuevo año, 1933.

El los miró a todos, uno por uno.

En la pequeña habitación, los guerrilleros estaban apretadamente sentados a la luz de un candil colgado de la pared. A través de una rendija de la puerta se divisaba la cumbre de la montaña cubierta de blanco.

Los guerrilleros conteniendo la respiración, esperaban que el compañero Comandante en jefe comenzara su discurso. Este con una amplia sonrisa, comenzó a hablar.

Su voz sonaba solemnemente en el silencio de la habitación.

—Bien, ¿cómo hemos pasado el año 1932? Con justa razón, podemos declarar que para nosotros ha sido el más glorioso.

En la primavera de este año creamos la Guerrilla Antijaponesa, declarando así a todo el mundo la decisión de los comunistas coreanos. Esta declaración resuelta de aniquilar a los agresores imperialistas

japoneses con las armas en la mano abrió una nueva época en la lucha de liberación nacional del pueblo coreano.

Desde el momento en que formamos nuestras filas en los bosques de Antu, proclamándolas como la Guerrilla Antijaponesa, nuestro pueblo se ha convertido en un severo juez de los agresores imperialistas japoneses, se ha convertido en una nación plenamente decidida a liberarse con sus propias manos del cautiverio, para lo cual dispone de suficientes fuerzas. Desde ese momento, la lucha de liberación nacional en las colonias empezó a crecer a costa de sus propias fuerzas, como fuerzas revolucionarias independientes.

La bandera izada por nosotros significa que se ha iniciado la desintegración del sistema colonial creado por los saqueadores imperialistas y que, en esta etapa, la humanidad ha comenzado a despojarse de la gran calamidad engendrada en la época anterior: la del yugo colonial.

Así pues, durante este año hemos emprendido con audacia un camino de lucha inexplorado y nos ha tocado superar las más difíciles pruebas.

No bien surgidos sobre la tierra, los brotes de nuestra revolución tuvieron que soportar el cruel viento y el frío. La iracunda tormenta los azotaba despiadadamente, y la tierra se resquebrajaba a causa del frío. Sin embargo, estos gérmenes superando esas dificultades, echaron raíces y dieron los primeros retoños… —el compañero Kim Il Sung cortó el discurso por un momento.

En la habitación reinaba un tenso silencio, ni siquiera se oía la respiración de la gente.

El discurso del compañero Kim Il Sung, por la infinita amplitud y profundidad de sus ideas, expresadas con tal brevedad, se apoderó del alma de los presentes.

Cha Kwang Su, Jon Kwang Sik, Kim In Ryong, Han Hung Gwon y

todos los demás que estaban sentados en la habitación habían compuesto las filas del primer destacamento, formado en el bosque de Antu.

El 25 de abril, a primeras horas del atardecer, ellos, habiéndose formado en cuatro filas, que poco se diferenciaban de cualquier otra fila, aún no comprendían que iban a iniciar una gran etapa en la historia.

Sólo se acordaban de que entonces todos pensaban que habían podido realizar su ardiente deseo de empuñar las armas, que en sus filas ingresaba más gente de lo que se podía haber esperado y que el discurso del compañero Comandante en jefe, desde el comienzo hasta el fin, estaba impregnado de entusiasmo, por lo cual a todos les latía el corazón, emocionado. Siempre les ocurre lo mismo a los participantes de grandes acontecimientos: que no comprenden en el acto su alcance histórico. Eso les pasaba a ellos en aquellas horas.

En la habitación se percibía la acelerada respiración de los presentes.

Cha Kwang Su sintió que algo le martilleaba en el pecho. Se le hacía difícil soportarlo. Se llevó las manos al corazón y volvió la cabeza. Jon Kwang Sik y Han Hung Gwon, que estaban sentados a su lado, experimentaban la misma sensación.

El compañero Kim Il Sung, a través de la ventana abierta de par en par echó una mirada a la cadena de altas montañas y a sus espesos bosques, al tiempo que iba valorando cada acontecimiento del año.

“Este ha sido un año de duras pruebas” —esta breve frase contabilizaba un sinfín de sucesos que hubiera sido difícil expresar con palabras.

En la mente del compañero Kim Il Sung, aparecían los recuerdos como en un caleidoscopio: unos pies que caminan a través de espinosos matorrales, afiladas rocas y turbios charcos, el calzado de Cha Ki Yong destrozado y amarrado a tontas y a locas con tallos de pueraria hirsuta; los pies hinchados de Choe Chil Song en toscas abarcas de paja trenzada.

Después apareció en su visión la niñita de cuatro años descalza que, tambaleándose, subía por la pendiente de Chonsangdegi…

El anciano enfermo, el joven herido del Ejército de la Independencia, la figura del viejo Ma, cojeando a causa de las patadas de los japoneses…

—… A nosotros nos ha tocado sufrir más, debido a que marchábamos por un camino desconocido. Quizás hemos dado muchos rodeos y hubiésemos podido evitar el duro camino seguido. Sin embargo, en general hemos recorrido el camino en línea recta. Hemos avanzado mucho. Y ahora nos elevamos a otra altitud.

Nuestros brazos se extendieron hasta las cuencas del río Tuman y río Amnok, a muchos otros lugares de la parte norte de Corea, a Hamhung, Wonsan, Chongjin, Ungui; a las minas de carbón y otras, a las explotaciones forestales.

Nuestras tropas, que comenzaron a formarse en los bosques de Antu y cuya base la constituimos nosotros, los dieciocho jóvenes aquí reunidos, han aumentado en número, y ahora las tenemos en Wangqing, Yanji, Helong, Hunchun, en la circunscripción norte, hacia donde ha sido enviado el compañero Ri Hyok, en la cuenca del río Amnok, donde actúa el compañero Ri Hong Kwang, y en la región occidental. En todas partes se han creado y se están creando compañías y batallones.

Además, actualmente controlamos extensos territorios liberados, zonas guerrilleras y las hemos acordonado a conciencia con regiones semiguerrilleras… Hemos cubierto así todo el país de una inmensa red de organizaciones.

Hemos madurado de tal forma que nosotros mismos nos sorprendemos.

Nuestros compañeros, cual miríadas de estrellas, están en todas partes y cumplen a maravilla sus obligaciones.

Los mineros, encabezados por Cha Ki Yong, los campesinos pobres y peones como Choe Chil Song y Pak Hung Dok, las mujeres que siguen el ejemplo de Yong Suk y Ok Nyo; Ri Kwang, Ri Hyok, Choe Jin Dong y otros innumerables activistas clandestinos que trabajan en diferentes rincones del país educan una nueva generación y despiertan la conciencia de los obreros y campesinos, al tiempo que se pulen a sí mismos.

Así empezó la ofensiva revolucionaria frente al ataque de la contrarrevolución.

El enemigo puso el grito en el cielo y se vio constreñido a reconocer nuestra existencia.

En otros tiempos, ustedes, al intervenir en las deliberaciones aludían a pasajes de la introducción al "Manifiesto Comunista". Perifraseándolo, se podría decir actualmente que los imperialistas japoneses han lanzado todas sus fuerzas para tratar de aniquilarnos. El enemigo alborota, calificando a nuestra guerrilla de "ejército comunista", de "bandidos comunistas", lo que demuestra en resumidas cuentas que todos los medios de gobierno y todas las fuerzas políticas se han unido en contra nuestra.

Se pueden sacar dos conclusiones: en primer lugar, que nuestra existencia ya ha sido reconocida por el enemigo; y en segundo lugar, que el enemigo ve en nosotros una fuerza invencible.

Compañero Cha, ¿dónde está el periódico que trajo el compañero Se Gol?

Cha Kwang Su le pidió a Jin Il Man el periódico *Tong-a Ilbo*. Este sacó del bolsillo superior la arrugada hoja de un periódico y la extendió sobre el suelo.

—Escuchen lo que está aquí escrito: "Aparición del bien armado ejército comunista de Kim Il Sung, formación de una zona comunista en la cuenca del río Tuman…"

El periódico brillaba a la vacilante luz del candil.

Al parecer, el texto de la información había sido sometido a una rigurosa censura, pues más de la mitad estaba manchado de tinta tipográfica. Gracias a la diligencia de los redactores, el texto había sido compuesto en forma extremadamente breve, aunque esto no disminuía su importancia como primera información sobre el nuevo acontecimiento histórico.

—Compañero Cha, lea el texto.

Cha Kwang Su levantó el diario más cerca de la luz y lo leyó de corrido.

—¡Compañeros! ¿Qué les parece? ¿Qué es lo que hemos hecho este año? ¿Debemos hacernos los modestos y decir que no hemos hecho nada, que sólo hemos vagado por los bosques y la nieve? ¡No! De ninguna manera. Debernos expresarnos al menos así: hace unas cuantas decenas de años, la nación coreana cayó en las garras de los agresores imperialistas japoneses, soportó increíbles sufrimientos y finalmente se vio amenazada por la extinción; inició la triste historia de la infinidad de gente que, privada de su tierra natal, de su Patria, se dispersaba por todas partes, sin rumbo fijo. Pero a partir de este año nuestro pueblo ha iniciado la lucha revolucionaria para aplastar a los agresores; así, nuestra historia ha entrado en una nueva fase. Ahora tenemos derecho a hablar de esta forma.

Nosotros podemos ser comparados no ya con un brote, sino con un árbol de un año. Profundas raíces han penetrado en la tierra y han aparecido las primeras ramas. Aunque la tormenta y la borrasca sigan soplando en el futuro, las raíces, firmemente arraigadas en la tierra, sostendrán al tronco con firmeza. De vez en cuando se quebrarán quizás algunas ramas, se caerán las hojas, pero el árbol crecerá de todos modos alzándose impetuosamente hacia el cielo azul.

¡Compañeros! Ha llegado la hora. En el año nuevo debemos desplazarnos sin tardanza hacia la base de apoyo —dijo en voz alta el compañero Kim Il Sung, volviendo bruscamente el rostro hacia la luz del candil, que se retorció como si hubiera sido sorprendida.

En este momento, los guerrilleros fijaron sus miradas en el compañero Kim Il Sung.

Él sonrió contento al ver los rostros satisfechos de sus compañeros.

Repentinamente, a Cha Kwang Su se le nublaron los ojos. Bajó la cabeza. Al volverse hacia Jon Kwang Sik y Han Hung Gwon notó que en sus ojos también había lágrimas.

Más adelante, el compañero Kim Il Sung habló detalladamente sobre las tareas que tendrían que cumplir en el nuevo año, apoyándose en las bases.

Después salió a tomar el aire. En la habitación quedó hablando Kwang Su con voz emocionada.

La luna derramaba su luz. Las ramas de los pinos, cubiertas de nieve, y el sendero, que desaparecía en el bosque, estaban bañados por la luz de la luna.

El viento levantaba un polvillo de nieve.

La noche avanzaba, el frío se hacía cada vez más intenso.

Mientras tanto, el compañero Kim Il Sung, como si no lo sintiera comenzó a caminar lentamente por la nieve, con las manos a la espalda.

En sus alegrías, sus penas, o en sus escasos minutos de descanso, le gustaba de vagar por el bosque.

La Patria atormentada había pasado un año más… Sin redoblar de campañas, sin lujosa mesa, toda encogida, llena de moraduras, esperaba la entrada del año nuevo.

La noche avanzaba en la casa del cargador, en la costa, donde el dueño, agotado de llevar a cuestas pesados fardos, se había echado al

suelo como muerto; en la barraca en que roncaban los mineros, que gateaban en el pozo acarreando el carbón; y en la casa del campesino montañés, donde a la débil luz de una tea dormían sus hijos hambrientos.

Se acababa la última noche del año.

En la celda, donde un joven que al día siguiente subiría al cadalso no lograba conciliar el sueño; en el poblado de la base de apoyo guerrillera, reconstruido sobre las cenizas de las casas quemadas, y en el camino nocturno de los guerrilleros.

El césped de la colina que se alzaba detrás de la aldea de Yangjichon estaría también, seguramente, cubierto de blanca nieve y bañado por la luz de la luna; y en aquella loma donde crecía un solitario olmo avanzaría la noche y soplaría el viento.

¿En qué estaría pensando ahora Yong Ju, que, seguramente, pasaría aquella noche en un cuarto de alguna casa ajena? ¿O quizás ellos pasasen la noche separados, o que precisamente entonces Chol Ju estuviera donde Yong Ju, entreteniéndolo con su alegre charlatanería?

También en Mangyongdae, en esta última jornada del año, como todos los días, la abuela, seguramente, había salido al camino, envuelto en el crepúsculo, y con la mano puesta como visera había escrutado el horizonte para ver si volvían su hijo y su nieto, aunque sabía muy bien que aún no era tiempo de que lo hicieran.

"¡Abuelita! Pronto reconquistaré la Patria y volveré. Le deseo de todo corazón mucha salud para este año que se inicia".

El compañero Kim Il Sung, sintiendo una punzada en pleno corazón, levantó la cabeza. El rostro arrugado de la abuela, que se le había aparecido más claramente como nunca, desapareció al instante. Se encontraba ante un árbol, cuyas ramas colgaban pesadamente.

Por lo visto, había penetrado profundamente en el bosque.

El compañero Kim Il Sung miró la nívea cadena montañosa, los

árboles, cuyas ramas se encorvaban bajo el peso de la nieve, y comenzó a recitar unos versos, oídos por él de labios de su padre.

¿Sabes, acaso, compañero,
que el verde pino del Monte Sur,
después de soportar los sufrimientos
del invierno nevado,
de nuevo cobrará vida cuando llegue
la soleada primavera?

El viento soplaba con fuerza. La helada ventisca corría ferozmente a través del desfiladero como queriendo echar al suelo todos los árboles.

Pero los titanes, meciendo sus copas, se limitaban a inclinarse ante él para luego volver a enderezarse.

Sólo las ramas de los árboles, azotadas por el viento, lanzaban gemidos dolientes.

El crudo invierno se esmeraba al máximo en sus intentos de apagar todo lo vivo, empleando para ello el frío, el viento y otros elementos desfavorables para la vida.

Sin embargo, la pujante vida, habiéndose aferrado con sus raíces a la tierra, se alimentaban de sus jugos y, a través de su corteza y su follaje, no cesaba de absorber la energía solar y los elementos nutritivos del aire.

De este modo, el árbol, en sorda batalla con los elementos de la naturaleza, añade un anillo más a su tronco para hacerse más potente todavía.

¡Sí! El anillo se forma en el tronco precisamente durante el crudo invierno. Sin él, ¡qué árbol puede salir!

Terminaba 1932 escribiendo anales gloriosos de la Patria y de la revolución, dando un grueso anillo al árbol.

*　　　*　　　*

En el bosque se formaron los dieciocho soldados.

El viento mecía las ramas de los árboles, de donde caía el polvillo de la nieve.

Colocándose al frente del destacamento, el compañero Kim Il Sung dio el primer paso hacia las nevadas cumbres montañosas que se vislumbraban a lo lejos.

Le seguía la columna. Los combatientes marchaban animosamente por una tierra cubierta de nieve virgen, sobre la cual se levantaba la alborada.

Mientras tanto, Jon Kwang Sik, que se había marchado con un grupo de vanguardia a Wangqing, encontró a Ri Kwang en Yaoyinggou.

Ri Kwang, con el rostro tostado hizo girar sus anchos hombros y fijó la mirada en Kwang Sik:

—Compañero Jon, el batallón está listo. ¿No sería conveniente enviar un mensajero a Wangqing?

—No. Primero recibiremos al Comandante en jefe en Yaoyinggou.

Jon Kwang Sik y Ri Kwang ascendieron a la cima del monte, donde se habían reunido los habitantes de la aldea para dar la bienvenida a los guerrilleros que llegaban.

Delante se formó el batallón del lugar, con la bandera roja a la cabeza. Detrás, a ambos lados del camino se ubicaron los habitantes, con banderitas y tambores.

Ri Kwang pasaba revista, hacía breves observaciones, arreglaba el uniforme de los combatientes y corregía los defectos de su parte. He aquí que, a mitad de la columna, se detuvo ante un guerrillero de baja estatura.

—¿Y tú también aquí, compañero Kwang Chon?

—Sí, he venido con mi madre —contestó aquél.

—¿Con tu madre? ¿Cómo ha podido recorrer semejante distancia?

—Ella tenía muchas ganas…

—Está bien. Entonces, tú vas a recibir al General en lugar de tu difunto hermano.

Ri Kwang desvió la mirada que había cruzado con Kwang Chon hacia el arma que pendía del hombro del muchacho, y se acordó de Dong Chon, que con esta misma arma miraba al cielo azul.

A la entrada de la aldea aparecieron tres caballos.

Primero iba uno alto y blanco de espesas crines, tras él, otro pío. El tercero era bayo y esbelto.

—¿Vamos? —gritó Ri Kwang mirando hacia atrás y tomando las riendas. Kwang Sik, que estaba dando una orden a Se Gol, asintió con la cabeza y se acercó al caballo.

Echando hacia atrás la funda de madera de la pistola, Ri Kwang saltó diestramente sobre el caballo pío, tiró de las riendas, y éste de ojos redondos se combó por un instante, irguió la cabeza y sacudió las crines. Ri Kwang, sin poner atención en ello, se arregló la correa y la gorra y miró atentamente hacia adelante. En este momento uno de los combatientes le pasó las riendas del caballo blanco. Ri Kwang volvió el rostro y vio que Kwang Sik saltaba sobre el tercer caballo.

—¡Partimos!

Jon Kwang Sik espoleó al caballo y azotó suavemente con las riendas su vigorosa grupa. El animal saltó hacia adelante golpeando el suelo con los cascos.

Al frente trotaba el caballo blanco, reservado para el compañero Comandante en jefe, detrás iban Ri Kwang y Kwang Sik.

Las cabalgaduras corrían levantando con los cascos pedazos de nieve.

En el recodo del camino, Ri Kwang volvió la cabeza.

Le saltaron a la vista las largas filas de guerrilleros y lugareños, que habían cubierto toda la loma. En su rostro asomó una sonrisa, echó una mirada de inteligencia a Kwang Sik y espoleó al caballo.

—¡Arre!

Los cascos de los caballos retumbaron sobre la tierra. Bordeando la falda del monte, desaparecieron en un instante en dirección al oriente.

Entretanto el compañero Comandante en jefe, en compañía de Cha Kwang Su, había salido del bosque al campo abierto. Al final de éste debía pasar un montecillo, el último antes de llegar a Yaoyinggou. El viento seguía soplando furiosamente, cubriendo a todos de polvo de nieve, lo que hacía difícil identificar a la gente. Cha Kwang Su volvió el rostro y vio a Jin Il Man, el cual, limpiándose el rostro con la manga, gritaba a los rezagados.

—Vamos, más vivo, que ya estamos cerca.

De atrás llegaban voces inarticuladas.

Cuando el sol se ponía tras la cresta de los montes occidentales, el destacamento se aproximó al monte situado detrás del poblado de Yaoyinggou.

El compañero Kim Il Sung se asomó al borde de la ladera, puso la mano por visera y miró hacia Yaoyinggou, tras el cual se alzaba una nueva cadena de montañas. Alrededor del poblado, entre montes de mediana altura, se extendían campos nevados.

—Compañero Cha, ¿quién opera en este lugar? —preguntó el compañero Comandante en jefe, con el gorro de piel cubierto de nieve en la mano, indicando hacia el campo, donde aullaba la tempestad de nieve.

—El compañero Ri Kwang.

—¿Pero él no se encuentra en estos momentos en Wangqing?

—Antes de partir, el compañero Jon se había informado de eso.

—Este es un buen lugar, me agrada.

El compañero Kim Il Sung se secó la frente, alisó sus cabellos, puso los brazos en jarras y miró de nuevo los alrededores. En su rostro se vislumbraba una sonrisa casi imperceptible, a pesar de que en el fondo de su ser experimentaba una inmensa alegría.

Observando las interminables cadenas montañosas y los campos que se extendían bajo el cielo invernal, que empezaba a teñirse de rojo, recordaba con emoción el camino recorrido el pasado año.

El año pasado había dado su primer paso en Fuerhe, que condujo a la creación, el 25 de Abril, de la Guerrilla Antijaponesa…

La crueldad de las pruebas que habían pasado los guerrilleros aquel año fue inconcebible, tal y como habían previsto ya en Jagundegi. Sin embargo, apretando los dientes, vencieron todas las durezas de la lucha. Tuvieron que sortear los arrecifes, como un navío en medio de la tempestad. El navío de la revolución, tripulado por ellos, llegó por fin a tierra, tras sobreponerse a la tormenta que amenazaba con hundirlo bajo sus enormes olas.

—Compañero Cha, ¿cómo están los ánimos? —el compañero Kim Il Sung se volvió hacia Kwang Su.

Este dio un paso hacia adelante y contestó con una sonrisa:

—Los ánimos son excelentes.

—Así debe ser. En semejante ocasión se debe decir que mejor no podía haber sido. Mire. El cielo está cubierto de nubes grises y el suelo de nieve. El cielo sombrío y la tierra inhóspita se funden en el horizonte. El año pasado dejamos sobre esta tierra huellas de gran significación, las inapreciables huellas de nuestra sangre.

¿Qué piensa usted? ¿Qué acontecimientos tendrán lugar en esta tierra este nuevo año?

—¡Compañero Comandante en jefe —Cha Kwang Su se adelantó, los

ojos radiantes de felicidad—. Pienso que aquí se escribirá “la heroica epopeya” de nuestro pueblo.

—Ciertamente. Es posible que el futuro sea más difícil para nosotros, pero dejaremos sobre esta tierra nuevas huellas gloriosas.

El compañero Kim Il Sung se volvió a medias. El crepúsculo vespertino estaba en su apogeo. Entre nubes de un gris plomizo se dispersaban los rayos del sol, cuyo color pasaba de nacarado a dorado y de dorado a rosado claro.

El compañero Kim Il Sung levantó levemente el rostro. En las comisuras de sus labios reapareció la sonrisa.

Asaltado por un sentimiento de solemnidad, Cha Kwang Su no podía moverse de su sitio.

En el rostro sonriente del compañero Kim Il Sung, Kwang Su pudo leer la alegría y el optimismo del vencedor, tanto en el pasado como en el futuro, y una vez más comprendió que el sentido de su existencia residía en el orgullo de ser soldado del Líder.

Sí, durante el pasado año la revolución se había extendido, se habían engrosado las filas de los guerrilleros, los compañeros habían madurado notablemente. Se habían creado bases de apoyo guerrilleras. El enemigo había sido derrotado en todas sus tentativas. ¡Qué bien estaba todo esto! ¡Qué alegría! Sin embargo, a esto había que agregar la alegría, el orgullo y la felicidad de que durante este año él había vivido como soldado del Líder, en contacto con él, cuidándolo, defendiéndolo y aprendiendo de él; que había aportado su modesto granito de arena para el cumplimiento de su voluntad, y que siguiendo las indicaciones del Líder se había fundido enteramente con la revolución y se había entregado a la gran causa de la liberación de la Patria.

El rostro del Comandante en jefe se tornó grave.

¿Estaría pensado en aquellos momentos en el camino que quedaba

por recorrer en 1933 o quizás recordaba a Cha Ki Yong, Pak Hung Dok, Ri Hyok y a otros muchos compañeros que entonces estaban lejos de él? ¿A lo mejor se acordaba de los compañeros Choe Chang Gol y Ri Dong Chon, que ya no se encontraban entre los vivos?

En aquel momento, repentinamente, surgió en la mente de Cha Kwang Su el recuerdo de la madre Kang Pan Sok, a la que no podría ver nunca más. Sintió un nudo en la garganta y se le nubló la vista. En ese instante se oyó un grito de Jin Il Man.

—¡Miren, caballos!

Cha Kwang Su levantó la cabeza y miró hacia la falda del monte que tenía enfrente.

Inmediatamente reconoció en los jinetes a Ri Kwang Jon Kwang Sik.

—¡Izar la bandera roja! —El eco del grito de Cha Kwang Su estremeció las montañas. Sacó el revólver y disparó al aire. Un ruido sordo sacudió la atmósfera.

Las cabalgaduras que se habían lanzado al encuentro del destacamento se detuvieron por un instante. Al cabo de un minuto se escuchó el disparo de respuesta.

Reteniendo al caballo, Ri Kwang echó una mirada a la cima del monte. Por su ladera se desplazaba una hilera de figuras oscuras, al frente de las cuales flameaba la bandera roja. A la luz del crepúsculo vespertino, ésta brillaba con todos los tonos del rojo. El destacamento descendía lentamente por la ladera.

Ri Kwang soltó las riendas del caballo blanco y le espoleó de tal manera que éste se levantó sobre las patas traseras y salió disparado al encuentro de la bandera roja. Lo escoltaban Ri Kwang y Kwang Sik.

El viento soplaba sin cesar.

Sus cortantes ráfagas removían las ramas de los árboles. El polvillo de la nieve cubría el rostro de la gente. Sin embargo, a pesar de lo helado

del viento, en la atmósfera se percibía el aliento contenido de la cercana primavera.

El compañero Kim Il Sung, montado en su caballo blanco, descendió hacia Yaoyinggou a través de la nevasca.

Las masas se lanzaron con jubilosas aclamaciones al encuentro del destacamento, que había alcanzado la loma.

Los caballos, con el blanco al frente, seguían trotando.

Al aproximarse a los habitantes, el compañero Kim Il Sung se apeó del caballo.

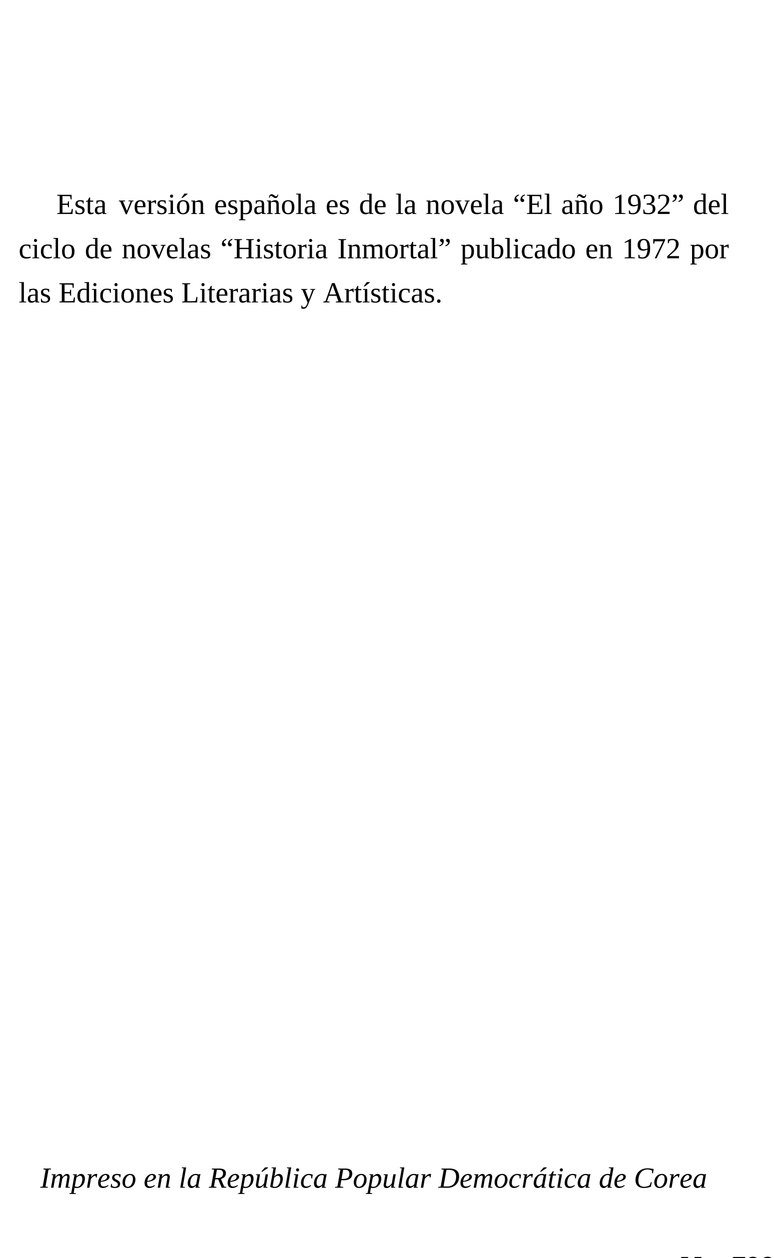
Una mujer, tambaleándose, se abría paso a codazos a través de la muchedumbre.

—¿Quién es?

—Es la madre del compañero Ri Dong Chon.

—¡La madre del compañero Dong Chon!

El compañero Kim Il Sung, con los brazos abiertos, se lanzó al encuentro de la mujer vestida de blanco.



Esta versión española es de la novela “El año 1932” del ciclo de novelas “Historia Inmortal” publicado en 1972 por las Ediciones Literarias y Artísticas.

Impreso en la República Popular Democrática de Corea

No. 79900




ISBN 978-9946-0-2180-5